SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*



¡El excitante lanzamiento de una nueva serie épica de *Star Wars*, protagonizada por los héroes de La Nueva Orden Jedi!

TRAICIÓN

AARON ALLSTON



TRAICIÓN



TRAICIÓN

AARON ALLSTON



BALLANTINE BOOKS • NEW YORK

agradecimientos

Gracias a mis compañeros en esta historia Troy Denning y Karen Traviss, a mis Ojos de Águila (Chris Cassidy, Kelly Frieders, Helen Keier, Bob Quinlan, Roxanne Quinlan y Luray Richmond), a Shelly Shapiro de Del Rey, a Sue Rostoni y Leland Chee de Lucas Licensing y a mi agente, Russ Galen.

dramatis personae



Aidel Saxan; Primera Ministra, Corellia (humana)
Ben Skywalker (humano)
Brisha Syo (humana)
C-3PO; droide de protocolo
Cal Omas; Jefe del Estado, Alianza Galáctica (humano)
Cha Niathal; almirante, Alianza Galáctica (mujer mon calamari)
Gilad Pellaeon; almirante, Comandante Supremo de la Alianza Galáctica (humano)
Han Solo; capitán, *Halcón Milenario* (humano)
Heilan Rotham; profesora (humana)
Jacen Solo; Caballero Jedi (humano)
Jaina Solo; Caballero Jedi (humana)
Kolir Hu'lya; Caballero Jedi (mujer bothan)
Leia Organa Solo; Caballero Jedi; copiloto, *Halcón Milenario* (humana)
Luke Skywalker; Gran Maestro Jedi (humano)
Lysa Dunter; alférez, Alianza Galáctica (humana)
Mara Jade Skywalker; Maestra Jedi (humana)
Matric Klauskin; almirante, Alianza Galáctica (humano)
Nelani Dinn; Caballero Jedi (humana)
R2-D2; droide astromecánico
Syal Antilles; alférez, Alianza Galáctica (humana)
Tahiri Veila; Caballero Jedi (humana)
Thann Mithric; Caballero Jedi (hombre falleen)

Thrackan Sal-Solo; Jefe del Estado, Corellia (humano)
Tiu Zax; Caballero Jedi (mujer omwati)
Toval Seyah; científico-espía de la Alianza Galáctica (humano)
Tycho Celchu; general, Alianza Galáctica (humano)
Wedge Antilles; general, Fuerza de Defensa Corelliana (humano)
Zekk; Caballero Jedi (humano)

capítulo uno

CORUSCANT

—Él no existe.

Con estas palabras, dichas sin ningún pensamiento consciente o esfuerzo de su parte, Luke Skywalker se sentó en la cama y miró a la oscura habitación a su alrededor.

No había mucho que ver. Los miembros de la orden Jedi, incluso los Maestros como Luke, no acumulaban muchas posesiones personales. Dentro de su vista había sillas situadas frente a las pantallas apagadas de los ordenadores; unas barras de pared sosteniendo unos cilindros de plastiacero y otras armas de entrenamiento; una mesa llena de efectos personales tales como cuadernos de datos, notas garabateadas en trocitos de plastifino, chips de datos que contenían informes de varios Maestros Jedi, y una estatuilla tosca y sin gran parecido con Luke que le había enviado un niño de Tatooine. Insertados en las paredes de acabado rocoso estaban los cajones que contenían su limitada colección de ropa y la de Mara. Sus sables láser estaban detrás de Luke, descansando en un estante en la cabecera de su cama.

Su esposa, Mara Jade Skywalker, tenía más objetos personales y equipamiento, desde luego. Disfraces, armas, aparatos de comunicación, documentos falsificados. Como antigua espía, nunca había abandonado la parafernalia de tales negocios, pero esas cosas no estaban aquí. Luke no estaba seguro de dónde las guardaba. Ella no le preocupaba a él con tales

detalles.

A su lado, ella se movió, y él le dirigió una mirada. Su cabello pelirrojo, cortado a media altura esta temporada, estaba alborotado, pero no había sueño en sus ojos cuando se abrieron. Bajo una luz brillante, él sabía que eran de un verde sorprendente.

—¿Quién no existe? —preguntó ella.

—No lo sé. Un enemigo.

—¿Soñaste con él?

Él asintió.

—He tenido ese sueño un par de veces antes. No es sólo un sueño. Me viene a través de corrientes en la Fuerza. Está envuelto en sombras, en una capa oscura con capucha, pero más que eso, en sombras de luz y… —Luke negó con la cabeza, luchando por encontrar la palabra adecuada—. E ignorancia. Y negación. Y trae un gran dolor a la galaxia… y a mí.

—Bueno, si trae dolor a la galaxia, obviamente vas a sentirlo.

—No, a mí personalmente, además de sus otras maldades. —Luke suspiró y se tendió de nuevo—. Es demasiado vago. Y cuando despierto, cuando intento mirar en el futuro para encontrarlo, no puedo hacerlo.

—Porque no existe.

—Eso es lo que el sueño me dice.

Luke siseó con enfado.

—¿Podría ser Raynar?

Luke lo consideró. Raynar Thul, antiguo Caballero Jedi, presumido muerto durante la guerra contra los yuuzhan vong, había sido descubierto unos cuantos años antes, horriblemente quemado durante la guerra, mentalmente transformado desde que se relacionó con la raza insectoide de los killik. Esa transformación había sido malevolente, y la orden Jedi había tenido que ocuparse de él. Ahora se consumía en una celda bien protegida en las profundidades del Templo Jedi, bajo tratamiento por sus enfermedades físicas y mentales.

Tratamiento. Tratamiento significaba cambio; quizás, cambiando hacia peor, Raynar se estaba convirtiendo en algo nuevo, y el presentimiento de Luke apuntaba hacia el ser en que Raynar se convertiría algún día.

Luke negó con la cabeza y apartó esa posibilidad.

—En esta visión, no siento al alienígena que hay en Raynar. Mentalmente, emocionalmente, quien quiera que sea permanece siendo humano, o casi humano. Existe incluso la posibilidad de

que sea mi padre.

—Darth Vader.

—No. Antes de que fuera Darth Vader. O justo cuando se estaba convirtiendo en Vader. —La mirada de Luke se desenfocó mientras intentaba recapturar el sueño—. Lo poco de su cara que puedo ver me recuerda a los rasgos de Anakin Skywalker como Jedi. Pero sus ojos… mientras los veo, se vuelven del color del oro fundido o naranja, transformados por el uso de la Fuerza y la rabia…

—Tengo una idea.

—Dime.

—Esperemos hasta que aparezca, y entonces lo aplastamos.

Luke sonrió.

—Vale.

Cerró los ojos y su respiración se hizo más lenta en un esfuerzo por volver a dormirse.

En un minuto el ritmo de su respiración se volvió el natural de alguien que duerme.

Pero Mara se quedó despierta, con la atención fija en el techo y más allá de él, a través de docenas de pisos desde el enclave Jedi hasta los cielos de Coruscant sobre ella, y buscó cualquier pista, cualquier señal de lo que fuera que estuviera causando la preocupación de su marido.

No encontró ningún signo de ello. Y ella, también, se durmió.

ADUMAR

Las brillantes puertas de color gris perla del turboascensor se abrieron hacia los lados, y el aire cálido llevando un aroma que anunciaba muerte y destrucción rodeó a Jacen Solo, su primo Ben Skywalker y su guía.

Jacen tomó aire profundamente y contuvo la respiración. Los olores de esta fábrica subterránea no eran los olores de carne corrompida o heridas gangrenadas, olores a los que Jacen estaba acostumbrado, sino aquellos del trabajo y la industria. La gran cámara que se abría ante ellos había sido un centro de fabricación de misiles durante décadas, y ninguna cantidad de limpiezas rigurosas sería capaz de eliminar jamás los olores del sudor, el lubricante de máquinas, los compuestos de los materiales recientemente fabricados, los propelentes del combustible sólido, y los potentes explosivos que llenaban el aire.

Jacen expulsó el aire y salió del turboascensor, luego caminó el puñado de pasos hasta la baranda que permitía ver la cámara. Caminó rápidamente de manera que su capa Jedi ondulase un poco mientras alargaba sus pasos, de manera que los tacones de sus botas hicieran sonar el metal del suelo de esta pasarela de observación, y de manera que su aprendiz y guía quedasen atrás durante un momento. Esto era una actuación para su guía y todos los otros representantes de la compañía Dammant Killers. Jacen sabía que estaba ajustándose a su papel bastante bien. Los oficiales de la compañía con los que había estado tratando estaban apropiadamente intimidados. Pero no sabía si atribuir su éxito a su porte y sus maneras, a su apariencia de hombre delgado, pensativo y guapo, o a su nombre. En un planeta como Adumar, con una historia de fascinación por los pilotos, con el nombre del padre de Jacen, Han Solo, se llegaba muy lejos.

Su guía, un hombre esbelto y medio calvo llamado Testan ke Harran, se movió hacia la barandilla a la derecha de Jacen. Contrastando con los grises y los azules que eran comunes en las paredes y en los uniformes de los trabajadores, Testan era un torbellino de colores. Su túnica, con un dobladillo casi hasta la rodilla y unas mangas flotantes, eran del mismo naranja que los uniformes de los pilotos de Ala-X, aunque decorada con líneas púrpura que se entrecruzaban hacia abajo en dibujos que oscilaban en forma de pequeños diamantes, y sus pantalones, cinturón y pañuelo de cuello eran de un dorado brillante.

Testan se acarició su lustrosa barba negra, y el gesto falló en su intento de ocultar el nerviosismo del hombre. Jacen sintió, más que vio, como se movió Ben hacia el otro lado de Testan.

—Puede ver —dijo Testan— que nuestras trabajadares disfrutan de muy buanas condiciones.

Ben se aclaró la garganta.

—Dice que sus trabajadores disfrutan de muy buenas condiciones.

Jacen asintió ausente. Entendía las palabras de Testan, y le había llevado poco tiempo aprender y entender el acento adumari, pero esto era otra actuación, un truco para mantener a los adumari desequilibrados. Se inclinó hacia delante para prestar su total atención a la sala de producción de abajo.

La habitación era lo bastante grande para actuar como hangar y bahía de mantenimiento para cuatro escuadrones completos de cazas Ala-X. Altas particiones de duracreto dividían el espacio en

ocho líneas, cada una de las cuales encerraba una línea de montaje. Los materiales entraban a través de pequeños portales hacia la izquierda, rodaban a lo largo de luminosas cintas transportadoras, y eventualmente salían a través de portales en la parte más alejada de la derecha. Los trabajadores con monos grises flanqueaban las cadenas y trabajaban en los materiales mientras pasaban.

En la cadena más cercana, inmediatamente bajo Jacen, los materiales sobre los que se trabajaba parecían ser ensamblajes de sensores visuales. La cinta transportadora trajo ocho unidades y se detuvo. Moviéndose rápidamente, los trabajadores conectaron pequeños cables en las unidades y se volvieron para mirar los monitores, que mostraron imágenes en blanco y negro de los puños de los monos y las manos de los trabajadores. Los trabajadores giraron las unidades hacia un lado y otro, confirmando que los sensores estaban calibrados apropiadamente.

Un monitor nunca se encendió con la imagen de un sensor. El trabajador de esa unidad la desenchufó y la colocó en una mesa que iba paralela a la cinta transportadora. Un momento después, los otros trabajadores en esta sección desconectaron sus unidades sensoras y la cinta transportadora se puso en marcha de nuevo, llevándose las restante siete unidades al siguiente puesto.

Una línea más allá, la cinta transportadora permanecía en constante movimiento, llevando carcasas de unidades sensoras. Los trabajadores de esa cinta, menores en número que los probadores de sensores, alargaban la mano ocasionalmente para coger una carcasa, mirar dentro y examinar el exterior en busca de grietas o deformaciones. Algunos trabajadores, distribuidos a intervalos a lo largo de la línea, golpeaban cada carcasa con un pequeño martillo con la cabeza de goma. Jacen asumió que estaban escuchando algún tono musical que él posiblemente no podía oír a esta distancia sobre el rugido del ruido que subía desde abajo.

En otra línea más lejos de él, los trabajadores no estaban vestidos con monos sino con trajes para materiales peligrosos de un color gris más claro y reflectante que la vestimenta usual de trabajo que los cubrían completamente. Su cinta transportadora llevaba chapas blancas que transportaban bolas irregulares del tamaño de cabezas humanas, pero casi de un verde luminoso. La cinta se detenía cada vez que un grupo de ocho bolas entraban en la cadena, dándoles a los trabajadores tiempo para hundir

sensores parecidos a agujas en cada bola. Ellos también comprobaban los monitores durante unos segundos antes de extraer las agujas para permitir que las bolas continuaran. Jacen conocía ese verde venenoso. Era el color del potente explosivo adumari manufacturado utilizado para fabricar los misiles de impacto que exportaban.

Mientras Jacen hacía su inspección inicial, Ben mantenía a su guía ocupado.

—¿Se encera la barba? —preguntó.

—No.

—Parece muy brillante. ¿La lubrica?

La voz de Testan tenía un tono un poco más irritado.

—No la lubrico. La acondiciono. Y la cepillo.

—¿Se la cepilla con mantequilla?

Jacen finalmente miró hacia la derecha, más allá de Testan y su primo. Ben tenía trece años estándar de edad, no era alto pero estaba bien musculado, con una cara de buenas facciones llena de pecas bajo una mata de pelo rojo fuego. Ben se volvió, con cara impasible, a mirar a Jacen, luego dijo:

—El Caballero Jedi reconoce que esta factoría parece alcanzar el mínimo, el absoluto mínimo, estándar requerido de seguridad y confort de los contratistas del ejército de la Alianza Galáctica.

Jacen asintió. El asentimiento significaba *Buena improvisación*. No estaba ejerciendo ningún talento de la Fuerza para comunicar palabras a Ben. El papel de Ben era pretender actuar como traductor de su mentor, cuando su función real era convencer a los locales de que los adultos Jedi eran incluso más reservados y misteriosos de lo que habían pensado.

—No, no, no —Testan llevó una manga por encima de su frente, secándose el sudor—. Estamos muy por encima de los estándaras mínimas. ¿Esas barreras de duracreto? Llevarán hasta afuera cualquier faga de explosivos, salvando a la mayoría de los trabajadares in caso de calamidad. Los turnos de los trabajadares son sólo dos quintas partes del día de largos, a diferencia de los viejos días.

Ben repitió las palabras de Testan, y Jacen se encogió de hombros.

Ben imitó su movimiento. El gesto hizo que su propia capa Jedi se abriera totalmente, revelando el sable láser que colgaba de su cinturón.

Testan lo miró y luego miró a Jacen, claramente preocupado.

—Su aprendiz… —Inseguro, volvió a mirar a Ben—. Eres muy joven, ¿verdad?, para llevar un arma como esa.

Ben le dirigió una mirada inexpresiva.

—Es un sable láser de práctica.

—Ah.

Testan asintió como si entendiera.

Y eso fue todo. Quizás fue sólo la idea de un treceañero con un utensilio mortalmente cortante al alcance de su mano, pero las defensas de Testan se diluyeron lo suficiente para que la preocupación comenzara a manar de él.

Era como el juego en el que se les dice a los niños “Durante la próxima hora, *no penséis en banthas*”. Lo intentarían tanto como pudieran, pero lo harían, en minutos o incluso en segundos, pensarían en banthas.

El control de Testan finalmente cedió y pensó en banthas, o, más bien, en un lugar al que no se suponía que debía ir o incluso pensar. Jacen pudo sentir a Testan intentando poner un freno a su pensamiento. Algo en la creciente potencia de esa preocupación le dijo a Jacen que debían estar más cerca de la fuente de su preocupación que durante las zonas que habían visitado antes en su recorrido por la factoría.

Cuando Testan se volvió, Jacen le miró directamente y dijo:

—Hay algo aquí. Algo va mal.

Eran las primeras palabras que había dicho en presencia de Testan.

Testan negó con la cabeza.

—No. Todo está bian.

Jacen miró más allá de él, hacia la parte más alejada de la pared de la derecha de la cámara. Era gris y regular, hecha de una serie de paneles de la altura de un hombre y el doble de anchos colocados como ladrillos. Comenzó un escrutinio lento y deliberado, recorriéndolo de derecha a izquierda. Su mirada recorrió las paredes, las líneas de montaje, la cámara de observación elevada directamente opuesta a los turboascensores por los que habían entrado, y continuó a lo largo de la pared de la izquierda.

Mientras su atención llegaba a la mitad de la pared de la izquierda, a lo largo de la pasarela de observación, sintió otro pulso de preocupación de Testan. Ben se aclaró la garganta, una señal. El chico, aunque ni de cerca tan sensible a la Fuerza como

Jacen, había tenido la misma sensación.

Jacen se encaminó hacia esa dirección por la pasarela. Esta vez el resonar de sus botas y el ondular de su capa eran un efecto colateral de su velocidad en vez de una actuación.

—¿Desea ver la habitacián de observación?

Testan se dio prisa en alcanzarle. Su ansiedad estaba creciendo, y había algo en ella, como una piedra brillante en el fondo de un estanque turbio.

Jacen buscó dentro del estanque para extraer el premio.

Era el recuerdo de una puerta. Era ancha y gris, cerrando desde arriba mientras hombres y mujeres vestidos con monos azul oscuro, las indumentarias de los supervisores de la instalación, corrían antes de que se cerrase. Cuando estaba colocada en su lugar, era idéntica a los paneles de la pared que Jacen veía delante de él en el aquí y el ahora.

Jacen miró a Testan por encima de su hombro.

—Sus pensamientos le traicionan.

Testan palideció.

—No, no hay nada que traicionar.

Jacen rodeó la esquina de la pasarela de observación, dio unos cuantos pasos más, y se deslizó hasta detenerse frente a una de las secciones de la pared.

Estaba aquí. Lo sabía porque podía sentir algo más allá.

Conflicto. Él mismo estaba allí, luchando. Y también estaba Ben. Era un leve destello del futuro, y él y su aprendiz estarían en peligro más allá.

Señaló con la cabeza en dirección a la pared.

Ben sacó su sable láser y lo encendió. Con un sonido de *chasquido-siseo*, su hoja azul de energía coherente se extendió en su totalidad.

Ben hundió la hoja en el panel de la pared y comenzó a arrastrarla a su alrededor en un gran círculo.

—Nos dijo que era un arma de práctica —dijo Testan, con la voz dolorida.

Jacen le dirigió una mirada inocente.

—Es verdad desde cierto punto de vista. Él practica con ella.

En su nerviosismo, Testan no parecía darse cuenta de que Jacen le entendía ahora claramente.

Ben completó el círculo y le dio una pequeña patada a la sección de metro y medio que había marcado. Cayó en una cámara bien iluminada, resonando en el suelo más allá, con los

bordes todavía brillantes con el calor que el sable láser les había transferido.

Ben pasó a través del agujero. Jacen se agachó para seguirle. Oyó a Testan murmurando, indudablemente, una alerta a un comunicador. Jacen no se molestó en interferir. Habían estado a la vista de cientos de trabajadores y de la cámara de observación. Tratar con Testan no evitaría que se diese la alarma.

La habitación que había más allá de la improvisada puerta de Ben era en realidad un corredor, de cuatro metros de ancho y ocho de alto, con todas las superficies cubiertas de los mismos rectángulos de metal gris que se encontraban fuera de la cámara, con una luz blanco verdosa saliendo del techo luminoso. Hacia la izquierda, el corredor terminaba después de unos cuantos metros, y el final estaba lleno de contenedores de transporte de plastiacero apilados. Estaban marcados con PELIGRO, NO DEJAR CAER, y DAMMANT KILLER MODELO 16, 24 UNIDADES.

Hacia la derecha, el corredor se extendía durante otros cuarenta metros y luego se ensanchaba. La baranda y la terminación del suelo al final sugerían que se abría a otra pasarela sobre otra cámara de fabricación.

Ahora girando desde la pasarela hacia el corredor y corriendo hacia ellos había media docena de soldados armados con rifles láser. Sus monos naranja tenían reminiscencia de los uniformes de los pilotos de Ala-X, pero la armadura de caparazón verde sobre la parte inferior de sus piernas, torsos, la parte inferior de sus brazos y sus cabezas se parecían más a las armaduras de los soldados de asalto de las motos deslizadoras pintadas de un color equivocado.

Y entonces detrás de los seis primeros soldados vinieron otros seis, y luego otros ocho…

Jacen sacó su sable láser y con un chasquido lo encendió a la vida. El verde incandescente de su hoja se reflejó como las luces del techo en las paredes y las armaduras de los soldados que llegaban.

—Quédate detrás de mí —dijo.

—Sí, señor.

El suspiro de Ben fue audible, y Jacen sonrió.

El soldado principal, que llevaba unas barras doradas en el casco y en las muñecas, gritó, con su voz mecánicamente amplificada.

—¡Deténgase dorde está! ¡Esta sacción está restringida!

Jacen dio un paso hacia adelante. Giró su muñeca, moviendo la hoja de su sable láser delante de él de un modo que recordaba vagamente las alas de una mariposa.

—¿Podría hablar más alto? Estoy un poco sordo —le gritó él.

Ben se rió en voz baja.

—Muy bueno.

—¡No puede antrar en esta sacción!

Ahora había unos veinte metros hasta la tropa de soldados de delante.

Jacen continuó girando su hoja como en una práctica.

—Menos gente saldrá herida si simplemente os apartáis de mi camino.

Era como algo ritual que decir. Las fuerzas enemigas en masa casi nunca retrocedían, a pesar de la reputación de los Jedi. Una reputación que iba extendiéndose y haciéndose más sobrenatural con cada año que los Jedi prosperaban bajo el liderazgo de Luke Skywalker.

La frase era ritual también de otro modo. Hubo un tiempo en que Jacen habría sentido la tragedia rodeándolo cuando sus acciones resultaban en la muerte de soldados y guardias comunes. Pero con el tiempo había perdido esa sensación. Era lo inevitablemente enojoso de los líderes enviando a sus tropas a morir contra enemigos más poderosos. Había estado pasando desde que había líderes violentos y seguidores obedientes. En la muerte, esa gente se convertía en uno con la Fuerza, y cuando Jacen había aceptado ese hecho, su sensación de tragedia se había evaporado.

Dio otros dos pasos.

—¡Fuego! —gritó el soldado al mando.

Los soldados empezaron a disparar. Jacen se entregó a la Fuerza, a su conciencia de lo que le rodeaba, a su repentina unidad con los hombres y mujeres que intentaban matarlo.

Simplemente ignoró la mayoría de los disparos. Cuando los sentía dirigirse hacia él, giraba la hoja de su sable láser para alinearla con ellos y los devolvía, usualmente hacia la multitud de soldados. En los primeros pocos segundos de su asalto, cuatro soldados cayeron bajo los disparos lanzados por sus amigos. El olor a carne quemada comenzó a llenar el corredor.

Jacen sintió peligro detrás de él y sintió reaccionar a Ben. Jacen no apartó su atención y continuó su marcha hacia delante. Preferiría poder proteger al inexperto joven, pero el chico era

bueno en la práctica de la defensa contra disparos láser. A pesar de lo duro que resultaba confiar en un Jedi cuyas habilidades se estaban desarrollando, tenía que hacerlo. Para enseñar, para aprender, tenía que confiar.

Jacen interceptó el siguiente disparo láser que vino en su dirección y lo devolvió de vuelta hacia el soldado al mando. Este golpeó al soldado en el casco y rebotó, quemando el techo. Un área de cuatro metros cuadrados de la iluminación del techo se apagó, oscureciendo el corredor. El comandante cayó. El disparo no era fatal con toda probabilidad. Protegido por el casco, el hombre tendría quemaduras en la frente y el cuero cabelludo y probablemente una contusión, pero no parecía que fuera a morir.

La estrategia tuvo el efecto deseado. Los soldados vieron a su comandante caer. Continuaron disparando pero también intercambiaron miradas. Jacen nunca cambió el paso, y un soldado con galones plateados en el casco gritó:

—Atrás, atrás.

En buen orden, los soldados empezaron a retirarse.

Tras él, Jacen oyó más fuego de láser y el distintivo *zap* de la hoja de un sable láser interceptándolo, desviándolo. Dentro de la corriente de la Fuerza, Jacen sintió un disparo viniendo hacia su espalda, lo sintió siendo empujado hacia un lado, lo vio y lo sintió mientras impactaba en la pared a su derecha. El calor del disparo calentó su hombro derecho.

Pero los defensores continuaron su retirada, y pronto el último de ellos estaba tras la esquina. El camino de Jacen hacia la baranda estaba despejado. Alargó el paso hasta allí.

Sobre la baranda, una docena de metros más abajo, había otra sala de líneas de montaje, donde línea tras línea de componentes de municiones estaban siendo ensamblados. Aunque en ese momento todas las líneas estaban detenidas, con los anónimos trabajadores vestidos con sus monos mirando hacia arriba, hacia Jacen.

El movimiento de Jacen para salir del corredor le llevó a la vista de los defensores vestidos de naranja y verde, quienes ahora estaban formados en disciplinadas hileras a lo largo de la pasarela a la izquierda de Jacen. Tan pronto como él llegó a la barandilla ellos abrieron fuego de nuevo. Su formación cerrada les permitía concentrar su fuego, y Jacen se encontró desviando más disparos que antes.

Él sintió, más que vio, como Ben se colocaba en posición tras

él, pero ningún disparo láser venía en esa dirección.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ben.

—Termina la misión.

Jacen recibió un disparo en su hoja demasiado cerca de la empuñadura. Incapaz de dirigir su trayectoria al desviarlo, vio el disparo centellear en el área de ensamblaje. Impactó en un monitor. Los hombres y mujeres cerca de la pantalla se agacharon buscando cobijo. Jacen hizo una mueca de dolor. Una fracción de grado diferente en el arco y ese disparo podría haber golpeado un paquete de explosivos. Con todo el daño que le hacía el causar la muerte, no quería causarla por accidente.

—Pero tú estás al cargo…

—Estoy ocupado.

Jacen dio un paso hacia delante para concederse más espacio para maniobrar y girar y se concentró en sus atacantes. Ahora necesitaba protegerse a sí mismo y a Ben, defender un área más grande. Se concentró en devolver un disparo tras otro hacia las filas de los atacantes, y vio caer a uno, dos, tres soldados.

Hubo una tregua en la barrera de fuego. Jacen se tomó un momento para mirar sobre su hombro. Ben estaba junto a la barandilla, mirando hacia la línea de fabricación, y junto a su ojo mantenía una holocámara pequeña pero cara, de la clase que llevaban los viajeros ricos y los aficionados a las holocámaras de toda la galaxia.

Mientras Jacen devolvía su atención a los soldados, Ben comenzó a hablar.

—Um, soy Ben Skywalker. El Caballero Jedi Jacen Solo y yo estamos en, no lo sé, una parte secreta de la planta de Dammant Killers bajo la ciudad de Cartann en el planeta Adumar. Están viendo una línea de fabricación de misiles. Están fabricando misiles de los que la AG no ha sido informada. Los están vendiendo a planetas que se supone que no los tienen. Dammant está rompiendo las reglas. Oh, ¿y el ruido que escuchan? Sus tíos están intentando matarnos.

Jacen sintió el movimiento de Ben mientras el chico giraba para grabar el conflicto de los disparos láser contra el sable láser.

—¿Es suficiente? —preguntó Ben.

Jacen negó con la cabeza.

—Coge toda la sala. Y mientras lo estás haciendo, figúrate que se supone que es lo próximo que vamos a hacer.

—De algún modo estoy pensando que deberíamos salir de

aquí.

Con la punta de la hoja de su sable láser, Jacen alcanzó un disparo que chisporroteaba hacia su espinilla derecha. Envió el disparo de vuelta hacia donde había salido. Impactó en el rifle láser de la mujer, quemándolo hasta convertirlo en un bulto irreconocible, causando que el hombro de la armadura de ella se prendiera fuego momentáneamente. Ella se retiró, y uno de sus compañeros le apagó el fuego dándole palmadas. Ahora había menos de quince soldados contra el Jedi, y su comandante temporal estaba obviamente pensándose de nuevo sus órdenes de *mantener la posición.*

—Bien. ¿Cómo?

—Bueno, por donde vinimos… no. Estarían esperándonos.

—Correcto.

—Y nunca quieres luchar en el terreno que el enemigo ha elegido si puedes evitarlo.

Jacen sonrió. Las palabras de Ben, tan adultas, eran una cita de Han Solo, un hombre cuya sabiduría era tan a menudo cuestionable, excepto en asuntos de supervivencia personal.

—También correcto.

—Así que… ¿el final de esas líneas de montaje?

—Bien. Así que vamos.

Jacen oyó el roce de un tacón mientras Ben saltaba sobre la barandilla. Sin esperar, Jacen saltó lateralmente, alejándose de la barandilla medio metro, y girando mientras caía. Delante y bajo él, Ben estaba aterrizando agachado en la línea de montaje más cercana, que estaba llena de carcasas opalescentes. Mientras Jacen aterrizaba, flexionaba las rodillas y empujaba un poco hacia arriba con la Fuerza para suavizar el impacto, Ben corrió hacia delante, reflexivamente apartando de un golpe el brazo prensor demasiado fundido de la línea, y se agachó mientras se lanzaba a través del diminuto portal del final de la línea.

Jacen lo siguió. Oyó y sintió el calor de los disparos láser golpeando la línea de montaje tras él. Giró su sable láser por encima de su hombro, interceptando un disparo, recibiendo toda la fuerza del impacto más que desviando el disparo hacia la línea de al lado.

Ningún trabajador intentó agarrarlo, y en unos segundos se estaba arrastrando a través del portal.

capítulo dos

En la siguiente sala, corriendo entre líneas de montaje y a través de ellas mientras los trabajadores se agachaban para salir de su camino u, ocasionalmente y de manera más estúpida, se lanzaban contra ellos, Jacen y Ben vieron las puertas del turboascensor. Les llevó un momento darse cuenta de que los sensores no indicaban ningún movimiento incluso cuando presionaron el botón LLAMADA múltiples veces. Con un suspiro de exasperación, Jacen se abrió camino cortando hasta llegar al hueco del turboascensor y él y su aprendiz saltaron a través del agujero, cuyos bordes todavía estaban brillantes, para agarrarse de las barras de apoyo diagonales en la pared más alejada del hueco. Colgando allí, pudieron ver el techo de la cabina del turboascensor alrededor de diez metros más abajo… pero este hueco estaba al lado de otro, y la cabina de este hueco estaba a sólo unos metros más abajo y subiendo rápidamente.

Jacen giró en dirección hacia el segundo hueco y se preparó para el impacto cuando la cabina del turboascensor llegara hasta él. Pudo sentir a Ben siguiendo su movimiento, incluso pudo sentirlo concentrándose en aspectos de la Fuerza que le permitirían la absorción de la energía cinética…

Entonces la cabina que subía chocó contra ellos. Absorbieron el impacto con las rodillas y con el control de la Fuerza, y de repente fueron lanzados hacia arriba a lo largo del oscuro hueco.

Jacen estimó que se habían elevado trescientos metros o más antes de que la cabina ejecutara una rápida deceleración y se

acoplara a su lugar a unos escasos tres metros de la parte más alta del hueco. Jacen y Ben se agarraron a las barras de apoyo en el lado del hueco. Después del ruido del momento que subía de abajo (el siseo de puertas que se abrían, el retumbar de pasos, conversaciones y puertas que se cerraban) la cabina se alejó de su vista, dejándolos solos y comparativamente en silencio en la parte superior del hueco.

—Creo que estamos por encima del nivel del suelo —dijo Ben.

—Muy por encima del nivel del suelo.

Jacen encendió su sable láser y lo clavó en lo que suponía que era la pared trasera del hueco, en dirección opuesta a la de las puertas del turboascensor que iluminaban el hueco bajo ellos. Arrastró la hoja en círculo, y justo antes del final de la quemadura se uniese al principio, el trozo que estaba cortando fue empujado hacia fuera, hacia la brillante luz del día, girando hacia el espacio abierto. Un golpe de aire casi arrastró a Jacen tras él, y más aire subió rugiendo por el hueco para huir por el agujero que había cortado.

Fuera del agujero se encontraban las vistas de un rascacielos de la ciudad de Cartann, perteneciente a la nación de Cartann y capital del gobierno del planeta de Adumar. Los Jedi podían ver edificios de apartamentos de cuarenta pisos con apiñadas líneas de balcones, con muchos de esos balcones sirviendo como pequeñas plataformas de aterrizaje para naves caza personales, también como oficinas en forma de agujas más altas, torres defensivas circulares cuyos exteriores sin rasgos distintivos ocultaban emplazamientos de armas, y altas astas de las que colgaban banderas del gobierno, el vecindario, los equipos deportivos y la publicidad, de metros de largo.

Jacen se inclinó hacia fuera. La pared del edificio bajo ellos se inclinaba en un ángulo más que recto hacia abajo. Mucho más abajo, pudo ver el tráfico de los deslizadores como ríos estrechamente regulados a través del aire.

Ben sacó la cabeza justo bajo la de Jacen.

—Flipante. Sé cómo hacer esto.

—No digas *flipante*.

—¿Por qué no?

—Es una jerga generacional, inventada para distinguir entre tu generación y cualquier otra haciendo uso de vocabulario superfluo e irritantemente precioso, y yo no soy de tu generación.

Ben se volvió para mirarle. Su boca se movía mientras buscaba encontrar una réplica cortante.

Jacen continuó.

—¿Tienes un arpón y cuerda en tu cinturón utilitario?

—Claro, pero no lo necesito. Sé cómo hacer descensos de edificios como este.

—Prepáralos de todos modos.

Ben refunfuñó pero sacó el arpón de su cinturón y extrajo unos cuantos metros de cordel fino y resistente.

—De acuerdo, Ben. Tú primero.

Ben sonrió y saltó hacia fuera. Jacen enganchó su sable láser de nuevo en su cinturón y le siguió.

Cayeron unos cuantos metros, pero el entrenamiento acrobático Jedi y su control sobre la Fuerza les permitieron aterrizar con los talones contra la inclinada pared del edificio. Desde ese punto, era un simple caso de reducir su inercia y mantener la fricción al máximo entre los talones y la superficie de la pared.

Corrieron y ocasionalmente se deslizaron por el borde del rascacielos a lo largo de franjas de duracero colocadas entre ventanales de transpariacero anchos y altos. Al otro lado de esos ventanales, vieron caras con la boca abierta por la sorpresa o la incredulidad.

Jacen presintió la ráfaga de viento un momento antes de sentirla. Se reforzó contra ella con la colocación de los pies y la Fuerza antes de que le golpeara.

Ben, menos experimentado, no lo hizo. Jacen vio ondular la capa del muchacho y luego Ben se alejó girando de la fachada del edificio, gritando.

Jacen se abrió a él, pero el chico, todavía con la cabeza muy clara, ya estaba lanzando el gancho del arpón hacia él. Jacen lo agarró en el aire y ató el cordel alrededor de su cintura varias veces antes de que alcanzara su máxima longitud. Jacen preparó su brazo para la sorpresa del impacto y lo resistió sin ser arrastrado fuera de la fachada del edificio.

Con el control del cordel y un tirón extra hacia el propio Ben con la Fuerza, tiró de Ben hacia la fachada del edificio. Ahora Jacen era el que iba a la cabeza del descenso, con Ben unos metros por encima y por detrás. Oyó a Ben gritar.

—Puedes soltarlo ya.

La voz del chico sonaba apropiadamente avergonzada.

Jacen soltó el arpón.

—Sabías cómo descender edificios como este, ¿huh?

—¿Qué?

—He dicho…

—No puedo oírte. Hay demasiado viento.

Jacen sonrió.

—¡Noventa grados hacia arriba!

Jacen miró en la dirección que indicaba Ben. Por encima, justo sobre el nivel del rascacielos, un vehículo volador azul y verde estaba escorándose hacia ellos por encima de una cúpula. No tenía la forma de cola rota de la serie de cazas Espada producida en este mundo y pilotado recreativamente, y para duelos, por tantos adumari. Este tenía una forma aproximada como una fruta estelar, con un cuerpo central y cinco brazos saliendo de él. Los brazos terminaban en cubiertas redondeadas que, como Jacen podía ver, contenían impulsores, respiraderos de repulsores y puntas de armas. Él decidió que el vehículo sería lento pero altamente manejable, y capaz de atacar en cualquier dirección, quizás en varias direcciones a la vez. Los brazos rotaban como una unidad, pero independientemente del cuerpo central del vehículo, donde Jacen podía ver una cubierta de transpariacero oscurecida protegiendo el asiento del piloto.

No es que representara una amenaza para los Jedi. A menos que el vehículo estuviera armado con sistemas de armas antipersona, algo capaz de destrozar la carne pero que no penetrara en los típicos materiales de construcción, las posibilidades de llevar a cabo un auténtico ataque eran bajas.

La punta delantera del vehículo disparó. Jacen vio el rastro de humo de un misil dirigiéndose en su dirección.

Sintió un esfuerzo en la Fuerza procedente de Ben y al chico saltando lateralmente. Añadió un poco de energía cinética a su propio movimiento descendente, reduciendo la fricción de sus talones y nalgas. Se sentó y se deslizó más rápido.

El misil impactó a decenas de metros sobre su cabeza. Oyó la explosión y sintió como el edificio se estremecía bajo él, pero no le alcanzaron ni el calor ni los escombros. La ojiva debía haber penetrado en el edificio antes de detonar. Una pequeña parte de él se volvió fría, enfurecido por la cruel disposición de su enemigo de arriesgar y matar a civiles para capturar a los objetivos, pero el resto de Jacen permaneció siendo analítico. Puso los frenos, subiendo la fricción e incorporándose de nuevo.

El caza enemigo giró acercándose, luego descendió más allá de él y fuera de la vista.

¿Fuera de la vista? Jacen se inclinó hacia delante. Sí, la superficie del edificio parecía terminar sólo unas docenas de metros bajo él, pero todavía bien por encima del nivel de la calle. Eso significaba que el ángulo tenía que cambiar en ese punto, convirtiéndose en una caída vertical. El atacante estaba bajo el punto de caída, esperando.

Jacen volvió su atención a los reflejos de los rascacielos en la lejanía delante de él. Allí, pudo ver el caza enemigo. Estaba enrojecido contra el edificio, con su cuerpo central fijo y sus patas rotando, cuatro pisos más abajo del punto de caída, varios metros a la derecha de donde Jacen caería del borde.

Si mantenía su actual ángulo de descenso, desde luego.

Mientras la distancia al punto de caída se hacía más corta, él rebotó contra un grupo de ventanales y luego otro, terminando en una tira de duracreto que se dirigía directamente al punto sobre el caza enemigo. Entonces alcanzó el borde.

Ahora estaba sólo a veinte pisos sobre el suelo. Debajo, podía ver una avenida principal abarrotada de tráfico y, los primeros cuatro o cinco pisos sobre el nivel de la calle, pesadamente cruzada de cables. Los cables de comunicaciones privados se encadenaban por las calles por todo Adumar para dar a los vecinos acceso a comunicaciones seguras.

Directamente bajo Jacen estaba el caza. Jacen saltó haciendo una pirueta mientras llegaba al borde, luego aterrizó a horcajadas sobre uno de los brazos del caza justo al lado del cuerpo principal de vehículo. El caza se sacudió por el impacto y cayó un par de metros. A través de la cubierta de transpariacero, Jacen pudo ver una piloto cubierta por el casco, con su lenguaje corporal mostrando alarma por la repentina proximidad del enemigo.

Ella movió la palanca de control. El caza giró alejándose del edificio. En su visión periférica Jacen vio un arpón y un cordel blanco engancharse alrededor de otro de los brazos del vehículo.

Jacen sonrió. Era una táctica bastante inteligente. Todos aquellos cables cruzando la calle cortarían a un atacante normal en pedazos, asumiendo que un atacante normal terminara en esta situación, sin causar un daño significativo al caza.

Pero los Jedi no eran atacantes normales.

Ben se impulsó hacia el brazo que su arpón había cogido. Su cara parecía enrojecida por las quemaduras del viento, y su pelo

rojo se había revuelto hasta convertirse en un desastre.

—Ábrete camino hacia dentro —le invitó Jacen.

Ben se animó. Agarrándose al vehículo con las dos piernas y un brazo, cogió su sable láser con su otra mano y lo encendió.

Jacen se inclinó y miró hacia el suelo, mucho más cerca de lo que había estado segundos antes. Hizo un gesto en esa dirección, flexionó los dedos… y los cables de comunicaciones directamente bajo él se movieron como serpientes alarmadas. Se esforzó más y los cables se separaron, algunos separándose completamente de un lado de la calle o del otro. El caza se precipitó en medio de ellos pero no chocó contra ninguno. Justo antes de golpear la calle, y por debajo de donde terminaba la capa de cables, el caza giró para unirse al tráfico terrestre de deslizadores.

La piloto miró a los Jedi, obviamente esperando ver torsos sin miembros o restos de meras gotas de sangre. Tuvo tiempo suficiente para registrar alarma antes de que Ben clavara la hoja de su sable láser en el lado de su cubierta. Mientras él la perforaba, intentando encontrar la cerradura o las bisagras, la hoja casi rozó el muslo de la mujer.

Ella fue presa del pánico. Esa era la única explicación que Jacen pudo encontrar. Ella giró de golpe y completamente hacia un lado su palanca de control, en un ángulo antinatural, y de repente la cubierta estalló, saliendo disparada al mar de cables de comunicación de encima, casi arrancando también a Ben mientras se iba.

Un instante después, el asiento de la piloto se encendió y la lanzó hacia arriba. Hacia los cables. Medio cegado por la propulsión del asiento eyector, Jacen todavía la vio chocar con el primer grupo de cables.

Ellos aguantaron. Ella no. Ella y su asiento eyector se separaron en dos partes, cada una lanzada en una dirección diferente. Jacen vio la mitad superior de su cuerpo golpear otro cable y luego sus restos quedaron fuera de la vista bajo ellos.

Jacen miró hacia delante. El caza sin piloto se estaba elevando. En otros pocos segundos, volvería a chocar contra la capa de cables y esta vez en un ángulo que lo mantendría dentro de la capa durante largos segundos o incluso minutos.

—Vamos —dijo.

Ben asintió, desactivo su sable láser y se dejó caer. Jacen lo siguió.

Vio a Ben caer sobre la parte trasera de un deslizador terrestre, rebotó como si fuera un trampolín, giró para rebotar sobre el final de una mesa para cenar en un balcón de un segundo piso a un lado de la calle, la rociada de platos de comida catapultados de la mesa era bastante impresionante, y entonces cayó al nivel de la calle. Jacen se contentó con un rebote sobre un deslizador de transporte pesado y chocó y rodó mientras alcanzaba la pasarela junto a Ben. Los peatones adumari les dirigieron miradas curiosas a los Jedi pero no parecieron alarmarse. La mayoría de ellos estaban viendo al caza abriéndose camino entre los cables sobre sus cabezas.

Ben tenía una pata bien cocinada de algún ave en una mano. Ya había tomado un bocado y lo estaba mordiendo furiosamente.

—¿Qué, no tienes bastante comida del Templo Jedi para comer? —comentó Jacen.

Ben negó con la cabeza.

—¿Qué es lo próximo?

—Transmitir.

—¿No quieres hacerlo tú? Tú eres el Caballero Jedi.

—No soy yo quién necesita aprender cómo hacerlo.

Jacen se giró y abrió la marcha a través del tráfico de la pasarela. Si su orientación era correcta, esta dirección los llevaría a los hangares donde esperaba su lanzadera.

Con un suspiro de largo sufrimiento, Ben desechó su comida improvisada y sacó la pequeña holocámara, un cuaderno de datos, y un comunicador de los bolsillos de su cinturón. Torpemente, manejando tres cosas con dos manos que no se habían desarrollado totalmente, empezó a manipular los controles y las teclas, introduciendo órdenes.

—Vale. El paquete de datos está siendo comprimido y encriptado.

—Mientras está haciendo eso, comprueba si el holocomunicador de la lanzadera todavía está encendido. Actívalo remotamente y repite un eco de comunicación a la vieja estación lunar de la Nueva República.

—Sí, señor.

Esta vez, Ben no sonó tan supuesto. Esto era más un desafío, algo que nunca había hecho antes con su propia autoridad. Introdujo las órdenes en su cuaderno de datos y los retransmitió a través del comunicador.

—El holocomunicador esta… encendido.

A kilómetros de distancia, el sistema de comunicaciones a bordo de la lanzadera de Jacen, una unidad de holocumicación completa, capaz de transmitir a través del hiperespacio y así comunicarse más rápido que la luz, había despertado de su estatus de apagado.

—Comprobando el sistema de comunicaciones automatizado en la Estación de Paso ADU-Uno-Uno-Cero-Cuatro hasta Coruscant —dijo el chico. Su voz, aunque no más profunda, sonaba más confiada, más madura cuando estaba absorto en una tarea como esta—. Eco recibido con éxito. —Otro mensaje saltó en su cuaderno de datos—. Paquete encriptado.

—Transmítelo —dijo Jacen.

Él vigilaba de cerca el tráfico peatonal, pero no anticipaba ningún problema en este punto. Pasaría algún tiempo antes de que las operaciones de la compañía Dammat Killers se figurara dónde estaban los Jedi.

—Espera la confirmación de recepción. Solicita una confirmación de desencriptación.

—Sí, señor. —Ben introdujo otro grupo de comandos, luego volvió a meter su holocámara en su bolsillo. Ya no se necesitaría más—. ¿Entonces cómo salimos de este mundo?

—Volvemos a la lanzadera y despegamos.

—¡Pero el planeta está lleno de cazas estelares! Una lanzadera, incluso una lanzadera armada, no va a ser capaz de abrirse camino luchando a través de ellos.

—Correcto. Pero ¿por qué nos atacarían?

—Para evitar… para evitar… —La comprensión apareció en los ojos del chico—. Para evitar que salgamos de este mundo con lo que hemos descubierto.

—Correcto.

—Pero lo hemos holotransmitido, así que es demasiado tarde. —Ben comprobó la pantalla de su cuaderno de datos—. Tienen el paquete. Lo están desencriptando. —Su expresión se volvió sospechosa—. Pero ¿y si los adumari nos atacan por venganza?

—Piensa en ello, Ben. Tómate tu tiempo.

Llegaron a una plaza ancha, y Jacen supo que su orientación era correcta. Se dirigieron de vuelta hacia los hangares apropiados, los cuales debían estar sólo a un par de kilómetros de distancia.

—Si el paquete se desencripta, y los espías ven lo que vimos, empezarán a hablar con el gobierno aquí.

—Inteligencia militar. No espías.

—Oh, son espías. —Ben sonó despreciativo con la corrección de Jacen—. Mamá es una espía. Lo que hicimos aquí nos convierte en espías.

—Tu madre es una Jedi. Nosotros somos Jedi.

—Espías Jedi. —El cuaderno de datos pitó y Ben lo miró de nuevo. Lo cerró de golpe—. El mensaje se desencriptó. Nuestros jefes espías dicen “Bien hecho”. Así que… hablarán con el gobierno adumari, quien sabe que si nos ocurre algo, las cosas se pondrán peor para ellos.

—Correcto.

—Así que podemos irnos.

—Y dirigirnos a nuestro próximo trabajo.

Una mirada de incomodidad cruzó las facciones de Ben.

—¿Tenemos que hacerlo?

—Sí, tenemos.

—Va a haber muchos de ellos.

—No tantos como a los que nos acabamos de enfrentar.

—Va a ser ruidoso.

—No tan ruidoso como esa línea de montaje.

Ben dejó escapar un suspiro, derrotado.

Unos cuantos minutos después, Jacen y Ben abordaron la lanzadera de Jacen, una variante armada del viejo modelo clase Lambda, equipada con una torreta de cañones láser y una unidad de holocumunicación, y despegaron. Las alas no desplegadas de la lanzadera se bajaron a la posición horizontal después del despegue, y Jacen orientó la nave hacia el cielo de Adumar.

Un grupo de cuatro cazas Espada, cazas de Adumar con la distintiva cola rota, escoltaron a la lanzadera hasta que dejó la gravedad del planeta y entró en el hiperespacio. Nada se acercó lo suficiente para disparar sobre la nave Jedi.

capítulo tres

CORUSCANT

Leia Organa Solo, la una vez princesa del mundo de Alderaan, antigua Jefa de Estado de la Nueva República, y ahora Caballero Jedi, estaba de pie vestida con ropajes blancos, que servían tanto para una Jedi como para una política en un ambiente informal, frente al portal. No era una puerta ordinaria. Aunque en apariencia era idéntica a billones de puertas exteriores de viviendas que se encontraban en el mundo de Coruscant, en realidad no lo era. En el pasado reciente, la puerta original de bajo coste y material compuesto había sido reemplazada con esta cosa de apariencia inocua hecha de armadura. Aguantaría contra un asalto de disparos láser… durante un tiempo, en todo caso. El frío azul en el que estaba pintada contradecía su función defensiva.

El marido de Leia, Han Solo, uno de los hombres más famosos de la galaxia, se movió al lado de ella. Llevaba puesta su ropa favorita: pantalones militares oscuros decorados con las Marcasdesangre corellianas rojas que se había ganado cuando era más joven, camisa con mangas ligeramente largas, chaleco negro y prácticas botas negras. Excepto por las líneas de su cara y el gris de su pelo, honestamente ganados en acción también como acumulados a lo largo del paso del tiempo, era indistinguible del hombre que ella conoció a bordo de la *Estrella de la Muerte* hacía tantos años.

Su espíritu se aligeró. No importaba lo mal que iban las

cosas, siempre estaban mejor cuando Han estaba a su lado.

No es que ella necesariamente se lo dijera a él. Su ego tampoco había disminuido en todos aquellos años.

Han miró gravemente a la puerta.

—¿Te figuras que así es como van a venir hasta nosotros?

Ella asintió.

—Es la única aproximación que tiene sentido, y lo sabes.

—Bueno, la única *estrategia* que tiene sentido para nosotros es simplemente abrirles la puerta. Están menos dispuestos a intentar entrar a escondidas si la entrada está abierta. Podemos eliminarlos mientras cruzan la puerta. Una vez que su número sea demasiado grande para nosotros, podemos arreglar una retirada escalonada a través de las habitaciones interiores.

Leia lo consideró.

—No lo sé. Quizás debería colocarme delante y centrarme en devolver los disparos láser de su asalto mientras tú les disparas desde un lado.

—Oh, cielos. —Esta tercera voz tenía un tono más alto que la de Han y llevaba sólo una pizca de alarma—. Si puedo preguntar, ¿ha habido un cambio de planes?

Han y Leia se volvieron. Entrando en la cámara exterior estaba C-3PO, el droide de protocolo de tono dorado que les había servido fiel, aunque remilgadamente, durante cuatro décadas.

C-3PO se movió hacia ellos, con cada una de sus acciones acompañadas por el sonido apenas audible de los chirriantes servos.

—Pensé que el plan era dejarles pasar, luego darles a comer los aperitivos que tanto he estado trabajando para hacer —añadió—. Los aperitivos que descansan en la cocina. ¿Estaba equivocado? ¿Habrá disparos?

Han y Leia intercambiaron una mirada.

—Los aperitivos serán más fáciles —admitió Han.

—Menos disparos láser impactando contra las paredes, menos reparaciones —dijo Leia asintiendo—. Podríamos hacerlo de ese modo.

—Vale, Lingote de Oro. —Han le dio unas palmaditas a C-3PO en un hombro brillante, zarandeando al droide—. Lo haremos a tu manera. Esta vez.

—Están jugando conmigo otra vez, ¿verdad, señor? —El suspiro de C-3PO era audible.

Han asintió.

—Es más divertido y menos destructivo que colgarte la carne alrededor del cuello y soltarte a los perros de guerra.

—Humpf. —El droide se volvió hacia la puerta por la que había entrado—. No muy deportivo, debo decir.

Una melodía llenó el aire, las delicadas cinco primeras notas de “Camino del Cielo”, una balada del mundo de Leia, Alderaan.

Han suspiró pesadamente.

—No es demasiado tarde para cambiar de idea. Podríamos mantenerlos ahí fuera durante días.

Leia le sonrió.

—Silencio.

Los primeros en cruzar la puerta fueron Luke Skywalker y Mara Jade Skywalker. Para esta ocasión, Luke lucía su túnica Jedi negra y sus accesorios, en marcado contraste con su todavía mediana complexión y su cabello rubio brillante. Mara llevaba ropajes Jedi más tradicionales en tonos marrones y tostados, y un cinturón rojo que realzaba su cabello pelirrojo.

Con ellos iba R2-D2, el astromecánico que había servido variadamente a Luke y a los Solo durante décadas, y el pequeño droide hizo tantos ruidos musicales y pitidos de apreciación durante la gira por las nuevas habitaciones de los Solo como comentarios verbales hicieron los humanos.

Los siguientes en llegar, sólo unos minutos después, fueron Jacen y Ben. Llevados de habitación a habitación por C-3PO, Jacen hizo ruidos evasivos sobre la antecámara, el salón, el dormitorio principal, los dormitorios para los guardaespaldas noghri de Leia, Meewalh y Cakhmaim, los dormitorios de los invitados, la biblioteca, los baños, la terraza amueblada, la cocina, el comedor y el centro de comunicaciones, con todos excepto el último decorados y amueblados en maderas nobles de colores cálidos, algunos con alfombras oscuras y otros con suelos de piedra. El centro de comunicaciones, donde se encontraban la mayoría de los ordenadores y los equipos de reparación, era más moderno, totalmente cubierto de superficies de acero y barras de color azul metálico.

El único comentario de Ben fue:

—¿Dónde están los compartimentos secretos?

C-3PO se detuvo un momento y se inclinó torpemente para mirar al muchacho.

—No le entiendo, joven señor.

—Vamos. —Ben sonrió hacia arriba, al droide, aunque no demasiado arriba, dado que había crecido algunos centímetros desde la última vez que había visto al droide de protocolo—. El tío Han es un contrabandista. Apuesto a que este lugar está lleno de compartimentos secretos. Y habrá pistolas láser en todos ellos. Algunos tendrán tarjetas de identidad con nombres falsos, y tarjetas de crédito, y equipamiento electrónico secreto, y tal vez una moto deslizadora desmontada. Algunos tendrán agujeros para que se escondan los noghri.

La voz de C-3PO era estirada, incluso para un droide.

—Puedo asegurarle, señor, que no hay ningún compartimento secreto.

—¡Ajá! —Ben levantó un dedo acusador. Sonaba como si hubiese encontrado la prueba esencial para resolver un asesinato—. *Puedo asegurarle* no es lo mismo que *No hay*. Vamos, Trespeó, dilo. Di “No *hay* compartimentos secretos”.

—Puedo asegurarle, señor, que…

—¡Ajá!

El droide dirigió a Jacen una mirada que, hasta donde Jacen podía interpretar el lenguaje corporal del droide, parecía dolida.

—Le digo, señor, ¿deben comportarse así cada generación de Solo y Skywalker?

Jacen asintió.

—Bastante, sí.

En el salón, mientras C-3PO le ofrecía la bandeja de las galletas de queso y hongos con formas geométricas cuidadosamente ordenadas a Mara, Leia dijo:

—Jaina acaba de llamar. Ella y Zekk llegarán unos minutos tarde.

Han se irguió, enfadado, en el sofá.

—Y Zekk. ¿Quién, si puedo preguntar, ha invitado a Zekk? Él no es de la familia.

Luke y Mara se las arreglaron para decir “Todavía no” al mismo tiempo.

Han los miró.

—Yo lo invité —dijo Leia—. Justo ahora mismo. De otro modo, él se habría ido al Templo, se habría quedado solo en cualquier minúscula habitación que le dieran, habría comido comida insípida de la cafetería Jedi, y todo solo…

—Mientras la lluvia cae sobre su cabeza en cualquier sitio al

que se mueva y una triste música sintetizada llena los pasillos.

Han le dirigió una mirada despreciativa.

Leia meramente le sonrió, con la exasperante sonrisa de una política que no se moverá de su posición.

—Han, él es su compañero. Su compañero Jedi. Si él fuera, digamos, su compañero contrabandista, ¿le echarías?

—Eso depende de cómo la mirara. ¿Ves?, ese es el problema. Un padre tiene derecho a aterrorizar a cualquier joven bantha que esté persiguiendo a su hija.

Leia negó con la cabeza.

—Jaina dice que son amigos. Sólo amigos.

El fruncimiento de ceño de Han se hizo más profundo y casi cómico.

—Jaina está ciega. Tiene que ser una de esas habilidades de la Fuerza. Dicen que la Fuerza tiene un profundo efecto en la gente que no quieren creer la verdad.

Luke resopló.

—No, no lo dicen.

—De todos modos, tengo derecho a asustar a Zekk hasta que se pierda, pero Zekk es un Jedi. No se asusta fácilmente. Así que ¿qué hago?

Han lo consideró, luego miró a su alrededor. En una esquina de la habitación, inmóviles, discretos, estaban los guardaespaldas de Leia, Meewalh y Cakhmaim, miembros de la especie noghri, de piel gris, no más altos que R2-D2, envueltos en capas encubridoras. Como las pistolas láser ocultas, eran pequeños, difíciles de detectar y mortales.

—Tal vez podríamos hacer que Meewalh y Cakhmaim lo apalearan.

—Déjalo, Han —le sugirió Mara—. Leia, me gusta tu casa.

—Gracias. —Leia se colocó en el sofá al lado de su enfurruñado marido—. Es realmente agradable tener algún lugar permanente, no el hotel del mes, o las habitaciones a bordo de alguna nave política, o el salón en el *Halcón*. Es el primer lugar al que realmente podemos llamar hogar desde que Coruscant cayó.

Una sombra cruzó su cara. Coruscant había caído ante los yuuzhan vong casi al mismo tiempo que el hijo más joven de los Solo, Anakin, había muerto. Aquellos habían sido tiempos oscuros.

—Casi nos decidimos por Corellia —dijo Han—. Un planeta donde puedes moverte más de tres metros sin tropezarte con una

pared. Pero tenemos demasiada familia y amigos aquí.

La melodía de la puerta sonó otra vez.

—Hablando de lo cual…

Esta vez eran Jaina y Zekk. Jaina también vestía ropajes Jedi, hechos de tela resistente preparada para viajar y de un estilo menos sospechoso que los de los Caballeros Jedi. Era más o menos de la estatura de su madre, y más delgada de construcción, con ojos oscuros y facciones delicadas. Zekk, su compañero, tenía veintitantos años, ligeramente más joven que Jaina, pero totalmente opuesto a ella en casi todo lo demás. Era lo suficientemente alto para rozar el dintel de la puerta mientras entraba, tenía el pelo largo y negro recogido en una cola de caballo, llamaría la atención en mitad de cualquier multitud sin importar el color o el corte de su ropa de viaje y hacía poco por ocultar su apariencia alegre y energética. Pero estuvo, en contraste con su buen carácter, casi rayando la timidez durante la visita que Jaina y él recibieron por las habitaciones. Su único comentario fue para Leia.

—¿Entiendo que la vongformación ha sido forzada a retirarse de esta área?

En el punto álgido de la Guerra Yuuzhan Vong, cuando Coruscant había caído, los yuuzhan vong habían usado sus artes para alterar la propia naturaleza del mundo, instalando un Cerebro Mundial para coordinar la reforma del planeta. Bajo la guía del cerebro, introdujeron cantidades abrumadoras de fauna y flora para erosionar las construcciones que casi cubrían la superficie de Coruscant y reemplazaron las especies indígenas con especies yuuzhan vong, intentando erradicar todos los signos de cualquier especie que hubiesen vivido allí excepto las yuuzhan vong. El proceso, llamado vongformación, se habría completado en unas cuantas décadas estándar, salvo que Jacen Solo, que se había hecho amigo del Cerebro Mundial durante su cautiverio, lo convenció de que se volviera contra sus hacedores y ayudara a la recién creada Alianza Galáctica a recapturar el mundo. Ahora, la vongformación estaba siendo revertida muy despacio por el uso agresivo de la tecnología y las toxinas, pero por todo Coruscant quedaban restos de la influencia del Cerebro Mundial. Mohos alienígenas que vivían en grietas y huecos y alcantarillas, especies de insectos que se habían convertido en parte del ecosistema de Coruscant, extrañas y peligrosas formas de vida que ahora vivían en la oscuridad de las cloacas y otras

infraestructuras subterráneas.

Leia se encogió de hombros.

—A unos cuantos kilómetros de aquí, tienes unas ruinas extrañamente grandes y algunas áreas en las que sólo puedo pensar como parques alienígenas. Por aquí todo es mucho más normal —dijo ella—. Las áreas más cercanas que eran, antes del cambio, peligrosas después de la puesta del sol o demasiado profundas para que les llegase la luz del sol, lo son ahora un poco más, ¿sabes lo que quiero decir?

Zekk asintió, sonriendo ligeramente.

—Lo sé todo sobre eso.

La discusión comenzó por el pan de especias.

El pan de especias no fue la causa. El plato tradicional corelliano, una espesa carne picada con especias suficientes para probar la tolerancia al pique de los que cenaban, era, como Leia lo había cocinado, a la vez no muy picante y salado, y no parecía que pudiera causar desacuerdo alguno por sí mismo. Era simplemente el momento de la cena en el que se encontraban cuando Han decidió ponerse controvertido.

Bajó el tenedor y miró a su sobrino Ben.

—¿Estabais haciendo qué?

—Asegurarnos de que hacían lo que el gobierno decía. —El chico le devolvió la mirada a su tío sin intimidarse—. Que dejaban de fabricar armas excepto para el gobierno.

—Bueno, eso es simplificar mucho las cosas —dijo Jacen—. Esta compañía adumari estaba produciendo explosivos militares más allá de lo que está permitido para entregar a las fuerzas armadas de la Alianza Galáctica o a otros legalmente como consta en la Orden OAG-once-trece-tres-B, esto es, más allá de las cantidades necesarias para su propia defensa planetaria. En otras palabras, estaban montando torpedos de protones y otros misiles para venderlos a otros planetas, no para entregarlos a la AG.

—¿Y? —preguntó Han—. Eso no tiene nada que ver con los Jedi. Es problema de los políticos sin nada mejor que hacer. Lo siguiente será que tendremos a los Jedi paseándose por los vestíbulos del gobierno de Corellia y diciéndonos a *nosotros* qué hacer.

Leia sonrió. Han no había vivido en Corellia durante décadas, pero en su corazón, era totalmente corelliano, personificando el pavoneo al andar, la presunción y la actitud despreocupada que

los ciudadanos de ese sistema consideraban elementos esenciales de su cultura. Sus hazañas durante la Rebelión y desde entonces hasta el presente le convertían en un ser querido en los corazones de la gente de ese sistema. El segundo héroe corelliano mejor conocido de la misma época, Wedge Antilles, vivía en el sistema corelliano, pero era más reservado, menos osado, y simplemente no había capturado el afecto del publico como había hecho Han.

Pero Luke no estaba tan contento.

—Han, los corellianos están jugando a un juego peligroso. Están demandando todas las ventajas de los miembros de la Alianza Galáctica, los beneficios comerciales, la utilización de las comunicaciones y las infraestructuras de viajes de la AG, los derechos de ciudadanía, y todo lo demás, pero no contribuyen justamente con los gastos de la Alianza. Sólo a la fuerza están equipando naves y personal para el ejército, proporcionando ingresos fiscales…

—¿Ves? Eso es lo que pasa. —Han apuntó su tenedor al pecho de Luke como si pretendiera clavarlo en él y sondear alrededor del corazón y los pulmones—. Nosotros podemos mantener nuestro propio ejército, y no esas diminutas fuerzas de mantenedores de la paz y policía que las nuevas leyes están convocando. Cuando llega el momento de la acción militar, los corellianos siempre hemos traído nuestras fuerzas al combate, bajo nuestros propios colores, incluso cuando no éramos miembros de cualquier gobierno que estuviera dirigiendo el cotarro en ese momento. Lo hicimos por la Antigua República y la Nueva República. Lo hicimos en la Guerra Vong.

Jaina hizo una mueca.

—No es un buen ejemplo, papá. ¿Cuántas vidas, cuántos sistemas enteros se perdieron en la Guerra Yuuzhan Vong porque los gobiernos no pudieron trabajar juntos, no tuvieron armas, comunicaciones y tácticas estandarizadas?

Han le frunció el ceño a su hija.

—¿Cuántas vidas, cuántos sistemas enteros se perdieron —preguntó él, remedando el tono de ella— porque el gobierno de la Nueva República era tan hinchado, impersonal y estúpido que no pudo ver cuando le estaban dando una patada en el trasero y no le importó que millones de sus gentes murieran? ¿Cuántos miembros del Consejo Asesor de Borsk corrieron a sus mundos con sus yates personales cargados de tesoros y dejaron a la gente atrás para que fueran quemados?

—Que es exactamente lo que Corellia está haciendo —dijo Luke, con voz suave pero con la expresión implacable—. Está intentando cargar sus tesoros y evita la tarifa económica que reconstruir la civilización está exigiendo del resto de la Alianza Galáctica, mientras que están levantando un escudo de orgullo planetario para convencer a la gente de que su decisión está basada en algo más que el egoísmo y la irresponsabilidad. Y otros sistemas están empezando a ver a Corellia en un papel de liderazgo. Es una tontería presentar a la Alianza Galáctica como al Imperio y a Corellia como la Alianza Rebelde. Porque eso es en lo que podría convertirse, en una rebelión. Una estúpida e innecesaria.

—Luke —dijo Mara. Su voz tenía una nota susurrada de precaución.

—¿Es esa la posición de la Orden Jedi? —preguntó Han levantando la voz—. ¿Lo que la galaxia necesita es una lengua, un sistema de medidas, un uniforme, una bandera? ¿Deberíamos simplemente eliminar la palabra *no* de nuestro idioma y sustituirla por *Sí, señor, enseguida, señor* en su lugar?

—Han —dijo Leia—. No está bien discutir en frente de un invitado.

—Zekk no es un invitado. Es el hombre que persigue a mi hija por toda la galaxia.

—*Papá*.

—Creo… —Han hizo una pausa y miro alrededor de la mesa, finalmente consciente de que todos los ojos le miraban. Hundió su tenedor en el último trozo de pan de especias de su plato y se dio prisa en tragarse el último trozo de carne—. Creo que he terminado. Creo que voy a lavar algunos platos.

—Por favor —dijo Leia.

Han se levantó y se llevó su plato y sus cubiertos con él.

—¿Está bien? —preguntó Mara cuando la puerta de la cocina se cerró tras él.

Leia se encogió de hombros y tomó un sorbo de vino.

—Ha ido a peor desde que las cosas se han ido calentando entre Corellia y la AG. Por un lado, el hecho de que su primo sea el Jefe de Estado de Corellia y esté jugando a este juego político escurridizo y engañoso le preocupa mucho. Por otra parte, Han realmente no confía ya en ningún gobierno interplanetario, no desde la Guerra Yuuzhan Vong. No es que lo hiciera nunca, pero ahora es peor. Y desde que Anakin murió…

Ella se detuvo y le dirigió a Luke una mirada de arrepentimiento.

Luke se inclinó hacia atrás. Años atrás, durante los peores días de la guerra contra los yuuzhan vong, el hijo más joven de Han y Leia, Anakin Solo, llamado así por su abuelo, había liderado una unidad de compañeros Jedi en una misión en un mundo yuuzhan vong. Allí, habían exterminado a la reina voxyn, evitando la creación de más bestias sensibles a la Fuerza y asesinas de Jedi. Allí, Anakin había muerto.

Luke, por muy reticente que estuviera, por mucho que lo lamentara, había respaldado la misión.

—Desde que Anakin murió —dijo Luke— Han tampoco ha confiado nunca realmente en la Orden Jedi. ¿Verdad?

Leia negó con la cabeza.

—Es extraño. Él confía en *ti*, su viejo amigo Luke. ¿Pero en el Maestro Skywalker, líder de la Orden Jedi? No tanto. —Entonces su sonrisa volvió—. Tampoco es que pueda hablar mucho sobre los Jedi, no con cada miembro de su familia inmediata *siendo* un Jedi.

Jacen también sonrió y levantó su vaso de vino en dirección a la puerta de la cocina.

—Ahí está la ironía, papá.

capítulo cuatro

Jacen, Leia y Mara se relajaron en los muebles del salón. En la cocina, Han, manteniendo su auto impuesto exilio, se estaba metiendo con C-3PO muy duramente mientras lavaba los platos de la cena. Luke estaba solo en la sala de comunicaciones, usando los equipos de comunicación de los Solo para alguna clase de asunto oficial de los Jedi. Ben y R2-D2 estaban en el balcón, jugando a un holojuego muy musicalmente ruidoso pero nada sanguinario. Jaina y Zekk, también estaban fuera, pero los ocasionales momentos en que se les veía sugerían que estaban en el lado de la baranda del balcón, mirando los ríos infinitos de tráfico de colores múltiples fluir en el cielo nocturno.

—Ben —dijo Mara— es más abierto. Más confiado.

Sus palabras, dirigidas a Jacen, eran tanto una pregunta como una afirmación.

Jacen asintió pensativo, y tomó un sorbo de su vaso de vino.

—Creo que sí. Está empezando a entender a la Fuerza… y a la gente. El hecho de que inherentemente sospeche un poco de ambos está trabajando a su favor. Está progresando despacio y con cuidado. No parece que vaya a entregarse a las tentaciones del lado oscuro de la Fuerza… incluso para ser un adolescente con las hormonas desbocadas.

Cuando era un niño pequeño durante la trágica Guerra Yuuzhan Vong, Ben había llegado a temer y sospechar de la Fuerza, retrayéndose de ella a pesar de su propia facilidad heredada con ella. Únicamente como el aprendiz no oficial de

Jacen había empezado a superar el daño emocional de aquel tiempo.

Mara se encogió de hombros.

—No saques a relucir el espectro de las hormonas desbocadas.

Leia resopló.

—¿Todavía no estás lista para convertirte en abuela?

—Creo que me empalaría con mi propio sable láser primero.

Leia sonrió.

—Creo que yo estoy lista. Planeo ser la clase de abuela llena de energía y que da mal ejemplo, que les enseña a sus nietos hábitos deplorables. —Ella volvió su atención a Jacen—. ¿Cuánto voy a tener que esperar?

Él le dirigió una mirada reprobadora.

—Si estás intentando avergonzarme, le estás hablando a un comunicador averiado.

—Nada de avergonzarte. Sólo estoy intentando conseguir un calendario.

—Pregúntale a Jaina.

La expresión de Leia se agrió cómicamente.

—Ella dijo que te preguntara a ti.

—Entonces pregúntale a Zekk. Estoy seguro de que lo ha planeado todo. Con probabilidad simplemente no ha informado a Jaina todavía.

Leia negó con la cabeza por encima de su vaso de vino.

—Tengo que encontrar alguna clase de castigo apropiado para Han. Por darle a nuestros hijos bocas inteligentes y modales que ayudan poco.

—Bromas aparte —dijo Mara—, Jacen, gracias. Ben lo está llevando mucho mejor. Me pasé años temiendo que nunca se sentiría a gusto consigo mismo, con su legado Jedi y con cosas de las que nunca podría escapar. Me has dado razones para creer que puedo dejar de preocuparme.

—No hay de qué. Aunque, como mamá ha dicho, tengo que encontrar alguna clase de castigo apropiado para *ti*.

Mara pareció sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, si, como mamá asegura, las bocas inteligentes y los modales que no ayudan de los chicos Solo únicamente vienen de papá, eso significa que para nada vienen de la familia Skywalker. ¿Correcto? Así que la boca inteligente y los modales que no

ayudan de Ben tienen que venir de *ti*. Voy a tener que imaginarme alguna clase de venganza apropiada, algún día.

Mara sonrió, con su buen humor restaurado. Le dio unas palmaditas al sable láser que colgaba de su cinturón.

—¿Tienes un fabricante favorito de prótesis? Puedo encargarte una.

—Jacen. —Luke entró en el área principal desde el pasillo que llevaba desde la cámara de comunicación—. ¿Te importaría dar un paseo conmigo?

—Desde luego.

Jacen se levantó. Todos ellos sabían que una petición tan simple como era *¿Te importaría dar un paseo conmigo?*, bajo aquellas circunstancias significaban *Hora de hablar de asuntos Jedi*.

Se fueron por la puerta que no hacía tanto Han y Leia habían hablado de defender con fuego láser. Un oscuro corredor les llevó lejos del corredor de acceso principal hacia una puerta enorme que ocasionalmente vibraba. Más allá de ella, aunque silencioso, estaba el zumbido y el rugido del tráfico nocturno de Coruscant. La puerta se apartó de su camino mientras se aproximaban, revelando fuera un remolino de colores, las luces de posición de los vehículos voladores, desde los deslizadores de dos plazas a los pequeños cargueros pesados, pasando por fuera a toda velocidad, había una alta línea de tráfico aéreo que pasaba a meros metros de la pasarela peatonal fuera de la puerta.

Mientras la puerta se cerraba tras ellos, hicieron una pausa durante un momento en la barandilla de la pasarela mirando hacia abajo unos doscientos pisos hacia el nivel del suelo de Coruscant. Por la noche, a pesar del hecho de que cada ventana en cada piso entre su posición y el suelo estaba iluminada, que anunciaban señales y banderas brillantes, el nivel del suelo estaba demasiado oscuro y lejano para poder verlo.

Cuando era niño, Jacen se había perdido una vez en el nivel de roca de Coruscant junto con Jaina. Las profundidades no le provocaron terror. Incluso ahora, más de veinte años después, parecían ser un lugar de misterio y exploración.

Pero no era en realidad el mismo Coruscant de su niñez. La vongformación había reformado gran parte del planeta a la imagen de los yuuzhan vong. Ahora, años después, grandes extensiones que lo que una vez habían sido continuos rascacielos de polo a polo todavía permanecían oscuros por la noche,

cubiertos por la fauna, y lugares como los niveles de roca del planeta y la infraestructura inferior todavía eran el hogar de formas de vida que se arrastraban y se deslizaban que habían sido introducidas por los yuuzhan vong, algunas de ellas mortales.

Sin embargo, esos recordatorios de la derrota que Coruscant y la vieja Nueva República habían sufrido no eran visibles desde este punto de vista. Aquí, se parecía al Coruscant de antes, con arremolinadas corrientes de tráfico aéreo, con las viviendas que se alzaban hasta lo alto alineadas e iluminadas por millones de ventanas.

Esta pasarela corría a lo largo del edificio de Han y Leia junto a una caída como el borde de un cañón. Los puentes, algunos de ellos cubiertos y algunos abiertos al cielo o a los rascacielos que colgaban encima, cruzaban los huecos entre los edificios. Este camino peatonal cambiaba la apariencia, la textura de la superficie y la luz cada pocos cientos de metros, cruzando con otras pasarelas. Si alguien no tuviese que trabajar, si tuviese una tarjeta de crédito infinita y unos pies tan duros como el duracreto, probablemente podría caminar alrededor de la circunferencia de Coruscant a esta altitud.

La mayoría de los hombres, mujeres y quién sabe qué que iban por este camino (Jacen contó sólo unos treinta o así en el centenar de pasos en cada dirección), eran probablemente caminantes menos ambiciosos. Jacen vio seres de negocios ricos, muchos de ellos acompañados por guardaespaldas tanto que se veían a simple vista como otros más discretos, paseando; había jóvenes amantes y familias, principalmente pertenecientes a clases con ingresos más altos, caminando aparentemente sin protección. Algunos de ellos probablemente no se preocupaban de los peligros a los que se podían enfrentar caminando tan lejos de la protección. Algunos estaban probablemente mejor defendidos de lo que parecían.

Luke hizo un gesto hacia la izquierda, donde la pasarela se elevaba en una serie de pequeños escalones de unos cinco metros a una distancia de cincuenta, y empezaron a caminar en esa dirección.

—Tu padre me sorprendió —dijo Luke—. Por su mención de los Jedi paseando por los vestíbulos del gobierno de Corellia.

—¿Te sorprendió? —Jacen lo pensó—. No porque estuviera siendo paranoico. Porque *no* estaba siendo paranoico. Porque hay planes para llevarlo a cabo.

Luke asintió con expresión sombría. Entonces se subió la capucha y se cerró la capa sobre sí mismo. Era lo mejor para esconder la presencia de su sable láser.

Jacen hizo lo mismo. Una joven pareja humana empujando un carrito de bebé con repulsores, seguidos por dos hombres de seguridad vestidos de negro, uno humano y otro rodiano, venían caminando en su dirección. Luke y Jacen aún parecían un poco sospechosos en sus capas, que tenían la apariencia anónima de los ropajes de los viajeros pero la clase de gentes que vivían en estas alturas no los llevaban casi nunca… por otra parte, los residentes de estas alturas a menudo iban a los suburbios con ropa inapropiada, así que tampoco se les veía como algo demasiado inusual. Con sus facciones ensombrecidas por sus capuchas, los Jedi pasaron sin ser reconocidos por la distraída pareja y sus guardias alerta.

Una vez que pasaron, Jacen continuó.

—Parece una acción extrema. ¿Ha abandonado la AG las negociaciones con Corellia?

—La AG es consciente de algunos hechos que no han sido publicados en las noticias de los holocomunicadores —dijo Luke—. Tales como que, los corellianos no están realmente negociando de buena fe. Simplemente liando a los negociadores de la AG mientras no hacen ningún esfuerzo interno para tener un acercamiento lento hacia el cumplimiento de las nuevas regulaciones. Tales como, que los corelliano están alentado en secreto a otros sistemas a seguir la misma clase de resistencia. Tales como…

Luke parecía preocupado.

—Lo que voy a decirte es sólo para ti.

—Entendido.

—El gobierno corelliano, o alguien dentro de él, parece estar construyendo una flota de asalto planetario. En secreto.

Jacen frunció el ceño. Históricamente, sólo había una razón para construir una flota de asalto planetario, y para hacerlo en secreto: lanzar un ataque sorpresa contra otro sistema.

—¿Para usar contra quién?

—Esa es una buena pregunta. Y es una pregunta a la que la inteligencia militar no ha sido capaz de responder todavía. —Luke se encogió de hombros—. Pero hay docenas de posibilidades. La mayoría de los préstamos de recuperación que Corellia concedió tras la Guerra Yuuzhan Vong están en falta de

pago, y los corellianos no han tenido una escasez de disputas comerciales. Podrían incluso estar considerando hacerse con algunos recursos. Hay demasiadas posibilidades en este punto para adivinar.

—¿Por qué dijiste el gobierno corelliano o "alguien dentro de él"? ¿No sabemos quién es el responsable?

Luke negó con la cabeza.

—La verdad es que este informe de inteligencia está basado principalmente en los análisis de pautas de adquisición, más una larga historia de asignaciones sospechosas de personal.

—Espera. ¿La existencia de esa flota está basada en los informes de los *contables*?

Luke sonrió.

—¿Qué tienes contra los contables?

—Nada, creo.

—El problema con los datos que tenemos, sin embargo, es que no nos da una idea de dónde están construyendo la flota… sólo que se ha estado construyendo durante casi una década, y nuestra gente de logística piensa que está casi completada.

Jacen se volvió más pensativo durante un momento, luego preguntó:

—¿Y quieres que yo encuentre los astilleros y confirme el informe de inteligencia?

Luke negó con la cabeza.

—Ojalá fuera tan fácil. El almirante Pellaeon confía en que la inteligencia militar pronto descubrirá la base. Necesitamos encargarnos de asuntos más apremiantes.

—¿Más apremiantes que un asalto planetario?

—Sí. —Luke tomó aire profundamente—. El gobierno corelliano está a punto de volver a hacer operacional la Estación Centralia.

Esto detuvo a Jacen en el sitio. Miró a Luke, con su sorpresa arrancándole a su tío un asentimiento con la cabeza.

La Estación Centralia era una reliquia, un artefacto de una antigua civilización que había, en cierto sentido, construido el sistema estelar corelliano, arrastrando varios planetas inhabitados hasta el sistema y enviándolos a órbitas beneficiosas. Con varios cientos de kilómetros de diámetro, mayor incluso que las Estrellas de la Muerte que el Imperio había empuñado contra los planetas rebeldes décadas antes, había sido, a lo largo de los siglos, objeto de intentos internos y externos de control por

fuerzas políticas y militares que nunca habían aprendido a utilizarla.

En el corazón de la Estación Centralia estaba un aparato que podía enfocar la gravedad y mover planetas o incluso afectar la órbita de las estrellas. Podía moverlos, podía afectarlos, y usada más agresivamente, podía destruirlos. En algunos momentos, los corellianos y otros habían estado cerca de ser capaces de utilizar a ésta como un arma fiable y devastadora. Pero durante años había estado restringida por los datos biométricos para ser utilizada sólo por una persona: Anakin Solo.

La última vez que fue utilizada fue durante la Guerra Yuuzhan Vong. Después de años estar esencialmente no funcional, la habían vuelto operacional cuando comprendieron que tenía la impronta de Anakin Solo y que podía ser activada solamente por él. Jacen había argumentado que no debía ser utilizada contra los Yuuzhan Vong o contra nadie, era un arma demasiado terrible, demasiado impredecible. Anakin Solo había estado a favor de utilizarla, con su razonamiento apoyándose que usarla evitaría que los Yuuzhan Vong destruyeran millones de vidas.

Anakin la había activado. Thrackan Sal-Solo la había disparado. Su utilización no había ido bien. Había destruido una gran parte de la poderosa flota de guerra del Clúster de Hapes, uno de los aliados de la Nueva República. Más tarde en la guerra, por supuesto, Anakin había muerto, aparentemente eliminando la posibilidad de volver a ser utilizada otra vez.

Jacen sintió un momento de disensión. Su joven yo se negaba a utilizar la Estación Centralia. Su yo actual, en las mismas circunstancias, la utilizaría. Sus escrúpulos se habían evaporado desde entonces. El reconocimiento de los cambios producidos en él le sorprendió. Se habían ido produciendo poco a poco cuando no estaba prestando atención.

El Jacen de hacía más de una década había desaparecido, tan muerto como lo estaba el Anakin de aquella época. Tomó aire profunda y lentamente y se pregunto porqué no le apenaban ninguna de esas perdidas.

—¿Cómo la han vuelto operacional otra vez? —preguntó.

Luke se encogió de hombros.

—La información que tenemos sugiere que se han figurado cómo duplicar elementos cruciales de la biometría de Anakin, probablemente las huellas dactilares, el diseño retinal y las ondas

cerebrales, en ausencia de tejidos supervivientes, para conseguirlo.

Jacen sintió la ira arremolinarse en su interior. Utilizar la identidad de su hermano para tal propósito rayaba la falta de respeto por el muerto. Había una cualidad de morbo en ello que él no apreciaba. Sin embargo, reconocía que su reacción era ilógica e irrelevante, así que la desechó.

—¿Y la AG teme que los corellianos realmente la utilizarán como arma contra ellos?

—No directamente… no al principio. Pero si los corellianos utilizan su nueva flota para lanzar un ataque contra algún sistema, podrían mantener alejada a la AG con la amenaza que supone la Estación Centralia. E incluso si este teórico ataque sorpresa resulta no ser su plan, el Jefe Omas teme que si la AG continúa reforzando sus actuales mandatos, los corellianos podrían utilizar la estación para preservar su independencia, su autonomía.

—Eso…

Jacen se detuvo antes de decir más. Había estado a punto de decir *Eso no sería tan malo*. Pero no, la perspectiva de los corellianos, una cultura planetaria notoriamente independiente, poseyendo el arma más potente de la galaxia, y no siendo obligados a utilizarla para el mayor bien de la civilización, de hecho, pudiendo ser utilizada para asegurar sus propios planes, *sería* malo. Muy malo. Dejó que su mente se desviara hacia el futuro, hacia un futuro, el más posible como resultado de las acciones que Luke estaba describiendo, y tuvo una visión de vastas flotas de guerra, de superficies planetarias sufriendo bombardeos, de hermano y hermana disparándose el uno al otro. La breve visión le revolvió el estómago.

—Así que la Alianza Galáctica está llamando a la Orden Jedi.

Luke asintió.

—Más específicamente, el almirante Pellaeon ve una rebelión absoluta en muchos sistemas estelares como consecuencia directa de la inactividad de la AG. Varios de sus modelos de resultados asistidos por ordenador apuntan en esa dirección, como aparentemente lo apunta su instinto. Otros almirantes con los que ha consultado están de acuerdo, y Cal Omas ha aceptado este plan.

Jacen tomó aire profundamente, considerándolo. El almirante Pellaeon, durante décadas el líder que había mantenido el Remanente Imperial orgulloso, independiente y ético, había sido

elegido Comandante Supremo de la Alianza Galáctica unos cuanto años antes, un signo inequívoco del creciente estatus e importancia del Remanente Imperial dentro de la AG. Si él veía la continuada reticencia corelliana como un camino seguro hacia una guerra civil, sería muy difícil para Jacen discutir esa conclusión.

—Así que, ¿cuál es el plan?

Luke le dio vueltas a su respuesta.

—Entre los científicos y el personal de apoyo que han estado estudiando la Estación Centralia para Corellia allí hay espías de la AG, por supuesto. Les resultaría muy difícil meter a escondidas escuadrones de soldados de élite para dañar o neutralizar la instalación. Podrían arreglárselas con uno o dos infiltrados. Y concentrar la eficiencia de escuadrones en una o dos personas…

—Lo que significa Jedi.

—Sí.

—¿Qué quieres que haga?

—Que viajes a la Estación Centralia y la neutralices o la destruyas.

Jacen le dio unas palmaditas a la empuñadura de su sable láser.

—¿Neutralizar o destruir una instalación del tamaño de una luna sólo con lo que pueda meter a escondidas?

—Otras han sido destruidas con sólo un torpedo de protones y el conocimiento adecuado. Intentaremos darte el conocimiento adecuado. Y la AG estará empezando una operación en otro lugar del sistema que debería atraer la atención de los defensores. ¿Lo harás?

—Sí, desde luego. Pero ¿por qué yo?

—Por varias razones. Primero, a diferencia de otros Jedi, has estado allí. Segundo, a causa de quien te crió, puedes poner un acento corelliano autentico cuando quieres… eso y el hecho de que has heredado una pizca de apariencia corelliana de tu padre, harán que te sea más fácil moverte por la instalación sin que te molesten. Tercero, tu entrenamiento especializado en filosofías alternativas de la Fuerza te hace más versátil que muchos otros Jedi, que muchos Maestros, de hecho, haciendo que sea más difícil detenerte.

—¿Y qué pasa con Ben?

Luke guardó silencio durante un largo momento. Él y Jacen habían girado hacia un puente que cruzaba el abismo entre dos

largas hileras de rascacielos. Estaba hecho de transpariacero incrustado con arena y gravilla brillantemente coloreadas, con una barandilla alta de manera que las ocasionales ráfagas furiosas de viento que recorrían los cañones de duracreto de Coruscant no lanzaran a los peatones por encima del borde. Los peatones podían mirar hacia abajo a través de la superficie transparente bajo sus pies a las profundidades de dos kilómetros bajo ellos, y podían sentir el ligero tambaleo del puente mientras lo empujaban las ráfagas de viento. Una docena de metros más abajo, la corriente de tráfico lo cruzaba como un río hecho de luces multicolores.

El tono de Luke era impasivo, así como artificial.

—Eso es algo que, como su maestro, tendrás que decidir tú.

Incluso en las misiones peligrosas, los Maestros Jedi llevaban con ellos a sus aprendices, así era como esos aprendices aprendían. A veces los aprendices morían con sus maestros. Y Luke había considerado si Jacen debía llevar con él al propio hijo de Luke y había colocado la decisión enteramente sobre los hombros de Jacen.

Luke había respondido como debía hacerlo un Maestro Jedi, sin dejar que su relación con el aprendiz en cuestión nublara su juicio. Jacen tendría que hacer lo mismo.

Ben era brillante, con mucha inventiva, y muy obediente. En un instante podía actuar como cualquier treceañero, tan poco Jedi como era posible ser. Sería una ventaja en una misión como esta.

—Vendrá conmigo.

Luke asintió, aparentemente sereno en su aceptación de la decisión de Jacen.

—La cosa se va a poner fea cuando esto ocurra —continuó Jacen—. Los corellianos… esto va a enfurecerlos.

—Sí. Pero la otra parte de la operación, que es en parte una distracción para tu misión, es un despliegue de fuerza. De repente, una flota entera de AG se materializará dentro del espacio corelliano. Entre eso y la perdida de Centralia, Inteligencia Militar piensa que los corellianos se darán cuenta de que no pueden continuar adoptando una postura de *hacemos lo que queremos*.

Jacen negó con la cabeza.

—¿De quién es esa brillante idea?

—No lo sé. Me la presentaron Cal Omas y la almirante Niathal, una de las consejeras de Pellaeon.

—Ella es mon cal, no corelliana.

—Bueno, ella indicó que los expertos en guerra psicológica habían evaluado la mentalidad planetaria corelliana y estaban seguros de que esta operación tendría el efecto deseado, asumiendo que la destrucción de la Estación Centralia fuera efectiva.

Jacen resopló.

—¿Qué te apuestas a que basaron sus evaluaciones en viejos datos? ¿Datos preguerra Vong? Quizá incluso de la época de la dictadura. No creo que hayan tenido en cuenta lo que sobrevivir a la guerra le hizo a los corellianos. Endureció su orgullo.

—Estoy seguro de que están usando datos actualizados. A pesar de todo, no tengo ninguna influencia sobre esa parte de la operación. Va a continuar sin tener en cuenta la opinión de la Orden Jedi. —La expresión de Luke todavía era serena, pero Jacen detectó una nota de pesar—. Volvamos.

—Creo que voy a pasear un poco más. A aclarar mis pensamientos. Figurarme que voy a decirle a mi padre cuando llegue el momento.

—No hagas demasiados planes. —Luke le dio unas palmaditas a Jacen en el hombro y se volvió hacia el edificio de Han y Leia—. El futuro es para ser vivido, no preparado de antemano.

Mientras llegaba a la puerta que daba acceso al edificio de los Solo, Luke sintió unas pequeñas cosquillas de comprensión, como si alguien se hubiese materializado justo detrás de él y le rozara con una pluma. Se volvió para mirar.

En realidad no había nadie tras él. Pero a través de la avenida, quizás a treinta metros de distancia, de pie en la principal calle peatonal de alrededor de la misma altura, alguien lo estaba mirando.

El que lo miraba estaba a unos cuantos metros de la fuente de luz más cercana, envuelto en una capa de viajero no muy diferente de los ropajes exteriores que él y otros Jedi llevaban. Su capucha estaba subida y la capa enmascaraba la constitución de quien la llevaba. Luke podía decir poco más que el que la llevaba era poco más o menos de su altura o más alto y parecía delgado.

Pero algo en la postura del ser le recordó a Luke la imagen de su sueño y le hizo preguntarse si quien le miraba tenía unas facciones similares al difunto Anakin Skywalker, con los ojos

volviéndose amarillo líquido por la ira y las técnicas Sith.

Mientras Luke le miraba, quien le miraba a él se volvió, caminó unos cuantos pasos hasta la puerta más cercana del edificio, y entró, desvaneciéndose en la oscuridad.

Luke negó con la cabeza. Podía ir hasta allí, desde luego. Pero llevaría tiempo, y no encontraría nada. O quien lo miraba no tenía nada que ver con el sueño de Luke, o era alguien estableciendo contacto deliberadamente como una advertencia o un saludo. En cualquier caso, no quedaría ninguna evidencia.

Luke entró en el edificio de los Solo.

Después de que los invitados se fueran, la mayoría de ellos volviendo a sus habitaciones en el Templo Jedi, y las habitaciones de los Solo estuvieran a oscuras, Han y Leia estaban tendidos, envueltos el uno en los brazos del otro en su dormitorio.

La habitación daba a la pared exterior del edificio, justo debajo de la pasarela peatonal de fuera, y decorada con una gran ventana de transpariacero que les permitían ver una vista de las líneas de tráfico de fuera, o, si Han y Leia estaban lo bastante cerca y se agachaban lo suficiente, del cielo. Era un panel de transpariacero mucho más grueso que la mayoría de las ventanas que decoraban el edificio, como era apropiado para una antigua Jefa de Estado y su igualmente famoso marido, cualquiera de los cuales podía convertirse en el objetivo de asesinos o secuestradores. Era una armadura apropiada para un vehículo naval y uno de los elementos decorativos más caros de estas habitaciones. Pero era tan claro como las ventanas más ordinarias y, con las cortinas abiertas, podían ver a través de ella el fluir infinito y brillantemente coloreado del tráfico.

—Fuiste bastante duro con Zekk —le regañó Leia—. Toda la noche.

—¿Eso crees? —Han lo consideró—. No lo desafié a ningún juego de bebida o le pregunté por sus relaciones fallidas.

—Bien. —Leia asintió contra el pecho de él—. Pero podrías haber sido… más amable.

—¿Más amable con el hombre que está persiguiendo a mi hija? ¿Qué clase de ejemplo estaría dando? Además, él se está aprovechando de ella.

—Eso es ridículo.

—No, escucha. Dado que ella no cree que él vaya tras ella, dado que ella está manteniendo su autoilusión de *sólo somos*

buenos amigos a pesar de todo lo que pudiera haber pasado antes, él puede estar cerca y operar sin que ella se dé cuenta.

—Es un buen chico.

—Cuando se trata de mi hija, nadie es un "buen chico". Además, a nadie que sea tan alto se le debe llamar chico.

—Bueno, si a ella le gustan los hombres altos, es probablemente una preferencia que escogió desde que nació.

—¿Oh? —Han lo consideró—. ¿Tú piensas que se siente más cómoda con los hombres altos por mi culpa?

—No, por culpa de Chewbacca.

Han la miró. Una luz azul cruzó sobre la cama e iluminó los ojos de ella, que estaban abiertos, y su expresión era a la vez alegre y artificialmente inocente.

Chewbacca, el copiloto wookiee de Han y su mejor amigo, había muerto hacía más de una década, al comienzo de la Guerra Yuuzhan Vong. Después de eso, habían pasado años antes de que Han pudiera oír o decir su nombre sin sentir una puñalada de dolor en su corazón. Ahora, por supuesto, todavía quedaba la tristeza de su pérdida, pero junto a ella estaban años de recuerdos más alegres.

—Tú —dijo Han— no deberías mofarte de Han Solo, el héroe de la galaxia.

—Nunca lo haría. Me estaba mofando de Han Solo, papá entrometido y egoísta supremo.

—Ahora te has metido en problemas.

Ella se rió de él.

capítulo cinco

CORUSCANT

Dos días después de la cena familiar de los Solo Skywalker, Han Solo estaba sentado en uno de los sofás de su salón, con un terminal portátil en el regazo, frunciéndole el ceño a la pantalla. De vez en cuando introducía una serie de comandos o usaba un interfaz de voz, pero cada intento que había hecho era respondido con una pantalla roja indicando un fallo.

Leia se materializó detrás de él, inclinándose sobre su hombro, y leyó en alto el texto de la pantalla.

—FALLO EN LA OPERACIÓN. DEBE ESTAR UTILIZANDO INFORMACIÓN DE CONEXIÓN QUE ESTÁ ANTICUADA. ¿Intentando arreglar tus impuestos?

—Muy graciosa. —Han no sonó divertido—. ¿Te acuerdas de Wildis Jiklip?

Leia frunció el ceño. Wildis Jiklip era un prodigio con las matemáticas de alrededor de la edad de Han. Muy viajada, de madre corelliana y padre coruscanti, había sido educada en ambos sistemas y se había licenciado para enseñar en la universidad o a nivel de academias para cuando cumplió ventipocos. Entonces desapareció durante dos décadas, y sólo unas cuantas personas sabían lo que había estado haciendo durante ese tiempo.

Se había convertido en contrabandista bajo el nombre de Red Stepla. Recorría rutas inusuales, llevando cargas inusuales y tenía una habilidad asombrosa para conseguir bienes prohibidos para

sus mercados en momentos en los que eran más valiosos. Su registro de éxito era inalcanzable. Mientras la mayoría de los contrabandistas llevaban una existencia precaria, gastando sus ganancias en una variedad de puertos en el juego, las parrandas y otros entretenimientos, quedándose apenas con lo suficiente para repostar y conseguir nuevos cargamentos, Red Stepla y su tripulación llevaban vidas muy discretas, invirtiendo sus ganancias en una variedad de puertos por toda la galaxia.

Unos cuantos años antes del comienzo de la Guerra Yuuzhan Vong, Red Stepla y su tripulación se retiraron… por el simple provecho de desaparecer. Wildis Jiklip reapareció entonces, una teorizante independientemente rica que ocasionalmente enseñaba en cursos de nivel universitarios en Coruscant y Lorrd, centrándose en la economía interplanetaria, la economía del mercado de la oferta y la demanda, las reacciones de los sistemas económicos ante las guerras muy extendidas y asignaturas relacionadas con eso.

Han conocía el secreto de su doble identidad, y Leia lo había descubierto por la propia Wildis, quien confiaba en cualquiera en quien Han confiara lo suficiente como para casarse con ella.

Leia asintió.

—Claro. ¿Qué pasa con ella?

—Se suponía que está en Coruscant, haciendo una de sus series de conferencias. Intenté ponerme en contacto con ella para hablar de Corellia. Pensé que quizás ella pudiera darme una pista sobre la reacción oficial de la AG ante lo que está pasando allí. Pero ha suspendido su serie de conferencias a la mitad, hace sólo unos cuantos días, y todas las maneras que tengo de ponerme en contacto con ella están desconectadas. Informan que se ha ido por una emergencia familiar.

Leia se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—Bueno, ella no tiene familia. Sí, lo sé, eso por sí mismo no es sospechoso. Pero todavía quería hablar de política con otros corellianos. Así que preparé una holotransmisión con Wedge Antilles.

Leia sintió una sorpresa momentánea aunque evitó que se reflejara en su cara. Sabía que era una malcriada cuando se trataba de economía. Había vivido como princesa planetaria, a pesar de ser de una familia financieramente responsable, cuando era una niña y una joven. Había dirigido los recursos de un

gobierno rebelde y luego de uno legítimo. Los gastos nunca habían sido una consideración a tener en cuenta para ella. Han, quien había sido criado en la pobreza y había vivido con dificultades económicas la mitad de su vida, era más tacaño, y el hecho de que hubiese estado dispuesto a pagar por una conversación instantánea y en vivo con un amigo a años-luz de distancia era bastante más que una consideración para él. Decía más sobre el estado de su preocupación por la política corelliana que nada que hubiese dicho en los últimos días.

—¿Y cómo *está* Wedge?

—No pude comunicarme con él vía HoloRed. Dicen que hay alguna clase de avería en el equipamiento causando conexiones intermitentes con el sistema corelliano.

—Así que le enviaste un mensaje por el método estándar de grabar y transmitir.

Han asintió.

—La clase de mensaje de un gesto con la cabeza y cómo lo llevas.

—¿Y?

—Y llegó allí, y conseguí una respuesta… pero ha tardado varias horas. Lo suficiente para que mi mensaje y la respuesta hayan sido interceptados, desencriptados, escaneados y analizados antes de continuar adelante.

Leia no dijo *Ahora estás siendo paranoico*. Eran las primeras palabras que saltaron a su mente, pero en verdad Han *no* estaba siendo paranoico. El gobierno de la AG probablemente estaba vigilando muy de cerca en el tráfico de las comunicaciones para y desde Corellia a la luz del continuado desafío de ese sistema a los edictos del gobierno.

—De acuerdo —dijo ella—, así que las comunicaciones con Corellia están siendo sometidas a escrutinio.

—De modo que seguí echando un vistazo. —Han parecía preocupado—. Activé algunas identidades falsas. Envié grupos de mensajes a Corellia vía Commenor y algunos otros mundos. Me puse en contacto con viejos amigos que aún están en el mercado y descubrí que las patrullas anticontrabando de la AG se están intensificando justo ahora… en las cercanías de Corellia y unos cuantos mundos que han expresado públicamente su apoyo a Corellia. Realmente estoy empezando a pensar que está pasando algo.

Leia dio la vuelta hasta la parte delantera del sofá y se colocó

al lado de su marido.

—Algo más que un ligero acoso por parte de la AG para incomodar a un sistema que no está jugando según las reglas, quieres decir.

—Sí. Pero no sé como confirmarlo en realidad. Como coger mi corazonada y convertirla en un hecho.

Leia lo consideró. Como Caballero Jedi su primera responsabilidad era para con la Orden Jedi y la Alianza Galáctica. Si la Alianza Galáctica estaba en realidad planeando alguna clase de acción contra Corellia, su deber era apoyarla.

Pero esa era una de sus lealtades. Simplemente no podía ignorar su lealtad hacia Han, incluso si él estaba apoyando una causa estúpida. De repente sonrió. ¿Había apoyado él alguna vez una causa que no fuera estúpida desde alguna perspectiva, incluyendo la Alianza Rebelde?

—¿Qué es tan divertido?

—Nada. Sólo estaba pensando en… otras maneras de figurarnos qué está pasando.

—¿Cómo cuales?

Ella empezó a contar con los dedos.

—Uno. Si la AG está planeando alguna clase de acción contra Corellia, entonces un número de personas en el gobierno de la AG lo saben. Particularmente aquellos que sólo se sirven a sí mismos y que tienen intereses económicos en Corellia van a hacer todo lo que puedan para proteger esos intereses. Si son descuidados, sería posible ver sus actividades, sus transacciones.

»Dos. Si la acción contra Corellia va a involucrar al ejército, determinar qué clase de fuerzas militares están convocando sería muy informativo. Se utilizarían diferentes fuerzas para un asalto o un bloqueo, por ejemplo. Ahora bien, es arriesgado descubrir esa clase de información, especialmente sin que te vean como a un espía, pero es posible, y tenemos la pequeña ventaja de que ha pasado bastante tiempo desde que estuvimos en guerra. La seguridad no será tan férrea como lo era en el punto álgido de la Guerra Yuuzhan Vong o la guerra contra el Imperio, por ejemplo.

Han asintió.

—Bien, bien.

—Tres. Podríamos formular posibles planes de acción contra Corellia, determinar los recursos necesarios para esos planes… y luego intentar determinar si esos recursos están actualmente siendo colocados en posición. Eso nos daría alguna sensación de

lo que realmente va a ocurrir… asumiendo que tus planes sean precisos.

—Vale —Han sonrió—. No me importa trabajar con datos o el procesamiento de los números, pero parece que acabo de asignarme a mí mismo una buena cantidad.

—Yo te ayudaré.

—Gracias.

—Después del desayuno.

La sonrisa de Han se hizo más ancha.

—Simplemente no eres la misma mujer incansable y desinteresada con la que me casé, ¿verdad?

—Creo que no.

—Te he corrompido.

Ella suspiró dramáticamente.

—Bueno, tú eres el mismo egoísta incansable con el que *yo* me casé.

La oficial de SegCor, delgada en su uniforme marrón y naranja ardiente, con su cara oculta tras el escudo contra láser de un casco de combate, saltó por la puerta y levantó su rifle láser. Antes de que pudiera alinearlo contra Jacen, él hizo un arco con su sable láser, cortando a través del arma y a través de la mujer. Ella cayó en dos humeantes piezas, haciendo un sonido que resonó contra el suelo de metal.

Jacen dirigió una rápida mirada hacia el camino por el que había venido, un pasillo sin fin lleno de cables retorcidos y extrusiones mecánicas cuyas funciones nadie había sido capaz de discernir o adivinar incluso después de décadas de estudio. En algún lugar de ahí detrás, yacía Ben, víctima de un disparo láser en su pecho, parte de un aluvión de disparos que habían sido demasiado rápidos, demasiado denso para que Jacen compensara…

Negó con la cabeza. No podía permitirse el distraerse por irrelevancias, no cuando el éxito de la misión estaba tan cerca. Se abrió a la Fuerza, un barrido casual que le revelaría la presencia de seres vivos más allá del portal, y, cuando no sintió ninguna, pasó adentro.

Aquí estaba, la sala de control del arma de la Estación Centralia. La habitación era sorprendentemente pequeña, considerando el increíble poder que controlaba. Era lo suficientemente grande para que un grupo de tamaño medio de

científicos operaran en ella, pero algo tan grandioso debería haber sido enorme, con un estatuario monumental conmemorando las veces que había sido utilizada en el pasado. En su lugar, había sillas y bancos de luces, botones y palancas, y un mando de control que salía hacia arriba en el asiento central… todo exactamente igual que la última vez que lo había visto, años antes.

Poco antes del nacimiento de Ben, de hecho. La había visto poco antes de que el chico naciera. Ahora la estaba viendo justo después de que el chico hubiese sido reducido.

Irrelevancias. De un bolsillo dentro de su túnica Jedi, sacó un chip de datos peculiar. A diferencia de las tarjetas de datos estándar, que encajarían en la ranura de los lectores de billones de cuadernos de datos, ordenadores, comunicadores de alta tecnología, o paneles de control de vehículos que estaban equipados para explorar y utilizaban aparatos de memoria, esta tenía los bordes redondeados y unas protuberancias puntiagudas de oro, que le permitían ajustarse a únicamente un puerto conocido en toda la galaxia.

¿Pero dónde estaba ese puerto? Jacen exploró los bancos de botones y otros controles. Nada parecía encajar con el chip de datos, ni siquiera en la sección de control exacta en la que le habían dicho que buscara. Era consciente de que había gritos distantes en el corredor de afuera, signos de que las fuerzas de Seguridad Corelliana se estaban acercando deprisa hasta él, de que sólo tenía segundos para completar su misión.

Cerró los ojos y buscó con sentidos a los que no se engañaban fácilmente.

Y encontró, casi instantáneamente, lo que estaba buscando: una ranura con la forma de la imagen inversa del lado frontal de su chip de datos. Con los ojos todavía cerrados, dio un paso adelante, extendió el chip y sintió que este era cogido y luego arrastrado hacia la maquinaria bajo la superficie del panel de control. Lo soltó y abrió sus ojos.

Las miles de luces indicadoras de la cámara se habían apagado y los sonidos de los gritos y los pies que corrían por el corredor se acallaron.

—Simulación terminada —anunció una voz femenina—. Alcance del éxito setenta y cinco por ciento, sólo estimado.

Jacen sonrió agriamente. Cualquier cosa por encima del 51 por ciento era suficiente para el éxito de la misión. Significaba

que una de las varias técnicas que intentaban dañar o destruir la Estación Centralia se había iniciado. Pero incluso el 75 por ciento no era lo suficientemente bueno. Significaba que él o Ben habían caído. El cincuenta y uno por ciento y los dos habrían muerto.

Ben se movió desde la puerta y cuidadosamente pasó por encima del cuerpo cortado en dos del droide que llevaba la armadura de SegCor. Se frotó el pecho y pareció avergonzado.

—Los disparos aturdidores pican —dijo.

Jacen asintió.

—Mayor motivación para que no dejes que te alcancen.

La pared tras el panel de control principal se deslizó hacia arriba, revelando detrás una cámara de control. Varios ordenadores, una silla central con cuatro monitores montados y barras ajustables a su alrededor. El hombre de la silla, corpulento, de barba gris y un poco pasado de peso, ofreció una débil sonrisa a los dos Jedi.

—Habéis llegado ahí —dijo con voz profunda, rugiente.

—Esto pareció demasiado fácil, doctor Seyah. —Jacen hizo un gesto a su alrededor—. *Un* guardia en la cámara final…

—¿Fácil? —Ben sonó enfadado—. ¡Nos dispararon alrededor de mil disparos láser!

—Jacen tiene razón —dijo el doctor Seyah—. Esto era más fácil. Más fácil que reiniciar el giro centrífugo y sabotear el giro contrario de la gravedad artificial para que la estación se haga pedazos, más fácil que introducir las propias coordenadas de la estación en la computación de objetivos y hacer que se autodestruya, más fácil que secuestrar un destructor estelar y estrellarlo en el extremo apropiado de la estación…

La cara de Ben se iluminó.

—Todavía no hemos hecho eso.

—Ni lo vais a hacer. Esa no es una misión para Jedi. Lo es para locos y viejos oficiales navales.

—Oh. —La expresión de Ben se oscureció—. Me habría gustado eso.

El doctor Seyah apartó un par de molestos monitores y se levantó de su silla.

—El problema es que no sabemos que apariencia tiene ahora la sala de control principal de armas. Así es como estaba hace tres semanas, cuando todo el mundo, excepto un grupo de científicos cuidadosamente investigados y muy procorellianos, fue sacado de allí y reasignados a otros lugares. Podrían haber reemplazado

todo el equipamiento con tiras de queso o haber encerrado la habitación en duracreto. No lo sabemos. Pero no tenemos razón para pensar que lo han hecho. —Se encogió de hombros—. Mientras tengas ese chip de datos intacto, y mientras la ranura de recepción todavía exista en el panel de control, incluso si vacilas antes de encontrarlo, entonces esta aproximación podría funcionar.

—¿*Podría* funcionar? —repitió Jacen.

—Creemos que lo hará. Las órdenes en ese chip de datos deberían iniciar una cuenta atrás de diez minutos y activar después un complejo pulso repulsor que partirá la estación en pedazos. Asumiendo que no hayan reprogramado sus sistemas lo suficiente para pasar por encima de la programación de ese chip. Asumiendo que mi equipo y yo hiciésemos bien nuestro trabajo durante todos estos años. Asumiendo muchas cosas. —El doctor Seyah suspiró y luego colocó una mano en el hombro de cada Jedi—. Esto es lo único que puedo garantizaros: venid conmigo a la cafetería y puedo invitaros a un almuerzo.

—A veces las respuestas más simples son las mejores —estuvo de acuerdo Jacen y permitió que le volviese hacia la puerta.

Pero en su interior, la preocupación intentó corroerle. Ben había fallado o muerto en ocho de las diez simulaciones que habían hecho, sugiriendo que no debía, después de todo, ir en esta misión… pero el propio sentido del futuro de Jacen, día tras día, le decía que el chico sería crucial para su éxito, si era el éxito lo que al final se alcanzaba. Tal vez los dos resultados eran correctos. Tal vez la misión tendría éxito, pero sólo si Ben caía durante su cumplimiento.

Si eso era así, ¿cómo se presentaría Jacen ante Luke?

—Así que, ¿cómo es ser espía? —preguntó Ben.

—El doctor Seyah no es un espía, Ben. Sé educado —murmuró Jacen.

—Oh, desde luego que soy un espía. Científico y espía. Y está muy bien. Estudio tecnología antigua y aprendo cómo funciona el universo. Y muy a menudo, me voy de vacaciones para aprender cómo implantar los más recientes comunicadores de escucha, para sublevar o seducir a espías enemigas, para utilizar las armas láser más modernas y volar en los deslizadores aéreos más modernos…

—¿Le ha roto alguna vez el cuello a alguien?

—Bueno, sí. Pero fue antes de que técnicamente fuera un espía…

Durante un periodo de unos cuantos días, Han y Leia reunieron hechos, números, desapariciones, reapariciones, movimientos de naves, reasignaciones de personal, cosas que se habían dicho y cosas que no se habían dicho en la compleja proyección de un ordenador, cuidadosamente mantenida, aunque apenas comprendida, por C-3PO.

Hecho: elementos de la Segunda Flota de la Alianza Galáctica estaban siendo desviados de las misiones que constaban en los registros. Como ejemplo, el transporte mon calamari *Buzo Azul* se suponía que se dirigía al Brazo Tingel de la galaxia en una misión anual para seguir la ruta de entrada de los yuuzhan vong hasta la galaxia para ver cualquier manifestación persistente de su paso. Sin embargo, cuando se había reaprovisionado, no había recogido la clase de provisiones apropiadas para una misión en solitario de meses de duración.

Hecho: las comunicaciones entre Coruscant y Corellia continuaban siendo problemáticas, en un modo que sugerían que el tráfico de comunicaciones estaba siendo monitoreado y analizado concienzudamente… pero ninguno boicot anticipado o sanción económica se había llevado a cabo contra el sistema crecientemente independiente.

Hecho: los expertos civiles del gobierno, el ejército y la economía corelliana estaban cada vez menos disponibles. Ninguno había desaparecido técnicamente. Todos estaban "de vacaciones", lejos por motivos personales, en asignaciones intergalácticas recientes. Eso mismo no ocurría con otros expertos de otros mundos que se habían unido a Corellia en su agitación contra la AG, como Commenor o Fondor, por ejemplo.

Hecho: las propiedades corporativas corellianas pertenecientes a Pefederan Lloyn, que tenía un asiento en el Consejo Financiero de AG, se había vendido recientemente o se habían convertido en ciertas clases de propiedades en el sistema Kuat. En teoría, a causa del papel activo que jugaba ella en las finanzas del gobierno, Lloyn no estaba ejerciendo ningún control directo sobre sus holdings de negocios, habiendo asignado ese control a los directores de los negocios mientras durara su servicio en el gobierno… pero Han Solo no tenía ninguna fe en las teorías que tenían mucho que ver con la integridad de los

cargos oficiales del gobierno.

Esos eran sólo una muestra representativa de los datos que Han y Leia encontraron y cargaron en las nuevas rutinas de análisis de C-3PO. Pero todos los hechos apoyaban la creciente convicción de Han de que algo muy malo estaba a punto de ocurrir en el sistema planetario donde había crecido. Su convicción no se alivió cuando C-3PO, durante una de sus sesiones de análisis en el salón de los Solo, dijo:

—Según todas las apariencias, Corellia está a punto de experimentar una… una paliza, creo que es la palabra.

Han resopló, un sonido irritado que causó que el droide de protocolo se inclinase hacia atrás, alejándose de él.

—¿Te dan esos nuevos conocimientos analíticos alguna idea exacta de que forma va a adquirir esta *paliza*?

—Oh, no, señor. Tendría que ser cargado con extensivas aplicaciones de planificación militar, por no mencionar, extensas bases de datos, para ofrecerle una predicción útil en ese asunto. Lo cual, desde luego, interferiría con mi función principal como droide de protocolo. Vaya, sólo la memoria necesaria me forzaría a eliminar millones de traductores de idiomas e interpretadores de inflexiones. Eso sería desastroso. Podría incluso volverme… —El volumen de la voz del bajó—… más agresivo.

Leia mantuvo su cara seria.

—Eso seria terrible. ¿Cómo sería tu agresión? ¿Estrangularías a oficiales de seguridad y les darías patadas a los niños?

—Oh, no, señora. Pero podría volverme… más sarcástico. Incluso abusivo verbalmente.

—Lingote de oro, consíguenos algo de café —dijo Han.

—Sí, señor. —El droide se levantó—. No creo que lo haya preparado. ¿Le gustaría uno instantáneo?

—Casi tanto como me gustaría una quemadura láser en mi rótula. Ve y prepara un poco.

Han esperó hasta que C-3PO estuviera en la cocina y la puerta se cerrara tras él. Entonces se volvió hacia su esposa.

—Así que, ¿qué hacemos para evitar que esto ocurra?

Leia tomó aire para responder, pero lo contuvo durante largos momentos. Han la miró con curiosidad. Podía decir por la expresión de su cara que ella estaba planteando su respuesta, pero tenía tanta práctica en hacerlo que normalmente podía componer un discurso mientras empezaba a recitarlo. Esta clase de tardanza era inusual en ella.

—Tal vez —dijo ella finalmente— lo mejor sería no interferir.

La mirada que le dirigió sugería que ella esperaba que él se transformara en un rancor y montase un alboroto.

—No hacer *nada* —dijo él.

—Han, ¿qué pasa si Corellia continua haciendo exactamente lo que está haciendo… y se sale con la suya? ¿Sin sufrir consecuencias?

—Corellia vuelve a ser independiente. —Han se encogió de hombros—. ¿Y?

—Y otros mundos siguen el ejemplo de Corellia.

—Otra vez. ¿Y?

—La Alianza se debilitará. Las cosas se volverán más… desordenadas. Más oportunidades para el crimen. Los mercados negros. La corrupción.

Por una vez, Han pasó unos cuantos momentos considerando su replica. Una respuesta tonta habría acudido fácilmente a él, pero un buen gobierno y una galaxia estable eran importantes para su esposa y él no podía desecharlos casualmente.

—Leia, tiene que haber sitio en esta galaxia para la independencia. Para el caos. En una galaxia tan rígida, tan sanitaria, tan controlada como de la que estás hablando, yo nunca podría haber sucedido. Realmente preferiría vivir en una galaxia donde hay sitio para alguien como yo.

Leia apartó la mirada de él, y en la expresión de ella Han pudo ver el destello de un pesar que creció hasta convertirse en pena. De nuevo, se estaba apenando por la perdida de un sistema, de un gobierno que siempre había sido sólo abstracto. Uno tan justo y razonable que no podía resistir cuando se llevaba a la práctica.

—Entonces lo que hay que hacer es advertir a Corellia —dijo ella—. Preferiblemente sin alertar a la AG de que lo estás haciendo. Porque estaría bien que no te arrastraran a la cárcel.

—Tú me rescatarías. Si tardo demasiado en escapar por mí mismo, quiero decir.

Ella sonrió agriamente, manteniendo todavía su atención en el ventanal y en la puerta deslizante que llevaba a la terraza.

—Necesito tu ayuda, Leia. No puedo hacer esto solo.

Le costó un tremendo esfuerzo decir estas palabras. Admitir que no podía llevar a cabo alguna tarea ordinaria, como salvar a un mundo de una invasión o una conquista, por sí mismo era

bastante doloroso. Era peor pedir a una mujer devota del orden y la ley que dejase de lado esas consideraciones por él.

—Lo sé. —Leia volvió a mirarle—. Lo haré, Han. Pero sólo si tú me ayudas a *mí*. Corellia no puede jugar en ambos lados del campo. Si el sistema va a ser independiente, tiene que ser *independiente*. No puede seguir aceptando todos los beneficios de ser un miembro de la AG *y* desafiar la ley de la AG. Si vas a decirles que la AG va a obligarles a obedecer, tienes que decirles que dejen de jugar. Tienen que engrasar todo el bantha.

Han parpadeó.

—Tienen que engrasar… ¿tienen que qué?

—Engrasar todo el bantha. Es una expresión. De Agamar, creo.

—Seguro que lo es.

—Lo *es*. Y estás intentando no responderme a lo que he dicho.

—No, no lo intento. Tienes razón, Leia. No más juegos para Corellia.

—Entonces te ayudaré.

—Y más grasa para el bantha.

—No te rías de mí, Han. Hay consecuencias.

—Podemos engrasar al droide de protocolo.

—Han, te lo estoy advirtiendo…

capítulo seis

CORONITA, CORELLIA

Llevando sólo unos calzoncillos y una camiseta interior azul que llevaba el símbolo original de la Alianza Rebelde en negro que ahora era gris, Wedge Antilles se movió hacia la puerta principal de su residencia y activó el panel de seguridad en la pared a su lado. La pantalla parpadeó hasta encenderse y mostró a un hombre y una mujer en la entradita de fuera. Ambos eran jóvenes, a mitad de sus veinte, y a pesar del hecho de que vestían trajes de vuelo grises y abrigos que constituían una de las vestimentas anónimas de las calles de Corellia, sus cortes de pelo, más bien militarmente corto que ligeramente desgreñado, y una indefinible cualidad de sus lenguajes corporales y expresiones faciales los marcaban como extranjeros.

No debían haber sido capaces de llegar a la puerta de la residencia de Wedge sin que él lo supiera. Su edificio se había entregado a personal retirado del ejército tales como él mismo. Algunos se habían retirado de la Nueva República, algunos de SegCor (Seguridad Corelliana), algunos de otras fuerzas armadas corellianas. Había unas medidas de seguridad muy básicas en todas las entradas del complejo, así que si esos dos estaban aquí sin haber sido anunciados por la seguridad del complejo, era porque algún otro residente les había dejado entrar.

Wedge se encogió de hombros. La seguridad del complejo estaba diseñada para mantener fuera de su edificio a la gente

ordinaria, no para evitar que los agentes con contactos entraran.

Miró por encima de su hombro. Su mujer, Iella, estaba de pie en la puerta de su dormitorio. Llevaba una simple bata blanca y su pelo, que normalmente era una cascada gris castaño ondulada, era un desastre desgreñado, incluyendo un mechón que salía casi directamente hacia arriba. Tenía una de sus manos sobre su boca mientras bostezaba. La otra sostenía una pistola láser de gran tamaño a su lado. Cuando el bostezo terminó, le dirigió una mirada inquisitiva, levantando una ceja.

Él se encogió de hombros, luego se volvió hacia la puerta y activó los altavoces exteriores.

—¿Qué pasa?

La visitante femenina, una mujer rubia bien musculada que parecía ser al menos tan alta como Wedge (no es que esto fuera inusual, dado que Wedge era ligeramente más bajo que la media de los hombres) dijo:

—¿El general Wedge Antilles?

—Se mudó —dijo Wedge—. Creo que está en el Bloque Zeta. También dejó las alfombras hechas un desastre.

Era una prueba, desde luego. Si los visitantes mostraban confusión o se marchaban, entonces eran simplemente admiradores, o hijos de los colegas, gente que podía establecer contacto a través de canales ordinarios y durante las horas del día. Si no lo hacían…

No lo hicieron. El visitante masculino, un hombre de pelo oscuro y anchos hombros que parecía como si probablemente representara a su unidad militar en los campeonatos de lucha, simplemente sonrió.

—Siento visitarle tan tarde, general —continuó la mujer—, pero realmente necesitamos hablar con usted.

Wedge encendió las luces del salón y volvió a mirar sobre su hombro. La puerta estaba abierta, pero Iella ya no estaba a la vista. Estaría inclinada hacia atrás en la oscuridad, llevando algo mucho menos visible que una bata blanca, con el desintegrador en la mano… sólo por si acaso.

Wedge pulsó otro botón en el panel de seguridad. Ahora la puerta que llevaba a la habitación contigua estaría sellada, evitando que la hija más joven de Wedge e Iella, Myri, vagara por el salón si se despertaba. Una chica inteligente y testaruda, Myri había heredado la naturaleza inquisitiva de su madre. No sería extraño que intentara oír una conversación nocturna si sabía que

una estaba teniendo lugar.

Finalmente Wedge presionó el botón que abría la puerta principal. Esta se deslizó hacia abajo y fuera de la vista, revelando a los dos visitantes.

Los dos se pusieron rígidos, un gesto de cortesía ordinario para un general retirado, pero no pudieron evitar las expresiones de duda que se reflejó en sus rostros. Él sabía que estaban mirando a un hombre flaco de pelo gris con las rodillas nudosas, un hombre que llevaba una camiseta interior de valor sentimental que era más vieja que cualquiera de ellos. Era una visión que no encajaba con su reputación.

Wedge mantuvo el enfado lejos de su voz.

—Pasen.

—Gracias —dijo la mujer.

Los dos entraron y Wedge hizo deslizarse la puerta tan pronto como ellos entraron. La puerta dio un tirón de la camisa del hombre mientras se levantaba para cerrarse.

—Me disculpo por despertarle —dijo la mujer—. Soy la capitán Barthis de la Sección de Inteligencia. Este es mi compañero, el teniente Titch.

—¿Identificaciones? —dijo Wedge.

Ambos metieron las manos en los bolsillos interiores de sus abrigos. Wedge determinó no ponerse tenso. Pero sus manos salieron sosteniendo tarjetas de identidad. Wedge extendió una mano, no para coger las identificaciones, que por regulación estos dos no soltarían en ningún caso, sino para que la luz verde de un escáner del panel de seguridad cayera sobre su palma.

La capitán Barthis movió su tarjeta sobre su palma y el teniente Titch siguió su ejemplo. Ahora el equipo de seguridad computerizado de Wedge estaría procesando la información de sus tarjetas, comparándolas con las fuentes de datos corellianas y unas cuantas bases de datos a las que oficialmente no se suponía que Wedge pudiera acceder.

Dirigió a los visitantes hacia los sillones color crema que se alineaban con la pared de la habitación.

—Siéntense.

La capitán Barthis le dirigió una pequeña negación con la cabeza.

—En realidad, hemos estado sentados durante horas, en una lanzadera…

—Desde luego —Wedge esperó.

—La Alianza Galáctica necesita su ayuda, general —dijo la mujer.

Wedge le ofreció un débil resoplido.

—Capitán, la Alianza Galáctica está plagada de oficiales que fueron obligados a retirarse tras la guerra con los yuuzhan vong, por la simple razón que un ejército en tiempos de paz no necesita a muchos de ellos. Algunas de esas personas son bastante brillantes y, a diferencia de mí, están ansiosos por volver al uniforme. Yo, estoy ansioso por sentarme por ahí con ropa cómoda todo el día, dedicarle a mi esposa todo el tiempo que mi carrera militar no me permitiría dedicarle y completar mis memorias. Están buscando al hombre equivocado.

—No, señor. —La capitán Barthis negó con la cabeza en una negación vigorosa—. La AG le necesita a usted y su ayuda específicamente.

El visitante finalmente habló, con una voz más suave de lo que Wedge hubiera sospechado.

—Tiene que ver con los eventos de hace casi treinta años cuando el Escuadrón Pícaro hizo tanto trabajo preparándose para la toma de Coruscant a las fuerzas imperiales.

—Ya veo. Y es algo que requiere mi presencia en lugar de una simple llamada por el holocomunicador.

—Sí, señor —dijo la capitán Barthis.

—Y si ustedes están aquí en mitad de la noche, es porque me necesitan en mitad de la noche.

La capitán asintió con una expresión de pesar en su cara.

Wedge pulsó un botón en el panel al lado de la puerta, y la entrada se abrió de nuevo.

—Espérenme en el vestíbulo del edificio. Bajaré directamente.

Ahora, finalmente, los dos se miraron el uno al otro.

—Preferiríamos quedarnos aquí, señor —dijo Barthis.

Wedge le dirigió una pequeña sonrisa helada.

—¿Y grabará con una holocámara cómo me despido de mi familia? O tal vez preferiría abrazar a mi hija *por* mí.

Barthis se aclaró la garganta, lo pensó mejor y se movió hasta la entradita. Titch la siguió. Wedge cerró la puerta tras ellos.

Iella se movió otra vez hasta la puerta del dormitorio. Ahora llevaba un impermeable verde y negro. Parecía enfadada.

—¿Qué necesitan que no pudieron haberte preguntado hace décadas?

Wedge se encogió de hombros.

—*Retirado* es una palabra tan imprecisa… ¿Pasaron la prueba?

Iella asintió.

—Son genuinos. De hecho, trabajé durante un año con el padre de Barthis. La familia es corelliana. —Ella se movió hacia delante y puso sus brazos alrededor del cuello de Wedge—. A veces deseo que no hubieses sido tan influyente como lo eras en tu trabajo. Así dejarían de venir a por ti en cualquier momento que el ejército descubre que ha olvidado cómo coordinar un enfrentamiento de Ala-X.

Wedge colocó sus brazos alrededor de la cintura de ella y la atrajo hacia él.

—¿Y a por quién vinieron la última vez? ¿Una hora antes del amanecer, barriendo el pasillo en busca de aparatos de escucha antes de que llamaran al timbre?

—Bueno, a por mí.

Iella había pasado su carrera profesional como una oficial de seguridad, primero para SegCor y luego para la Inteligencia de la Nueva República, y las demandas de su post retiro igualaban a las de Wedge.

Wedge la besó.

—Despierta a Myri para que pueda decirle adiós. Voy a hacer el petate y a vestirme.

Ella alargó la mano más allá de él para abrir el pasillo, luego se volvieron hacia la puerta.

—No me gusta Titch —dijo ella sin mirar atrás.

—Sí.

Era una especie de taquigrafía verbal. Ella no pretendía decir que no le gustaba el hombre, no lo conocía. Pero Titch era la clase de oficial de inteligencia que se llevaba para asegurar la seguridad, para asegurar que la persona que se transportaba no causaba problemas. Esto llevaba a la pregunta ¿Era en realidad Titch el compañero regular de Barthis, o lo habían traído porque alguien anticipaba que Wedge iba a causar problemas?

CORUSCANT

Han y Leia estaban muy juntos, el uno al lado de otro, para que la holocámara del terminal frente a ellos pudiera capturar la imagen de los dos.

—Luke —dijo Han.

Las luces del terminal centelleó, y después de unos cuantos segundos la cara de Luke Skywalker apareció en la pantalla del terminal. Llevaba una gruesa bufanda negra, con unas irregulares líneas grises y tras él había una anónima pared blanca. Pareció sorprendido de ver quién lo llamaba.

—Hola.

—Nos preguntábamos —dijo Leia— si estabas planeando ver algo de acción de Ala-X en un futuro próximo.

Su tono era ligero y conversacional.

Durante un instante, Luke pareció sorprendido, pero sus facciones se convirtieron en una sonrisa sorprendida.

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, estábamos planeando irnos de vacaciones —dijo Han—. En el *Halcón*. Ir por ahí, ver a los viejos amigos. Yo, Leia, Lingote de Oro, los noghri… ¿ves a lo que estoy llegando, conversacionalmente?

La sonrisa de Luke se ensanchó.

—Eso creo.

—Leia y yo podemos hablar. Los noghri pueden mantenerse ocupados el uno al otro. Pero si Ce-Trespeó no tiene a Erredós-Dedós para hablar con él, él nos hablará a *nosotros*. —Han hizo un gesto como de apoyar el cañón de un desintegrador en su propia sien y apretar el gatillo—. Sálvame, Luke Skywalker, eres mi única esperanza.

Riéndose todavía, Luke negó con la cabeza.

—Ojalá pudiera. Pero Mara y yo vamos a hacer una rápida gira de entrenamiento con un puñado de Caballeros Jedi ansiosos por aprender cómo adaptar sus habilidades basadas en la Fuerza a las tareas de pilotaje de un Ala-X. En otras palabras, voy a salir con Erredós.

—Oh. —Han le dirigió a su cuñado una mirada poco alegre—. De acuerdo, entonces. Condéname a día tras día de oír su estremecedora obsequiosidad.

—Bonita elección de palabras —dijo Luke—. A propósito, ¿adónde iréis de vacaciones?

Leia se encogió de hombros.

—Aún no estamos seguros. Podríamos ir a visitar a Lando y Tendra y dar una vuelta por su nuevo complejo de manufacturas, pero no se lo digas a ellos, dado que queremos que sea una sorpresa si ocurre. Estábamos pensando mucho en un viaje a

través del sistema Alderaan y después ir de un planeta a otro por la Ruta de Comercio Perlemiana.

—Muchas compras —ofreció Han, con un tono que sugería que tal destino estaba sólo un paso por encima de la muerte en caso de preferencia.

—Ah, bien. Que os divirtáis. Y siento no haber podido ayudar con Erredós.

—Eso pasa a veces —dijo Han.

La sonrisa educada permaneció fijada en su cara después de que Luke alargara la mano hacia delante para cortar la comunicación. Pero la postura de Han le falló. Se hundió en su silla como si le hubiesen apaleado.

—Él es parte de esto —dijo Han.

—No podemos estar seguros…

—No intentes reírte de mí, Leia. Llevaba una bufanda de puertas a dentro. O acababa de salir del baño, y te habrás dado cuenta de que su pelo estaba seco, o se la puso a toda prisa para cubrir otra cosa que llevaba puesta, como un uniforme de piloto. ¿Viste la pared tras él? Blanca, curvada. Un mamparo en una nave. Ya se ha embarcado.

Finalmente Leia asintió, de mala gana.

—Probablemente.

—Él está de *su parte*.

—Como el Maestro de la Orden Jedi, ha hecho juramentos para apoyar a la Alianza Galáctica. —Leia dejó que una pequeña parte de su severidad se deslizara en su voz—. Y no pretendas que esto es una situación simple, donde todos los de un lado son listos y sensibles y todos los del otro no lo son. Es más complicado que eso. Es más complicado que eso para *mí*.

Han alargó el brazo para abrazarla durante un momento.

—Sí. Lo siento. Es sólo que… es sólo cómo si él me hubiese golpeado cuando no estaba mirando. —Enterró su cara en el pelo de ella y tomó aire profundamente—. Es hora de que nos vayamos.

En el asiento delantero de pasajeros, Wedge estaba sentado, sorprendido, mientras su lanzadera entró en su lugar de aterrizaje y un Corellian YT-1300 saltó más allá de su ventanilla, mientras se dirigían a los cielos.

—Ese —anunció— era el *Halcón Milenario*.

—Si usted lo dice, señor. —A través del hueco entre los

asientos, la capitán Barthis parecía dudosa—. Sin embargo, hay miles de esos viejos transportes Corellian volando todavía.

—Oh, ese era definitivamente el *Halcón*. Estoy íntimamente familiarizado con sus líneas… y sus puntos oxidados. Tuve que replicarlos una vez en un vehículo para utilizarlo como señuelo, hace décadas. No importa lo que le haga Han, pintar el casco, anodizarlo, esos parches oxidados salen otra vez después de unos cuantos meses o años.

Barthis movió su cabeza, con un gesto de “*Lo que usted diga*” que no dejaba duda a Wedge de que se estaba riendo de él, y volvió su atención a su cuaderno de datos.

Media hora después los dos, Titch y un droide portero entraron en la instalación gubernamental que Barthis había dicho que sería el hogar de Wedge durante al menos los próximos días. Estaba en lo más profundo dentro de un edificio piramidal gris al borde de lo que una vez fue el distrito del gobierno imperial. El corredor oscuro que venía de los turboascensores llevaba a una gran oficina exterior llena de monitores. La mayoría de los puestos estaban vacíos, con las pantallas apagadas, pero Wedge podía ver dos que estaban activas, ambas mostrando imágenes de holocámaras de grandes habitaciones del estilo de dormitorios para cuatro en un lado y equipamiento de oficina en el otro.

Barthis llevó a Wedge y los otros hasta la puerta, que hizo un ruido parecido a *whoosh* mientras se elevaba y *thump* cuando encajó en su lugar con rapidez, el del desplazamiento de aire y el sonido de ecos de un portal armado. Las luces altas de la habitación se encendieron mientras entraban, revelando una habitación muy parecida a las que se veían en los monitores: cerca de la puerta estaban cuatro escritorios, los unos enfrente de otros, llenos de material informático; el lado más alejado de la habitación tenía cuatro camas y unas enormes taquillas. Wedge también pudo ver una puerta que presumiblemente llevaba a un baño.

El droide portero se movió para dejar caer las maletas de Wedge en la cama más cercana. Barthis y Titch se quedaron cerca de la puerta e hicieron un gesto hacia las habitaciones.

—Un poco simple —admitió Barthis—. Lo siento.

—Son casi un lujo comparado con algunos lugares en los que he estado acuartelado. —Wedge miró al equipamiento informático, notando los nombres de las marcas y los diseños—. Estos terminales tienen que tener treinta años.

Barthis asintió.

—Casi. Esta instalación fue instalada por Inteligencia justo después de que la Nueva República conquistara Coruscant y llevaran a Ysanne Isard al exilio. El equipamiento es original… pero ha sido arreglado y actualizado.

—¿Para qué es esta instalación?

—Era lo que llamábamos una olla a presión —dijo Titch—. La idea es que en tiempos de crisis, tienes grupos de codificadores, técnicos y especialistas civiles juntos en unas salas combinadas para vivir y trabajar. Son la clase de gente que van a estar trabajando dieciséis, veinte horas al día de todos modos. Lo más conveniente para ellos sería ponerlos juntos, que intercambien ideas, que mantengan alta la moral de los otros y eso, antes que colocarlos en oficinas separadas y habitaciones a minutos u horas de viaje de distancia.

—Ah. —Wedge cogió la silla giratoria que estaba frente al escritorio más cercano, le dio la vuelta y se sentó—. Entonces. No me lo diríais en Corellia, no me lo diríais en el viaje en la lanzadera… Ahora, en el corazón de vuestra propia instalación segura, ¿tal vez podríais decirme de que va todo esto? ¿Qué se supone que estoy haciendo?

Barthis y Titch intercambiaron una mirada. Sus caras permanecieron impasibles, pero Wedge lo interpretó como un intercambio de “ahí vamos”. Barthis devolvió su atención a Wedge.

—Sólo, um, *esperar*, general.

Wedge parpadeó.

—¿Esperar ordenes?

—No.

Barthis parecía pesarosa e hizo un gesto al droide portero para que abandonase la habitación, lo cual hizo. Wedge se dio cuenta de que, aunque su postura era relajada, Titch estaba preparado para la acción y se había posicionado en la puerta de manera que pudiera sacar la pistola láser de su cadera y disparar sin poner en peligro a Barthis.

—No —continuó Barthis—, no tiene órdenes. Nuestras órdenes son mantenerle tan cómodo como sea posible durante su estancia aquí.

Wedge se negó a permitir que la alarma que estaba empezando a brotar en su interior se dejase ver en su cara.

—¿La duración de mi estancia?

Barthis se encogió de hombros.

—Desconocida.

—¿Su propósito?

—No puedo decirlo.

Wedge cerró los ojos y ofreció un suspiro lento y silencioso. Entonces les volvió a mirar a los dos.

—Dije que no, ¿saben?

Ellos parecieron confundidos.

—Cuando los oficiales del ejército corelliano vinieron a mí y me dijeron “Podría haber problemas entre nosotros y la AG”, dije “Lo siento, amigos, estoy retirado. Podéis conseguir consejos tan útiles como los míos y mucho más actualizados, dirigiéndoos a otros oficiales corellianos”. Y así me dejaron solo. ¿Por qué no lo hicisteis vosotros?

Barthis abrió la boca, evidentemente se dio cuenta de que no podía ofrecer una respuesta sin comprometer de algún modo sus órdenes y la cerró de nuevo.

—Porque, verán… —Y esta vez Wedge no pudo evitar que el dolor que sentía se reflejara en su voz, como una ronquera que no podía controlar—. Verán, de ese modo habría estado con mi familia si algo pasaba. Y ahora, alguien, en algún lugar, en el lado de la AG ha decidido que necesito estar fuera del camino por lo que va a pasar. *Y me ha separado de mi familia*.

Fijó su mirada en Barthis y Titch.

Barthis, en realidad, retrocedió. Ella negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo.

No era una admisión de que ella o su equipo estuvieran haciendo lo que Wedge estaba especulando, pero su voz estaba cargada de emoción y sonaba genuina. Se volvió y caminó hacia la oficina exterior.

A Titch pareció no afectarle.

—Aproxímese a esta puerta en cualquier momento que esté abierta y se cerrará —dijo—. Significa que no le hará ningún bien correr repentinamente hacia la puerta cuando le traigamos comida o bebida. Además, si hace un intento de escapar, le mataré. —Le dio unas palmaditas a la pistola láser que tenía al lado—. Este modelo se puede ajustar para aturdir o para quemar. Siempre lo tengo en quemar.

Asintió como si pensara que la gravedad de esa acción impresionaría a Wedge.

También miró hacia su compañera, aparentemente

asegurándose de que ella no podía oírles. Se volvió hacia Wedge.

—Déjeme añadir esto —dijo—. Estoy harto de oír a la generación de la Alianza Rebelde fanfarronear sobre cómo pisotearon al Imperio y luego gimotear sobre cómo la galaxia les debe la vida o favores especiales. El Imperio le habría dado una patada a los yuuzhan vong en los dientes y yo no habría perdido casi a todos los que conocía cuando era un niño, si ustedes no hubiesen "ganado". Bueno, los de arriba parecen pensar que le deben un poco de dignidad, así que aquí la tiene. Cómase sus comidas, haga algunos ejercicios tranquilos, mantenga la boca cerrada y cuando todos los disparos terminen, puede irse a casa y terminar sus memorias egoístas sobre cómo ganó media docena de guerras usted solo. Ese es el trato. ¿Lo coge?

Wedge lo estudió.

—Si hubieses sido un poco más listo, podría haberte dejado algún resto de carrera cuando me vaya de aquí. Pero no lo haré. Estarás limpiando retretes durante el resto de tu vida.

Titch resopló, sin impresionarse. Retrocedió hasta más allá del marco de la puerta y la puerta se cerró.

capítulo siete

ESPACIO EXTERIOR, CERCA DEL SISTEMA CORELLIA

A unos cuantos años luz de la estrella Corell, una nave salió del hiperespacio, parpadeando al volver a la existencia en el espacio real.

En diseño era parecida a los viejos Destructores Estelares clase Imperial, y era igual de larga, aunque donde los DEIs parecían más como cabezas de flecha estrechas y perforadoras, esta nave era más ancha, con una masa superior en la mitad a la de un DEI.

Era la Nave Espacial de la Alianza Galáctica *Dodonna,* la segunda nave grande que llevaba el nombre del líder militar del tiempo de la Alianza Rebelde que había diseñado y ejecutado la destrucción de la primera *Estrella de la Muerte,* y era la primera nave completada de su clase, el transporte de batalla clase *Galáctica,* una designación elegida para evitar incómodos recordatorios de los viejos Destructores Estelares, de las que esta nueva nave era poco más que una elaboración y una actualización.

En el puente, en el ancho pasillo que se elevaba sobre los huecos y las estaciones de los técnicos, el almirante Matriz Klauskin, comandante del *Dodonna* y líder de esta operación, estaba de pie mirando a través de los enormes ventanales hacia el espacio. En su visión periférica, hacia estribor, otra nave de guerra, uno de los cruceros estelares mon calamari con un casco

diseñado que sugerían una exitosa combinación de tecnología y diseño orgánico, salió a la existencia.

Durante las siguientes horas, muchos elementos de la Segunda Flota de la Alianza Galáctica llegarían aquí para formar tras el *Dodonna*. Una vez que todo estuviera en posición, Klauskin daría la orden y pondría esta operación en movimiento.

Sabía que, en su exterior, parecía calmado, estoico. De haber habido un curso en la academia en mantener una fría apariencia, él habría sido el primero de la clase. Pero dentro, sus entrañas se estaban haciendo un nudo.

Con unas pocas ordenes correctas, con unas pocas maniobras adecuadas, podía evitar una guerra. La galaxia podía no tener que reexperimentar la clase de horrores que había experimentado en la memoria reciente. La agonía de mundos siendo asediados, las familias hechas pedazos, los hogares y las historias *borradas*.

Él podía evitarlo. Tenía que tener éxito.

Tenía que tenerlo.

CORONITA, CORELLIA

La pequeña mujer estaba vestida con los vestidos flotantes y las profanamente costosas joyas trenzadas de las mujeres de la nobleza del Consorcio de Hapes. Un velo medio transparente ocultaba la mitad inferior de su cara. Su guardaespaldas era tan diferente de ella como era posible: alto, primitivo y de apariencia brutal, llevaba las polvorientas túnicas y sostenía el crudo rifle láser de uno de los Tusken Raiders, los Moradores de las Arenas del Tatooine rural. Sus rasgos estaban escondidos tras una máscara resistente a las tormentas de arena que tales seres solían llevar en su propio medio ambiente.

La Primera Ministra de los Cinco Mundos Aidel Saxan los vio a los dos entrar en la habitación exterior de la suite del hotel. Saxan, una mujer guapa, de pelo negro y mediana edad, tenía considerable poder político, pero con la compañía que estaba a punto de recibir no se sentía con ventaja política. Era, si tales cosas se podían medir, la igual de sus invitados, y era en reconocimiento de esa igualdad comparativa por lo que había estado de acuerdo en encontrarse con ellos aquí, en este relativamente mal protegido hotel lejos de los ojos curiosos de otros.

Cuando, años después de la Guerra Yuuzhan Vong, la

Alianza Galáctica había recompensado al sistema de Corellia con la retirada de la figura del gobernador general, los políticos corellianos de nacimiento habían pasado a los nuevos cargos creados por el cambio. Cada uno de los cinco mundos había elegido a su propio Jefe de Estado, y juntos habían creado el cargo de Primer Ministro de los Cinco Mundos, mantenido con presupuestos, recursos y policías de los cinco mundos coordinados, así como también para representar al sistema en negociaciones con otros cuerpos multiplanetarios. Aidel Saxan era la primera y, hasta ahora, única persona que había ocupado ese puesto.

Saxan esperó hasta que las puertas exteriores e interiores se hubiesen cerrado tras sus dos visitantes, entonces se levantó de la silla poco decorativa que le servía temporalmente como su sillón de poder. Ofreció a sus visitantes una inclinación de cabeza.

—Bienvenidos a Coronita —dijo.

—Gracias —replicó la mujer—. Antes de continuar… ¿la habitación ha sido registrada en busca de aparatos grabadores?

Saxan miró por encima de su hombro al oficial de SegCor. Él dio un paso para salir de las sombras en una esquina con cortinas de la habitación.

—A conciencia —dijo—. Y había algunos. De considerable antigüedad. De la clase que un oficial de la seguridad de un hotel podría poner para los propósitos de chantaje o mantener la paz. Los quité.

—Gracias —dijo la visitante femenina.

Ella alargó su mano para desenganchar un lado de su velo, dejándolo caer para dejar al descubierto su cara… la cara de Leia Organa Solo.

Para su crédito, el oficial de SegCor no hizo ningún ruido de sorpresa o reconocimiento. Simplemente volvió a su rincón oscuro.

El presunto Tusken Raider, de movimientos menos gráciles o delicados que su compañera, se quitó la máscara de arena de la cara y apartó su capucha, revelando las facciones más angulosas y un tanto enrojecidas de Han Solo.

—Sí, gracias, Su, uh…

—Excelencia —le apuntó Leia.

—Correcto, Excelencia.

—Para uno de los más celebres héroes de Corellia, desde luego, una audiencia se concede en cualquier momento… en

cualquier lugar. Aunque admito que su petición de secretismo es inusual. Por favor, vengan conmigo.

Saxan llevó a sus visitantes a una habitación adyacente, un comedor sin ventanas por la apariencia, pero la mesa, una cosa enorme cubierta de piedra negra incrustada con hilos dorados, había sido arrimada a una brillante pared azul, dejando sólo unas sillas grandes colocadas en dos semicírculos. Saxan se sentó en la silla central de un semicírculo, con su hombre de SegCor tomando posición tras ella. Han Solo ocupó la silla frente a ella, con Leia sentada a su derecha.

Interesante, pensó Saxan. *Así que este va a ser el discurso de Han Solo, o su petición.*

—Iré directo al grano —dijo Han. Sus facciones estaban volviendo a su color natural. Fuera de la máscara del Tusken Raider, tenía que estar refrescándose—. Creo que la Alianza Galáctica va llevar a cabo acciones militares contra Corellia en menos de una semana, quizá en menos de un día.

—¿Por qué harían eso? —preguntó Saxan, manteniendo su voz controlada, impersonal—. Las negociaciones entre Coruscant y nosotros aún son cordiales. Están aún en estado de desarrollo.

Han se encogió de hombros.

—No sé porqué. Sólo que van a hacerlo. Están ocurriendo movimientos políticos, financieros y militares que apuntan todos hacia aquí, y pronto.

Saxan lo consideró durante un momento. ¿Podía la Alianza Galáctica haber descubierto finalmente los astilleros Kiris? No parecía posible. Ella había sido la Primera Ministra durante un año antes de que sus auditores de presupuesto descubrieran que la apropiación secreta autorizada por Thrackan Sal-Solo y sus aliados políticos que se estaba utilizando para construir una flota de asalto secreta. Sus auditores habían tenido acceso directo a los registros del presupuesto corelliano. Los investigadores de la AG, obstruidos por el formidable servicio de contrainteligencia de Corellia, no *deberían* haber sido capaces de descubrir los mismos hechos.

Parecía más como si la acción prematura de la AG hubiese sido provocada por la reactivación de Centralia. A pesar de todo, todas las inspecciones y contraespionaje que había tenido lugar en la instalación desde que la Alianza Galáctica había entregado a regañadientes su control a Corellia, alguna noticia debía haber llegado a Coruscant sobre el estado de la instalación.

Ella no dijo nada de esto.

—¿Y por qué me está diciendo esto? —preguntó en su lugar.

—Bueno, digamos que me irrita —dijo Han—. Si Corellia quiere ser independiente, estoy totalmente de acuerdo.

—¿Estaría dispuesto a decir eso públicamente? —preguntó Saxan—. ¿En discursos al pueblo corelliano?

—Claro —dijo Han—. Si usted dimite como Primera Ministra y Thrackan dimite como Jefe de Estado corelliano.

Esta vez, Saxan no pudo evitar que su sorpresa asomara a su rostro, a su voz.

—¿Debo dimitir? ¿Por qué?

—No me gusta el juego al que está jugando —dijo Han—. Ganar "independencia" sale por un lado de su boca y "beneficios" sale por el otro.

—Eso es sólo estrategia —le aseguró Saxan.

—No, no lo es. No cuando mucha gente la está escuchando y estando de acuerdo. Gente que no tiene el tiempo o la energía o el cerebro para pensarlo bien. Gente que confía en usted porque su padre era famoso o porque usted es guapa. —Han pareció finalmente decepcionado, tal vez incluso débilmente disgustado—. Necesita mostrarle a los corellianos las vidas que vivirán si se convierten en independientes. El orgullo planetario es una cosa, y estoy totalmente de acuerdo con él. El orgullo planetario con la presunción de que la economía va a prosperar y que todo el mundo va a querernos es otra. Es una mentira.

Saxan evito que su furia y, sí, lo herida que se sentía por los reproches de Han fuesen visibles.

—¿Y qué hay de usted? Es una Caballero Jedi. Los Jedi han jurado defender la Alianza Galáctica. Al venir aquí, ¿no está cometiendo traición?

Leia parpadeó en su dirección.

—¿Y cómo es eso?

—Su marido quiere que me comprometa a una situación políticamente peligrosa. Y sin embargo aquí está usted, manteniendo también dos posiciones. Creo que tal vez usted y su marido deberían quedarse en Corellia y prestarnos su apoyo. Sería más seguro para ustedes. Si Coruscant descubre que han venido aquí durante su salida, podría causarle un daño irreversible a su reputación.

Leia sonrió, mostrando los dientes.

—Yo *soy* una Caballero Jedi. Y *he* jurado defender a la

Alianza Galáctica. Incluso de sí misma, a veces. Pero venir aquí con mi marido y escucharlo especular sobre el futuro de las relaciones políticas no es traición. Es sólo algo que haces cuando estás casada.

—¿Especular?

Leia asintió.

—Especular.

—Significa que no tendrá ningún dato que entregarme que apoye sus especulaciones.

Han sonrió, la sonrisa engreída que hacía temblar las rodillas que Saxan había visto tan a menudo en las holonoticias y ocasionalmente en persona.

—¿Qué datos?

—Desde luego.

—Y, a propósito —Han perdió su sonrisa— no tendría sentido que Coruscant descubriera que habíamos estado aquí especulando. Nos lo tomaríamos como algo personal. Puede pensar en repasar los registros históricos y ver lo que pasa cuando nos tomamos las cosas como algo personal.

Saxan no preguntó si era una amenaza. Desde luego que lo era. Y era la clase de amenaza que ellos habían demostrado una y otra vez que podían cumplir.

Bueno, esta reunión todavía era un éxito. Había descubierto dos cosas importantes: que la Alianza Galáctica probablemente sabía acerca de los desarrollos en la Estación Centralia, y que Han Solo podía ser tan duro y despiadado como su primo, Thrackan Sal-Solo.

Saxan permitió que una graciosa sonrisa volviera a su cara.

—Descuiden, Corellia sabe quienes son sus amigos —dijo—. A propósito, ¿cuánto tiempo se quedarán en el sistema?

Leia se encogió de hombros.

—Unos cuantos días.

—Excelente. Quizás nos hará el honor de hacernos una visita oficial alguna vez. Tanto en tiempos de guerra como de paz, su marido es uno de los hijos predilectos de Corellia.

—Eso sería de lo más agradable.

Reconociendo las palabras de Saxan como una conclusión de la audiencia, Leia se levantó y se colocó el velo en su sitio. Han siguió el ejemplo de su esposa y empezó a forcejear con su máscara de arena para colocarla en su sitio.

—Oh, Han… —Saxan sonrió mientras veía el más minúsculo

fruncimiento de ceño marcar el entrecejo de Leia, en reacción al inapropiado uso del nombre de pila de Solo—. Si veo a Thrackan, ¿tiene algún mensaje para él?

Con la máscara en su lugar, Han se subió la capucha.

—Claro. Algo como “¡Cuidado!”.

—Se lo diré.

ESPACIO EXTERIOR, DORSAL CORELLIANA, PASANDO YAG’DHUL

El compartimento de asientos para pasajeros no era ideal. Era, de hecho, un contenedor de carga, de los utilizados para transportar bienes de un puerto a otro. Pero lo habían arreglado con asientos reclinables de lanzaderas de pasajeros fuera de servicio. Cada fila era de un color diferente, y algunos de los asientos olían mal.

El de Jaina olía mal. Si hubiese estado de un humor contemplativo y autodestructivo, podría haber especulado que en algún momento del pasado distante, había sido ocupado por un hutt con un desorden digestivo. A veces, un movimiento poco juicioso por parte de Jaina comprimía el relleno sobre el que se sentaba y un olor, medio amargo, medio dulce y totalmente repulsivo, causaba que su nariz y las narices o equipamiento equivalente de los otros pasajeros en las inmediaciones se encogiesen.

Esos pasajeros eran una colección interesante, decidió Jaina. La mayoría parecían y actuaban como seres que huían, con los ojos alerta a cualquiera que pudiese estar prestándoles demasiada atención, con ropajes lo bastante abultados para ocultar pistolas láser entre sus pliegues, con bolsas siempre cerradas y a la mano. Algunos eran humanos, algunos bothans y algunos rodianos. Jaina vio a un bith en la parte trasera del compartimento. Parecía que uno de los pasajeros era un apaleado droide de combate CYV 1 que viajaba sin acompañante.

Y desde luego, había Jedi, aunque no parecían Jedi. Jaina iba vestida de una forma que le habría permitido encajar con los viejos amigos de su padre. Pantalones ceñidos y un chaleco de cuero de bantha negro, una camisa de seda roja con mangas flotantes y una cinta para el pelo a juego y una cartuchera para una pistola láser en su cinturón. La mitad de su cara llevaba un tatuaje artificial, una flor roja en su mejilla con ramitas con hojas verdes que se abrían a través de su mandíbula y sobre su frente, y

su pelo era rubio, trabajo de un tinte temporal.

A su lado, Zekk, con los ojos cerrados por el sueño, llevaba una absurda chaqueta curtida con flecos de cueros. Bajo ella había una bandolera que contenía ocho vibrocuchillas. Dos cicatrices falsas marcaban su cara, una cuchillada horizontal atravesaba su frente y la otra bajaba desde su frente hasta la mejilla derecha, y un parche con un parpadeante diodo rojo cubría ese ojo.

Los dos compartimentos directamente tras ellos estaban divididos en pequeños camarotes claustrofóbicos. El compartimento trasero contenían los equipajes.

Y estaban rodeados por contenedores de gas Tibanna, recogido en Bespin, donde esta nave de carga había comenzado su viaje. Si la nave era atacada, los daños producidos podían hacer arder la carga, y Jaina y todos sus amigos Jedi se vaporizarían.

Esta era, a pesar de su tamaño, una nave de contrabando. El gas Tibanna que llevaba aumentaba la potencia destructiva de las pistolas láser. Su extracción y exportación estaba limitado cuidadosamente por el gobierno de la Alianza Galáctica, que era por lo que un contrabandista atrevido con una gran carga podría ganar mucho llevándolo a un sistema cuyas industrias lo querían, como por ejemplo Corellia, el destino de esta nave. Y dado que se pretendía que la carga se destinara a la fabricación de armas recibiendo la bendición tácita del gobierno de Corellia, esta nave sería, al llegar al sistema de Corellia, ignorada por los inspectores de aduanas… lo que significaba que sus pasajeros, muchos de los cuales eran Jedi que llevaban sables láser, tampoco serían molestados. Mara, la antigua Maestra de Jaina, había persuadido a su viejo amigo, el contrabandista Talon Karrde, de que encontrase un modo por el cual una unidad de Jedi pudiera entrar en Corellia con sus sables láser y otro equipamiento sin que nadie se diese cuenta, y él le había ofrecido el nombre, la ruta de vuelo, y la hora de partida de esta nave.

Y sus apestosos asientos.

Los ojos de Zekk se abrieron.

—¿Estamos ya en Corellia?

Su voz tenía un tono como de susurro.

Jaina negó con la cabeza.

—No en las próximas horas.

Los ojos de él se cerraron. Entonces se reabrieron.

—¿Estamos ya en Corellia?

A pesar de sí misma, Jaina sonrió.

—¿Por qué no te vas a jugar fuera un rato?

CORUSCANT

Había mucho espacio entre la parte de la oficina y el dormitorio de la habitación, y Wedge hizo uso de él, llevando su silla con ruedas allí y jugando a un nuevo juego. Sentado frente a una pared, de repente se ponía de pie, empujando la silla con la parte de atrás de sus rodillas, y entonces se giraba para ver lo cerca que había dejado la silla de la marca que había hecho en el suelo.

A intervalos exactos de seis horas, Titch venía con las comidas de Wedge. Cuando estaba en los escritorios de la oficina, Wedge se sentaba habitualmente en el más cercano a la puerta exterior, de espaldas a la puerta. Wedge pensaba en él como el escritorio número uno. Cada seis horas estándar, mañana, tarde y noche, Titch traía la comida y bebida de Wedge hasta el escritorio de la izquierda, en el que Wedge pensaba como el escritorio número dos, y dejaba la comida allí.

La primera vez que Titch entró mientras Wedge estaba jugando a su juego de la silla giratoria, Titch no le prestó ninguna atención especial. Esto era exactamente lo que Wedge esperaba. Titch, Barthis y posiblemente más oficiales de seguridad tenían que estar vigilando sus actividades con holocámaras ocultas, así que ya eran conscientes de la nueva preocupación de Wedge. Titch meramente dejó la comida de Wedge en el lugar de costumbre y luego le dirigió al oficial más viejo un gesto condescendiente y lleno de pena con la cabeza antes de salir por la puerta y dejar que se cerrara tras él.

Wedge sonrió tras él.

Seis horas más tarde, minutos antes de que su cena estuviera a punto de llegar, Wedge se sentó en su escritorio habitual, con la terminal encendida frente a él. Desde luego, no le dio acceso a la red de datos mundial. Eso anularía el propósito de su cautiverio. Pero aparentemente se conectaba a la red de datos una o dos veces al día, permitiendo a Wedge seguir las noticias galácticas y de Coruscant, y ofrecía una amplia variedad de juegos con treinta años y programas de simulaciones de batallas. Ahora conectó una de esas simulaciones. Esta le permitía recrear, a un nivel de acción de escuadrón, la emboscada a las naves de la Alianza

Rebelde en Derra IV, una acción que había tenido lugar antes de que ninguno de sus captores hubiese nacido. Y empezó a jugar desde el lado rebelde.

El pequeño cronómetro en la parte superior derecha de la pantalla de la terminal le dijo que tenía que esperar cinco minutos antes de que su próxima comida llegase.

Tomó un sorbo de su vaso de agua, sin tocar desde que llegó su almuerzo. Estaba casi lleno. Muy despacio, con su atención aparentemente todavía fija en la simulación de la batalla ante él, bajó la mano con el vaso hacia su regazo. Lo posicionó bajo el borde del escritorio hasta que estuvo bajo el escritorio número dos, y entonces, con un cuidado doloroso y silencioso, vertió la mayor parte del agua allí en el suelo. Se esparció como un charco completamente invisible que se propagaba lentamente.

Quedaban tres minutos. No podía hacer las cosas tan justas. Titch podía variar su horario unos cuantos segundos. Los oficiales jóvenes no eran tan de fiar. Mantuvo el vaso sobre el escritorio número dos, lo invirtió tan cerca e instantáneamente como pudo, y lo puso boca abajo. Para los observadores, parecería, bueno, *debería parecer*, como si estuviera meramente dejando a un lado un contenedor de bebidas vacío. El agua empezó a acumularse por debajo del borde y se esparció en todas direcciones. Hacia la silla del escritorio, hacia el borde que se unía con el escritorio de Wedge. Al igual que el agua del suelo, debería ser completamente invisible para la clase de holocámaras de baja resolución utilizada para vigilar a los prisioneros.

Wedge introdujo la siguiente serie de comandos para el programa de simulación y se inclinó hacia delante para ver el resultado. Mientras estaba en esta posición, buscó a tientas con cuidado bajo el escritorio y localizó el cable de energía que iba desde el procesador principal del sistema hasta los monitores alrededor del escritorio.

Quedaban dos minutos. Vio como los imperiales en la pantalla masacraban a los rebeldes en Derra IV, como habían hecho más de treinta años antes. Hizo un ruido exasperado. Con su mano libre, apagó el terminal. Entonces, con su otra mano, arrancó el cable y tiró de él del todo, reuniendo todo el que pudo. Sólo entonces se inclinó hacia atrás en su silla.

La puerta tras él se abrió. Titch entró, Wedge le reconoció por el sonido de sus pasos pesados y confiados.

—No va muy bien, ¿verdad? —preguntó.

Entonces el hombre se movió para colocarse a su vista, con la comida de Wedge en sus manos, y caminó hasta el escritorio número dos. Dejó la bandeja. Durante un breve instante, pareció confundido mientras sus dedos entraron en contacto con el agua encima del escritorio.

Wedge encendió su monitor y lanzó el cable de energía hacia el escritorio número dos.

Titch se sacudió y empezó a estremecerse, atrapado por los espasmos de la electrocución. Las luces superiores bajaron de intensidad.

Wedge se puso en pie rápidamente, empujando su silla rodante hacia atrás y lejos de él. Miró hacia atrás. La silla se detuvo a un palmo de donde él apuntó, justo en el centro de la puerta abierta.

Wedge vio al hombre de seguridad electrocutándose. Ahora era un juego de espera, con la duración medida en segundos. Si Barthis no actuaba antes de que Titch sufriera daños irreparables, Wedge podría tener que…

Finalmente llegó la voz de Barthis desde la habitación contigua.

—Apaguen el Bloque Cuatro-cinco-cero-dos. ¡Háganlo ya!

Nada ocurrió. Wedge esperó. Oyó pasos que corrían, un único individuo aproximándose, Barthis. Podía imaginarla con una pistola láser en su mano, y él todavía no estaba armado con nada.

Entonces las luces se apagaron. Wedge oyó un jadeo de Titch, y un *thud* metálico mientras el hombre golpeaba el suelo. Esto fue seguido en menos de medio segundo con un *whoosh* mientras la puerta desconectada se deslizó y se estrelló en la silla rodante de Wedge.

Wedge localizó a Titch a tientas. El hombre se movió débilmente. Wedge encontró su cinturón, le quitó la pistola láser de la cartuchera y la ajustó de quemar a aturdir. Y dijo dos palabras.

—Recuerda, retretes.

Entonces, a cuatro patas, se deslizó hacia la puerta de la habitación. Justo antes de que la alcanzara, pudo sentir el aire soplar a través de su prisión temporal, y entonces su mano libre encontró una ruedecita de su silla rodante. Con cuidado, muy despacio, se deslizó más allá de la silla, la cual crujió bajo el peso de la puerta que sostenía.

Escuchó y pudo oír la voz de Barthis, a unos cuantos metros

de distancia.

—Envíen una patrulla de seguridad a Cuatro-cinco-cero-dos. El prisionero estaba dentro cuando el corte de energía bajó la puerta, pero tiene como prisionero al teniente Titch. No, por el momento, estamos a salvo.

Entonces las luces de emergencia, barritas luminosas de un naranja pálido instaladas donde el techo se encontraba con las paredes, se encendieron. Wedge pudo ver ahora los puestos de escritorios aquí en la habitación exterior y pudo ver a Barthis donde estaba a unos cuantos metros de distancia, con un comunicador en su mano.

Y ella también pudo verle a él. Sus ojos se abrieron por la sorpresa.

Él le disparó. Serenamente, ella cayó al suelo con mucho menos ruido resonando que Titch.

Él se apropió del comunicador de ella, su pistola láser, su tarjeta de identidad y otros efectos, metiéndolos en sus bolsillos. En segundos, la arrastró hacia la puerta de su prisión, la empujó a través de ella y luego le dio patadas a su silla hasta que la forzó a salir de debajo de la puerta. La puerta desconectada se deslizó hasta quedar en su lugar con un *thump*.

Empezando por el lugar más alejado de la habitación, al lado de la puerta por la que habían entrado en este complejo de oficinas, Wedge aplastó metódicamente las barritas luminosas con la culata de la pistola láser de Titch. Completando el circuito de la habitación, aplastó la última barrita y luego se situó bajo un escritorio junto a la salida.

Sesenta segundos más tarde, hubo un quejido procedente de esa puerta mientras la carga de energía temporal que alguien había conectado fuera se activaba y la levantaba. Cuatro oficiales de seguridad armados y con armaduras entraron rápidamente.

—¿Capitán Barthis? —gritó el primero.

Deslizándose muy despacio fuera de su escritorio, Wedge salió con facilidad a través de la puerta y hacia el pasillo débilmente iluminado que se abría más allá. Cogió la carga de energía temporal que ahora estaba conectada a la consola de control y tiró de ella hasta liberarla. Esa puerta bajó con un *thud*, atrapando al grupo de seguridad en el interior.

Hasta ahora va bien, se dijo a sí mismo. Ahora todo lo que tenía que hacer era encontrar una sala de taquillas, deshacerse de las ropas que llevaba, fuera el sensor que fuese que habían estado

utilizando para asegurarse de que la puerta se cerraría cuando él se acercase tenía que estar en algún lugar de su ropa o equipamiento, y sustituirlas por un uniforme local y luego encontrar un camino hacia el hangar y robar algún caza o lanzadera equipado con un hipermotor, con la Sección de Inteligencia llena de operativos buscándole.

Fácil.

capítulo ocho

SISTEMA CORELLIANO, EXTERIORES DEL PLANETA TALUS

La lanzadera no era elegante. Era sólo una masa oblonga con impulsores y un hipermotor en un lado, un puente con ventanales en el otro y mucho espacio para los pasajeros en medio. Pero en el compartimento de pasajeros, los asientos estaban bien espaciados y bien acolchados. En la parte trasera de cada uno había un monitor que permitía al pasajero de detrás ver las noticias corellianas o programas de entretenimiento, o ver lo que las holocámaras esparcidas alrededor del exterior de la lanzadera estaban captando.

El doctor Seyah mantenía su monitor conectado a la vista inferior. En él, podía ver, como siempre, la primera aparición de la Estación Centralia y luego la veía hacerse más grande y más grande y más grande. Justo ahora, no había nada que ver excepto estrellas. La lanzadera no había ejecutado su salto final al hiperespacio para emerger en los alrededores de la estación.

Seyah llevaba una camisa de plástico. Era lo bastante cómoda y no siempre parecía plástico, pero era plástico y estaba llena de circuitos. Justo ahora era naranja, con llamas de un púrpura violento que la cruzaban, un diseño que encajaba con alguien en un cálido y arenoso paraíso de vacaciones, que era precisamente lo que la documentación del doctor Seyah decía que había estado haciendo las últimas semanas. El bronceado de spray que llevaba,

cubriendo el hecho de que sólo se había vuelto más pálido mientras entrenaba a los Jedi para destruir la Estación Centralia, apoyaba su historia falsa.

Pero lo interesante de la camisa, vendida a turistas ricos, era que cada vez que se la presionaba con suficiente energía, hacía un ruido audible de *boop* y cambiaba de color y diseño.

El pequeño niño humano en el asiento de al lado, de piel oscura como su madre y quizás de tres años de edad, había descubierto esto cuando le dio una patada al doctor Seyah, minutos después de que hubiesen despegado de Talus. Había sido persuadido por su madre, que se disculpaba, de que no volviera a dar más patadas al doctor Seyah, pero no se le pudo contener para que no alargase la mano y le clavara un dedo al científico-espía, causando que la camisa hiciera su placentero sonido de *boop* y cambiara su diseño de color. Y el niño pequeño se reiría y miraría a los nuevos colores, y alrededor de un minuto más tarde alargaría su mano para clavar el dedo en la camisa otra vez.

El doctor Seyah apenas se dio cuenta. En su interior, se sentía enfermo. Mientras había estado asignado a la Estación Centralia, había sabido que el poder puro y la destrucción que representaba podría resultar algún día en su destrucción. Podía destruir estrellas completas y lo único que podía evitar que fuera la mayor arma de terror de la civilización era la sabiduría de los que la controlaba… o su destrucción.

Y la sabiduría era un suministro crecientemente pequeño.

Boop. Ahora su camisa era rosa, con nubes espumosas en sus hombros y la parte superior de su pecho, con deslizadores marinos de recreo rozando las aguas rojas en su cintura.

Él no quería que la Estación Centralia fuera destruida. Como casi todos los que trabajaban allí, estaba desesperado por aprender más acerca de la especie desaparecida hacía mucho tiempo que la había construido y la utilizó para arrastrar planetas habitables al sistema corelliano. Era raro que un sistema tuviera dos mundos lo bastante frondosos para sustentar vida. Corell estaba orbitada por cinco. Si los secretos de la estación pudieran ser descubiertos, las especies inteligentes de la galaxia podrían recrear esa proeza, creando sistemas enteros para complacer o acomodar a los seres que vivieran allí.

Más importante, al aprovechar las propias fuerzas que mantenían unido al universo, la estación prometía un adelanto científico en la comprensión de cómo funcionaba el propio

universo. Si Centralia se perdía, esa oportunidad podría desaparecer para siempre.

Pero quizás no se llegaría a eso. El doctor Seyah había destacado una y otra vez ante los Jedi su creencia de que destruyendo los controles del ordenador que los corellianos estaban instalando en el sistema sería suficiente para mantener el control fuera de las manos de Corellia. Con un poco de suerte, le escucharían. Con un poco de suerte, estarían de acuerdo con él.

Boop. Ahora su camisa era de un azul oscuro, con un rancor estilizado irguiéndose en la parte delantera, con los brazos estirados. El niño pequeño se rió.

El doctor Seyah miró a la madre del niño.

—¿Desembarcarán los dos en la estación?

Ella asintió, poniendo en movimiento su pelo negro mate tan fino, que las pequeñas brisas del sistema de soporte vital de la lanzadera lo agitaban.

—Soy una cartógrafa, un miembro del proyecto para hacer el mapa de la estación. Loreza Plirr.

Ella alargó la mano más allá del niño.

El doctor Seyah la estrechó. Las palabras burbujearon dentro de él. *No baje en la estación. En unas horas, usted podría ser gas supercalentado. Vuelva a Talus*.

—Soy Toval Seyah —dijo en su lugar.

Este era su trabajo. Este era el lado oscuro de ser un científico y un espía, algo que él ni siquiera había intentado nunca explicar al niño Jedi. Podría tener que dejar simplemente que una hermosa joven y su inocente hijo murieran.

Maldita sea.

—Y este es mi hijo, Deevan.

—Hola, Deevan.

Gravemente, el doctor Seyah estrechó la mano del niño pequeño.

Deevan se rió.

En la pantalla del monitor, las estrellas se retorcieron y se alargaron. Desde luego no lo hicieron en realidad, pero era el efecto visual de entrar en el hiperespacio. La nave dejó el hiperespacio casi rápidamente, con la parte de su vuelo que era “más rápida que la velocidad de la luz” durando meros segundos… y cuando las estrellas volvieron a la normalidad, en la misma posición precisamente que antes, la Estación Centralia ocupaba el centro de la pantalla del monitor.

La estación no era bonita, no era ni siquiera elegante como las Estrellas de la Muerte, cuyos tamaños excedía. Una mancha blanca grisácea con cilindros axiales saliendo en dos puntos opuestos, era meramente impresionante por su escala y el daño potencial que podía hacer.

A esta distancia, desde luego, su escala no era aparente. Lo que parecían como suaves superficies se revelarían, mientras se acercaran, como el exterior áspero y escamoso de torres, agujas, antenas, platos parabólicos, conductos, tubos de tráfico, puertos, grupos de baterías del tamaño de rascacielos, generadores de escudos y otros aparatos, algo como la superficie de Coruscant en sus sectores más ocupados pero sin los intentos impotentes por mantener unos estándares de arquitectura consistentemente placenteros.

El hogar, para el doctor Seyah, era un lugar feo en el espacio.

Estiró del cuello de su camisa y mientras lo hacía apretó un chip incrustado allí. La presión activó el chip, causando que transmitiera un único pulso codificado en una única frecuencia. La transmisión duró unas milésimas de segundo.

Boop. Esta vez la camisa cambió sin que el niño le clavara el dedo. Era la comprensión de la camisa de que había recibido una contratransmisión. El niño se rió de todos modos.

El doctor Seyah se dedicó a mirar como la estación se hacía más grande en su monitor y se preparó para la lucha, y tal vez la tragedia, que estaba por llegar.

En la bodega de carga de la lanzadera, en un contenedor de carga del tamaño de un deslizador terrestre normal, Jacen Solo se despertó por un melodioso timbre de alarma. Sus ojos se abrieron.

No había mucho que ver. El interior del compartimento estaba débilmente iluminado por el aparato a la izquierda de su cabeza, una combinación de ordenador y sistema de soporte vital. Este echaba aire frío sobre él.

El aire no era lo bastante frío. El pesado traje aislante que llevaba le mantenía demasiado caliente. Había estado sudando mientras dormía y la caja olía como un nido de rancor.

Miró a la pantalla del monitor del ordenador. El texto allí indicaba que el doctor Seyah acababa de transmitir que habían completado su salto hiperespacial final antes de llegar a la Estación Centralia.

Jacen alargó la mano y apagó el ordenador, sumiendo el

interior de la caja en la oscuridad.

Con el tacto, localizó el botón de la válvula justo dentro del cuello de su voluminoso traje. Lo giró hasta que lo colocó en la posición abierta. El gas siseó al salir de la válvula: atmósfera respirable. Las botellas que llevaba con él contenían aire para media hora.

Alargó su mano hacia la derecha de su cabeza y encontró el casco del traje esperando allí. Lo colocó en su lugar sobre su cabeza y lo giró sobre el cuello de su traje hasta que se cerró. Sólo entonces estiró el brazo hacia el cierre al lado de su cintura y lo accionó.

La parte superior de caja de transporte se levantó, revelando un techo de una bodega de carga débilmente iluminado sólo a un par de metros por encima de él.

Torpemente a causa del traje aislante, Jacen luchó por ponerse en pie, arrastró las bombonas de atmósfera para colocarlas en su lugar contra su espalda y salió de la caja.

Su caja estaba situada encima de una pila de contenedores de carga del tamaño de los cubículos de los baños. Una pila más allá, otra caja se estaba abriendo idénticamente y Ben, similarmente vestido y con el casco puesto, estaba luchando por ponerse en pie.

Había requerido algunos sobornos cuidadosos a los porteadores de la carga asegurarse de que estas dos cajas eran colocadas en la parte superior de sus pilas de carga. Si no lo hubiesen sido, desde luego, habría sido más difícil salir. Los Jedi podían haberlo hecho, encendiendo sus sables láser y cortando para abrirse camino, pero las cajas de carga dañadas habrían sido descubiertas y potencialmente pondrían en peligro la misión. Afortunadamente, los porteadores habían sido sobornados.

Y el traje aislante… Jacen se animó a sí mismo a ser paciente, refrenándose para no maldecir a los trajes incluso mientras salía de su caja de carga y colocaba la tapa en su lugar.

El traje era la cosa más pesada y torpe que jamás había llevado.

Toda su protección contra las radiaciones descansaba en materiales físicos y no en pantallas electrónicas o campos de energía. El suministro de atmósfera venía de las botellas abiertas y cerradas a mano. No había sensores electrónicos, ni servomotores diseñados para ayudar al movimiento y facilitar la carga del peso del traje. El casco no tenía equipamiento de comunicación ni mejoras visuales.

No había, de hecho, nada electrónico instalado en el traje. Los únicos artículos electrónicos en su interior eran los sables láser, los cuadernos de datos, las tarjetas de datos y los comunicadores que los dos Jedi llevaban. Y de ahora en adelante, esos artículos estarían completamente apagados, con sus suministros de energía desconectados físicamente.

Lenta y torpemente, Jacen terminó de descender de su pila de carga y observó que Ben estaba empezando su propio descenso.

La ventaja de la crudeza de los trajes era que eran esencialmente inmunes a la variedad de escaneos de seguridad llevada a cabo por las unidades de aduanas de Seguridad Corelliana en la Estación Centralia. Sin nada electrónico detectable, los trajes simplemente no se registrarían en los escáneres de SegCor. Desde luego, los escáneres de vida les cogerían… pero los jefes de aduanas de SegCor, en un esfuerzo por ahorrar costes, habían decidido hacía mucho que era suficiente escanear buscando algo electrónico. ¿Qué forma de vida podía moverse alrededor de los exteriores de la estación sin apoyo electrónico? Sólo los mynocks y otros parásitos espaciales no inteligentes.

Así que Jacen y Ben serían mynocks este día, y ese era el motivo por el que su parte de las fuerzas de la operación habían recibido el nombre clave de Equipo Mynock.

Ayudó a Ben a bajar al suelo y juntos se movieron hacia la escotilla posterior. Allí, en el casco al lado del panel de control, casi invisible en la débil luz de la bodega de carga, había una marca en forma de X arañada en la pintura, un signo de que alguien más había sido sobornado, de que los sensores de seguridad de aquella escotilla habían sido desconectados. Jacen abrió la escotilla. Ben y él se apiñaron en la pequeña cámara más allá y Jacen torpemente pulsó el botón para completar el ciclo de la escotilla.

Un minuto después, el ciclo terminó y Ben pulsó impacientemente el botón de la puerta exterior. Esta se abrió a un campo de estrellas de mareante belleza. Jacen pudo ver estrellas, nebulosas distantes e incluso un cometa cuya cola estaba empezando a iluminarse por la estrella Corell.

Jacen sacó la cabeza y la giró hacia el morro de la lanzadera. Delante, en la distancia, pudo ver la Estación Centralia, ahora lo bastante cerca para que su inmensidad parecida a la de una luna fuera evidente y para que su compleja superficie fuera obvia.

CORONITA, CORELLIA

El vehículo, un deslizador aéreo de diez metros de largo que parecía ser principalmente ventanas y sitio para estar de pie, depositó a Jaina y la mitad de su grupo en la calle fuera de la residencia oficial de la Primera Ministra. Este giró para apartarse, llevándose con él el resto de su pesada carga de trabajadores que iban y venían de trabajar, turistas y gente haciendo recados.

Jaina tomó aire profundamente y miró a su alrededor, alerta a signos de que les estaban prestando demasiada atención. No debería haber ninguno. Después de haber llegado a la superficie del planeta hacia horas, ella y su equipo habían tenido tiempo de registrarse en un hostal, lavarse, dormir y eliminar los elementos del disfraz que les harían destacar. Jaina ahora llevaba una engorrosa capa de viajero commenoriana. Su pelo volvía a tener su color oscuro natural. Su tatuaje falso había desparecido.

—Echo de menos el tatuaje —dijo Zekk.

Ahora estaba vestido con ropajes de los ciudadanos corellianos corrientes: pantalones oscuros y una chaqueta abierta, una camisa ligera de mangas largas y botas negras hasta las rodillas. Su largo pelo negro colgaba en una trenza.

Un transeúnte, una joven de pelo naranja y un vestido verde transparente, le dirigió una sonrisa rápida a Zekk mientras pasaba. Jaina sintió una punzada de irritación y la apartó de su mente.

Zekk le sonrió a Jaina.

—¿Qué era eso que sentí?

Ella le frunció el ceño.

—Estamos de servicio. Concéntrate en tu misión.

—Sí, comandante.

La sonrisa no abandonó su cara, pero él volvió su atención de vuelta a la residencia ministerial.

Unos cuantos años antes, Jaina y Zekk se habían enlazado, una unión de mente y personalidad que iba más allá incluso de un vínculo en la Fuerza. Era algo que había sido el resultado de su interacción con los killiks, una especie con una mente de colmena. Eventualmente la intensidad de esa unión se había desvanecido en gran parte, pero los pensamientos y sentimientos de Jaina y Zekk permanecían entrelazados hasta un punto inusual incluso para los Jedi. A veces era reconfortante, incluso emocionante. Otras veces, como ahora, era incómodo y les

distraía.

Nada sugirió a Jaina que sus acompañantes o ella estuvieran atrayendo la atención. La avenida ancha y multilínea ante ella estaba llena de tráfico de deslizadores terrestres. Y los corellianos eran pilotos de deslizadores tan maniacos que cualquiera cerca de la calle con algo de sentido mantenía su atención en sus líneas cambiantes y sus payasadas sobre la posición de la palanca de control. El enorme edificio con la puerta tras ellos estaba, en contraste, inerte, con algunas partes de su terreno ocultas en las sombras profundas de los árboles y las enredaderas trepadoras. Incluso los guardias en las puertas de las aceras y la puerta principal estaban con la vista fija.

Los otros dos miembros de su equipo, la mujer bothan Kolir Hu'lya y el hombre falleen Thann Mithric, se movieron para unirse a ellos. Kolir, la miembro más joven del equipo, habiendo completado sus pruebas y conseguido su estatus de Caballero Jedi sólo semanas antes, llevaba un abreviado vestido blanco que contrastaba con su pelo tostado y que no la calentaría demasiado en este cálido día. Thann, vestido con la capa de un viajero, parecía el más Jedi de los cuatro pero todavía tenía una apariencia completamente indistinguible en esta ciudad cosmopolita. Tenía levantada la capucha sobre su moño negro y largo y estaba manteniendo el color de su piel en un tono naranja claro, haciéndole completamente indistinguible de un humano.

—No veo ningún problema —dijo Kolir.

No era muy tranquilizador viniendo de alguien que había sido una aprendiz hacia unos días, reflexionó Jaina. Ella oyó la risita de Zekk. Kolir le miró con curiosidad.

—Transmite que estamos en posición —dijo Jaina.

Kolir asintió. Rebuscó en su bolso blanco, el mismo bolso que llevaba su sable láser y una serie de otras armas destructivas y sacó un comunicador. Sonrió como si estuviera llamando a un novio y habló por él.

—Aquí Equipo Purella, sólo comprobando.

ESPACIO EXTERIOR,
CERCA DEL SISTEMA CORELLIANO

Luke, vestido en lo que parecían ropajes estándar Jedi en tonos marrones y tostados pero que en realidad tenían todo el equipamiento y la funcionalidad de los trajes de los pilotos,

estaba sentado en una escalera rodante que se utilizaba para que un piloto o un mecánico pudiese acceder a las superficies superiores de un Ala-X. No se necesitaría para ese propósito. Los mecánicos habían terminado por ahora con su Ala-X XJ6 y Luke no necesitaría ninguna ayuda para entrar en la cabina. Para un Jedi, sólo estaba a un rápido salto de distancia.

La bahía donde los Alas-X de su escuadrón esperaban estaba llena de frenética actividad. Un espacio ancho, todo lleno de suelos de permacreto quemado y lleno de rozaduras y techos prístinos con un brillo blanco, tenía el tamaño de un campo de deportes, con sitio para el escuadrón de Luke, una escuadra de interceptores Eta-5, dos escuadras de TIEs equipados con escudos del Remanente Imperial y media escuadra de Alas-B como apoyo. Los mecánicos repostaban algunos cazas y hacían las reparaciones de última hora a otros. Los pilotos llegaban para realizar las inspecciones de las naves que iban a volar. Los comandantes se movían de piloto a piloto, de máquina a máquina, impartiendo órdenes y ofreciendo consejos.

Luke no sentía la necesidad de hacerlo. Sus pilotos eran todos Jedi, todos calmados ante la tormenta que estaba por llegar, ante la posible muerte.

Un Ala-X más allá, Mara, vestida de manera similar, hizo algunos movimientos finales de carraca con su hidrollave, terminando los ajustes de la posición de su cañón láser, y cerró de golpe un panel de acceso en la parte inferior de las alas-S de su nave. Dejó caer la hidrollave en una caja de herramientas y se movió para reunirse con su marido.

—¿Alguna noticia de Ben?

Luke negó con la cabeza.

—Estás muy quieto. —Mara se inclinó para acariciarle la frente—. ¿Va todo bien?

—Medité antes —dijo él—. Y tuve una visión de Ben hablando con el hombre que no existe.

—No un sueño —dijo Mara—. Una visión.

Él asintió.

—¿Puedes decir cuando?

—El futuro. Ben era un poco más mayor, un poco más alto.

—Al menos —dijo ella—, eso dice mucho en favor de la resolución de aquello en lo que anda metido hoy.

Finalmente, él sonrió.

—Gracias por no matarme.

—¿Cuando nos conocimos?

—Cuando te dije que le dejé decidir a Jacen si Ben iría en esta misión.

—Oh. —Ella no le devolvió la sonrisa—. Podría haber estado tentada… si tuviera alguna sensación de cual es la respuesta correcta. Me he equivocado en el pasado, agarrándome a él demasiado fuerte, intentando protegerle. ¿Cuál es la cantidad correcta?

Luke se encogió de hombros.

—Le estás preguntando a un Maestro Jedi. No a un Maestro en Paternidad.

—¿Es que hay uno en algún lugar? —Finalmente, ella sonrió—. Me he pasado más de trece años preocupándome por él. Lo que me ha dado una gran sabiduría acerca de porqué los Jedi de antaño no permitían los matrimonios dentro de la orden, desalentaban los apegos y esa clase de cosas. Si no lo hubiesen hecho, no habría habido Sith o imperios alienígenas o desastres naturales que mataran a los Jedi. Les habría matado la preocupación por sus hijos.

—Creo que tienes razón.

—¿Maestro Skywalker?

La voz, femenina, emergió de las cercanías del pecho de Luke.

Él metió la mano bajo su túnica y sacó un comunicador.

—Aquí Skywalker.

—Aquí el puente. El Equipo Purella informa que está preparado.

—Gracias. —Él apartó el comunicador—. Jaina está lista. Y esa es una comprobación más en la lista de comprobaciones para empezar esta operación.

Mara miró a la pared más alejada del hangar, donde un crono mostraba la hora local del CENTRO DEL GOBIERNO EN CORUSCANT, CIUDAD CORELLIANA DE CORONITA, CICLO DE DÍA DE LA ESTACIÓN CENTRALIA y otro lugar.

—Deberíamos estar recibiendo un puñado más de noticias como esas, si todo va según el plan.

Los otros en el hangar también lo sabían. La actividad estaba incrementándose. Los mecánicos se retiraron de los cazas. Varios pilotos ya estaban subiendo a sus cabinas.

Luke miró a su alrededor a los pilotos de su escuadrón. Algunos estaban hablando unos con otros. Tres estaban tendidos

a la sombra de sus Alas-X, durmiendo, envueltos en sus capas Jedi que habrían recogido antes de despegar. Dos estaban sentados con las piernas cruzadas, meditando. Él asintió con aprobación a esta calma en el ojo de la tormenta.

—¿Maestro Skywalker? El Equipo Mynock informa que están en posición.

Luke casi se encogió con alivio. La notificación de la falta de alguna clase de “complicaciones” significaba que Ben, Jacen y el doctor Seyah estaban a bordo de la Estación Centralia y preparados.

Alargó la mano para coger su comunicador para darle las gracias a su contacto en el puente, pero ella habló de nuevo.

—El Equipo Tauntaun informa que está en posición. El Equipo Slashrat informa que no hay nueva actividad en la zona del objetivo. El Equipo… espere un momento…

Entonces por los altavoces del hangar salió una voz diferente, masculina, la del oficial de control de vuelo del *Dodonna*.

—Todos los pilotos a sus naves. Grupos entrando en el hiperespacio en cinco minutos. Todos los pilotos a sus naves.

A todo alrededor de Luke y Mara, los pilotos Jedi se pusieron en pie.

Mara se inclinó para darle un último beso antes del lanzamiento.

—Es hora de que hagas una de las seis u ocho cosas que mejor haces.

Él le sonrió.

—Espera, ¿dónde está mi tradicional humillación? Te estás ablandando, Jade.

—Seguro que sí.

Ella se volvió, sonrió por encima de su hombro en dirección a él y caminó con paso vivo de vuelta hasta su Ala-X.

Luke miró a sus pilotos.

—Escuadrón Punto de Carga —dijo—, montad.

capítulo nueve

CORONITA, CORELLIA

Kolir hizo un gesto hacia un lado de la avenida y luego miró al crono incrustado en el cierre de su bolso.

—Justo a tiempo —dijo.

Los otros Jedi se volvieron para mirar. A media distancia, aproximándose a gran velocidad incluso para los conductores corellianos, había un convoy de deslizadores aéreos con las cabinas cerradas. Los dos de delante y los dos de atrás eran vehículos de SegCor pintados de marrón y naranja ardiente, y con las luces de emergencia del mismo color encendidas encima de sus lunas delanteras. El vehículo de en medio era rojo oscuro, con las ventanillas tintadas para evitar que los de fuera vieran quién podía estar dentro.

—Jedi —dijo Jaina—, os presento a Aidel Saxan, Primera Ministra de los Cinco Mundos. Aidel, te presento a tus captores. Thann, alerta a Control que hemos establecido contacto visual. Está en marcha.

El convoy, flotando desde por encima de los ríos fluidos del tráfico de los deslizadores terrestres, se unió a la corriente que llegaba y frenó hasta la velocidad de viaje de los deslizadores terrestres mientras se acercaba a los Jedi. Kolir estiró las asas de su bolso y se las metió por los pies, dejando que se encogieran alrededor de su cintura y transformando el bolso en una riñonera. Metió la mano dentro y, sin hacer ningún gesto de movimiento,

sacó su sable láser plateado.

El convoy estaba ahora a metros de distancia y acercándose todavía, aunque había frenado para hacer un giro a la izquierda a través del tráfico hacia la puerta de entrada del patio de la residencia.

—Justo igual que lo practicamos —dijo Jaina—. Tres… dos… uno… ¡Ahora!

Al unísono, los cuatro Jedi saltaron sobre el tráfico que cruzaba, cada uno trazando un arco hacia uno de los deslizadores del convoy.

Jaina se quitó su capa de viajera mientras saltaba, quedándose vestida con un ajustado mono negro. Su sable láser estaba en su cinturón cuando la capa cayó, en su mano antes de que sobrepasara la línea de deslizadores terrestres que cruzaban y encendido mientras bajaba hacia la porción delantera del vehículo de SegCor que iba primero. Hundió su hoja brillante en la superficie de metal bajo ella y la giró a su alrededor, cortando a través del compartimento del motor del vehículo. Hubo un *pop* y el deslizador comenzó inmediatamente a perder velocidad y altitud.

El siguiente deslizador de SegCor en la línea se movió hacia arriba y vino directo sobre el deslizador de Jaina, intentando volar muy bajo y por encima de manera que tirara a Jaina y posiblemente la matara. Ella se agachó y se tendió sobre el techo del deslizador, y levantó su sable láser mientras el perseguidor pasaba por encima de su cabeza. Su espada cortó el blindaje inferior, surcando el compartimento del motor y siendo arrastrado hacia atrás hasta el compartimento de pasajeros, justo bajo el centro. Este deslizador no hizo *pop*: tosió, emitiendo una gran nube de humo negro azulado que salía del corte que ella había hecho e inmediatamente se inclinó hacia la izquierda y se dirigió directo hacia la calle.

Los cuatro deslizadores de SegCor estaban ahora emitiendo una alarma chillona, un tono alto y de pulso rápido que golpeaba los oídos de Jaina y le decía a los corellianos en un kilómetro a la redonda que había problemas.

Jaina sintió el golpe mientras el deslizador en el que estaba montada chocó con la avenida. Pero el piloto era bueno, manteniendo el control. El deslizador rebotó una vez, con dureza, giró a babor, giró a estribor y se detuvo derrapando y con una lluvia de chispas no muy lejos de las puertas de la residencia de la

Primera Ministra. El otro deslizador que ella había cortado estaba a meros metros por delante, moviéndose todavía, dando vueltas sobre sí mismo hacia el tráfico que giraba frenéticamente en todas direcciones para apartarse de su camino.

Han caído dos y quedan dos, pensó Jaina. Entonces sintió el pulso de sorpresa y alarma de Zekk.

Zekk cayó sobre el deslizador de la Primera Ministra y hundió su sable láser en el techo del compartimento de pasajeros. Fue un empujón poco profundo, seguido por el giro circular tradicional, y fue una maniobra lenta. El deslizador aéreo estaba blindado y, desde el instante que Zekk aterrizó, empezó una serie de virajes y maniobras de resistencia hacia arriba y hacia abajo, todas diseñadas para que él se soltara.

Él simplemente sonrió, dependiendo de la Fuerza para mantenerse firmemente en su sitio. Mientras tanto, cada maniobra, cada momento extra del viaje a toda velocidad llevaba al vehículo de la Primera Ministra más lejos de su ahora incapacitada escolta de vehículos de SegCor, más lejos de las puertas de la residencia de la Primera Ministra y de todos los guardias que estaban esperando allí.

El deslizador aéreo estaba cabeza abajo y a cincuenta metros sobre la avenida cuando Zekk terminó de describir su círculo con el sable láser. La escotilla impronta que había cortado cayó más allá de él. Él se inclinó hacia delante, con la extraña posición y el ángulo tirando de sus músculos como un ejercicio para reafirmar el abdomen, y metió la cabeza en el compartimento de pasajeros para confrontar a su presa.

—Señora Ministra —dijo él, con la voz alegre y un poco levantada para que le llegase por encima del silbido del viento—, me discul…

No estaba mirando a la Primera Ministra de los Cinco Mundos. Los únicos individuos en el compartimento de pasajeros eran droides. Una figura esquelética con un uniforme de SegCor encajado holgadamente en lo que era la posición delantera, pilotando. Y en el espacioso compartimento principal de líneas de terciopelo carmesí estaba sentado un apaleado droide de protocolo viejo que llevaba un incómodo vestido de bola y una pamela de alas anchas de terciopelo azul. Sólo eran visibles su cara y sus brazos, con su finalizado plateado desgastado en algunos lugares que mostraban el marrón oxidado que había

debajo.

Sostenía un objeto rectangular que parecía como una terminal de ordenador portátil de anchura doble en una posición cercana. En la superficie superior había una parpadeante luz roja.

—Se me ha instruido que reproduzca esto para cualquier visitante inesperado —dijo el droide en una manera amistosa pero oficiosa.

Entonces presionó el botón.

Zekk se enderezó, sacando de un tirón la cabeza y los hombros del agujero, y saltó… directo hacia abajo.

Estaba apenas a dos metros del deslizador aéreo cuando explotó.

Kolir y Thann, montados en sus respectivos vehículos incapacitados de SegCor hasta que se pararon estremeciéndose en la avenida, oyeron el *boom* y levantaron la vista.

El centelleo rojizo de la explosión fue suficiente para cegar a Thann durante un momento. Levantó su brazo libre sobre sus ojos y se concentró en mantener su equilibrio.

Kolir no miró directamente a la explosión. Vio trozos del deslizador aéreo desintegrado salir volando de la nube de la explosión y, hacia abajo a la izquierda, vio a Zekk, fláccido, ardiendo, cayendo a plomo.

Ella levantó la mano, un gesto instintivo, y se esforzó a través del movimiento, sintiendo la Fuerza aumentar desde ella, sintiéndola entremezclarse con el grupo único de sensaciones y recuerdos y texturas que era Zekk.

No había duda sobre no poder mover una masa de menos de cien kilogramos. Bajo las circunstancias adecuadas, Kolir podría levantar toneladas telequinéticamente. Pero las circunstancias adecuadas significaban tener un momento para componerse, para canalizar la Fuerza a través de ella, para eliminar todas las distracciones…

Hizo lo que pudo. Se concentró completamente en la tarea frente a ella, abandonando la atención que le había estado prestando a su adhesión basada en la Fuerza que mantenía sus pies firmemente plantados en el deslizador aéreo que giraba y derrapaba bajo ellos, al sable láser encendido en su mano, o en el tráfico de deslizadores aéreos que daba bocinazos, pitaba y chirriaba que rugía hacia ella y se apartaba en el último segundo.

Encontró a Zekk y freno su descenso. Un autobús deslizador

pasó entre ella y su carga inconsciente, pero ella no dependía de sus ojos. Continuó frenando la caída a plomo de él en los breves momentos en los que ya no pudo verle.

Ahora él estaba a quince metros sobre el pavimento fuera de la residencia de la Primera Ministra. Su espalda todavía estaba en llamas y el humo salía de sus hombros.

Entonces el deslizador aéreo de Kolir golpeó la parte trasera de uno de los deslizadores que Jaina había hecho aterrizar. Kolir, catapultada hacia delante, se estrelló contra la parte trasera del compartimento de pasajeros del vehículo, salió disparada en otro ángulo, chocó contra el pavimento de la propia avenida y rodó una docena de metros antes de detenerse, sangrante e inconsciente.

Los ojos de Jaina se aclararon de la última imagen de la explosión a tiempo para ver a Zekk suspendido en el aire no lejos de ella… y a Zekk de repente cayendo a plomo otra vez. Ella saltó de su deslizador aéreo, lanzándose entre los deslizadores que se acercaban en la línea siguiente, y aterrizando en la acera fuera de la residencia. Invocando a la Fuerza con más velocidad y confianza que la que Kolir podía haber empleado, cogió a Zekk a cinco metros del suelo, bajándole rápidamente pero con seguridad hasta la acera junto a ella. Apagó con palmaditas las llamas bailando en la espalda de él, sofocándolas.

A través de la Fuerza, ella pudo sentir la vida latiendo fuertemente dentro de él. A través de su otro vínculo con él, pudo sentir su dolor: la piel y las coyunturas sacudidas por la explosión, las quemaduras de su espalda y hombros y las heridas punzantes esparcidas por su cuerpo donde los fragmentos del deslizador aéreo debían haberle alcanzado.

No tenía tiempo de determinar si alguno de esos fragmentos habían penetrado en órganos vitales, de descubrir si la vida de Zekk pronto empezaría a desvanecerse. Las puertas del deslizador aéreo en el que ella había montado y que había obligado a aterrizar abrió sus puertas con un *whoosh* y sus dos pasajeros bajaron.

No eran agentes de SegCor. Eran altos y angulares, con sus pieles brillantes y metálicas. Blandiendo enormes rifles láser, avanzaron hacia la posición de Jaina con la confianza nacida de la programación agresiva y la falta de preocupación por su propia seguridad.

Eran droides CYV: Cazadores Yuuzhan Vong, producidos por Armas Tendrando durante la Guerra Yuuzhan Vong y estaban diseñados para estar a la altura de aquellos temibles guerreros alienígenas en lo mortales que eran y en su determinación.

—Nosotros —dijo Jaina— tenemos problemas.

Las puertas del deslizador aéreo de Thann se abrieron y los droides CYV en su interior salieron, girando sus rifles láser hacia arriba, hacia dónde él estaba en el techo.

Thann saltó hacia la derecha, haciendo una pirueta por encima de la cabeza de los droides de combate y justo delante de su andanada de fuego láser. Aterrizó sobre sus pies en una posición agachada, poniendo el deslizador entre él y el droide de combate más alejado y cortó con su sable láser. Alcanzó la sección intermedia del rifle láser mientras el arma estaba siendo bajada para alinearla con su cuerpo. El rifle crujió y detonó, una explosión pequeña en comparación con la del deslizador de Zekk, pero suficiente para hacer estallar el arma en dos pedazos y enviando fragmentos de metal caliente que se clavaron en el pecho de Thann.

El droide, impávido, sin confundirse, le dio una patada a Thann. El golpe le alcanzó en mitad de su torso. Thann giró en el último momento, reduciendo el impacto, pero lo que quedó fue como ser golpeado por un empujón neumático. El golpe le catapultó hacia atrás y le levantó del suelo. Sus hombros golpearon la avenida de los deslizadores terrestres. Terminó su giro hacia atrás, hasta ponerse en pie, con su sable láser preparado.

El segundo droide de combate saltó encima del deslizador, consiguiendo una clara línea de visión de él. Thann hizo un gesto, cogiendo al droide más cercano con una oleada de energía telequinética y lanzándolo hacia arriba y hacia atrás contra el droide más alejado. Ambos droides cayeron juntos hacia atrás desde el techo del deslizador, con el segundo disparando, con sus disparos muy imprecisos, mientras caía.

El sentido táctico de Thann se conectó. *Rompe la línea visual. Contacta con los superiores. Evalúa los recursos amigos y enemigos*. Saltó hacia arriba, alcanzando a un deslizador descapotable con su mano libre, y utilizó la Fuerza para impulsarse en la dirección en la que este viajaba de manera que el impacto repentino no le dislocara el brazo. Miró hacia atrás, vio

los rasgos asustados del piloto, un chico de pelo oscuro al final de su adolescencia, y sonrió de modo tranquilizador. Puso un pie contra el lado del deslizador y se catapultó hacia arriba, dio una voltereta mientras subía y entonces aterrizó limpiamente encima de la zona delantera del motor de otro deslizador, este en la corriente de tráfico superior. Su piloto, un hombre de mediana edad con traje de negocios, le hizo gestos con la mano y le gritó, con sus palabras perdiéndose en el viento.

Ahora Thann estaba a diez metros en el aire y alejándose de la escena del conflicto en la dirección desde la que el convoy de la Primera Ministra había venido originalmente.

Con la capa de viajero ondulando con el viento pero con la voz serena, sacó su comunicador.

—Purella a Tauntaun, Purella a Control —dijo—. Situación de Purella una trampa, objetivo no conseguido. Quedan advertidos.

ESPACIO EXTERIOR, TRANSPORTE *DODONNA*

Lysa Dunter estaba sentada maldiciendo su flequillo y esperando el lanzamiento.

Una joven guapa de ojos azules con el cabello rubio oscuro, nunca carecía de atención pero tenía ligeramente más cuando mantenía su pelo corto con flequillo. Pero si no se echaba el pelo hacia atrás absolutamente de la manera correcta en la décima de segundo antes de ponerse su casco de vuelo, su flequillo volvería a caer y colgaría sobre la parte superior de su visión periférica… como hacía ahora.

Podía quitarse el casco en la estrecha cabina del interceptor Eta-5 e intentar ajustar las cosas… pero si su comandante de escuadrón, cuyo interceptor descansaba en el suelo del hangar de cazas del *Dodonna* una fila más arriba y a la izquierda del suyo, la viera hacerlo, se mofaría de ella. A Lysa no le gustaba que se mofaran de ella.

Así que estaba sentada allí, irritada con su pelo, ansiosa por salir, con su pierna derecha subiendo y bajando mientras rebotaba para que la vibración la ayudase a librarse de la irritación y la impaciencia.

Sus altavoces hicieron *pop* y luego oyó al comandante de su escuadrón.

—Líder V-Espada a pilotos, informen del status.

La compañera de ala del comandante replicó inmediatamente.

—V-Espada Dos, excelente, lista para salir.

La respiración de Lysa se hizo más rápida. Estaban justo al borde, su primera salida para el combate. Si tenían suerte, había dicho el comandante, ahora ni siquiera verían el combate… y cualquiera que quisiera tener suerte no rellenaría una petición de traslado. Lysa no quería tener suerte.

Oyó al piloto anterior a ella en la secuencia completar su informe.

—V Siete —dijo Lysa cuando fue su turno—. Dos verdes, armas encendidas.

Momentos después, una vez que el último de los diez pilotos hubiese informado, el líder de la escuadra habló.

—V-Espada Siete, estamos oyendo una extraña vibración por tu comunicador.

Culpablemente, Lysa congeló su pierna derecha donde estaba, dispuesta a evitar que rebotara.

—Lo siento, señor —dijo ella—. Tuve que atar en corto a un brazo descontrolado.

—¿Está segura de que no fue una pierna descontrolada, Siete? —La voz del líder de la escuadra sonó divertida.

Lysa cerró los ojos y se mordió la lengua para no soltar una maldición. No replicaría. No le daría al hombre más municiones verbales. Ignoró la débil risa que oyó en la frecuencia del escuadrón.

Entonces hubo una nueva voz.

—Salto al hiperespacio completado. Todos los escuadrones, preparados para el lanzamiento. Escuadrón Punto De Carga, Lanzadera *Cielos de Chandrila*, los primeros de la cola.

Justo delante de la posición de Lysa, pero oscurecida por las filas de interceptores Eta-5 delante de ella y de Alas-X delante de ellos, una oscura línea apareció en el suelo y luego se ensanchó hasta convertirse en un bostezante campo de estrellas.

Lysa vio a los Alas-X completar sus procedimientos de encendido, con algunos de ellos activando los repulsores y flotando un metro o dos por encima del suelo del hangar. Sintió una punzada de irritación debida a que el escuadrón Jedi fuera el primero en salir del *Dodonna* en esta operación, pero la forzó a desaparecer.

Su propio padre le había dicho: *A través de toda tu vida de piloto, puedes tener que enfrentarte al hecho de que los pilotos*

que utilizan la Fuerza serán capaces de reaccionar más rápidamente, apuntar con más precisión, conseguir los mejores cazas estelares y obtener la mayor fama. Pero aquellos de nosotros que no podemos utilizar la Fuerza… bueno, cuando nos las arreglamos para llegar a la cima de nuestra profesión, podemos mirar a los Jedi a los ojos y recordarnos a nosotros mismos que llegamos allí sin apoyos.

El pensamiento la tranquilizó. Activó sus repulsores con una delicadeza y precisión que tuvo que impresionar a cualquier Jedi mirando en su dirección (flotó exactamente a un metro del suelo del hangar y sin moverse) y volvió su atención a una última comprobación de las lecturas de sus instrumentos.

Los inyectores de los Alas-X se encendieron y ellos se lanzaron hacia delante, hundiéndose en un agujero negro estrellado que llevaba al espacio. Una achaparrada lanzadera se movió pesadamente detrás de ellos.

—Escuadrón VibroEspada, lanzamiento.

En el puente del *Dodonna*, el almirante Klauskin estaba de pie cerca de los ventanales del morro, abarcando la vista e intentando reconciliarla con las palabras que su ayudante le decía.

A estribor colgaba el mundo de Corellia, acercándose. Habían salido del hiperespacio sobre el lado nocturno, lo bastante cerca para que el planeta bloqueara el sol. Las naves pertenecientes a la operación que habían llegado apuntaban directas al planeta y habían ejecutado una maniobra simultánea hacia babor, girando en una órbita alta y lanzándose hacia el lado iluminado por el sol del planeta.

A babor navegaban las docenas de naves capitales pertenecientes a esta operación, cruceros, transportes, destructores y fragatas, y fluyendo de ellas había cientos de cazas y vehículos de apoyo. Cada uno de ellos navegaba con las luces de posición encendidas. Abajo en Corellia, todos los ojos se verían atraídos por la brillante belleza del ejército de la AG, hacia la fluida formación cuya presencia misma decía: *No desafiéis a la autoridad más poderosa de la galaxia*.

Klauskin volvió a fijar su atención en las palabras de su ayudante, Fiav Fenn, una mujer sullustana. Ella estaba diciendo algo sobre la precisión de su patrón de llegada, el cual aparentemente había estado complacientemente dentro de los parámetros que él había fijado en las reuniones de personal del

día previo. Suavemente negó con la cabeza e hizo un gesto con la mano para dejar de lado el asunto.

—¿Respuesta en tierra? —preguntó él.

Ella hizo una pausa como si cambiara de marcha.

—Ninguna hasta ahora.

—¿Ninguna? —Klauskin frunció el ceño—. ¿Cuánto hace que salimos del hiperespacio?

—Cuatro minutos treinta y ocho segundos —dijo ella—. Treinta y nueve, cuarenta…

—Sí, sí.

Klauskin parpadeó. Las fuerzas armadas corellianas debían ser muy negligentes para no tener su primer escuadrón de cazas en el aire después de cuatro minutos y medio.

Entonces otra flota apareció de repente.

Vio el centelleo de las luces verdes de posición en su visión periférica del lado izquierdo incluso mientras las alarmas de amenaza del puente empezaron a rugir. El almirante giró para mirar y se quedó allí, petrificado.

Tan finamente estirada como un velo, una formación de naves espaciales ocupaba ahora el espacio entre la formación de Klauskin y todos los caminos razonables para salir de Corellia. Estaba en el mismo curso de la flota de Klauskin, pero en una órbita más alta, con sus vehículos y naves viajando mucho más rápidas que las de Klauskin para mantener la misma relación con el mundo de abajo y la flota de Klauskin que estaba en medio.

El almirante no podía decir, sólo con la vista, la apariencia de la flota enemiga. A esta distancia, todo lo que podía determinar era que cada uno de los puntos o cientos de vehículos y naves tenían luces de posición verdes, era una impresionante demostración visual de unanimidad. Deseó haber pensado en ello para su propia formación.

Fue consciente de que su tripulación del puente estaba hablando, gritando por encima de las alarmas de amenaza, siguiendo con su trabajo. Las palabras se entrometían en su sorpresa.

—… en formación en el lado más alejado de Crollia o Soronia y saltó…

—… ningún movimiento hostil…

—… comunicando entre ellos mismos, pero no han establecido comunicación con nosotros…

Klauskin finalmente volvió a obtener el control de su voz.

—Apaguen las alarmas —dijo y su voz, en sus propios oídos, sonó débil—. Ya sabemos que están ahí. ¿Composición?

—Estoy trabajando en ello —dijo su operador de sensores jefe—. No tienen nada del tamaño de la clase del *Dodonna*, pero tienen Defensores Estelares clase *Estridente* y un gran número de fragatas, corvetas, lanchas patrulleras, cañoneras y transportes pesados. Principalmente de Corellian Engineering Corporation, desde luego. Deben de haber subido cada armazón medio terminado, cada casco oxidado y cada nave de recreo del sistema para haber montado esto.

Klauskin sonrió con tristeza.

—Sin embargo, nuestros sensores no pueden decirnos cuales son los cascos oxidados y cuales los que tienen forma de nave de guerra, ¿verdad?

—No, señor, no a esta distancia. También contamos al menos una docena de escuadrones de cazas, posiblemente más. Un grupo muy junto a esta distancia devolverá una señal como una nave de tamaño medio. Sospechamos que son principalmente cazas viejos. A-Nueves y A-Diez de Kuat, Correaullidos y varias clases de cazas TIE.

—Con pilotos corellianos locos a los mandos —dijo el almirante.

—Sí, señor.

La discreta ayudante de Klauskin, Fiav, decidió ser menos discreta, caminando hasta el lado del general.

—Señor —susurró—, ¿ha revisado las órdenes para la operación?

—¿Revisado las órdenes?

La mente de Klauskin se quedó extrañamente en blanco mientras consideraba esta pregunta. Era un sentimiento inquietante, especialmente para alguien para quién la decisión siempre había sido el sello de su carrera.

Ah, ese era el problema. La revisión de las órdenes debía ser emitida para permitir que su formación consiguiera sus metas a pesar de la complicación que la formación corelliana representaba. Pero eso era ahora imposible. La meta primordial de esta operación era utilizar una demostración de fuerza para inducir miedo, temor y consternación entre los corellianos.

Pero ahora no podía hacer eso. Ellos habían igualado su primer movimiento con un movimiento idéntico. En este punto, no podían ser atemorizados por las fuerzas reunidas contra ellos.

Podían ser derrotados… pero una victoria sin sangre estaba fuera de toda cuestión.

Él había fallado. Menos de cinco minutos en esta operación y había fallado. Sus procesos de pensamientos se adhirieron a esta noción y no pudieron librarse de ella.

—¿Órdenes, señor?

Klauskin negó con la cabeza.

—Continúe con la operación conforme a las órdenes existentes —dijo él—. Vuelva a desplegar la mitad de nuestros escuadrones de cazas en posiciones para escudar a las naves capitales. No inicien acciones hostiles.

Él volvió su espalda a la flota corelliana y miró hacia la superficie del planeta, a los brillantes patrones parecidos a estrellas de las ciudades de noche, al brillante arco de delante del lado diurno del mundo. Débilmente, fue consciente de que sus nuevas órdenes no habían conseguido mucho y de seguro que no lo conseguirían si los corellianos tenían más sorpresas para él.

Este era un problema que tendría que tratar. Se pondría justo a ello.

El Escuadrón VirboEspada fue lanzado, una corriente que se movía típicamente rápida de interceptores Eta-5. Mientras salían del hangar de cazas del flanco delantero de babor del *Dodonna*, Lysa vio los motores distantes del Escuadrón Punto de Carga de Luke Skywalker delante en la lejanía. Los Alas-X Jedi ya estaban rugiendo a lo lejos dirigiéndose hacia la atmósfera para su misión, que empezaría en el lado diurno de Corellia.

Entonces Lysa fue consciente de todas las luces verdes de posición en el lado de babor en la distancia. Se volvió y miró.

—Líder, tenemos un problema…

Su voz se mezcló con otras, un repentino murmullo de alarma a través de la frecuencia del escuadrón.

—Mantengan curso y velocidad. —La voz de Líder V-Espada, como siempre, era calmada, tranquilizadora. Esta vez, al menos, no se estaba mofando—. Corrección. Quédense conmigo.

Con eso, Líder V-Espada y su compañera de ala giraron y dieron la vuelta hasta casi por donde habían venido, dirigiéndose de vuelta hacia el *Dodonna* pero girando para apartarse un poco del transporte. Una vez que estuvieron paralelos al transporte pero a varios kilómetros de distancia, él les dirigió de nuevo en un curso paralelo al de la nave capital.

—Este es nuestro nuevo puesto —dijo él—. Mantengan los ojos abiertos para una posible acción agresiva por parte de los corellianos.

—Líder, Siete —dijo Lysa—. Señor, ¿el que simplemente estén ahí no constituye una acción agresiva?

—Probablemente ellos se estén haciendo la misma pregunta acerca de nosotros, Siete. Y la respuesta a ambas preguntas es sí.

—Gracias, señor.

La pierna de Lysa empezó a temblar de nuevo. Esta vez no se preocupó de intentar controlarla.

capítulo diez

ESTACIÓN CENTRALIA, SISTEMA CORELLIANO

Jacen apartó la ropa sobre su cabeza y miró hacia fuera… hacia fuera, hacia arriba y hacia atrás.

El transporte sobre el que estaba tendido era el vagón abierto en la parte superior de un tren repulsor. Los vagones, conectados en fila, flotaban a lo largo de carril colocado años antes a lo largo del eje de simetría más largo de la Estación Centralia. Jacen podía decir por el modo en que el techo ya no estaba a kilómetros de distancia sino sólo a cientos de metros por encima, y acercándose, que se estaban alejando de la vasta área central conocida como Ciudad Hueca y dirigiéndose a un punto que se hacía más estrecho hacia la parte "alta" de la estación: la región donde el mayor número de cámaras de control significativas se habían encontrado, la región donde la mayoría de las nuevas instalaciones de equipamiento y ordenadores para la investigación científica se habían construido.

Por encima de la cabeza, Jacen vio un grupo de edificios, residencias en bloques de apartamentos de tonos marrones y verdes suavizados que parecían muy fuera de lugar en este artefacto tecnológico antiguo. A pesar de la urgencia de la misión, sonrió. Estaba mirando a los tejados de los apartamentos, que estaban cabeza abajo para él. Tenía que ser desconcertante levantarse cada mañana y levantar la mirada hacia un suelo distante, uno a través del cual los turboascensores y los trenes

respulsores siempre se estaban moviendo.

Estaba tendido solo en medio de un montón de suministros para los residentes de la estación: piezas de ropa, comidas preservadas, cajas llenas de tarjetas de datos de entrenamiento y droides de trabajo desactivados. Ben también estaba a bordo del tren repulsor, varios vagones más atrás, manteniéndose oculto en su propio escondite. Jacen había fijado este método de operaciones cuando la planificación de la misión entraba en sus fases finales.

—Me seguirás a una distancia no inferior a cincuenta metros —había dicho—. Practica las técnicas de sigilo y no hagas ningún esfuerzo para contactar conmigo a menos que tu vida esté en peligro. Si soy incapacitado, derrotado, absorbido a través de un escudo contenedor de atmósfera funcionando mal u otra cosa me distrae de mi meta, te pondrás en camino por ti mismo para conseguirlo.

Y Ben había asentido solemnemente, tal vez convenciéndose finalmente de que las cosas eran serias ante la perspectiva de tener que llevar a cabo la misión él solo.

El techo continuó acercándose, hasta que estuvo a unos meros treinta metros por encima de su cabeza, y entonces Jacen dio un tumbo cuando el tren repulsor efectuó un giro cerrado y un descenso en picado para entrar en un túnel. El túnel era tres veces más ancho de lo necesario para el tren repulsor y estaba iluminado por barras luminosas verde pastel colocadas a intervalos. Saliendo de las paredes cada cien metros o así había extrusiones parecidas a cajas de metal. Jacen decidió que los creadores de la estación no habían pretendido que el túnel fuese para el propósito para el cual se utilizaba ahora. Los nuevos dueños de la estación simplemente lo habían descubierto y habían decidido que sería un modo conveniente de mantener el sencillo tren repulsor fuera de la vista mientras entraba en las áreas más sensibles de la estación.

Alguien había marcado las extrusiones de metal con enormes números pintados. El doctor Seyah había explicado su significado: correspondían a las escotillas que daban acceso a grupos específicos de cámaras y pasillos de acceso por encima y por debajo. A menudo el acceso estaba adecuado sólo para trabajadores o atletas. Era común que no fuera más que un turboascensor con un mecanismo de montacargas, instalado de manera tosca, y abierto por los lados, de la clase que se

encontraba en sitios de los edificios en construcción por todo Coruscant.

En la extrusión parecida a una caja marcada con el número 103, Jacen apartó la ropa que le ocultaba, echó una ojeada alrededor para asegurarse de que no había observadores presentes y saltó de su vagón. Aterrizó al lado de la caja que era la extrusión y se movió hacia la escotilla más cercana de la pared, un acceso útil aunque poco elegante, enfatizado por brochazos de pintura naranja.

Era una depresión en la pared, casi oval pero con las esquinas menos cuadradas, de alrededor de dos tercios de la altura de un hombre humano. La puerta de duracero endurecida que la cubría era de manufactura moderna, como lo era el ordenador de control montado en la pared a su lado.

Jacen tiró de la barra que indicaba que la escotilla estaba obstinadamente cerrada. Sólo la parte de la empuñadura de la barra era accesible a través de la abertura en forma de arco en la puerta y moviéndola de la posición izquierda a la derecha debía haber abierto la escotilla.

La barra no se movió. La escotilla estaba cerrada.

Le echó una ojeada al panel de control. Conocía la combinación requerida para abrir la puerta. El doctor Seyah se la había dado. Pero si la Sección de Inteligencia de SegCor autorizaba diferentes números de acceso para diferente personal y luego investigaban su uso, utilizar ese número comprometería al doctor Seyah.

Encendió su sable láser y lo dirigió hacia la base de la escotilla. Este era un progreso más lento que muchos obstáculos. La escotilla era más gruesa y estaba tratada contra el calor. Lentamente empujó a través de ella e incluso más lentamente mientras se movía lateralmente.

Medio minuto más tarde, los bordes del corte brillaban con un color dorado por el calor del sable láser, hubo un audible *thunk* y la barra de metal giró libre. Muy por encima del área de metal sobrecalentado, Jacen le dio un empujón a la escotilla y esta giró al abrirse.

Más allá había un hueco de metal cilíndrico, casi sin rasgos distintivos, iluminado por barras luminosas verdes fijadas a intervalos. Colgando a la altura de la cabeza había cuatro cables de metal terminados en argollas y cuatro cables más ligeros terminados en controles pequeños con dos botones, los estándares

de uso industrial para subir o bajar. Jacen asintió. En el uso ordinario, un trabajador engancharía el gancho del arnés de seguridad a una argolla y activaría el correspondiente botón de SUBIDA. Jacen meramente apartó su sable láser, cogió una argolla con su mano izquierda y pulsó el botón de SUBIDA con la derecha. El control del montacargas en la parte superior del hueco se activó y le elevó con una rapidez que hacía vibrar el brazo.

Momentos después, cuarenta metros más arriba, el viaje llegó a su fin. Un túnel circular lateral se alejaba del hueco. Jacen se dio a sí mismo el más rápido de los empujones con la Fuerza y giró por encima del suelo de ese túnel, y luego cayó sin hacer ruido. Unos cuantos metros más allá, una rampa llevaba hacia otra escotilla más arriba de era moderna.

La barra metálica de esta escotilla ya estaba en la posición de la derecha y el panel de control al lado de la escotilla no estaba encendido. Jacen lo miró durante un momento. El doctor Seyah también le había dado el código para esta escotilla, pero aparentemente ahora no se necesitaba.

Aparentemente.

Jacen cogió su sable láser en su mano otra vez y empujó la escotilla para abrirla.

Requirió un pequeño empujón más que el que su masa habría necesitado ordinariamente. La presión atmosférica del otro lado de la escotilla era mayor que en el lado de Jacen y una vez que abrió la escotilla más de un palmo el aire frío empezó a salir a su alrededor. Empujó la escotilla para abrirla lo suficiente para ver a través de ella, sólo había oscuridad más allá, y entonces la abrió más. Una vez más allá, cerró lentamente la escotilla, sin dejar que la diferencia de la presión del aire la cerrara de golpe.

Aquí, los únicos sonidos eran su propia respiración y los ecos del sistema acondicionador de aire. No pudo ver nada, pero sentía que la cámara era grande, muy grande. Asintió. Eso encajaba con lo que el doctor Seyah le había dicho. Esto se suponía que era una cámara ovalada sin rasgos distintivos, lo bastante grande para albergar carreras de deslizadores terrestres a pequeña escala, con un propósito desconocido. En la parte más alejada habría un grupo de rampas que permitían el acceso a un nivel de pasarelas más altas, que a cambio le daría acceso a la sala de control de la Estación Centralia que gobernaba los generadores de gravedad artificial de la estación. Esos generadores habían sido instalados

durante varios años y sólo recientemente habían estado completamente operacionales.

La escotilla por la que había entrado se cerró con un *thunk*. El panel de control a su lado se encendió, con los brillos rojos y amarillos de los botones de los números proporcionando suficiente luz a Jacen como para verse a sí mismo y al suelo.

Jacen se aclaró la garganta. Levantó la voz de manera que llegase hasta el final de la habitación.

—¿Estoy a punto de soportar un discurso?

Muy por encima de su cabeza, bancos de luz blanca se encendieron, mareantemente brillantes. Jacen se escudó los ojos, centrando su atención en la Fuerza, en el peligro que se acercaba, en el intento malevolente.

No hubo ninguno.

Pero una voz le llego desde las altas pasarelas al otro lado de la cámara.

—¿Es esto el sentido del humor de alguien? ¿Enviarte a *ti*?

Mientras la visión de Jacen se aclaraba, vio a un hombre con ropas civiles azul oscuro, botas, pantalones, túnica arrugada y abrigo abierto, y una docena de agentes de SegCor arriba en la balaustrada que era la ruta de Jacen para salir de esta cámara. Aunque Jacen conocía al hombre, todavía sintió una sorpresa momentánea por un reconocimiento de otra clase diferente.

Porque el hombre llevaba la cara de Han Solo, pero con más barba, un poco más delgado, un poco más cano y poseído por una confianza que parecía arrogancia política más que la presunción del padre del Jacen.

—Thrackan Sal-Solo —dijo Jacen—. Pensé que pasabas todo el tiempo en tierra en Corellia, diciéndole a la población qué pensar y pretendiendo no ser un criminal convicto.

—El pequeño Jacen. —El casi doble de su padre le dirigió una sonrisa condescendiente—. También estoy todavía a cargo de la restauración de la Estación Centralia. Y cuando me llegaron las noticias de que la AG pretendía ejecutar una ofensiva en el espacio corelliano, una ofensiva que era prematura según casi toda medida política, *a menos* que tengas en cuenta la posibilidad de que supieran lo cerca que estaba de restaurar esta estación hasta la completa operabilidad, decidí que necesitaba estar aquí. Para prepararla contra equipos de ataque. Y comandos. Y Jedi.

Jacen le dirigió a su primo una mirada admonitoria.

—Nunca puedes prepararte contra los Jedi.

—Sí, puedes. Y debo admitir que estoy ofendido. Para un objetivo tan importante como la Estación Centralia, ¿no deberían haber enviado a Luke Skywalker? ¿Eres más fuerte que él?

Jacen le ofreció una sonrisa sin humor.

—No, sólo estoy educado en direcciones diferentes. Además, sé por experiencia que quien clama ser más fuerte que Luke Skywalker termina inspirando mucha lástima a sus admiradores.

Thrackan le dirigió a Jacen una expresión de comprensión.

—Lo entiendo. Igual que critican a quien clama ser más corelliano que Han Solo.

—Entonces. —Jacen levantó su sable láser pero lo dejó sin encender—. ¿Me haréis tú y tus tropas un favor y saldréis de mi camino? Habrá menos miembros cercenados de ese modo. O cabezas.

De nuevo, Thrackan le ofreció una mirada de pena.

—Jacen, no podemos permitirnos el dejarte dañar o destruir esta estación. No va a ocurrir. Ríndete ahora y no morirás. Ni siquiera serás herido.

—Uh… huh.

Jacen comenzó a andar hacia los pies de la rampa más cercana bajo Thrackan.

Thrackan, despreocupado, alargó una mano hacia un lado. Uno de los oficiales se SegCor le entregó lo que parecía como un casco de vuelo. Con movimientos lentos y deliberados, vigilando a Jacen todo el tiempo, Thrackan se lo puso. Entonces chasqueó sus dedos. Dos droides, muy parecidos a astromecánicos R5 pero con sus mitades superiores quitadas y reemplazadas por maquinaria desnuda, rodaron desde detrás de los oficiales de SegCor hasta la barandilla.

Y el sonido comenzó.

Jacen ni siquiera lo experimento como sonido al principio. Le golpeó como una tormenta de viento, haciéndole caer de rodillas, provocándole dolor en cada milímetro de su piel como si estuviera siendo quemado por un soplete gigantesco. Su sable láser cayó de sus dedos sin vida y se alejó rodando.

Incluso mientras el ataque le hizo convulsionarse por el dolor, Jacen, en alguna débil parte de su mente que todavía funcionaba, lo reconoció: un asalto sónico, algo que no tenía que ser apuntado o señalar a un objetivo para hacer caer a un Jedi.

Moviéndose de sombra en sombra con tan poco ruido como un

fantasma, Ben alcanzó la escotilla por la que Jacen había entrado justo a tiempo para oír el *thunk* de la posición cerrada, para ver el panel control encenderse. Lo miró con confusión momentánea. ¿Por qué le habría dejado Jacen fuera?

Entonces oyó voces aproximándose desde el otro lado del túnel, voces y pisadas, con algunas de ellas resonando pesadamente en el suelo de metal del túnel. Ben volvió corriendo por el camino por el que había venido, hacia el borde del hueco vertical.

Allí dudó. Si saltaba hacia uno de los cables y descendía por él, su presencia sería detectada. El *whir* del montacargas o el descenso rápido del cable le descubrirían.

En su lugar, se movió hacia el lado del túnel y descendió por el borde del hueco vertical, sujetándose con una mano, con la otra mano sobre el sable láser de su cinturón. Cuatro dedos inmóviles tendrían muchas menos posibilidades de ser detectados que el cable de un montacargas que descendía rápido.

Contuvo el aliento mientras las pisadas, que parecían más y más numerosas, se aproximaban. Sin embargo, se detuvieron a metros de distancia. En la escotilla de Jacen, asumió.

—Quédense aquí —dijo una mujer—. Vigilen todo el corredor. Los Jedi tienen la fea costumbre de cortar a través de las paredes donde no los esperas. Nueve-dos-Z, posiciónate aquí.

Esa orden fue seguida por pisadas pesadas y resonantes.

Ben se atrevió a impulsarse hacia arriba y asomar la cabeza sobre el borde.

Un destacamento de soldados con armaduras de SegCor estaba colocado fuera de la escotilla. Había dos cosas no vivas con ellos. Ben reconoció los droides de combate CYV, máquinas de guerra diseñadas para luchar contra los yuuzhan vong. Con forma aproximadamente humana pero más altos y anchos en el pecho, tenían un inmenso poder de fuego y una programación de combate.

Estos dos también llevaban mochilas lo bastante grandes para contener a un hombre humano adulto. Uno de ellos, aproximándose, se detuvo ante la mujer de SegCor en la puerta.

—De acuerdo, soldados —continuó ella—. Al primer signo de intrusión, retrocedan a una línea de disparo y abran fuego contra el enemigo. Nueve-dos-Z, a la primera vista de un Jedi, aproxímate. Cuando te hayas acercado tanto como creas que puede llegar, conecta tu carga.

El droide asintió.

—Recibido —dijo con una voz artificial sin emoción.

La mujer continuó hablando con los otros.

—¿Han oído eso? Si ven al droide ponerse en movimiento, *corran*. Una vez que se detone, vuelvan y limpien.

Ben se bajó por debajo del borde otra vez.

Esto era malo, malo, malo. Esa mochila tenía que estar llena de explosivos o algo peor. Y las instrucciones de la mujer significaban que si el droide detectaba a Jacen *o* a Ben, atacaría. Ben no creía que él pudiera acabar con un droide de combate CYV. Desde luego no antes de que le detectara y explotara.

Soltó el borde del túnel.

Con la Fuerza, se presionó a sí mismo contra la pared del hueco vertical, para que la fricción de su capa contra el metal ralentizara su descenso. Se deslizó casi sin ruido los cuarenta metros que había ascendido tan recientemente. Mientras se aproximaba a los últimos cinco metros, se soltó completamente y cayó de manera natural, encogiéndose y rodando mientras chocaba, rodando para alejarse del hueco. Ahora estaría fuera de la vista si algún soldado de SegCor oía algo y venía a investigar.

Ahora estaba solo. Tenía que intentar completar la misión por él mismo.

Acababa de abandonar a su profesor, a su primo. Una especie de entumecimiento intentó abrirse paso a rastras hasta sus pensamientos. Él se lo sacó de encima y corrió de vuelta hacia la escotilla del túnel del tren repulsor.

CORONITA, CORELLIA

Jaina estaba en pie sobre el cuerpo herido e inconsciente de Zekk, con su sable láser encendido en una posición de preparada. Cuatro droides de combate CYV, situados tras los accidentados deslizadores aéreos de SegCor, lanzaban fuego láser casi continuamente hacia ella. Había sido capaz de desviarlo todo, principalmente hacia el suelo o de vuelta hacia los que disparaban, pero ninguno de sus disparos devueltos les habían hecho a ellos ningún daño significativo, y la alta intensidad de sus armas láser y la rápida velocidad del fuego, la estaban cansando. Necesitaba sólo un segundo de descanso para recomponerse, para deshacerse de los droides… pero ellos no le estaban dando un segundo.

Entonces una línea de luz azul concentrada apareció tras el más distante de los droides de combate. Jaina la vio curvarse en un arco y la cabeza del droide de combate saltó de sus hombres con una lluvia de chispas.

Los otros droides de combate se volvieron para mirar. Jaina aprovechó la oportunidad para moverse hacia delante, un poco hacia un lado, y pudo ver a Kolir. La Jedi bothan, discordante con su vestido de fiesta de chica, su postura de combate con el sable láser y la sangre brotando del lado derecho de su boca, le dio una patada a los restos del droide para hacerle caer y se volvió para enfrentarse a los otros tres.

Sus láseres giraron, pero Jaina había tenido su segundo de compostura. Se abrió hacia arriba y dio un tirón de un enrome transporte teledirigido… justo sobre dos de los droides. Este se estrelló sobre ellos con el peso de toneladas de carga. Jaina tuvo un breve destello de cajas de plástico y metal saltando del depósito de carga del transporte teledirigido, derramándose en todas las direcciones. No todo el impulso del transporte teledirigido había desaparecido. Continuó rebotando hacia delante y entonces volvió a subir de nuevo. Rugió alejándose de la escena a toda velocidad, con tres cuartas parte de su carga resbalando y rodando a lo largo de la avenida.

Jaina se lanzó hacia delante. Un impacto como ese mataría a la mayoría de los seres vivientes, podría matar a un bantha, pero sólo retrasaría a los droides CYV. En el aire, ella se giró hacia un lado y falló en evitar chocar contra un deslizador aéreo azul que viraba. Mientras chocaba, vio a Kolir avanzando hacia el último CYV que permanecía en pie mientras le disparaba.

Aterrizó al lado de una caja de permacreto que había sido la última localización en la que había visto a uno de los droides de combate. Mientras bajaba, vio que no era una caja. En realidad era un agujero perforado hacia las alcantarillas o desagües de la lluvia por debajo.

El droide CYV saltó hacia arriba a través del agujero, enfrentándose a ella. Jaina hizo resplandecer su sable láser a través de su sección media mientras él se elevaba. Ella sintió el considerable tirón que la armadura de combate del droide causó incluso a la hoja del sable láser, pero la hoja salió por el otro lado y el droide chocó contra el pavimento en dos trozos.

Uno de esos trozos todavía era peligroso. Rodó y empezó a levantar su rifle láser. Jaina dio un paso hacia delante y dio un

barrido con su hoja a través del rifle, cortándolo en dos justo por encima de su fuente de energía. Entonces hundió su hoja en el mutilado pecho del droide, arrastrándolo a su alrededor para infligir tanto daño al sistema de armas interno del droide como fuera posible.

Otra cabeza de CYV había aterrizado a un metro de sus pies. Ella la marcó como una segunda muerte para Kolir y giró hacia la última localización conocida del cuarto droide CYV.

Se estaba elevando, con su espalda hacia Jaina, con tanto permacreto adherido a él que parecía tener una nueva capa de armadura mal instalada. Jaina miró por encima de su hombro y vio a otro deslizador pesado teledirigido. Este, notó ella con satisfacción, era un tanque pequeño llevando una carga de duracreto fresco. Tiró de él a través de la Fuerza y lo hizo caer encima del último droide, conduciéndolo y arrastrándolo hacia delante a lo largo de la avenida. Vio pedazos del droide cortados por el pesado ataque: aquí un brazo, allí una pierna. Una vez que estuvo bastante más allá de ella, hubo un *boom* apagado de debajo del ruido del deslizador aéreo mientras algo en el pecho del droide explotaba.

Jaina otra vez le dirigió una mirada a Zekk. Estaba inmóvil donde ella le había dejado. Un transeúnte, un hombre con un traje de negocios verde, estaba arrodillado junto a él, pero su intención no parecía hostil. Estaba alargando una mano hacia la muñeca de Zekk como para comprobar su pulso.

Jaina se volvió hacia Kolir.

—¿Cuál es tu estatus?

—He perdido loz dientez del lado derecho. —Con cada palabra que Kolir decía, más sangre goteaba de su boca y bajaba por su lado, pero no parecía preocuparle—. Ahí eztá Thann.

Ella apuntó con su sable láser.

El Jedi falleen estaba realmente dirigiéndose hacia ellos, rebotando de deslizador en deslizador en el tráfico que se acercaba como un insecto hiperquinético.

Y no era sorprendente, el fuego láser de dos fuentes de ráfagas le estaban persiguiendo constantemente. Jaina le vio agacharse bajo una de las ráfagas y apartando la otra, con la segunda ráfaga moviéndose hacia él lateralmente porque estaba a mitad del salto cuando le alcanzó.

Desde su posición, Jaina podía ver distantemente el segundo droide CYV. El tanque de duracreto que había utilizado para

aplastar su último oponente todavía se estaba moviendo hacia delante, incluso aumentando la velocidad mientras intentaba liberarse de la zona de combate. Jaina se abrió hacia el tanque otra vez y lo desvió de su pretendido camino de vuelo. Este bajó de golpe encima del droide de combate, haciéndole pedazos tan eficientemente como lo había hecho con el anterior.

La táctica de Kolir fue similarmente sutil. Recogió el rifle láser del primer droide de combate que había destruido. Le llevó un momento girar el arma, enorme y desgarbada para su pequeña estatura, hasta apuntarlo. Entonces, preparándose, disparó una ráfaga de fuego láser al segundo y distante droide de combate. Jaina vio al menos dos de los disparos alcanzar al droide y salir volando.

Pero el asalto fue suficiente para atraer la atención del droide. Giró y se centró en Kolir. Thann cayó desde el cielo para caer al lado de él, cortándole las piernas por las rodillas y luego cortó lo que quedaba hasta que lo hizo suficientes pedazos para que no le hiciera daño a nadie.

Momentos después, corriendo a la velocidad de sprint de un Jedi, el guerrero falleen se reunió con ellas al lado de Zekk. El transeúnte que le había tomado el pulso a Zekk miró a los tres sables láser y se puso en pie y se apartó de Zekk, con sus manos medio levantadas.

—No hice nada.

—Lo sé —dijo Jaina—. Será mejor que se vaya.

Él se volvió y se fue. Jaina se arrodilló al lado de Zekk y puso su mano en una porción no quemada de su cuello. Sintió que él todavía estaba fuerte.

—Esta operación es un descalabro —dijo ella— y por la apariencia de las cosas, los guardias de las puertas se están concentrando para atacarnos. Privémosles de la oportunidad de que nos maten. Thann, asegúranos algún transporte.

—Hecho.

El falleen sacó algo de un bolsillo de su cinturón. Era una tarjeta de identidad en el mismo tono dorado básico que los investigadores de SegCor llevaba, aunque le identificaba correctamente como un miembro de la orden Jedi. Se puso en pie y caminó hacia el tráfico que se acercaba, con una mano sosteniendo en alto la tarjeta de identidad y la otra levantada para animar a alguien a que parara.

Y mientras caminaba su piel onduló cambiando de color

desde su casi naranja hasta un rojo más oscuro y fuerte.

El pulso de Jaina se aceleró y no sólo por un reconocimiento intelectual de lo que Thann estaba haciendo. Los falleen tenían un tremendo control sobre la emisión de feromonas, indicios químicos que dictaban muchos tipos de respuestas emocionales, que afectaban principalmente a miembros del otro sexo. Thann estaba utilizando la Fuerza y sus poderes con las feromonas para atraer, confundir y abrumar a alguien en la línea del tráfico que se acercaba y probablemente también estaba utilizando la Fuerza para hacer que su tarjeta de identidad pareciera como algo de significado local…

En su visión periférica, Jaina vio a Kolir inclinarse. La Jedi bothan alargó la mano y Jaina se la cogió, enderezándola.

—Él no debería hacer ezo mientraz eztoy herida —dijo Kolir.

Un deslizador terrestre rojo, con una conductora humana de pelo oscuro que llevaba gafas de carrera tintadas en rojo, aparcó al lado de Thann. Sus facciones, angulares y distintivas, se relajaron hasta una falta de expresión.

—¿Hay algún problema, oficial? —preguntó.

La voz de Thann era tan suave como la de un actor en un holograma.

—Dos de mis compañeros oficiales están heridos —dijo él—. Necesitamos llevarles a que reciban cuidados médicos y perseguir a algunos tipos malos. ¿Podemos tomar prestado su deslizador?

—Puede tomar prestado mi deslizador —dijo ella.

Thann le hizo un gesto con la mano a Jaina y Kolir para que se acercaran.

—Será mejor que se marche —le dijo a la conductora—. Esto va a ser peligroso.

—Me marcharé.

La conductora salió del deslizador por el lado de la acera.

—Y no le diga a nadie quién es usted o los detalles de su deslizador. Todos son espías intentando cogernos —dijo Thann.

—No se lo diré a nadie.

Jaina se esforzó y Zekk flotó un metro en el aire. En momentos le tenía tendido boca arriba en el asiento trasero, con su cabeza en el regazo de ella, mientras Thann y Kolir ocupaban los delanteros.

Thann le lanzó un beso a la mareada conductora y luego puso el deslizador en movimiento, emergiendo sin miedo con el tráfico.

—Control ha recibido mi transmisión —dijo—. Pero no la del Equipo Tauntaun. Sospecho que se metieron en una trampa.

—Correcto.

Jaina le dio unos golpecitos con los nudillos contra el lado del deslizador. Nada había ido bien y ahora los tres Jedi del Equipo Tauntaun, Tahiri Veila, Doran Tainer y Tiu Zax, estaban incomunicados.

—No deberíaz hacer ezo, ¿zabez? —dijo Kolir.

Thann le dirigió una mirada.

—¿Hacer qué?

—Utilizar trucoz Jedi y feromonaz al mizmo tiempo. No ez juzto.

Thann se encogió de hombros.

—¿Tal vez debería utilizar sólo los trucos mentales y quizás fallar?

—Bueno, no.

Thann cambió de tema.

—¿Cómo está Zekk?

—Ou —dijo Zekk.

Sus ojos se abrieron.

—Mejor —dijo Jaina.

capítulo once

SOBRE CORELLIA

El Escuadrón Punto de Carga de Luke hizo un cruce orbital alto sobre el lado diurno de Corellia y luego hizo un rápido descenso sobre la atmósfera. La velocidad de la escuadra estaba entorpecida por tener que cuidar de la lanzadera *Cielos de Chandrila*, un vehículo de asalto ligero Uulshos preparado para el espacio. No mucho más grande que un Ala-X, el VAL tenía un morro horizontal en forma de cincel y era mucho más ancho de fuselaje que un caza, dándole suficiente espacio interior para llevar a una docena o así de pasajeros, convirtiéndolo en una buena elección para la extracción de los equipos de Jedi que ahora operaban en Coronita.

A pesar del hecho de que la flota corelliana continuaba yendo de un lado a otro y, con su simple presencia, provocando a la flota de la AG, ninguna unidad se había movido para ir contra los Alas-X de Luke. Pero ahora la voz de Mara llegó por la frecuencia del escuadrón.

—Tenemos alguna actividad distante y parecen enjambres de cazas elevándose para encontrarse con nosotros sobre Coronita.

Luke comprobó sus propios sensores. Mostraban un par de señales borrosas delante, pero para sus ojos podían haber sido el lanzamiento de dos naves de carga, o un enjambre de deslizadores aéreos subiendo por encima de las rutas de viaje aprobadas. Mara, designada como oficial de sensores para esta misión, tenía un

grupo de sensores mejores que los de Luke.

La voz de Mara volvió.

—Confirmados dos escuadrones. Probablemente alguna clase de TIE, basándome en sus patrones movimientos. Estaremos a máximo alcance de los láseres en dos minutos.

Una *pena*. Luke miró hacia babor, hacia la superficie del planeta. Aquí, todo eran bosques verdes separados del mar azul por finas líneas de playas de arenas doradas. Un mundo tan hermoso. Era una pena que tuvieran que enviar llameantes cazas estelares y sus pilotos a estrellarse en él.

Una nueva voz llegó por el comunicador.

—Atención, grupo de cazas estelares aproximándose a Coronita desde el curso tres-cinco-siete. Aquí el Cuartel General de la Fuerza de Defensa Corelliana en Coronita. Están clasificados como hostiles. Identifíquense o vuelvan al espacio.

Luke cambió su unidad de comunicación para emitir en la misma frecuencia.

—Aquí el Escuadrón Punto de Carga de la Segunda Flota de la Alianza Galáctica, con Luke Skywalker al mando. Si su transpondedor no nos ha reconocido ya como una unidad legítima de la AG, está defectuoso. Le estoy transmitiendo nuestra ID… y sus órdenes. Permanezca a la escucha. —Apagó el altavoz y añadió—: Erredós, envía el paquete.

Erredós pitó excitado, con el sonido emergiendo por los altavoces de la cabina, confirmando que el paquete había sido enviado.

La tierra de abajo se estaba volviendo menos boscosa, con más campos irrigados. Luke pudo ver naves a vela y lanchas de excursiones en el agua.

La voz del oficial corelliano de comunicaciones volvió tras un momento.

—Lo siento, pero Corellia no reconoce la autoridad clamada en estas órdenes. Vuelvan o se les disparará.

Luke negó con la cabeza y no replicó. Volvió a cambiar su panel de comunicaciones a la frecuencia del escuadrón. En su panel sensor, las naves de los escuadrones que se acercaban eran claramente visibles, llegando de dos vectores diferentes. Delante, podía ver el límite cercano de la ciudad de Coronita… y, sobre ella, las dos unidades de cazas que parecían como cazas de ataque corellianos. Contó dieciocho en su panel sensor y eso no era suficiente para representar una amenaza seria para un escuadrón

de diez pilotos Jedi.

Entonces los escuadrones que se acercaban se volvieron hacia los lados, uno a estribor y uno a babor, en ángulos rectos con el curso del Escuadrón Punto de Carga.

Luke sintió un goteo de alarma.

—¡Rodad! —gritó y siguió sus propias órdenes, lanzando su Ala-X en un giro a babor.

Fue consciente de Mara manteniéndose cerca de él, justo detrás y a estribor.

Una explosión sacudió su caza e hizo castañetear sus dientes. R2-D2 aulló pero inmediatamente empezó a poner diagnósticos en la pantalla de datos de Luke.

Luke terminó su giro un kilómetro más abajo de su posición original. Las explosiones continuaban apaleando sus oídos, pero ninguna tan cercana como la primera. Miró entre su panel sensor y los cielos por encima.

Los cielos estaban llenos de esponjosas nubes grises. Parecían benignas, pero cada una era la evidencia presente de una explosión, el resultado de una andanada de fuego antiaéreo desde las bases de tierra.

Luke contó diez Alas-X todavía volando. Dejó escapara un suspiro de alivio. Entonces contuvo la respiración. Debía haber once naves.

—¿*Cielos de Chandrila*? —preguntó.

—Recibió un impacto directo —dijo Mara—. Ya no está.

Los cielos delante del Escuadrón Punto de Carga empezaron a llenarse de nubes grises y más allá de ellos dos escuadrones de cazas de ataque corellianos bailaban dando vueltas, esperándoles.

—Tres, informa al *Dodonna* de nuestra situación —le dijo Luke a su especialista en comunicaciones—. Mira a ver si tienen órdenes actualizadas que ofrecer. Mientras tanto, sacaremos a nuestros Jedi de Corellia aunque tengamos que aterrizar uno a uno y meterlos en nuestras escotillas de carga.

—Tenemos telemetría en CEC-Uno —dijo Fiav a Klauskin, dando la designación de esta operación al más cercano de los astilleros orbitales de la Corellian Engineering Corporation. El curso seguido por el *Dodonna* y el resto de su grupo lo llevaría eventualmente sobre el CEC-Uno—. Está protegido por un gran número de cazas y un puñado de fragatas. Y parece que, mientras nos aproximamos, unidades de la flota corelliana principal se

acercarán.

—Recibido —dijo Klauskin.

Mantuvo su atención en el espacio justo delante, donde, eventualmente, el CEC-Uno se acercaría lo suficiente para que él estableciese contacto visual.

Fiav hizo una pausa, como si esperase una respuesta más comprensiva y luego continuó.

—Los escuadrones de cazas corellianos se están reuniendo con nuestros escuadrones. Sólo están revoloteando, pero eventualmente alguien va soltar un disparo láser y va a ser una lucha.

Klauskin asintió vigorosamente.

—Entendido.

Fiav volvió ha hacer una pausa.

—Luke Skywalker informa que a su escuadrón le han disparado y que su lanzadera se ha perdido —dijo luego finalmente—. Solicita una lanzadera adicional, pero también dice que sacará a su equipo de tierra individualmente en los Alas-X si tiene que hacerlo.

—Ah, bien. Me alegro de que tenga un plan.

La voz de Fiav sonó dolorida.

—Señor, ¿tiene alguna revisión de las órdenes?

—Sí. —Klauskin estaba complacido con la decisión que pudo oír en su voz—. Frene al grupo hasta la mitad de la velocidad de avance.

—Sí, señor. Um, ¿proveemos a los Jedi con otra lanzadera?

—Oh, no. Skywalker suena como si lo tuviese todo bajo control.

—Sí, señor.

Las palabras colgaron allí durante largos momentos y entonces Fiav se giró para impartir las órdenes de Klauskin.

Klauskin sentía su celebro revolucionarse como un motor impulsor pasado de vueltas. Frenar al grupo hasta la mitad de la velocidad le daría más tiempo para decidir, para pensar como salir de este dilema.

Necesitaba el tiempo. Pensaba y pensaba, pero nada parecía ocurrir.

Tenía que volver el grupo hacia el espacio, abrirse camino a través de la pantalla corelliana si ellos decidían impedir su progreso y alejarse de la gravedad de Corellia lo suficiente para activar los hipermotores.

Pero eso no era suficiente. No podía simplemente correr. Tenía que hacer algo para salvar esta misión. Tenía que intimidar o avergonzar a los corellianos, decisivamente. En algún lugar. De algún modo.

—V-Espadas, cabezas arriba. —Esa era la voz de Líder VibroEspada—. Tenemos unidades que se acerca.

En el panel sensor de Lysa, el remolino parecía como una pequeña formación de cazas de ataque corellianos. No se dirigían directos hacia ellos. Se habían separado de la flota corelliana y estaban girando, un curso que era el equivalente al de los interceptores, acercándoles más y más al Escuadrón VirboEspada.

—Nos están retando. —Ese era V-Espada Ocho, el compañero de ala de Lysa, un hombre quarren de Mon Calamari.

—Eso es correcto —dijo Líder—. Así que manténganlo bajo control. Recuerden, el primero que se encoja, pierde.

—¿Y el primero que parpadee? —preguntó Ocho.

—El primero que parpadee será corelliano, Ocho. Ahora cállese.

Los cazas de ataque se acercaron más y más. Pronto Lysa pudo contarlos, un escuadrón de docena completo, y no mucho después de eso pudo ver visualmente como, ahora a sólo un kilómetro de distancia, cruzaban delante de las estrellas. Y se acercaban.

—Líder, Siete —dijo Lysa—. Creo que van a continuar con su curso directo a través de nosotros.

—Siete, creo que probablemente tiene razón. Escuadrón, van a moverse a través de nuestra posición como si no nos vieran. Intentan hacernos retroceder. Suban los escudos sólo si es seguro que van a ser alcanzados y anuncien el impacto. Si me oyen decir *Entrando*, sepárense por parejas, suban los escudos y las armas, y ataquen a voluntad. El Escuadrón VibroEspada no retrocede.

Lysa oyó un coro de afirmaciones de sus compañeros pilotos y añadió la suya propia.

En su interior, se sentía enferma. Esta no era una lucha limpia. Era confusa y tensa, y sólo tenía que ver con jugar a un juego de dominación. Lo odiaba. Su padre lo odiaría.

Ella esperó.

CORONITA, CORELLIA

Mientras el deslizador terrestre comandado por los Jedi se lanzaba a lo largo de una de las avenidas principales del tráfico diluido, un rugido de distantes sirenas de ataque espacial llenó el aire, y diminutas nubes grises empezaron a surgir en los cielos hacia el este, la dirección del destino del deslizador terrestre. Thann manejaba la palanca de control con una mano, manteniendo su comunicador presionado entre su oído y su boca con la otra.

Zekk, todavía tendido en el asiento trasero y el regazo de Jaina, tenía los ojos cerrados de nuevo. No se había desmayado. Se había sumergido en un trance curativo Jedi de corto término, uno que le ayudaría a tratar con el daño de las quemaduras y la metralla, de manera que sus heridas no le entorpecieran cuando llegara el momento de la acción.

Thann apartó su comunicador.

—¿Cuál es la situación? —le gritó Jaina.

Thann apuntó hacia las distantes nubes grises antinaves.

—¿Eso? Eso es tu tío Luke y los Jedi que vienen a sacarnos del planeta. Pero han perdido su lanzadera y él no cree que vayan a conseguir otra.

—Ah —dijo Jaina.

—El Equipo Tauntaun fue emboscado de la manera que lo fuimos nosotros, excepto que ellos entraron en la mansión de Sal-Solo. Fueron atacados por tropas y probots.

—¿Dónde están ahora?

—Están robando un deslizador y se reunirán con nosotros. Están pensando en robar algún chip de créditos de nominas o secuestrar alguna estrella de holodrama de manera que no volvamos con las manos vacías.

—Bien por ellos. ¿Algo más?

—La flota saltó hasta aquí y también fue emboscada. No mucho más está yendo bien.

—Necesitamos un puerto espacial —gritó Jaina—. Tendremos que robar una lanzadera.

—Todos los viajes aéreos y espaciales no militares serán forzados a aterrizar hasta que las cosas se calmen. Y el puerto espacial de Coronita va a estar lleno de SegCor.

—Hay puertos más pequeños. Espaciopuertos privados, espaciopuertos de comunidades alejadas. Y todos tendrán

servicios de lanzaderas charter —dijo Jaina.

—Eztoy en ello.

La mejilla derecha de Kolir estaba hinchada con el trapo que se había metido allí para cortar el flujo de sangre. Alargó la mano hacia su bolso manchado de sangre y sacó un cuaderno de datos. Abriéndolo, empezó a buscar la base de datos de Coronita que había cargado en él.

—Encuentra uno con una mujer de guardia —dijo Thann.

Kolir le dirigió una mueca de dolor.

—Acelerará las cosas —dijo él.

—Zi alguna vez dezcubro que hacez ezo para conzeguir una cita —dijo ella—, voy a cortarte algo.

—Soy un Jedi ético —dijo Thann. Jaina no pudo decir si la indignación que expresaba su tono era real o fingida. Thann mostraba más emoción que la mayoría de los falleen, pero a menudo era una demostración deliberada, un intento de tranquilizar a otros, más que lo que él realmente estaba sintiendo—. Sólo retuerzo la mente de la gente en el nombre del deber.

ESTACIÓN CENTRALIA

Jacen rodó de lado, lanzando patadas al suelo de metal para impulsarse, y se las arregló para estar a un metro de distancia cuando el primer disparo láser golpeó el lugar donde había estado arrodillado. Continuó rodando, torpemente a causa del dolor que le atormentaba, pero se puso en pie. A pesar de su visión borrosa, vio su sable láser rodar por el suelo y extendió su mano hacia él…

Dos cartuchos blancos con forma de huevos golpearon el suelo cerca de él. Saltó hacia atrás alejándose de ellos, rotando a través del aire por el camino y cayó de pie, pero sus piernas se derrumbaron mientras aterrizaba y se estrelló contra el suelo.

Todavía pudo ver su sable láser. Esforzó su voluntad hacia él. Este se tambaleó en el suelo y empezó a rodar hacia él.

Los cartuchos con forma de huevo detonaron, llenando el aire alrededor de ellos con humo blanco. Se esparció rápidamente, oscureciéndolo todo. Pero Jacen se las arregló para mantener su concentración y su sable láser voló hasta su mano antes de que la blancura se cerrara alrededor de su visión.

Jacen rodó de nuevo hacia un lado y oyó y sintió el calor del

fuego láser golpeando el lugar en el que había estado tendido. *Así que pueden ver*, pensó él. *La óptica de sus cascos*. También tenían que filtrar el sonido.

Bueno, a él todavía le quedaban un par de trucos y no tenían nada que ver con equipamiento especializado.

Sabía más sobre el dolor que lo que sus oponentes se daban cuenta. En el punto álgido de la guerra yuuzhan vong, había sido un prisionero durante meses, había sido objeto de sus torturas y sus costumbres de agonía autoinfligida. Había aprendido a funcionar dentro de su Abrazo del Dolor y otros rituales que rompería a otros seres no acostumbrados a tales penalidades.

Una repentina imposición de dolor podría sorprenderle, desde luego. Pero no podría acabar con él.

Dejó que el dolor fluyera a través de él como si fuera la Fuerza. Lo interiorizó, lo experimento como a un viejo amigo… a pesar de que era un viejo amigo que no quería necesariamente que le visitara muy a menudo.

Se puso en pie y se movió hacia delante. Sus primeros pasos eran torpes y lentos, los últimos seguros, y una vez que tuvo el control total de su cuerpo y el dolor que le cubría, se impulsó en un estallido de velocidad de la manera tradicional Jedi, siendo más rápido que los disparos que le seguían.

Atormentado por el dolor, sin ralentizarse, se acerco a la pared y saltó hacia arriba, aterrizando en una de las rampas ascendentes. Ahora todavía estaba dentro de la nube de humo de los cartuchos pero escudado del fuego láser que venía desde arriba. Momentos después alcanzó el nivel de la pasarela donde Thrackan Sal-Solo había estado.

Todavía no podía ver, pero a través de la Fuerza podía detectar seres vivos delante de él. Estaban cambiando sus posiciones, algunos retirándose y algunos avanzando, y los más delanteros apuntando…

Los disparos láser llegaron, iluminando el humo de los cartuchos en líneas curiosamente bellas mientras centelleaban hacia él. Él los envió de vuelta por donde habían venido, alcanzando despiadadamente a los soldados que los habían disparado.

Entonces cambió de táctica. Había curiosas separaciones en la formación de los vivos que había delante de ellos. Esas separaciones tenían que ser donde estaban situados los droides generadores de ondas sónicas. Empezó a devolver el fuego láser

hacia ellos y un momento después el chillido inductor de dolor se redujo a la mitad de volumen. Tres disparos láser más tarde, el sonido y el dolor desaparecieron enteramente y pudo oír una tos mecánica mientras el motor del segundo droide generador sónico detonó lentamente dentro de su hueco.

—Alto el fuego. —Esa era la voz de Thrackan, saliendo de detrás de la unidad de los seis operativos de SegCor que quedaban. Ellos obedecieron—. Impresionante, Jacen. Pero me gustaría que lo entendieras. Tenemos más que suficientes tropas, droides y sorpresas especiales para tratar contigo. Están aquí o dirigiéndose hacia aquí. Nunca vas a llegar a ninguna parte donde puedas hacer un daño significativo a esta estación.

—Puedes tener razón, primo. —*Pero no has mencionado a Ben. No eres consciente de él, ¿verdad?*—. Sin embargo, tengo que intentarlo.

El humo estaba empezado a aclararse. Jacen podía ver los operativos de SegCor más cercanos, uno arrodillado y dos en pie, bloqueando su camino con sus rifles láser levantados.

—Supongo que sí. Vuelvan a disparar.

Los soldados abrieron fuego. Jacen avanzó, lanzando los disparos láser por donde habían venido, pero por encima de los hombros de los que disparaban, en dirección a la voz de Sal-Solo.

CORONITA, CORELLIA

De repente las explosiones terminaron y los cielos a babor, estribor y delante estaban limpios de humo gris.

Luke comprobó su panel de diagnósticos. Su Ala-X había sufrido algún daño por la metralla en su motor superior de estribor, pero todavía estaba funcionando al 60 por ciento de su capacidad.

Ahora sólo había nueve Alas-X en su escuadrón. El caza del rodiano, Toile Senn, se había hecho pedazos por tres impactos cercanos. Toile había saltado… y en el apogeo de su eyección había desaparecido en el centro de otra nube gris. Luke había sentido el repentino cese de su vida.

Ahora emergieron en los cielos abiertos donde los cazas de ataque corellianos vivían.

—Seguid vigilantes —dijo Luke, con un ojo en su panel sensor—. Alas-S en posición de ataque. Girad y atacad a voluntad. Continuad hacia la posición de reunión original.

—Vienen hacia nosotros desde arriba y directos desde atrás —dijo Mara.

Y allí estaban, dos grupos de cazas de ataque rugiendo hacia ellos. Luke se lanzó hacia delante, dándole a su a Ala-X más velocidad, más tiempo antes de que el caza de ataque delantero le alcanzara, y ajustó sus escudos traseros al doble. Mara se quedó colocada en su ala.

Los cazas de ataque llegaron, con los láseres verdes martilleando los escudos traseros de Luke. R2 chilló una nota de alarma, alarma por Luke y alarma por sí mismo.

Mientras los tres cazas de ataque que se aproximaban desde la popa se acercaban, mientras sus andanadas láser golpeaban sus escudos traseros con la fortaleza de la gran proximidad, Luke paró sus impulsores. Pudo sentir a Mara, a través de su lazo, entendiendo su intento y haciendo lo mismo.

Los pilotos de caza inexpertos le habrían sobrepasado y habrían sido objetivos fáciles durante un momento o dos. Esos corellianos no eran inexpertos. En el momento en que el Ala-X de Luke empezó a hacerse demasiado grande en sus visores delanteros, giraron, dos hacia arriba y uno a estribor.

Pero el propio Luke no era ni de cerca inexperto. El instinto y un toque, un destello del futuro a través de la Fuerza, le tuvieron tirando hacia atrás de su palanca de control y conectando sus repulsores traseros en el momento en que completó su maniobra de desaceleración. Estaba orientado hacia arriba mientras sus perseguidores se escoraban. Lo único que podía ver eran el cielo azul y los cazas de ataque corellianos, uno de ellos oscilando locamente en su ordenador de objetivos. Disparó, con los láseres rojos acercándose y alcanzando el lado de babor del caza de ataque y luego volvió a cruzar a la derecha y disparó incluso antes de que el ordenador confirmó que lo tenía fijado.

El primer disparo de Luke voló su objetivo limpiamente haciéndole desaparecer del cielo. El segundo privó al caza de ataque del ala de estribor. El caza averiado giró y se desplomó, fuera de combate.

Esos cazas de ataque corellianos no estaban equipados con escudos. Luke negó con la cabeza por eso, incluso mientras buscaba con sus ojos y sus sentidos en la Fuerza a su mujer. Ella se había apartado hacia estribor y había vaporizado al caza de ataque que se había dirigido en esa dirección. Ahora estaba girando de vuelta hacia él.

Luke comprobó el panel sensor. Nueve Alas-X y dieciocho cazas habían entrado en combate. Segundos después, nueve Alas-X y once cazas de ataque continuaban para ocupar el campo. Él suspiró. Se estaba enfrentando a corellianos tan valientes, y tal vez tan hábiles, como sus amigos Han, Wedge y Corran, y estaba obligado a purgarles de los cielos. A veces se arrepentía amargamente de los juramentos y tradiciones que unían a la orden Jedi a la Alianza Galáctica.

Se volvió hacia la dirección del conflicto. Mara estaba colocada bajo su lado de babor y seguía su velocidad y su rumbo.

SOBRE CORELLIA

El panel sensor de Lysa se encendió como un desfile en un festival. Miró las lecturas. Alguien la tenía fijada como objetivo. Se forzó a sí misma a ignorar ese hecho. Su pierna rebotaba incluso más frenéticamente.

—Líder, Ocho. —La voz de Ocho sonaba angustiada—. Me tienen fijado. Permiso para separarme y disparar.

—Denegado, Ocho. —Líder VibroEspada sonaba exasperado.

—Sólo están intentando desconcertarte, Ocho —dijo Lysa—. Provocar una reacción.

—Siete tiene razón, Ocho. Concéntrese en ella. Haga lo que hace ella.

Lysa se animó. Ese era una de las pocas cosas completamente no sarcásticas y no ambiguamente positivas que Líder había dicho de ella en los pocos meses que ella había estado con el escuadrón, y se lo estaba diciendo a un piloto con un año más de experiencia que ella.

Ahora podía ver a los cazas de ataque que se acercaban claramente bajo la luz reflejada por la superficie de Corellia. Ellos planeaban hacia el Escuadrón VibroEspada en lo que parecía como un vector de llegada atmosférica, tan lento y despreocupado como si no hubiera una unidad de interceptores en su paso directo.

Ella miró su aproximación. Si no variaban su ángulo, pasarían directos a través del centro de la formación de los Eta-5, acercándose a V-Espadas Cinco y Seis.

Ellos variaron su ángulo. Una pareja de cazas de ataque lo ajustó, sutilmente, y esto les colocó en un camino de intercepción directo con Cinco y Seis. Otra pareja giró ligeramente,

colocándoles en un curso directo hacia las posiciones que Siete y Ocho ocuparían en alrededor de diez segundos.

—Líder…

—Cállese, Ocho. Quédese con Siete.

—Agárrate a eso, Ocho —dijo Lysa.

Ella colocó su dedo sobre el botón para activar sus escudos deflectores. Aunque eran mínimos comparados con los escudos de un Ala-X, todavía le proporcionaban alguna defensa contra un impacto o los láseres de un caza de ataque.

Calculó que Cinco y Seis contactarían con sus oponentes antes. Ahora sólo estaban separados por una docena de metros. Lysa podía haber mirado directamente hacia arriba y haber visto su propia oposición de cazas de ataque planeando hacia ella, acercándose lenta e implacablemente, pero no lo hizo. Ella miró la pantalla del sensor, siguiendo a Cinco y Seis al igual que el progreso de sus propios oponentes.

Y entonces el punto verde que representaba V-Espada Cinco y el punto rojo del opuesto de Cinco convergieron durante un momento.

—Aquí Cinco. —Tras la voz de mujer, Lysa pudo oír las alarmas de impacto de la cabina sonando—. Impacto.

—Entrando —dijo Líder.

Lysa encendió sus escudos de golpe y pisó a fondo el impulsor de maniobras para apuntar su morro hacia abajo hacia la superficie del planeta. Entonces disparó sus impulsores principales, dándole la máxima aceleración de sus motores gemelos de iones para pasar por debajo del vientre del caza de ataque a sólo tres metros de distancia. Su Eta-5 se alejó de ese caza y su compañero de ala, lanzándose hacia la atmósfera del planeta.

—¡Hey! —Ella vio el punto verde de Ocho seguirla con retraso—. ¿Dónde gira…? ¡Hey, me han dado!

—¿Es malo?

Ahora a máxima aceleración, Lysa empezó a hacer un rizo hacia arriba desde el planeta, una maniobra diseñada para llevarla a la parte más alejada de lo que había sido la formación de cazas de ataque. Un caza de ataque que tuviera una línea recta para interceptarla podría hacerlo, pero uno siguiendo su estela sería dejado atrás por el interceptor Eta-5 más rápido.

—No hay daños, lo recibió el escudo. No me está persiguiendo.

—¿Entonces por qué lo mencionas?

—El tuyo es una muerte.

Las cejas de Lysa se levantaron. Había esperado que su explosión de aceleración causara algún daño al caza, que tal vez sorprendiera el piloto y causar que se escorase reflexivamente, pero debía haber penetrado la cabina.

Se sintió… no estaba segura de cómo se sintió.

Ahórrate tus sentimientos para más tarde. *Ahórrate tus sentimientos para cuando estés en casa*. Otra vez la voz de su padre, algo que le había dicho cincuenta veces al cabo de los años. Decidió escucharle.

Su rizo se completó y ella miró al enfrentamiento entre los Eta-5 y los cazas de ataque con sus ojos y su sensor. Sus compañeros y sus oponentes estaban esparcidos en una línea ancha de un par de kilómetros de larga, con parejas de alas circulando las unas alrededor de las otras en una lucha de perros.

Una línea… a ella le gustaban las líneas. Se orientó hacia una punta y continuó su aceleración a toda potencia.

—Prepárate para disparar un poco, Ocho.

—Yo… sí. Estoy en tu ala.

capítulo doce

Fiav caminó hasta el almirante Klauskin.

—Señor, ha habido un incidente. Uno de nuestros escuadrones ha tenido una refriega con uno de los suyos y ahora están totalmente enfrentados. Más escuadrones de ambos lados se están moviendo para unirse al conflicto.

Klauskin asintió.

—Bien, bien.

—Señor, con el debido respeto, eso *no* está bien. No es parte de las metas de nuestra operación. —La sullustana bajó la voz—. Sería de gran ayuda para la moral de los oficiales si les hiciese saber cuáles son nuestras metas revisadas. ¿Vamos a asaltar a CEC-Uno? Porque tan pronto como lleguemos a él, sus defensores van definitivamente a asaltarnos a *nosotros*. ¿Vamos a retroceder fuera del sistema? ¿Vamos a atacar a la flota corelliana?

Klauskin consideró sus preguntas. Se dio cuenta que sentía una curiosidad sin emoción sobre esos asuntos. Pero eso, al menos, le permitiría tomar decisiones lógicamente.

No, asaltar el astillero designado como CEC-Uno no era parte de su operación. Lo querían intacto para el día en que Corellia volviera al campo de la AG y todo el mundo fueran amigos otra vez. Pero eso significaba que tendrían que alterar su actual curso orbital, así que otro plan tenía que ser implementado.

¿Retroceder fuera del sistema e irse a casa con el rabo entre las patas? Inaceptable. Eso convertiría esta operación en un

fracaso. Eso le convertiría a *él* en un fracaso.

Atacar a la flota corelliana parecía ser la mejor alternativa de las presentadas ante él. Pero no tenía suficiente información acerca de la composición de la flota enemiga. Los corellianos probablemente no serían rival para su fuerza, pero tenían la ventaja de casa, podrían tener algunos trucos preparados, y podrían diezmar seriamente a su grupo antes de ser derrotados.

Resintió el hecho de que sus alternativas fueran tan pocas en número. Necesitaba una nueva idea, una idea mejor. Ojalá pudiese volver a su camarote durante un tiempo, tenderse y hablar con… con…

—Edela —susurró.

Debería haber recordado no susurrar cerca de una sullustana. Sus grandes orejas no eran sólo de adorno.

—¿Edela? —dijo Fiav—. ¿Su esposa?

—Sí.

—Señor, ella murió hace años.

—Sí, lo sé.

Entonces le llegó la respuesta. Sí, un descanso, algún tiempo de reposo, una estación en el lado de un planeta para encontrar algo de reposo y recreación. Eso era lo que necesitaban.

Sintió que la energía le llenaba de nuevo.

—¿Cuál es el quinto planeta habitado aquí? ¿Talus o Tralus?

Los enormes ojos de la sullustana parpadearon por la sorpresa, quizás por la repentina fortaleza del tono del almirante.

—Um, ambos lo son. Orbitan un punto común en el espacio. Así que uno es el cuarto a veces y luego es el quinto el resto del tiempo.

—¿Cuál es el quinto *ahora*?

Fiav levantó un comunicador hasta sus labios, habló y escuchó.

—Tralus, señor.

—Fije un curso hacia Tralus. Comuníquelo a toda nuestra fuerza, pero no es para que sea llevado a cabo aún. Prepárese para recuperar todos los cazas y naves de apoyo que no estén equipados con hipermotor y para ordenar una recuperación opcional de aquellos con hipermotor. ¿Quién es nuestro mejor oficial para la planificación de asaltos a escala de ciudad y planetaria a corto plazo… a *muy* corto plazo?

Fiav parpadeó de nuevo.

—Lo descubriré, señor.

—Cuando lo haga póngale a él o a ella a cargo de planear un asalto para la ocupación de Tralus. Quiero el mejor plan que podamos conseguir en quince minutos.

Klauskin aguantó una risa que estaba intentando escapársele.

De repente se sentía vivo de nuevo, a cargo de su destino.

Esta operación *no* fallaría. *No* sería culpa suya.

Un transporte con forma de disco de diseño corelliano apareció de repente delante del *Dodonna*.

—Y que hagan estallar ese pedazo de chatarra —dijo Klauskin.

—Ese es amistoso, señor. El *Halcón Milenario* —dijo un oficial del sensor en un puesto en el nivel inferior.

Klauskin miró encolerizadamente por encima de la pasarela al oficial del sensor.

—¿Así que no podemos destruirlo?

—Eso es, uh, correcto, señor.

—Bueno, dígale que saque esa trampa mortal fuera del cielo. Esto es peligroso.

—Sí, señor.

—¿Qué *no* es peligroso? —Han puso tan malos modos y gravedad en su voz como pudo—. Ustedes están aquí, estoy leyendo fuerzas corellianas delante en esta órbita y fuera de su formación, estoy recibiendo informes de luchas sobre Coronita… ¿adónde voy? Tengo aquí a mi mujer… ¿cómo la mantengo a salvo?

En el asiento del copiloto del *Halcón*, Leia le dirigió a su marido una mirada poco divertida. *¿Mantenerme a salvo?*, vocalizó ella en silencio.

Han le dirigió una mirada de disculpa.

—Solo, ha dejado caer su vehículo en medio de un conflicto militar —dijo la anónima voz del *Dodonna*—. Sólo le recomendamos que se ponga a salvo. Ahora. No tenemos tiempo de figurarnos dónde es eso para usted.

Leia le dio unos golpecitos al panel sensor, que mostraba un escuadrón de cazas, demasiado lejano para que el sensor lo analizara, separarse de la flota corelliana y girar hacia la posición del *Halcón*.

—Hey, hay todo un escuadrón viniendo hacia mí —dijo Han—. ¿Me envían una escolta?

—No son nuestros —dijo el *Dodonna*—. Lo que significa que

probablemente vienen a volarlo.

—Oh. Mire, estoy fijando un curso de salida a través de su estela orbital. Utilizaré sus naves como protección. Dígales que no me disparen. *Halcón* fuera.

—Espere…

Han desconectó su panel de comunicaciones.

—Abróchate el cinturón, cariño —dijo.

Leia lo hizo, a regañadientes.

—Han, estás jugando a un juego peligroso.

—Siento mucho todo eso de *proteger a mi mujer*, eso era sólo para confundirles…

—No me refería a eso. Quiero decir dar un paseo en medio de una batalla.

—Quiero ver la composición de sus fuerzas. Quiero ver cómo se conducen cuando están asaltando mi planeta natal. Agárrate.

Han lanzó el *Halcón* en un rizo ancho y que revolvía el estómago, enviándolo de vuelta hacia la proa del *Dodonna,* pero más abajo, un par de kilómetros bajo el transporte en órbita.

El panel sensor mostró los cazas que se acercaban al *Halcón*. Ahora apareció un diagrama de sus perseguidores: la forma del fuselaje parecida al cuerpo de un escarabajo, dos alas inclinadas hacia abajo saliendo hacia fuera para soportar sus grandes vainas para los impulsores y una torreta de cañones láser bajo el cuerpo principal del fuselaje.

—Interceptores de Vigilancia A-Nueve —dijo Leia—. Pequeñas cosas veloces.

—Cascos débiles —dijo Han—. Solía romperlos con los dientes y absorber la carne del interior.

—Concederé que tienes una boca lo bastante grande para hacerlo.

El *Dodonna* centelleó al pasar por su lado de babor. Sus baterías turboláser no siguieron al *Halcón* mientras pasaban.

—Además —dijo Han—, no me dispararán. Soy una celebridad corelliana.

Leia resopló.

—Asegúrate de que tu transpondedor está enviando tu auténtica identidad. De otro modo no tienen razón para no hacerte estallar.

—Buen punto. —Han comprobó su panel de comunicaciones y asintió satisfecho—. Enciende la holocámara del morro, ¿quieres? Quiero grabar lo que estamos a punto de ver.

Leia suspiró e hizo lo que le había pedido.

ESTACIÓN CENTRALIA

Ben estaba tendido encima de un conducto cuadrado de un metro de ancho y de alto. Estaba suspendido a cinco metros por encima del suelo del pasillo, justo a un metro bajo el techo, e inmediatamente bajo él agentes de SegCor estaban hablando.

—¿Alguna noticia? —dijo uno.

—Le tienen encerrado en uno de los teatros.

—Le han cogido, entonces.

—No lo sé. Es un Jedi. Son escurridizos.

Ben sonrió. *Escurridizos*. Le gustaba.

Unas pisadas se aproximaron y el primer agente de SegCor gritó.

—¡Alto! Muestre su tarjeta de identidad.

—Ables, Transporte —dijo una nueva voz, femenina.

—Necesita evacuar esta área. Está cerrada.

—No, estoy excluida. Personal de emergencia.

—Así que lo es. De acuerdo, vaya a su puesto. Y rápido.

Las pisadas se marcharon.

—De vuelta a la patrulla —dijo el primer agente de SegCor.

—Que no te sablelasereen.

—Que gracioso.

Los agentes de SegCor se alejaron en direcciones opuestas dejando solo a Ben.

Su cara se entristeció mientras la comprensión le llegó. Él *era* escurridizo y era realmente *bueno* siendo escurridizo, pero ser escurridizo no era suficiente. Escurridizo era lento. Esconderse, agacharse, ocultarse, andar a cuatro patas… le llevaba una eternidad. Estaba en el corredor que le llevaría hasta la cámara de control de los repulsores de la estación. Por sus cálculos, estaba sólo a unos cien metros de distancia. Pero moviéndose escurridizamente a lo largo de cada centímetro de esa distancia podía llevarle horas.

Y todo porque el enemigo sabía que se estaban enfrentando a Jedi.

Ben se sentó tan rápido que se golpeó la cabeza contra el techo por encima. Se frotó el lugar del impacto y lo consideró. No tenía que *ser* un Jedi justo ahora. Torpe por la prisa, empezó a quitarse las botas, a quitarse su túnica Jedi y todo su

equipamiento, y en un minuto se quedó sólo con una camiseta interior negra y unos calzoncillos negros. Su sable láser y todos los juguetes electrónicos que intentaban convertir esta misión en un éxito fueron a parar a su bolsa.

Con la bolsa en la mano, se dejó caer por el borde hasta el suelo más abajo, rodando hasta ponerse en pie, y empezó a correr en dirección a su destino.

SOBRE CORELLIA

Lysa terminó su pasada a lo largo de la longitud del enfrentamiento entre los VibroEspada y los cazas atacantes. Dejaría que sus motores pusieran algo de distancia entre ella y el conflicto antes de dar la vuelta para otra pasada. Estaba segura de que había conseguido algunos impactos en los cazas de ataque corellianos, pero había ocurrido tan deprisa que no tenía ni idea de si algunos eran debilitadores, de si algunos eran muertes.

Matar corellianos.

Ocho estaba todavía a su cola, pero las chispas estaban saliendo de su motor de babor.

—Siete, me han dado.

—¿Qué pinta tiene?

—No buena. Se está sobrecalentando. Verter aire al espacio tampoco está haciendo ningún bien.

—Apágalo y vuelve al *Dodonna*.

—Lo haré. —Ocho sonó arrepentido—. Será mejor que te reúnas de nuevo con los V-Espadas y veas si puedes escoger un compañero de ala temporal.

—Tienes razón.

Entonces los ojos de Lysa vieron algo en su panel sensor: un único punto enemigo, con su curso acercándose a la posición de ella y bajando hacia el planeta.

—Después de este —dijo ella.

—Lysa, no lo hagas sola.

—Te veré en el *Dodonna*.

Ella rompió la formación e hizo un giro para seguir la estela del nuevo caza.

Su panel sensor lo tenía ahora clasificado: un Ala-X. Ella se sorprendió. No creía que ninguna unidad corelliana allí fuera un escuadrón de Ala-X. Pero por otra parte, no habían visto todo lo que los corellianos tenían que ofrecerles. Sonrió, la expresión

competitiva que sus entrenadores habían descrito a veces como feroz, y salió rugiendo tras su nueva presa.

Sí, el curso del Ala-X le estaba colocando en una órbita más y más baja, alejándose de la flota de la AG. Tal vez su piloto pretendía unirse a la batalla contra el escuadrón de Skywalker. Tal vez había estado en una misión de reconocimiento y ahora llevaba importantes datos sensores a los corellianos. Ella negó con la cabeza. De cualquier modo, no llegaría a donde el piloto pretendía ir.

No se preocupó de intentar fijarle todavía. Los Alas-X eran duros y su panel sensor indicaba que su piloto ya había colocado su escudo trasero a doble potencia.

Cuando su visor de alcance indicó que estaba al alcance de máxima efectividad para los cañones láser de su interceptor, ella giró su retícula de objetivos hacia el Ala-X. Pero el caza de repente se sacudió hacia arriba, hacia los lados, de babor a estribor, siempre en una dirección opuesta a la aproximación de su retícula de objetivos. Tuvo la extraña sensación de que el piloto sabía exactamente cuándo iba ella a empezar a apuntar.

No sabía si maldecir o sonreír más ampliamente. Este piloto era *bueno*. Él osciló en la retícula de objetivos de ella una, dos, tres veces, en cada ocasión esperando lo suficiente para que ella apretase el gatillo de sus cañones láser, pero nunca lo suficiente para que los disparos láser encontraran su objetivo en su fuselaje. Ella falló cada disparo, a veces sólo por unos cuantos metros.

Y de repente él iba a la inversa.

Ella le sobrepasó y la adrenalina la sacudió. Era una técnica de vuelo clásica de Ala-X utilizada contra un perseguidor más rápido y había sido ejecutada exactamente en el momento en que ella menos lo esperaba.

Ella empujó su palanca de control, justo lo suficiente para que su oponente creyera que ella iba a lanzarse y hacer una espiral y entonces tiró con fuerza hacia atrás, dirigiéndose hacia arriba y hacia el lado de babor con un giro.

Un piloto inexperto mordería el anzuelo de esa primera maniobra falsa y se lanzaría a perseguirla. Ella sería capaz de corregir y lanzarse tras él. Un piloto más alerta o experimentado se las arreglaría para mantenerse en su cola y tendría unos cuantos segundos de persecución para obtener un objetivo fijado y disparar sus cañones láser o incluso lanzar un torpedo de protones al caza de ella, mucho más frágil que el Ala-X.

Ella no oyó el chillido de la alarma de fijación de objetivos. Comprobó su panel sensor. Su oponente no se había lanzado ni la había perseguido. Aparentemente desde el momento en que ella hizo su maniobra evasiva, él había reasumido su curso original.

Lysa se quedó allí sentada con una sorpresa momentánea. Él ni siquiera le había disparado.

Su panel de comunicaciones crujió y su escáner indicó que la emisión llegaba por una frecuencia general del ejército de la AG… pero de muy baja energía, tan débil que sólo ella parecía poder recibirla.

—Bonito giro interceptor —dijo su oponente—. Juraría que aprendiste eso de Tycho Celchu.

De nuevo, Lysa se quedó helada. Ella *había* aprendido esa maniobra del general Celchu, el celebrado oficial que había volado un Ala-A para entrar y salir de la segunda Estrella de la Muerte hacía más de treinta años.

Y ella conocía la voz de su oponente, incluso tan alterada como estaba por la transmisión de baja energía y la distorsión estándar de los comunicadores.

—¿Papaito? —dijo ella.

—Hola, cariño.

Ella rodó de nuevo, y esto le envió en un paso descendente hacia el Ala-X. Pero su curso no la llevaría tras él en la manera propia de una pelea. En su lugar, mirándolo, eligió un curso de intercepción… y apagó completamente su ordenador de objetivos.

Su vector la llevó hacia la parte superior del Ala-X. Ella ajustó su curso de manera que fueran paralelos, con su interceptor Eta-5 inmediatamente sobre el Ala-X. Entonces giró su caza de manera que volaran cubierta contra cubierta, con unos meros cuatro metros separándolos.

Y ella miró hacia arriba a la cara de su padre, Wedge Antilles.

El segundo piloto más famoso de Corellia le dirigió una sonrisa llena de dientes y le ofreció un gesto con los pulgares hacia arriba. Él llevaba un casco de piloto de Ala-X estándar. No llevaba su propio casco ajado con las distintivas cuñas, sino otro, este decorado con un arco de triángulos a lo largo del borde.

—Papaito, estás *retirado*. Sal de los cielos.

Lysa de repente fue consciente, y se avergonzó, del lamento adolescente de su voz. Pero la comprensión de que había disparado contra su propio padre le hizo sentirse exhausta y

mareada.

—Lo haré, cariño. —Wedge movió un dedo admonitorio en dirección a ella—. No dejes que te hieran.

—No lo haré, papaito.

Wedge ajustó su curso y de repente estaba cayendo más vertiginosamente, alejándose de ella.

Lysa rodó para colocarse en una orientación más natural, poniendo el planeta bajo su quilla y tiró hacia atrás de su palanca de control, enviándola hacia arriba. Despacio, hizo una espiral para volver hacia la última posición conocida su escuadrón.

Realmente nunca antes se había cruzado con las profundidades mitológicas de la reputación de su padre. Oh, sí, había crecido conociendo su fama y era el deseo de tener una carrera alejada de la sombra de Wedge Antilles el que había causado que entrara en la academia de entrenamiento bajo el nombre de Lysa Dunter en lugar del de Syal Antilles. Incluso había escogido entrenar con los cazas de más velocidad y menos blindados como los interceptores Eta-5 más que los viejos y robustos Alas-X que su padre adoraba, todo para evitar las comparaciones envidiosas con él.

Nunca había sido consciente de la reputación de él como una leyenda más que como un hecho histórico. Sin embargo ahora, encontrarse con él bajo las más improbables circunstancias, en un lugar y un momento donde la historia se estaba produciendo, incapaz de hacerle daño aunque lo había intentado con todas sus aptitudes y voluntad, ella lo sintió.

Había disparado contra su padre. Ella había matado a compañeros corellianos… su deber había quedado fijado el día en que había hecho su juramento de oficial y no desaparecía de repente porque su mundo natal fuera ahora el enemigo.

En unos pocos minutos, el universo se había vuelto un lugar loco.

Se forzó a sí misma a volver de su ensueño. Tenía enemigos delante y soñar despierta mientras se aproximaba a ellos la mataría.

—Céntrate —dijo su padre, salido de su memoria, no de su panel de comunicación—. Céntrate y tus posibilidades de supervivencia son mejores.

Ella se centraría. Le había prometido a él que no la herirían.

Syal Antilles vio puntos enemigos delante y su panel sensor los identificó como un par de Vigialntes A-9. Uno estaba

aparentemente cuidando al otro, cuyos motores estaban echando chispas. Ellos se hicieron más grandes para ocupar toda su mente, con toda otra consideración olvidada, y ella se lanzó rugiendo hacia ellos.

capítulo trece

ESTACIÓN CENTRALIA

Jacen cortó a través de la sección media del rifle láser de su último oponente y siguió con una patada circular que catapultó al hombre por encima de la barandilla de la pasarela. Con un gemido de miedo, el hombre cayó una distancia equivalente a dos pisos de altura hasta el suelo de metal, un impacto que, calculó Jacen, le heriría pero probablemente no le mataría.

Jacen se volvió para mirar los cuantos metros que acababa de recorrer. Ocho agentes de SegCor yacían en la pasarela, inconscientes, algunos sangrando, dos de ellos habiendo perdido el antebrazo derecho. Dos proyectores sónicos instalados en los cuerpos inferiores de astromecánicos R5 estaban echando humo e inmóviles.

Los otros cuatro agentes de SegCor y Thrackan Sal-Solo se habían retirado a través de unas pesadas puertas de metal, de alrededor de cuatro metros de altas que parecían equipamiento original de la Estación Centralia, aunque el panel de seguridad a su lado tenía que ser de manufactura más reciente. Jacen pudo sentir peligro y malicia, al otro lado de esa puerta.

Alargó la mano hasta el botón de ABRIR, sin esperar que funcionara. Thrackan indudablemente la había bloqueado. Pero una visión del futuro, de un posible futuro, cruzó los pensamientos de Jacen y él retiró la mano de golpe. En el ojo de su mente, se vio a sí mismo pulsando el botón, a una señal

electrónica pasando a lo largo de los caminos del aparato de seguridad hasta un extraño aparato en el otro lado de la puerta, una explosión lo bastante poderosa para volar la puerta y una gran parte de la pared a su alrededor hasta convertirlas en nada…

Jacen trotó por la pasarela abajo, poniendo una buena distancia entre él y la puerta, y luego se volvió para concentrarse en el panel de seguridad. Apenas visible a esta distancia estaba el pequeño brillo verde del botón ABRIR.

Se puso las manos sobre los oídos y se esforzó contra el botón, con el más simple de los empujones con la Fuerza…

Con un centelleo brillante y una onda de castigo de sonido, la puerta estalló, doblándola y aplastándola a través del espacio que habría ocupado Jacen. El humo y la metralla que una vez fueron las secciones de la pared que la rodeaban la acompañaron. La pasarela bajo los pies de Jacen se estremeció y luego se enderezó rápidamente. Él corrió de vuelta por donde había venido, aumentando la velocidad con un estallido basado en la Fuerza, y saltó por la nueva abertura de la pared.

Un corredor, ancho, oscuro. A la izquierda, lejos de las áreas de la estación a las que él quería llegar, abierto. A la derecha, en la distancia, una línea de agentes de SegCor, veinte o más en un par de líneas bien organizadas. La línea frontal estaba arrodillada, con escudos curvados de transpariacero para el control de masas preparados, mientras que la línea trasera estaba en pie con los láseres apuntados. Tras las dos líneas estaba Thrackan Sal-Solo.

Más cerca, a diez metros de distancia pero flotando hacia él, llenos de cicatrices y todavía humeantes en el lugar en que los escombros de la explosión les habían alcanzado, había dos probots.

No, no eran bastante. Estos droides se parecían a probots de la era de la Rebelión: deformados y bulbosos, ligeramente por debajo de los dos metros de alto, flotaban en repulsores bien por encima del suelo, con cuatro brazos mecánicos colgando por debajo, justo como los viejos droides furtivos. Pero estos eran de color bronce más que negros y sus brazos parecían más corpulentos y más robustos que los probots de los viejos tiempos.

Y terminaban en lo que parecían como vainas de armas.

Mientras Jacen entraba en el pasillo, ellos activaron los escudos deflectores, que no eran un rasgo de los probots originales, y volaron directos hacia él.

Levantaron las vainas de armas y empezaron a disparar. Uno

tenía pistolas láser. El otro, pequeños cartuchos ovales que tenían que ser explosivos.

Ben oyó y sintió el *boom*, distante y apagado, originado en algún lugar bajo sus pies, y se distrajo lo suficiente para utilizar la Fuerza para buscar a Jacen. Débilmente, pudo sentir a su Maestro, y pudo sentir el movimiento y la vitalidad de él.

Pero la distracción duró lo suficiente para que Ben se tropezara con alguien. Chocó contra una armadura corporal rígida, rebotó y cayó al suelo sobre su trasero.

Levantó la mirada hasta la cara de un oficial de SegCor que le miraba furiosamente.

—Vuelve por donde has venido, hijo —le dijo el oficial—. Esta área está cerrada.

—Tengo que ver a mi padre —dijo Ben, improvisando rápidamente—. Está guardando la sala de control del repulsor. Tengo que asegurarme de que está bien.

—No, niño, está fuera de los límites.

—*Tengo que saber que está bien*. —Ben convirtió las palabras en el gemido asustado de un niño.

Dio la vuelta alrededor del oficial de SegCor, eludiendo el intento de hombre de agarrarlo, y continuó corriendo corredor abajo.

No pudo evitar que sus hombros subieran, tensándose. Se abrió a la Fuerza, buscando la respuesta del guardia a su acción.

Ben no sintió la insinuación de peligro: el guardia no le apuntó con su rifle láser. Las emociones del hombre eran una mezcla de irritación y simpatía. Ben sintió al hombre sopesar una decisión, y al chico le llevó unos momentos figurarse qué era: si se lo comunicaba o no a sus compañeros y les advertía que el chico iba hacia ellos. Entonces Ben sintió al hombre elegir en contra de ese curso de acción. El guardia se volvió.

Ben sonrió para sí mismo. *Eso fue fácil*. Pero entonces se puso serio. Si esta misión era un éxito, ese guardia bueno y simpático podía morir en la destrucción de la Estación Centralia.

Pero si Ben *no hubiese* engañado al hombre, incluso más gente podía morir.

Era una pequeña maldad para evitar una grande. Todo era en interés del bien mayor, las necesidades de muchos. Ben había oído esas palabras cientos de veces, principalmente de Jacen, y finalmente empezaba a entender lo que significaban.

Sin embargo, en lo más profundo, recordó que su padre una vez dijo: *Hay veces en que el fin justifica los medios. Pero cuando construyes un alegato basado en toda una serie de tales momentos, puedes descubrir que has construido toda una filosofía del mal*.

Preocupado, Ben corrió.

Con su sable láser, Jacen desvió el fuego láser que venía del probot a mano derecha. No podía apuntar hacia donde los devolvía. Eso requeriría demasiada concentración. En su lugar, con su mano izquierda alargada, se abrió a la Fuerza y encontró los proyectiles que estaban siendo disparados por el probot a mano izquierda. Los cogió y los redirigió en dos grupos, un grupo hacia cada droide.

Volaron sólo hasta los escudos deflectores de los droides, hasta alrededor de un metro de sus cuerpos y se adhirieron allí. Entonces, uno tras otro, detonaron.

Jacen vio debilitarse los escudos deflectores con cada explosión. Cargó hacia delante, confiando en su velocidad y repentino movimiento para quitarse de encima la mira del probot con el rifle láser. Cuando el último de los proyectiles hubo detonado, antes de que los escudos de los probots tuvieran tiempo de fortalecerse, alargó el brazo para cortarlos, primero a la derecha y luego a la izquierda.

Dos probots, cortados a la mitad por las partes más estrechas de sus cuerpos bulbosos, se estrellaron en el suelo de metal.

—Abran fuego —Jacen oyó decir a Thrackan, en el silencio que siguió.

La línea trasera de agentes de SegCor abrió fuego con sus rifles láser. Cada uno estaba conectado en fuego automático y llenaron el aire con disparos láser.

Jacen entró en un modo totalmente evasivo: corriendo, saltando, evitando y girando su sable láser en un escudo defensivo que interceptaba disparo tras disparo.

No fue suficiente. Sintió una quemadura en su pantorrilla izquierda mientras un disparo láser le pasó rozando. Otro disparo, casi tan cercano, tiró de su manga derecha y dejó un agujero delineado por una línea quemada en ella.

Saltó hacia delante y hacia atrás, dando volteretas, y mientras aclaraba la zona del fuego más pesado, antes de que los agentes de seguridad pudieran ajustar sus miras, alargó la mano hacia el

techo con la Fuerza. Tiró de esa superficie de metal simple e inmóvil con todo lo que tenía.

Esta se liberó, cediendo ante su tirón. Mientras él aterrizaba, una enorme placa de metal del techo se separó de sus soportes casi directamente encima de su cabeza y se estrelló en el suelo a meros dos metros delante de él. El lado más alejado de la placa permaneció adherido al soporte por encima, de manera que a lo que Jacen se enfrentaba era una rampa desnuda que llevaba hacia arriba… y que actuaba como un escudo en ángulo entre él y la línea de rifles.

Levantó la vista y frunció el ceño. Su rampa no llevaba a ninguna parte. Por encima del área donde había descansado había metal más pesado, una pared completa. Pero al menos la placa de metal le daría unos momentos de descanso.

Incluso ahora, sin embargo, esta se estaba estremeciendo bajo los impactos láser, volviéndose brillante en un punto donde algunos de los agentes de seguridad estaban concentrando su fuego.

Jacen miró desde el lado de su escudo improvisado, atrayendo el fuego, pero reuniendo información valiosa sobre las tácticas de sus enemigos.

Vio a tres de los que llevaban rifles cambiar los paquetes de energía simultáneamente, obviamente era parte de una rotación programada. Así que llevaban suficientes paquetes de energía para mantener el fuego constante durante mucho tiempo, para mantenerle atrapado.

Jacen se movió hacia el otro lado de su escudo y se detuvo un momento antes de echar una ojeada otra vez. La fortaleza de sus enemigos era también su debilidad, y él la utilizaría contra ellos…

Su comunicador pitó con tres rápidas notas musicales. La señal sobresaltó a Jacen. Era Ben y significaba *Objetivo a la vista*.

Jacen asintió. Simplemente no marcharía hacia delante en un esfuerzo para alcanzar su objetivo. Continuaría atrayendo los recursos defensivos de la estación hacia él, dándole a Ben algo de tiempo.

Cerró los ojos y buscó con otros sentidos las fuentes de energía, de calor.

Allí estaban, varios de ellos, tan cerca que parecían formar una única línea de energía: los rifles láser de sus enemigos.

Armas fuertes indudablemente mantenidas en excelentes condiciones, estaban haciendo un trabajo decente en manejar el tremendo calor que demandaba el fuego constante.

Bueno, él necesitaba cambiar *decente* por *pobre*. Alargó la mano hacia aquellas brillantes fuentes de energía, encontrando una al final de la línea. Inyectó su propio poder en ella, empujó a su alrededor para encontrar los lugares débiles, las grietas, las salidas…

Encontró una y se esforzó a sí mismo contra ella. Esta aguantó contra él durante largos momentos. Entonces oyó un grito de alarma de una de las agentes de seguridad… y el crujido mientras el paquete de energía de su rifle láser explotó.

Jacen se atrevió a mirar. La agente había caído, herida, con su cuerpo humeando, y otros dos agentes de SegCor, un barbudo con un escudo delante de ella y un hombre con un rifle a su lado, también habían caído. Ahora había una pequeña abertura en el lado derecho de la línea de rifles. Antes de que los agentes fueran conscientes de él, Jacen se retiró… y fue a buscar el siguiente paquete de energía en la línea.

La segunda estaba incluso más caliente y debilitada. Le llevó menos esfuerzo hacer que detonara. Miró otra vez y vio que cuatro agentes más de SegCor habían caído y el resto estaban ralentizando sus velocidades de disparo o cambiando al modo de disparo único.

Tras las líneas, Thrackan se volvió y empezó a trotar en la otra dirección, con un comunicador sostenido junto a sus labios.

Jacen sonrió sin humor. Otros cuantos momentos y esta línea de disparo sería algo del pasado… y él vería las sorpresas que su primo le tenía preparadas a continuación.

A la distancia de cincuenta metros, Ben empezó a descubrir lo que guardaba la puerta de la cámara de control del repulsor: dos agentes de SegCor, un hombre y una mujer, y un droide flotante con forma de balón con cuatro brazos colgando de él. Incluso mientras Ben los veía, el droide flotante se desplazó desde la puerta, con sus repulsores zumbando, hasta el medio del corredor como para bloquear su paso.

Dos de sus brazos, terminando en vainas bulbosas con cañones, se elevaron para apuntarle. Ben levantó sus propios brazos.

—¡No disparen! ¡Soy sólo un niño! —gritó.

Bochornosas palabras. Quería crecer de manera que nunca pudiera utilizar una excusa como esa otra vez. Pero por ahora, era útil.

—Detén el fuego —oyó él que dijo la guardia, y entonces ella se acercó para hacer señas a Ben para que se acercara.

Él se movió hacia ella con paso rápido.

—Me he perdido —gimió.

—¿Cómo has llegado tan adentro en áreas restringidas? —preguntó ella.

Ben se acercó casi diez metros hasta ella mientras hablaba.

—Estaba explorando en las tuberías,, y estaba cansado y hambriento, y me quedé dormido, y entonces hubo explosiones y alarmas y sonidos de gente corriendo, y finalmente encontré un auténtico corredor, pero no sé dónde estoy.

Había recorrido la mayor parte del camino hasta los guardias en el transcurso de ese discurso. Ahora sólo les separaban cinco metros. Intentó invocar a las lágrimas, pero no vinieron. Decidió que necesitaba más práctica.

—¿Tienes un cuaderno de datos? —preguntó la mujer—. Puedo transmitirte un mapa para salir de aquí.

—No —dijo Ben.

Ahora estaba en frente de ella y del droide flotante.

Este parecía más fuerte, y él podía ver nódulos en la parte alta de la superficie que probablemente indicaba generadores de escudos deflectores. Pero no pensaba que los escudos estuvieran levantados. Incluso sin ellos, su piel de metal color bronce sugería que podía soportar un disparo láser o dos.

—Tú quédate justo aquí —dijo la mujer—. Te traeré una copia del mapa.

Su compañero, que no se había movido de delante de la puerta, habló finalmente.

—No —dijo él—. El protocolo es que llamemos y ellos enviarán a alguien para que le escolte fuera del área.

—No hay nadie disponible para escoltarle —dijo ella. Había un ligero rastro de condescendencia en su voz—. Todos han sido llamados para el Objetivo Alfa. Así que podemos hacer de canguros aquí hasta que envíen a alguien, tal vez dentro de unas horas, o podemos enviarle a él con un mapa.

Su compañero suspiró, exasperado, pero no replicó.

Ben sintió aumentar su pulso. Si la agente se salía con la suya, ella abriría la puerta por él… una tarea menos a la que hacer

frente.

Sin embargo, tendría que acabar con ella, y su compañero, y la gran bola flotante para poder entrar en la habitación.

Prioriza tus pasos, le había dicho siempre Jacen.

La Prioridad Uno era el droide flotante. Tenía que ser alguna clase de modelo de combate, así que iba a ser duro, y tal vez iba a estar alerta para un ataque, incluso de una fuente tan poco probable como un pillo de pelo rojo. Si alargaba la mano hacia él, el droide podría interpretar el movimiento como el heraldo de un ataque. Pero no tenía que alargar la mano. Tras el droide, acabaría con cualquiera de los agentes humanos que estuviera más alerta hacia él y luego el menos alerta, pero esperaría hasta el último momento para decidir quién era quién.

Otra de las lecciones de Jacen era *Planea y cronometra tus pasos*. La mujer se estaba acercando a la puerta y se preparaba para insertar su tarjeta de identidad en la abertura de un panel de seguridad. El hombre no se estaba moviendo. Era un juego de ver quién apartaba la vista primero.

Eso le dio a Ben un momento para hacer planes. Necesitaría esperar hasta que la puerta simplemente se estuviera abriendo. Entonces acabaría con el droide. Su siguiente prioridad sería entrar en la cámara antes de que la puerta se volviera a cerrar, y cualquier monitor de seguridad podría cerrarla tan pronto como se abriera. Así que se lanzaría a través de la puerta y trataría con los guardias humanos mientras pasaba.

Después de eso… Jacen estaría decepcionado con él si no se figurara alguna manera de salir de esta estación, pero Ben no tenía tiempo justo ahora. El desafío entre los guardias terminó. Irritadamente, el hombre se apartó del camino de ella y la mujer insertó su tarjeta de identidad en la abertura.

Todo empezó a moverse con movimientos lentos, como si todo el corredor estuviera repentinamente sumergido en un fluido espeso e invisible. Ben vio la puerta empezar a deslizarse hacia arriba. Puertas como esta se abrían casi instantáneamente, pero su percepción del tiempo estaba tan dilatada que miró mientras se elevaba un metro.

Sostuvo su mano por encima de su bolsa y tiró a través de la Fuerza. Su sable láser saltó hasta su mano y él lo encendió de golpe, girándolo hacia el droide flotante incluso mientras el distorsionado ruido de *chasquido-siseo* anunciaba que la hoja se estaba encendiendo.

En lugar de dar una estocada, saltó hacia arriba y empujó hacia abajo, apuntando a uno de los nódulos de los escudos deflectores. La punta de la hoja de su sable láser cortó a través del casco de bronce allí, alcanzando las entrañas del droide. Ben mantuvo sus manos en la empuñadura del sable láser, dejando que su peso arrastrara el arma hacia abajo a través del droide.

El droide cayó casi tan rápidamente como él, con agonizante lentitud, y Ben pudo ver al guardia reaccionando ante al ataque, levantando el cañón de su rifle.

Los talones de Ben golpearon el suelo y él continuó bajando, rodando de lado hacia la puerta ahora totalmente abierta. El guardia intentó seguir al chico con su rifle láser. La mujer, con su cara distorsionada por la sorpresa, estaba pulsando el botón CERRAR en el panel de seguridad. Su tarjeta de identidad todavía estaba en la abertura de la tarjeta en el panel.

Ben se puso en pie entre el hombre y la mujer, tan cerca que el cañón del rifle láser del hombre ahora sobresalía de manera segura más allá de él, y cortó el panel de control. La hoja de su sable láser cortó los controles y la tarjeta de identidad, quemándola y fundiéndola en su lugar. La hoja pasó tan cerca del reverso de la mano de mujer que él vio la piel oscurecerse a lo largo de una zona de cuatro centímetros. Sus nudillos todavía pulsaban el botón CERRAR, incluso mientras los bordes cercanos de ese botón se fundían por el calor del sable láser. Ben continuó rodando hacia delante, con la cabeza entre los pies… y, mientras la puerta bajó para cerrarse tras él, entró en la oscuridad iluminada sólo por la brillante hoja azul de su arma.

No podía vislumbrar mucho del interior de la cámara. Había una gran masa en frente de él, como si alguien hubiese aparcado aquí un pequeño deslizador terrestre sobre su cola. No se correspondía con nada que el doctor Seyah le hubiese mostrado en las simulaciones. Había pequeñas luces de varios colores por todas las paredes.

Lo primero era lo primero. Giró y lanzó una estocada hacia la puerta, empujando su sable láser contra la parte superior de la puerta, donde el mecanismo elevador debía estar. Hundió la hoja del sable láser bien por encima de su cabeza, cortando hacia arriba y a los lados, intentando cortar el mecanismo o, al fallar eso, intentando fundirlo. Esto le daría tiempo para completar su misión.

Su misión. Esa idea casi le hizo estar mareado. Ahora era *su*

misión.

Cuando terminó el corte, pulsó el control de la luz en el panel de la puerta. Luces blancas por encima de su cabeza se encendieron y él giró, con el sable láser preparado, en caso de que los enemigos esperasen allí en la oscuridad.

Ningún enemigo vivo lo hizo. Pero la habitación todavía no era como se suponía que era.

Los bancos de luces, ordenadores y mesas de control secundarias, algunas eran equipamiento original y algunas instaladas por los corellianos, se alineaban en las paredes como lo habían hecho en las simulaciones del doctor Seyah.

Pero donde la mesa de control principal se suponía que estaba, descansaba algo totalmente diferente.

Era un montón de maquinaria tan grande como media docena de hutts enganchados en un juego de lucha cuerpo a cuerpo sin reglas. Aproximadamente de forma humana, tenía una cabeza del tamaño de un escritorio que parecía como un nodo de sensores cuya superficie tenía una gruesa capa de antenas, luces de monitores y lentes de holocámaras. Su torso estaba hecho de módulos desparejados, cada uno al menos tan grande como la cabeza, conectados con cables de duracero y fibras de transpariacero que llevaban luz. Unidades que colgaban del torso rodeaban, tal vez se incorporaban, al panel de control al que Ben necesitaba acceder. Los brazos de la máquina aparecían ser los miembros cilíndricos pesados de un droide demoledor y terminaban en las mismas manos manipuladoras torpes y destructivas. En lugar de piernas tenía una placa inferior ancha cuyos bordes falsos probablemente escondían maquinaria repulsora. Todos esos componentes eran de diferentes colores, algunos negros, algunos plateados, algunos verde industrial.

Completamente en pie, tendría probablemente cuatro metros de alto, pero estaba sentado con la espalda encorvada, como un estudiante perezoso arrodillado con una mala postura.

Su cabeza giró para volver dos enormes lentes de holocámaras hacia él, y habló desde algún lugar en esa unidad de la cabeza, con sus tonos sintetizados increíblemente reminiscentes a los de la voz de Jacen Solo.

—¿Quién eres?

—Soy Ben Skywalker —dijo el chico. No añadió: *Estoy aquí para destruir toda esta instalación.*

—Maravilloso —dijo el droide—. Estoy tan contento de

conocerte. Yo soy Anakin Solo.

capítulo catorce

CORONITA, CORELLIA

El Espaciopuerto Behareh, aunque era uno menor para los estándares de Coronita o cualquier ciudad de tamaño decente, todavía ocupaba muchos acres, incluso aunque estaba localizado sólo a un par de kilómetros del corazón urbano. Desafortunadamente para Jaina y los miembros del equipo, difería del puerto espacial principal de la ciudad en algo significativo: no había un parking central o un área de hangar para los deslizadores terrestres de los visitantes, ni grandes puntos de llegada comunes donde fuera comparativamente fácil permanecer inadvertidos. En su lugar, Behareh estaba dividido en docenas de propiedades comerciales más pequeñas, normalmente con las oficinas y los hangares de tres o cuatro compañías reunidas alrededor de áreas comunes de lanzamiento y aparcamiento.

Kolir dirigió a Thann a un grupo de negocios cuya área de parking estaba rodeada por árboles altos. Él aterrizó. Aquí, las sirenas de ataque de la ciudad no eran tan altas como en los distritos del gobierno, pero continuaban retumbando en los cielos.

Mientras el deslizador terrestre frenaba hasta detenerse, los ojos de Zekk se abrieron, alertas, despreocupados y sin estar nublados por el dolor.

—¿Estamos ya en Corellia? —preguntó.

—Tranquilo, tú —dijo Jaina, pero apartó un mechón de

cabello de su frente, un gesto suave que le robó cualquier dureza a sus palabras—. Tahnn, Kolir, ¿estatus?

—El escuadrón de Skywalker está haciendo una pasada sobre el centro del gobierno —dijo Thann—. Para disfrazar el auténtico propósito de su llegada y para darnos algo de tiempo para estar en el aire. Tan pronto como lo estemos, él se separará y vendrá para escoltarnos hasta el espacio. El deslizador de Tahiri estará aquí en un par de minutos. —Frunció el ceño—. Creo que hay algo que ella no nos está diciendo.

—¿Cómo qué?

—No estoy seguro. No me lo diría a mí.

—Tengo una pozible objetivo en perzpectiva—dijo Kolir, y levantó su cuaderno de datos. En su diminuta pantalla estaba un logo rojo y amarillo de una compañía que decía: EXCURSIONES DONOSLANE—. Una mujer humana como directora de guardia. La oficina debería eztar por… —Ella miró a su alrededor y vio un edificio con la parte superior curvada de duracreto amarillo justo detrás del deslizador terrestre—. Por allí.

Los otros miraron en esa dirección pero se distrajeron. Otro deslizador terrestre, este de un discreto azul, se posó en el aparcamiento adyacente al suyo. A los controles iba Tahiri Veila, de pelo rubio y ojos verdes, unos cuantos años estándar más joven que Jaina. Estaba vestida con un mono gris utilitario de los trabajadores. A su lado estaba Doran Tainer, alto, de pelo claro, ojos marrones, mandíbula cuadrada e insípidamente guapo como el protagonista de cualquier holodrama, pero estaba extrañamente vestido con ropajes de los trabajadores de los campos manchados de hierba. Ambos eran Jedi. En ese momento, ninguno lo parecía.

En el asiento trasero del deslizador había algo aproximadamente del tamaño de una mujer humana adulta, envuelta en una capa marrón desde las pantorrillas hasta la coronilla de su cabeza. Sólo los pies sobresalían, garras metidas en botas de cuero marrón.

Con el corazón martilleando de repente, Jaina salió de debajo de Zekk y saltó hacia ese asiento trasero incluso cuando Doran le habló.

—No es lo que crees.

Jaina apartó la capa de la cabeza y los hombros del cuerpo… y reveló los rasgos de un brillante droide de protocolo plateado y bruñido, con sus fotorreceptores apagados.

—¿Qué es esto? —preguntó ella—. ¿Dónde está Tiu?

Doran le ofreció una sonrisa dolorida.

—Está en la mansión de Thrackan Sal-Solo.

—¿Capturada?

—No —dijo Tahiri—. Oculta.

—Nos metimos en una trampa —dijo Doran—. Suena como si vosotros también. Montones de guardias. Varios probots de combate. Un par de droides CYV. No era una situación sostenible. Así que decidimos marcharnos.

Tahiri le lanzó una mirada reprobadora.

—No había nada que pudiéramos conseguir allí. Así que ordené una retirada bonita y limpia. Lo que habría estado bien si aquí Nociones Brillantes no hubiese tenido su gran idea.

Ahora Jaina fijó en Doran una mirada dura.

—Que fue ¿qué?

Doran se encogió de hombros.

—Nos tropezamos con este droide de protocolo desactivado en la habitación en la que decidimos organizar nuestra retirada. Y se me ocurrió… yo podía vestirlo con mi ropa, Tahiri y Tiu podían sacarlo y parecería como si estuviesen llevando el cuerpo de un compañero caído hasta ponerle a salvo. Ellos sabían que tres de nosotros habíamos entrado, verían a tres de nosotros escapar… y yo me ocultaría allí, vería qué podía descubrir como consecuencia de este desastre.

—¿Y un hombre desnudo del tamaño de un wookiee enano va a mantenerse escondido durante cuanto tiempo? —demandó Jaina.

Doran hizo una mueca de dolor.

—Eso es lo que preguntó Tiu. Casi con esas palabras exactas, de hecho. Así que dije “Olvidadlo”. Y ella dijo “No, es un buen plan, excepto por el hecho de que, como siempre, presentaste un fallo fatal. Sacamos el fallo fatal y vuelve a ser viable”.

Jaina asintió.

—Y arreglar el plan significaba sustituir a una pequeña mujer omwati por un gran bloque de carne colgante.

Ella se enfureció, pero contuvo su furia en su interior. No quería que ningún miembro de su operación se quedara atrás en Corellia… pero tenía que admitir que una fuente, oculta en el opulento hogar de Thrackan Sal-Solo, podía resultar incalculable en los días que estaban por venir. Y Tiu, a pesar de tener la distintiva y delicada piel azul y el pelo pálido opalescente de su especie, era muy, muy buena en los juegos de escabullirse y

ocultarse.

Cubrió la cara del droide de protocolo y retrocedió, y entonces apuntó a Doran.

—Tú. Consigue algunos parches de bacta para las quemaduras de Zekk y cualquier cosa que Kolir necesite para tratar con su boca. —Entonces su mirada cayó en Thann—. Tú. Consíguenos un vehículo.

ORBITA CORELLIANA

Han Solo envió el *Halcón Milenario* hacia abajo en un curso que era una órbita ligeramente más baja que la formación de naves de Klauskin y de vuelta en la dirección por la que habían venido. En su estela venía el escuadrón de los Vigilancias A-9.

—No se alejan —dijo Leia.

—Puedo verlo —dijo Han con voz irritada—. ¿No creen en sus transpondedores? ¿Creen que estoy *pretendiendo* ser Han Solo?

Fuego láser verde centelleó más allá de los ventanales de estribor de la cabina. Entonces el *Halcón* se estremeció mientras su popa recibía un impacto de uno de los disparos de los perseguidores. Leia y Han pudieron oír el gemido de C-3PO de “Oh, cielos…” saliendo de las áreas centrales del transporte.

Han añadió algunos deslizamientos de lado a lado a sus movimientos y se elevó, escalando hasta una órbita más alta, casi hasta el camino de un transporte pesado mon calamari, el *Buzo Azul*.

—Han, ¿qué estás haciendo? —La voz de Leia llevaba un rastro de preocupación.

—Esas naves no dispararán sobre mí —dijo él con tono completamente seguro incluso si sus palabras sonaban un poco improbables—. Ya he hablado con el *Dodonna*, ¿recuerdas? Pero pueden disparar contra nuestros atacantes.

—Sí pueden.

Delante, los escudos del *Buzo Azul* ya estaban levantados y estaba claro que estaba soportando algo de fuego de largo alcance de oportunistas cazas corellianos, y ahora sus turboláseres de la proa y estribor empezaron a seguir al desfile de pequeñas naves que lideraba el *Halcón*. A esta distancia, era imposible decir si los turboláseres estaban apuntando al propio *Halcón*.

El *Halcón* se estremeció otra vez y otra, más fuertemente,

mientras los veloces A-9 se acercaron a su popa. Dos de ellos pasaron dispararon más allá de la proa del transporte y continuaron hacia delante.

—En un minuto —dijo Leia—, estarán lo bastante lejos para dar la vuelta y volver directos hacia nosotros. Lo que significa que tendrás que distribuir la energía de tu escudo igualmente en todas direcciones, lo que significa que algunos de esos láseres sobrecargados podrían empezar a atravesarlo.

—Lo sé —dijo Han.

Había miseria en su voz.

—Han, tenemos que devolver el fuego. Hacer que se agachen y se dispersen.

—No puedo disparar contra corellianos, Leia. No cuando yo… cuando yo…

Leia no terminó la frase por él. *Causé esto.*

El *Halcón* y sus perseguidores entraron en el radio de alcance de las armas del *Buzo Azul* y esas armas abrieron fuego, con su energía centelleando más allá del *Halcón*… y más allá de la enloquecida lucha de los A-9, también. Leia estaba aliviada de ver que el *Halcón* no parecía estar entre los objetivos de la nave. Pero el fuego de las baterías llegaba terriblemente cerca y un único error al apuntar podría ponerles dentro de las cuadrículas de objetivos de la nave.

Entonces estaban paralelos al *Buzo Azul*, pasando demasiado cerca a lo largo de su lado de estribor, con sus armas siguiéndoles y disparando.

El *Halcón* pasó más allá de la proa del *Buzo Azul*. Seis Vigilancias A-9 continuaron persiguiéndole. Los dos que habían pasado hacia delante estaban intactos y empezaban a girar.

—Han —dijo Leia—, vas a perder el *Halcón*.

Era injusto de su parte. Tan simple como eran, sus palabras tenían un significado adicional y tácito. *Vas a perder tu primer amor. Vas a perder tu libertad*.

Han gruñó como si el sonido estuviera siendo sacado de su interior con un anzuelo.

—Sí —dijo entonces a través de dientes apretados—. Agárrate.

No era una orden para esperar. Él lanzó al *Halcón* en un giro hacia estribor que envió al transporte disparado hasta más allá de la proa del *Buzo Azul* y hacia arriba, hacia el espacio abierto entre las fuerzas de ataque corellianas y de la Alianza Galáctica, donde

los escuadrones de cazas se estaban mezclando en pasadas de tocado y hundido, y peleas.

—Id a las armas —dijo él entonces.

Leia se soltó y se dirigió hacia atrás, hacia el cuerpo principal del transporte.

—¡Meewalh! —gritó ella—. A la torreta de cañones inferior.

Cuando ella llegó al tubo y a la escalera que daba acceso a las torretas de cañones láser, escaló hasta la torreta superior y rápidamente se abrochó el cinturón.

Syal y su compañero de ala temporal, un hombre mon cal pilotando VibroEspada Diez, dispararon a un lado de la siempre creciente zona de combate de cazas y empezaron a dar la vuelta para reentrar desde otro ángulo.

Las cosas se estaban poniendo más feas. Más escuadrones de ambos lados se habían unido a la bola que se acumulaba a medio camino entre las dos formaciones de naves. Ahora, otras cañoneras, más grandes que los cazas pero menores que las naves de la línea, estaban girando para unirse al combate.

—*Dodonna* a Escuadrón VibroEspada.

Syal vio el brillo de una nave más grande dejando la formación corelliana y dirigiéndose hacia la zona de combate. Incluso a esta distancia, la identificó por la vista como una fragata ligera de la serie *Nebulon,* su morro con forma de cabeza de hacha, su popa cúbica y su columna vertebral larga y delgada conectando los dos la hacían indiscutible a cualquier alcance visual. Era la nave más grande que se había dirigido hasta ahora hacia la bola. Syal le dio golpecitos a su punto en su panel sensor, causando que centelleara allí y en el panel de su compañero de ala. Ella ajustó su curso hacia la fragata.

Mientras tanto, el mensaje del *Dodonna* continuó sonando a través de los altavoces de la cabina.

—Vuelvan al *Dodonna*. Una vez que lleguen, no bajen. Prepárense para el relanzamiento inmediato.

Syal hizo un juramento para ella misma. Si volvía ahora, abandonaría cualquier disparo contra la fragata. Si no volvía ahora, estaría desobedeciendo las órdenes. Si se pudiera escapar entre medio minuto y un minuto, podría ajustar su actual camino de vuelo…

Ella cambió hacia la frecuencia de la fuerza de ataque.

—V-Espada Siete a *Dodonna* —dijo—. Por favor repita el

mensaje.

Allí. Cinco segundos cruciales habían pasado. Y el operador de comunicaciones probablemente no sería capaz de replicar instantáneamente. Estaría manejando otras peticiones de confirmación, y los pilotos con un rango más alto conseguirían su información primero.

Pasaron diez segundos más antes de que el mensaje del *Dodonna* se repitiera y quince más antes de que el mensaje se completara. Syal respondió y empezó un lento rizo de vuelta hacia el transporte. Su curso la llevaría a través de la mitad de la zona de combate… y a través del camino de la fragata.

CORONITA, CORELLIA

Luke rugió hacia el Ala-X de Mara, que se acercaba hacia él, con su velocidad combinada haciendo que los números de los metros del alcance de los cazas descendieran demasiado rápido para leerlos.

Mientras alcanzaban el punto en el que Luke casi podía ver la cara de su mujer, un punto en el que la mayoría de los pilotos serían incapaces de reaccionar a tiempo para salvarse, Mara se zambulló, centelleando a meros metros bajo el Ala-X de Luke… y revelando el caza de ataque que la seguía.

El piloto del caza de ataque intentó apartarse del camino de Luke. Tuvo éxito. No tuvo éxito en evadir los láseres de Luke. Centelleos rojos convergieron en la cabina y de repente el caza era una nube de humo y metralla. Luke voló a través de ella, con trozos del fuselaje del caza de ataque rebotando contra sus deflectores y arañando su casco. Salió al cielo azul en el otro lado.

La maniobra se llamaba el Desliz Corelliano. La leyenda de los pilotos de cazas decía que la maniobra había sido desarrollada aquí, por un loco y una loca que volaban por este sistema. Luke negó con la cabeza, un poco entristecido por la ironía.

En su panel sensor, vio a Mara girando para volver a su posición de compañero de ala. El último destacamento de cazas de ataque había descendido hasta dos cazas disponibles, y ahora, dándose cuenta de la reducción drástica de sus números, se alejaron de repente, dejando la pelea. Quedaban, crecientemente apaleados pero todavía en condiciones de luchar, nueve Alas-X.

—Líder, soy Tres.

—Adelante, Tres.

Luke comprobó su panel de diagnósticos. R2-D2 estaba informando de algún incremento de la fluctuación en uno de los cañones láser del Ala-X, el cañón inferior de babor, e indicaba que el propio R2 estaba mostrando algunos daños, circuitos de control de movilidad quemados por un disparo láser abrasante de uno de los cazas de ataque.

—El grupo de tierra ha informado. Tienen una lanzadera y están listos para el lanzamiento. Están esperando una persecución dura una vez que suban por encima de la altitud de no vuelo.

Luke conectó un mapa de Coronita. Mostraba la localización de su escuadrón y, por cortesía de Punto de Carga Tres, un punto que indicaba la localización de la tripulación de Jaina. Luke le dio unos golpecitos a la pantalla para designar un punto mucho más cercano a la posición del grupo de tierra que de la suya.

—Erredós, designa ese punto como localización Conexión. Tres, dile al grupo de tierra que se abran camino hasta Conexión sin atraer a los perseguidores. Nos reuniremos con ellos allí y todo el mundo despegará hacia el espacio desde ese punto.

—Recibido.

—Punto de Carga, formad sobre mí.

Luke esperó hasta que siete Alas-X más se unieran a él en formación… y entonces se lanzaron hacia abajo, dirigiéndose directos hacia los edificios anchos y bajos que dominaban esta parte de Coronita.

A unos cuantos cientos de metros de la superficie del planeta, empezó a nivelar, pero su descenso le había llevado tan abajo que se puso horizontal ligeramente por encima del nivel de los edificios circundantes. Centrándose a lo largo del más ancho de los bulevares de esta área, salió disparado en la dirección general del equipo de Jaina, con los Puntos de Carga manteniendo la formación detrás de él.

—Erredós —dijo—, fija un curso hacia la posición de Jaina. Sólo calles anchas, por favor.

R2 pitó una aceptación alegremente.

Syal y VibroEspada Diez se hundieron en la bola a la máxima velocidad de los interceptores. El panel sensor de Syal cambió, con los puntos rojos y azules girando. El espacio fuera de su ventanal delantero estaba similarmente lleno de los reflejos, los brillos y los patrones de detonaciones de una batalla creciente.

Utilizando cada ventaja que le daba la velocidad y la maniobrabilidad que el diseño del Eta-5 le daba, Syal osciló su vehículo de un lado a otro, a babor, a estribor, arriba, abajo, convirtiéndose en un objetivo enloquecedoramente difícil de fijar o de disparar con una ráfaga de fuego láser.

Delante, creciendo en su ventanal, estaba la fragata de la serie *Nebulon*. Mientras se aproximaba, se estaba moviendo de su babor a estribor, desde una posición relativamente alta a una baja, con sus cañones láser y la serie de turboláseres centelleando continuamente.

—Diez —dijo Syal—, vamos a por el generador de escudos deflectores. Misiles de impacto para un resultado de máximo alcance cercano.

Ahora estaban tan cerca que el esquema de las fragatas *Nebulon* apareció en su panel sensor. Ella le dio un golpecito en la parte superior del nódulo trasero de la imagen hecha de líneas y esta se expandió en la pantalla, con rótulos de palabras y líneas con puntas de flechas apareciendo en el esquema para explicar qué era que. Ella le dio unos golpecitos a las palabras GENERADOR DEL ESCUDO DEFLECTOR para destacarlas, arrastrando la retícula de objetivos desde la esquina de la pantalla sobre ellos, arrastrando la silueta de un interceptor Eta-5 desde la misma esquina hasta el mismo punto. Ahora su ordenador de objetivos buscaría automáticamente los generadores de escudos y V-Espada Diez recibiría una transmisión de datos apuntando a ese objetivo.

—Negativo, Siete, negativo —dijo Diez—. Incluso si conseguimos resultados fantásticos, todo lo que haremos será bajar los escudos. Y algún otro conseguirá la presa antes de que podamos volver. Yo digo que intentemos poner los misiles en las bahías de los escuadrones. Las escotillas principales podrían estar abiertas todavía. Podríamos tener suerte.

—No puedes hacer planes confiando en la suerte, Diez. —Era extraño oír esas palabras con su propia voz y no con la de su padre—. Planea sabiamente y deja que la suerte aterrice donde quiera. Vamos a por los generadores de escudos.

—No me sobrepasas en rango, Siete.

—Sí, pero voy delante.

Syal desvió un cuarto de su energía de los escudos a sus impulsores, un movimiento arriesgado. Pero no podía arriesgarse a que Diez utilizara la misma lógica contra ella, adelantándola,

complicando su táctica. Diez se impulsó hacia delante, alcanzándola brevemente, pero se retrasó, poco dispuesto a entregar tanta energía de los escudos como estaba utilizando ella a los impulsores.

Syal sonrió. *Perdiste los nervios, ¿verdad?*

Ahora estaban demasiado cerca incluso para intentar un viraje y atacar a los hangares de los escuadrones, que estaban en el módulo del morro de la fragata. Syal devolvió la energía del escudo a sus escudos delanteros.

Un ataque de turboláser centelleó justo por encima de ella, causando que las alarmas de proximidad del interceptor rugieran. Syal pilotó directa hacia el generador del escudo deflector, como si su intento fuera embestirlo, suministrando sólo suficientes movimientos de lado a lado y de arriba abajo para quitarse de encima algunas fijaciones de objetivos.

Su propia retícula de objetivos encontró los generadores de escudos de la fragata, osciló a su alrededor y se estabilizó. Syal contuvo el aliento y mantuvo la concentración hasta que el ordenador de objetivos indicó máxima eficiencia de alcance para disparar… y más, esperando hasta que el ordenador cambiara a rojo para un alcance óptimo. Al fin, ella disparó. Vio rastros blancos mientras los dos misiles se alejaron centelleando de su interceptor.

Incluso entonces ella no cambió su curso. *Muchos pilotos se escoran y empiezan a correr hacia un sitio seguro en el instante que lanzan misiles,* le había dicho su padre. *Muchos artilleros saben esto. Ves a un objetivo acercarse, le ves lanzar misiles, eliges un vector para él y disparas en esa dirección. Una de cada diez veces elegirás bien y le vaporizarás. A menos que seas Tycho Celchu, cuando es una vez de cada cuatro*.

Syal no se escoró. Parpadeó mientras una andanada de láser rojo llenó de repente el espacio justo sobre su curso y a estribor. Tan pronto como los proyectiles rojos pasaron de largo, ella se lanzó hacia abajo y se escoró a estribor, alejándose de la fragata, de vuelta hacia el *Dodonna*.

La pantalla del sensor mostró una detonación en el nódulo de popa encima de la fragata. La extensión del daño, si es que causó alguno, no podía ser mostrada todavía, pero parecía cerca, más cerca que si los misiles hubiesen detonado contra los escudos.

El *Dodonna* estaba libre de los asaltos de los cazas enemigos mientras los dos interceptores Eta-5 se alinearon con él, y la

noticia llegó por los paneles de comunicación: Líder V-Espada había capturado la fragata, dejando caer todo su complemento de misiles de impacto en los motores, dejando a la fragata muerta en el espacio, urgiendo a una evacuación en masa en las cápsulas de escape.

—Aprovechado —dijo Diez—. Eso es justo de lo que te estaba advirtiendo, Siete. Nosotros hacemos todo el trabajo… y él se lleva el premio.

—¿Qué es más importante, Diez? ¿La silueta de una fragata en tu caza o saber que eres responsable de mantener con vida a unidades de tu lado?

—La silueta.

—Eres tan pez. Sabes que estás transmitiendo abiertamente en la frecuencia del escuadrón, ¿verdad?

—¡Engendro de Sith! Yo no… —Entonces la voz de Diez fue de la sorpresa y el miedo a la ira—. No, no lo estaba haciendo. So mentirosa.

Syal se rió de él y se alineó para su aterrizaje.

Leia apuntó con su ordenador de objetivos y apuntó con la Fuerza. Su ordenador pitó para decir que tenía fijado a su oponente, pero ella todavía no sentía a su oponente. Se movió ligeramente, un pequeño ajuste con los cañones cuádruples enlazados que comandaba, y sintió calor, peligro: el peligro que su objetivo estaba experimentando.

Ella ajustó una fracción de grado del arco hacia abajo y disparó. Cegadoras agujas de luz golpearon al Vigilancia, hundiéndose a través de sus cañones láser y luego a través de la popa del A-9. Vio al vehículo verter atmósfera. Entonces la cubierta salió volando y el piloto eyectó, con el débil brillo de un escudo de soporte vital rodeándole mientras entraba en el vacío total. Estaba a un par de cientos de metros de su nave condenada cuando explotó.

Un punto representando a otro A-9, alcanzado por el fuego de Meewalh y la torreta inferior, desapareció de la pantalla del sensor de Leia. Débilmente, distantemente, ella sintió la disminución en la Fuerza que era el heraldo de la muerte del piloto.

—Cinco han caído —dijo Han por la unidad de comunicación—. Cuatro para… no importa. Cuatro abandonando la persecución. Estoy volviendo a nuestro curso pretendido.

Segundos después Leia estaba a medio camino de vuelta hacia la cabina cuando Han hizo el anuncio.

—Guau. Estamos saliendo de aquí.

Su repentino giro hacia babor lanzó a Leia contra una pared, pero ella preparada, lo amortiguó con la posición del cuerpo y una pequeña ayuda de la Fuerza.

A pesar de los siguientes giros evasivos, ella se las arregló para entrar de nuevo en la cabina y abrocharse el cinturón de su silla.

—¿Qué está pasando?

—No nos están disparando —dijo Han—. No estamos ni siquiera *en* llamas.

—Eso es un cambio refrescante.

—Pero tenemos algunos daños por estrés del casco. Y los cazas de la AG están abandonando el campo. —Han sonaba jubiloso—. Están corriendo. Las naves capitales de la AG están girando hacia el espacio.

Leia miró la pantalla del sensor y luego lo confirmó con la observación directa. Fuera de los ventanales de la cabina, pudo ver el morro de una vieja fragata, construida como un grupo de pequeñas pesas de ejercicio pero de un tercio de un kilómetro de larga, alejándose de la órbita planetaria y apuntando su proa hacia el espacio.

—Maravilloso —dijo ella—. Tal vez ahora esta catástrofe ha terminado.

capítulo quince

ESTACIÓN CENTRALIA

Jacen marchó en dirección a Thrackan, notando la silueta de más soldados y posiblemente droides de combate llegando desde la distancia más allá de su primo.

Thrackan se volvió hacia el lado, activando una puerta y saltando a través de ella. Esta se cerró tras él, sin dejar nada entre Jacen y los distantes soldados.

El enemigo abrió fuego.

A tan largo alcance, incluso con tantos enemigos como estaban disparando, Jacen no tuvo problemas para rechazar los disparos láser que le llegaban. Cargó hacia delante, enviando la mayoría de los disparos hacia la línea enemiga, donde los agentes de la línea frontal los recibieron en los escudos de control de masas, que a veces se tambaleaban por la fortaleza de los láseres.

Jacen hizo un alto junto a la puerta por la que Thrackan había entrado. Presionar hacia su meta original y atraer a más y más enemigos hacia él, y, con toda probabilidad, hacia Ben, no beneficiaría a la misión. Mantenerlos alejados de los centros donde el sabotaje estaba teniendo lugar sí lo haría.

Pulsó de golpe el botón ABRIR de la puerta. La puerta se deslizó hacia arriba. Jacen sonrió. Thrackan, seguro de que Jacen cargaría contra los agentes de SegCor y los droides que llegaban, ni siquiera se había preocupado de asegurar la puerta.

Se encontró en un largo pasillo con la correspondiente puerta

en la parte más alejada, a cuarenta metros de distancia. Esa puerta estaba abierta y Thrackan estaba justo al otro lado, mirando hacia atrás a Jacen con sorpresa.

Jacen entró, cerró la puerta tras él y hundió su sable láser a través del panel de seguridad, atravesándolo, con su hoja emergiendo en el pasillo que acababa de dejar y arruinando también el panel de control de ese lado. El enemigo que se acercaba tendría que hacer un baipás, un procedimiento que les llevaría al menos un par de minutos.

Él volvió a mirar a Thrackan. Su primo parecía congelado por la nueva táctica de Jacen. Entonces Thrackan le dio un golpe al panel de control de su lado de la puerta. La puerta se deslizó para cerrarse.

Jacen corrió hasta ella y pulsó el botón de ABRIR, pero la puerta permaneció en su lugar. Jacen volvió a sonreír. Thrackan aprendía rápido: esta vez le había puesto el seguro a la puerta. Jacen llevó su sable láser hasta la parte superior de la puerta, cortando a través de la maquinaria que mantenía la puerta en su lugar. En un momento, terminaría de cortarla y podría utilizar la Fuerza para levantar la puerta para apartarla de su camino.

Débilmente, oyó el resonar de botas en el suelo de metal más allá se la puerta mientras Thrackan se alejaba corriendo.

—No, no lo eres —le dijo Ben al ensamblaje desgarbado de componentes de droides—. Anakin Solo está muerto. Murió cuando yo era pequeño.

Los acoplamientos donde las unidades del torso del droide se encontraban con el anexo de sus brazos se levantaron ruidosamente, un gesto que parecía como un encogimiento de hombros humano.

—Sí, morí —dijo—. Y me convertí en un fantasma, y fui eventualmente arrastrado hasta aquí para habitar este cuerpo clonado mutante, donde podía ayudar a mis ancestros, los corellianos.

—Eso no es un cuerpo clonado —protestó Ben—. Es un cuerpo droide.

La cabeza giró de manera que el droide pudiera mirar hacia abajo a sí mismo.

—Estas equivocado, pequeño primo. O estás intentando confundirme deliberadamente. Sospecho que es lo último. Estás aquí para sabotear esta estación, ¿verdad? ¿Para destruirla, de

modo que los corellianos nunca puedan disfrutar de la libertad y la independencia?

—Chico, te han programado bien.

Ben dio un paso hacia delante, con su sable láser levantado en la posición de listos. Con su mano libre, hizo un gesto hacia la cabeza del droide. Si pudiera utilizar la Fuerza para torcerla hacia un lado, podría estar fuera de los receptores visuales del droide, permitiéndole saltar hacia delante y atacar sin que el droide viera lo que venía…

Ben tuvo convulsiones y su visión se nubló. Sintió todo su cuerpo estremecerse y oyó a su sable láser golpear el suelo y rodar alejándose, siseando por un momento antes de que sus circuitos de seguridad lo apagaran.

Sacudió la cabeza y su visión comenzó a aclarase.

Estaba a un metro por encima del suelo, con el aire iluminado a su alrededor. Sus piernas todavía se estremecían.

El droide se encogió de hombros otra vez.

—Siento eso. Es un aparato de defensa anti-Jedi instalado por mi otro primo, Thrackan Sal-Solo. Monitorea constantemente la actividad de las ondas cerebrales en un área. Cuando los centros del cerebro que tienden a volverse activos cuando los poderes de la Fuerza se están utilizando son detectados, se conecta. Los repulsores bajo el suelo mantienen al Jedi a salvo por encima del suelo, y emisiones eléctricas, principalmente indoloras, interfieren con la concentración del Jedi. ¿Ves?, has dejado de utilizar la Fuerza y ha dejado de electrocutarte. Eficiente, ¿verdad?

—Sí, seguro, lo que sea.

Ben alargó su mano hacia abajo para arrastrar su sable láser de vuelta hasta su mano… y se sacudió y traqueteó de nuevo mientras el sistema defensivo le electrocutaba una segunda vez.

—Creo que realmente funciona —dijo después de unos cuantos segundos para recuperarse.

—Lo hace, ¿verdad? Así que, ¿qué ibas a hacer aquí?

—Destruir la estación, o al menos desmontar lo que fuera que están utilizando para mantener el control del arma repulsora. —Ben miró dubitativamente al droide—. Creo que eso eres tú.

Los golpes empezaron al otro lado de la puerta. Ben hizo una mueca de dolor. Los guardias de fuera estarían llamando a los refuerzos. E incluso con todo lo que había dañado la puerta, todavía pasarían sólo unos minutos antes de que la abrieran.

Había fallado.

Bueno, todavía no.

—Te dijeron que van a utilizar el arma de la estación para mantener la independencia —dijo Ben—. Y eso estaría bien si eso fuera todo de lo que se trata. Pero no lo es. Te están mintiendo. La primera y gran mentira es que eres Anakin Solo, y que estás en un cuerpo vivo. No lo eres. Eres un droide.

El droide suspiró.

—Sí, sí. Desde luego.

—¡Es verdad! Lo que necesitaban de Anakin Solo eran sus bio… bio… lo que sea…

—Biometrías.

—Sí, datos biométricos para controlar el arma repulsora. Así que probablemente cogieron sus huellas dactilares de registros viejos. Habrán reconstruido sus ondas cerebrales de cualquier registro médico que pudieran encontrar. Probablemente tuvieron que ajustarlas y hacer experimentos con ellas hasta que pudieron afectar a los controles de la estación. Y los instalaron en *ti*, de modo que tendrían un Anakin Solo que creería que era y se comportaría como un humano… pero que haría cualquier cosa que ellos dijeran.

—Soy Anakin Solo. Soy un Jedi. Tengo control sobre la Fuerza. ¿Ves?

El droide alargó un brazo y el sable láser de Ben voló desde el lugar donde había rodado de su mano.

—Eso no es la Fuerza. Yo lo habría sentido si fuera la Fuerza. —Ben lo consideró—. Dado que no puedes tener respiraderos de repulsores instalados en todas partes de la habitación, es probablemente magnetismo dirigido.

Intentó mantener una expresión de consternación y tristeza lejos de su cara. No creía que tuviera mucho éxito. No era sólo que su misión estuviera en peligro. Había algo grotesco con respecto a la situación, con respecto a tratar con un droide que honestamente pensaba que era su primo.

Tendría que encontrar algún medio para destruirlo.

—Hay holocámaras de seguridad operando aquí, ¿verdad? —preguntó Ben.

—Claro.

—¿Qué apariencia tienes en ellas?

—Soy un adolescente humano muy grande. Con huesos superdesarrollados de alguna manera para manejar la tensión

causada por mi gran masa.

—Voy a abrir mi bolsa —dijo Ben—. Voy a sacar una pequeña holocámara. Por favor, déjame grabarte con ella.

—Adelante.

Ben metió la mano en su bolsa y sacó la unidad de holocámara que había utilizado en Adumar. Sin embargo, tan pronto como salió del borde de la bolsa, el droide hizo un gesto y la holocámara cruzó la habitación hasta la otra mano del droide.

—Hey —dijo Ben—. Lo prometiste.

—No, no lo hice. —El droide sostuvo la holocámara levantada hacia su cabeza, escrutándola con una sucesión de sensores—. Tengo que asegurarme de que no es una pistola láser disfrazada de holocámara.

—Bueno, no lo es. Suenas como alguien que tiene miedo de que le maten.

—*Tengo* miedo de que me maten.

Ben sintió una oleada de logro, como si se las hubiese arreglado para dar un paso hacia una eventual victoria.

—Anakin Solo no lo tenía. Tú no eres él.

—Vale. Voy a examinar la programación de esta cosa.

Un hueco en la cabeza del droide, aproximadamente donde estaría la boca de un humano en relación con sus ojos, se abrió. Metió la holocámara en el hueco y lo cerró.

—¡Hey! ¿Qué crees que acaba de ocurrir?

—Estoy utilizando mi interfaz de la Fuerza con el equipamiento de ordenadores para analizar la programación.

—Ese no es un poder de la Fuerza, so imbécil. Y quiero decir, ¿qué pasó físicamente? ¡Conectaste mi holocámara en tu propia cabeza!

—Estás loco.

El hueco de la boca del droide se abrió y depositó la holocámara otra vez en su mano. La mano se contrajo y de repente la holocámara voló de vuelta a través de la habitación hacia Ben.

Ben la cogió.

—¿Entonces?

—Estoy satisfecho de que no es un arma. O programada para cualquier actividad que no sea parte de las tareas estándar de una holocámara.

Ben levantó la holocámara, se aseguró de que el magnetismo del droide no había interrumpido sus operaciones y empezó a

grabar.

—Hazme un favor —dijo—. Muévete. Como si estuvieras de vacaciones. ¿Tienes un mensaje para tus padres? Dí algo.

—Esa es una buena idea. —El droide se movió torpemente—. Hola, mamá. Hola, papá. Estoy trabajando muy duro pero estoy bien. Espero veros pronto. —Hizo una pausa—. ¿Qué tal eso?

—Bastante bien.

La sensación de consternación de Ben se intensificó. Las palabras del droide, tan banales como aquellas dichas por cualquier adolescente separado de sus padres, le golpearon duramente.

Dejó de grabar y bajó la holocámara.

—Ahora mira lo que acabo de grabarte.

La holocámara voló rozando sus dedos y hasta la mano del droide. De nuevo el droide la levantó hasta el hueco de la boca y la interiorizó.

Ben esperó. Había más voces fuera, en el pasillo, y el retumbar del equipamiento al ser colocado. El único otro sonido era el siseo de todo el equipamiento electrónico en la habitación y la propia respiración de Ben.

—Es una mentira —dijo el droide finalmente.

—Tú mismo viste la holocámara. Dijiste que no tenía ninguna programación extraña.

—Fallé en algo.

—No, no fallaste. Sabes que no lo hiciste. Esa holocámara es más estúpida que un droide ratón. Ella no podría ocultarte nada.

El droide giró la parte superior de su cuerpo mientras miraba a Ben otra vez. El chico podría jurar que su postura se hundió.

Las lágrimas surgieron de los ojos de Ben. Se las secó.

—Lo siento tanto —dijo—. Pero es verdad. Eres un droide que ha sido programado para pensar que es Anakin Solo. Pero si fueras realmente Anakin, me ayudarías a destruir la estación ahora, porque la gente que te construyó puede utilizarla como un arma y podrían *destruir estrellas completas con ella*.

—¿Cómo me habrías destruido?

—No vine aquí para destruirte. Vine aquí para destruir la estación. Tengo un modo para causar que esta sala de control envíe un pulso a través de la estación y la rompa.

—Matando a todo el mundo a bordo.

—No, envía un código de evacuación de emergencia primero y espera diez minutos.

—¿Diez minutos? —El droide sonó ofendido—. ¿Crees que todo el mundo en una estación tan grande como esta podría llegar a las cápsulas de escape en diez minutos?

Culpablemente, Ben se encogió de hombros.

—Yo no hice el plan.

—Dame los datos.

Ben metió la mano en su bolsa y cogió la tarjeta de datos cubierta de puntas. Como una segunda idea, cogió también las otras tarjetas de datos, aquellas que habrían iniciado las secuencias de autodestrucción o apagado de otras salas de control en la estación. La sostuvo hacia arriba y sintió el magnetismo del droide tirar de ellas hasta cogerlas de su mano. Un momento más tarde entraron en el hueco de la boca del droide.

—Analizando —dijo el droide con tonos que rompían el corazón. Y luego—: Oh, sé dónde está ese interfaz. Pero lo he estado interpretando como un dispensador de chucherías.

—Eso está… mal —dijo Ben.

—Tengo que reinterpretarme a mí mismo a la luz de lo que realmente es. Estas órdenes… no. No destruiré vidas innecesariamente.

—¿Innecesariamente? ¡Piensa en qué va a pasar si no lo haces!

—Es verdad. Alguien va a morir. Ellos o yo. Yo o ellos.

—Excepto que tú no te estarías muriendo —dijo Ben—. Eres un droide. No estás realmente vivo.

El droide se inclinó hacia él, con su postura repentinamente amenazadora.

—Si hago esto, yo *terminaré*. Todo lo que soy se detendrá de repente y nunca volveré a suceder. Dime que eso no es morir. Adelante, dímelo otra vez.

Ben se inclinó para apartarse del droide, avergonzado.

—Lo siento.

El droide reasumió su postura anterior.

—Analizando la programación —dijo, con su voz distraída, casi como la de un droide—. Baipás de seguridad. Códigos de acceso. Hey, aquí hay algunas cosas brillantes.

—Nuestros mejores espías han estado trabajando en ello —dijo Ben ausentemente. El retumbar y las voces del pasillo se estaban volviendo más altas. Oyó un ruido chirriante y la puerta se levantó lo suficiente para que un centímetro de la luz del corredor brillara dentro.

—Estoy yendo a lugares de los que no sabía nada. Viendo a través de holocámaras de seguridad a las que no podía acceder antes. —El droide miró hacia arriba e hizo un gesto hacia el techo—. Mira, ahí estoy. —Su voz se volvió soñadora—. Hay lugares, intersecciones en los viejos sistemas. Tan viejos. Bellamente construidos. Puedo… *casi*… llegar. —Suspiró, un sonido de exasperación—. No me dejarán entrar.

—El tiempo de alguna manera se esta acabando —dijo Ben—. ¿Qué vas a hacer, Anakin?

—No soy realmente Anakin, ¿verdad?

—Eres… *un* Anakin. No Anakin Solo.

—Anakin *Sal*-Solo. —El droide se rió, pero era un ruido sin humor—. La criatura de Thrackan. Eso es lo que soy.

Ben se encontró de repente cayendo. Aterrizó hecho una bola en el suelo. Levantó la vista cuidadosamente hacia el droide.

—No voy a destruir esta estación —dijo el droide—. Si pudieras sentirla como lo hago yo… sentir su vida… y hay tanto conocimiento aquí. Pero evitaré que mi padre y sus amigos la utilicen. Creo que eso significa que tengo que morir.

—Lo siento —dijo Ben.

Y realmente lo sentía. No podía aceptar al droide como a su primo, pero de repente se dio cuenta de que estaba pensando en él como en una cosa viviente… una cosa noble.

—Ahí está, justo en el interfaz construido por humanos —dijo el droide—. El código representando la impronta de Anakin Solo en la estación. Estoy instalando un procedimiento para codificar lo que la estación cree que es Anakin Solo. Y otro para purgar mi memoria. En mí y en todas las copias de seguridad. Sin esos… archivos… dudo de que jamás puedan deshacer lo que he hecho.

La puerta de repente subió un metro. Sin mirar, el droide hizo un gesto hacia ella. Esta se cerró de golpe otra vez, tan duramente que el marco tembló. Ben oyó los gritos de alarma y furia de fuera.

—Ahí está mi propio código, mi programación —continuó el droide—. Comprobaciones y cerrojos en su lugar. Librémonos de ese. —Suspiró, un sonido de tremendo alivio—. Allá vamos. No más miedo a la muerte. Da tres pasos a tu derecha.

Le llevó a Ben un momento darse cuenta de que el droide se estaba dirigiendo a él. Obedeció.

El sable láser voló desde la mano del droide hasta la suya. Lo

cogió en el aire.

—Justo debajo de donde estás —dijo el droide—, hay una cámara sin vigilancia. Lleva a un corredor que va paralelo al de fuera. Deberías irte ahora.

—Gracias —dijo Ben.

Se sintió aletargado. Activó su sable láser y presionó la punta de la hoja contra el suelo. El humo subió mientras empezaba a arrastrar la hoja a su alrededor en un lento círculo.

—Creo que activaré esa alarma de evacuación de todos modos —dijo el droide—. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque será divertido ver a toda la gente corriendo de un lado a otro. —El droide se rió de nuevo y esta vez había una auténtica alegría—. ¿No sería una buena manera de morir? ¿Sin dolor y viendo a la gente hacer cosas estúpidas como en una holocomedia?

—Esa es una buena manera, desde luego.

El círculo de Ben estaba casi terminado. La hoja de su sable láser siseó con más fuerza mientras sus lágrimas caían en ella, y pequeñas bocanadas de vapor se elevaron para unirse al humo.

Jacen alcanzó a Thrackan en una intersección de los corredores. A lo largo de la pared, al nivel del suelo, había dos brillantes discos plateados de más de un metro de diámetro. Sobre ellos, tubos transparentes salían a una corta distancia del techo, no más de veinte centímetros. Los tubos parecían como alguna clase de acceso de escape, pero ninguna escalera llevaba hasta ellos.

Thrackan estaba en el acto de alargar la mano hacia un panel de control en la pared cuando Jacen le empujó a través de la Fuerza, lanzando a Thrackan contra la pared. El hombre mayor rebotó y rodó dolorosamente hasta quedar de rodillas encima de uno de los discos plateados. Y entonces Jacen le alcanzó, sosteniendo la brillante punta de su sable láser justo bajo la barbilla de Thrackan. Jacen vio las puntas de los pelos de la barba de Thrackan oscurecerse por el calor.

—Creo que tú ganas —dijo su primo, jadeante y casi asombrado.

—Creo que yo…

—¡Hora de morir, Solo!

La voz era la de Thrackan pero venia de detrás. Reflexivamente, Jacen se volvió y empezó a levantar su sable

láser en una postura defensiva.

Hubo una réplica láser desde detrás de él. El disparo golpeó la empuñadura de su sable láser y catapultó el arma lejos de su mano, enviándola corredor abajo.

Él giró de nuevo. Thrackan, pistola láser en mano, terminó de levantarse y disparó al pecho de Jacen.

Jacen recibió el disparo… con la mano desnuda, disipando su energía antes de que llegase a su palma. Sonrió y abrió su mano, mostrándole a Thrackan su palma sin daño.

Thrackan disparó otra vez. Jacen giró su mano hacia la izquierda, cogiendo el segundo disparo.

Entonces dobló su dedo de la mano izquierda. La pistola láser voló de la sujeción de Thrackan hasta su mano. Jacen miró hacia donde descansaba su sable láser e hizo un gesto hacia él. Este voló lo cuatro metros que había entre ellos y cayó en su mano derecha. Lo activo otra vez y posicionó su punta en frente del cuello de Thrackan.

—Maldita sea —dijo Thrackan. Su expresión sugería que estaba genuinamente impresionado—. Oí rumores de que Darth Vader podía hacer eso. ¿Pueden hacer eso todos los Jedi?

—No. ¿Qué hiciste *tú*? ¿Una grabación?

—Sí, un pequeño grabador de sonidos. Se puso en marcha cuando dije, *Creo que tú ganas*.

—¡Hora de morir, Solo! —llegó el grito desde detrás de Jacen.

Jacen resopló, divertido a pesar de la urgencia de su misión.

—Ya veo.

—Excepto que perdiste realmente. En un minuto, todas las fuerzas que he traído como apoyo estarán aquí. Ellos continuarán siguiéndote, agotándote, hasta que uno de ellos te haga caer. Y tu plan de destruir esta estación fallará. En ese sentido, ya has fallado.

Un gemido distante llenó el aire, un ruido de lamento que parecía emanar de todas direcciones a la vez, haciendo eco y superponiéndose como si un droide del tamaño de una ciudad se estuviera apenando de repente por un hijo asesinado.

Thrackan palideció.

Jacen sonrió.

—Esa es la alarma de evacuación. Significa que tenemos diez minutos para salir de esta estación antes de que se destruya a sí misma. Lo que significa que mi aprendiz, que es lo bastante

afortunado para no compartir nada de su sangre contigo, ha tenido éxito en provocar la destrucción de la estación. —Se inclinó para acercarse, con la proximidad de su sable láser causando que Thrackan se inclinara para apartarse—. Todavía puedo participar en su éxito un poco más. Podría matarte, eliminar tu suciedad de la galaxia.

Thrackan negó con la cabeza.

—Los Jedi no matan prisioneros que se han rendido.

—Tú no te has rendido.

—Me rindo. —Thrackan levantó las manos—. Ahí lo tienes.

Un Jacen más joven podría haberse sentido ofendido por las manipulaciones casuales e incluso despectivas del hombre más viejo. Este Jacen meramente afrontaba la manipulación con manipulación—. Tal vez los Jedi no lo hagan… pero *yo* podría. No has hecho nada más que dañar a Corellia, a la Nueva República y a mi familia desde que yo era un niño. ¿No sería el universo un lugar mejor sin ti?

—Muy gracioso —dijo Thrackan.

Jacen pudo sentir sólo el más pequeños de los rastros de la creciente ansiedad en las emociones del hombre.

Ansiedad y… no, estaba sintiendo algo más, de otro lugar. Dolor. Muerte. Del futuro.

De *un* futuro, uno de un número de posibles futuros. Jacen miró dentro de él, dejando que los eventos de esa potencial línea temporal le envolvieran, pero mantuvo un ojo en su primo, alerta a través sólo de su vista para cualquier traición.

Los eventos centellearon más allá de él para absorber todo su significado. Cazas lanzando láseres y misiles, lloviendo muerte sobre los inocentes. ¿Por qué no sobre los culpables? No pudo ver culpables. Piloto contra piloto, soldado contra soldado, nadie era culpable. Ningún lado era más malvado, más oscuro.

La guerra se esparcía desde Corellia como olas creadas por una roca al golpear la superficie de un charco, y la roca era una imagen de Jacen y Thrackan. Jacen vio nubes de gas que se expandía donde los valientes habían volado, campos apilados de cadáveres donde los valientes había luchado, ruinas casi irreconocibles que una vez habían sido enormes naves espaciales pero que ahora estaban machacadas como contenedores de bebidas sobre las superficies rocosas de lunas.

Y dolor… dolor atormentando a la Fuerza como nada lo había hecho desde la Guerra Yuuzhan Vong. Dolor retorciendo a sus

parientes. Gritos de pérdida llenaban sus oídos.

Se centró en la roca en el charco, la imagen de sí mismo y Thrackan, y vio todos esos eventos revelándose desde este punto, el aquí y el ahora, cuando él fallaba en matar a Thrackan.

Conmocionado, tiró de sí mismo hacia atrás para retirarse de la visión y se quedó allí de pie, respirando dificultosamente.

—¿Qué pasa, niño? —preguntó Thrackan, con un tono casi amable—. Te has puesto pálido.

Jacen parpadeó en dirección a él. Se sentía como si estuviera colgando de un gancho. Su mente le decía que no podía hacer lo que sus entrañas le decían que debía hacer. No podía cortar en dos a un enemigo que se había rendido.

Confía en la Fuerza, le había dicho Luke tan a menudo. *Confía en tus sentimientos en la Fuerza*.

Jacen ralentizó su respiración y los latidos de su corazón. Llevó su voz bajo control.

—Me disculpo —dijo—. Pero en realidad *tengo* que matarte.

—Estás loco. Me he rendido.

—Eso no es suficiente. Tú arruinas el futuro, Thrackan. —No, eso no era completamente verdad. Pero el futuro estaba arruinado si él vivía—. Por el bien mayor, a pesar de nuestras tradiciones Jedi, tengo que matarte.

—Pero mis droides están aquí.

Un arma láser abrió fuego desde detrás de Jacen. Él se volvió para interceptar el disparo… y, a mitad de su maniobra, se maldijo a sí mismo por ser engañado dos veces.

Nadie estaba en el pasillo. El sonido del rifle láser salía de un pequeño aparato circular adherido al techo cerca de la instalación de una barra luminosa.

Jacen continuó su maniobra hasta dar un giro completo. Su sable láser, terminando su barrido de 360 grados, cortaría a Thrackan en dos.

En su lugar, golpeó una brillante columna de metal.

Jacen miró hacia arriba. La columna se estaba elevando del suelo, impulsando al disco de metal en le que estaba Thrackan hacia el techo. El disco alcanzó los bordes del tubo transparente y hubo un tremendo ruido de *thoom*. Los pies de Thrackan se lanzaron hacia arriba desde el disco y desapareció de la vista.

Jacen se colocó sobre el segundo disco y pulsó los cuatro botones del panel de control. El disco en el estaba de pie le elevó rápidamente hasta la posición, hacia la parte inferior de segundo

tubo, y un instante después un segundo *thoom* que golpeaba los oídos le catapultó hacia arriba.

Propulsado por una energía que todavía no podía definir (¿repulsores? ¿corrientes de aire neumáticas? ¿rayos tractores?), voló hacia arriba a través de su tubo, centelleando más allá de corredores, a veces viendo canales abiertos hacia el espacio, a veces viendo pasillos encendidos a través de los que la gente estaba corriendo.

El hueco que ocupaban los dos tubos estaba a veces fuertemente incrustado entre maquinaria o apoyos de construcción y a veces estaba abierto. La primera vez que se abrió, Jacen miró hacia arriba y pudo ver a Thrackan, a cien metros o más por encima de él, en su propio tubo.

El tubo de Thrackan giró, un giro en ángulo recto, y de repente se había alejado. El giro habría aplastado a un humano bajo circunstancias ordinarias. *Gravedad*, se dijo Jacen a sí mismo. Sólo la manipulación de la gravedad podía haberle permitido a Thrackan sobrevivir.

Jacen alcanzó la misma altitud. Su tubo giró en dirección opuesta. Sintió sacudirse a su estómago, y de repente se estaba lanzando lejos de su enemigo. Lejos del hombre que necesitaba matar desesperadamente.

Aulló, un ruido de furia y ansiedad que apenas podía oír por encima del ruido del viento azotando el interior del tubo. Entonces desactivó su sable láser, lo enganchó en su cinturón y metió la pistola láser de Thrackan en una bolsa.

Era hora de estar calmado, hora de salir de esta estación y hora de descubrir el estado de Ben.

Thrackan había tenido razón. Jacen *había* fallado. No en su pretendida misión, sino en su mayor responsabilidad.

capítulo dieciséis

CORONITA, CORELLIA

—En el cuaderno de datos, es Ce Ce Ce Treinta y Nueve —gritó Doran hacia delante desde el compartimento de pasajeros.

En el asiento del copiloto, Zekk se volvió incómodamente.

—Te lo estoy diciendo, las señales dicen BULEVAR WEDGE ANTILLES —gritó hacia atrás.

—Tranquilos —estalló Jaina desde el asiento del piloto—. Va a ser la misma ruta. Las ciudades cambian los nombres de sus calles todo el tiempo.

Su vehículo, una lanzadera estándar clase *Lambda* con las alas colocadas hacia abajo en la posición de vuelo, navegaba bajo por el bulevar de Coronita. Su presencia era discordante. Aunque no más grande que algunos deslizadores terrestres que llevaban carga moviéndose a lo largo de la misma avenida, esta sobresalía de manera que ningún deslizador terrestre lo haría, con sus alas de vuelo saliendo de la línea de tráfico por ambos lados y su estabilizador elevándose muy por encima de la zona de contención indicada por la línea de tráfico. Tampoco es que pasara desapercibida en cualquier otro aspecto, coloreada con el tostado brillante de las arenas del desierto, con una pantera de las arenas corelliana retorciéndose y saltando pintada a lo largo de cada lado, estaba incluso mucho más decorada que la mayoría de los vehículos personales corellianos.

Zekk se volvió incómodo hacia delante otra vez.

—Este asiento es demasiado pequeño para mí…

—Es demasiado pequeño para cualquiera —dijo Jaina—. Creo que fue construido para un niño.

—Y huele a pelo.

Jaina lo miró.

—Sí, hay pelo saliendo de él y adhiriéndose a tu ropa. ¿Tal vez un bothan?

Zekk se inclinó hacia atrás y olió la parte superior del asiento.

—No huele como un bothan.

—¡No todoz olemoz igual! —El enfurecido grito de Kolir flotó desde el compartimento de pasajeros—. ¿Cómo empiezan ezoz rumorez?

—Descansa tu boca, estás herida —le dijo Jaina.

Un deslizador terrestre se elevó desde una línea inferior y se colocó delante del morro de la lanzadera, lo bastante cerca para que las alarmas de proximidad sonaran, precisamente lo que el irritado piloto corelliano de delante pretendía. Jaina gruñó. A todo su alrededor, el tráfico normal de deslizadores terrestres estaba reaccionando negativamente a la inapropiada presencia de la lanzadera in su línea de tráfico. Encerraban a la lanzadera desde detrás, desacelerando delante para forzar a Jaina a frenar, colocándose inmediatamente por encima de las alas de la lanzadera para exasperarla.

—Son los pilotos más rudos del universo —dijo ella—. ¿Dónde está el tío Luke?

—Pronto, pronto —la tranquilizó Thann desde el compartimento principal.

Un nuevo sonido atravesó el casco de la lanzadera: los trinos de alarma de un deslizador terrestre de SegCor. Suspirando, Jaina comprobó su panel sensor y encontró la imagen que mostraba el vehículo. Estaba justo detrás de la lanzadera, con las luces encendidas y su piloto haciéndole señas para que descendiera. Sin duda el piloto estaba también transmitiendo una advertencia, pero el equipamiento de comunicaciones de la lanzadera estaba fijado en las frecuencias de operaciones del Escuadrón Punto de Carga.

—¿Estamos ya en Corellia? —preguntó Zekk.

—A la primera oportunidad, te tiro al espacio —dijo Jaina.

Alcanzaron un punto en el que el Bulevar Wedge Antilles se cruzaba bajo una avenida más ancha incluso, llamada la Avenida de los Cinco Hermanos en el cuaderno de datos y en las señales luminosas del suelo. El tráfico en la Avenida de los Cinco

Hermanos era más alto que en el Bulevar Wedge Antilles, por la simple razón de que esta tenía una pasarela de tráfico elevada, un puente de transpariacero barrido por los impulsores tan ancho que incluso los vehículos que se movían más rápidamente por el Bulevar Wedge Antilles estarían bajo él, en sombras, durante segundos muy, muy largos.

Pero mientras la lanzadera robada de Jaina se acercaba a la intersección, Zekk y ella reconocieron a parte del tráfico en el paso de los Cinco Hermanos: una formación de Alas-X, entremetidos elegantemente entre los deslizadores terrestres, y también perseguidos por un deslizador de SegCor indudablemente pilotados por un oficial muy enfadado.

Ella conectó su panel de comunicaciones.

—Punto de Carga, aquí Purella-Tauntaun. Os tenemos en visual. Cambio.

La voz de Luke Skywalker volvió crujiendo instantáneamente.

—¿Podéis ir al espacio…? Esperad, os veo. ¿No es eso un poco llamativo? ¿Panteras de las arenas? Cambio.

—Es lo mejor que pudimos hacer con tan poco tiempo. Y estamos listos para el espacio. Cambio.

—Comenzad el ascenso. Corto.

—¡Abrochaos los cinturones o agarraos! —gritó Jaina.

El tono alegre de su voz venía de ser capaz, finalmente, de escapar de las restricciones del tráfico a paso lento y de una operación arruinada. Sin esperar a ver si sus compañeros de equipo obedecían, después de todo se les había dicho que se abrocharan el cinturón en el instante en que despegaron originalmente, ella utilizó sus repulsores para elevar el morro de la lanzadera.

Los vehículos de SegCor que les perseguían se apiñaron tras ella demasiado deprisa y demasiado cerca. Jaina oyó un *clang* del impacto mientras el deslizador terrestre rebotó contra la unidad del motor principal. Disparó sus impulsores, justo lo suficiente para salpicar con el impulsor la parte superior del vehículo de SegCor y darle al piloto dos segundos para apartarse. Entonces conectó sus unidades de impulsores y repulsores al máximo.

La lanzadera saltó hacia el cielo.

No saltó tan ágilmente como los Alas-X del puente de delante. Ellos se colocaron sobre sus colas y salieron disparados hacia el cielo. En comparación su lanzadera se elevó como un

balón perezoso.

Pero era mejor que estar entre el tráfico.

Cuatro de los Alas-X redujeron la velocidad y se colocaron tras ella, formando un cuadrado protector más allá de su popa. Tres maniobraron hasta posicionarse a su alrededor, uno por encima, uno a babor y uno a estribor, un triángulo protector. Y Luke y Mara tomaron la posición delantera.

Jaina sonrió. Preferiría estar ahí afuera con ellos, en un ágil caza protegiendo a un objetivo más vulnerable… pero si tenían que cuidar de ella, tener a Luke y Mara haciéndole los honores era tan bueno como podía serlo.

ESPACIO CORELLIANO

Las naves de la fuerza de ataque del almirante Klauskin se apartaron de la atracción gravitatoria de Corellia. Pasaría algún tiempo, largos minutos, antes de que estuvieran lo bastante lejos del pozo gravitatorio para hacer el salto al hiperespacio.

Las naves de la flota corelliana se movieron hacia delante, formando en pequeños grupos de cuatro o cinco naves.

—Pero no se están moviendo para matar —dijo Fiav Fenn—. Han recogido sus escuadrones de cazas.

—Entonces sólo vamos a tener fuego de acoso —dijo Klauskin.

—Probablemente.

—¿Cómo está su fragata?

—Flotando muerta en el espacio. Bajas mínimas hasta donde podemos determinar, pero una muerte confirmada. Todas las cápsulas de escape han sido recogidas por su lado.

—Bien, bien —Klauskin asintió ausentemente.

Los elementos delanteros de la fuerza de ataque de Klauskin, incluyendo el *Dodonna*, alcanzaron el borde que lideraba la flota corelliana que se estaba reconfigurando. El *Dodonna* comenzó a estremecerse mientras soportaba fuego de las baterías láser de larga distancia. Pero como Klauskin había predicho, nada más pesado le alcanzó. Nada amenazó con derribar sus escudos.

Fuego de acoso.

El almirante sonrió.

—En alrededor de media hora, desearán que hubieran intentado hacernos estallar.

—Sí, señor.

La voz de Fenn sonó monótona. Klauskin se preguntó qué había ocurrido para que disminuyera su entusiasmo por su trabajo.

Mientras pasaban por la pantalla de acoso, el *Dodonna* se estremeció y vibró, pero Klauskin nunca se sintió genuinamente amenazado. Los informes continuaron girando en el puente. Nave tras nave de la AG alcanzaban el punto en que podían entrar en el hiperespacio. Las pérdidas preliminares de cazas de la escaramuza estaban estimadas. El papel del intruso accidental, el *Halcón Milenario*, en la acción estaba evaluada. El Escuadrón Punto de Carga informó una partida exitosa de la atmósfera corelliana.

La última y rezagada nave de la fuerza de ataque de Klauskin informó estar lista para entrar en el hiperespacio.

—Todas las naves, salten —ordenó Klauskin.

Un momento después las estrellas a través del ventanal delantero parecieron retorcerse y girar, como una inquietante imagen visual de kaleidoscopio. Un instante después se enderezaron y el planeta azul y verde de nubes blancas que era Tralus giró ante ellos en la distancia delante.

—Todos los escuadrones de cazas —dijo Klauskin—, lanzamiento.

Dos horas después, estaba hecho. Un mundo estaba ocupado y sojuzgado.

Para decir la verdad, esto no fue un gran logro militar. Tralus estaba ligeramente ocupado y sus defensas contra una invasión ascendían a unas cuantas unidades de SegCor desperdigadas, más una unidad de comandos peligrosos y bien armados que mantenían la instalación construida alrededor de la unidad repulsora asociada con la Estación Centralia.

Las fuerzas de Klauskin no se molestaron con los defensores del repulsor. Meramente barrieron la ciudad de Rellidir, cuya población de un millón de habitantes la convertían en una metrópolis según los estándares de Tralus, y tomaron la cuidad y los líderes planetarios bajo custodia. Unidades de las fuerzas de ataque de Klauskin aterrizó en la ciudad y ocupó varios bloques en el centro. Unas cuantas lanzaderas de asalto llenas de soldados de élite rodearon la instalación repulsora con órdenes de mantener a su guarnición embotellada dentro. El resto de las naves de la fuerza de asalto permaneció en órbita, en un perímetro defensivo.

Unidades de la flota corelliana comenzaron a aparecer en el espacio cercano, circulando, reconociendo e intentando parecer amenazadoras. Era evidente para Klauskin que sus comandantes estaban confundidos y mal dirigidos.

Él sonrió. Había conseguido su propósito al asegurar esta cabeza de puente. Había confundido al enemigo. Estaban, al fin, intimidados.

—Los refuerzos enemigos continúan llegando —dijo con tonos retumbantes y militares—, pero no llevarán a cabo ninguna acción por miedo a la venganza o el daño vertido contra la población civil. —Pensó durante un momento, intentando recordar sacar a la luz alguna otra declaración de esperanza y buena alegría, y entonces negó con la cabeza—. Operación Rodeo, almirante Matric Klauskin al mando.

Asintió hacia Fenn para indicar que debería dejar de grabar.

Ella pulsó el botón apropiado en su cuaderno de datos.

—¿Debo limpiarlo antes de enviarlo, señor?

—No, envíe el original. No hagamos esperar al almirante Pellaeon más de lo necesario. Ya tiene sus años, ya sabe.

—Sí, señor.

—Necesito un breve descanso. Estaré en mis habitaciones.

Klauskin se volvió desde los ventanales del morro que había ocupado su atención durante varias de las últimas horas y comenzó la larga caminata hacia sus habitaciones.

Minutos después, la puerta de sus habitaciones se abrió y él entró a grandes zancadas. Sólo entonces cambió su paso, pasando de enérgico a lento y cansado.

Y estaba cansado, cansado tanto física como emocionalmente. Tener a su misión dirigiéndose de cabeza a un fallo certero y haberla recuperado con un resultado que él podía considerar como un éxito, le había costado mucho.

Las habitaciones de un almirante en una nave insignia eran grandes y podían ser decorados con opulencia, pero Klauskin nunca había tomado esa ruta. Su cámara más grande, en lugar de ser un salón lleno de comodidades y entretenimientos, había sido decorada como una sala de conferencias, con una gran mesa oval y numerosas sillas acolchadas, con los ventanales permitiendo una bella vista de estribor de las estrellas. Caminó hasta pasar más allá de la mesa, sin verla ni a ella ni a la gloriosa vista, y entró en su dormitorio. Se sentó en la cama, permaneciendo erguido lo suficiente para sacarse las botas, y se tendió.

El aire sobre él brillo y Edela apareció.

Ella era bajita y pasada de peso pero bien vestida para compensarlo, llevando hoy un traje de fiesta verde con un escote bajo. Su largo pelo, castaño y surcado de canas, estaba recogido en alto en un estilo coruscanti que algunos consideraban pasado de moda pero que Klauskin siempre lo había considerado como clásico. No llevaba joyas. Ella despreciaba las joyas.

En todos los años que habían estado casados, ella nunca había parecido más radiante. En ese momento, ella parecía mucho más feliz y sana que durante el mes anterior a su muerte.

Hacía mucho que él había dejado de preguntarse cómo había sido tan afortunado para que ella reentrara en su vida. Ahora simplemente le sonrió hacia arriba.

—Me alegro de que vinieras.

—Shh. —Ella colocó un dedo sobre sus labios y luego lo bajó hasta los de él—. Necesitas descansar. Hoy lo hiciste tan bien.

—Sí, ¿verdad?

—Sí. Nunca dejes que nadie *jamás* te diga que no fue así. —Su tono era casi severo—. Sólo espera. Bastante pronto, todos estarán diciendo cómo cogiste unas órdenes imposibles y las convertiste en una victoria. Serás famoso. Serás promocionado a almirante de flota.

—Sí, querida.

—Ninguna otra recompensa sería aceptable. Cualquier otra cosa sería un insulto.

—Sí, querida.

—Duérmete, Matric.

Él lo hizo.

CORUSCANT

Dos días después, Luke Skywalker, vestido totalmente con los ropajes de Maestro Jedi, fue escoltado hasta una sala de conferencias dentro de los recintos más profundos del gobierno en Coruscant.

Varios invitados a la reunión ya estaban allí y estaban sentados. A la cabeza de la mesa estaba el Jefe de Estado Cal Omas, un hombre esbelto y guapo con el pelo fino. El estrés de su cargo y el final de su mediana edad habían vuelto al hombre flaco, incluso de apariencia débil, pero la determinación le mantenía recto y le daba dignidad. Llevaba ropajes con un corte

de un uniforme militar de gala de la AG, pero de un púrpura oscuro fuera de las regulaciones.

A su derecha se sentaba el almirante Gilad Pellaeon, actuando como jefe del ejército de la AG. Había sido un oficial exitoso y feroz de la armada espacial en los días de la Antigua República e incluso ahora, más de sesenta años después, todavía mandaba con ingenio, ingenuidad y una voluntad inflexible. Luke y él intercambiaron una mirada, y la más débil de las sonrisas irónicas. Más de treinta años antes, los dos habían sido enemigos, con Luke luchando por la Nueva República y Pellaeon por los remanentes del Imperio, y ahora servían a la misma causa. A pesar de su avanzada edad, Pellaeon todavía tenía una apariencia formidable: ancho de pecho, con su pelo blanco todavía tupido y su bigote todavía feroz. Su uniforme de almirante de la AG era tan nítido como sus modales.

A su derecha se sentaba la almirante Niathal, una mujer mon calamari. A diferencia de Ackbar, quizás el oficial militar mon cal más conocido de la historia reciente, era conocida por su helada disposición y cortantes reprimendas. Sus enormes ojos siguieron a Luke mientras entraba en la habitación. Él le dirigió una mirada y un asentimiento ligero y amistoso. Él no la conocía bien y no sentía ni afección ni desden por ella.

En otros lugares de la mesa se sentaban consejeros y ayudantes de los tres. La composición de los que atendían a la reunión le dijo a Luke que todas las discusiones serían acerca de asuntos militares y sus efectos en los asuntos políticos. Y eso significaba el lío de Corellia.

El Jefe Omas hizo un gesto hacia el asiento desocupado a su izquierda y Luke lo tomó.

—Me alegro de verle, Maestro Skywalker. Gracias por venir tan rápidamente.

—Me alegro de complacerle, señor.

La llegada de Luke había sido realmente rápida. El transporte que le había traído a él, a sus equipos Jedi y a otros de la reciente Operación Rodeo había aterrizado menos de una hora antes.

—Entonces. —Omas miró a Pellaeon—. Almirante, ¿le importaría comenzar?

—Sí. —Pellaeon miró al cuaderno de datos ante él—. Maestro Skywalker, ¿cómo describiría las operaciones Jedi que fueron parte de Rodeo?

—Exitosas —dijo Luke—, pero no limpias. Teníamos cinco

operaciones. Slashrat, Purella, Tauntaun, Rata Womp y Mynock.

Pellaeon se las arreglo para poner una pequeña sonrisa.

—Cada una de esas criaturas o tiene mal genio o huele mal.

—Sí, señor. Slashrat, comandada por el Maestro Corran Horn, era un equipo de dos operativos observando el puerto estelar principal de Coronita para las actividades significativas de lanzamiento de cazas. Dado que la mayoría de los escuadrones de cazas de Coronita habían sido colocados para la acción de la flota de Corellia, desde luego, la utilidad de Slashrat fue grandemente anulada.

»A Purella y Tauntaun, comandados respectivamente por Jaina Solo y Tahiri Veila, se les asignó la tarea de secuestrar a la Primera Ministras Aidel Saxan y al Jefe de Estado Thrackan Sal-Solo en sus residencias.

Uno de los ayudantes hacia los pies de la mesa, un hombre bothan, se aclaró la garganta. Su pelo onduló con lo que Luke interpretó que era malestar.

—Es inapropiado —dijo— utilizar la palabra *secuestrar*.

Los ojos de Niathal se contrajeron y su mirada atravesó al que había hablado.

—El Maestro Skywalker no está hablando para el público o la prensa —dijo ella, con voz áspera y gravemente—, así que no está obligado a atenuar sus palabras. En esta compañía, deberíamos estar utilizando la terminología precisa, no sus insensateces de relaciones públicas. ¿Verdad?

El pelo del bothan onduló otra vez y Luke pudo sentir que era una combinación de miedo y furia al ser reprendido.

—Sí, almirante —dijo el hombre.

—En el futuro —añadió Niathal—, intente confinar sus comentarios a los que son útiles.

—Sí, almirante.

Luke suprimió una sonrisa. Se volvió hacia Pellaeon.

—Su misión fue casi un fallo completo dado que parecía haber sido de conocimiento previo por parte de Corellia. Saxan y Sal-Solo permanecen en Corellia.

»Rata Womp, que comandaba yo, tenía la tarea de recuperar a Tauntaun y Purella y fue un éxito, aunque no sin perdidas. Perdimos una lanzadera y su tripulación de dos personas, y un Ala-X con su piloto Jedi.

»Finalmente —dijo Luke— estaba Mynock. La más importante de las operaciones, y por la que las demás, tan

significativas como podrían haber sido, también eran un acto de diversión. Mynock fue, tanto desde una perspectiva a corto como a largo plazo, espectacularmente exitosa. La Estación Centralia fue eliminada como una amenaza a través de la eliminación de los mecanismos de control que los corellianos habían diseñado para hacerla completamente operacional. Pero la propia estación no fue destruida, lo que significa que a largo plazo puede ser completamente examinada e investigada. Hubo algunas perdidas de vidas entre los miembros de la Fuerza de Seguridad Corelliana que defendían la instalación, pero ninguno los Jedi envueltos en la misión fueron heridos. Y esto a pesar del hecho de que los corellianos a cargo de la estación eran totalmente conscientes de había operativos en camino. De que había operativos *Jedi* en camino.

Pellaeon fijó en Luke una mirada que podría describirse de la manera más caritativa como infeliz.

—Está seguro de que sabían que habría Jedi en camino.

Luke asintió.

—Sí, señor. De acuerdo con los informes de Mynock, habían desarrollado tácticas y llevado droides de combate que estaban claramente optimizados para la acción contra Jedi. Utilizaron armas de amplio efecto tales como ataques sónicos y explosivos, muy difíciles de evadir para los Jedi. Tenían unidades muy móviles y de acción rápida capaces de mantener la acción contra poderosos individuos infiltrados. Su red de sensores de holocámaras parecía estar preparados para seguir los movimientos individuales a través de la estación. Incluso tenían una trampa diseñada específicamente para evitar que un Jedi utilizase la Fuerza. También, una fuente que permanece en Corellia —Luke no nombró al doctor Seyah, dado que todos los que estaban autorizados aquí a conocer ese nombre ya estarían familiarizados con ello— informa de discusiones entre las tropas de SegCor acerca de la relativa efectividad de su breve entrenamiento anti-Jedi.

—Ah. —Pellaeon no parecía del todo sorprendido por las alegaciones de que los corellianos no sólo tenían una advertencia previa de la operación sino detalles específicos sobre la composición de la operación—. Tengo entendido que su propio hijo fue responsable de que Mynock fuera un éxito.

—Eso es correcto, señor.

—Su hijo de trece años.

Luke sonrió.

—Sí, señor.

—Es más cruel de lo que me di cuenta, Maestro Skywalker.

Luke negó con la cabeza.

—Simplemente no nado contra las corrientes de la Fuerza.

—¿Podría el general Wedge Antilles haber sido el conducto para todo ese conocimiento avanzado que recibieron los corellianos? —preguntó Niathal.

Luke frunció el ceño, desconcertado.

—No lo creo. Wedge está retirado. Dudo que estuviera envuelto, en ninguno de los dos lados.

—Oh, estuvo envuelto —dijo Niathal—. Como una extensión del mismo principio gobernante que llevó a las Operaciones Tauntaun y Purella, fue recogido y transportado aquí antes del inicio de la Operación Rodeo. Para mantenerle alejado de los problemas.

Luke se cubrió los ojos con una mano.

—Escapó poco después y aparentemente volvió a Corellia —continuó Niathal—. Acaba de ser anunciado que el Jefe Sal-Solo ha expulsado al viejo Ministro de Guerra para asumir él mismo la posición y Antilles acaba de ser asignado como enlace entre Sal-Solo y la Primera Ministra Saxan.

—Estoy sorprendido —dijo Luke. Levantó la vista para mirar a la oficial mon cal otra vez—. Sorprendido de que él aceptase una posición como esa.

—Yo no —dijo Pellaeon—. Si yo hubiese sido sometido a esa clase de tratamiento, podría declarar una guerra personal contra el gobierno que lo autorizó. Sospecho que Antilles no está luchando por Corellia. Está luchando contra *nosotros*, nosotros personalmente. —Se indicó a sí mismo y a Cal Omas, y luego se volvió hacia Niathal—. Encuentre el nombre de todos los oficiales que hicieron una chapuza con cualquier parte de la operación contra Antilles. Quizás desaparecerá voluntariamente de escena si los degradamos a todos a barrenderos.

—Almirante, será un placer. —Niathal se volvió hacia Luke—. Necesito que sea lógico en lugar de sentimental cuando responda a esto: ¿Podría su hermana haber sido la filtración, informando a los corellianos sobre la intervención Jedi?

Luke negó con la cabeza.

—Imposible.

Niathal hizo un ruido húmedo y correoso, el equivalente mon

calamari de un resoplido humano de sorna.

—*Nada es imposible,* Skywalker.

—Explicaré, con lógica, porqué creo que es imposible. Para que ella supiera que los Jedi serían una parte de la operación, también tendría que tener conocimiento de más información que eso. Y *más información* revelaría que su hijo y su hija, y mi hijo, serían parte de la operación. ¿Puede imaginársela dándole a los corellianos información que les obligara a matar a sus hijos y a su sobrino?

Niathal abrió sus manos con las palmas hacia arriba. Un gesto de *No lo sé*.

—Depende de la fortaleza de sus convicciones… y cuáles son esas convicciones. No ha demostrado que sus ideales no valoren la independencia corelliana por encima de la supervivencia de la familia.

—Ya es suficiente —dijo el Jefe Omas—. Eso está fuera de toda cuestión.

—Pero hay una filtración en algún lugar —concedió Luke—. En la orden, aquí en la sede del gobierno, no estoy seguro de cuál. Tenemos que encontrarla y cerrarla.

—Otra pregunta —dijo Pellaeon—. ¿Qué impresión tuvo del almirante Klauskin?

Luke lo consideró.

—Mayormente favorable, al menos mientras se estaba montando la operación. Parecía listo y decidido. Cuando las cosas empezaron a ir mal, sin embargo… bueno, parece obvio que eligió mal. La improvisación no parece ser una de sus aptitudes.

—Eso es exponerlo suavemente —dijo Omas—. Pero en realidad, ¿es eso todo lo que usted o cualquiera de sus Jedi podría decir de él?

—Bueno… no. —Luke reprimió un suspiro. La reticencia a hablar mal de alguien aquí estaba fuera de lugar—. Excepto por mí, su trato con los Jedi era muy limitado. Le vi en varias reuniones. Todos los jefes de equipos excepto Corran Horn, es decir, Jaina, Tahiri, Jacen y yo, estuvimos en una reunión y todos los Jedi le conocieron en una cena. Fue tras esa cena cuando una de mis Jedi, Tiu Zax, una Caballero Jedi recientemente confirmada, dijo que había tenido la más extraña impresión de él.

—¿Cuál fue? —preguntó Niathal.

—Que se había quedado en blanco en un punto durante la cena. Que, mientras yo estaba intercambiando historias de pilotos

de caza con Jaina, Klauskin simplemente se había… ido, mentalmente. Una ausencia tan fuerte que ella la sintió a través de la Fuerza. Sólo durante unos momentos.

Los ojos de Niathal se dirigieron hacia delante, un gesto que tal vez pretendía intimidar.

—¿Y no informó de esto?

—¿Informar de qué? —Luke se encogió de hombros—. La misma clase de cosas puede ocurrir cuando alguien entra en un estado meditativo, o se enfrenta a un recuerdo particularmente privado. Tiu es lo bastante joven para no haberlo encontrado antes. Yo lo he hecho y no pensé nada de eso. ¿Cree que podría ser la evidencia de un problema más significativo?

—Oh, sí. —Niathal asintió, con el movimiento siendo exagerado por el tamaño de su cabeza, más grande que la de cualquier humano—. Aparentemente ha experimentado un colapso emocional y mental completo. Doce horas estándar después de la ocupación de Tralus, su ayudante, la coronel Fenn, le encontró dando vueltas por los pasillos del *Dodonna* vestido con su batín, buscando a su mujer. Su mujer muerta. No ha respondido a muchas preguntas u órdenes desde entonces. Los oficiales del *Dodonna* han estado diciendo que se derrumbó de extenuación.

—Lo que nos lleva al último asunto de significado que necesitamos de usted, Maestro Skywalker. —El Jefe Omas se frotó la barbilla—. La ocupación de Tralus y sus consecuencias. La Operación Rodeo se suponía que forzaría a los corellianos a darse cuenta de que simplemente no podían reconstruir su gran arma láser en el espacio. Teníamos que eliminar su gran arma láser y darles en la cabeza con los nudillos. Fallamos en darles en la cabeza, la llegada de la armada corelliana evitó eso, pero eliminamos su arma láser gigante. Y de haber vuelto nuestra fuerza de ataque a Coruscant en ese punto, todavía tendríamos la ventaja, aunque sólo una ligera ventaja, en el juego.

—Pero la ocupación de Tralus —dijo Niathal— les ha hecho enfadar. Luchar como locos, creo que es la expresión.

—Corellia continúa armándose —dijo Pellaeon—. Otros planetas están expresando rabia por el modo en que Rodeo se llevó a cabo. Commenor. Fondor. Bespin. Coaliciones como el Sector Corporativo. Más cada hora. Algunos de ellos simplemente están jugando a juegos políticos, desde luego, pero otros podrían concebiblemente unirse a Corellia en una alianza

militar.

—Lo sé. —La voz de Luke era lastimera—. Quizás esos otros planetas se tranquilizarían si les mostrásemos las evidencias que ha reunido sobre la flota de asalto secreta de Corellia.

—No podemos —dijo Omas—. Nuestras evidencias no son irrefutables, y algunos de esos mundos se aliarían con Corellia incluso aunque lo fueran. Estaríamos descubriendo nuestra mano para nada.

—Y todavía no sabríamos la localización de la flota —dijo Pellaeon—. Pero todavía podemos manejar esto con la diplomacia. La Primera Ministra Saxan ha indicado que estaría dispuesta a reunirse con nosotros en una misión de paz. Incluso a salir de Corellia para el encuentro. Pero no a aquí. No a Coruscant.

—¿Adónde, entonces? —preguntó Luke.

—Aún no se ha determinado —dijo Pellaeon—. Eso no es importante. Tendrá que ser un sistema que ambos lados consideren neutral en este asunto. Ahora, el Jefe de Estado Omas no puede representar a la Alianza Galáctica, dado que su rango es sustancialmente más alto que el de Saxan. Que el líder de cientos de mundos viaje para encontrarse con la líder de cinco sería un signo demasiado grande de debilidad.

—Desde luego —dijo Luke.

Respiró profundamente, apartando el repentino pinchazo de nausea que sentía. Esta era la clase de política que más odiaba: los molestos detalles basados en las percepciones de mérito o importancia relativos.

—Así que seré yo —continuó Pellaeon—. Cada lado tendrá un destacamento de seguridad en el lugar. Pero la Primera Ministra Saxan ha hecho una concesión interesante. Esta dispuesta a estipular la neutralidad de los Jedi en este asunto, y a tener tantos Jedi presentes como usted, Luke Skywalker, desee. Para defender la misión diplomática.

Luke asintió.

—Déme los detalles y reuniré un equipo. Pero no entiendo porqué ella haría eso. La orden Jedi es específicamente una organización que defiende a la Alianza Galáctica. No somos enteramente imparciales.

—Sólo puedo darle una conjetura —dijo el Jefe Omas—. Una conjetura basada en décadas de tratos políticos. Creo que Saxan quiere la paz. Ni siquiera necesariamente por el bien de la paz,

sino porque la guerra le permitirá al Jefe Sal-Solo asumir poderes de emergencia y recursos de emergencia que ella no puede regular o controlar. Pero tiene que encontrar una manera de preservar la paz que permita a los corellianos salvar la cara. Lo que significa que también la salvamos nosotros.

—Podríamos retirar las unidades que ocupan Tralus —dijo Luke.

El Jefe Omas asintió.

—Correcto. Pero dejaremos que ese sea uno de los puntos de negociación de Saxan. Ella seguramente insistirá en ello, y nosotros estaremos de acuerdo.

—No deberíamos. —Esa fue Niathal, y, si acaso, parecía haber incluso más refunfuño en su voz que antes—. Deberíamos reforzarlo ahora masivamente, comenzar una recolocación forzosa de la población civil. Lo necesitaremos como un punto de salto si los corellianos no acceden y tenemos que conquistar el sistema. No tenerlo disponible para nosotros nos podría costar algo incalculable.

El Jefe Omas fijó en ella una mirada admonitoria.

—Estaremos de acuerdo —continuó, y devolvió su atención a Luke—. Esta *es* una táctica política, más que militar. Si simplemente nos retiramos ahora, los corellianos se vuelven más beligerantes, viendo nuestras acciones como debilidad. Si estamos de acuerdo con las negociaciones de Saxan en ese punto, no parecemos débiles y la posición de Saxan se ve fortalecida.

—Ya veo.

—Por favor, reúna una lista de posibles miembros para su equipo Jedi —dijo Pellaeon—. Le haremos saber como se desarrollan las cosas.

Luke se puso en pie.

—Que la Fuerza le acompañe, almirante.

Pellaeon sonrió.

—Hubo un tiempo, hace mucho, en que estuve seguro de que nunca oiría esas palabras dirigidas a mí.

Luke le devolvió la sonrisa.

—Los tiempos cambian.

Inclinó la cabeza con respeto a los otros y salió de la habitación.

capítulo diecisiete

CORUSCANT

El deslizador aéreo era grande, espacioso por dentro y por fuera de un modelo que no había sido fabricado en varios años. Era azul cielo pero arañado y abollado por una generación llena de accidentes y calamidades ordinarias, y parecía tan lento como un bantha a la hora de la siesta.

Un hombre humano estaba reclinado en el asiento trasero, con los pies hacia la pasarela elevada contra la que el deslizador había aparcado. Llevaba pantalones negros con estrechas rayas rojas en la parte exterior de las perneras, una camisa de manga larga, un chaleco negro y unas botas usadas. Un trapo estaba colocado sobre su cara. Parecía a primera vista como si estuviera durmiendo, con el trapo evitando que la luz del sol le diese en la cara, pero algo en el modo en que su cabeza estaba sostenida por el lado del asiento, orientando sus ojos hacia la pasarela adyacente, algo en el modo en que su rodilla derecha levantada ocultaba su mano y quizás la presencia de una pistola láser, ilegal aquí pero difícilmente poco común, evitaba que incluso el más ladrón de los transeúntes le prestase demasiada consideración a robar el deslizador.

Moviéndose vivamente, una mujer pequeña con una capa marrón de viajero, con la capucha levantada para ocultar su cara, fue hasta más allá del río de tráfico peatonal y se dejó caer en el

asiento del pasajero.

El hombre en el asiento trasero apartó el trapo de su cara y rodó hacia delante hasta el asiento del piloto, rápidamente y con gracia. Hizo que el deslizador retrocediera treinta metros y estaba invirtiendo la dirección, lanzándose hacia delante hacia la línea de tráfico a una velocidad que era remarcable para un deslizador tan lento, antes de que otros transeúntes empezaran a registrar el hecho de que él era Han Solo.

—¿Qué descubriste? —preguntó él.

El viento provocado por sus movimientos arrancó la capucha de la cara de Leia. Esta cayó sobre su espalda. Ella no se preocupó de volver a colocársela. Ni tampoco se preocupó de ocultar su infelicidad.

—Tal vez deberíamos volver a casa antes de discutir esto.

—Ya he esperado varias horas —dijo Han.

—Tal vez deberías aparcar.

Finalmente él le dirigió una mirada de cerca.

—Tan malo.

—Peor.

—Dímelo.

Hubo una pausa casi imperceptible. Han sabía que Leia estaba reuniendo los hechos, decidiendo un orden de presentación.

—Algo de esto lo estoy adivinando, basado en las cosas que no se dijeron y cosas que se dijeron. Algo de lo que estoy segura está basado en cosas que oí a hurtadillas. Creo que empezaré con las cosas más grandes y bajaré desde ahí. Las demandas corellianas de que la Estación Centralia fue saboteada por Jedi son verdad. La estación ha sido seriamente dañada, haciendo retroceder a los científicos corellianos varios años. Y los Jedi que lo hicieron… fueron Jacen y Ben.

Han le dirigió una mirada penetrante. Vio los ojos de ella abrirse mucho y volvió a mirar a la línea de tráfico. Sólo en fracciones de segundo, la distracción y el agarrotamiento de sus manos en los controles habían causado que el deslizador se apartara de su línea de tráfico, hacia un modelo pequeñito y de alta velocidad con una mujer humana anciana y de piel oscura metida dentro. Él le lanzó una sonrisa de *perdone por eso* y devolvió su atención a Leia, pero mantuvo su vigilancia en su pilotaje.

—Jacen.

—Sí.

—Y Ben.

—Sí.

—¿Luke está loco?

Esta vez ella no respondió.

—Equipos Jedi también hicieron intentos de secuestrar a unos cuantos políticos corellianos críticos para sacarles de Coronita. Jaina estaba en uno de esos equipos.

La mandíbula de Han se puso rígida y él vio a Leia retroceder, inconscientemente, sólo unos cuantos centímetros. Ella no tenía miedo, nunca había tenido razón para tenerle miedo a sus reacciones, pero eso le recordó algo que un colega le dijo una vez: cuando Han Solo se vuelve loco, parece más loco que cualquier humano en el espacio conocido.

—Lo está haciendo otra vez —dijo Han—. Está lanzando a mis hijos, a nuestros hijos, a situaciones peligrosas de las que no deberían ser parte. ¿Qué tengo que hacer para que él pare?

—Hay más. ¿Estás seguro de que no puedo persuadirte para que pares?

—¿Hay algo que posiblemente puedas decirme que me hiciera perder mis aptitudes como piloto? —Dándose cuenta de que sonaba irritado, y no queriendo verter su furia contra Leia, forzó a la furia a desaparecer de su voz—. Sólo dímelo.

—Los corellianos tenían emboscadas y trampas preparadas para ellos. Emboscadas y trampas que se pretendía que fueran para Jedi.

Volaron en silencio durante largos segundos. Han mantuvo en su mente lo que Leia le había dicho como un huevo, algo demasiado delicado para que él lo manejase bruscamente.

Se dio cuenta, incluso en su distracción, de que el deslizador se había empezado a estremecer. Cuidadosamente, experimentó con la aceleración y con los controles durante los giros.

No, el deslizador no había cambiado. Pero sus brazos y manos estaban temblando tanto que estaban afectando al vuelo.

De repente salió del tráfico, deslizándose hacia un lado con una precisión ridícula y peligrosa hasta un aparcamiento de deslizadores al nivel de los quinientos metros junto a la pasarela adyacente a un restaurante. La velocidad de su aproximación y su deceleración rápida y en el último segundo causaron que los peatones de la pasarela se encogieran y saltaran para apartarse de su camino, como si fuera a pasarse del límite y estrellarse contra

ellos, pero él se detuvo a centímetros del lugar y dejó que los rayos de agarre del aparcamiento le arrastraran el último palmo de distancia. Automáticamente, insertó una tarjeta de crédito en el hueco adyacente.

Durante largos momentos, no pudo forzarse a mirar a su esposa. Su voz era lenta y temblorosa cuando finalmente habló.

—Así que *yo* hice eso. Casi hice que les mataran.

—No.

—Sí. Debería haberme figurado que nuestros niños estarían envueltos en lo que estaba pasando en Corellia. Y yo fui allí y le dije a los corellianos que apuntaran con las mirillas de sus armas a nuestro chico y nuestra chica.

—Han, les dijiste tus *conjeturas*. Pero no me estás escuchando. Dije que estaban preparados para Jedi. ¿Qué, en todo los que le dijiste a los corellianos, les habría alertado para que estuviesen preparados para Jedi en las situaciones donde los Jedi fueron utilizados contra ellos?

Han pensó en ello.

—Nada.

—Eso es correcto, nada. ¿Entonces?

—Entonces… alguien más les dijo donde y cuando se utilizarían los Jedi.

—Eso es correcto. Y está todo eso de la Estación Centralia. Los corellianos están siendo de alguna manera poco sinceros acerca de ello cuando dicen que los Jedi fueron y sabotearon el lugar. Olvidan mencionar que la habían restaurado hasta un estado de total operatividad o estaban a punto de hacerlo.

Han la miró e intentó absorber las implicaciones de lo que ella estaba diciendo. Sin ser un político, todavía era un táctico hábil y la fortaleza militar relativa de Corellia con y sin la estación empezó a aparecer como si fueran números a través de su mente. Le hicieron sentirse incómodo. Con la estación operativa, Corellia probablemente podría haber alcanzado la independencia rápidamente y sin derramamiento de sangre. Pero el sistema sólo habría podido hacerlo utilizando amenazas, amenazas terroristas, contra la Alianza Galáctica. De repente no estaba seguro de que pudiera apoyar la independencia corelliana en esos términos y esa falta de convicción le hizo sentirse incómodo.

—Simplemente estás llena de buenas noticias —dijo él, en un intento de humor que, a sus propios oídos, falló completamente.

—Hay más. Y no sé qué significa.

—Adelante.

—Ben hizo realmente la mayor parte del trabajo de sabotear la estación. Fue un logro bastante grande. Pero no está hablando de ello. Sólo ha informado a su padre y Luke no ha dado ninguna información. Ben no está aceptando las enhorabuenas muy bien. Y cuando fui a él para ofrecerle la mía, no pudo forzarse a mirarme. Se quedó simplemente helado y de algún modo asintió, y luego llevo a cabo una retirada tan apresurada como pudo. Parecía… culpable.

—Probablemente se figuró cómo me tomaría las noticias.

—Quizás.

Han arrastró un suspiro largo y profundo.

—¿Algo más?

Ella asintió.

—Todavía van a intentar arreglarlo todo por medios diplomáticos. Va a haber una reunión entre Saxan y Pellaeon. Ambos lados, y los Jedi, estarán proporcionando seguridad. Luke me pidió que fuera parte de ese esfuerzo. Y está esperando que también lo seas.

—¿Aceptaste?

—Acepté por mí.

Él asintió.

—Entonces también aceptaste por mí.

Finalmente, Leia sonrió.

—Esperaba que dirías eso. Y tenemos un último problema con el que tratar.

—Sigue así, mi mente va a romperse. ¿Qué problema?

—Admiradores.

Han levantó la vista. Sólo a metros de distancia, una multitud de al menos veinte personas, con su atención fija en Han y Leia, se había acumulado en la pasarela, frenando el tráfico a pie. Cuando Han les miró, algunos hicieron gestos con las manos, otros apartaron las miradas, algunos se quedaron en pie tan transfigurados como si hubiesen sido alcanzados por un disparo láser aturdidor.

—¡Han Solo! ¡Princesa Leia! —dijo uno, un hombre devaroniano, con su piel rojo sangre y sus cuernos blancos de algún modo fuera de lugar en este brillante lugar bajo el sol—. ¿Podemos hacernos un holo con ustedes?

—Nuestro público —murmuró Han.

—Te encanta, sabes que te encanta.

Él le dirigió una sonrisa, se puso en pie y le ofreció su mano a ella, un gesto galante para ayudarla a levantarse.

—Seguro —respondió él. Entonces le susurró a su esposa—: Espero que no haya gente que lee los labios en esta multitud.

SISTEMA KUAT, ESTACIÓN TORYAZ

Cinco días después, una extraña colección de naves se encontró en una estación espacial en el sistema estelar de Kuat.

La propia estación era de un diseño poco habitual. En su centro era un disco de dos kilómetros de diámetros y trescientos metros de ancha, con sus bordes achaflanados y suavizados como una antigua moneda de un crédito pulida, con su superficie ancha con brillantes ventanales de todos los colores imaginables, predominando el azul. Desde el borde del disco, a intervalos espaciados regularmente, radiaban una docena de estrechos radios de un cuarto de kilómetro de largo. Al final de cada radio había una vaina de un cuarto de kilómetros de diámetro, con cuarenta metros de alto en el punto más ancha. Seis de las vainas eran discos, parecidos al núcleo central, y seis eran triángulos, fijados a los radios en una de las esquinas del triángulo. Los discos se alternaban con los triángulos, dándole a la estación una simetría en el diseño.

La Estación Toryaz era un lugar de recreo y competición, negociación y romance, calcular con sangre fría y enfurecerse con sangre caliente. Su disco central era un entorno de hoteles y tiendas, jardines y cascadas. Por dictado de las familias de comerciantes que dirigían la estación, los hoteles no ofrecían acomodaciones en habitaciones individuales. Las habitaciones más inferiores disponibles para alquilar eran lujosas suites cuya renta diaria era equivalente a las ganancias anuales de una familia de clase media. Aquí corporaciones y clanes de comerciantes arrendaban o mantenían suites, entretenían a estrellas de holodramas y hacían tratos de negocios que dictaban los destinos de miles de ocupaciones y vidas.

Las doce vainas eran de algún modo menos glamourosas, al menos en una inspección inicial. Cada una habría sido una estación espacial completa excepto por el radio, un conducto de tráfico ancho y sólido, conectándola a la estación principal. Y de hecho, en tiempos de crisis, cualquiera de las vainas podía

separarse del cuerpo principal de la estación, liberarse por el impulso a través del uso de una unidad de motor lenta pero servible, y mantenerse en el espacio durante días o semanas hasta que llegase el rescate.

Cada vaina, que incluía cientos de grupos de habitaciones, salas de conferencias, instalaciones de ejercicios y recreo, teatros, cocinas, hangares de vehículos, salas de seguridad, bloques de celdas para los celebrantes camorristas y atrios amplios, que podían ser alquilados como una única unidad para cualquier clase de evento corporativo. Los príncipes mercantiles traían varios cientos de sus amigos íntimos para celebrar sus centésimos cumpleaños en esas vainas. Kuat Drive Yards, el mayor fabricante dentro del sistema, llevaba a cabo sus representaciones de comercio en esas vainas.

Y ahora una de ellas, una vaina triangular conocida como el Hábitat Narsacc, había sido alquilada, en el último minuto y durante una duración no especificada, desplazando a una convención de fabricantes de deslizadores aéreos y de motos voladoras de toda la galaxia repentinamente muy infelices, por el gobierno de la Alianza Galáctica. La plantilla de mayordomos, cocineros, camareros, droides de mantenimiento y limpieza, criados y consultores de moda habían sido enviados a casa con la paga completa durante la duración de la estancia de la AG, reemplazados por empleados del gobierno cuidadosamente escaneados. Los únicos empleados de la Estación Toryaz que se quedaron fue una plantilla mínima de oficiales de seguridad, ampliamente reforzada y vigilada por especialistas de seguridad de la AG.

Las primeras naves en atracar en el Hábitat Narsacc, un gran transporte de Coruscant y otro de Corellia, descargaron hordas de soldados y personal de seguridad que comenzaron inmediatamente a buscar minuciosamente en la vaina aparatos de escucha, trampas explosivas y armas ocultas. Encontraron muchas, una gran parte de ellas con años o décadas de antigüedad, todo abandonado aparentemente en eventos previos, los residuos olvidados de intentos de espionaje y traición del pasado. Después de dos días de examen, los dos informaron a sus respectivos líderes de que no había signos de mala voluntad de las filas contrarias.

Suficientemente asegurados de que los asuntos podían progresar, ambos lados llevaron droides de protocolos y

negociadores de estatus que examinaron las instalaciones del hábitat, comparándolas con los eventos de la conferencia que estaba por venir, e inmediatamente comenzaron a negociar para asegurarse de que sus respectivos lados tendrían recursos ligeramente mejores que iguales. Las vistas de las suites que daban al casco más exterior eran mejores, por lo tanto los delegados debían estar allí, a pesar del hecho de que esto incrementaba las demandas a los equipos de seguridad. La dirección del giro de aquel grupo de suites le llevaba a ver las vistas en primer lugar y por lo tanto cada lado las demandó para su propia delegación. El desayudo dentro de las suites se serviría simultáneamente en las suites de Saxan y Pellaeon, sin importar la hora del desayuno preferida por los propios delegados. Esto llevó otro día completo.

Wedge Antilles lo ignoró todo. Desembarcado con los primeros grupos de expertos de seguridad pero sin ser realmente parte de la fuerza corelliana, descubrió lo que él pensaba que era el mejor lugar del hábitat, un exuberante jardín verde y de agua bajo un ventanal en el techo a cientos de metros de distancia que mostraba gloriosos campos de estrellas durante las horas en que las barras luminosas no estaban activadas, y pasaba la mayor parte de su tiempo allí. Ningún otro hombre o mujer de los destacamentos de seguridad se entrometieron excepto por la ocasional búsqueda del perímetro y el escaneo de armas.

En la mañana del cuarto día, mientras se sentaba en la oscuridad en un sillón que se acoplaba a su cuerpo con cada uno de sus movimientos, oyó unos crujidos en el lado más alejado del claro central. Puso su mano en su pistola láser enfundada pero no se movió aparte de eso. En momentos, otro humano entró en el claro, inconsciente de los helechos que le rodeaban y la cascada artificial y el lago a sólo una docena de metros de distancia. Recto como una baqueta, llevaba el uniforme de un general de la Alianza Galáctica, con la gorra colocada bajo el brazo, y su atención estaba fija en las estrellas que había por encima. Tenía alrededor de la edad de Wedge, con el pelo claro y una cara un poco delineada por la responsabilidad y una pena muy, muy vieja, pero no por la edad. Parecía un príncipe, con rasgos que podían haber sido fríamente aristocráticos si hubiese tenido ese comportamiento, pero Wedge nunca le había visto en una actitud como esa.

Wedge sonrió y suspiró profunda y silenciosamente.

—¡Pícaro Dos! —gritó—. ¡Gira a babor!

Antes de que Wedge estuviese a mitad de su grito, el recién llegado se había dejado caer, rodó tras una gran caja con brillantes plantas woosha de Naboo y luego se enderezó de nuevo, con su gorra desaparecida. Su expresión habría sido feroz si hubiese sido capaz de evitar el sonreír.

—¡Wedge! No tiene gracia.

Se sacudió y salió de detrás de su escudo improvisado.

Wedge se levantó para tomar la mano del hombre y abrazarle.

—Tycho. No sabía que ibas a ser parte de este alegre lío.

El general Tycho Celchu le dio unas palmaditas en la espalda a Wedge antes de soltarle.

—Yo sabía que tú sí. Pero hay pequeños problemas para enviarte mensajes estos días.

—Lo sé.

Wedge hizo un gesto hacia el sillón al lado del suyo y luego reasumió su asiento original.

Tycho se sentó pero permaneció recto, con su postura perfecta. El humor gradualmente dejó su cara, dejando detrás una combinación de curiosidad y arrepentimiento.

—No puedo creer que estemos aquí sentados llevando uniformes diferentes.

Wedge se sentía del mismo modo que Tycho parecía sentirse. Asintió.

—Yo tampoco.

—¿De qué va todo esto? —Tycho sonaba casi furioso. Con toda certeza estaba enfadado—. Oí lo de tu secuestro y tu escape. Eso envió una onda de choque a través de Inteligencia, y muchos idiotas fueron degradados de rango a cuenta de ello. Lo que por mí está bien. Pero ¿qué estás haciendo con ese uniforme? —Entonces estrechó sus ojos y miró a su alrededor—. ¿O no deberíamos estar hablando aquí?

Wedge asintió, sin preocuparse.

—Podemos hablar. Este lugar ha sido escaneado tan a menudo y tan bien, por tu lado y mi lado, que me sorprendería más ver un aparato de escucha que un rancor con un vestido de gala. Pero Tycho… estamos hablando estrictamente de una manera extraoficial. ¿Correcto?

Tycho asintió.

—Corellia es un gobierno de coalición —dijo Wedge—. Saxan está pastoreando a un vasto número de ministros y

subministros, la mayoría de los cuales quieren su trabajo o quieren decidir quién va a ser el siguiente en tener su trabajo.

—Eso lo sé.

—Bueno, a causa de varias presiones, ha tenido que nombrar a Sal-Solo su Ministro de Guerra.

—También he oído eso. —La cara de Tycho mostró su disgusto por los políticos de largo plazo—. Es de algún modo como nombrar a un escarabajo-piraña tu Ministro de Suministros de Comida. ¿Cómo podrían los corellianos estar tan locos como para dejarle hacer algo más importante que barrer las aceras?

—La gente redime a sus héroes —dijo Wedge. Oyó el cansancio en su propia voz—. Sal-Solo es un conspirador convicto. Han Solo era un contrabandista de especia. Luke y Leia son hijos del asesino en masa más notorio de la historia. —Hizo una pausa, dándose cuenta de que podía haber ido demasiado lejos en sus comparaciones. La complicidad de Vader en la destrucción del mundo natal de Tycho, Alderaan, era bien conocida, pero Tycho no se encogió—. De todos modos, Saxan necesita a alguien que esté a mano para interpretar los movimientos de Sal-Solo, para que a él le dé consejo estratégico cuando sus glándulas más que su cerebro mueva a las unidades en la mesa de guerra, y eso. Y para acompañarla aquí y ver qué puedo hacer para promocionar la causa de paz. Reunificación.

Tycho asintió.

—Si las cosas van mal, eres consciente de que podrías terminar incluido como criminal de guerra.

—Estaba pensando en eso. —Wedge se desperezó y puso sus manos detrás de su cabeza para ponerse más cómodo—. Ha pasado un poco más de cuarenta años desde que fui un contrabandista.

—Oh, no lo digas.

—Apuesto a que podría poner mis manos en un transporte bueno y rápido. Encontrar algunos de mis viejos contactos…

—Uno o dos todavía pueden estar vivos.

Wedge se encogió de hombros.

—Syal está en el camino de hacer carrera y Myri va a terminar su educación bastante pronto. Iella y yo podemos dar vueltas por las líneas espaciales, comprar un poco aquí, vender un poco allá. Podría utilizar a un buen copiloto…

Tycho se calló, considerándolo.

—¿Todavía le estas echando un ojo a Syal por mí? —

preguntó Wedge.

—Oh, sí. Está a punto de ser transferida a un escuadrón de prueba, si quiere. Ella todavía no lo sabe.

—Me disparó en Corellia.

—No.

—Oh, sí. También estuvo cerca de cogerme, considerando lo verde que está. —Wedge sonrió orgullosamente y luego se puso serio—. Tycho, parcheemos esta situación. Si viene la guerra, contigo y con Syal donde estáis, tendré familia en ambos lados.

—Auug. Vas a hacerme llorar.

Ambos hombres sonrieron. Volvieron su atención hacia las estrellas y se quedaron en un silencio en compañía.

capítulo dieciocho

Más tarde ese día, el resto de las naves dedicadas a la misión diplomática se acercaron para aterrizar en los hangares esparcidos por el perímetro del Hábitat Narsacc. Un hangar era mayor que todos los otros, pero ningún grupo de los negociadores de estatus podría estar de acuerdo en que alguno de los lados llegara allí. Sería una humillación demasiado grande para el estatus percibido de los diplomáticos. Así que no se utilizó. Los enviados de la Alianza Galáctica y de los corellianos aterrizaron en hangares de idéntico tamaño, mientras que los Jedi fueron colocados en un hangar ligeramente más pequeño que los otros.

Entonces los tres grupos se encontraron en el área de conferencia mayor del hábitat, con bastante sitio para que dos partidos de bolazona se jugaran simultáneamente. Un grupo de mesas habían sido organizadas como un área de conferencias, con las sillas cuidadosamente ordenadas por el rango de los individuos asignados a ellas. Otro grupo tenía comida sobre ellas, un buffet de platos de varios mundos, incluyendo Coruscant y Corellia. Una tercera área no tenía decoración, pero una falange de droides músicos estaba distribuida contra una pared. El propósito del área, como pista de baile, era obvio.

Han Solo, técnicamente un consejero con el grupo Jedi, entró a grandes zancadas con su esposa a su lado y echó una rápida mirada a la zona despejada.

—Esto no es una reunión de negociación.

Leia le sonrió.

—No, no lo es.

—Es una fiesta.

Ella asintió.

—¿Por qué estamos malgastando el tiempo con una fiesta cuando tenemos dos lados a punto de ir a la guerra?

Luke, caminando dos pasos por delante al lado de su mujer, sonrió por encima de su hombro hacia su cuñado.

—Nadie va a ir a la guerra mientras los delegados estén aquí. El único con un deseo de querer hacerlo es Thrackan Sal-Solo, porque la guerra le dará una mejor oportunidad de asumir el control del sistema corelliano al completo… y nuestros contactos de Inteligencia dicen que todavía no tiene suficiente influencia sobre los otros cuatro Jefes de Estado corellianos para hacer eso.

—Y esta reunión proyecta la idea de que las cosas están calmadas —añadió Leia—. Hay periodistas e historiadores aquí. Verán la calma, la falta de preocupación e informarán hoy a la HoloRed.

Han hizo una mueca de dolor.

—Necesito mi pistola láser —dijo.

—¿Te sientes indefenso sin ella, papá? —dijo Jacen, justo detrás de su padre con Ben pisándole los talones.

—No es nada de eso. Sólo quiero dispararle a todos los que deciden sobre estos protocolos.

Jacen asintió mostrando su acuerdo.

—Si yo gobernase el universo, te dejaría hacer eso como un servicio a la civilización galáctica.

La sonrisa de Luke duró un par de pasos más. Entonces se enderezó, mirando hacia delante. Se apartó hacia un lado de la formación Jedi para dejar que pasaran y empezó a mirar a derecha e izquierda.

Mara, Han y Leia se apartaron con él, dejando que los otros continuaran. Jacen, Ben, Jaina y Zekk se movieron hacia el centro de la habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Mara.

—Él estuvo aquí —dijo Luke—. El hombre que no existe.

Mara comenzó un barrido visual lento y casual de la habitación.

—¿Cuánto hace? —preguntó.

—No estoy seguro —admitió Luke—. Sólo tuve un centelleo de él en la Fuerza. Pero era claro y distintivo… y, de nuevo, no un sueño.

—Entonces, él tiene que existir —dijo Mara.

Han se aclaró la garganta.

—¿Le importa a alguien darle una pista a uno que no es Jedi?

—Yo también estoy a oscuras, Han —dijo Leia.

—Un enemigo —dijo Luke—. Fui consciente de él cuando aún no existía. Y ahora estoy empezando a pensar que a veces existe y a veces no.

—Eso le hará más difícil de seguir —admitió Han—. Más difícil de hacer que pague su renta.

Luke le dirigió a Han una mirada admonitoria y luego siguió a los otros Jedi.

—Está realmente preocupado —dijo Han.

Mara asintió.

—Y se está volviendo más preocupado.

Leia enlazó su brazo con el de su cuñada.

—Entonces háblanos de este hombre que no existe.

La fiesta, Luke tuvo que admitirlo, sirvió a su propósito principal: dar información a los periodistas que probablemente tranquilizaría al público, y un propósito secundario, el de romper el hielo.

Al comienzo, los que asistían estaban en pie en pequeños grupos dictados por su función y su lugar de origen: aquí políticos corellianos, de espaldas a un grupo funcionalmente idéntico de políticos de Coruscant a un metro de distancia, allí una reunión de Jedi. En varios puntos alrededor de la pared había parejas y tríos de operativos de seguridad. Aquí los expertos de la AG, allí los de SegCor y a su lado los de la Estación Toryaz.

Extrañamente, fueron un par de viejos pilotos quienes empezaron a derretir los duros bordes de los grupos. Caminando juntos, Wedge Antilles y Tycho Celchu se movían de grupo a grupo, estrechando manos, dando palmaditas en la espalda y contando historias. Su genuina afección por la gente a la que se estaban dirigiendo era obvia, como lo era su genuina falta de preocupación por los límites políticos de la reunión.

Tycho fue el primero en la pista de baile con la Primera Ministras Saxan. Wedge, con Leia, fue el siguiente. Pronto el nivel del ruido en la sala se elevó y los límites entre los grupos se desdibujaron crecientemente.

—También puedes estar haciendo eso —le dijo Jaina a su padre mientras bailaba con él.

Han le dirigió una mirada sorprendida.

—¿Bailar? Lo estoy haciendo. Si aplastar los dedos de los pies de mi hija cuenta.

—No es eso lo que quiero decir. ¿Sabes que hay alguien aquí que a todo el mundo en ambos lados le gusta y admiran?

—Claro. —Han miró a su alrededor—. Luke está por allí. Está hablando con Pellaeon justo ahora.

—No. —Jaina negó con la cabeza, haciendo que su pelo volara—. Quiero decir tú. Un héroe para los corellianos y el resto de la AG. Y podrías ir por ahí, conociendo a todo el mundo, y haciéndoles sentir mejor por estar aquí.

Han le dirigió una mueca de mofa.

—Odio esa clase de cosas.

—¿Mi padre, el héroe, no irá por ahí sonriendo, incluso si evita que la guerra ocurra?

—No es justo. ¿Quién te enseñó a discutir?

—Mamá. Además, puedes levantar el ánimo rápidamente sólo quedándote aquí, en la pista de baile. En caso de que no te hayas dado cuenta, hay damas de ambos lados por ahí, esperando a que estés sin una pareja de baile. Así.

La música, un número de baile familiar, señaló un giro y, cuando Han lo completó, Jaina estaba a dos metros de distancia, bailando con Zekk y dirigiéndole a su padre una última y alegre sonrisa.

Han la apuntó con un dedo, en un gesto de *Te pillaré por esto* y entonces sintió un golpecito en su hombro. Se volvió. Ante él estaba una mujer joven con pelo corto y rubio. Llevaba un uniforme de un oficial de bajo rango del equipo de seguridad de la AG.

—¿General Solo? —preguntó ella—. Soy la teniente Elsen Barthis. ¿Me concede este baile?

—Desde luego. —Han puso una sonrisa que no sentía y miró brevemente hacia donde Wedge bailaba con su esposa. Había oído la historia del escape de Wedge de Coruscant y sabía que Barthis era una de sus captores. Decidió que discutir con ella su reciente degradación no beneficiaría la causa de la distensión—. Su acento… ¿es corelliana?

—Sí, originariamente. Me sorprende que pueda oír el acento. He trabajado durante varios años para librarme de él.

—Oh, algunas cosas nunca se desvanecen completamente…

*   *   *

Cuatro horas después de que comenzara, la fiesta terminó. Un puñado de delegados y consejeros se movieron hasta una sala mucho más pequeña adyacente preparada con una larga mesa de conferencias. La Primera Ministra Aidel Saxan se sentó en una esquina, el almirante Gilad Pellaeon en la otra y sus respectivos grupos ocuparon los asientos entre ellos.

—Entonces —dijo Pellaeon—. ¿Reglas de orden?

—Ahorrémonoslas —dijo Saxan. Parecía cansada pero no con mal temperamento.

—En ese caso —dijo Han—, voy a quitarme las botas. Nadie puede tomar buenas decisiones cuando le duelen los pies.

Los políticos experimentados, excepto Leia, le miraron con sorpresa, pero Han acompañó sus palabras con la acción, metiendo las manos bajo la mesa para quitarse las botas de un tirón. Un oficial de seguridad se arrodilló para mirar bajo el lado opuesto de la mesa, indudablemente para asegurarse de que Han no estaba sacando una pistola láser oculta… y entonces el oficial tuvo mucho que hacer mientras otros asistentes siguieron el ejemplo de Han y descartaban el calzado que les había estado apretando y dándoles punzadas durante horas. Pellaeon no se unió a ellos. Han, con un encogimiento de envidia, sospechó que el viejo almirante tenía suficiente experiencia y sentido común para equiparse con botas cómodas y que se adaptaban perfectamente.

—Vayamos a ello —dijo Pellaeon—. Primera Ministra… ¿puedo llamarla Aidel?

—Por favor.

—Gilad. Estipularé que la llegada de la fuerza de ataque naval de la AG al sistema corelliano fue un acto inamistoso si fuera tan amable de hacer la misma admisión acerca de la reactivación secreta de la Estación Centralia. Quitémonos eso de en medio. No pretendamos ninguno que un lado o el otro no tiene ninguna culpa.

Saxan sonrió con una dulzura simulada.

—Todavía podemos discutir sobre cuál es la ofensa más grande.

Pellaeon asintió.

—Podemos. Lo que le da la ventaja.

Saxan le miró sorprendida.

—¿Admite eso?

—Desde luego. Soy un hombre muy viejo. Cualquier argumento prolongado… bueno, podría morir en cualquier momento. —El viejo estratega sonrió para hacer de sus palabras una mentira.

Saxan, cogida, sonrió a pesar de sí misma.

—De acuerdo. Prioricemos, entonces. No pretenderé que la única salida a esta reunión es la independencia corelliana. Corellia, a veces, ha florecido como parte de un gobierno más amplio. También ha florecido como un estado independiente. Pero no puede florecer como un estado desarmado y dependiente de las fuerzas de la AG para la protección del sistema. El orgullo corelliano no permitirá eso. Insista en eso, impóngalo y nos transformará en algo diferente de los corellianos. —Ella apuntó, por turnos, hacia Han y Wedge—. Piense en como serían las cosas en la AG de hoy en día de no ser por corellianos como estos. No habría Alianza Galáctica. Ni Nueva República. Todavía sería el Imperio.

Un silencio cayó en la reunión mientras todos los presentes recordaban que Pellaeon había sido un oficial del Imperio desde los tiempos de su creación y había servido al Imperio fielmente a través de los años de sus guerras con la Alianza Rebelde y la Nueva República, a través de las décadas de existencia como un gobierno del remanente, hasta el tiempo en los años recientes cuando este y el resto de la galaxia habían cambiado y el Remanente Imperial se había convertido en una parte de la Alianza Galáctica. Aquellos capaces de decir algo bueno sobre el Imperio, siempre decían que Pellaeon y oficiales como él representaban la mejor parte. Que ellos podían haberlo forjado en un régimen ético y civilizado de haber estado al cargo desde el principio.

Y Pellaeon también era corelliano.

Pellaeon sonrió de nuevo, mostrando los dientes esta vez. La respuesta obvia habría sido: *¿Y qué hay de malo en ello?*

—Así que lo que está discutiendo, principalmente, es la preservación de una armada espacial corelliana por encima y más allá de la Fuerza de Defensa Corelliana —dijo en su lugar.

—Desde luego.

—Eso no es necesariamente imposible —dijo el almirante—. ¿Pero podría Corellia todavía entregar los recursos al ejército de la AG en la proporción dictada por su sistema de producción integral, como hacen otros signatarios de la AG? Eso parecería

ser un drenaje sustancial de la economía corelliana.

—Bueno, obviamente, nuestra contribución al ejército de la AG tendría que ser reducido por un valor equivalente a nuestra armada espacial. Y esa armada estaría disponible para la AG para actividades militares cuando sea llamada.

—No es aceptable. La financiación del ejército de la Alianza Galáctica tiene que venir primero.

Fue en este punto cuando la atención de Han se distrajo. Él supuso que los dos diplomáticos debían estar discutiendo sus agendas con lo que, en los círculos políticos, sería considerado con una velocidad cegadora. De otro modo, la discusión no habría capturado su atención incluso durante *tanto* tiempo. Pero la verborrea había alcanzado un nivel tóxico y ya no podía concentrarse por más tiempo en ella.

Ahora miró alrededor de la mesa, de cara a cara, intentando vislumbrar la información que su experiencia como jugador de sabacc le garantizaría.

Saxan y Pellaeon eran los estudios más interesantes. Cada uno estaba alerta, enérgico, aparentemente inamovible en la posición de la discusión. Pero tenían que llegar a alguna clase de acuerdo aquí, o ambos lados perderían. La guerra era un resultado inaceptable. Así que bajo las duras superficies, cada uno tenía algo de flexibilidad que ofrecer. La pregunta era cuándo la ofrecerían y en la cara de qué circunstancias.

Leia tenía la atención fija en la discusión, aunque Han se dio cuenta de que cada vez que se ofrecía un alegato provocativo, ella no miraba ni a Saxan ni a Pellaeon sino a los consejeros jefes de cualquier político que estuviera recibiendo el alegato.

Luke estaba sereno, casi en un estado meditativo. No, se corrigió Han. Luke estaba calmado, pero no sereno. Todavía había el más débil rastro de ansiedad en sus modales. Toda esta situación del "hombre que no existe" obviamente continuaba preocupándole.

También preocupaba a Han. Luke podía ver cosas que Han no podía ver. Si había cosas que Luke no podía ver, era posible que ningún ser vivo en la galaxia pudiera verla.

Excepto… la atención de Han recayó en su hijo. Jacen estaba, como Leia, siguiendo ansiosamente la discusión, pero también ocasionalmente se volvía apartándose de la charla ante él para mirar en alguna dirección que siempre parecía aleatoria. Han supuso que Jacen, con su entrenamiento en aspectos diversos e

inusuales de la Fuerza, estaba mirando en direcciones que nadie más sentía la necesidad de hacerlo.

Quizá él pudiera ver cosas que ni siquiera Luke podría ver.

Han resolvió hablar con su hijo más tarde.

Este primer encuentro entre Pellaeon y Saxan duró cuatro horas. Eventualmente, los dos diplomáticos estuvieron de acuerdo en retirarse para pasar la noche y reasumir sus conversaciones por la mañana, hora de la estación.

Los delegados y sus consejeros descubrieron que estaban todos hospedados en un único pasillo del Hábitat Narsacc, donde las habitaciones tenían las mejores vistas de las estrellas y la luna Ronay. El pasillo se llamaba Camino Kallebarth. En cada punta de su longitud de 275 metros y en cada punto en que otro corredor se cruzaba con él, había sido instalado un puesto de seguridad.

La delegación de la Alianza Galáctica estaba asignada al final del pasillo que iniciaba el giro, habiéndose ganado el derecho a las habitaciones ligeramente más deseables en virtud de que la AG había pagado por esta conferencia. La delegación corelliana estaba alojada en el otro extremo. Las habitaciones Jedi estaban en el medio. Numerosas suites estaban inocupadas en las áreas entre las habitaciones de las delegaciones. Los pasillos inmediatamente por encima y por debajo del Camino Kallebarth estaban sellados, con todas las suites cerradas, en un esfuerzo por evitar que los saboteadores asaltaran las delegaciones desde cualquier dirección vertical.

Todavía despierto un par de horas después de la interrupción del primer encuentro, Han estaba sentado en un sofá enfrentado al mayor ventanal de la suite de los Solo, una enorme expansión de transpariacero escudado contra la radiación de quince metros de largo y cinco de alto. En ese momento estaba orientado hacia el espacio, pero el campo de estrellas estaba ligeramente deteriorado por la presencia de la fragata de la AG *Espina de Fuego*, garantizando la seguridad a sólo un kilómetro de distancia. La fragata no estaba estacionaria. Circulaba por el borde ocupado del Hábitat Narsacc y así estaba, desde la perspectiva de Han, fijada en su lugar fuera del ventanal.

—Creo que tenemos exactamente la suite central —comentó Han—. ¿Accidente o a propósito?

—A propósito —dijo Leia. Estaba sentada en una silla a dos

pasos más cerca del ventanal que el sofá de Han—. Incluso aunque Luke es el Maestro de la orden, nosotros dos se supone que somos los más neutrales de los grupos presentes, excepto por la Seguridad de la Estación Toryaz, debido a nuestras, um, circunstancias únicas. Así que nos han colocado en el centro.

Han se encogió de hombros.

—Todavía es una vista bonita. —Él volvió su atención hacia Jacen, sentado en la otra punta del sofá—. ¿Entonces?

Su hijo pareció pensativo.

—No me gusta este asunto del "hombre que no existe".

—A mí tampoco —dijo Han—. Ni tampoco le gusta a tu madre.

—Tal vez, pero sospecho que no nos gusta por razones diferentes. —Jacen le dirigió a Leia una mirada de disculpa—. Incluso desde que papá empezó a hablar sobre ello, he estado buscando. Sintiendo. Mirando en el futuro y el pasado, hasta donde puedo.

Leia asintió.

—¿Y?

—Y nada. No veo, o siento, ningún resto de algo como eso. —Frunció el ceño—. Hay el más débil toque de una presencia femenina que se siente antagonista, malevolente. Hay algún sabor de la Fuerza en ella. Pero es tan débil que no tiene que pertenecer al aquí y el ahora. Podría ser un residuo de hace años o décadas. Podría ser preimperial.

—¿Podría ser una usuaria de la Fuerza que está aquí ahora y utiliza artes para disminuir su presencia? —preguntó Leia.

Jacen asintió.

—Quizás.

—Entonces ¿por qué no puede ser el "hombre que no existe" de Luke, utilizando esas mismas artes para impartir una sensación de género diferente, quizá para quitarse de encima a Luke?

Jacen sonrió.

—Mamá, eso no tiene sentido. Primero, si yo pudiera detectar la presencia que el tío Luke está sintiendo, entonces probablemente la detectaría de la misma manera, al menos inicialmente. Si es un hombre para él, debería ser un hombre para mí. Segundo, y creo que esto es muy importante, ¿por qué no ha mencionado Luke esta presencia femenina de la que yo me he dado cuenta? ¿No la detectó o la desechó porque no es tan fuerte o está tan delante de su cara como su "hombre que no existe"? —

Tomó aire profundamente—. Mamá, creo que el tío Luke está desechando mucha información y premoniciones que puede estar teniendo, simplemente porque no encajan con lo que él cree. No tuvo muy en cuenta mi sugerencia de que los corellianos cambiarían de plan tan rápidamente como la AG dijo que harían, y mira lo que pasó. Ahora tiene una teoría insignificante acerca de un enemigo en las sombras y nada más parece llegar hasta él.

—Sé que él no ha estudiado cada disciplina esotérica de la Fuerza que tú has estudiado —dijo Leia—, pero eso no significa que esté equivocado. Sus opiniones no deben ser desoídas.

—Ni tampoco deberían serlo las mías. —El tono de Jacen era más cortante de lo que él pretendía. Se suavizó para sus próximas palabras—. No pretendía sonar enfadado…

—Tú *estás* enfadado —dijo su madre.

—Tal vez. Pero todavía merece la pena escucharme. El tío Luke ha tenido que llevar la carga de la supervivencia de toda la orden Jedi por sí solo durante años. Se ha enfrentado a presiones que ningún Jedi en la historia ha soportado. Después de hacerlo durante cuarenta años, puede estar quemándose.

—Lo dudo —dijo Leia—. Jacen, la manera en que él ha vivido su vida, la manera en la que él ha aprendido acerca de la Fuerza, ese un camino hacia el conocimiento. El tuyo es diferente. ¿Realmente crees que el tuyo es mejor?

—Con mis disculpas, mamá, sí, lo creo. Creo que el tío Luke se ha cerrado a algunas avenidas de aprendizaje y eso puede significar que hay cosas que nunca será capaz de ver.

—Da igual —dijo Han—, mantén los ojos abiertos en busca de extraños. Ignorar las advertencias es una buena manera de acabar muerto.

Jacen sonrió.

—Estamos de acuerdo en eso.

capítulo diecinueve

Dos niveles por encima del Camino Kallebarth y hacia el centro del hábitat, en un compartimento de mando auxiliar de seguridad normalmente ocupado sólo en tiempos de emergencia, el capitán Siron Tawaler escaneaba una serie de paneles de lecturas, buscando algún problema.

El panel más a la izquierda le mostró los sensores de seguimiento externos de la estación, indicando cada nave, cada pedazo de escombro o cualquier asteroide mayor que un deslizador terrestre dentro de varios kilómetros a la redonda de la posición de la estación. En la pantalla, numerosos puntos verdes amistosos puntuaban el espacio.

El siguiente panel mostraba una vista mucho más cercana. Sólo la Estación Toryaz aparecía allí. En él, un punto verde se movía con considerable delicadeza entre los radios que conectaban la estación con sus hábitats satélites.

La tercera pantalla en ese banco mostraba una vista casi idéntica, pero no mostraba el punto verde. Esta era la vista que la tripulación de mando en el puente estaría viendo, esta vista era la que estaba siendo grabada en los archivos de la estación.

La pantalla más a la derecha mostraba un diagrama del esquema de la estación, con cada sección coloreada por el estado de alerta. Todo estaba en verde excepto un cinturón de amarillo, el Camino Kallebarth, con el amarillo indicando su elevado estado de seguridad.

Tawaler sintió más que oyó a su acompañante inclinarse

sobre su hombro y por una vez se sobresaltó cuando ella habló. Su voz era, como siempre, tranquila y sedosa.

—Siempre estoy sorprendida de la iniciativa que los oficiales de seguridad muestran al asegurarse de que pueden ver a través de cada grupo de lentes de holocámaras en una nave, fisgonear en cada archivo de ordenador confidencial y acceder a cada función de la nave… incluso cuando se supone que no lo harán.

Un comentario como ese normalmente habría hecho que Tawaler se pusiera a la defensiva, pero aquí parecía tranquilizante. Tawaler se arriesgó a lanzar una mirada por encima de su hombro.

La mujer que estaba allí era una belleza: alta, delgada y aristocrática, con ojos oscuros e inteligentes. Llevaba ropajes coloridos pero incómodos del último estilo kuati y lo hacía con tal gracia que empezaba con una falta de consciencia de sí misma.

Tawaler se encogió de hombros, intentando aparecer poco preocupado.

—Un oficial de seguridad tiene que ser capaz de dar seguridad. Incluso cuando los oficiales al mando son asesinados o subvertidos. Tiene que ser capaz de ver dónde está todo el mundo, saber lo que todos están pensando. De otro modo, las cosas no están seguras.

—Tienes razón, desde luego.

Había diversión en el tono de la mujer y de nuevo Tawaler se sorprendió de no estar ni siquiera un poco ofendido. Las palabras de la mujer sonaban como condescendientes. Pero desde luego no lo eran.

Desde *luego* que no lo eran. Esta mujer había venido hasta él con las noticias de que él, el capitán Siron Tawaler, estaba siendo considerado para ser el telbun de una dama, para ser el consorte elegido para engendrar a su hijo en la antigua tradición de las grandes casas de mercaderes gobernantes en Kuat. Su inteligencia, su fortaleza personal, su determinación habían llamado la atención de ella… y de algún modo ella había mirado más allá de los indiferentes informes de servicio que habían sido escritos acerca de él, había desechado los celos insignificantes y la competición de hablar mal a sus espaldas que habían llevado a oficial superior tras oficial superior a etiquetarle como "desmotivado" y "adecuado". Su éxito personal y financiero, y los de su familia, estaban ahora asegurados, a pesar de la baja consideración con la que la gente de otros mundos veía el papel

de telbun.

Pero primero, él tenía que pasar una prueba de lealtad. Tenía que ayudar a esta gran dama a preservar su casa al eliminar al Jedi descarriado que había sido asignado a matarla.

Porqué un Jedi querría matar a una princesa mercantil de Kuat estaba más allá del entendimiento de Tawaler. Pero eso estaba bien. Su especialidad era la seguridad en ese momento, no la seguridad por adelantado. Además, no le gustaban los Jedi. Se pavoneaban por ahí sin ningún respeto por la seguridad o la autoridad, se vestían como mendigos o eremitas cuando todo el mundo sabía que eran ricos, y la calidad de sus botas les descubría en cualquier momento: los pobres no podían permitirse calzado de alta calidad, y subyugaban a la gente normal con sus llamados poderes místicos. Inaceptable, inaceptable.

Tawaler sintió de nuevo un momento de incomodidad. La mujer que se inclinaba sobre su hombro le había presentado documentos que demostraban su identidad como una representante de una gran casa, pero en este preciso momento no podía recordar el contenido exacto de esos documentos. Sólo que los había aceptado sin pregunta alguna y había aceptado la explicación y la misión de la mujer sin ninguna duda.

Bueno… sólo una prueba más de que Tawaler *no era* desmotivado y era más que adecuado. Era decidido y atrevido, como estaba demostrando ahora, como demostraría de ahora en adelante en su nueva posición. Su destino estaba asegurado.

Sus ojos se arrastraban a una lectura que se actualizaba constantemente en la primera pantalla de información.

—Cuatro minutos hasta el atraque —dijo él.

—Bien. Vamos a encontrarnos con ellos.

Había veinte de ellos, todos humanos, hombres y unas cuantas mujeres uniformados con una brillante armadura corporal negra. Los pectorales eran caparazones rígidos, los cascos más estrechos que el equipamiento protector de los pilotos. La parte superior de brazos, piernas y manos estaban protegidos por un material parecido a una malla, pesado pero flexible. La parte inferior de los brazos y las piernas estaban cubiertos por el mismo material pesado de los torsos. Llevaban brillantes rifles negros de clases nada familiares para Tawaler, de tres diseños diferentes, todos ellos curiosamente grandes, con uno de ellos pretendiéndose, como indicaban la almohadilla y las miras, para utilizarlo

montado en el hombro.

Y sus caras… Tawaler no sabía qué pensar de sus caras. Ligeramente oscurecidas como estaban tras los visores ámbar de sus cascos, parecían sólo como si algo estuviera un poco mal. La parte analítica de su cerebro se puso a trabajar en el problema incluso mientras los hombres y mujeres empezaron a salir de la escotilla.

La media de edad: de treinta a sesenta, estimó él, más viejos que los reclutas ordinarios, con una media de edad más vieja que incluso una unidad de élite estándar. Planetas de origen: nunca era fácil calcular tal cosa, pero una cierta característica de delgadez de rasgos y la manera en que establecían contacto visual sugería Corellia. Sin embargo de otras maneras sus manierismos eran notablemente no corellianos. Tawaler no vio nada de la buena alegría y la arrogancia que normalmente caracterizaba a los soldados y ciudadanos de ese sistema.

Y había algo *mal* en ellos, un vacío en sus mejillas, una extraña intensidad en sus expresiones.

—Se están muriendo. —La mujer susurró las palabras en el oído de Tawaler como si respondiera a su pregunta sin decir—. Cada uno de ellos, de varias enfermedades degenerativas que la medicina no puede detener. Todos están sin embargo como en perfecta forma, con los calmantes para mantenerles en pie durante un tiempo, y no tienen preocupaciones de moralidad que les contengan. Es delicioso, ¿verdad?

Tawaler intentó reprimir un estremecimiento y no tuvo éxito completamente.

—Delicioso —repitió, como si estuviera de acuerdo.

La mujer cerró la escotilla, luego levantó un cuaderno de datos y se movió para colocarse a la cabeza de la columna de soldados con armadura.

—Estoy transmitiendo los planos de la estación y la localización de sus objetivos. Esta información debería estar apareciendo en sus pantallas superiores de los visores de sus cascos.

Tawaler vio formas verdes brillando débilmente moviéndose por los visores y varios de los soldados asintieron. Ninguno habló.

Las facciones delgadas de la mujer cambiaron hasta una sonrisa.

—Bien. Pónganse a ello.

En dos columnas, silenciosos excepto por el débil crujir de sus armaduras, los soldados pasaron a cada lado de la mujer y se dirigieron pasaje abajo. La curva del pasaje pronto les llevó fuera de la vista de Tawaler. Él se alegro de verlos irse.

—La lanzadera que les trajo a ellos te llevará a Kuat —dijo la mujer—. Será mejor que subas a bordo.

Tawaler se volvió y pulsó el botón del panel de control de la escotilla. Entró y miró con confusión a través del ventanal de transpariacero de la puerta del lado opuesto. Sólo mostraba estrellas.

—Se ha ido —dijo él—. La lanzadera.

Oyó la puerta de la escotilla sisear al cerrarse tras él. La voz de la mujer le llegó por los altavoces de la escotilla.

—No todavía está ahí. Mira mejor.

Tawaler se sintió mareado. Lo único que quería era sentarse y descansar durante un minuto. Pero hizo lo que se le dijo, inclinándose más cerca del ventanal.

Oh, sí, había estado equivocado. A través del ventanal pudo ver el tubo de atraque en su lugar y la puerta que llevaba al vientre de la lanzadera abierta invitadoramente.

—Será mejor que te des prisa.

Tawaler presionó el control de la puerta de la escotilla para que se abriera. Pero los altavoces hicieron un ruido desagradable y el texto de su pantalla centelleó en rojo. Tuvo que concentrarse para leer las palabras que aparecieron en la pantalla. NO SE HA EJECUTADO EL CICLO DE DESPRESURIZACIÓN. Eso estaba mal. No necesitaba despresurizarse. Un tubo de atraque estaba conectado al otro lado. La presión atmosférica debería ser aproximadamente igual.

Ahora su compañía sonó exasperada.

—Sigue adelante y despresurízala. Después de todo, tienes puesto tu traje de presión.

Tawaler bajó la vista para mirarse a sí mismo. Sí, tenía su traje de presión. No podía recordar habérselo puesto, pero estaba vestido de la cabeza a los pies con el gris industrial de uno de los trajes de vacío de la estación. Introdujo el código para expulsar el aire de la escotilla y abrir la puerta exterior.

En un momento, sus oídos se taponaron y él se sintió incluso más mareado.

—No te preocupes, Tawaler. —La voz de ella se volvió crecientemente más débil—. La sensación pasará pronto.

* * *

La unidad de veinte asesinos moribundos se movió velozmente corredor abajo desde la escotilla hasta un turboascensor. Entraron, introdujeron una orden para que les llevase dos pisos más abajo y momentos después emergieron en el mismo nivel que el Camino Kallebarth.

Este pasaje, que corría en ángulos rectos hacia el pasaje que era su destino y se cruzaba con él, estaba oscuro, débilmente iluminado sólo por los fluorescentes de emergencia a lo largo del suelo. Pero había una luz en una dirección. Los hombres y mujeres se volvieron hacia esa dirección y empezaron a marchar. En el diagrama del suelo de la estación espacial de los visores de sus cascos, un punto rojo mostraba su localización.

Eventualmente la luz que había delante se resolvió en un área iluminada situada en la intersección de este pasaje y el Camino Kallebarth. Los soldados con armadura pudieron ver paredes de transpariacero colocadas como un puesto de seguridad. En el puesto, una parte del pasaje estaba reservado para una batería de sensores y un pequeño cubículo, lo bastante grande para un escritorio y dos oficiales de seguridad. El resto del pasaje en ese punto estaba cerrado, un estrecho pasillo con una puerta de seguridad a cada lado. Las barreras separando el área del sensor de la parte cerrada y separando el área del sensor y la parte cerrada del pasaje original, estaban hechas de transpariacero, como lo eran las propias puertas de seguridad, dándole a todo el puesto una apariencia extrañamente delicada y cristalina.

Justo cuando los asesinos se acercaron lo bastante para ver estos detalles, el mapa guía de sus visores desapareció y apareció la palabra ESPERE. Ellos se detuvieron en el lugar y esperaron.

En el puesto estaban sentados dos oficiales, hombres humanos con el uniforme gris y blanco de Seguridad de la Estación Toryaz. A esta hora tardía, con todos los miembros de los grupos de delegaciones retirados para pasar la noche, estaban relajados y charlando sobre tazas de caf.

Entonces un cuaderno de datos descansando en el escritorio ante ellos estalló en una nube de humo blanco. El humo llenó completamente la pequeña habitación, pareciendo como un trozo de gruesa niebla cortada en un cuadrado por alguna fuerza sobrenatural.

Esta empezó a desvanecerse. A través de ella, los veinte intrusos pudieron ver los dos hombres de seguridad derrumbados sobre su escritorio.

Luces coloreadas bailaron sobre los paneles de control de las puertas del puesto de seguridad y entonces aquellas puertas giraron al abrirse.

La instrucción mostrada en los visores de los cascos cambió de ESPERE a PROCEDA y luego igual de abruptamente fue reemplazada por los mapas de los destinos de los intrusos.

Ellos marcharon hacia delante.

Jacen despertó de un sueño irregular. El compartimento al que Ben y él habían sido asignados, una de las varias cámaras alineadas alrededor del área del salón principal que ofrecía acceso al pasillo principal, tenía dos camas y su propio baño, algo bastante confortable para los estándares de los viajeros Jedi. Estaba oscuro, con la única iluminación saliendo de un débil panel luminoso por encima de la puerta que daba al salón.

Algo estaba… no *mal*, sino diferente. Miró a su alrededor, vio sólo la inerte forma de Ben en su cama y las aberturas regulares del baño y el armario.

Jacen se sentó en la postura de las piernas cruzadas y cerró sus ojos, hundiéndose sin esfuerzo en un estado contemplativo.

Buscó traición, odio, furia. Pudo sentir punzadas de ellos, pero no más de las que cabría esperar en cualquier reunión política.

Satisfecho, se volvió a tender.

A un puñado de metros de distancia, en una cámara del otro lado del mismo salón, Luke Skywalker también se sentó.

A su lado, Mara abrió un ojo y le ofreció una sonrisa perezosa.

—¿Nervios?

Luke negó con la cabeza. Volvió su cabeza de atrás a delante, pero su mirada estaba desenfocada.

—Algo está pasando.

Mara se desperezó y abrió el otro ojo, dirigiéndole a su marido una mirada exasperada.

—¿Crees que yo no podría sentir un ataque o peligro?

—Creo que *buscar* un ataque o peligro es un error.

Luke se deslizó de debajo de la manta y se puso en pie,

vestido sólo con los calzoncillos y una camiseta interior.

—Si buscas banthas, no te darás cuenta de los murcielalcones.

Mara apartó la manta a un lado y se puso en pie, ahora sospechando y alerta.

—Todavía no siento ninguna agresión…

—Agresión no, fatalismo. Enfermedad…

Luke levantó su mano izquierda hacia la puerta como para evitar un ataque.

Con un *boom* que sacudió el suelo y las paredes y ensordeció a Mara momentáneamente, la puerta de la cámara se arrancó de los rieles y se lanzó hacia Luke. Todavía a mitad del gesto, Luke hizo una mueca y la puerta instantáneamente invirtió su dirección, volviendo de golpe hacia el hueco que había cubierto y estrellándose en el suelo del salón central más allá.

Luke saltó hacia el hueco de la puerta, haciendo un gesto con su otra mano. Desde la mesilla de noche al lado de la cama, su sable láser voló hasta su mano y él lo encendió a la vida, con su *chasquido-siseo* sólo débilmente audible para sus maltrechos oídos, antes de aterrizar fuera del hueco de la puerta.

Delante de él estaba la puerta de metal. Estaba en el suelo, combada para acomodarse a groso modo a una gran forma humanoide: el hombre que había provocado la explosión.

La habitación circular estaba llena de puertas. Tres más de ellas, como la suya, estaban fuera de sus raíles y humeando. A su izquierda había figuras negras con armadura, dos pares, un par en cada una de las dos puertas destruidas que estaban una frente a la otra. El humo se elevaba de los cañones de sus enormes rifles. A su derecha inmediata había una figura con armadura dentro del alcance, girando su rifle láser para tratar con él y, más lejos, otro par de figuras con armaduras estaban de pie frente a otra puerta arruinada. Los atacantes estaban entrando por las puertas…

Ignorando a la mujer del rifle a su lado, Luke hizo un gesto a derecha e izquierda y expulsiones de energía de la Fuerza arrancaron a las figuras con armaduras de sus pies en ambas direcciones, haciéndoles chocar contra las jambas de las puertas, causando que dejaran caer sus armas. Simultáneamente giró, apartando el centro de su cuerpo de la línea de fuego del cañón de la mujer del rifle.

Ella disparó. El disparo debería haber pasado inofensivo por detrás de la espalda de Luke, pero no era un disparo láser. Algo brillante y amenazante se expandió desde el cañón. Se envolvió

alrededor de Luke, como una inevitable niebla en el bosque, y se apretó alrededor de su cabeza, sus brazos y sus piernas. Era una red plateada que se contraía mientras tocaba a su objetivo.

Él oyó un crujido mientras se envolvía alrededor de la hoja de su sable láser y la vio ennegrecerse donde tocaba la hoja de energía verde. Él sabía que en un momento, sería capaz de utilizar sus habilidades en la Fuerza para apartar la red de él.

No tuvo un momento. Mientras la red sujetaba sus brazos a su lado y arrastraba sus piernas hasta juntarlas en una pose torpe y desequilibrada, vio a la mujer del rifle girar un botón en el cañón del rifle. El interior del cañón brilló.

La hoja azul del sable láser de Mara, salió centelleando por el hueco de la puerta, cortó a través del cañón en ángulo y continuó a través del cuello de la atacante. La mitad delantera del rifle y la mano de la mujer cayeron y luego su cabeza rodó, humeando en el punto de contacto con el sable láser, para colapsarse sobre el suelo.

Siguiendo la curvada pared a la izquierda de Luke, los invasores con armadura que se habían estado preparando para entrar en la siguiente cámara se volvieron para disparar contra él y contra Mara. Uno tenía un arma como la de la mujer del rifle. El otro llevaba un aparato más grande y montado sobre el hombro. Luke pudo sentir su repentina furia creciente e idénticas emociones de los invasores a lo largo de la pared en la otra dirección.

Luke se volvió hacia la izquierda, rotando sobre la punta de un pie. Dejó caer su sable láser e hizo un gesto con la mano que lo sostenía. Delante de él, el techo, de metal de frío azul con espuma aislante del sonido por encima, se derrumbó y se soltó, cayendo encima de aquellos invasores. Los atacantes debían haber disparado. En un instante, el techo arruinado comenzó a sobrecalentarse por los disparos láser y a enviar bocanadas de humo al aire.

Tras él, Luke oyó el siseo y el crujir del sable láser de Mara… y el grito de uno de los atacantes.

Luke flexionó su cuerpo y su control de la Fuerza y los restos de la red plateada sobre él se hicieron pedazos. Su sable láser volvió a su mano. Con sus sentidos de la Fuerza centrados, caminó hacia delante, empujando el brillante panel de metal ante él, lanzándolo hacia sus atacantes.

*   *   *

Jacen apenas había cerrado los ojos cuando la puerta de su compartimento estalló hacia adentro. El shock del impacto le sobresaltó, ralentizándole durante un medio segundo mortal… pero mientras se levantaba, mientras hacía un gesto en dirección a su sable láser, mientras el largo cañón del rifle negro del primer intruso entró y giró hacia él, el atacante fue repentinamente arrancado del suelo. Jacen sintió el pulso en la Fuerza que lo hizo y sintió los característicos restos del esfuerzo de Luke dentro de ella. Sable láser en mano, Jacen lo encendió, le llevó una fracción de segundo darle la vuelta a la cama de Ben y ponerla boca abajo, enviando al chico contra la pared y cubriéndolo con la cama. Sólo entonces saltó Jacen a la cámara central.

Ante él estaba el atacante que acababa de entrar en su habitación. A su izquierda estaba otra figura con armadura negra moviendo sus armas para tratar con Mara, que avanzaba hacia ellos vestida con un pijama negro. *Así que nos cogieron a todos durmiendo.*

Confió en que Mara fuera capaz de tratar con el segundo atacante. Giró la hoja de su sable láser hacia arriba, cortando a través del arma del primer intruso.

Tan rápido como una slashrat atacando, el hombre del rifle dio un paso atrás para agacharse, desenfundó y disparó una pistola láser que llevaba en la cartuchera en un único movimiento muy practicado. Jacen apartó el disparo de su camino con un reajuste negligente de la hoja de su sable láser y entonces aceleró, empujando la hoja a través de la armadura del hombre a la altura del hombro. Jacen la sintió penetrar en la armadura, abrirse paso quemando a través de la carne y los huesos de debajo y salir por el otro lado de la armadura. El hombre gritó y cayó, sacando su cuerpo del arma de Jacen.

Jacen miró hacia la izquierda. El enemigo de Mara estaba cayendo, con una línea humeante desde su paletilla hasta su estómago marcando la herida que le había derrotado. Más allá, Luke estaba en medio de cuatro enemigos, con todos ellos disparando. El enorme disparo de una de sus armas, falló por mucho y centelleó hacia Mara y Jacen, y los dos Jedi se agacharon para apartarse de su camino. Al final de su giro, Luke se puso en pie y algo cayó de cada uno de sus atacantes: el cañón de un rifle, un brazo, una cabeza cortada. Tres de ellos cayeron.

El cuarto lanzó su arma destruida al suelo y levantó las manos… entonces, extrañamente, siguió a sus compañeros hasta el suelo, con su cuerpo fláccido.

De la puerta más cercana a Luke emergió Jaina, llevando una camisa de dormir marrón, con su sable láser encendido. De la puerta destruida opuesta a la suya emergió Zekk, con hollín manchando su cara y humo elevándose desde la parte delantera de su pelo.

—Siguen intentando volarme —se quejó.

capítulo veinte

Han y Leia se acurrucaban juntos en el sofá, sentados en la oscuridad, viendo en silencio a la galaxia rotar fuera y más allá del ventanal. La puerta del pasillo siseó al abrirse tras ellos, esparciendo luz en la gran habitación. Han y Leia se volvieron para mirar. Cuatro figuras con armaduras entraron tranquilas y confiadas. Sin darse cuenta aparentemente de que los Solo estaban en el sofá, caminaron directos hacia la puerta que llevaba al dormitorio principal. El que tenía el arma mayor, un arma láser montada con un aparejo en su hombro, se preparó para destruir la puerta mientras los otros tres preparaban sus propias armas.

Han y Leia intercambiaron una mirada sorprendida. Leia se encogió de hombros.

Han desenfundó su pistola láser. Había pasado horas frustrantes en las que varios empleados de seguridad no le habían permitido llevar su arma favorita, así que la había recuperado en el instante en que había vuelto a sus propias habitaciones. Ahora apuntó con ella a los cuatro intrusos, preparándose tras la parte alta del sofá.

—Hey —dijo.

Los cuatro se volvieron. Uno, más rápido en la respuesta, empezó a apuntar más rápidamente que los otros. Han le disparó en la garganta.

Leia se separó del sofá, un salto asistido por la Fuerza que la llevó hacia el techo de la alta sala de estar. Encendió su sable láser mientras subía. Uno de los intrusos, el que llevaba el arma

láser montada en el hombro, apuntó hacia ella. Han, sin saber si las habilidades de ella o su sable láser podían desviar el disparo de tal arma, también le disparó, con su disparo abriéndose paso y quemando hasta el interior del casco del hombre.

Los otros dos le dispararon. El primer disparo alcanzó la parte trasera del sofá y levantó el mueble hacia arriba, haciéndole girar hacia la pared exterior. Han y el sofá golpearon el transpariacero del ventanal.

Han sintió estremecerse al ventanal bajo el impacto y se preguntó durante una eterna fracción de segundo, si este cedería bajo el impacto, si se liberaría de su lugar, enviándole a la frialdad del espacio y la descompresión.

No lo hizo. Resonó metálicamente mientras él lo golpeaba, con el dolor disparándose a través de sus paletillas y de repente estaba en el suelo, con el sofá sobre él.

Oyó el siseo y el chisporroteo del sable láser de Leia. Rodó para salir de debajo del mueble. En el momento que le llevó ponerse en pie, con la pistola láser en la mano, la situación estaba resuelta. Uno de los dos atacantes que quedaban había caído sin cabeza. El otro, temblando de dolor, había perdido ambos brazos a la altura del codo. Los dos objetivos de Han había caído, con el humo elevándose de donde los disparos láser les habían alcanzado.

Leia volvió su atención hacia la puerta y Han no necesitó poderes Jedi para saber lo que ella estaba pensando.

—Sí —dijo él—. Tú a la izquierda y yo a la derecha.

Salieron al Camino Kallebarth a toda velocidad, con Han girando hacia las habitaciones de la delegación corelliana y Leia girando hacia la delegación de Coruscant.

La primera puerta que Han pasó se abrió y un hombre saltó fuera de ella. Han apuntó, girando su pistola láser para apartarla otra vez: el hombre que salía era su propio hijo.

—Vamos, niño —dijo y corrió más allá de él.

Han pudo ver, más adelante, que las grandes puertas dobles que llevaban la suite de la delegación corelliana estaban abiertas. Armas láser cortas salieron de la puerta para agujerear la pared opuesta del pasillo. Mientras miraba, un figura con armadura negra se tambaleó hacia atrás a través de la puerta, con su pecho echando humo de lo que parecían impactos láser, y giró su enorme rifle láser para volver a puntarlo hacia la puerta. El rifle láser disparó. Una lanza de luz roja salió del arma y el interior de

la habitación más allá de la puerta se iluminó de repente con los colores de las llamas.

Han disparó. Su disparo chocó contra la armadura del atacante justo bajo la axila, haciendo que se tambaleara pero sin traspasarla.

En el mismo momento, Jacen lanzó su sable láser. Este giró mientras volaba, alcanzando al atacante mientras todavía estaba desequilibrado por el disparo de Han, cruzándole al nivel de las rodillas, y cortando ambas piernas por la articulación.

Jacen utilizó un estallido de velocidad aumentada por la Fuerza, dejando atrás a su padre y mantuvo su sable láser girando en el aire justo fuera de la puerta de la suite. Hubo más centelleos de luz provenientes de la habitación, más fuego de armas cortas y él dio los últimos dos pasos con un sentimiento de derrota.

Arrebató la empuñadura de su sable láser del aire y atravesó la puerta.

La habitación estaba en llamas. No, eso no era completamente verdad. Tres miembros del destacamento de seguridad corelliana estaban en llamas, con sus cuerpos ardiendo vigorosamente, con humo saliendo también de sus pistolas láser. Extrañamente, las alertas de fuego de la cámara no se habían activado.

Había tres cuerpos en el suelo que no estaban humeando. Eran intrusos vestidos de negro. Las marcas de quemaduras de sus cabezas atestiguaban lo preciso de los disparos de los oficiales de SegCor.

Una de las puertas interiores había desaparecido, retorcida hasta arrancarla, con el marco quemado por la energía de los rifles láser de los intrusos. En la puerta estaba Wedge Antilles, vestido con sus calzoncillos y su vieja camiseta de la Alianza Rebelde, con una pistola láser en la mano. Miró a Jacen a los ojos y negó con la cabeza, un gesto lleno de pena.

Jacen entró y se movió hasta más allá de Wedge. En el suelo del suntuoso dormitorio que había más allá estaba tendida la Primera Ministra de los Cinco Mundos Aidel Saxan, con un agujero de bordes quemados del tamaño de un plato de cena atravesando completamente su torso, con restos de la calcinación enmascarando cualquier expresión que pudiera haber llevado cuando murió.

* * *

Leia aceleró mientras se acercaba a las puertas de las habitaciones principales de la delegación de Coruscant. Aquellas puertas estaban abiertas, y podía oír fuego láser desde más allá de ellas. Mientras alcanzaba la puerta, detuvo su estallido de velocidad y frenó con la rapidez de un mercader de chatarra toydariano volando tras un crédito.

La cámara más allá, una antecámara que daba acceso a una variedad de dormitorios y salas funcionales, estaba llena de humo y cuerpos. Tres de los combatientes caídos eran intrusos de armadura negra. Varios eran de la seguridad de la AG. Uno, en el lado más alejado de la habitación, sentado medio recto, era un hombre anciano con el uniforme de un almirante. Su cabeza, su cuello y la parte superior de su pecho habían desaparecido, con los bordes que quedaban ennegrecidos por la alta energía. Un enorme agujero en la pared por encima, centrado al nivel de dos metros de altura, mostraba dónde había estado la parte superior de su cuerpo cuando el disparo le alcanzó.

Cerca, un cuarto intruso de armadura negra estaba tendido en el suelo, con su rifle láser a un metro más allá de su alcance. Luchaba por levantarse, pero otro oficial uniformado de la AG estaba montado a horcajadas sobre su cuerpo, agarrando su casco por el visor. Mientras el intruso continuaba luchando, el oficial puso una pequeña pistola láser sobre su nuca y disparó, a través de la espina dorsal. El atacante se estremeció y se quedó quieto.

El oficial fue consciente de que alguien estaba de pie tras él. Giró y apuntó, y mientras se volvía Leia le reconoció como Tycho Celchu. El reconocimiento de amigo o enemigo del viejo piloto todavía fue increíblemente rápido. Apartó la mira de Leia incluso mientras ella levantaba su espada para desviar un posible disparo.

Leia miró más allá de él hacia el cuerpo contra la pared.

—Oh, no —dijo ella—. Pellaeon no.

Tycho negó con la cabeza.

—No es Pellaeon.

—Mi doble.

La voz vino desde una puerta en sombras. La puerta estaba abierta, no destruida. De ella salió el viejo almirante, vestido con un batín negro, con un rifle láser en sus manos. Pareció entristecido mientras miraba el hombre que había muerto en su lugar. Incluso su bigote hirsuto pareció caer.

—¿Han está…? —preguntó Tycho.

—Está bien —dijo Leia—. Han disparó primero.

No se oyó más fuego láser. Los ruidos más altos fueron el siseo del sable láser de Leia y el crujir de las llamas de algunos de los cuerpos. Leia apagó su arma y todo fue incluso más tranquilo.

—Descubramos lo malo que es el daño —dijo ella.

—Él me miró —dijo Luke—, con espuma en la boca y cayó muerto.

—El que Jacen paró hizo lo mismo —dijo Wedge.

—Vi espuma en los labios de varios de ellos —añadió Pellaeon.

Estaban apiñados en un salón cerca de la suite de los Solo: todos los representantes de ambos grupos diplomáticos, todos los Jedi y unos cuantos oficiales de seguridad de la Estación Toryaz.

Una de ellas, la teniente Yorvin, una mujer delgada como un junco con el pelo de un rojo más oxidado que el de Mara, decidió poner las cosas claras.

—Necesitamos empezar a tomar declaración inmediatamente —dijo—, tan pronto como podamos organizar a nuestros auténticos analistas. Pediré que un juez suba desde Kuat para ayudar con los asuntos oficiales. Milord Solo. —Ella hizo un geto hacia Han—. Necesitaré que me entregue su pistola láser. De nuevo está en compañía de los enviados.

Han le dirigió una mirada que era medio fruncimiento de ceño y medio sorprendida.

—No estoy seguro de cómo responder a una declaración como esa —dijo—. Excepto con violencia.

La teniente Yorvin de repente se vio flanqueada por Wedge Antilles y Tycho Celchu.

—Parece estar pidiendo que la chupe el espacio —dijo Wedge.

—¿Disculpe?

—Quizá el término no sea muy común en el básico colorido de Kuat —dijo Tycho—. Lo que le está preguntando, teniente, es si le gustaría parchear el exterior de la estación sin llevar un traje aislante.

—Yo no… Yo no soy…

—Shhh —dijo Wedge—. Escuche. Sí, una investigación está a punto de ocurrir, pero usted no está a cargo de ella. Lo estamos nosotros. Aquí están sus órdenes.

—Yo…

—Primero —dijo Tycho—, cállese. Segundo, cierre este hábitat completamente. Selle la conexión con la Estación Toryaz y luego cierre y selle todas las puertas, permitiendo que sean abiertas sólo desde su puesto de seguridad.

—Hablando de lo cual —dijo Wedge—, ¿hay un puesto de seguridad auxiliar? ¿Algún lugar que pueda anular los controles de seguridad del puente y la oficina principal de seguridad?

—Sí, señor. —La atención de la teniente Yorvin iba de un lado al otro entre los dos pilotos y la comprensión dibujada en su cara sugirió que estaba empezando a entender qué podría y no podría hacer en esta situación—. Pero es más fácil…

—Hágalo desde allí —dijo Tycho—. Y envíenos a su capitán, como se llame…

—Tawaler —apuntó Wedge—. Y también, ningún cuerpo, ningún arma, ninguna marca de arañazo y ninguna gota de café derramado se van a tocar.

—No toque las grabaciones de seguridad sin que nosotros lo digamos —añadió Tycho—. Sólo quédese en el puesto de seguridad y prepárese para abrir las puertas o dar información en cualquier momento que se lo pida yo, o el general Antilles, o el almirante Pellaeon, o el Maestro Skywalker, o cualquiera que designemos.

La teniente Yorvin lo intentó una última vez.

—Pero… así no es como se *hacen* las cosas.

Wedge se volvió hacia Pellaeon.

—Almirante, si esta gente no hace exactamente lo que decimos, ¿se le va a pagar a la Estación Toryaz por el alquiler de este hábitat?

—No, no se le va a pagar.

Pellaeon, de nuevo totalmente vestido con su uniforme, se recostó en un sillón.

—Si continúan obstruyendo esta investigación, ¿van a ser demandados? —preguntó Tycho.

Pellaeon asintió, con la apariencia de un abuelo viejo y amable reacio a dar malas noticias.

—Y perderán. Oh, cómo perderán.

Wedge volvió a mirar a la oficial.

—Retírese —dijo él.

Ella se fue. Más precisamente, ella huyó, casi golpeándose la nariz contra la puerta del salón mientras esta se apartaba de su camino casi demasiado lentamente.

—Dado que sólo hay un grupo aquí que es plausiblemente neutral —dijo Wedge—, propongo que le entreguemos la coordinación de esta situación al Maestro Skywalker y sus Jedi.

—Estoy de acuerdo —dijo Pellaeon—. Lo que no es lo mismo que decir que sólo quiero que los Jedi investiguen esto.

—No se preocupe —dijo Luke—. Me alegraré de contar con la fortaleza de todos —Frunció el ceño—. Permítame hacer la primera pregunta aquí, almirante. ¿Rutinariamente lleva a un doble con usted?

El viejo oficial negó con la cabeza.

—Pero entonces, tampoco voy rutinariamente en misiones diplomáticas. El doble y cambiar los dormitorios a los que habíamos sido asignados por otros que se suponían que estaban vacíos fueron nociones del general Celchu. Y ellas salvaron mi vida.

—En realidad —corrigió Tycho—, es algo que Wedge y yo organizamos juntos.

—Esta traicionera colaboración tiene que acabar —dijo Pellaeon aparte. Su expresión sugería que no lo decía en serio.

Luke se volvió hacia Wedge.

—Pero Saxan no estaba protegida por las mismas medidas.

Wedge asintió.

—Recomendé que fueran implementadas, pero recuerda que yo no estoy, no estaba, a cargo de la seguridad de la Primera Ministra del modo que Tycho está a cargo de la del almirante. Fui invalidado por su jefe de seguridad, un compañero llamado Tommick. Está entre los muertos.

Han frunció el ceño.

—¿No sería Harval Tommick?

Wedge asintió de nuevo.

—Un miembro de la máquina política de Sal-Solo —continuó Han—. ¿Qué está haciendo alguien como él a cargo de la seguridad de una rival política?

Wedge le ofreció una sonrisa sin humor.

—En su capacidad secundaria como Ministro de Guerra, Sal-Solo pudo insistir para que la seguridad de Saxan fuera “aumentada” por el equipo de Tommick. El equipo de Tommick se hizo con el control.

—¿Quién va ha hacerse con el control como Primer Ministro de los Cinco Mundos? —preguntó Luke—. ¿El lugarteniente de Saxan?

Wedge asintió.

—Un compañero llamado Denjax Teppler. Una vez estuvo casado con Saxan, de hecho. Se separaron pero siguieron siendo amigos. El mantendrá el puesto hasta que puedan organizar unas nuevas elecciones. En unos meses, quizás.

Han resopló.

—Quieres decir hasta que también le maten.

Luke, sentado, terminó de vestirse. Flexionó sus dedos de los pies dentro de sus botas y luego subió la cremallera en el lado de las botas. Ahora estaba vestido de negro de la cabeza a los pies, un traje sombrío para una ocasión sombría… y también un traje vagamente amenazante en un momento en que necesitaba que los políticos y los burócratas le escucharan cuidadosamente.

—De acuerdo —dijo—, si estoy a cargo de esta investigación, una circunstancia que sólo puede durar hasta que la AG y la delegación corelliana reciban órdenes de sus respectivos gobiernos, entonces voy a tener que actuar deprisa. —Se levantó—. Tycho, Wedge y los Jedi nos separaremos para investigar. Almirante, me gustaría pedirle que se quedara aquí y coordinara los datos que obtengamos. Han…

Frunció el ceño, obviamente sin saber cómo utilizar las habilidades de Han en esta situación.

Leia habló.

—Han puede ofrecer seguridad aquí. Y tal vez dejar que el almirante le enseñe una cosa o dos acerca del sabacc.

—Enseñarme —repitió Han.

—Dos viejos y amigables corellianos —continuó Leia, con expresión inocente— teniendo una inofensiva partida de cartas.

Pellaeon fijó en Han una mirada incrédula.

—A su dama realmente le gusta la visión de la sangre, ¿verdad?

Han hizo un gesto hacia el viejo oficial naval, un movimiento que de algún modo decía *Está decidido.* Luke echo un último y rápido vistazo a su alrededor. Su atención recayó en su hijo. Ben estaba más pálido que de costumbre e innaturalmente quieto. Luke vio a Mara alargar la mano para acariciarle, pero Ben retrocedió sin mirarla. Luke no sabía si el chico estaba esquivando el contacto o simplemente no quería parecer un niño pequeño delante de los otros Jedi, pero sintió una débil punzada de dolor de Mara, una punzada a la que ella puso freno rápida e implacablemente.

Él lo sintió por ella, pero no tenía tiempo para hablar con ella y para hablar con Ben. Se levantó.

—Vamos —dijo.

Zekk, junto a la puerta, pulsó el panel de control y esta se abrió para Luke. Con su capa ondulando y sus compañeros Jedi siguiéndole, Luke salió al pasillo y se preparó para lo que sabía que iba a ser una larga noche de investigación, negociación y teorización.

—Lo siento, ¿he interrumpido un desfile de veteranos? —preguntó Jaina.

Wedge, vistiendo anónimas ropas grises de civil, y Tycho, todavía con su uniforme de gala, estaban caminando el uno al lado del otro por el corredor exterior. Wedge miró a Jaina y Zekk y luego él y Tycho intercambiaron una mirada.

—Los Jedi son silenciosos —dijo Tycho—. Se te acercan a hurtadillas incluso cuando se supone que son tus amigos.

Wedge sonrió.

—Quizás estás perdiendo el oído.

—Me quedé sordo por el sonido de tus articulaciones crujiendo.

—Podría ser.

Wedge devolvió su atención al cuaderno de datos en sus manos. Estaba abierto y su pequeña pantalla mostraba un mapa de esta sección del Hábitat Narsacc. El fondo del mapa era negro, las particiones y las paredes eran estrechas líneas amarillas, y una punteada línea roja se alargaba desde su actual posición hasta un punto a algunos metros por delante.

—Dile que no estoy seguro de que deba estar hablando con una traidora.

—El general Antilles dice…

—*¿Traidora?* —Jaina se detuvo, pasmada—. Espera un minuto. Soy medio corelliana de nacimiento, es verdad, pero no fui criada como una ciudadana. Y como Jedi, se supone que ponemos el interés del mayor bien por delante de las preocupaciones planetarias…

—No es eso lo que quería decir —dijo Wedge, sin inmutarse.

Tycho asintió.

—Es joven. Se lanza a las conclusiones.

Wedge ajustó el cuaderno de datos de manera que el mapa girara delante de él. Ahora mostraba la línea roja puntuada

terminando en una escotilla.

—También habla demasiado.

—Tiene que hacerlo. El chico que la sigue a todas partes no dice *nada*.

Jaina miró hacia atrás y hacia arriba, hacia Zekk. Él asintió, como admisión de que lo habían expresado muy bien.

—No —dijo Wedge—, lo que quería decir es que cualquiera tan buena como eres tú en un caza, pero que abandona la vida de vuelo para correr por ahí con capas y girando una espada de energía impráctica, ha cometido traición a sus aptitudes naturales.

—Todavía vuelo —dijo Jaina—, y todavía vuelo Alas-X, y estás evitando el asunto.

Wedge asintió.

—De acuerdo. Se acabó el evitar. —Dejó escapar un profundo suspiro y luego dejó escapar un suspiro culpable—. Esto *no* es un desfile de veteranos.

—Bien hecho —dijo Tycho—. Las confesiones limpian el espíritu, ¿verdad?

—Sí —admitió Wedge.

Jaina levantó las manos, con los dedos curvados, como si estuviera al borde de coger el cuello de Wedge.

—Entonces ¿qué habéis encontrado?

—Como sabéis, el oficial jefe de seguridad para el hábitat ha desaparecido —dijo Tycho.

—Lo sabemos —dijo Jaina, tristemente—. Eso es lo que Zekk y yo hemos estado haciendo, buscándole. Miramos en las grabaciones de las holocámaras…

—Que no existen para el Camino Kallebarth para el periodo de tiempo del ataque —dijo Tycho.

—Correcto. También pasamos por sus habitaciones, intentamos obtener una sensación de él…

Ella frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Tycho.

Jaina sonrió.

—Oh, al fin *sentís* curiosidad. Al fin tengo algo que *vosotros* queréis saber.

Tycho puso los ojos en blanco.

—Será mejor que se lo digas, Wedge. Ella va a ponerse difícil.

Wedge se detuvo tan de repente que Jaina casi tropezó con él. Estaban frente a una escotilla. El cuaderno de datos de Wedge

indicaba que estaban al término de la línea roja punteada. Él cerró el aparato.

—Después del ataque, Tycho y yo hicimos lo primero y más obvio…

—¿Pidieron brandy? —preguntó Zekk.

—El árbol habla al fin. —Tycho negó con la cabeza—. No, pedimos esas mismas grabaciones de holocámaras que no existen.

—Así que no conseguisteis nada —dijo Jaina.

De un bolsillo, Wedge sacó un cable. Una punta la conectó al puerto del cuaderno de datos. La otra era un enchufe estándar redondo de pared, que conectó en el puerto bajo el panel de control de la escotilla.

—Estoy haciendo un diagnóstico —dijo—. Parece estar presurizada. No hay pulsos inusuales a través de los sensores internos. No, Jaina, preguntamos si la Estación Toryaz es la clase de lugar donde el departamento de mantenimiento registra todas las puertas que se abren y se cierran. Tú sabes, para medir los patrones de desgaste, predecir las piezas de repuesto que se necesitan, esa clase de cosas.

—Eso nunca se me habría ocurrido —dijo Jaina.

Wedge sonrió.

—A mí tampoco. Es algo que mi mujer me enseñó. O, más bien, algo que le enseñó a la más joven de mis hijas mientras yo estaba escuchando cuando no debía. Tengo una hija que ha entrado en mi línea de trabajo y una que ha entrado en la de mi mujer. Genética y culturalmente hablando, ¿no es perfecto?

—Perfecto —dijo Jaina, con un tono sin interés—. ¿Entonces? ¿Las aperturas de las puertas?

Wedge golpeó la puerta de la escotilla.

—Esta se abrió, poco antes del ataque, durante alrededor de un minuto en un momento en que no hay registros de ninguna nave atracando fuera. Y notad que estamos en el lado opuesto del hábitat desde su borde exterior, lo que significa que esta escotilla está fuera de la vista directa de la fragata *Espina de Fuego*. Es la escotilla más inconveniente del hábitat, con la aproximación más inconveniente, adecuada sólo para lanzaderas y vehículos pequeños. De todos modos, un minuto más tarde pasó un ciclo de despresurización, la puerta exterior se abrió y se cerró y luego se represurizó.

—Así que alguien llegó aquí en una lanzadera y se fue de aquí en lanzadera —dijo Jaina.

Tycho negó con la cabeza.

—Eso no tiene sentido. Traes a un grupo de asesinos, abres la escotilla para dejarles entrar. La cierras, terminas el ciclo y la reabres… ¿por qué? Si simplemente vas a irte, ¿por qué no dejarla abierta durante sesenta o noventa segundos hasta que te vayas?

—Lo que significa —dijo Wedge—, ultimadamente, que lo que tenemos es un misterio. Añadidle a eso el hecho de que la puerta de seguridad del tubo del puesto principal se abrió un par de minutos más tarde. Así que una lanzadera de se va de aquí y entonces alguien completa el ciclo de la escotilla (¿para deshacerse de alguna evidencia, tal vez?) y entonces alguien deja el hábitat a pie.

Su cuaderno de datos pitó y él lo abrió para mirar a la pantalla.

—Parece limpio —dijo—. ¿Nos arriesgamos?

—Pon a los niños delante —dijo Tycho.

Wedge sonrió y pulsó una serie de números y letras en el cuaderno. La puerta de la escotilla siseó y se abrió. De otro bolsillo, sacó un par de finos guantes y se los puso. Empezó a pinchar en las esquinas del panel de acceso, pasando los dedos sobre la parte superior de las brillantes señales de PELIGRO, mirando en cada grieta y rajas minúsculas de la escotilla.

—Ojalá Iella estuviera aquí —dijo.

—O Winter —añadió Tycho.

—Nuestras dos mujeres son ex de Inteligencia —dijo Wedge, con su comentario dirigido a Zekk—. La mujer de Tycho solía ser la niñera de Jaina, de hecho. Sea lo que sea que hemos aprendido, lo hemos recibido mayormente a través de ósmosis.

—Normalmente, nosotros sólo disparamos a las cosas —añadió Tycho.

—Seguimos intentando retirarnos —dijo Wedge—. Abandonar esta vida de dispararle a la cosas.

Tycho asintió.

—Realmente somos hombre de paz de corazón.

Wedge se apartó de la escotilla y se encogió de hombros.

—Nada.

Jaina alargó una mano.

—Dámelo.

Wedge pareció sorprendido.

—¿Qué?

—Vi que te escondías algo en la palma de la mano cuando estabas inclinado mirando al suelo. Entrégamelo.

Wedge negó con la cabeza.

—Nuestra pista, nuestra investigación. Tú y tu sombra opuesta podéis acompañarnos si queréis.

—Un trato —dijo Zekk.

Wedge le dirigió una mirada curiosa.

—¿Qué?

—Un trato. Yo le doy mi pista, la que encontré por mí mismo.

—No me dijiste que encontraste una pista —murmuró Jaina.

Zekk la ignoró.

—Usted le da a Jaina su pista. Un trato justo.

Wedge miró a Tycho.

—¿Qué opinas?

Tycho negó con la cabeza.

—Un farol Jedi.

Zekk sonrió.

—Para endulzar el trato, la pista que descubrí, si lo acepta, significa que tendrán que comandar una lanzadera o una nave de rescate e ir volando por ahí fuera.

Wedge suspiró.

—Son siempre los más calladitos. De acuerdo, maestro motivador, tienes un trato. —De un bolsillo lateral sacó un harapo naranja claro que parecía estar envuelto alrededor de algo. Lo sostuvo sobre la palma de Jaina pero no lo soltó—. ¿Tu pista?

—Nosotros también estuvimos buscando a Tawaler, como ha dicho Jaina. Su comunicador reza como estar fuera de la base —dijo Zekk—. Así que lo descarté por un tiempo. Pero entonces lo recordé. *Fuera de la base*, en términos de comunicaciones, se utiliza normalmente en bases en tierra. Utilizamos los mismos términos en la orden, probablemente porque el Maestro Skywalker es un exmilitar. Lo que significa que el que lo llevaba no está en la base, pero su comunicador todavía está devolviendo una señal. ¿Correcto?

—Correcto —dijo Wedge—. Oh.

Jaina lo cogió igual de rápido.

—Así que el comunicador de nuestro sospechoso todavía está devolviendo una señal desde cerca… pero todos hemos estado asumiendo que significaba que él había huido a algún planeta en algún lugar. Dámelo.

Ella movió sus dedos.

Wedge dejó caer el harapo en su mano. El objeto de su interior tenía un poco de peso, tal vez medio kilogramo.

Jaina apartó el harapo y lo desenvolvió, revelando lo que había en su interior.

—Huh —dijo ella.

capítulo veintiuno

A lo largo de la noche cuando los diplomáticos deberían haber estado durmiendo o planeando las negociaciones del día siguiente, los Jedi y los otros investigadores examinaban minuciosamente áreas pertinentes del Hábitat Narsacc.

Wedge y Tycho confirmaron con la fragata *Espina de Fuego* que una lanzadera había partido de otro hábitat alrededor de la misma hora en que el asalto a los enviados diplomáticos estaba empezando. Equipada con un hipermotor, se había alejado de Kuat y su pozo gravitatorio a una velocidad que no suscitaba sospechas y había entrado en el hiperespacio antes de que la primera alarma fuera transmitida desde el hábitat. Después de la alarma, Seguridad de la Estación Toryaz había cerrado la estación, no permitiendo que ningún vehículo o nave llegara o se marchara. La conclusión obvia era que el individuo o individuos que se habían ido vía el radio principal hacia la Estación Toryaz estaban todavía allí o se habían marchado en la lanzadera.

Leia y Mara lo arreglaron todo para que operativos de seguridad familiarizados con la medicina legal fueran llevados para que examinaran los cuerpos de los atacantes. Todos habían muerto o por trauma de disparos o sables láser o por la introducción de un poderoso veneno alcaloide administrado por pequeños inyectores en sus bocas. Las pruebas preliminares demostraban que cada uno de ellos también se había estado muriendo ya de una enfermedad incurable y un simple test genético ofreció la probabilidad de que tres cuartas partes o más

de los atacantes fueran corellianos.

Wedge y Tycho, acompañados por Luke, consiguieron una lanzadera y un grupo de equipamiento de sensores de comunicación muy sofisticado de la teniente Yorvin. Después de una hora de volar cuidadosamente fuera de la estación, triangularon la señal que estaba siendo emitida por el comunicador del capitán Tawaler. Tawaler, completamente muerto, víctima de una descompresión explosiva, todavía estaba en posesión de ese comunicador. Recuperaron su cuerpo y lo llevaron de vuelta hasta la estación, entregándoselo a los expertos forenses que trataban con los cuerpos de los atacantes, pero esos expertos sólo pudieron informar de que Tawaler había muerto por hemorragias y exposición consistente con la descompresión explosiva. No había heridas o productos químicos presentes en su cuerpo. No había signos de que hubiese sido atado. Según todas las apariencias, había salido voluntariamente al espacio y había muerto de una muerte atroz y dolorosa.

Jacen, con Ben a su cola, dio vueltas a través del hábitat, buscando impresiones adicionales que pudieran apuntar a la utilización de la Fuerza. Las encontró en la cámara de seguridad auxiliar ocupada ahora por la teniente Yorvin y en la escotilla donde Tawaler había muerto. En cada caso había un aspecto femenino en las impresiones, pero Jacen no pudo tener una sensación clara de ellas. Mientras más miraba, más parecían emborronarse.

Mara y Leia llevaron a cabo el examen de la sala de control de seguridad auxiliar, descubriendo las modificaciones del código que le había permitido a la lanzadera maniobrar hasta su posición sin ser detectada por los sensores de la base. Fueron capaces de sacar a la luz las auténticas grabaciones, mostrando la llegada y rápida partida de la lanzadera.

El almirante Pellaeon mantuvo la información fluyendo de un grupo de investigadores hasta el siguiente y, cuando no estaba tan ocupado, perdió cientos de créditos ante Han Solo en una partida de sabacc. Luke y sus investigadores se reunieron en el salón otra vez alrededor de la hora en la que habrían estado despertando. Nadie parecía cansado. Los Jedi se mantenían en pie gracias a técnicas de la Fuerza, mientras que Han, Wedge y Tycho dependían del caf y la testarudez.

—Entonces, ¿qué hemos descubierto? —preguntó Luke. Empezó a contar con los dedos—. Los asesinos eran

principalmente corellianos, lo que no significa nada, dado que cualquiera puede contratar a asesinos corellianos. —Se dio cuenta de las miradas de Wedge y Han y lo enmendó—: Eso no salió del modo en que pretendía.

—Olvídalo —dijo Han.

—Este fue un plan sofisticado —continuó Luke—, al menos en su planificación. El planificador hizo uso de narcóticos poderosos, para subyugar a los agentes de guardia en el perímetro, y de un poderoso alcaloide, para matar a los asesinos que de otro modo podrían haber sobrevivido. Esas toxinas no son fáciles de conseguir. El planeador sabía exactamente dónde estaba durmiendo todo el mundo. O, más bien, dónde se *suponía* que estaba durmiendo todo el mundo, ya que el almirante Pellaeon y su personal ocupaban habitaciones diferentes sin informar al destacamento de seguridad de la base. El capitán Tawaler parece haber sido influenciado, tanto para que participara en el plan como para que se matara a sí mismo, por medio de la utilización de la Fuerza… lo que significa, tristemente, que tenemos que concluir que un Jedi descarriado o su equivalente está envuelto. Apoyando este punto está el hecho de que las armas que llevaban estaban diseñadas para utilizarlas contra los Jedi.

—Muy parecido a la manera en que la respuesta corelliana a algunas recientes misiones estuvieron optimizadas contra los Jedi —interrumpió Wedge.

Antes de que Luke pudiera replicar, Han le cortó.

—Fue Thrackan.

—Esa es una posibilidad —admitió Luke.

No pudo decir la idea que se le ocurrió a continuación: que si Saxan estaba determinada a conseguir la paz, podría poner la flota corelliana secreta sobre la mesa como un tema de negociación. Si el Jefe Sal-Solo estaba realmente tras la construcción de esa flota, tomaría cualquier paso que pensara que era necesario para evitar que fuera descubierta en la negociación.

—Nada de posibilidad. —La voz de Han se elevó—. ¿Alguien aquí no sabe que fue mi chico, Jacen, y el chico de Luke, Ben, los que destrozaron la Estación Centralia?

El silencio cayo tras esas palabras. Luke se dio cuenta de que Ben parecía enfadado por el anuncio. Una mirada cruzó sus rasgos. Luke la habría descrito como atormentada y de nuevo se preguntó si Ben les contaría alguna vez a los Solo la parte de la

historia que sólo había mencionado durantes sus reuniones Jedi, los detalles acerca del droide que había pensado que era Anakin Solo.

—He visto las grabaciones de seguridad del asalto a la Estación Centralia —dijo Wedge finalmente—. Como la persona presente con menos probabilidades de saberlo, tendría que decir que la respuesta es no.

—¿Entonces? —preguntó Han, con su cara enrojeciéndose—. Él quiere venganza. El daño de Centralia retrasa años sus planes. Pero si este asalto aquí, la última noche, hubiese tenido un uno por ciento de éxito, se habría vengado y se habría aclarado el camino para obtener el control completo sobre Corellia. Él es el único que se beneficia de lo que ocurrió aquí.

—Eso no es así —dijo Leia—. Él sólo se beneficia si puede obtener el control y luego conseguir la paz. El asesinato de la Primera Ministra Saxan reduce las posibilidades de paz. Los corellianos van a estar volviéndose locos y presionando para la guerra… Thrackan es lo bastante listo para darse cuenta de lo ruinosa que sería la guerra para la economía corelliana. Incluso si ganan.

—Es Thrackan —dijo Han.

—¿Jacen? —Luke se inclinó hacia su sobrino—. Mientras estuviste dando vueltas, persiguiendo a Sal-Solo como distracción para Ben, ¿tuviste alguna sensación proveniente de él de que se tomaría tus acciones más personalmente de lo que debería hacerlo un viejo conspirador?

Jacen pensó en la pregunta. En su informe, había dejado fuera la parte en la que él decidió que Thrackan tenía que morir. Parecía que Thrackan también había decidido no mencionarlo y ahora Jacen pensó que entendía porqué: al dejar esa parte de la historia fuera, Thrackan eliminaba una cierta cantidad de motivación que podría asociarle con este ataque. Y ahora Jacen podría admitir su intento contra la vida de Thrackan, una confesión que dañaría aún más la ya disminuida habilidad de Luke de confiar en Jacen, o negarlo y ayudar al oscuro asociado de Thrackan con las fechorías de esta noche.

Bueno, era suficiente que él, Jacen, lo supiera. Podía hacer sus propios cálculos basados en lo que sabía de las motivaciones de Thrackan. Negó con la cabeza.

—No, realmente no lo sentí.

Luke se inclinó hacia atrás.

—Investigaremos el ángulo de Thrackan, desde luego. ¿Algo más?

—Yo tengo algo —dijo Jaina.

De debajo de su túnica exterior sacó un paquete envuelto en tela naranja un poco más grande que su puño. Cuidadosamente lo desenvolvió y lo sostuvo para que los otros pudieran ver su contenido.

Al principio Luke no pudo comprender lo que estaba mirando. Parecía algo orgánico, como la fruta seca y fibrosa de un árbol mutante. Era una cosa flexible con un núcleo central negro azulado de tal vez una docena de centímetros de largo. Desde ese núcleo salían veinte ramas tubulares o más, estrechándose donde se unían al núcleo y en sus puntas, sólo ligeramente más anchas en sus centros, cada una de seis centímetros de largo, y cada una con colores, rayas y otros patrones. Una, llena de protuberancias y anudada, consistía en rayas rojas y azules en un patrón espiral. Otra era recta, de un amarillo chillón con flecos rojos y negros. Una tercera era de un color crema tostada con marcas nerviosas y angulosas en negro.

—Encontramos esto en la escotilla que Tawaler utilizó cuando estaba saliendo para tomar aire fresco —dijo Jaina—. No he tenido tiempo para escanearlo en busca de toxinas inorgánicas, pero no hay actividad biológica en ella. Sólo parece ser un abalorio.

—¿Cayó accidentalmente o lo dejaron caer para que lo encontrásemos? —preguntó Luke—. ¿Lo llevaba Tawaler o algún otro?

Jaina se encogió de hombros.

—No hay manera de decirlo.

—Discúlpenme. —Las palabras vinieron de por encima de la cabeza y por todas partes: un grupo de altavoces para dirigirse al público. Luke reconoció la voz de la teniente Yorvin—. Tengo un contacto de holocomunicador con prioridad para el almirante Pellaeon. No está en sus nuevas habitaciones. ¿Hay alguna oportunidad de que todavía esté en el salón?

—Estoy aquí —dijo Pellaeon. Se levantó hasta quedar en pie y Tycho también se puso en pie—. Esa será la llamada del despuntar del amanecer para informar de cualquier cambio, y tan pronto como informe, esta conferencia estará acabada. —Suspiró—. Volveré en unos cuantos minutos.

Salió caminando rígidamente de la habitación y la puerta se

cerró tras él y Tycho.

Wedge consultó su crono.

—La Primera Ministra también recibirá uno de esos. Y aunque a ella no le hubiese complacido recibirlo, lo haré. ¿Si me disculpáis?

Se levantó y también se marchó.

—Dejando sólo Jedi —dijo Zekk—, y familia política de los Jedi.

Han le frunció el ceño.

Luke miró a los otros por encima de sus manos, que mantenía en un arco en una pose meditativa.

—Creo que podemos decir con seguridad que nuestra misión en esta estación ha sido un fallo total. Han sido más hábiles que nosotros y tenemos al menos un enemigo que no conocíamos antes… y del que sabemos muy poco ahora. En unos cuantos minutos, las delegaciones serán llamadas de vuelta. Será la hora de que las investigaciones Jedi comiencen de verdad.

»Jacen, Ben, por favor mirad qué podéis descubrir acerca del capitán Tawaler. Necesitamos descubrir algo de la usuaria de la Fuerza con la que aparentemente contactó. Ella no puede no haber dejado *ningún* resto. Si podéis encontrar algún rastro, continuad con la lanzadera en la que aparentemente escapó ella.

Jacen asintió.

—Considéralo hecho.

—Jaina, Zekk, quiero que descubráis todo lo que podáis sobre esa borla que encontrasteis. Intentad determinar si fue dejada accidental o deliberadamente, de dónde vino y qué significa. Cuando esté hecho, por favor, volved a la fuerza de ataque en Corellia y tomad el mando del Escuadrón Punto de Carga hasta que Mara y yo volvamos de nuestra misión en tierra, que explicaré en un momento.

»Leia, Han, me gustaría pediros que continuarais intentando calmar las cosas entre Corellia y la AG. No puedo pensar en nadie mejor para enviar mensajes confidenciales entre los dos gobiernos, incluso mientras se vuelven más hostiles, o para que le digan a los líderes de los dos gobiernos cuando se están comportando como banthas macho en la estación de las peleas.

Leia intercambió una mirada con su marido.

—Sospecho que podemos hacer eso.

—Mara y yo viajaremos hasta Corellia para ver lo que podemos descubrir sobre los posibles orígenes del asalto llevado

a cabo hoy contra nosotros.

—Ellos van también tras de mí, ¿verdad?

Ese fue Ben, hablando por primera vez desde que los Jedi se habían vuelto a reunir. Su expresión y su voz eran sombrías, no asustadas, pero mucho más serias de lo que deberían ser las de alguien de trece años, y Luke sintió un nudo empezando a formarse en su garganta.

—Sí —dijo—. Si van a por Jacen a causa de la Estación Centralia, también van a por ti. Tu juventud puede no significar nada para ellos. Pero entiéndeme. Independientemente de quienes sean, o de lo alto que estén colocados, no voy a tolerar la continuada… —Se corrigió a sí mismo antes de decir *existencia*. La venganza no era el camino de los Jedi, ni siquiera cuando el propio hijo de uno había sido el objeto de un intento de asesinato—… la continuada libertad de la gente que convierte a los niños en objetivos de asesinato.

—Qué delicadamente expresado —dijo Mara—. No creo que haya ningún modo de que se refrenen de intentar matarnos si nos enfrentamos a ellos, Luke. Y cuando lo hagamos…

—Nunca es algo bueno esperar una oportunidad de matar, Mara —dijo Luke, con su voz apacible. Pero tenía que admitir para sí mismo que esa emoción exacta estaba en su propia mente, colgando en sus áreas de autocontrol como neks circulando alrededor de un campamento justo más allá del alcance de su luz—. De acuerdo. Ben, reúnete con tu madre y conmigo durante unos minutos antes de que sea hora de irse.

Una vez que los Skywalker salieron por la puerta, Jacen hizo un gesto para atraer la atención de su hermana, para evitar que siguiera a Zekk y al éxodo Jedi.

—¿Puedo ver esa cosa otra vez?

—Claro.

Ella le entregó la borla.

Jacen la miró con atención. Acercándola, el misterioso objeto resultó ser un ejemplo inusual de cordón para ensartar abalorios. Parecía ser un grupo de borlas decorativas, cada una con un patrón de forma y color enteramente diferente, y con todas ellas atadas al cordón central más largo. En la parte superior del cordón central había una cuerdecilla negra azulada como el cordón mismo pero sin ensartar. Tenía tres o cuatro centímetros de largo y su punta estaba rota, con el material de la cuerdecilla

deshilachado. El objeto podía haber sido cogido en una esquina o podía haber sido sostenido por la mano de un moribundo y haber sido arrancado de golpe con relativamente poco esfuerzo, sin que el propietario se diese cuenta de su perdida. O, reconoció Jacen, podía haber sido dejado deliberadamente.

Una de las borlas continuaba atrayendo su mirada, la de color tostado con las marcas negras angulosas. Pequeños hilos negros escapaban de su superficie, apuntando hacia fuera de entre los abalorios más cercanos. Visto desde la distancia de un metro, la hacían parecer como si la borla necesitase un afeitado, pero en una inspección más cercana parecían pequeñas garras.

El diseño de la propia borla… Jacen casi podía leer la pretensión del artista. *La suavidad del color tostado representa la paz*, se dijo a sí mismo. *Las líneas negras puntiagudas, la contienda. Los hilos curvados son ganchos, o garras. La moraleja: incluso una vida pacífica conocerá la contienda, y la contienda presenta ganchos que te arrastrarán más hacia el interior de la contienda, una trampa para el incauto*. Había más que eso en ella, él lo sabía. O al menos lo sentía. Había alguna clase de historia involucrada en el mensaje, pero no podía resolverlo.

De repente se sintió tonto. Era un Caballero Jedi, no un crítico de arte. No le correspondía a él sacar el significado de patrones encontrados en alguna baratija que probablemente costaba menos de un crédito en un mercadillo callejero de algún planeta perdido. Pero la cosa todavía le atraía.

Fue consciente de que Jaina todavía estaba hablando, con sus palabras perdiéndose a causa de la distracción de él. Sonrió en dirección a ella y negó con la cabeza.

—Perdona. Estaba soñando despierto.

—Eso no es propio de ti.

—Más propio de Anakin. Escucha, ¿te gustaría hacer un trato?

Jaina frunció el ceño.

—¿Un trato sobre qué?

—Misiones. Estoy sintiendo algo en esas borlas… ¿puedes sentirlo tú?

—No, en realidad no.

Ella se detuvo a mirarlas más de cerca y luego negó con la cabeza.

—Entonces yo debería ser quién las investigase. Tú investiga

a Tawaler y luego ve y hazte cargo del escuadrón del tío Luke.

Jaina lo consideró brevemente.

—Aclaremos esto con el tío Luke primero.

—*No* lo hagamos. Ha estado cuestionando muchos de mis instintos últimamente… incluso aunque sigue diciéndome a *mí* que confíe en ellos. Bueno, confío en este. Necesito ser quien investigue la borla.

Ella le dirigió una mirada larga y sufrida.

—¿Y cuando él pregunte por ello…?

—Será todo culpa mía.

Ella asintió.

—Eso se lo creerá. Eres un hombre, después de todo.

Luke, Mara y Ben caminaron a lo largo del Camino Varganner, a un nivel por encima y corriendo precisamente paralelo al Camino Kallebarth. Este pasaje había estado cerrado durante la breve duración de la misión diplomática de la AG y Corellia. Ahora Luke lo había abierto, temporalmente, de manera que él y su familia pudieran dar un paseo privado.

Hicieron una pausa junto a un nicho dominado por una pared del casco exterior construido enteramente de transpariacero tan claro como el cristal. Mostraba la misma vista que el ventanal de la suite de los Solo, pero incluso menos limitado, y en este momento los Skywalker podían ver un majestuoso campo de estrellas y el distante sol de Kuat.

—Ben, tus pensamientos están muy cerca de la superficie —dijo Luke finalmente.

—Todos deberíamos ir allí juntos —dijo el chico—. A Corellia. Nosotros y Jacen y Jaina. Y deberíamos zarandear a Thrackan Sal-Solo hasta que admita que él lo hizo y encerrarle para que no lo vuelva a hacer.

—Todos juntos como una familia, ¿sí? —preguntó Luke.

Ben asintió, pero no miró a su padre. Mantuvo su atención testarudamente en una nebulosa muy lejana con forma de diamante.

—Todos estamos enfadados porque nos atacaron —dijo Mara—. Pero no podemos utilizar nuestras habilidades Jedi sólo porque estamos enfadados. No podemos atacar a Thrackan bajo la *asunción* de que es responsable. Tenemos que tener más pruebas.

—Lo sé. —Ben sonó resignado—. Si estás enfadado, no puedes dejar que tus instintos guíen tus acciones, porque puede

no ser la Fuerza, es probablemente tu furia. Pero podríamos hacerlo cuando somos fríos en nuestro interior. Jacen es muy frío en su interior.

Sus padres intercambiaron una mirada rápida.

—Creo que lo que estás sintiendo como frialdad es realmente sumersión en la Fuerza. Sus propias emociones desaparecerán durante un tiempo. Eso puede parecer frialdad.

—Lo que sea. —Ben se encogió de hombros—. Pero todavía podríamos hacerlo. Podríamos atrapar a Sal-Solo. Y podríamos evitar que los corellianos empiecen una guerra.

—Ese es otro asunto. ¿Qué pasa si la Fuerza te dice que no luches contra ellos? ¿O no te dice nada de nada sobre si ellos deben ganar?

Finalmente Ben le miró.

—¿Huh?

—Ben, ¿puedes decirme honestamente que los corellianos no deberían tener la libertad de separarse de la Alianza Galáctica si la quieren? Piensa en los corellianos que conoces. El tío Han y Wedge Antilles por ejemplo. Si la mayoría de la gente en su sistema quiere ser independiente, ¿por qué no deberían serlo?

Ben frunció el ceño.

—Eso no tiene ningún sentido. Son parte de la Alianza Galáctica. No pueden simplemente irse.

—¿Por qué no? —preguntó Mara.

—Causará intranquilidad. Eso es lo que Jacen dice.

Mara asintió.

—*Causará* intranquilidad. Hay mucha intranquilidad en la vida. La Fuerza es creada por la vida, así que tiene intranquilidad en ella. Si te abres a la Fuerza, ¿cómo puedes no abrirte a cierta cantidad de intranquilidad?

Ben les dirigió a sus padres una mirada sospechosa. No era una mirada de desconfianza, sólo la expresión de un adolescente ansioso por no ser engañado.

—¿De qué lado estáis realmente?

Luke resopló.

—La orden Jedi protege y sirve a la Alianza Galáctica, justo igual que lo hizo con la Nueva República. Justo igual que la vieja orden protegía y servía a la Antigua República. Pero elegimos mantener una cierta cantidad de latitud al interpretar nuestras misiones, nuestras órdenes. Por el bien de todo el mundo. Y eso significa que si se nos ordena ir a la batalla, pero descubrimos que

podemos conseguir la victoria a través de la negociación o una demostración de fuerza sin sangre, lo hacemos. Si descubrimos que podemos traer la paz obligando a los lados opuestos a escucharse el uno al otro, lo hacemos… incluso si uno de los lados se supone que está a cargo de lo que hacemos.

Ben devolvió su atención al campo de estrellas durante un momento.

—Oigo a los niños decir que odian cuando sus padres dicen *Haz esto porque lo digo yo*. A veces creo que lo tienen muy fácil.

Mara se rió suavemente y alargó la mano para revolver el fino pelo rojo de su hijo.

—Sospecho que sí. Desde luego, ellos no van de un lado al otro de la galaxia y practican con auténticos sables láser.

—Sí, eso creo. Pero pensar es difícil. Y de algún modo es injusto. Nunca parece haber una respuesta correcta.

Luke sintió volver su nudo en la garganta, pero esta vez supo que estaba causado por el orgullo, no por el dolor.

—Eso es —dijo—. *Nunca parece haber una respuesta correcta* es una respuesta correcta.

—Oh.

—Ten cuidado con la gente que te dice que conocen la respuesta correcta —añadió Mara—. Pueden pensar que es así, pero a menudo están equivocados. O pueden saber simplemente que pensar es tan duro que mucha gente no quiere hacerlo. Quieren un líder en el que puedan confiar… de manera que no tienen que hacer el duro trabajo de pensar. Esa es una clase de líder al que no quieres seguir.

Ben abrió su boca como si fuera a hacer otra pregunta y luego la cerró de nuevo.

—Tienes razón —dijo Luke—. Si preguntaras si deberías decirle a Han y Leia lo del droide Anakin Solo, nosotros sólo tendríamos que decirte que no lo sabemos.

Ben le miró.

—A veces odias ser un Jedi, ¿verdad?

Luke pensó en ello y luego asintió.

—Ocasionalmente.

—Yo, también.

En una hora, todos los miembros de los tres grupos habían partido, todos excepto Jaina, Zekk, Jacen y Ben, que se habían quedado atrás esperando para empezar su investigación desde este

hábitat. Todos dijeron adiós con la mano a las corbetas y transportes desde el ventanal que había sido la suite de Han y Leia.

Cuando la última de las naves que partían se fue, Jacen se volvió hacia los otros.

—Primero —dijo—, durmamos. Luego nos pondremos en camino.

capítulo veintidós

CORONITA, CORELLIA

Coger a dos de las personas más famosas de la galaxia y meterlas de contrabando en un mundo muy desarrollado y consciente de la seguridad era en realidad bastante simple. Luke sabía que lo sería, al menos una vez, y de ese modo no se preocupó de consultar con ninguno de los muchos amigos y aliados de Inteligencia que tenía, más allá de preparar tarjetas de identidad para él mismo y para Mara.

Ahora estaba en una abarrotada línea en un abarrotado puesto de seguridad en la abarrotada ciudad corelliana de Coronita y miraba, sonriendo, hacia la cara poco divertida y marcada por el tiempo de un oficial de SegCor, la policía del sistema.

El hombre le miró con los ojos bizcos.

—Luke Skywalker —dijo.

Luke asintió, con su sonrisa ensanchándose.

—Realmente no lo veo.

—Oh, vamos. —Mara caminó hacia delante, elevando la voz en defensa de Luke—. Si es justo igual que él.

—Demasiado bajo —dijo el oficial de SegCor—. Nadie creería en un Luke Skywalker tan bajo.

Luke dejó que una nota ligeramente llorona se colara en su voz.

—Puedo hacer saltos mortales hacia atrás igual que él.

—Estoy seguro de que sí.

El oficial de SegCor movió la tarjeta de identidad falsificada bajo el punto de transmisión de datos parecido a una aguja. Un punto de luz en la tarjeta de identidad cambió de rojo a verde, significando que el visado de visitante para Emerek Tovall, actor-imitador de Fondor, estaba aprobado. Ahora era libre para entrar en Coronita y llevar a cabo negocios legales de toda variedad.

—¿Le gustaría un autógrafo? —preguntó Luke.

—No, gracias. Muévase.

El desinteresado oficial cogió a continuación la tarjeta de identidad de Mara.

Tres lugares más allá en la línea, una pareja que tenía un parecido remarcable con Han Solo y Leia Organa, con la apariencia que tenían décadas antes, en la época de la Batalla de Yavin, incluso en el vestido senatorial blanco de Leia y su peinado con moños a los lados, esperaban pacientemente en otro puesto. La mujer de SegCor allí miró escépticamente a la pantalla frente a ella.

—¿*Jiyam* Solo? —preguntó ella.

—Es correcto —dijo el imitador de Han, con una voz más rica, más teatral que la del auténtico Han.

—¿Algún parentesco?

El imitador negó con la cabeza.

—Me cambié el nombre por motivos profesionales.

—¿Ayuda?

—Tengo mucho trabajo. Aquí, estamos haciendo un bio-holodrama de los Solo, con dos finales, dependiendo de qué lado tome él en el conflicto que se acerca…

Justo más allá de él, la imitadora de Leia le dio unas palmaditas a su moño derecho y habló con el hombre en la línea delante de ella. Por encima del ruido, Luke apenas pudo oír sus suaves tonos.

—No, no estamos casados, pero he trabajado con él antes. Bueno, sí, quizás. ¿Dónde te hospedas?

Mara tropezó con Luke desde atrás.

—Muévete, bajito. He pasado la aduana.

Luke recogió su bolsa y se movió hacia la salida de la habitación. Dentro de la bolsa, con la carcasa reemplazada por una más inofensiva y su fuente de energía reemplazada por una menos potente, su sable láser ahora no parecía más que una barra luminosa personal y había pasado por la aduana sin que nadie

sospechara, como lo había hecho el de Mara. Las carcasas y las fuentes de energía correctas, embarcadas separadamente, les estarían esperando en sus respectivos destinos.

—Funcionó espectacularmente —dijo él.

—Sí. Contratar a los actores para varios de los otros "papeles" fue lo que le dio realismo, creo. Una pena que tu Chewbacca no lo consiguiera.

Luke se encogió de hombros.

—No siempre puedes conseguir a un wookiee en el último minuto. Especialmente cuanto tendrías que teñirle el pelo y darle un acabado. Sin embargo… —Él permitió que una nota falsa de dolor se colara en su voz—. Sin embargo, creo que interpreto a un Luke Skywalker bastante bueno.

—Desde luego que sí —dijo Mara, con un tono tranquilizador, un milímetro por debajo de la condescendencia.

—Así que antes de que empezaras a imitar a Mara, ¿cuál era tu auténtico color de pelo?

—Granjero, estas pidiendo una paliza…

Una vez fuera de la instalación de aduanas, posaron para una holografía con dos turistas que estaban encantados de conocer a dos imitadores de Jedi. Una vez que los turistas se fueron, Luke y Mara se besaron, se subieron las capuchas de sus capas de viajeros y se marcharon por caminos separados.

Mara fue a buscar el deslizador aéreo que había alquilado bajo su nombre falso y salió rápidamente hacia una serie de encuentros donde recogería suministros e información que necesitaría para su misión. Luke, con sus actividades del día tan urgentes pero no tan críticas en cuanto a la hora, le hizo señas a un deslizador terrestre de transporte público y lo dirigió hasta una dirección en un área de poco tráfico de los distritos del gobierno de Coronita.

El edificio que era su destino, en realidad tres edificios más allá de la dirección que le había dado al conductor y donde había salido del transporte, era de diseño simple y agradable a la vista. Era muy bajo, sólo de una planta en sus alas derecha e izquierda, pero subía por los medios en una curva escarpada de manera que su centro era una espiral que se estrechaba de varias plantas de altura. Todo el edificio era de duracreto, de color tostado moteado de negro, excepto por las puertas y las ventanas de transpariacero verde. Estaba alejado de la calle unos cincuenta metros, con la

propiedad decorada con hierbas verde oscuro seccionadas por estrechas aceras de duracreto tostado y estaba completamente rodeada por una valla de barras de palstiacero negro azulado de cuatro metros de alta.

En la puerta de la valla había un cartel impreso en el que se leía CERRADO DURANTE LA EMERGENCIA PLANETARIA. PARA OBTENER AYUDA O INFORMACIÓN, POR FAVOR CONTACTE CON SEGURIDAD CORELLIANA. Más abajo estaba la dirección de comunicaciones. En otro lugar del cartel, escrito a mano, había frases como MORID JEDI, IROS A CASA y QUIEN COLOCA LA FILOSOFÍA POR ENCIMA DEL PLANETA HA TRAICIONADO A AMBOS. Luke reconoció la última frase. Era de un discurso reciente del Jefe Sal-Solo.

Había basura en el césped verde y había arañazos de disparos láser en las paredes y ventanas del lado del edificio que daba a la calle. Los vándalos habían estado ocupados. Una oficial uniformada de SegCor caminaba por la acera delante de la valla, manteniendo un ojo en el tráfico peatonal y de deslizadores.

Luke pasó más allá de la oficial de SegCor, sin establecer contacto visual y con el más ligero gesto de su mano y un esfuerzo de la Fuerza evitó que la oficial sintiera alguna curiosidad por el transeúnte con la capa. Una vez que Luke estuvo muchísimo más allá de ella, casi en la esquina donde la valla cambiaba de plastiacero a piedra suave y marcaba el comienzo de la propiedad de una biblioteca de la ciudad, él miró hacia atrás.

La mujer de SegCor estaba mirando en la otra dirección. Unos cuantos pasos más y se volvería y comenzaría pasear de vuelta en la dirección de Luke. Él echó una ojeada a su alrededor, no detectó la atención de nadie en él y saltó por encima de la valla.

Bajó, rodó hasta ponerse en pie casi silenciosamente y se lanzó para ponerse a cubierto tras los arbustos a lo largo del lado del pequeño enclave Jedi.

Las ventanas de transpariacero a lo largo de este lado del enclave parecían como si estuvieran permanentemente fijas en las paredes y no pudieran ser abiertas, pero Luke se detuvo en la tercera ventana, volvió a mirar a su alrededor y sacó su comunicador. Cambió la frecuencia a una utilizada rutinariamente por los Jedi en el campo de operaciones y luego silbó tres notas en él.

La ventana siseó mientras se abría. Aire más frío de dentro fluyó hacia fuera. Luke empujó la ventana desde abajo, esta permaneció unida por las bisagras en la parte superior, y él rodó a través de ella, cayendo sobre sus pies en lo que parecía como una pequeña clase de una escuela más allá. La ventana se selló tras él.

La habitación estaba oscurecida pero no a oscuras. Ninguna barra luminosa proporcionaba luz. La única iluminación venía de la luz del sol del ventanal, tintada en verde por la coloración del transpariacero. Esta revelaba las sillas y los pupitres, demasiado pequeños para adultos, e imágenes por todas las paredes: diagramas mostrando los ángulos de ataque y defensa en la técnica del sable láser; el Maestro Yoda muerto hacía mucho, con el ceño fruncido por la concentración, sosteniendo telequinéticamente una cañonera de la Antigua República que pesaba varias toneladas sobre su cabeza; una Maestra Jedi, genérica y probablemente ficticia, no una persona que Luke hubiese visto jamás en persona o en grabaciones, sentada con las piernas cruzadas en meditación, con los ojos cerrados.

Un droide de protocolo plateado, apagado, estaba a la cabeza de la habitación, con un brazo levantado como para ilustrar algo.

El único sonido que se oía era el susurró de la maquinaria del acondicionador de aire del enclave. Luke negó con la cabeza, con tristeza. Una instalación de enseñanza Jedi nunca debería estar tan silenciosa, tan vacía. Pero como consecuencia del asalto en Tralus y la Estación Centralia, los corellianos habían declarado a los Jedi enemigos del estado y habían hecho un esfuerzo para cerrar todas las instalaciones Jedi y acorralar a los Jedi en el sistema planetario.

La última parte no había ido tan bien. Determinado a no dejar que las enseñanzas de la orden estuvieran tan cerca de la extinción como lo habían estado en los tiempos del emperador Palpatine, Luke le había enseñado a sus estudiantes lo que sabía acerca de evitar a los cazadores. Él sabía mucho.

Se movió hacia la puerta. Esta no se deslizó para abrirse mientras él se aproximaba. Cogió el borde y le dio un empujón. Esta se deslizó hacia un lado sobre unos raíles bien lubricados.

Justo más allá de ella, una hoja plateada de sable láser *chasqueó-siseó* al encenderse.

—Vas a descubrir que es difícil saquear con los dos brazos cortados —dijo el hombre que lo sostenía.

Luke sonrió.

—Eso si que es un saludo, Corran.

El otro Jedi apagó su sable láser tan rápidamente como lo había encendido.

—¡Luke! Maestro Skywalker.

Dio un paso adelante hacia la débil luz admitida por la puerta.

Corran Horn era aproximadamente de la edad y la altura de Luke, pero un poco más robusto, más ancho de hombros. Nieto de un famoso Jedi corelliano de la era de la Antigua República, había llegado al reconocimiento y entrenamiento de sus poderes Jedi incluso después que Luke. Sus carreras como oficial de SegCor y piloto de caza de la Alianza Rebelde habían venido antes. Tan en conflicto como podía haber estado en los primeros días acerca de sus aptitudes, deberes y carreras, ahora era un Maestro Jedi, cuyo pelo y barba encanecidos le daban el apoyo visual a su reputación como un anciano hombre de Estado de la orden.

Ahora no iba vestido como un Jedi. Llevaba un anónimo mono azul y blanco a rayas, salpicado de grasa y fluido hidráulico, y unas gafas para soldar colocadas sobre su frente. Mientras alargaba su mano hacia Luke, parecía un mecánico de foso listo para explicar simplemente cuanto iba a costar la reparación de su hipermotor.

Luke estrechó su mano, un abrazo de hermanos de armas.

—¿Cómo está tu familia?

—Bien. —La voz de Corran sugería que no estaba completamente contento—. Mirax está bajo arresto domiciliario. Algunos en el gobierno quieren su experiencia profesional para que pase de contrabando materiales críticos hasta el sistema. Otros no confían en ella porque está casada con un Jedi. Así que espera en casa, bajo arresto, con cada necesidad cubierta por el gobierno, disfrutando de unas vacaciones. —Resopló—. En cuanto a Valin y Jysella… bueno, sospecho que tú sabrías mejor que yo en qué están metidos.

Luke asintió. Los hijos de Corran y Mirax eran ambos Jedi, criados tanto por sus profesores en la academia Jedi como por sus padres biológicos, y estaban fuera atendiendo a los asuntos de la orden.

La cara de Corran se suavizó.

—Gracias por no utilizarlos en las misiones de Corellia.

—Esa fue una decisión fácil —dijo Luke. Se movió hacia delante, con Corran desplazándose hacia un lado para que él

pudiese entrar en el recibidor, y cerró la puerta. Ahora estaban en la más profunda oscuridad, iluminada sólo por débiles luces de emergencia en la base de los tableros de este pasillo—. No quería que ningún Jedi fuera considerado traidor a su mundo natal. Para la mayoría, es agradable poder volver a casa de vez en cuando.

Corran no hizo ningún comentario. Luke sabía que él, Luke, era una excepción a esa generalización. Su propio mundo natal de Tatooine no tenía ningún atractivo para él. No lo había tenido en todas las décadas desde que lo dejó para encontrar un nuevo hogar en otro lugar.

Corran hizo un gesto por el pasillo hacia la parte trasera del enclave.

—He utilizado uno de los refugios como un área de organización. Los componentes de tu sable láser están allí. También hay ropas, suministros, créditos…

—Gracias.

Juntos caminaron por el pasillo y luego bajaron por unas escaleras de caracol flotantes.

—Entonces —dijo Luke.

—Entonces.

—Entonces, ¿cuál es la actitud de los Jedi corellianos? ¿Qué necesito saber?

Salieron de las escaleras y entraron en otro corredor que estaba iluminado por las luces de emergencia. Corran dio tres pasos desde la entrada del corredor y luego levantó una mano, sosteniéndola contra una pared casi a la altura del techo.

—Es aquí —dijo—. Un pestillo simple y un contrapeso. Sólo dale un tirón.

Luke se abrió a la Fuerza y sintió más allá de la mano de Corran, más allá de la pared, hasta la maquinaria que había detrás. Delicadamente, arrastró el cerrojo para sacarlo del agujero y empujó hacia abajo el peso.

Una sección de la pared se elevó suavemente hasta el techo. La luz se esparció por el corredor. Más allá de la sección de la pared había una habitación de tamaño medio, con mesas repletas de pantallas de ordenadores encendidas, armarios de pared y cuatro camastros. Entraron y Luke soltó el peso. La sección de la pared se deslizó suavemente hasta su lugar detrás de ellos.

—¿Cómo lo haces tú? —preguntó Luke.

Una de las pocas debilidades como Jedi de Corran era su falta de habilidad con las disciplinas telequinéticas. Corran no podía,

bajo la mayoría de las circunstancias, hacer funcionar el cerrojo y la maquinaria para tirar del peso.

—Un sistema de reserva. Digo *Halcyon Resiste*. Eso pone en marcha la puerta. Sin embargo, usa energía de una batería. Tengo un aparato de manivela manual para mantener la batería cargada.

Corran se encogió de hombros. Se sentó en una silla delante de una de las mesas del ordenador e hizo un gesto hacia las cosas delante de la otra silla: la carcasa y el suministro de energía para el sable láser de Luke.

—Entonces —volvió a decir Luke.

Se sentó, sacó su falsa barra luminosa de su bolsa y se puso a trabajar en reensamblar su arma.

—Entonces, conoces mi posición. Aceptas el papel y los deberes de un Jedi y colocas a la orden, y al bien general, por encima de los intereses planetarios. Incluso de los intereses familiares. Eso no significa que te aísles de tu familia o tu mundo… sólo que reconoces que poner los intereses personales por encima del bien mayor básicamente constituye mantener los apegos.

Luke sacó la maquinaria principal de su sable láser de la carcasa de la barra luminosa y colocó la carcasa, y la débil batería que pertenecía a ella, a un lado. En unos momentos, tenía su sable láser reensamblado. Lo encendió experimentalmente, sintió el calor de su hoja verde y lo apagó de nuevo.

—¿Qué pasa con los Jedi jóvenes que hay aquí?

—Los que no son corellianos están bien. Esperando. Los corellianos, por otra parte, están… preocupados. Preocupados por tener que permanecer ocultos, preocupados por el hecho de que el gobierno esté intentando reclutarlos para actividades anti-AG, preocupados por ser considerados espías y saboteadores potenciales. Pero están aguantando según los estatutos Jedi.

—Por ahora.

—Por ahora. Déjame pedirte un favor. Transfiérelos fuera de Corellia. Sácalos de este ambiente. Déjales llevar a cabo sus deberes para con la orden sin tener que elegir entre la orden y sus hogares, sus familias.

Luke asintió, no una respuesta sino simplemente una aceptación de que había oído las palabras de Corran y había reconocido su gravedad.

—¿Y los niños?

—Yo… no lo sé. —La cara de Corran estaba impasible, pero

su voz sonaba dolorida—. Sacarlos de este planeta les colocaría incluso más lejos de su familia. Dejarles aquí les mantendría en una zona de peligro potencial y les mantendría mirando entre sus profesores y los miembros de su familia que representan las lealtades divididas. ¿Cuál es la respuesta correcta?

Luke levantó las manos, con las palmas hacia arriba, en un gesto de *tienes tanta idea como yo*.

—Creo que lo arreglaré para sacarles del planeta. Para que continúen con su educación en algún lugar más neutral. Minimizar el grado de influencia que sus apegos tienen sobre ellos. Haré esos arreglos hoy. ¿Cuántos estudiantes jóvenes tienes?

—Sólo cinco.

—Eso no esta nada mal. Y hablando de apegos, Mara va a estar muy descontenta si no tengo todos mis asuntos arreglados y mis visitas completadas antes de que su misión empiece. Si tiene que irse deprisa y no estoy listo para irme… —Luke se levantó—. Encontraré el camino yo sólo.

—Que la Fuerza te acompañe, Maestro.

—Y a ti también.

Mara decidió que el entorno de Thrackan Sal-Solo reflejaba bastante expresivamente su mentalidad. Tenía una mentalidad de búnker. Vivía en un búnker. Tal vez había tenido un sentido más estético y una residencia más bonita en el pasado, pero si fue así, había purgado esa debilidad de su personalidad en los años recientes.

La finca de Thrackan, tan desagradable como ninguna que Mara hubiese visto nunca en posesión de una figura política mayor, era un trozo de tierra plano a un kilómetro al oeste de los recintos del gobierno de Coronita. Una planta azul con forma de trébol crecía en los campos y nada más. Ni árboles, ni macizos de flores, ni plantas carnívoras exóticas.

Hacia el centro de la finca estaba su único edificio, una monstruosidad de cuatro pisos de duracreto pintado de azul verdoso. De haber sido la parte exterior de su arco más perfecto, habría sido propiamente una cúpula, pero parecía aplastada, como una pelota medio enterrada de un tamaño inmenso que había sido clavada y parcialmente comprimida por un gigante.

Había varias puertas al nivel del suelo, todas hechas de bloques de duracero azul verdoso que se deslizaban hacia los

lados, dos de ellas lo bastante grandes para acomodar deslizadores, pero no había ventanas visibles. Se decía que en lugar de ventanas Thrackan había hecho que llenaran el exterior de holocámaras y cada habitación interior tenía pantallas parecidas a ventanas en las paredes que mostrarían imágenes de esos sensores.

La finca estaba rodeada por una pared de duracreto gris y alto, no demasiado alta para que una Maestra Jedi la saltara, pero desde luego lo bastante alta para siluetear bastante bien a un intruso saltándola.

Mara sabía, por los informes de Inteligencia, que había sensores de presión y movimiento instalados a intervalos aleatorios bajo la cubierta del suelo, que las holocámaras exteriores enviaban información a la sala de seguridad de Thrackan al igual que a las pantallas de la pared de las habitaciones, que el complejo tenía sus propios generadores por si las líneas de energía de la ciudad debían ser cortadas, que sus procesadores de agua y residuos estaban colocados de manera que nada de mayor tamaño de un mono-lagarto kowakiano pudiera pasar por las tuberías y entrar desde abajo.

Mara se había colocado en el tejado de un edificio al otro lado de una avenida ancha pero ligeramente transitada de la finca de Thrackan. Irónicamente, el edificio, una casa de dos plantas cuya arquitectura simple e indigna de recordar era todavía mucho más placentera que la de la casa de Thrackan, era una casa local precintada de Seguridad Corelliana. Le había llevado poco tiempo escalar el exterior y deshabilitar los sensores del tejado. Ahora era una posición ideal desde la que espiar a la finca opuesta.

El Equipo Tauntaun, el equipo de ataque Jedi que había invadido la casa de Thrackan al mismo tiempo que el Equipo Purella estaba intentando secuestrar a la Primera Ministra Saxan, se había enfrentado a la misma tarea difícil: entrar sin ser vistos. Observadores de la Inteligencia de la Alianza Galáctica habían proporcionado la información de los horarios y las rutas tomadas por Thrackan cuando viajaba desde los edificios del gobierno hasta su casa. Colocados en una alcantarilla de drenaje en una curva ciega en un punto de esa ruta, los tres Jedi, Tahiri Veila, Doran Tainer y Tiu Zax, habían saltado contra los bajos de los deslizadores terrestres de la caravana de Thrackan, metiéndose entre los generadores de repulsores y agarrándose allí en virtud de poderosos imanes y fueron conducidos hasta el búnker por el

propio Thrackan… o eso pensaron. Esto degeneró rápidamente ya que, como pasó con el asalto de la casa de la Primera Ministra Saxan, los deslizadores estaban cargados con droides de combate y los empleados de seguridad del edificio estaban alertados de la alta probabilidad de un ataque Jedi.

Dos de los Jedi habían huido. La tercera, Tiu, esperaba ahora la caída de la noche en casa de Thrackan mientras Mara esperaba aquí.

Mientras las sombras se hacían más espesas, Mara se estiró no demasiado cómodamente sobre el borde del tejado y escuchó las conversaciones de los agentes de SegCor mientras sus palabras salían flotando desde las ventanas bajo ella.

—… digo que simplemente llevemos todo lo que tenemos a Tralus y les volemos fuera de su cabeza de puente…

—… perdidas aceptables…

—… no es una posición muy popular, pero realmente no *necesitamos* una armada completa…

—… vi el nuevo holoavergonzador de Tarania Lona. Tiene el más…

—… continua negándose a cooperar, vamos a tener que…

—… si fueran *auténticos* corellianos, nunca habrían dejado que les cogiesen vivos…

La oscuridad total cayó y un pequeño punto verde apareció a medio camino de la achatada cúpula de la casa de Thrackan. Permaneció allí durante medio minuto y entonces desapareció.

Mara hizo una comprobación para asegurarse de que su sable láser y su otro equipamiento estaban en su lugar. Entonces rodó sobre el borde del tejado y cayó dos pisos hasta la acera, aterrizando tan ligeramente como una hoja revoloteando hasta el suelo.

Se mantuvo agachada, con sus ropas oscuras haciéndola invisible, y esperó allí hasta que no hubo deslizadores cruzando a la vista. Se puso en pie como una esprínter y había cruzado la calle y estaba contra la base de la pared sin rasgos de duracreto un momento después. Una flexión rápida de las piernas y un empujón de la Fuerza y estaba encima de la pared…

No exactamente. No se permitió a sí misma bajar encima de la pared. Se decía, también, que tenía sensores de presión en la parte superior y revelaría su presencia si ella lo hacía. En su lugar, se sostuvo con la Fuerza, creando una burbuja entre ella y la parte superior de la pared, y flotó justo sobre esa superficie

hasta que estuvo sobre el trébol azul al otro lado.

Era hora de ser una Jedi en lugar de una espía. Como una espía, probablemente habría fijado una línea de una tirolina a la parte alta del edificio de SegCor, habría lanzado un proyectil perforador, seguido por un cable casi invisible, para que se fijara en lo alto de la cúpula de Thrackan, y habría utilizado un cabrestante eléctrico o con una manivela manual para que la llevara el cuarto de kilómetro que había de tejado a tejado… e incluso así, las posibilidades de que la detectaran habrían sido muy altas. En su lugar, casi no llevaba equipamiento y sus posibilidades de ser detectada estarían determinadas por su propia concentración.

Se permitió a sí misma flotar hacia abajo para ponerse en pie justo encima del trébol azul. La burbuja de energía de la Fuerza que la mantenía en lo alto era más fácil de mantener cuando estaba a meros centímetros por encima de la superficie. Tener meramente esa imagen mental, ese paradigma, era de algún modo como si un balón lleno de aire aumentara su habilidad para percibirla, para mantenerla. Ella necesitaba emplear todos los trucos de concentración que conocía, porque lo que estaba a punto de hacer era muy arriesgado.

En la base de la pared, se puso en pie un momento, con los ojos cerrados, y se concentró en las otras cosas que tendría que hacer para cruzar los doscientos metros de espacio abierto lleno de sensores.

Aire. No podía evitar que se moviera el aire, desde luego. Mientras se moviera, lo desplazaría. Pero añadió movimiento al aire que desplazaba, de manera que se moviera hacia fuera en una única corriente, sin perder ni velocidad ni coherencia durante docenas de metros delante de ella. Para un sensor, no se leería como el movimiento de una persona a través del césped, sino como una brisa.

Calor. Esa sería la parte más arriesgada. Si ella irradiaba calor, los sensores de infrarrojos lo recogerían inevitablemente. Se rodeó a sí misma con otra burbuja, esta de contención… e inmediatamente sintió empezar a elevarse su temperatura mientras que el calor que gastaba se quedaba a centímetros de su piel. Podía incluso controlarse a sí misma hasta el punto de que no sudara y necesitaría hacerlo aquí. Pero eso también incrementaría su temperatura interna.

No podría soportar el efecto del calor atrapado durante mucho

tiempo. Terminaría derrumbándose. Pero debería ser capaz de soportarlo durante el tiempo suficiente para cruzar el espacio abierto entre la pared y el búnker… y en ese tiempo, los detectores de infrarrojos no la verían.

Probablemente.

Caminó hacia delante, concentrándose en el acto de caminar, recordándose a sí misma que el movimiento de sus piernas era sólo un paradigma consolador. Levitar en alguna otra pose requeriría más atención. Cada paso era como un poco inestable, como si se estuviera moviendo a través de una superficie de juegos flexible, pero desplegó un paso regular y dejó que su memoria muscular hiciera el trabajo por ella.

Sí, cualquier Caballero Jedi podría conocer una de esas tres técnicas y más comúnmente, la técnica de la levitación. Pero sólo un Maestro Jedi era probable que las conociera las tres o fuera capaz de mantenerlas simultáneamente a través de una distancia tan amplia.

Mara tropezó con la nariz contra algo duro y se detuvo. Inmediatamente delante de ella había un gris uniforme.

Levantó la vista a lo largo de la curvada superficie de la pared del búnker. *Y sólo una Maestra Jedi es probable que se vuelva tan concentrada que se tropiece con una pared*, se dijo a sí misma.

Se balanceó donde estaba, repentinamente mareada por el calor. *Vamos, Tiu,* pensó. *Deberías haberme detectado ya…*

Una cuerda, de milímetros de ancha, transparente y casi invisible en la oscuridad, cayó sobre su cara. Dándose prisa, la cogió, la envolvió alrededor de su cintura tres veces y le dio un tirón.

Esta la arrastró y ella subió caminando por la pared, con los brazos temblando y las piernas vacilándole crecientemente mientras el calor amenazaba con abrumarla. Una eternidad más tarde, estaba a diez metros sobre la pared y una abertura con forma de cuña de la superficie de duracreto la atrajo. Ella entró en la oscuridad, cayó un metro hasta el suelo duro y aterrizó de mala manera, derrumbándose hasta el suelo mientras sus piernas le fallaban.

Liberó el calor atrapado y sintió a la energía acumulada alejarse flotando de ella. Con su última pizca de fortaleza, mantuvo el control sobre el aire que la rodeaba lo suficiente para enviar gran parte de ese calor fluyendo a través de la abertura de

la pared, incluso mientras la abertura se cerraba. Y entonces rompió a sudar, un repentino brillo de la cabeza a los pies que era como aceite de motor pesado contra su piel.

—Vaya. Hueles como un rancor después de una carrera a pie —dijo una voz femenina en la oscuridad.

Mara sonrió débilmente.

—Esa no es manera de saludar a una Maestra. Y nunca has olido a un rancor después de una carrera a pie.

—Sí, lo he olido.

Hubo un click y la luz brillante que venía desde por encima de su cabeza cegó a Mara. Ella levantó un brazo sobre sus ojos.

Mientras su visión se aclaraba, pudo ver que estaba en una cámara estrecha, más estrecha cerca de la pared exterior del búnker, pero larga. Estaba dominada por una nave voladora de un azul neutral, un vehículo tubular parecido a un caza pero con aletas cortas en lugar de alas de maniobrabilidad. Su cubierta, que estaba abierta en la parte trasera en lugar de en la delantera, estaba levantada.

En el lado más alejado de la cámara, al lado de una escotilla circular de un metro de diámetro, estaba Tiu Zax, con su mano en el panel de control montado en la pared. De estatura baja, tenía un centímetro más baja que Leia, y esbelta como la mayoría de los de su clase, tenía la piel azul pálido, el pelo tan pálido que parecía translucido y rasgos delicados dominados por unos ojos que parecían desmesurados. Llevaba pantalones negros y la túnica de su indumentaria Jedi. Sus botas, su cinturón y la capa no estaban a la vista.

Mara luchó por sentarse. Aunque estaba cansada y todavía sofocada por el calor, ya se sentía mucho mejor.

—¿Qué es este lugar?

—Una cámara de escape secreta.

Tiu vino hacia delante y alargó la mano hacia la cabina del vehículo, presionando los controles de tablero de instrumentos sin mirar. Un panel al lado de la nave se abrió de golpe. Dentro, Mara pudo ver ropa atada, raciones de campo empaquetadas y cosas que ella no podía distinguir. Tiu alargó la mano para coger una y se acercó para dársela a Mara. Era una cantimplora de transpariacero.

—Creo que hay cuatro en este edificio, pero no he ido a todas ellas. La entrada está escondida en el otro lado. Esta y la otra que encontré tenían vehículos de escape para dos personas.

—Eso es muy thrackaniano. —Mara cogió la cantimplora, desenroscó el tapón y dio un largo sorbo a su contenido: agua, con un ligero sabor por su almacenaje en un contenedor de metal—. Así que, primero: el Maestro Skywalker dice “Buen trabajo” por quedarte aquí de este modo.

Tiu se iluminó.

—Segundo: ¿tu informe?

Tiu se sentó con las piernas cruzadas.

—¿El corto? He estado aquí varios días, me he figurado como parchear un cuaderno de datos en su sistema interno de holocámaras y hacer que mi comunicador pite en cualquier momento en que el área en que estoy esté a punto de entrar en observación activa. Me he escondido bajo más mesas recientemente de las que posiblemente puedes imaginar.

Mara sonrió y tomó otro sorbo.

—Sal-Solo no está pasando mucho tiempo aquí —continuó Tiu—. Lo que me ha dado varias oportunidades para entrar en sus habitaciones personales. He encontrado equipamiento allí que creo que es un control maestro preparado por los ordenadores de seguridad y comunicaciones de este edificio, pero están demasiado bien defendidos para mí. Aparentemente requiere la identificación biométrica de Sal-Solo, la cual no pensé en traer.

—Yo sí. —Mara se dio unas palmaditas en uno de los bolsillos bajo su túnica—. ¿Qué más?

Tiu se encogió.

—He trazado el mapa de este edificio tanto como he sido capaz de visitar, pero me he concentrado más en no ser descubierta. Lo que es arriesgado, dado que Sal-Solo parece ser muy paranoico y tiene agentes de seguridad con mentalidades a la altura de la suya. No creo que yo haya sido tan efectiva.

—Has sido muy efectiva. Pero creo que te hemos pedido todo lo que podíamos pedirte aquí. Te vendrás conmigo.

Tiu sonrió de nuevo e hizo un gesto como un suspiro de alivio.

—De acuerdo —dijo Mara—. Voy a descansar durante un rato… hasta el momento en que creas que es mejor para una visita a las habitaciones de Thrackan. Entonces será cuando nos pongamos a trabajar.

capítulo veintitrés

Dos droides de combate CYV llevaron a Han y Leia a lo largo de un pasillo curvo. Sólo un tercio de las barras luminosas en el techo estaban activadas y las sombras en el pasillo eran profundas. La mayor parte de las puertas del pasillo estaban en la pared derecha. Una puerta ocasional o un pasaje lateral se dirigían hacia la izquierda.

Marchando al unísono con paso fijo, los droides se detuvieron ante una de las puertas a mano derecha. Uno de ellos hizo un gesto hacia ella, indudablemente transmitiendo un código de seguridad y esta se deslizó hacia arriba.

Los droides esperaron. Leia y Han intercambiaron una mirada. Han se encogió de hombros y entraron.

La cámara más allá era espaciosa y bien ventilada. La pared más alejada era principalmente de transpariacero, mirando hacia una larga habitación más abajo. Desde la puerta, Han y Leia pudieron ver la pared más alejada pero no el suelo de aquella habitación. Esa habitación parecía ser circular y estar rodeada por cámaras de observación como esta. Esta estaba débilmente iluminada como el pasillo.

La cámara en la que estaban se encontraba completamente a oscuras. Su única iluminación venía de la pared de transpariacero y la puerta, y la última fuente de luz se desvaneció mientras la puerta se cerraba tras ellos.

Había sillas y sillones esparcidos por la habitación,

incluyendo una línea de sillas giratorias de respaldo alto colocadas contra la pared de transpariacero, y ahora una de ellas rotaba de manera que su ocupante se enfrentó a Han y Leia. Era un hombre humano. La oscuridad hacía difícil descubrir los rasgos del hombre, pero parecía tener el pelo oscuro, con rasgos guapos pero bastante sosos. Llevaba ropajes que eran similares a los de Han en corte y estilo, pero en tonos rojos y marrones y cubiertos por una túnica de estilo militar con mangas largas, desabrochada por delante para la comodidad del que la llevaba.

Él se levantó.

—Capitán Solo. Princesa Organa. Me alegro de conocerles al fin.

Han y Leia se aproximaron y estrecharon su mano por turnos.

—Primer Ministro Teppler —dijo Leia—. Gracias por recibirnos. Y permítanos ofrecerle nuestras condolencias por su perdida.

—Pérdidas, en realidad —le corrigió Teppler—. Mi hermano murió defendiendo a Aidel.

Han miró al hombre más de cerca. Había algo familiar en el Primer Ministro de los Cinco Mundos de ese momento en adelante, e incluso en la oscuridad Han pudo descubrir ahora qué era: Denjax Teppler era la imagen ligeramente mayor y con los bordes ligeramente más suaves del guardia de SegCor que había estado con Aidel Saxan durante su primer encuentro con ella.

—Me disculpo —dijo Leia—. No lo sabíamos.

—No debería haberlo mencionado —dijo Teppler—. Yo también estoy acostumbrado a un papel como ministro dispensando información y no estoy acostumbrado a ser un Primer Ministro manteniéndolo todo reprimido. Por favor, siéntense.

Hizo un gesto hacia las sillas frente a la suya y reasumió su sitio.

Sus visitantes se colocaron en las sillas.

—Nos sorprendió recibir su comunicación cifrada —dijo Leia.

—¿Les sorprendió que Aidel hubiese compartido sus secretos conmigo, cuando ya no éramos marido y mujer?

Ella asintió.

—Bueno, no lo hizo, no exactamente. —Incluso en la pobre luz, Teppler parecía perder su concentración, su intensidad, y Leia sintió que el hombre estaba mirando hacia atrás a través del

tiempo—. Después de que muriera, recibí de ella un paquete de *"en caso de que muera"*. Sus tratos con ustedes eran parte de ese paquete. También parte de él era una disculpa por hacer que me maten.

Han frunció el ceño.

—Ella no ha hecho que le maten, ¿verdad?

—Todavía no. Y parece que voy a permanecer vivo mientras ciertos grupos me vean como una ventaja más que como una desventaja. —Teppler se encogió de hombros—. Me gustaría permanecer vivo. Lo preferiría incluso a coordinar el gobierno corelliano. Pero por encima de todo quiero evitar que Corellia sea arruinada. Devastada por la guerra, con su economía mermada por una larga lucha contra la Alianza Galáctica o, tal vez lo peor de todo, con su economía y sus instalaciones críticas arrasadas por años de gobierno bajo el régimen equivocado.

Los Solo asintieron. Teppler estaba obviamente hablando del Jefe Sal-Solo y sus aliados políticos.

—Y eso es por lo que les he pedido que vinieran aquí —continuó Teppler—. Para defender a mi pueblo, mi mundo, voy a cometer un acto de alta traición. Les he metido a escondidas aquí, hasta las partes más seguras de las instalaciones de nuestro departamento de guerra, de manera que puedan ser testigos de un encuentro al que se me ha prohibido asistir.

—¿Prohibido? —Leia arqueó una ceja—. ¿Cómo pueden prohibírselo?

—Teniendo asuntos más acuciantes a los que atender durante esta reunión. —Teppler parecía crecientemente sombrío—. Con mi hermano muerto y sin haber pasado nunca por el proceso de construirme una sociedad leal y en la que pueda confiar de conspiradores y aliados, nunca he tenido a nadie a quien pueda confiarle mi vida desde la muerte de Aidel. Lo que mis oponentes políticos conocen demasiado bien. Soy el hombre perfecto para estar al frente: desgraciado e indefenso. Y entonces el mensaje de Aidel acerca de ustedes dos llego hasta mí y descubrí que tal vez el más incorruptible corelliano de todos nos está visitando secretamente y está dispuesto a arriesgar su hogar y su relación con su propio gobierno, por el interés de mantener a la gente con vida y mantener intacto a su mundo natal…

Han sintió la sorpresa deslizarse hasta su cara.

—¿Incorruptible? ¿Cuándo me convertí en incorruptible?

Leia le sonrió.

—Es tu orgullo testarudo, querido. Evita que aceptes la clase equivocada de soborno.

—¿Hola? *¿Contrabandista?*

—Excontrabandista. —Leia devolvió su atención a Teppler y se calmó—. Realmente quiere que espiemos en este encuentro.

—Sí. Un encuentro militar de alto secreto. Se supone que tratará de cómo expulsar a las fuerzas de la AG de Tralus.

Leia le frunció el ceño.

—¿Y por qué cree que me refrenaría para contarle al ejército de la AG los planes que escuchemos?

El Primer Ministro le dirigió una mirada triste.

—Porque sabe tan bien como yo que no puede haber una iniciativa de paz hasta que la AG salga de Tralus. La AG no puede negociar su partida porque sería una pérdida demasiado grande de imagen… incluso mayor que ser expulsados, porque sugiere que estaban equivocados desde el principio. Y los corellianos jamás empezaran a pensar en soluciones pacíficas mientras haya una fuerza de ocupación en Tralus.

Su expresión se graduó de triste a positivamente miserable.

—No puede haber paz hasta que un acto de guerra expulse a la AG de este sistema y lo sabe. Y si fuera a contarle nuestros planes al gobierno de la AG, no podríamos tener éxito y expulsarles. Es tan simple como eso.

Leia se quedó en silencio durante un largo momento.

—Le he subestimado, Primer Ministro —dijo ella finalmente—. Es más calculador de lo que pensaba.

—Sin embargo lo soy, ¿verdad? —Le ofreció una sonrisa autodepreciativa—. A este paso, me pregunto si, cuando los asesinos o los ejecutores de los juicios de guerra vengan a por mí, le daré la bienvenida a lo que tienen que ofrecerme. —Se encogió de hombros—. En cuanto ahora, las únicas fuerzas que conozco que me son leales son cuatro droides CYV que mi hermano programó para mi seguridad. Espero que, después de que hayan espiado este encuentro, puedan decirme si hay otros. O al menos confirmarme la deslealtad de otros de los que sospecho. Sería útil.

—Lo consideraremos —dijo Han—. Creo que veremos su pequeño encuentro y entonces decidiremos qué hacer.

—Eso es todo lo que puedo pedir. —Teppler se levantó y los Solo también lo hicieron—. Mis droides volverán a por ustedes cuando sea seguro sacarles a escondidas de aquí. Mientras tanto, el tinte polarizado del ventanal de aquí y la oscuridad de esta

habitación, evitaran que nadie de abajo les vea.

—Lo que significa que no deberíamos encender las luces —dijo Han, impasible.

Teppler le miró durante un largo momento y luego se las arregló para poner una ligera sonrisa.

—Significa exactamente eso.

Una vez que estuvo colocada ante la consola del ordenador en las habitaciones de Thrackan, le llevó a Mara menos de tres minutos romper su seguridad.

Primero estaba la parte médica del proceso de identificación. Utilizó el tubo de un cuentagotas para colocar una única gota de la sangre de Thrackan en la aguja sensora que descansaba en una depresión de la superficie de la consola. La sangre, recogida durante una de las visitas de él al doctor, había sido adquirida, subrepticiamente y a un precio extravagante, más recientemente por la Inteligencia de la Alianza Galáctica. Luego estaban sus huellas. El guante transparente y casi indetectable que Mara llevaba tenía las huellas de él y era suficiente para la mayoría de los propósitos de seguridad.

Tercero, estaba la confirmación de seguridad. Justo antes de que el ordenador llegara a esta parte de la secuencia de seguridad, Mara activó una pequeña unidad de holoproyector-escáner que detectó su cara, la trazó y proyectó una representación tridimensional de los rasgos de Thrackan sobre los suyos propios. Ninguna criatura viva sería engañada por el aparato. La cara de Thrackan *brillaba* y el efecto era todavía peor en la oscuridad de sus habitaciones. Pero el escáner del ordenador aceptó la imagen.

Después de eso, era cuestión de introducir la contraseña correcta. Mara lo consiguió al tercer intento.

—¿Qué era eso? —preguntó Tiu, ahora inclinada sobre su hombro.

—El nombre de una de sus damas. —Mara negó con la cabeza por la obviedad de esa elección—. Ahora vamos a cazar.

Y ella cazó, descargando todo lo que veía a su propio cuaderno de datos. No es que fuese mucho.

—Aparentemente reenvía todos sus archivos y grabaciones a un sistema en las salas del gobierno —se quejó ella—. Es muy ordenado. No es bueno para nosotras.

—¿Entonces todo esto fue para nada? —La mascara de Jedi serena de Tiu se rompió durante un momento—. ¿Todos esos días

de terrible comida corelliana con especias?

Mara sonrió.

—Tal vez para nada no. Necesitamos mirar más lejos.

Ella encontró procedimientos de seguridad y contraseñas que haría las subsecuentes partidas y llegadas a este edificio mucho más fácil… esto es, hasta que las cambiaran. Encontró archivos personales pobremente escondidos mantenidos en el sistema de ordenadores del edificio por sus operativos de seguridad, muchos de ellos constituyendo evidencias de extorsión contra compañeros agentes, ciudadanos privados y oficiales de bajo rango del gobierno.

Y entonces encontró lo que estaba buscando: un mensaje de entrada de varios días antes.

—“Para Thrackan Sal-Solo, Jefe de Estado, Corellia, con todos los saludos y respetos” —leyó ella—. “Deje que comience esta comunicación ofreciéndole un regalo, el regalo del conocimiento: La inminente reunión entre los representantes de los gobiernos corellianos y de la Alianza Galáctica tendrá lugar en la Estación Toryaz, en el sistema Kuat”. Bueno, él o ella tenía razón en eso.

—¿Quién lo envió? —preguntó Tiu.

—“Pero, tristemente, este regalo es incompleto por sí mismo, cuando la seguridad de la estación será formidable. Afortunadamente, también tengo información de ese asunto. Puedo darle detalles exactos de las localizaciones de todos los delegados en todo momento, al igual que las medidas de seguridad guardándoles, durante la duración de su estancia aquí”.

—*Aquí* —repitió Tiu—. Así que quien quiera que le escribiera ya estaba en la Estación Toryaz.

—No necesariamente. La elección de palabras podría ser deliberada, para convencer a Thrackan de ese simple detalle. “De ser esta información de interés para usted, por favor contacte conmigo en la frecuencia de la HoloRed indicada más abajo, en las horas mostradas. Encriptación estándar, utilizando los contenidos de mi siguiente mensaje como clave de encriptación”. Entonces hay información de hora y frecuencia.

—¿Ningún nombre?

—Ningún nombre. —Mara escaneó el archivo en la lista para siguientes mensajes con las mismas características de este—. No veo ningún signo del mensaje con la clave de encriptación. Probablemente fue entregado por otros medios.

—No estoy sintiendo ninguna animosidad hacia el que envió ese mensaje.

—¿No? —Mara levantó la vista sorprendida.

—No. Así que está bien para mí que yo le mate, ¿correcto?

Mara sonrió.

—El autoengaño siempre es una mala idea, Tiu.

—Excepto cuando divierte a una Maestra Jedi.

—Bueno… es verdad.

Tiu se serenó.

—Pero el hecho de que Thrackan recibiera este mensaje no significa que pagara por la información. Él no es necesariamente el responsable del ataque.

—Sí, lo es. Independientemente de si recibió la segunda información y despachó a los asesinos o no. No informar a SegCor y a la Primera Ministra Saxan constituye colaboracionismo, traición. Tanto si se encargó de los asesinos como si simplemente se quedó con la información sin hacer nada, él es al menos parcialmente culpable de la muerte de Saxan y del lío en el que estamos.

—Oh. —Tiu se iluminó—. Bueno, entonces, tampoco siento animosidad hacia él. ¿Puedo…?

—No. —Mara levantó la vista como si pudiera ver a través de los pisos intermedios hasta la cámara por la que había entrado en el búnker—. Esa nave de escape… ¿está equipada con un hipermotor?

—Lo está.

—Pero asumo que si estuviéramos a bordo y saliéramos disparadas de aquí, tendríamos a los cazas de SegCor en nuestra cola en pocos momentos.

—Yo también me pregunté acerca de eso. Y no tuve manera de confirmar o refutar eso como teoría… pero lo dudo.

—Explícate.

—Es para que Thrackan escape en ella. Una de las cosas de las que podría querer escapar es de una persecución vengativa por parte de las nuevas fuerzas del gobierno que le ha echado de su puesto y aquellas fuerzas del gobierno podrían colocar a SegCor a su cola. Así que mi apuesta es que él le ha dado códigos de transpondedor que serán registrados como buenos y válidos, sin importar qué, hasta que todos los restos de Thrackan sean purgados de los ordenadores.

Mara asintió aprobadoramente.

—Lo que podría llevar su tiempo, particularmente si introduzco algún código malicioso en esta máquina y espero lo suficiente para que los ordenadores asociados también lo copien. ¿Quién dice que robamos el vehículo de escape de Thrackan? Si no acumulamos ningún perseguidor, podemos recoger a mi marido e irnos a casa. Si los acumulamos, podemos deshacernos del vehículo por allí en el océano y dejar Corellia por la ruta que planeamos originalmente.

—Me gusta este plan.

Media hora después de la partida del Primer Ministro Teppler, políticos y oficiales militares empezaron a entrar en la habitación bajo la cámara de observación de Teppler. Iban en grupos un dignatario importante respaldado por entre tres y cinco miembros de personal de apoyo, con el dignatario y un ayudante sentándose en la mesa larga y triangular que dominaba la sala y los otros exiliados a mesas secundarias o esquinas alejadas, para permanecer allí hasta que se les llamara.

Mientras esta gente hablaba en sus pequeños grupos, Han y Leia pudieron entender ocasionalmente sus palabras, tanto si eran proyectadas a través de la mesa o la habitación. Bastante pronto, Han se dio cuenta de que estaban siendo aumentadas por un grupo de altavoces en la pared bajo el largo ventanal.

Eventualmente, la oficial de mayor rango hasta el momento, la almirante Vara Karathas, jefa de personal del Ministerio de la Guerra y líder de operaciones del ejército corelliano, entró con su séquito. Todos los demás oficiales se pusieron rígidos, pareciendo más ocupados y más eficientes, y las luces superiores de la gran cámara se encendieron al máximo.

—¿Qué les está entreteniendo? —Han frunció el ceño en dirección a los oficiales militares de más abajo—. Todavía no empiezan. Estábamos más motivados en los días de la Alianza Rebelde.

—Tú no lo estabas, tú específicamente.

—No, pero *nosotros* lo estábamos. Cuando no me esperabais.

Incluso desde la altitud de las sillas al lado del ventanal en el cubículo del Primer Ministro Teppler, la almirante Karathas parecía años mayor que la última vez que Han había posado sus ojos en ella, en una transmisión de holonoticias el día de su primer encuentro con Aidel Saxan. No había más arrugas en la cara de Karathas, ni más canas en su pelo, pero su rigidez militar

como de pose recta como una baqueta que siempre pareció caracterizarla aparentemente había desaparecido. Su postura ahora era la de una mujer cansada y su cara parecía más suave, sin estirarse en planos tersos y ángulos afilados por músculos inflexibles.

No parecía derrotada. Pero parecía derrotable. Han hizo una mueca de dolor, sin sentir aprecio por el cambio.

De pie en uno de las esquinas truncadas de la mesa, Karathas con toda intención sacó un crono del bolsillo de su chaqueta y lo consultó. Mientras lo hacía, varios de los otros oficiales miraron en la dirección del cubículo de Teppler, en realidad bajo él y un poquito a la izquierda, e intercambiaron contacto visual y palabras los unos con los otros, reaccionando a alguna nueva llegada e indicando que, al fin, las cosas podían proceder.

Desde la dirección a la que habían estado mirando, Wedge Antilles, de nuevo con el uniforme corelliano, entró caminando en la habitación, sin séquito.

La almirante Karathas le dirigió a Wedge una cálida sonrisa.

—Siempre al límite, ¿verdad, Antilles?

Ella proyectó su voz lo suficiente para que fuera claramente audible en el cubículo de Teppler. Eso, y tal vez los micrófonos que alimentaban los altavoces de Teppler estaban orientados más hacia la mesa principal que hacia otras partes de la cámara.

Wedge asintió y se movió hacia la cabecera de la mesa al lado de Karathas.

—Almirante, si tuviera un crédito por cada vez que alguien me ha dicho eso…

—Sí, probablemente podría comprarnos una solución para salir de esta situación.

Karathas levantó la vista, en una dirección desconcertadamente cerca de donde Han y Leia estaban sentados, pero sus ojos parecían estar centrados en un punto hacia su izquierda, más allá de la pared que les separaba de la siguiente habitación.

—¿Estamos todos listos? ¿Sí? Entonces empecemos. Por favor siéntense.

Ella hizo lo que sugería y hubo un retraso momentáneo mientras algunos oficiales dejaban la mesa principal y otros trotaban hasta ella, sentándose.

—De acuerdo —dijo Karathas—. Nos encontramos en la posición inevitable, inaceptable pero inevitable, de tener que

pagar con una batalla a las fuerzas que ocupan el centro de una de nuestras propias ciudades. No podemos hacer esto sin una incómoda cifra de víctimas entre las vidas de nuestra propia gente, lo que podría muy bien volver la opinión pública en nuestra contra… lo que sería crecientemente contraproducente para nuestra defensa del sistema corelliano. Tampoco podemos simplemente ignorar la cabeza de puente enemiga, dado que dejarla intacta les permitiría reforzarla, expandirla y empezar a traer más y más ofensas contra nuestras posiciones dentro del sistema. Su puesto de mando en Rellidir en Tralus tiene que ser aniquilado… y de este modo la Operación Noble Salvaje ha sido diseñada para aniquilarlo. Y para volver lo que sería un desastre para la opinión pública en una ventaja. —Su voz no transmitía confianza militar. Si acaso, llevaba algo más que un resto de arrepentimiento e incluso de resentimiento.

Han vio estremecerse a Leia. Él le dirigió una mirada interrogativa.

—No dijo nada acerca de minimizar las muertes civiles esperadas —dijo ella.

Han se inclinó hacia delante para dirigirle a Karathas una mirada de cerca.

—Tal vez va a llegar a eso.

—Tal vez.

Abajo, Karathas hizo un gesto hacia alguien en las sombras a lo largo de las paredes de la gran habitación. Un holograma salió desde arriba sobre el centro de la mesa: una vista del centro de la ciudad de Rellidir, invertido de manera que aquellos de la mesa, mirando hacia arriba, estaban actualmente mirando hacia abajo al bloque monolítico de rascacielos como si fuera desde una gran altura. Algunos vacilaron ante la inquietante perspectiva, pero la mayoría eran o habían sido pilotos, amateur, profesionales o militares, y no tenían problemas con la vista.

El holograma con forma de disco empezó una lenta rotación y luego una gran región en su centro, un edificio blanco enorme y circular con ocho puntas que se estrechaban alrededor de su borde, dándole la apariencia de una corona real, empezó a parpadear, rojo, blanco, rojo, blanco. El edificio era fácil de distinguir entre los rascacielos, ya que estaba rodeado por un ancho cinturón de verde ocasionalmente decorado con estrechas líneas grises: un gran parque urbano con senderos para ir a pie trazados a través de él. Pequeños objetos delineados que

parpadeaban en rojo estaban esparcidos alrededor del edificio, organizados en filas y columnas, pero eran demasiado pequeños para que Han los distinguiera. Unas figuras delineadas más grandes en el mismo color en el esquema parecían ser transportes de tropas y corbetas.

—Este —continuó Karathas— es su puesto de mando. Han ocupado el Centro Navos para las Artes Escénicas. Era una elección muy buena, hablando desde un punto de vista militar. Es espacioso, tiene una enorme área de almacenaje bajo tierra que no es accesible desde ninguna infraestructura subterránea normal de la ciudad y tiene una buena vista del espacio a su alrededor. Los generadores de escudos han sido instalados en el interior, conectando un sistema de escudo defensivo a dos niveles.

En el momento justo, un holograma de líneas de cuadrículas de escudos de energía defensivos apareció, parpadeando en naranja, justo fuera de las áreas verdes del parque rodeando el puesto de mando y otras líneas de cuadriculas, estas rojas, comenzaron a parpadear a varios bloques de distancia en todas direcciones, una cúpula mayor encerrando la más pequeña.

—También en un sentido estratégico porque el centro está justo en el corazón de una de las partes más densamente ocupadas del centro de Rellidir —continuó la almirante—. Cualquier acción estándar llevada a cabo allí resultará en miles de bajas civiles. Un misil de impacto fallando su objetivo podría derribar un edificio superhabitado completo… e inevitablemente *habrá* misiles que fallen sus objetivos. Muchos de ellos. Nuestra lúgubre tarea ha sido convertir esa terrible pero inevitable consecuencia de la guerra en nuestra ventaja.

La voz de Karathas era áspera y tenue en esas últimas palabras.

—Sin embargo, a pesar de sus buenas elecciones, la AG también ha hecho algunas malas. Situar varios escuadrones de cazas y algunas naves de lucha aterrizables en planetas alrededor de su puesto de mando como una demostración de fuerza nos da más cosas que destruir, de manera explosiva, catastrófica y, lo más importante, grabable, cuando golpeemos esa localización.

—Esto es malo, malo, malo —dijo Han.

No podía mantener un poco de su furia lejos de voz.

Las formas lineales de los indicadores de escudos empezaron a parpadear más erráticamente.

—En la primera parte de nuestra operación —continuó la

almirante—, equipos de comandos se infiltrarán en Rellidir. Intentarán alcanzar los generadores de escudos y destruirlos con potentes explosivos. El éxito de su parte tiene que ser considerado un bonus para nuestro plan, pero el plan no depende de ello.

—¿A quién se le ha ocurrido este plan? —Han no habló lo bastante alto para que le oyeran abajo en el suelo o en la salas de observación adyacentes, pero su voz se estaba elevando—. Ce-Trespeó podría haberlo hecho mejor. Esto es exactamente lo que la AG va a estar esperando.

Pudo ver tensarse a Leia. No podía ser en respuesta a su furia. Ella estaba acostumbrada a eso. Tenía que estar volviéndose más descontenta porque sospechaba que el plan iba a ponerse incluso peor.

En la vista cabeza abajo de Rellidir, media docena de puntos verdes aparecieron en varios puntos a lo largo del borde de la vista y se dirigieron a toda prisa hacia el puesto de mando enemigo, cada uno seguido por un río de puntos rojos.

—En la segunda parte de la operación —continuó la almirante—, bombarderos clase *Grito* Corellian YT-Cincuenta-y-uno-cien asaltaran la región escudada desde todos los lados, perseguidos de cerca por cazas estelares de la Alianza Galáctica. Bombardearán los escudos, si queda alguno, y luego continuarán su bombardeo del puesto de mando hasta que sea destruido.

La almirante se limpió la frente con la manga. Su voz se volvió dolorida.

—Los bombarderos clase *Grito* han sido elegidos porque son distintiva, única e inequívocamente corellianos. Designados por Corellian Engineering Corporation, todavía no han entrado en una producción total. Sólo existen diez prototipos último modelo y unos cuantos prototipos anteriores.

La vista de la ciudad abruptamente desapareció y fue reemplazada por una vista que giraba lentamente de una forma de platillo gris pulido con mandíbulas proyectadas hacia delante, como un *Halcón Milenario* aerodinámico sin la proyección de la cabina montada a un lado.

—Las naves perseguidoras —continuó Karathas—, aunque llevarán los colores y las insignias de los vehículos y las naves de la flota de la Alianza Galáctica, en realidad serán unidades de la Fuerza de Defensa Corelliana. En lugar de dispararle a los Gritos, aparte de alcanzarles con unos cuantos disparos láser de fuerza disminuida para efectos cosméticos, su misión será reforzar el

poder de fuego de esos bombarderos… y reasignar la culpa por las muertes civiles a la Alianza Galáctica.

El silencio cayó tras la palabras de la almirante. Leia puso su cara entre sus manos. No era una expresión de pena, sino una manera de mantener su compostura. Han tomó aire larga y profundamente. Se *había* puesto peor.

Wedge dirigió una sonrisa brillante y amarga hacia la almirante.

—Parecería —dijo que el plan realmente nos beneficiaría si *maximizáramos* las bajas civiles.

Leia levantó la cabeza, con sus ojos muy abiertos.

La cara de la almirante Karathas se relajó hasta una expresión neutra, como si simplemente hubiese sido alcanzada por un láser ajustado en aturdir.

—General Antilles, esa podría ser la cosa más cruel que jamás le he oído decir.

Wedge pareció desdeñoso e hizo un gesto de desprecio.

—Almirante, llamemos skifter a un skifter. La Operación Noble Salvaje ha sido, como usted misma ha dicho, diseñada para tomar lo que inevitablemente va a ser la pesadilla de las relaciones públicas, la muerte de *miles* de civiles bajo fuego amigo, y convertirlo en una ventaja para la causa de la independencia corelliana. Tomará la ira que habría sido dirigida contra nosotros y la dirigirá contra la nuestros oponentes. Esa ira endurecerá la resistencia corelliana contra la AG, permitiéndonos golpear más fuerte, más ferozmente. Por una inevitable progresión de la lógica, mientras más horrible sea la ofensa de la que podamos culpar a las fuerzas de la AG, mayor será la ira. ¿Correcto?

Karathas parpadeó. Finalmente, su cara reasumió los ángulos y los planos duros que la había caracterizado durante la mayor parte de su vida adulta.

—General, estoy a unos segundos de ordenarle que se calle y deje este consejo.

—Eso sería un error —dijo Wedge. Su voz era tan dura como se había vuelto la de Karathas—. Si hiciera eso, evitaría que yo le mostrase como conseguir sus objetivos militares sin matar a compañeros corellianos innecesariamente. Y déjeme apuntar que la Operación Noble Salvaje, aunque probablemente volvería la ira de la población de nuestro ejército a la AG, incrementaría drásticamente las posibilidades de que vayamos a la guerra.

Nuestra población no retrocedería fácilmente ante una confrontación mayor si todas esas vidas de Tralus permanecieran sin ser vengadas, ¿verdad?

Karathas hizo una pausa. El respeto que la mayoría de los oficiales militares corellianos tenían por Antilles y el propio descontento evidente de la almirante por el plan simplemente esbozado, mantuvieron obviamente bajo control cualquier ira que ella pudiera haber sentido por que se le dirigieran de ese modo. Sin embargo, Leia no sintió simpatía por la mujer. Karathas había construidos un plan que era terrible. Leia habría tenido mucho más respeto por ella si algún otro oficial, el repuesto de Karathas, hubiese explicado esta misión. Lo que significaría que Karathas habría sido reemplazada por su oposición a Noble Salvaje.

Un cuadrado de luz cayó en la mesa mientras otra de las salas de observación era iluminada desde el interior. Su ocupante había obviamente encendido su luz interior de manera que se le viera desde abajo. Han y Leia miraron alrededor del grupo de cabinas, pero ninguna de las que podían ver estaba iluminada ahora, lo que significaba que la que estaban buscando tenía que estar cerca de la suya.

Entonces una voz, electrónicamente amplificada, retumbó desde la sala justo a su izquierda.

—General, ¿tengo que entender que la operación que ayudé a diseñar, que aprobé y que estoy listo para poner en movimiento, es *innecesaria*?

Leia hizo una mueca de dolor y Han se sintió como si sacara su pistola láser. Esa voz cortante era distintiva e instantáneamente reconocible. Era Thrackan Sal-Solo. Han también se sintió un poco tonto. Desde *luego* que el Jefe de Estado corelliano tendría una sala de observación cerca de la del Primer Ministro de los Cinco Mundos. Desde *luego* que Thrackan estaría aquí para observar esta reunión.

Han miró hacia la izquierda, hacia la fuente de la voz de Thrackan. Al otro lado de una fina pared había un hombre que le había provocado dolor durante décadas.

—Es como volver a ser un niño otra vez —susurró—. Ocultándote en tu cama porque hay un monstruo en el armario.

A pesar de sí misma, Leia sonrió.

Han hizo un gesto como si desenfundara su pistola láser y apuntara a la pared a su izquierda. Se preguntó cuantos disparos le llevaría alcanzar a Thrackan bajo estas circunstancias y si Leia

y él podrían salir del edificio después.

Era probablemente más inteligente no intentarlo. Esta vez no. Suspiró e hizo un gesto como si volviera a enfundar su arma.

Wedge se volvió para enfrentarse al ventanal de Sal-Solo, lo que significaba que estaba mirando también casi directamente hacia el de Han y Leia.

—No, señor —dijo él—. Como estoy seguro de que su droide de protocolo está diciéndole ahora, mi utilización de la palabra *innecesaria* se refería a las innecesarias muertes de tantos de nuestro pueblo y compañeros ciudadanos. Y está el factor adicional de que, mientras este grupo podría ser capaz de guardar el terrible secreto de que éramos responsables de esas muertes durante años, no seríamos capaces de guardarlo para siempre. Los secretos, como los fluidos hidráulicos, tienen la sucia costumbre de salir a la luz justo cuando es peor para todo el mundo.

La voz de Sal-Solo retumbó otra vez.

—¿Eso era una amenaza, Antilles?

Wedge hizo un gesto de desprecio que Han sabía que habría enfurecido a Sal-Solo.

—No, era una apreciación realista. Y mi apreciación realista de la Operación Noble Salvaje me sugiere que sería efectiva, en lo que probablemente sería un éxito… pero que no sería *eficiente*. Para ser eficiente, tendría que conseguir nuestras metas dentro de una perdida de vidas civiles mínima y con una oportunidad de reducir, en lugar de incrementar, nuestras oportunidades de entrar en una guerra a tiros a escala completa.

—¿Y *usted* puede hacer eso, general? ¿Y sacarle brillo a su reputación mientra está en ello?

—Puedo. Y sacarle brillo a *su* reputación. Dado que usted es el comandante en jefe militar aprobando una operación que podría no liberar al sistema de miles de corellianos leales.

Han vio que Leia estaba conteniendo el aliento. Wedge estaba jugando aquí a un juego arriesgado: apelar a los instintos políticos de Sal-Solo de autopreservación, pero todavía devolviéndole las palabras al hombre hasta darle en los dientes. Tal vez Wedge se estaba cansando de mantener la charla política suave y placentera. Tal vez, como Han, odiaba tanto a Sal-Solo que simplemente no podía soportar el adaptarse al hombre.

—Oigámoslo —dijo Sal-Solo—. Si me gusta lo que oigo, podría no encontrarse pidiendo en una esquina de una calle la mañana siguiente.

Wedge volvió su espalda hacia la cabina del hombre. De un bolsillo del pecho sacó un cuaderno de datos. Mirando a su alrededor, aparentemente vio el sensor de entrada del holograma de la habitación. Apuntó el cuaderno de datos hacia él y de repente la imagen del holograma por encima de sus cabezas cambió.

De nuevo mostraba el centro de Rellidir, pero un dibujo menos realista. Los rascacielos eran simples rectángulos grises, con sus ventanas, balcones y decoraciones sin estar representadas. Un momento después el holograma se resolvió en detalles nítidos y cúpulas rosas translucidas aparecieron para mostrar los dos grupos de escudos mantenidos por los ocupantes de la Alianza Galáctica.

—El mismo problema, diferente solución —dijo Wedge.

En el holograma, dos grupos de puntos verdes, seis puntos por grupo, dos medios escuadrones, aparecieron en los bordes de la región representada, el primero desde un ángulo y el segundo desde un ángulo de noventa grados con respecto al primero. El primer grupo pasó por encima de la región protegida por el escudo. Un momento después, el segundo grupo siguió su ejemplo. Ahora puntos rojos aparecieron en la pantalla, en números que cambiaban rápidamente de veinte a cien, y se colocaron en formación para seguir a los puntos verdes. Los perseguidos y los perseguidores salieron de la escena en unos momentos.

—La Fase Uno —continuó Wedge— es una pasada de bombardeo de diversión contra los escudos, con un procedimiento operacional estándar para sobrecargar los escudos y hacerlos caer. Dado que los ocupantes de la AG no sólo han instalado generadores de energía en ese sitio sino que también controlan los generadores de energía de la ciudad y pueden desviarlos directamente hacia sus escudos, sus escudos tienen mucha energía. Este ataque fallará y los bombarderos realizarán un rápido regreso a la órbita, arrastrando a cierta cantidad de perseguidores.

Wedge pulsó otro botón en su cuaderno de datos. Apenas dentro del perímetro exterior de los escudos, un gran edificio gris empezó a parpadear en colores, alternando entre el verde y el amarillo.

—Este es el Complejo de Apartamentos Terkury, actualmente bajo construcción, que está siendo construido en el lugar de un

viejo complejo que tuvo que ser derribado por razones de seguridad. El nuevo complejo será de algún modo mucho más alto que muchas de las unidades de viviendas a su alrededor, proporcionando amenidades modernas y una gran área de hangar subterráneo para los esquifes y lanzaderas privados y cosas así.

La voz de Sal-Solo estaba llena de burla.

—Casi hace que quiera vivir allí.

—En este momento, señor, no es una inversión muy buena. La Fase Dos de esta operación requiere tomar un par de esos bombarderos clase *Grito* y hacerles volar limpiamente a través del Complejo de Apartamentos Terkury y luego continuar hacia el centro de las artes e iniciar su destrucción.

Sal-Solo se aclaró la garganta, con el sonido electrónicamente aumentado rebotando en las paredes de la habitación.

—Seguramente, dada su reputación para la estrategia militar, se ha dado cuenta de que el complejo de apartamentos a través del que propone volar está *encerrado dentro de los escudos*.

—Sí, señor.

—Y no ve esto como un problema.

—No, señor.

—Y corríjame si me equivoco, pero estoy familiarizado con la carga explosiva que un bombardero Grito puede llevar y me parece que dos de ellos no podrían llevar suficiente artillería para hacer un agujero en los dos anillos de escudos y luego destruir los propios generadores de escudos.

—Eso es correcto, señor. He compensado ese hecho con planear que los Gritos no lleven casi ninguna artillería.

Hubo una larga pausa antes de que Sal-Solo replicara y Han pudo imaginar al hombre allí de pie, con expresión dolorida, sin que le salieran las palabras.

—Está justo al borde de esa esquina de la calle que estaba mencionando, Antilles —dijo finalmente Sal-Solo.

Wedge miró por encima de su hombro hacia Sal-Solo, con una expresión que no era nada divertida pero que decía *No debería interrumpir cuando los mayores están hablando*. Levantó su cuaderno de datos y pulsó otro botón. El ángulo del esquema cambió, dejando caer el punto de vista hasta que estuvo orientada a meros metros por encima de la ancha calle principal. En el lado más alejado de la calle principal estaba el edificio que parpadeaba en verde y amarillo.

—Mencioné —dijo Wedge— el gran hangar subterráneo del

complejo de viviendas. —El punto de vista del holograma se puso en movimiento, dirigiéndose hacia el edificio parpadeante a gran velocidad—. Aquí pueden ver una simulación de la aproximación de los bombarderos Grito hacia el complejo de viviendas. Cuando estén a una distancia de unos cuantos bloques, soltarán algo de su artillería… —Líneas azules puntuadas salieron disparadas hacia delante en dirección al edificio parpadeante, pero cayeron en el último momento para golpear la calle principal justo delante de ellos—… y volar un gran agujero en la avenida, dirigiéndose directos hacia abajo al área del hangar. Seguirán a través del hangar, volando una salida delante de ellos, y saliendo a través de ese agujero en el lado más alejado y entonces continuarán con su objetivo.

»Mientras se aproximan a su objetivo, soltarán su carga de droides para marcar objetivos, droides bastante toscos utilizados por nuestras fuerzas armadas para enseñar puntería y balística. Esos droides utilizan encontradotes de alcance láser y otros sensores para pintar sus objetivos, definiendo no sólo el centro de mando sino un punto preciso en sus escudos.

—¿Y entonces?

Finalmente, Sal-Solo sonaba interesado más que burlón.

—Y entonces los cientos de misiles disparados tras los dos Gritos, siguiendo la telemetría enviada por aquellos droides marcadores de objetivos, llegan manando del hangar, alcanzan ese punto en los escudos, los sobrecargan hasta que fallen y continúan hasta alcanzar el puesto de mando, más los vehículos y naves en tierra, y erradicándoles quirúrgicamente.

—Todavía podrían pasar volando por encima de su objetivo —dijo la almirante Karathas.

Wedge asintió.

—Tan quirúrgicamente como nos gustaría que fuera esta operación, no podemos eliminar todo riesgo de fatalidades de fuego amigo. Créame, me encantaría hacerlo. Pero lo que podemos hacer es hacer que los droides marcadores de objetivos conviertan a su objetivo en la *parte superior* de los escudos enemigos y luego a la parte superior del edificio del puesto de mando. Podemos programar nuestros misiles para que vayan tan altos como sea posible una vez que salgan del hangar y luego giren hacia su objetivo desde encima. La posibilidad de que disparen más allá de su objetivo y alcancen el lado de un edificio ocupado se reduce de este modo.

—Asegurémonos de que lo entiendo —dijo Sal-Solo—. Sus dos bombarderos Gritos… soportarán fuego de cualquier defensa de la AG que no sean arrastradas por nuestra diversión.

—Correcto —dijo Wedge.

—Eso significa cañoneras, cazas estelares, emplazamientos de armas antinaves espaciales y quién sabe qué.

—Correcto.

—¿Cómo hacen eso?

—Bueno —dijo Wedge—, primero, las características de los Gritos son conocidas por el gobierno de la AG, pero dado que los bombarderos todavía no están en producción, esa información no ha sido muy distribuida. No es probable que esté en las bases de datos de las fuerzas de la AG en Tralus. Esto significa que los defensores no sabrán exactamente qué esperar de estas máquinas. Segundo, el hecho de que la fuerza de asalto parezca inadecuada significa que las fuerzas reunidas contra los Gritos no serán abrumadoras. Y tercero, planeo elegir, asumiendo que sea elegido para poner en práctica este plan, de otro modo sólo lo recomendaré, pilotos que estén especialmente bien preparado para esta clase de misión. No quiero decir pilotos que hayan estado probando los Gritos, aunque son buenos hombres y mujeres. Quiero decir viejos veteranos astutos que tienen décadas de experiencias con naves de las series YT. Pilotos familiarizados con asaltos que seguían el terreno y otras técnicas de vuelo suicidas.

Han se inclinó más hacia delante, casi presionando su frente contra el transpariacero, con su atención fija en Wedge.

—Oh, no —oyó él susurrar a Leia.

—Almirante Karathas, creo que este plan merece un escrutinio más de cerca… —retumbó la voz de Thrackan, sonando alegre.

capítulo veinticuatro

SISTEMA KUAT, ESTACIÓN TORYAZ

Jacen estaba sentado en una silla rodante con los pies encima del escritorio ante él. Sabía que esa imagen que estaba transmitiendo mostraría las suelas de sus botas de cerca, el resto de su cuerpo sentado a una distancia ligeramente más grande y luego a Ben, de pie solemnemente detrás de su silla.

—¿Un qué? —preguntó.

La imagen tridimensional de un viejo hombre twi'leko, con su piel arrugada del tostado del desierto, con las colas de su cabeza envueltas artísticamente alrededor de su cuello, tenía menos de un metro de alto y estaba situada encima del centro de su escritorio. Era lo bastante grande para que Jacen viera la expresión del twi'leko, una de alegre diversión.

—Es un pensamiento —dijo el twi'leko—. Una idea.

Jacen sostuvo el grupo de borlas ante él y lo estudió.

—¿Todas ellas?

Las colas de la cabeza del twi'leko se estremecieron y entonces aparentemente se dio cuenta de que no estaba hablando con otro de su propia clase y se permitió un gesto tosco y ancho: un encogimiento de hombros.

—No lo sé —admitió—. Sólo puedo hablar por la que está más abajo.

Jacen examinó esa borla con gran detalle. Estaba compuesta de seis trenzas separadas de cuentas tostadas y rojas, cada una anudada intrincadamente.

—¿Cómo es esto un pensamiento?

—Es como escribir —dijo el twi'leko—. Un patrón de nudos tan individualizado, tan específico que pueden llevar pensamientos del modo en que lo hace la escritura. En realidad tuve que tomar el escáner de la holocámara de mayor resolución que me envió de ella y pasarlo por un intérprete de escultura, generando una replica tridimensional en un material flexible, antes de poder interpretarlo. Debe sostenerse, manipularse por el tacto, para que su significado se vuelva claro.

—¿Y qué significa esta?

—Hasta donde puedo traducirla al básico, significa: "Él se fortalecerá a sí mismo a través del dolor".

Jacen le dirigió al twi'leko una mirada escrutadora.

—Parece sobresaltado, Maestro Solo.

Jacen negó con la cabeza.

—No soy un Maestro, sólo un Caballero Jedi, For'ali. Me disculpo si le he hecho creer que está hablando con un igual social.

—No pienso en tales términos de segregación, Jedi Solo.

—En cuanto a mi sobresalto… esa frase tiene un eco de un viejo dicho Jedi: "No hay dolor donde reside la fortaleza". ¿Podría realmente traducirse de ese modo?

For'ali negó con la cabeza, un gesto deliberado y artificial.

—No. Está más cerca de "Él se fortalecerá a sí mismo a través del dolor".

—¿Y no puede leer ninguna de las otras?

—No. No son twi'leko. De hecho, la que puedo comprender no esta en twi'leko *universal*. Es un remanente de la cultura Tahu'ip de Ryloth, un antiguo subgrupo de nuestra cultura moderna. No somos un pueblo más homogéneo que los humanos.

—Desde luego. ¿Cuánto ha pasado desde que una técnica de grabación como esta fue utilizada?

—¿Quizás quinientos años estándar? Ahora la técnica es conocida sólo por unos cuantos eruditos. No me elevo mucho a mí mismo al clamar ser uno de los tres individuos con suficiente conocimiento para haber traducido esa cosa a través de una reproducción.

Jacen lo consideró.

—Así que estas otras borlas, si no son de fabricación twi'leko…

—De origen cultural twi'leko, en cualquier caso.

—Sí, eso es lo que quería decir. ¿Podrían todavía ser la misma clase de cosa? ¿Una forma de escritura?

—Sí. O, creo, varias. Son distintivas en las maneras en que fueron hechas, cada una fabricada a través de una técnica diferente. Sospecho que significa que, si todas convergen en el mensaje, cada una lo hace a través de un método diferente de comunicación. Quizás de un mundo o una cultura diferente.

Jacen le dirigió una sonrisa.

—Sé que esto va a sonar perezoso…

—¿Pero si hay una fuente central de conocimiento que pudiera ser capaz de decodificarlas a *todas* ellas?

—Es muy bueno leyendo mentes, For'ali. ¿Es sensible a la Fuerza?

—No, meramente estoy familiarizado con la pereza académica. —El twi'leko lo consideró—. Le recomendaría el mundo de Lorrd. Es un depósito de conocimiento académico, y sus gentes, como la mía propia, han desarrollado una mayor facilidad para la comunicación no verbal que la mayoría. Quizás aumentaría las posibilidades de que tengan conocimiento concentrado en este campo. Pero puede llevarlas allí. No puedo garantizar que los expertos en otros campos de comunicación pudieran interpretar el significado de una de esas borlas por una réplica.

Jacen asintió.

—Justo lo que quería saber. Mis elogios hacia usted, For'ali.

—Gracias por traerme una tarea que se acomoda a mi interés. Tal vez, cuando todo termine, podría enviarme el objeto para que las estudie. —For'ali sonrió—. Las réplicas nunca son tan buenas.

—Veré lo que puedo hacer. Gracias y adiós.

—Adiós.

Jacen se inclinó hacia delante para pulsar el botón de desconexión y el holograma del twi'leko se desvaneció de la vista. Jacen volvió a relajarse en su silla y se sentó durante largos momentos estudiando la borla inferior.

—Te preocupa, ¿verdad? —preguntó Ben.

Jacen asintió, ausentemente, e hizo un gesto para que el chico se sentara en la siguiente silla.

Ben se sentó.

—¿Porque esas palabras son de alguna manera parecidas a un dicho Jedi?

—Parcialmente por eso. Es como el viejo mantra, pero menos, no sé, *sano*. La otra cosa que me preocupa es que esa aseveración podría haberse hecho acerca de *mí*… al menos, el modo en que yo era durante la guerra con los yuuzhan vong. El modo en el que me trataron cuando era un cautivo… bueno, el dolor es todo lo que ellos conocen.

—¿Así que nos vamos a Lorrd?

—Nos vamos a Lorrd. Ve a hacer las maletas.

CORONITA, CORELLIA

La sala de la conferencia de guerra estaba casi vacía. Wedge Antilles estrechó la mano de la almirante Karathas y sus ayudantes, luego les vio salir de la cámara. Él empezó a arreglar su cuaderno de datos, indudablemente organizando los innumerables archivos con los que había sido bombardeado por varios oficiales una vez que a su plan para la liberación de Tralus se le había dado una aprobación tentativa.

—Necesitamos esperar a que los droides CYV vuelvan a por nosotros —dijo Leia.

—Eso lo sé —protestó Han—. No estaba planeando lanzarme al corredor mientras el equipo de seguridad de Thrackan espera ahí fuera.

—Bueno, parecías impaciente.

—Ah.

Han intentó forzarse a parecer menos impaciente.

No pudo. El plan de Wedge ocupaba casi toda la energía de procesamiento de su cerebro.

Tampoco es que él la engañara.

—No te ofrezcas voluntario —dijo Leia.

—¿Huh? ¿Para qué?

—Para el plan de Wedge.

—Yo… —La parte de la mente de Han que podía convincentemente darle vueltas a excusas y argumentos no tenía suficientes recursos disponibles. Recurrió a la verdad—. Tengo que hacerlo, Leia. Esa misión fue hecha para mí.

—¿No crees que Thrackan descubrirá quiénes son los pilotos? Podrías sobrevivir a la misión sólo para que te hagan explotar por control remoto cuando estés volviendo a Corellia.

—Estoy seguro de que Wedge puede…

—General Antilles. —Era la voz de Thrackan de nuevo,

todavía resonando desde la siguiente sala de observación.

Abajo, Wedge volvió a mirar hacia arriba.

—Señor.

—Tengo un favor que pedirle. Como Ministro de Guerra. Algo que es indudablemente su deber patriótico. Algo que realmente debería haber hecho ya. —El tono de Thrackan era placentero y para nada urgente.

Wedge volvió su atención a su cuaderno de datos.

—Oigámoslo.

—Tiene una hija sirviendo con las fuerzas armadas de la Alianza Galáctica bajo el nombre de Lysa Dunter. Está asignada a la fuerza que ocupa Tralus.

Incluso desde esta distancia, e incluso viendo tan poco de la cara de Wedge como su actual orientación le permitía, Han y Leia pudieron ver la repentina rigidez del hombre.

Wedge cerró su cuaderno de datos y se lo metió en un bolsillo, y luego casualmente volvió su silla para enfrentarse a Thrackan.

—Sí, ella está en las fuerzas armadas de la AG. Como lo están muchos corellianos. Aunque no estoy seguro de dónde esta justo ahora.

—Voy a enviarle un mensaje —dijo Thrackan—. Apreciaría que usted incluyera una nota pidiéndole que coopere con lo que sugiero.

—¿Y qué va a sugerir?

—Eso realmente no le importa.

Wedge ni siquiera intentó pretender despreocupación o sorpresa.

—Desde luego que sí. ¿Se supone que voy a refrendar cualquier cosa que usted le sugiera, independientemente de lo que sea?

—Sí. Es su deber. Tengo que insistir.

—Adelante.

Ahora de voz de Thrackan sonó confundida.

—¿Qué?

—Adelante, insista. Estoy interesado en oír esto.

—De acuerdo, general Antilles, actuando como Jefe de Estado y Ministro de Guerra de Corellia, por la presente le ordeno que se comunique con su hija Syal y haga genuinamente todo lo posible por persuadirla de que siga cualquier curso de acción que yo le recomiende. ¿Está eso lo bastante claro?

—Absolutamente.

—¿Y?

—Váyase al infierno.

—Thrackan está intentando que le maten —susurró Leia.

Han asintió.

—Vamos a la puerta de al lado y deseémosle suerte.

—Shush.

—Antilles —dijo Thrackan—, se ha negado a obedecer una orden directa dada durante una crisis militar y lo tengo grabado. Si elijo hacerlo, puedo hacer que agentes de seguridad le saquen a rastras ahora mismo. Puedo conducirle a juicio en menos de una hora y hacer que le ejecuten por la mañana.

—Desde luego que puede.

Wedge se puso en pie y se desperezó, extendiendo sus brazos por encima de su cabeza y flexionando su espalda. Leia casi pudo oír los crujidos de sus vértebras y articulaciones. Entonces Wedge se relajó en una posición erguida más normal.

—También podría hacer que me asesinaran en tiempos de paz por tener un pelo más bonito que el suyo. Si estuviera preocupado por esa clase de cosas, nunca dormiría nada. Y ahora voy a explicarle porqué sería un error muy, muy malo que hiciera esto.

—Adelante.

—Si me niego, que lo he hecho, y hacen que me asesinen, ha cambiado a un oficial superior por cualquier oportunidad de sabotaje y recogida de información que una oficial muy joven pudiera darle. No es un intercambio muy inteligente. No soy Garm Bel Iblis, pero soy el mejor estratega que tiene disponible. También tengo amigos en posiciones de poder e influencia por toda la galaxia, y si soy ejecutado, no puedo utilizarlos para su ventaja. No puedo enviar recomendaciones para que utilicen su propia influencia y vuelvan a sus gobiernos planetarios hacia el punto de vista corelliano, por ejemplo.

—¿Cuál es la diferencia entre que usted haga eso y que haga lo que acabo de recomendar?

—Ordenar, Ministro, no recomendar. La diferencia es que pedirle, digamos, a Wes Janson que diga unas buenas palabras acerca de nuestra causa al ejército o el gobierno de su mundo de Taanab es honorable. Pedirle a mi hija que viole los juramentos que hizo cuando se convirtió en oficial y que participe en una traición no lo es. ¿He comunicado la diferencia suficientemente?

—No sea condescendiente conmigo, Antilles.

—Deje a mi familia fuera de esto, Sal-Solo.

—Voy a comunicarme con su hija. La convenceré de que haga lo que le digo.

—Adelante. —Wedge se encogió de hombros.

—¿No le preocupa que yo tenga éxito?

—Podría tener éxito. Pero yo no seré parte de ello.

No hubo réplica. Unos cuantos segundos después, la luz de la sala de Thrackan, todavía proyectando un distorsionado rectángulo en la mesa principal de abajo, se apagó.

Wedge caminó hacia la salida y desapareció de la vista bajo la sala de Thrackan.

—Wedge acaba de hacer que le maten —dijo Leia.

Han asintió.

—Es demasiado listo para no saberlo. Sin embargo, no será pronto. Thrackan necesita a Wedge por ahora.

—Pero tan pronto como se enfade lo suficiente para sobrepasar su autointerés…

—Sí.

RELLIDIR, TRALUS

—No estoy contenta —dijo Jaina.

Estaba en pie bajo los soleados cielos azules en un césped verde y plano. Suaves brisas alborotaban su pelo y la enfriaban. A su lado estaba Zekk, ofreciéndole apoyo silencioso… y ocasionalmente punzadas de sorpresa mientras el humor de ella cambiaba de una posición a otra.

Delante en la distancia estaba el blanco Centro Navos para las Artes Escénicas con sus ocho torres bellamente estriadas. Más cerca, en una zona de hierba sin marcas de senderos de duracero, estaban los nueve Alas-X del Escuadrón Punto de Carga de Luke.

Sin ser defendidos.

Bueno, no completamente. En el hueco del astromecánico del propio Ala-X de Luke estaba sentado R2-D2 y el pequeño droide ofreció un trino lastimero en contraposición a la aseveración de Jaina.

—¿Dónde están los pilotos, Erredós? —preguntó Jaina.

La cúpula superior de R2-D2 giró, llevando su ojo de cámara principal hasta mirar al distante edificio de artes escénicas.

—¿Y el destacamento de seguridad para estos cazas? —preguntó ella.

El astromecánico volvió su ojo de cámara principal hacia ella y lanzó una serie de rápidos pitidos y tonos.

—Reasignados.

Jaina negó con la cabeza, exasperada.

—¿Quieres que yo haga esto? —preguntó Zekk.

—Por favor.

Zekk sonrió y sacó un comunicador de un bolsillo de su cinturón.

—Erredós, ¿me darías la frecuencia del escuadrón?

El astromecánico pitó su complacencia.

—Gracias. —Zekk activó el comunicador—. Zekk a Escuadrón Punto de Carga. Vuestra nueva comandante está aquí y desea veros inmediatamente en vuestros Alas-X. Inmediatamente significa noventa segundos a partir del final de mi transmisión. Nadie será castigado por llegar con las ropas sucias, vestidos de gala o burbujas y agua del baño, pero nadie quiere llegar tarde. Eso es todo. Corto.

Se metió el comunicador en el bolsillo.

—Muy bien hecho —dijo Jaina—. Efectivo, pero con un potencial para el humor.

Zekk inclinó la cabeza y luego se enderezó.

—¿Tus órdenes?

—Necesitamos encontrar un lugar para guardar estos cazas con seguridad y no me importa si han sido dejados aquí fuera para demostrar nuestro poder militar arrollador y nuestro desprecio por las fuerzas corellianas. Y deberíamos hacer algunas pruebas para que pueda saber las habilidades de los pilotos.

Jaina vio moverse algo en la dirección del centro. Un hombre humano alto y de piel oscura, vestido sólo con una toalla blanca, que sostenía alrededor de la cintura con ambas manos, estaba corriendo en dirección a ellos.

—Este va a ser un interesante grupo de ejercicios.

TRANSPORTE DE BATALLA *DODONNA*, ORBITANDO TRALUS

La alférez “Lysa Dunton” y su compañero de ala quarren se elevaron hacia el campo contenedor de atmósfera dentro del hangar principal del vientre del *Dodonna*. Con facilidad casual, redujeron la velocidad mientras se acercaban a la brillante abertura, cruzaron el campo para permitir que la resistencia del

aire les frenara otros pocos kilómetros por hora cruciales y flotaron sobre los repulsores hasta su zona de aterrizaje designada. Momentos después, se levantaron de sus cabinas. Miembros de la tripulación, apresurándose hacia delante, colgaron escaleras en sus lugares, permitiéndoles salir de sus vehículos. Los mecánicos llegaron, conectando unidades de diagnósticos y comenzando a repostar.

Su compañero de ala quarren se quitó el casco y lanzó un ruidoso suspiro de alivio. Sus tentáculos faciales se agitaron en la fría brisa artificial que soplaba en los hangares.

—Un baño —dijo él—. Necesito sumergirme. Mataría por sumergirme.

Se volvió y comenzó una marcha veloz hacia las puertas que salían del hangar.

Syal sonrió tras él. Las largas patrullas eran duras para los quarren y sus parientes, los mon calamari. Se deshidrataban más rápidamente que los humanos. Ella se quitó su propio casco y decidió que, sin embargo, la decisión de su compañero de ala era la mejor. Lavarse minuciosamente después de horas de viajar infructuosamente alrededor de los bordes del sistema de Corellia, sería genial para la moral.

—¿Alférez Dunton? —El mecánico jefe, un hombre esbelto con ojos oscuros, se aproximó a ella con su cuaderno de datos de diagnósticos en la mano—. ¿Puedo hablar con usted un momento?

—Desde luego. —Ella se sacudió el pelo. Tan corto como era, no le daba demasiados problemas en las misiones largas, y al menos esta vez se había puesto el casco de manera que su flequillo no le causara problemas adicionales—. Habitualmente trabaja con la unidad de Alas-X, ¿verdad?

—Sí, alférez. Pero todo el mundo está siendo cambiado para especializarse en otras disciplinas mientras tenemos tiempo de inactividad. Rellené una petición para trabajar con los Eta-Cinco hoy.

Syal miró al cuaderno de datos de él.

—¿Hay un problema con mi interceptor?

—No exactamente. —Él se acercó y bajó la voz de manera que el resto de la tripulación no pudiera oír sus palabras—. En realidad, sólo quería traerle saludos del hogar.

Ella le dirigió una mirada cortante.

—¿Saludos de Ralltiir?

—Saludos —dijo él— de Corellia. Tal vez deberíamos hablar en algún lugar privado.

Una hora después, Líder VibroEspada, un humano alto con pelo canoso y facciones que sugerían que era un actor contratado para interpretar a un líder de escuadrón, se inclinó sobre la mesa de interrogatorios hacia Syal.

—¿Así que le disparó? —le preguntó él.

Al lado de él estaba sentada una mujer humana, de piel oscura, con grandes ojos que parecían lo bastante brillantes y no críticos para pertenecer a alguien mucho más joven. Syal nunca la había visto antes. Llevaba ropas civiles todas de colores negros y azules claros. Su cara era inexpresiva, aunque sus ojos estaban fijos en Syal, aguardando su respuesta.

Syal asintió. Sentía que su cara estaba tensa, especialmente alrededor de sus ojos, por el poco tiempo que había estado llorando cuando nadie estaba mirando y su flequillo, ahora lacio por el sudor, colgaba pesadamente sobre sus ojos. Deseó que Líder VibroEspada simplemente se sentara en su silla y se quedase allí. Todo eso de estar de pie, sin duda para aparentar ser más intimidante, la estaba poniendo de los nervios. Además, ella necesitaba un amigo justo ahora y era seguro que él no lo era.

—Todavía no lo entiendo —dijo la mujer—. ¿Por qué le disparó?

—Él embistió contra mi pistola láser —dijo Syal.

—¿Por qué tenía una pistola láser? —preguntó Líder.

—Para poder cogerle bajo custodia.

—No —dijo la mujer—. La sacó para cogerle bajo custodia. ¿Por qué la tenía en primer lugar?

—Siempre la tengo —explicó Syal—. Cuando fui lo bastante mayor para empezar a tener citas, mi padre insistió en que llevase una.

Eso era una pequeña mentira. Su padre había insistido en que llevase dos. Pero ella se las había arreglado con una la mayor parte del tiempo desde que dejó su hogar.

—Y la sacó contra él porque él estaba intentando coaccionarla —continuó la mujer.

Syal asintió.

—“Haga unas cuantas cosas por nosotros”, dijo, queriendo decir los corellianos.

La mujer pareció escéptica.

—Alférez Dunton, usted es una oficial de muy bajo rango en un transporte lleno de gente que podría hacer más daño a la AG que usted si fueran subvertidos. ¿Por qué usted? ¿Qué le hace tan vulnerable a esta clase de intentos?

—Su pierna —dijo Líder.

—¿Qué?

Syal le dirigió una expresión completamente incomprensiva.

—Su pierna —repitió él.

Syal bajó la mirada. Su pierna derecha estaba vibrando otra vez. Ella la miró y esta se detuvo.

—Responda a la pregunta, por favor —dijo la mujer.

—Yo soy… —Syal la miró y luego volvió sus ojos arrepentidos hacia Líder—. Yo soy corelliana.

Él miró a su cuaderno de datos.

—Correcto. Nacida en Corellia. Criada en Ralltiir.

—No. Nacida en Corellia… *criada* en Corellia. El oficial de reclutamiento asumió, y apuntó, que fui criada en Ralltiir porque tengo la ciudadanía de Ralltiir. Pero no la conseguí del modo habitual. La compré.

—¿Qué más es incorrecto en su registro? —dijo la mujer.

—Nada. Pero Lysa Dunton, bueno, ese no es el nombre con el que nací.

Líder frunció el ceño en dirección a ella y se sentó de nuevo.

—Adquirió el rango de oficial bajo un nombre falso. Aquí estamos profundamente en territorio de un consejo de guerra.

—No, Lysa Dunton *es* mi auténtico nombre. Lo cambié, legalmente, en un juzgado de Ralltiir que es conocido por ser horriblemente desorganizado. Sabía que se necesitarían años para que los registros llegaran hasta el ejército de la AG. Lo cambié para evitar comparaciones con mi padre, de manera que pudiera conseguir una reputación por mí misma.

—¿Cuál es su auténtico…? —La mujer se corrigió a sí misma—. ¿Su nombre original?

—Syal Antilles.

La mujer y Líder parpadearon. La mujer reaccionó primero.

—Corelliana. Antilles. ¿No es por casualidad…?

—Es mi padre.

—E Iella Antilles es su madre.

—Me sorprende que conozca ese nombre.

La mujer asintió.

—Así que el mecánico intentó persuadirla de que llevara a

cabo acciones no especificadas para el gobierno corelliano.

Syal asintió.

—Y amenazó con hacerle cosas a mi familia si no accedía.

Líder le dirigió a Syal una mirada dura.

—Así que acaba de hacer que maten a su familia. Se negó. Los superiores de ese agente comenzarán ahora la purga. Bien hecho.

Syal se echó hacia atrás en su silla, poniendo unos pocos y preciosos centímetros más de distancia entre ella misma y su líder de escuadrón.

—Espero que no.

—Lo más inteligente —dijo Líder— habría sido seguir adelante con cualquier cosa que él le hubiese dicho y meter en esto a Inteligencia más adelante.

Syal negó con la cabeza.

—No soy buena en esa clase de cosas. ¿No cree que sé de lo que soy capaz? Mi madre estaba en Inteligencia. Mi hermana tiene esos genes, creo. Yo no habría sido capaz de llevarlo a cabo y, mientras tanto, ese hombre habría estado suelto en *esta* nave, tal vez saboteando los cazas de *mis* amigos. No, eso no es más inteligente.

Syal oyó su propia voz elevarse con indignación.

—Le diré qué —dijo Líder—. Estudiaremos esto. Si está mintiendo, consigue un licenciamiento deshonroso y cualquier castigo criminal que merezca. Si está diciendo la verdad, las cosas son mucho mejores. Consigue un licenciamiento deshonroso y puede irse a casa a Corellia y volar con el escuadrón de su papaito… y darnos una fisura para dispararle. De cualquier modo, este es el último día que llevará el uniforme de la Alianza Galáctica. Retírese.

Syal tensó los músculos de su cara, luchando por contener las nuevas lágrimas que querían salir y comenzó a levantarse.

—Siéntese —dijo la mujer. Se volvió hacia Líder—. Usted. Sea un buen chico y váyase.

Líder la miró boquiabierto.

—Usted…

La mujer le sonrió, mostrando los dientes.

—La respuesta correcta es *Sí, señora*. Ahora largo.

Líder evaluó la expresión de ella y entonces se levantó rápidamente.

—Sí, señora.

La mujer esperó hasta que él hubiera salido de la sala de interrogatorios. Ella volvió su atención a Syal.

—Sí, verificaremos los detalles de su historia. Si se comprueban, volverá al servicio activo. Pero dudo que vuelva al Escuadrón VibroEspada. Sospecho que ahora puede ser considerado un ambiente hostil para usted.

—Creo que tiene razón.

—Su pierna ha empezado otra vez. —La mujer volvió su atención hacia el cuaderno de datos delante de ella—. Aquí dice que se le ofreció la oportunidad de unirse a un nuevo escuadrón manejando la primera hornada de cazas clase *Aleph*. ¿Es correcto?

Syal asintió.

—Sin embargo, no quise. He jugado con los simuladores Aleph. Tienen mucha velocidad, pero maniobran como grandes trozos de duracreto.

—¿Y si sus únicas opciones son volar Alephs o trabajar como oficial de comunicaciones a bordo de una nave sensora?

—Los Alephs suenan genial, señora.

—Ha hablado como una auténtica Antilles.

La mujer cerró su cuaderno de datos.

—Usted es de Inteligencia, ¿verdad? Habría pensado que mi propio líder de escuadrón habría sido el comprensivo y usted habría sido la nek de plastiacero en este asunto.

La mujer asintió.

—Nunca puedes decir cómo el pasado va a afectar a las cosas, ¿verdad? —Ella se levantó—. No sé cuál es el problema de su líder de escuadrón. Celos, o quizás necesita tener el control total, y el hecho de que no divulgara la noticia de su famoso padre constituye una traición. En cuanto a mí… —Le ofreció a Syal una ligera sonrisa—. Hubo una vez, no mucho después de que la Nueva República ganara Coruscant aquella primera vez, que volé con su padre durante unos cuantos meses. He conocido a algunos de sus pilotos durante considerablemente más tiempo. Sé la clase de hijos que habrá criado. Si es realmente Syal Antilles, sospecho que está limpia.

De camino a la puerta, añadió:

—Y también puede volver a cambiarse legalmente el nombre al original. Su secreto está al descubierto.

capítulo veinticinco

CIUDAD LORRD, LORRD

Ella era alta y esbelta, con el pelo largo y negro en una cola de caballo flotante. Ben la vio primero desde la cabina de la lanzadera de Jacen mientras el vehículo bajaba sobre los repulsores. La mujer no era ni distintiva ni interesante en ese momento, meramente una figura en las sombras inclinándose, con los brazos cruzados, contra la pared del hangar.

Pero una vez que estuvieron en el suelo, listos para salir y descender por la rampa de entrada, ella salió a grandes zancadas de las sombras y Ben de repente la encontró realmente muy interesante. Sus ropas, una combinación de verde y amarillo tostado no vista muy comúnmente en un Jedi, estaban confeccionadas para ella, favoreciendo su figura y su sonrisa de boca ancha era una celebración que invitaba a todos los que la veían a unirse a ella.

Tristemente, el repentino interés de Ben era de una sola dirección. Ella caminó rápidamente hasta la base de la rampa, con su atención fija en Jacen, con su mano extendida hacia el Jedi adulto.

—¡Jacen! —dijo ella—. Es bueno verte.

Jacen alcanzó el final de la rampa y cogió su mano, pero no la atrajo hasta un abrazo, ni siquiera el abrazo cordial de los viejos amigos, aunque el lenguaje corporal de ella, incluso para el inexperto ojo de Ben, sugería que esto era lo que ella esperaba.

—Nelani —dijo Jacen—. Cuando oí que eras la Jedi asignada al puesto de Lorrd, que serías quien se encontrara con nosotros, me alegré…

—¿De verdad?

—Me alegré de darme cuenta de que habías pasado tus pruebas y se te había facultado completamente como una Caballero Jedi —continuó él—. Enhorabuena.

La sonrisa de ella decayó ligeramente.

—Gracias. —Ella soltó su mano y su atención finalmente se volvió hacia Ben—. Y este debe ser Ben Skywalker.

Ben se quedó en pie en silencio. No es que no quisiera decir nada. Era sólo que todo su vocabulario, incluyendo algunas palabras de juramentos elegidas en rodiano y huttese por las que había sufrido grandes dolores para memorizarlas, simplemente se había desvanecido. Se preguntó donde estarían.

Nelani le lanzó una mirada preocupada a Jacen.

—¿Habla?

El vocabulario de Ben volvió de repente.

—Estás siendo condescendiente —dijo él.

Ausentemente ella le revolvió el pelo.

—Desde luego que no. Sólo me has sorprendido durante un momento. —Ella devolvió su atención a Jacen—. ¿Así que qué quieres hacer primero? ¿Instalaros en vuestros cuartos en el puesto?

Ella hizo un gesto hacia la salida del hangar y luego les llevó en esa dirección.

—¿Has investigado el asunto por el que me comuniqué contigo? —preguntó Jacen.

Ben se colocó tras ellos, aplastando su pelo furiosamente.

—Sí, y he encontrado un contacto que parece saber algo sobre tus borlas, una tal doctora Heilan Rotham. La escritura táctil y los métodos de grabación son su especialidad…

La oficina de la doctora Rotham, que también era sus habitaciones, estaba en el nivel del suelo de un edificio de la universidad construido de ladrillos de duracreto y maderas falsas y luego cómodamente envejecido durante un par de siglos. Las paredes de los corredores y cámaras eran oscuros, o tranquilizantes o en sombras y amenazantes, dependiendo de la actitud de uno hacia tales cosas, y tan sombríos que le parecía a Ben que podrían tragarse todo humor.

No es que en las salas de la oficina, las paredes fuesen fáciles de ver. Las estanterías llenaban la habitación, mostrando libros, pergaminos, estatuillas de hombres y mujeres de extrañas formas de muchas especies, carretes de cuerdas anudadas irregularmente y pequeñas cajas de madera con tapas unidas por bisagras.

Miró a la mesa donde la doctora Rotham estaba sentada con Jacen y Nelani. La doctora Rotham era una mujer humana, diminuta y anciana. Su pelo era blanco y fino. Su piel era pálida, trazada por venas azules, y casi transparente. Llevaba una pesada capa marrón, incluso aunque Ben encontraba que la temperatura en estas habitaciones estaba en la parte cálida, y sus ojos eran de un azul penetrante que no estaban nublados por la edad. Estaba sentada en una silla autopropulsada, una cosa con ruedas con pesado armazón interior que sugería que estaba equipada con repulsores de corto alcance. Ella sostenía la masa de las borlas de Jacen ante sus ojos, escrutándolas desde una distancia de sólo cuatro o cinco centímetros.

—Tiene muchas cosas aquí —dijo Ben.

—Las tengo, ¿verdad? —dijo la doctora Rotham sin mirarle—. Y lo que es remarcable es que cada dato que puede ser derivado de esos objetos ha sido grabado en la memoria de mi oficina desde mis cuadernos de datos, en el sistema de ordenadores de Lorrd y en los ordenadores de cualquier persona que jamás ha preguntado por ellos.

Ben echó otra ojeada alrededor de los extensos grupos de estanterías.

—Pero si están todos grabados, ¿por qué mantiene las cosas originales? Ocupan mucho sitio.

—Una pregunta razonable de un Jedi, que debe viajar a menudo y con poco equipaje. Pero debes recordar que hay una tremenda diferencia entre una cosa y el *conocimiento* de una cosa. Por ejemplo, piensa en tu mejor amigo. ¿Preferirías tener a tu mejor amigo o un cuaderno de datos lleno de conocimiento sobre él?

Ben lo consideró. No quería darle la respuesta obvia y “correcta”, parecía como una derrota.

—Esa es una buena pregunta —dijo en su lugar.

Era una respuesta que había oído a los adultos ofrecer muchas veces, una que él sospechaba que ellos utilizaban en cualquier momento en que no podían pensar en nada mejor que decir.

Jacen se rió por lo bajo y la doctora Rotham no continuó con

su pregunta. Ben concluyó que había aguantado solo.

—Esta —dijo la doctora Rotham— es definitivamente bith, un método de grabación de una raza de una isla aislada, los aalagar, que inventaron un estilo de nudos como medio de grabar las genealogías: "el cordón de los ancestros". Más tarde la técnica se expandió para permitir la grabación de pensamientos y aseveraciones. Traducida a grandes rasgos, significa "Él arruinará a aquellos que deniegan justicia".

Nelani frunció el ceño.

—Eso es… curiosamente siniestro.

—¿Por qué? —preguntó Jacen.

—Sí —dijo Ben—. Los Jedi hacen eso todo el tiempo. Arruinar a aquellos que deniegan justicia.

Nelani negó con la cabeza.

—La ruina es a veces un resultado de lo que hacemos. Pero no es normalmente la *meta*. La ruina como meta suena a venganza. No es un rasgo adecuado para un Jedi.

Ben cruzó la mirada con Jacen, pidiendo silenciosamente una confirmación a la aseveración de Nelani. Jacen se encogió de hombros de manera poco servicial.

—Estoy segura de que puedo traducir muchas de las otras —continuó la doctora Rotham—. Aunque, dado que todas parecen estar separadas de sus contextos culturales, lo *precisas* que esas traducciones serán de alguna manera está en el aire. Tal vez se proporcionen contexto unas a otras. Si es así, eso será útil.

Jacen asintió.

—Apreciaría cualquier cosa que pudiera decirnos.

Mientras él hablaba, Nelani pitaba. O, más bien, algo en su persona pitó. Ella se dio prisa en colocarse un pequeño comunicador manos libres en la parte de atrás de su oreja derecha. Sacó parte del aparato y esta giró hacia afuera, una pequeña bola negra, para bajar y curvarse suavemente en la comisura de su boca, suspendida por un cable negro tan fino como para ser invisible.

—Nelani Dinn —dijo ella.

Después de unos cuantos momentos de escuchar, Nelani frunció el ceño.

—¿Dijo porqué un Jedi? —Hizo una pausa, inclinando la cabeza hacia un lado—. ¿Y cree que es creíble…? Sí, estaré justo allí… en alrededor de diez minutos. Corto. —Ella empujó el micrófono curvado otra vez bajo su oreja y se levantó—. Me

disculpo por escabullirme, pero tengo que irme.

—¿Una emergencia? —preguntó Jacen.

—Sí. Alguna clase de lunático en un caza amenazando con lanzar misiles si no se le permite hablar con un Jedi.

—Tengo la impresión de que le llevará algún tiempo a la doctora Rotham completar algunas traducciones más. —Jacen miró a la mujer mayor en busca de una confirmación y con su asentimiento se levantó—. Iré contigo.

—Serás bienvenido —dijo Nelani.

Era una extraña situación en el Espaciopuerto de la Ciudad de Lorrd. Un caza Ala-Y, tan abollado por las batallas y parcheado que probablemente había sido viejo en la época de la Batalla de Yavin, se había posado a cincuenta metros de la zona de aterrizaje aprobada. Tampoco es que hubiese aterrizado en una superficie plana. Sus vainas de motores jet de iones descansaban en una línea de aparcamiento repulsora, que formaba un ángulo recto con la dirección normal del tráfico y su morro estaba por encima de una barrera de tráfico de duracreto de más de un metro de alto, dejando al caza estelar en un ángulo orientado hacia arriba de treinta grados.

—Le falta un astromecánico —dijo Ben. Desde luego, no había nada en el hueco circular inmediatamente detrás de la cabina—. Y está preparado para misiles de impacto en lugar de torpedos de protones.

—También tiene un bonito ángulo de disparo sobre el área más poblada de la ciudad —dijo el teniente Neav Samran de la Fuerza de Seguridad de Lorrd.

Un hombre humano muy pesado con pelo castaño y un bigote que había crecido sólo un poco más largo de lo que las regulaciones probablemente permitían, tenía a sus hombres desplegados por todo alrededor del Ala-Y a distancias de entre cincuenta y doscientos metros, y los francotiradores estaban escondidos en los tejados del hangar. El puesto de mando de Samran, donde los tres Jedi se habían reunido con él, estaba en la esquina del hangar de lados de duracero corrugado a cien metros del caza. Ben estaba en pie tras Jacen, pero hacia un lado, donde pudiera echarle un ojo al Ala-Y y la figura débilmente visible en la cabina.

Ben descubrió que realmente podía *sentir* al piloto allí, como un nudo de dolor y confusión tan duro que desaparecía y crecía,

entrando y saliendo de las percepciones del chico.

—¿Tiene alguna indicación de si realmente tiene auténticos misiles de impacto y cómo los consiguió? —preguntó Jacen.

Samran asintió.

—Nos envió la telemetría de su panel de armas. Datos en una sola dirección, maldita sea, o de otro modo habríamos podido colarnos en sus controles y solventar esto sin llamarles. Tiene un grupo completo de misiles apuntados a los distritos de los apartamentos de estudiantes, aunque precisamente adónde, no podemos estar seguros. En cuanto a cómo los consiguió…no le queda un crédito de lo que había sido una cuenta de ahorros e inversiones de tamaño decente. Con todo el contrabando de armas que está ocurriendo en estos días, no es sorprendente que un viejo piloto con montones de conexiones pudiese echarle mano a una artillería como esa.

—¿Qué puede decirnos de él? —preguntó Nelani.

Samran abrió su cuaderno de datos y lo consultó.

—Ordith Huarr, edad ochenta y un años estándar. Hombre humano originario de Lorrd. En los días de la Antigua República y el Imperio era un piloto de lanzadera. En el punto álgido de la Alianza Rebelde, se unió a ellos y pasó la guerra como piloto de Ala-Y, durante cuyo tiempo consiguió la mitad de una presa. Su historial como piloto rebelde fue indistinguible.

Nelani le dirigió a Samran una mirada admonitoria.

—No fue menos valiente que los pilotos con mejores historiales de presas.

Samran le sostuvo la mirada, sin arrugarse.

—El comentario sobre su historial fue ofrecido como una posible clave para su estado mental. En mi experiencia, la gente con habilidades mediocres e historiales poco notorios son más propensos a desquiciarse. Experimentan más frustración y menos aprecio. ¿O está en desacuerdo?

La expresión de Nelani se aflojó un poco, hasta una de suave desaprobación y se apartó para mirar de nuevo al viejo caza.

—De todos modos —continuó Samran—, se convirtió en instructor de vuelo después de que cayera el Imperio y eventualmente se retiró y volvió a Lorrd. Volvió del retiro unos cuantos años después para transportar a refugiados de la Guerra Yuuzhan Vong y los historiales sugieren que fue dando tumbos de un planeta a otro poco dispuesto a aceptar que los refugiados hicieran algo malo según su manera de verlo. Después de la

Guerra Yuuzhan Vong, volvió otra vez, compró alguna propiedad rural con su mujer y pasó varios de los años siguientes viviendo de su pensión y disparando armas láser contra los intrusos.

—¿Algún hijo? —preguntó Nelani.

—Ningún hijo —dijo Samran—. Y su esposa murió hace alrededor de dos años.

—Dos años —dijo Jacen—. ¿Qué ocurrió *recientemente* que le colocó detrás de un panel de lanzamiento de misiles, amenazando a estudiantes?

Samran negó con la cabeza.

—Creo que será mejor que hable con él —dijo Nelani. Se volvió de nuevo hacia Jacen—. ¿Al menos que quieras hacerlo tú? Tú eres el más experimentado.

Jacen negó con la cabeza.

—No, yo tengo otra táctica que exploraré.

Ella asintió, se aseguró de que sus ropas estuvieran adecuadamente colocadas y que el sable láser colgando de su cinturón fuera claramente visible y luego marchó a través del área de aparcamiento de plasticreto hacia el Ala-Y.

Cuando estaba a cincuenta metros del caza, la voz del piloto, transmitida por un sistema de altavoces externo, retumbó en dirección a ella.

—Eso es bastante cerca. —La voz era débil y áspera.

Nelani colocó sus manos alrededor de su boca para gritar su réplica.

—Lo que usted diga. Huarr, no tiene que poner en peligro a todos esos estudiantes para hablar conmigo. Cualquiera se puede poner en contacto con la oficina de mi puesto por la red planetaria o el comunicador.

Ben sintió la oleada del dolor y la confusión del piloto, más fuerte de lo que él había esperado previamente.

—No me habría tomado en serio —dijo el hombre viejo—. Ustedes sólo entienden la fuerza. La fuerza y *la* Fuerza.

Él se rió, un ruido amargo, como si estuviera brevemente entretenido por su propio juego de palabras.

—Eso no es verdad, pero no necesitamos discutir el asunto —gritó Nelani—. Ahora estoy aquí. ¿Por qué quería hablar conmigo?

—¿Qué es un fantasma de la Fuerza? —preguntó Huarr.

Nelani estuvo silenciosa durante un largo momento.

—Es un superviviente, un envío de alguien que ha muerto

pero que todavía existe en cierto modo.

—Mi esposa es un fantasma de la Fuerza —dijo Huarr—. Ella me habla. Pero no puede, ¿verdad?

Nelani dio otro paso hacia delante. Incluso distorsionada por el grito, su voz sonaba dudosa.

—¿Era una Jedi? ¿O hizo jamás cosas que sugirieran que podría ver cosas, sentir cosas que la gente normal no puede?

—No.

Atrapado como estaba por el diálogo entre Nelani y Huarr, Ben había perdido la pista de Jacen. Ahora fue consciente de que su mentor se estaba concentrando, canalizando la Fuerza.

Jacen se abrió y atrajo un puñado de aire hacia él. Simultáneamente las vainas de motores jet de iones del Ala-Y se deslizaron hacia atrás a través del duracreto, desprendiendo una lluvia de chispas, justo hasta que el morro del caza salió de encima de la barrera y se estrelló contra el suelo, directamente frente al duracreto.

Entonces añadió un movimiento giratorio y el Ala-Y rotó a lo largo de su quilla, estrellándose en la línea de aparcamiento repulsora de arriba abajo.

—Ahí lo tiene —le dijo Jacen a Samran—. Problema resuelto. No puede elevarse con los repulsores o los impulsores y no puede disparar sus misiles hacia la ciudad.

Samran le miró con sorpresa y luego rompió a reír. Incapaz de hablar, hizo un gesto para que los hombres y mujeres de su fuerza de seguridad se acercaran al caza. Ellos salieron de sus posiciones protegidas y avanzaron. Ben pudo oír a algunos de ellos riendo también.

—¿Qué estás haciendo? —Esa era Nelani, volviendo con un trote rápido—. ¡Tenía la situación bajo control!

Jacen le dirigió una mirada dudosa.

—No, no la tenías. Estabas ejecutando una negociación decente. Pero para tenerlo “bajo control” tendrías que haber sido capaz de evitar que disparara en cualquier momento. ¿Podrías haberlo hecho?

Nelani llegó hasta Jacen y se quedó allí de pie, con sus rasgos enrojecidos y una expresión antagónica.

—No, pero él no habría disparado mientras estábamos hablando.

—Dile eso a las familias de todos los estudiantes que habrían muerto si de algún modo hubiera disparado sin que tú lo

detectaras… o si él hubiese tenido sus misiles preparados con un temporizador que tú no *habrías* sido capaz de sentir. Y no me digas que él no habría podido. No tenías control sobre sus acciones y cada momento en el que negociabas con él, arriesgabas las vidas de esos estudiantes.

—¿Crees que no era consciente de su estado emocional? ¡Sus sentimientos estaban encendidos como un círculo de aterrizaje!

Mientras los dos Jedi discutían, Ben miraba la aproximación del equipo de seguridad del espaciopuerto al indefenso caza. Entonces sintió una elevación de la desesperación del piloto, desesperación y determinación…

—¡Vuelvan! —Ben se sorprendió a sí mismo con el volumen de su grito, con el hecho de que estaba gritando sin pretenderlo, con el hecho de que estaba corriendo hacia delante sin ningún control voluntario sobre sus piernas—. ¡Corran! ¡Corran!

Los agentes de seguridad se quedaron helados con su primer grito y se volvieron a mirarle. Aparentemente la fuerza de voluntad que estaba proyectando y su proximidad al teniente Samran fueron suficiente para ellos. Se apartaron del Ala-Y y empezaron a correr.

Hubo un siseo proveniente del caza y Ben vio la ignición dentro de su tubo de misiles. Hubo una repentina expulsión de llamas y los misiles salieron de sus tubos y se estrellaron contra el duracreto justo delante del caza…

Y entonces el Ala-Y explotó, convertido en confeti metálico por una pared de llamas hemisférica y la fuerza de impacto.

Como si fuera a cámara lenta, Ben vio la pared de energía arrastrarse hasta él. Se dejó caer hacia el suelo cubierto de permacreto, envolvió su capa fuertemente a su alrededor y concentró su mente en la explosión que todavía podía visualizar. Vio el punto en el que le alcanzaría. Presionó contra ese punto, dispuesto a debilitarla, a ralentizarla…

Esta le alcanzó. Él se sintió a sí mismo empujado como por una mano gigante, una mano que radiaba un calor feroz. Rodó y se deslizó hacia atrás y entonces se detuvo.

No hubo sonido. Sus oídos se sentían tan apaleados como si un wampa hubiese estado boxeando con él. Pero se sentía extrañamente en paz, como si se hubiese estado ejercitando toda la mañana y estuviera listo para un descanso.

Lánguidamente, apartó su capa de su cara y se puso en pie.

El Ala-Y había desaparecido. Donde había estado había un

cráter y la barrera que había estado frente a él estaba interrumpida por un agujero de bordes cortantes de muchos metros de largo.

Los edificios cercanos a la explosión todavía estaban en pie, pero estaban inclinados alejándose de la fuente de la explosión, con sus esqueletos de metal curvados y las paredes exteriores dentadas por la explosión o completamente desaparecidas.

Por todas partes había cuerpos, algunos de ellos lamidos por las llamas, y Ben pensó durante un frío momento que su esfuerzo había llegado demasiado tarde. Pero uno de los hombres que estaban ardiendo de repente empezó a rodar por el suelo, apagando las llamas que salían de su espalda y hombros, y una mujer a unos cuantos metros de él se puso en pie con piernas temblorosas.

Ben vio a Jacen correr hacia él, pero entonces Jacen, viendo que su primo no estaba malherido, giró hacia victimas que todavía no se movían.

Ben escogió un grupo de personal de seguridad cercano y se movió hacia ellos, con sus pasos inseguros al principio y recuperando luego su equilibrio y seguridad mientras corría.

Una hora después, Ben estaba sentado en el hangar. Una lanzadera brillantemente pintada pero anticuada dominaba el centro del edificio. Ben tenía la espalda contra la corrugada pared de duracero, que se flexionaba ligeramente mientras él se inclinaba contra ella. Otros trabajadores de rescate se sentaban contra la misma pared, bebiendo tazas de caf que algunos de los suyos les habían dado e intercambiando dantescas historias de desastres de explosiones en el pasado. Principalmente dejaron solo a Ben, pero le habían traído caf y le habían dicho que lo había hecho bien. Y ahora la crisis había terminado y los médicos y los bomberos estaban descansando y se estaban reponiendo durante unos cuantos minutos antes de volver a sus respectivas bases.

Jacen y Nelani reentraron en el hangar a través de las puertas principales. Vieron a Ben y se dirigieron hacia él. Jacen se sentó junto a su primo mientras Nelani permanecía en pie.

—¿Adivinas qué? —preguntó Jacen.

Ben podía oírle ahora lo bastante claramente, con un débil zumbido en sus oídos como él único remanente de los efectos de la explosión.

—¿Qué?

—No hay muertos.

Ben le miró, sorprendido.

—¿Ninguno de ellos murió?

—Ninguno. Bueno, sin contar al hombre loco en el Ala-Y. Pero parece que todos los hombres y mujeres de seguridad lo conseguirán. Nadie parece estar en condiciones críticas, gracias en parte a sus armaduras corporales, pero principalmente gracias a ti.

—Flipante —dijo Ben.

—Mientras que Jacen y yo estábamos discutiendo sobre los procedimientos —dijo Nelani—, tú estabas haciendo lo que un Jedi debería hacer: ser consciente de la Fuerza.

—Así que tenemos que tomar nota de *tu* ejemplo hoy, en lugar de ser al revés —continuó Jacen—. También pensé que deberías tener una recompensa.

—¿Qué recompensa? —preguntó Ben.

—El resto del día es tuyo. Nelani y yo vamos a volver ahora con la doctora Rotham. Puedes acompañarnos, puedes ir a hacer turismo, puedes coger un deslizador terrestre y mejorar tus habilidades de pilotaje, lo que quieras. Tienes suficientes créditos para arreglártelas y sabes cómo volver hasta la doctora Rotham, creo.

Ben asintió. No dejó que se mostrase en su cara, pero su mente estaba girando. El resto del día dejado a sus propios asuntos, *¡sin supervisión!* Eso era realmente una recompensa. Y, era débilmente consciente, de que también era un signo de confianza.

—Gracias —dijo.

Jacen se levantó. Nelani y él se dirigieron de vuelta por el camino por el que habían venido, con las cabezas inclinadas juntas como si estuvieran renovando su discusión, dejando a Ben para que se figurara qué quería hacer consigo mismo.

Aunque él no lo sabía, Ben tenía razón: los dos Caballeros Jedi empezaron a discutir de nuevo tan pronto como llegaron a la salida del hangar, aunque manejaron su desacuerdo más civilizadamente que antes.

—Realmente me gustaría —dijo Nelani— que me hubieras dado otro minuto o dos con Huarr. Tengo verdadera curiosidad por este asunto del “fantasma de la Fuerza” suyo.

—Estudiantes —dijo Jacen, en un tono que sugería que su

argumento de una única palabra debería acabar con todo el asunto.

—Sí, sí, los estudiantes en sus habitaciones estaban en peligro, no estoy discutiendo eso. ¿Pero no podrías haber cerrado subrepticiamente el final de los tubos de los lanzadores de misiles? De ese modo, si hubiera disparado, tendríamos el mismo resultado, pero hasta entonces, yo habría sido capaz de hablar con él. Tal vez podría haber llegado a la raíz de su locura.

Llegaron al anónimo deslizador gris que les había llevado al espaciopuerto. Subieron a bordo, con Nelani tras los controles.

—Supongo que podría haberlo hecho —admitió Jacen—. No se me ocurrió y eso lleva a la pregunta de si alguien que amenaza las vidas de miles de inocentes merece alguna consideración.

—Quizá merecía consideración por ser un héroe de guerra.

Nelani activó los repulsores y envió el deslizador hacia el cielo.

Jacen hizo un gesto de desprecio.

—Mi padre también es un héroe de guerra. No recuerdo que jamás hiciera lo que Huarr hizo.

—Y Huarr tampoco hizo nunca contrabando de especia para los señores del crimen hutt.

Jacen negó con la cabeza.

—A veces es una desventaja tener un padre tan famoso que hacen holodramas sobre él.

Nelani sonrió.

—Contigo, tengo que aprovechar cualquier ventaja conversacional a la que pueda echarle mano.

—Definitivamente no eres la sensible a la Fuerza que florecía tarde a la que le enseñé la técnica del sable láser.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta.

Jacen ignoró esa observación, al igual que el tono bastante personal con el que había sido comunicada.

—Es hora de que devolvamos nuestra atención a la doctora Rotham y a esas borlas.

—Todavía no. He estado intentando que vuelvas tu atención hacia *mí*.

Él sonrió.

—Realmente te has vuelto más osada.

Ella asintió.

—Aprender a, y tener la *habilidad* de, cortar gundarks en dos fue un largo camino para superar mi problema de timidez. Y ser

una Jedi, la única Jedi asignada a este mundo, significa que tengo muy poco tiempo para mí misma, así que tiendo a ir al grano bastante rápidamente. ¿Eso te preocupa?

Jacen negó con la cabeza, pero mantuvo su atención en el terreno, largos grupos de almacenes cambiando gradualmente hacia bloques de negocios de renta baja, pasando a toda velocidad bajo su vehículo.

—No, pero hay alguien…

—¿Alguien ocupando ese lugar en particular en tu vida?

—Sí.

Ella hizo un ruido reprobador.

—Bueno, entonces, pasemos sólo algún tiempo juntos. Lo que, incidentalmente, quería sugerir hace siete años, cuando me estabas enseñando la técnica del sable láser, pero yo estaba demasiado centrada en mí misma.

Jacen sonrió y no ofreció más explicación.

Nelani negó con la cabeza, un gesto de suave arrepentimiento, y se calló.

capítulo veintiséis

CORUSCANT

Era como una repetición de su primera conferencia días antes, con Cal Omas, el almirante Pellaeon y la almirante Niathal ocupando los mismos asientos en la mesa de conferencias cuando Luke fue escoltado hasta el interior de la sala. Ellos y sus ayudantes levantaron la vista mientras el Maestro Jedi entraba e incluso antes de que él se sentara, Omas habló.

—Así que parece que tiene buenas noticias para nosotros.

Luke pareció sorprendido.

—¿Qué le hace pensar eso? Si puedo preguntar.

—Su expresión —dijo Omas—. Estaba sonriendo. En estos tiempos, una sonrisa de un Jedi es un signo esperanzador.

—Oh. —Luke dejó que su expresión cambiara hacia unas líneas más serias—. Lo siento. No pretendía darles una impresión equivocada. Simplemente he recibido algunas buenas noticias de mi hijo, Ben. Se las ha arreglado para salvar un número de vidas en Lorrd hace sólo unas cuantas horas.

Niathal asintió, con los ojos saltones sorprendentemente adeptos a proyectar un desagrado frío.

—Admirable. Estoy segura de que crecerá hasta convertirse en un buen Jedi… dentro de años y años, cuando esta nueva crisis corelliana haya quedado atrás. Por ahora, sin embargo…

—Por ahora —interrumpió Pellaeon—, podríamos utilizar algunos signos más *universalmente* esperanzadores de los Jedi.

—No estoy seguro de que sean esperanzadores —dijo Luke—. Útiles, quizás. Como probablemente vio en el informe que envié, hay pocas dudas de que Thrackan Sal-Solo saboteara la conferencia de la Estación Toryaz. O, al menos, a través de su inactividad permitiera que fuera saboteada.

La boca de Omas se curvó hacia abajo.

—Desafortunadamente, la diferencia entre esos dos comportamientos es la diferencia entre la clase de crímenes más seria y algo que no es un crimen.

—Algo que no es un crimen. —Luke pareció derrotado—. Está bromeando.

—No. —Omas, por un momento, pareció como un hombre insensible al humor. Desde luego no un generador de sorpresas—. Asumiendo que no pagó por la información ofrecida en el mensaje que recibió, ¿puede probar que se tomó el mensaje en serio? ¿Qué fue creíble para él? Porque él puede clamar que no lo consideró una oferta creíble, que era una comunicación de un chalado y que por lo tanto no se necesitaba actuar contra ello con ninguna capacidad.

Luke negó con la cabeza, infeliz de estar frustrado por un obstáculo tan insignificante.

—Sin embargo, si un grupo de ataque fuera capaz de capturarle y traerle a Coruscant, un juicio criminal basado en la asunción de que compró la información podría durar meses. O más. Manteniendo a Sal-Solo fuera del puesto durante todo ese tiempo. Y eso sería una ventaja para el proceso de paz.

Los otros intercambiaron miradas.

—Eso —dijo Niathal— es de lejos una sugerencia más pragmática que la que esperaba de un Jedi. Me gusta.

Luke se inclinó hacia atrás.

—Los Jedi están entre los seres más pragmáticos de la galaxia. Tendemos a operar bajo la asunción de que es mejor hacer las cosas que observar todas las bellezas. Consideramos que la justicia es de más consecuencia que la ley, por ejemplo. Incluso aunque la justicia esta a veces sobrevalorada. A veces la imposición de justicia evita la redención.

—Consideraremos esa recomendación —dijo Omas—. Pero tenemos que considerarla contra el precedente que sienta. Si secuestramos a un gobernante planetario, incluso a un subgobernante que teóricamente todavía pertenece a nuestra propia estructura de gobierno, a pesar de nuestro derecho evidente

a traer a un criminal sospechoso en custodia para el juicio, abre un precedente *pragmático* para el secuestro de gobernantes dentro de la Alianza Galáctica. Yo podría, en efecto, estar fijando el escenario para mi propio secuestro eventual.

—Podríamos tener el beneplácito, incluso el beneplácito extraoficial, del jefe rival de Sal-Solo en esto —dijo Luke—. Mi hermana informa de un encuentro subrepticio con el Primer Ministro Denjax Teppler y un subtexto del encuentro era aparentemente la preocupación de Teppler de que sobrevivirá, políticamente y como ser vivo, sólo mientras Sal-Solo le vea como una ventaja.

Pellaeon resopló, con su expresión divertida pero burlona.

—Eso es lo que me encanta de la política —dijo—. Un gobernante marioneta corelliano y nosotros podríamos tener que conspirar para eliminar a un político que es un impedimento para ambos antes de que podamos dirigirnos al proceso de paz. ¿Qué sentido tiene eso?

Luke separó sus manos, con las palmas hacia arriba.

—No siempre puedo encontrarle sentido a las mesas de la política. Veamos… he terminado de sacar a los aprendices Jedi menores de edad de Corellia, eliminándoles como objetivos potenciales para la venganza. Mara volvió de Coronita con información sobre oficiales del gobierno de nivel medio que ustedes podrían utilizar como influencia sobre ellos. Un asunto de Inteligencia. Mi informe incluye evaluaciones de muchos de los Jedi en otros lugares de la galaxia, todos apuntando a un alza en el apoyo a la posición de Corellia en sistemas planetarios específicos. Y eso es la mayor parte de lo que tenía que informar.

Pellaeon asintió, con sus modales enérgicos.

—¿Estaba planeando permanecer en Coruscant o volver a Corellia y reasumir el control de su escuadrón?

—Estaba planeando volver a Tralus.

—Apreciaríamos que se quedara aquí durante unos cuantos días más, hasta que tengamos una mejor idea de cómo colocar mejor a los Jedi durante esta crisis.

Luke asintió.

—Como deseen.

—Y siento lo de su hijo.

Las cejas de Luke se elevaron.

—¿Perdone?

—No me refería a lo que consiguió. Me refiero a su

intervención. —Pellaeon le dirigió a Luke una sonrisa seca—. Los jóvenes pasan por las guerras y creen que la experiencia es suficiente para enseñarles a temer tales conflictos. Y entonces, años después, sus hijos van a la guerra y de repente los padres aprenden lo que realmente significa el miedo.

—Es bastante cierto —dijo Luke y, tomando las palabras de Pellaeon como el principio de que le permitieran retirarse, se levantó—. Y me alegro de que todavía sea capaz de comprender ese miedo.

SISTEMA CORELLIANO, SOBRE TRALUS

—¡Está en nuestra cola! ¡Está en nuestra cola!

Syal Antilles no respondió al grito musical y con gorjeos del artillero sullustano. Simplemente giró la palanca de control hacia la izquierda.

El caza clase *Aleph* no se escoró a babor. En su lugar, hubo un empujón en el lado del caza mientras los puertos de los impulsores a lo largo del estribor del casco soltaron energía. El caza se deslizó hasta babor, sin cambiar notablemente su orientación y su velocidad hacia delante. Syal volvió a mover la palanca hacia arriba y el Aleph se sacudió de nuevo, esta vez cayendo varios metros con una rapidez que hacia retorcerse el estómago mientras los puertos de la parte superior del casco dejaron escapar la energía.

Fuego láser desde atrás arrasó el espacio vacío al lado de estribor del Aleph y luego giró a babor pero falló de nuevo mientras el caza caía.

Zueb Zan, el sullustano en el asiento a mano derecha de la cabina, finalmente hizo girar la torreta del lado de estribor del Aleph y apuntó hacia atrás. Una imagen gráfica del Ala-X que perseguía al Aleph tembló brevemente en la cuadrícula de objetivos de Zueb. El sullustano disparó y una versión de imagen roja delineada de disparos láser convergió en el Ala-X. En el monitor que les mostraba a Syal y a Zueb una imagen de la holocámara de la popa del Aleph, pudieron ver la imagen del disparo láser real alcanzando al Ala-X real, pero los disparos eran pálidos, muy por debajo de la fortaleza que tendrían en combate, y los escudos del caza los absorbieron sin dificultad.

—Eso es una muerte confirmada —informó el piloto del Ala-X—. Buen trabajo, Antilles. Zan.

—Gracias, señor —respondió mecánicamente Syal.

Ella comenzó una rápida comprobación de sus paneles de diagnósticos, completamente ignorados durante su batalla falsa y no vio daños en las habilidades de combate del Aleph aparte de un ligero descenso de energía causado por los escudos y la utilización de los láseres.

El Ala-X aceleró de un modo en que el Aleph nunca podría, causando que Syal se mordiera el labio de envidia, y se colocó por encima del lado de estribor del Aleph.

—¿Opiniones? —transmitió el piloto.

—Todavía no estoy acostumbrada a los impulsores laterales —dijo Syal. Trabajó duro para evitar que un tono de queja se arrastrara en su voz, aunque quejarse era precisamente lo que quería hacer—. No es lo mismo que los movimientos evasivos a alta velocidad.

—Quizá no —dijo el piloto del Ala-X—, pero lo está manejando muy bien. Me hizo fallar. ¿Zan?

El sullustano lo consideró.

—La torreta de estribor se atranca —dijo él—. Si sigue haciendo eso, vamos a hacer que nos disparen en el trasero.

—Bueno, hable con su jefe mecánico.

Los labios del sullustano se retorcieron, una expresión de descontento.

—Querría saber si las torretas de los otros Alephs se atrancan. Si es así, mala señal.

—Lo preguntaré. De acuerdo, este ejercicio ha terminado. Llévenlo a casa.

El Ala-X abruptamente giró para alejarse, escorándose de vuelta hacia Tralus y las naves que lo orbitaban, incluyendo el transporte mon cal *Buzo Azul*, el nuevo hogar de Syal.

Celosa, Syal vio la ágil maniobra del caza. Ella empezó a girar tras él lentamente. Su caza Aleph era capaz de alcanzar tremendas velocidades, las velocidades de los interceptores Eta-5, en la atmósfera, pero era mucho más pesado que la clase de naves que estaba acostumbrada a pilotar y las maniobras para escorarse requerían mucho más tiempo. Los impulsores laterales con los que había estado eludiendo el fuego que le llegaba no eran lo mismo que la agilidad innata. Cambió su panel de comunicaciones para que sólo recibiera.

—Todavía lo odio —dijo.

—Yo también.

Zueb asintió vigorosamente, causando que los pliegues carnosos de su cara se mecieran.

—Es como pilotar un deslizador de carga. Lo cual he hecho.

—¿En Corellia?

Syal asintió.

—Sólo era un trabajo. Para conseguir unos créditos para mi educación.

—¿Tu padre es un famoso general retirado y tú tienes que pagarte tu propia educación?

—No exactamente. Por cada crédito que yo ponía en mi fondo para mi educación, él ponía cuatro. Pero yo tenía que ganar algo. Esa es la manera de la familia Antilles: no hay un camino fácil. —Orientada en un curso para interceptar la órbita del *Buzo Azul*, ella entregó el control al astromecánico R2 negro y amarillo situado en el pozo detrás y entre los asientos del piloto y el artillero—. A propósito, gracias.

—¿Por?

—Por no meterte conmigo por ser corelliana. O por ser la hija de un famoso general.

Zueb hizo un gesto para quitarle importancia a sus comentarios.

—Lo estoy viendo a largo plazo. No eres la hija corelliana de un famoso general. *Él es* el padre de una famosa piloto de pruebas de Twee. Sólo espera y verás.

Syal sonrió.

—Me gusta tu actitud.

Piloto de pruebas. Su padre también había hecho algo de eso a lo largo de los años, pero probablemente no lo había hecho en un vehículo como el Aleph. En comparación con los Alas-X que su padre tanto amaba, los cazas clase *Aleph* eran tanques voladores. Naves pesadamente blindadas para dos personas con generadores demasiado grandes, los Alephs habían sido diseñados en los últimos meses de la Guerra Yuuzhan Vong, más de una década antes, como iguales para los coralitas yuuzhan vong, unos enormes cazas estelares orgánicos para un piloto protegidos por gruesas conchas y vacíos, singularidades móviles que podían deslizarse delante de los láseres o misiles que le llegaban y tragárselos completamente.

Los Alephs no tenían ninguna defensa tan esotérica. En su lugar, dependían de sus gruesos cascos y de escudos alimentados por esos generadores demasiado grandes. Las armas incluían dos

torretas, una en cada lado de la cabina con forma de bola y cada una equipadas con láseres cuádruples conectados, láseres que podían ser desconectados, permitiendo un patrón de ráfagas de fuego impredecible, una opción para confundir a esos vacíos de los coralitas. Delante estaban los tubos de explosivos, uno para misiles de impacto y uno para torpedos de protones. Con todo, los Alephs guardaban un golpe pesado, siendo *pesado* la palabra operativa para gran parte del funcionamiento del vehículo.

Pero, y Syal hizo una mueca de dolor, era una vergüenza que los Alephs parecieran tan malditamente estúpidos. Con sus cabinas con forma de bola, reminiscente de las cabinas de los TIE pero más grandes y sus ventanales de transpariacero circular delante de los asientos del piloto y el artillero, con las suaves líneas de la cabina bola graduándose hacia dos vainas de impulsores que se alargaban hacia atrás y se estrechaban mientras más se alejaban de la cabina, y con torretas a cada lado de la cabina, el Aleph parecía nada más que la cabeza de un gigantesco twi'leko, con sus colas cerebrales siguiéndola detrás y llevando unas torpes orejeras. No era de extrañar que los pilotos de pruebas de los Alephs y simplemente cualquier otro que lo viera se refirieran a las naves como Twees.

Sin embargo, pilotarlos era mejor que pilotar gabarras de desperdicios, lanzaderas de rescate o remolcadores.

Piloto de pruebas. Syal lo consideró. Tanto como había llegado a desagradarle los Twees en los pocos días que los había estado volando, se dio cuenta de que no sería justo para esta clase de cazas si ella no demostraba cada una de sus cualidades positivas a sus evaluadores de la AG. Tampoco sería justo para el nombre de la familia Antilles. Ahora que había reclamado su nombre, le debía a su familia el sacarle un poco más de brillo. Necesitaba poder dirigir esta nave a través de maniobras tan exactas que los pilotos que la miraran no tuvieran idea de cómo lo hacía.

Cambió su panel de comunicaciones otra vez a transmitir.

—Gris Uno, aquí Cuatro. Cambio.

—Adelante, Cuatro. Cambio.

—¿Estaría bien si me dejo caer en la atmósfera de Tralus antes de volver al *Buzo*? Me gustaría llevar a esta unidad a través de algunos pasos. Pruebas de velocidad atmosférica y calor, algunas acrobacias aéreas. Cambio.

—Eso es mostrar cierta iniciativa, Cuatro. Está autorizada.

Cambio.

—Gracias y corto.

Syal devolvió el panel de comunicaciones a su estado previo.

Zueb le dirigió una mirada llena de pena.

—Vas a llevarme volando hasta que me maree, ¿verdad?

Syal asintió, con una expresión comprensiva.

—Sólo hasta que vomites.

—De acuerdo.

CIUDAD LORRD, LORRD

Ben volvió a las oficinas de la doctora Rotham justo cuando la anciana erudita iba a comenzar su evaluación inicial. Entró caminando, viendo las borlas auténticas colocadas en la mesa principal y un holograma de ellas flotando por encima, con cada borla etiquetada.

Rotham estaba hablando.

—… arriba abajo, como parece, de evidencia interna, para estar en el orden en que van que ser leídas. Hola, Ben.

—Hola.

Ben se movió hacia delante para quedarse en pie al lado de la silla de Jacen. Levantó la vista hacia el holograma.

—Así que —continuó la doctora Rotham—, la número uno, la de arriba, es de Firrere, un mundo muerto, con su población dispersada. La técnica de los nudos era originariamente para grabar y, en algunas culturas supersticiosas, influenciar mágicamente los nombres. Su mensaje es "Él se rehará a sí mismo". O quizás "renombrará", con los dos conceptos siendo idénticos en este contexto.

»La siguiente la traduje para usted antes, de la especie bith, de la raza aalagar: "Él arruinará a aquellos que deniegan justicia".

»La escarlata y negra fue fácil, dado que fue el segundo sistema de escritura táctil que aprendí: una técnica de grabación utilizada por los prisioneros en Kessel. "Él elegirá el destino del débil".

Aunque Jacen no se movió, Ben sintió una subida de emoción procedente de él. Nelani también debía haberla sentido. Ella le dirigió a Jacen una mirada curiosa, pero él no se dio por aludido, manteniendo su atención en la doctora Rotham. La erudita pareció no darse cuenta del intercambio.

—No puedo determinar el significado de la siguiente en la

secuencia, la de apariencia venenosa amarilla y verde. Después de esa viene una muy difícil. La borla roja, amarilla y verde pálido es en realidad una representación de un arreglo floral, del viejo lenguaje de las flores alderaaniano. Imagínelo como un bouquet en un jarrón, donde las manchas rojas y amarillas constituyen los pétalos y las verdes los tallos, y tendrá una imagen de ella. Su significado es "Él elegirá cómo será amado". En realidad, en lugar de "él" debería ser "yo", pero me estoy tomando la libertad de asumir que la tercera persona tiene que utilizarse aquí, como lo es en todas las demás.

—Hablando de lo cual —la interrumpió Nelani—, ¿es definitivamente "él" o podría también leerse como "ella" en todas?

La doctora Rotham negó con la cabeza.

—No está definido en todas las borlas, pero en todas las partes en que aparece es distintivamente "él". ¿Dónde estaba? Oh, sí. Después de esa, una muy simple. La gris y marrón es de una subcultura coruscanti todavía existente de indigentes y transeúntes que se vanaglorian de no tener trabajo y vivir del robo y la mendicidad. Dejan mensajes para otros de su clase, símbolos en las paredes de las tiendas para decir, por ejemplo, que un restaurante es fácil de alcanzar. Esta representación tridimensional de su lenguaje dice "Él ganará y romperá sus cadenas".

Ella continuó. Ben, crecientemente aburrido, comenzó a perder su concentración, tomando sólo distraída nota de sus traducciones.

—"Él se despojará de su piel y escogerá una piel nueva", "Él se fortalecerá a sí mismo a través del sacrificio", "Él se arrastrará a través de su capa", "Él conocerá la hermandad", "Él hará una mascota", por lo que no pretendo decir que domesticará alguna criatura, sino que de algún modo *fabricará* una mascota…

Principalmente Ben mantuvo su atención en Jacen, porque en una o dos ocasiones más la revelación del significado de la borla causó de nuevo que sus emociones alcanzaran un punto en el que Ben pudo detectarlas.

Finalmente las traducciones de la doctora Rotham llegaron a su fin.

—Esta ya la conoce. Ryloth, cultura Tahu'ip: "Él se fortalecerá a sí mismo a través del dolor". Para ser honestos, no sé si el orden de presentación es significativo. Podría ser aleatorio

o podría añadirse a un pensamiento específico. Simplemente no tengo forma de saberlo.

Jacen asintió.

—Todo eso es muy útil, doctora. Um, se saltó una.

Él se puso en pie y alargó la mano hacia el holograma, con su dedo tocando una borla tostada que mostraba unas líneas negras y angulosas.

—Sí… No pude traducir esa. Aunque he visto ese método de grabación antes, los patrones en zigzag, el orden de garras y dientes que sobresalen. —La doctora Rotham parecía insegura—. En estatuillas y figurillas del mundo de Ziost.

Esta vez fue Nelani la que pareció sorprendida.

Jacen aceptó la información con un simple asentimiento de cabeza.

—Significa algo como "Él será arrastrado de la paz al conflicto" o quizás "Su vida se equilibrará entre la paz y el conflicto".

La erudita le dirigió una mirada curiosa,

—¿Cómo lo sabe?

—Lo crea o no, sólo lo siento. El significado de la borla está imbuido en su interior en un modo que sólo alguien que maneja la Fuerza puede leerla.

—Yo no puedo leerla —dijo Nelani.

Jacen se encogió de hombros.

—Tal vez cuando hayas ensanchado un poco tu conocimiento relacionado con la Fuerza.

—¿Qué es Ziost? —preguntó Ben.

—Uno de los mundos centrales en los orígenes de los Sith —dijo Nelani, con tono bajo, como si quisiera evitar que alguien más la oyese.

—Hay en realidad una influencia Sith sustancial en esta colección de aseveraciones. —Jacen hizo un gesto al holograma—. Varias de ellas parecen parafrasear porciones del credo Sith. La de la victoria y las cadenas, por ejemplo. Lo que tenemos aquí es un artículo fabricado por alguien que al menos está tan familiarizado con los asuntos Sith como lo estaría un historiador Jedi.

—Espero que sea sólo un historiador —dijo la doctora Rotham—. Una última cosa pudo decirle de esto: traje un fabricante de abalorios para que viera estos artículos y está seguro de que fueron hechas por manos diferentes. Así que no está

tratando con un único individuo que es experto en todas esas técnicas de grabación. Está tratando con alguien que las ha coleccionado y se las ha arreglado para ensamblarlas, más que alguien que las ha fabricado todas. Lo que es un considerable alivio para mí, porque la alternativa sería que tengo un rival erudito del que no he sido consciente en todas estas décadas.

Ella se pasó una mano sobre la frente, remedando un gesto de alivio.

Jacen le dirigió una sonrisa.

—Doctora, su ayuda ha sido inestimable. Y le hemos pedido que haga demasiado trabajo en una cantidad de tiempo demasiado pequeña. Lo aprecio.

Ella le dirigió una mirada intensa.

—Lo considero mi oportunidad, tan tarde en mi vida, de ofrecer algo de agradecimiento a los Jedi por todo lo que han hecho.

—Ahora le dejamos. Pero si se le ocurre algo sobre una de las borlas o alguna de las traducciones, no dude en enviarnos un mensaje.

Jacen envolvió la colección de borlas en una tela y la devolvió al bolsillo de su cinturón.

—Buena suerte con su investigación, Jedi Solo.

Una vez que los Jedi estuvieron en el corredor fuera de las habitaciones de la doctora Rotham y se dirigieron hacia el deslizador de Nelani, Jacen preguntó.

—Entonces ¿cómo fue el resto de tu día, Ben?

—Oh, bastante bien, creo. —Ben lucho por parecer, y sentirse, imperturbable—. Encontré la lanzadera.

Jacen sonrió.

—Bueno, eso no pudo haber sido muy difícil. Empezaste en el espaciopuerto.

—No *tu* lanzadera.

Jacen frunció el ceño.

—¿La de quién?

—La lanzadera que escapó de la Estación Toryaz.

Jacen casi se tropezó y Ben suprimió la urgencia de reírse.

—Espera —dijo Jacen—. ¿Estás seguro?

Ben asintió.

—El código del transpondedor coincide, al igual que lo hace el diseño. Es una aterrizadora clase *Centinela* despojada del

sistema de armas.

Las lanzaderas de la clase *Centinela*, primas ligeramente por encima en la escala y con un blindaje más pesado que la lanzadera clase *Lambda* que pilotaba Jacen, eran una vista familiar a lo largo de las rutas espaciales galácticas.

—¿Cómo la encontraste? —preguntó Nelani.

Ella había estado impresionada por los esfuerzos de Ben durante y después del espectacular suicidio de Huarr, y volvía a sonar impresionada. Ben tuvo que trabajar duro para no jactarse.

Ben hizo una mueca de dolor. Esto iba a ser difícil de explicar, de expresarlo con palabras. Por otra parte Nelani *era* una Jedi.

—Esperé por ahí durante un rato, intentando figurarme qué quería hacer. Creo que no estaba pensando. Más como si estuviera sintiendo. Y seguí dándome cuenta de cuándo aterrizaban las lanzaderas. Ellas de alguna manera atraían mi atención, incluso cuando los transportes y las naves de carga no lo hacían. Lo que me pareció extraño en aquél momento.

Nelani asintió.

—La Fuerza te estaba guiando. Estabas abierto a ella.

—Eso creo. Y entonces recordé algo que mi madre dice mucho. Dice que cualquier detalle, no importa lo pequeño que sea, podría resultar ser importante. Y me acordé de la lanzadera de la Estación Toryaz. Mamá es una espía, ya sabes.

Nelani sonrió.

—Lo sé.

—Así que repasé mi cuaderno de datos, y todas la notas de Jacen en detalle que no habíamos tenido tiempo de repasar, y decidí ver si los registros del puerto espacial mostraban algo acerca de esa lanzadera. Y ahí estaba, aparcada a medio kilómetro del donde estalló el Ala-Y.

—¿A nombre de quién está registrada? —preguntó Jacen.

Ben sacó su cuaderno de datos y lo abrió. Dejó toda esa información en la pantalla.

—Una mujer humana llamada Brisha Syo. Es de Commenor. No estaba en la lanzadera. Sólo pagó por una semana de espacio en el hangar. No dejó información de contacto. La autoridad del espaciopuerto pensaba que ella se estaba quedando a bordo, pero los sistemas de la nave estaban todos apagados. Se lo dije al teniente Samran. Tiene a alguien vigilándola ahora.

—Muy bien —dijo Jacen—. ¿Pero qué pasa si esta Brisha

Syo se cuela a bordo y despega cuando el guardia de Samran está roncando?

—Entonces el transmisor que plantamos en la parte superior de su casco nos dirá adónde va.

Ben se encogió de hombros como si el asunto no tuviera importancia.

Jacen se rió.

—Buen trabajo. ¿Y qué hiciste con el *resto* de tu tiempo?

Ben le frunció el ceño.

—Ahora te estás riendo de mí.

Jacen asintió.

—Te estás volviendo tan bueno en lo que haces, que si no nos reímos de ti, tendrán un ego colosal del tamaño del de Lando Calrissian.

—Eso sería divertido. —Ben moduló su voz hasta algo parecido a los tonos suaves e insinuantes del viejo amigo de la familia Solo. Se volvió hacia Nelani—. Hola. Soy Ben Skywalker.

—Oh, eso es espantoso —dijo ella.

—Y estoy intentando figurarme si soy más fino o más cortés. Quizás tú puedas ayudarme.

—Para —dijo ella.

—Serviré el vino y me dirás lo que más te gusta de mí.

—Jacen, ahora habla *demasiado*…

capítulo veintisiete

CORELLIA

Rugiendo a velocidades tremendas a lo largo de la avenida, con altos edificios centelleando a ambos lados tan rápidamente que no podía registrar los detalles de sus colores, mucho menos de sus diseños, Han mantuvo su atención centrada en el vehículo justo delante del suyo. Era un disco negro con tres aperturas feroces, los tubos de los impulsores, apuntando hacia él: la cola de un bombardero corelliano YT-5100 clase *Grito* justo igual que el suyo. Le cabreaba que el bombardero de Wedge fuera primero, era un estado innatural de las cosas y él planeaba corregirlo tan pronto como fuera posible.

Fuego láser centelleó sobre su cabina procedente de delante y la pantalla del monitor que mostraba los datos del estado de su escudo se puso en rojo en su visión periférica, señal de que su *Grito* había sido alcanzado. Pero no había habido temblor, así que el impacto tenía que haber sido rebotado. Vio al Grito de Wedge moverse y deslizarse hacia un lado sólo un poco, una exitosa oferta para reducir la cantidad de fuego láser que convergía sobre él desde delante. Eso, se dio cuenta Han, era su clave para ponerse al frente.

Vio otra serie de centelleos rojos viniendo desde delante, fuego láser más concentrado, y estimó que la andanada más densa de fuego se estaba moviendo hacia los Gritos desde el lado de babor. Él no viró, pero aumentó sus impulsores.

Wedge viró, deslizándose de un lado a otro de nuevo para evitar la peor parte del fuego, y la aceleración perfectamente cronometrada de Han le llevo hasta el lado del bombardero de Wedge y luego justo delante de él. Han se metió en la andanada de fuego más gruesa y el monitor de su escudo centelleó alarmantemente brillante… pero él estaba delante.

Y delante de él, demasiado cerca, estaba la montaña gris y artificial del Complejo de Apartamentos Terkury, el edificio bajo el que se suponía que tenía volar en menos de un segundo…

Apretó el garillo de su primera carga de misiles de impacto, sabiendo que era demasiado tarde para que los misiles impactaran en la calle y se aclararan los escombros. Pensó en separase, en ir hacia el cielo, una táctica suicida, considerando los emplazamientos de láseres y las naves perseguidoras de la Alianza Galáctica que podrían dispararle, pero no tan suicida como surcar el lado de ese edificio… Pero hubo un centelleo amarillo en su lado de estribor mientras los misiles de Wedge, ya lanzados, pasaban hacia delante y se hundían en el lugar correcto de la avenida. La calle fue reemplazada repentinamente por una nube en expansión de escombros, polvo y llamas.

Han se lanzó hacia el lugar justo bajo el centro de la nave. Estaría volando a ciegas durante un segundo o dos, pero conocía las distancias, los alcances, las profundidades. Esperó una fracción de segundo, hasta que sus entrañas le dijeron que tenía que estar bajo el nivel de la calle. Entonces se niveló y disparó su segundo grupo de misiles.

Atravesó la primera nube. A todo su alrededor había pilares de apoyo de duracreto y la ancha extensión de los hangares subterráneos vacíos. A oscuras, esos rasgos se presentaban en tonos de azul en las pantallas superiores en el ventanal ante él. Entonces sus misiles alcanzaron el blanco y la pared directamente ante él detonó en una segunda nube. Él la atravesó y subió, confiando en sus instintos y en el tiempo…

Y allí sobre él estaba el cielo, tintado por la presencia de los escudos militares.

—Dejando caer la carga del principio —dijo y pulsó los botones que lanzarían la docena de droides marcadores de objetivos por su bahía de bombas.

Hubo un extraño eco de sus palabras y se dio cuenta de que el eco era la voz de Wedge. Wedge había dejado caer su propia carga de artillería y había anunciado el hecho en el mismo

momento exacto en que lo había hecho Han.

El ventanal se volvió negro. La vibración del Grito y la sensación de movimiento cesaron. La cabina se iluminó durante un momento por los brillos de las varias pantallas. Han no había mirado a ninguna durante la misión. Entonces una luz más brillante que venía de detrás de él iluminó el espacio mientras la escotilla de acceso del simulador se abrió.

Han suspiró y utilizó los escalones de metal por encima de su cabeza para volver a salir del simulador hasta el corredor débilmente iluminado. Había otra escotilla de acceso, idéntica a la suya, a unos cuantos metros a su derecha y dos más a su izquierda. Wedge Antilles estaba de pie al lado de una de ellas, vestido, como Han, con el estilizado traje de vuelo verde y negro y el casco de un piloto de Grito y ya estaba cerrando su escotilla.

Los rasgos de Wedge estaban enteramente oscurecidos por el visor tintado que le cubría toda la cara de su casco, pero se lo levantó para mirar a Han.

—No tienes que estar en primera línea, ya sabes —dijo—. La misión no depende de ello.

Han rotó su casco un cuarto de vuelta y se lo quitó. Le ofreció a Wedge su sonrisa más insufrible, la que, de vez en cuando, llevaba a Leia al borde de la violencia.

—Seguro que sí.

La expresión de Wedge era implacable.

—¿Te diste cuenta de la parte donde maniobrar para alcanzar la posición causó que fallaras en tu ventana de lanzamiento de misiles? ¿Recuerdas eso?

—Me cubriste muy bien —dijo Han—. Demuestras ser una gran promesa como piloto. Deberías considerar hacer carrera en el ejército.

A pesar de sí mismo, Wedge sonrió brevemente.

—Tú necesitas considerar trabajar como un jugador de equipo.

Se quitó su propio casco.

—Soy un jugador de equipo —protestó Han—. Mientras el resto del equipo se quede detrás de mí.

—Tus tácticas de vuelo me alarman…

—Ooh, el general Antilles está alarmado…

—Porque si terminas como una fina capa roja en la superficie de Tralus, Leia me perseguirá hasta el fin de mis días, que podrían ser uno o dos si ella se enfada lo suficiente.

Han asintió.

—Eso es en realidad una buena razón. Te recomiendo que me mantengas con vida.

—¡Antilles! —Esta era una nueva voz, elevada en un grito proveniente del lado más alejado de la sala del simulador… y la voz era angustiosamente parecida a la de Han—. ¿Dónde está?

La voz se estaba acercando. El que hablaba estaba justo a la vuelta de la esquina.

Los ojos de Wedge se abrieron mucho y Han supo que su propia expresión era parecida a la de él. Esa era la voz de Thrackan Sal-Solo, que no sabía que Han era parte de esta misión… o que Han y Leia estaban incluso en Corellia.

Han miró fanáticamente de un lado al otro, pero el corredor con los simuladores de los Gritos era un callejón sin salida.

Wedge hizo un gesto como para ponerse el casco. Han lo hizo y cerró el visor. Un momento después, Sal-Solo volvió la esquina para enfrentarse a ellos. Tras él, trotando para alcanzarle, había cuatro guardias de SegCor. Un momento después, los últimos elementos de su séquito, dos droides de combate CYV, volvieron la esquina.

Sal-Solo se puso las manos en las caderas, un gesto de impaciencia agresiva.

—¿Y bien?

Wedge le dirigió una mirada despreocupada.

—¿Y bien, qué?

—¿Cómo va el entrenamiento de la misión?

—Va muy bien. Acabamos de completar la tercera de tres simulaciones consecutivas con éxito con el nivel de dificultad anticipada. Mañana, empezaremos a aumentar el nivel de dificultad hasta extremos irrazonables.

—Bien, bien. Eso es lo que pensaba. Sólo estaba viendo los datos visuales de los simuladores en la sala de control. —Sal-Solo miró a Han—. ¿Quién es este?

—Ministro de Guerra Thrackan Sal-Solo, permítame presentarle a mi compañero de misión, Aalos Noorg. Aalos pasó la mayor parte de su carrera en el Sector Corporativo, pilotando en misiones mercenarias corporativas, hasta que la crisis aquí le convenció de venir a casa. Aalos, quítese el casco.

Han puso sus manos en su casco e intentó rotarlo dentro del cuello de su traje, pero en realidad no ejerció ninguna fuerza. Naturalmente, este no se movió. Él lo intentó de nuevo, y

entonces, aparentando desesperación, pasó a los movimientos de intentar abrir el visor de su casco. Este, también, permaneció obstinadamente cerrado.

—Cascos de prototipos —dijo Wedge—. Obviamente necesitan trabajar para solucionar algunos de los problemas del sistema.

—Obviamente —repitió Sal-Solo.

Han se volvió y golpeó su casco varias veces contra el lado del simulador y entonces empezó de nuevo. Sin embargo, el casco y el visor permanecieron en su lugar.

—No importa, no importa. —Sal-Solo se acercó y extendió su mano—. Es bueno conocer a un patriota.

Han estrechó su mano.

—Le doy las gracias a los poderes que sean de que mi casco esté pegado, porque mantiene tu hedor lejos de mi nariz —dijo, hablando en una voz baja y murmurando de manera que sus palabras no salieran distintivamente.

Sal-Solo le dirigió a Wedge una mirada confusa.

—¿Qué ha dicho?

—Quiere darle las gracias a usted y a su suerte, porque él nunca soñó recibir esta misión.

—Ah. No hay de qué.

—Y me gustaría encadenarte a un bantha y arrastrarte durante cincuenta kilómetros de flores dardo y plantas comedoras de carne hasta que seas sólo una mancha —añadió Han.

Wedge se aclaró la garganta.

—Aalos, intente no ser tan efusivo con sus alabanzas. El Jefe de Estado creerá que está intentando adularle.

—Lo que él dice no importa. —Sal-Solo le dio a Han unas palmaditas en la espalda—. Lo que importa es una misión exitosa. Continúen con el buen trabajo.

Se volvió y se alejó a grandes zancadas tan rápidamente como había venido, con su escolta dándose prisa para alcanzarle.

Cuando un distante *whoosh* y el cese de las pisadas señalaron que Sal-Solo y su séquito habían dejado la sala, Han volvió a quitarse el casco.

—Eso —dijo Wedge— estuvo cerca.

—Demasiado cerca.

—Para celebrar nuestro escape por un margen tan estrecho, tomemos una copa.

—Dos copas.

CIUDAD LORRD, LORRD

Ben fue despertado por alguien que le sacudía el pie. Resentido, abrió un ojo para ver a Jacen de pie a los pies de su cama.

—Hora de levantarse —dijo Jacen.

—Estoy despierto.

—Vístete y coge tus cosas.

Ben se las arregló para abrir su otro ojo. Se sentó.

—¿La doctora Rotham ha traducido más borlas? —preguntó.

—No. Tenemos otra situación donde han pedido ayuda Jedi.

—Oh. —Ben se concentró en hacer que su cerebro funcionara correctamente—. Espero que no me vuelen esta vez.

—Me van a volar otra vez, ¿verdad? —dijo Ben.

Jacen asintió ausentemente.

—Probablemente.

Estaban fuera de los bordes informes e inciertos de la multitud en el perímetro de la ancha plaza. El duracreto de la superficie de la plaza estaba incrustado con piedrecitas pulidas de río, convirtiendo la superficie en estéticamente agradable y artificialmente natural e incluso a esta distancia estaba oscurecida por el agua.

En el lado más alejado de la plaza, justo frente la Academia de Lorrd de Estudios Acuáticos, había un enorme acuario de transpariacero. Había sido precisamente diseñado para parecer exactamente como la clase de acuario encontrado en el salón de cualquier grupo de habitaciones, o en el dormitorio de cualquier niño curioso, pero tenía el tamaño de una residencia privada de tres pisos. Una familia quarren o mon calamari podría haber sido feliz allí, si sus miembros hubiesen tenido una vena exhibicionista. Unas escaleras y un pequeño ascensor abierto estaban fijados a la pared sur más estrecha y alargada a lo largo de su parte alta había una poderosa viga de duracero que soportaba el peso del aparato para el acondicionador de agua y el equipo de monitoreo.

El agua había sido sacada del contenedor gigante, de ahí el líquido oscureciendo la plaza desde una considerable distancia a su alrededor. En el fondo del acuario, en su interior, estaba la silueta del centro de la ciudad de Ciudad Lorrd, incluyendo el edificio más prominente de la administración de la universidad,

estilizada como una torre blanca y el edificio de la asamblea de bienvenida de los estudiantes. Apiñados entre esos edificios, tropezando entre las piedras de colores, la grava y las formas de vida acuáticas que se estaban muriendo y se amontonaban en el fondo del acuario, había representantes de muchas especies. Ben vio humanos, bothans, mon calamari y verpines entre ellos. Todos ellos prestaban una atención grande y temerosa al ser que ahora estaba en la esquina sudeste del acuario.

Era un humano, enorme, de dos metros de alto y al menos 150 kilos, de los cuales una parte significativa eran músculos. Tenía el pelo, el bigote y la barba oscuros, cortos pero con un estilo elegante, como si se viera a sí mismo como un pirata espacial de una holoserie para niños. Llevaba varios ropajes oscuros. En su mano izquierda llevaba una pistola láser y en su derecha, algún objeto más pequeño que los Jedi no pudieron distinguir.

También llevaba a un hombre humano. Atado a su espalda por una serie de bandas de cinta adhesiva había un hombre de piel oscura y edad media, de altura normal. Estaba atado al hombre más grande espalda contra espalda, de manera que miraban a direcciones opuestas.

—Este hombre —dijo Nelani— estás obviamente loco.

De acuerdo con los testigos, unas cuantas horas antes el acuario había estado lleno de agua y formas de vida acuáticas ocupándose de sus asuntos habituales de nadar ociosamente o comerse unos a otros. Entonces un grupo de trabajadores o secuaces había llegado, liderados por el hombre grande. Mientras que algunos de ellos abrían aberturas de emergencia del acuario, derramando su agua a través de la plaza, otros habían rodeado a los visitantes del museo que era parte de la academia, les habían llevado hasta allí y les habían forzado a subir por las escaleras y a saltar dentro al agua antes de que demasiada se hubiese derramado. Allí habían flotado, asustados e infelices, mientras que los secuaces habían atado un último rehén a la espalda del líder y luego habían huido. Una vez que las Fuerzas de Seguridad de Lorrd habían empezado a llegar, el captor había saltado y había flotado junto con los otros hasta que el agua había alcanzado el nivel del suelo en el acuario.

—¿Qué sabemos acerca de *este*? —preguntó Nelani.

El teniente Samran, a un par de metros de distancia, dirigiendo las actividades de sus oficiales de seguridad por el

comunicador, la miró y negó con la cabeza.

—No sabemos quién es. Cuando hablen con él, hágannos el favor de descubrirlo… Sabemos que le dio su frecuencia de comunicador a uno de nuestros oficiales.

Sostuvo un trozo de plastifino, que Ben cogió. Ben empezó a cambiar su comunicador hacia la frecuencia escrita allí.

—También clama que hay explosivos colocados entre su espalda y la de su rehén —continuó Samran—. La cosa en su mano derecha se supone que es un aparato detonador. Oh, y quiere hablar con la mascota Jedi de Lorrd. —Le dirigió a Nelani una mirada de disculpa—. Sus palabras, mi señora, no las mías.

—Desde luego.

—¿Ha tenido algo de suerte siguiendo a sus hombres? —preguntó Jacen.

Samran negó con la cabeza.

—Todos estaban vestidos con simples ropas negras y máscaras elásticas. Cuando se fueron, podrían haberse entremezclado con las multitudes en las calles o en cualquiera de las varias docenas de edificios públicos. Podrían estar en cualquier lugar.

Hizo un gesto hacia el borde cercano de la multitud.

—Creo —le dijo Jacen a Nelani— que esta vez ejerceré mis prerrogativas de tener más experiencia y hablaré con el hombre primero.

—Sólo recuerda que esta vez no puedes hacerle explotar sin tomar una vida inocente —le dijo ella.

—Vamos.

Jacen lideró a los otros Jedi en la larga caminata a través de la plaza vacía. Mientras caminaban, Ben cogió el comunicador de Jacen y también lo ajustó a la frecuencia del secuestrador.

Estaban sólo a veinte metros de la imponente pared de plastiacero del acuario cuando vieron moverse los labios del captor. Los comunicadores de Jacen y Ben les llevaron sus palabras.

—Hola, Jedi.

Jacen se detuvo y los otros dos se pararon tras él.

—Diría *Buenos días* —dijo Jacen—, excepto que ha evitado que sea un buen día para varias personas. Incluido yo. Estaba ansioso por dormir hasta tarde.

El captor giró para mirar a sus cautivos. Lo hizo aparentemente sin ni siquiera darse cuenta del peso del hombre

atado a su espalda. Los Jedi pudieron ver brevemente a su cautivo, un hombre calvo con el miedo en la cara, antes de que el captor volviera a girar para mirarles.

—Estaban aburridos —dijo el captor—. De otro modo, ¿por qué estarían aquí? Ahora no están aburridos. Podrán hablar de este día durante el resto de sus vidas. Les estoy haciendo un favor, permitiéndoles curtirse a la vista de mi importancia transitoria.

—Crítico literario —dijo Nelani.

Las cejas del captor subieron.

—En realidad, mi educación *fue* en el campo literario. Sincretización literaria, el proceso por el cual los ciclos de la historia popular de diferentes mundos aparecen, con sus personajes arquetípicos volviéndose unificados, mientras los mundos individuales entraban en la comunidad galáctica. Así que la crítica literaria es parte de mi profesión, sí.

—Parece más un profesional de la lucha —dijo Ben.

El captor pareció encantado.

—Probablemente debería haberlo sido. Habría obtenido más placer en mi vida.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Jacen.

—Soy el doctor Movac Arisster. De Ciudad Lorrd, con cargo vitalicio en la Universidad Pangaláctica de Estudios Culturales.

—Yo soy Jacen. Esta es Nelani y este es Ben. Indicó que quería hablar con Jedi. ¿Fue así porque alguien se lo sugirió?

—Sí. —Arisster pareció no estar preocupado por que Jacen hubiera adivinado su secreto—. La parte más remarcable es quién fue. ¿Alguna vez ha oído hablar de Aayla Secura?

Jacen asintió. Se había tropezado con el nombre en varias ocasiones, en sus primeros estudios en la Academia Jedi y subsecuentemente en sus viajes a mundos que había visitado.

Pero aparentemente Ben y Nelani no estaban familiarizados con él. Arisster se volvió más hacia ellos.

—Era una Maestra Jedi al final de la Antigua República. Se alega que fue asesinada por las tropas clon como tantos de vuestra orden en aquella época. Era una twi'leko azul y los holos que han sobrevivido de ella la muestran como hermosa de cara y forma. Bueno, en su carrera, benefició a la gente de muchos mundos y entró en los ciclos folclóricos de varias culturas primitivas, donde a menudo aparecía con las figuras históricas locales o personajes de diosas. —Arisster perdió su concentración por un momento,

mirando en la distancia—. Incluso hoy, los inmigrantes educados de esas culturas escribirán ciclos ficticios acerca de ella, algunos de ellos sorprendentemente lujuriosos.

Devolvió su atención a los Jedi.

—Dígame, Jacen, ¿hace la gente lo mismo con usted? ¿Escriben historias sobre usted y le comparan con imposibles compañeros románticos?

Jacen ignoró la pregunta.

—¿Aayla Secura le dijo que hiciera esto?

—No. —Arisster negó con la cabeza tan vehementemente que sacudió al hombre atado a él—. Yo elegí hacer esto. Entonces Aayla Secura, o más bien alguien con su forma, vino hasta mí y sugirió que trajera a los Jedi para charlar.

Jacen le dirigió una mirada perpleja.

—¿Con qué propósito?

—Para entrar en el ciclo de su historia, desde luego. Yo soy un don nadie y me estoy muriendo. En seis meses, cánceres incurables en los pulmones y otros órganos, probablemente causados por la radiación de una fisura que experimenté en un viaje hace muchos años, me matarán. Nadie nunca oirá hablar de mí. Excepto que ahora tengo una pequeña pista de la inmortalidad literaria como hombre, un hombre humano normal sin pericia en el combate o habilidades en la Fuerza, que derrotó a un Jedi.

Arisster se inclinó para acercarse al transpariacero, mirando intensamente a Jacen.

—Quiero darle las gracias por estar aquí. Estoy seguro de que Nelani es una Caballero Jedi competente y leal, pero no es *famosa*. El ciclo de Jacen Solo será uno mejor al que estar fijado.

—¿Derrotarme, cómo?

—Al negarle un final feliz. —Arisster fue de contento hasta casi disculparse—. Este aparato en mi mano derecha es el detonador de la bomba atada a mi espalda. Por lo que aquí no me refiero a Haxan, sino al auténtico explosivo colocado entre nuestros cuerpos. Si suelto el detonador, explota. Y si está considerando utilizar sus poderes Jedi para agarrar mi mano, bueno, *demasiada* presión y explota. Otras cosas le harán estallar. Palabras claves que podría decir. Un silencio demasiado largo entre las palabras claves que se supone que tengo que decir. Una tecla presionada en un cuaderno de datos o una señal láser enviada por aliados que están vigilando estos acontecimientos.

—Ser famoso no le hará ningún bien si está muerto —dijo

Ben.

—Es verdad. Pero es algo que siempre quise y moriré sabiendo que lo he conseguido. Hablaré con ustedes hasta que se convenzan de no se me puede detener. Utilizarán trucos mentales Jedi, a los que ya sé que soy inmune, u otras técnicas, que no funcionarán. Entonces me colocaré en medio de esta multitud de turistas húmedos, asustados y oliendo a pescado y me detonaré a mí mismo.

—Eso es egoísta —dijo Nelani—. Destructiva y cruelmente egoísta.

Arisster resopló, divertido.

—Todas las decisiones son egoístas. ¿La suya de convertirse en Jedi? Probablemente está basada en su deseo de “mejorar la galaxia”, que es sólo otra manera de decir “imponer su idea de lo que está bien sobre gente que no esta de acuerdo con usted”.

—¿Qué pasa si le prometo hacerle famoso? —dijo Jacen—. Le daría mi palabra. Le llevaría conmigo como un compañero y le pondría en situación peligrosa tras situación peligrosa. Créame, no duraría seis meses en esa clase de circunstancias y podría en realidad hacer algo bueno antes de que muera.

Arisster parpadeó en dirección a él, obviamente cogido con la guardia baja.

—No había considerado eso. Pero… no.

—¿Por qué no?

—Bueno, podría estar mintiendo. Los Jedi mienten. También la enfermedad podría matarme antes, antes de que viese algo de acción. Y tercero, como un compañero, meramente sería una nota a pie de página y podría ser olvidado trivialmente. De este modo, estaré firmemente unido a cualquier recuento de su carrera.

—Ya veo.

Jacen se quedó en silencio, considerándolo cuidadosamente.

Ben pudo sentir una pena, una solemnidad creciendo dentro de Jacen. Su mentor no estaba haciendo nada para ocultarla y fluía de él a través de la Fuerza. Eso hizo que Ben se estremeciera y cruzó sus brazos como si lo hiciera contra un viento frío.

—Oh, por favor. —Arisster miró a Jacen fijamente para reprenderle—. No puede haber abandonado ya. No ha intentado ningún truco, al menos que esa oferta del compañero fuera un truco, y no ha rogado.

—No he abandonado —dijo Jacen. Había una débil tristeza en su voz—. ¿Puedo hablar con su cautivo, por favor?

—Desde luego.

Servicialmente, Arisster se giró, volviendo al otro hombre para que se enfrentara al Jedi. El hombre estaba pálido y parecía como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Su nombre es Haxan? —preguntó Jacen.

—Sí, Serom Haxan.

—Lo siento muchísimo, Serom.

Jacen comenzó a retroceder alejándose del acuario.

Ben y Nelani también retrocedieron, manteniendo el paso con Jacen.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Nelani.

—Lo que tengo que hacer.

Habían dado media docena de pasos antes de que Arisster se diera cuenta. Arisster se giró para enfrentarse a ellos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

—Colocarnos a lo que espero que sea una distancia segura —dijo Jacen.

Arisster se quedó allí, transfigurado, durante un largo momento, lo bastante largo para que los Jedi dieran otra media docena de pasos hacia atrás. Entonces se volvió como para cargar contra los otros cautivos.

Jacen alargó el brazo con la mano abierta y la apretó en un puño.

Arisster y Haxan desaparecieron, envueltos en una deforme bola de fuego.

El fuego y el humo llenaron el acuario y el crujir de la explosión rodó por la plaza. Pero, confinada como estaba por las paredes de transpariacero del acuario, hizo mucho menos daño a los oídos de Ben que la detonación del espaciopuerto.

Y el transpariacero *aguantó*. La pared cercana se combó hacia fuera ligeramente bajo la fuerza de la explosión, pero las otras tres meramente se distorsionaron durante un momento antes de volver a sus formas apropiadas y la mayor parte de la fuerza de la explosión fue canalizada hacia arriba.

Inmediatamente los Jedi cargaron hacia delante otra vez, por encima de la pared de transpariacero e intentaron ver a través del humo que oscurecía el contenido del tanque. Pero el humo ya era fino y se estaba elevando, y ellos pudieron ver a hombres y mujeres empezando a salir de entre las dañadas ruinas de la reproducción del centro de la ciudad de Lorrd. Ninguno de ellos parecía estar malherido. Ben vio humo en las caras y algo de

sangre de la grava rota.

—¡Equipos de emergencia! —gritó Nelani, haciendo gestos hacia Samran y sus agentes—. ¡Suban aquí arriba!

Los equipos de emergencia utilizaron un montacargas portátil para bajar a los médicos al tanque y empezar a sacar a los rehenes de Arisster desde su suelo. Ninguno se aventuró cerca de la terrible mancha de sangre que representaba la mayor parte de lo que quedaba de Arisster y Haxan.

Mientras tanto, a metros de distancia, Ben escuchó a Nelani y Jacen discutir de nuevo.

—¿Estás loco? —preguntó Nelani—. No exploramos ni una sola opción aparte de tu oferta de *Te convertiré en mi compañero*.

—No había opciones —dijo Jacen—. Él tenía razón. Había ganado. Lo único que podíamos hacer era limitar el alcance de su victoria. Eso significa limitarle a una vida en lugar de varias.

—No lo sabes. No intentamos…

—Pudiste sentir su determinación, su fortaleza. —El tono de Jacen la hizo estremecerse—. Había decidido morir hoy. Cuando uno decide morir, es difícil disuadirle.

—Haxan no había decidido morir.

—Es verdad. Pero iba a hacerlo, sin importar lo que nosotros hiciéramos.

—No…

—¿Para qué era la pistola láser, Nelani?

Eso la detuvo.

—¿Qué?

—La pistola láser que sostenía. ¿Para qué era?

—¿Para imponer obediencia?

Jacen negó con la cabeza.

—Tenía la bomba para eso. La bomba era todo lo que necesitaba y él lo sabía. Así que ¿para qué era la pistola láser?

—¿Para qué crees *tú* que era?

—Para dispararle a los rehenes, uno a uno, mientras la tarde pasaba. Para dispararles y reírse de nosotros por nuestra indefensión.

Ella consideró eso.

—Tal vez.

—Definitivamente. Y con el primero al que disparara, nuestra perdida, nuestro fallo, habría sido ya igual al que eventualmente nos enfrentamos: una vida inocente. Con dos disparos, estaríamos

peor de lo que estamos ahora. Y así.

Ella le miró durante un largo momento y Ben pudo ver en su expresión una trágica máscara de decepción y desilusión.

—Jacen, tienes un buen argumento para todo lo que haces. Pero mis entrañas me dice que estás haciendo mal.

—¿Tus entrañas o la Fuerza?

—Mis entrañas.

—¿Qué te dice la Fuerza?

—Nada. La Fuerza no me dice nada sobre lo que acaba de pasar.

—Entonces no era la elección equivocada.

Jacen se volvió para dirigirse de nuevo hacia el deslizador Jedi.

capítulo veintiocho

Con el significado de las borlas ofreciendo pistas a los Jedi pero ningún camino claro a seguir y con la lanzadera de la Estación Toryaz y el misterio de los encuentros terroristas relacionados con los Jedi continuando en Ciudad Lorrd, Jacen aplazó su partida de Lorrd.

Y fue sólo un día más tarde cuando los misteriosos encuentros continuaron.

Primero, por la mañana, las Fuerzas de Seguridad de Lorrd recibieron una comunicación anónima de que la hija secuestrada de una prominente mujer de negocios estaba siendo retenida en los túneles de vapor bajo la Escuela de Diseños Conceptuales. Los operativos de seguridad, después de escanear planos de los túneles, no encontraron un acceso que les diera una aproximación a la sala de la prisión de la niña sin hacer que la mataran. Así que los Jedi fueron llamados.

Examinando los mismos planos, Jacen notó que el diámetro de una de las tuberías de vapor, mientras que insuficiente para un hombre o una mujer totalmente crecidos, sería un acceso ancho para un adolescente de tamaño normal. Así que las fuerzas de seguridad hicieron que se cortara el vapor en esa tubería y, después de que se enfriara, Ben se arrastró por ella, abriéndose camino para salir de la tubería en un punto apropiado, dejándose caer en la sala de la niña secuestrada y defendiéndola contra todos los que llegaban durante los tres minutos que entonces le llevó a Jacen, Nelani y las fuerzas de seguridad entrar en tromba y

asegurar el escondite.

El jefe del secuestro, un radical frustrado que quería reemplazar el gobierno planetario de Lorrd por algo dirigido por droides de análisis legal lógicos y que no sentían pena, murió durante el ataque, pero sus aliados supervivientes dijeron que la niña se le había aparecido en sueños y le había recomendado el secuestro en primer lugar.

Más tarde ese día, un hombre vestido con ropajes de estilo Jedi y llevando un sable láser que no funcionaba de la era anterior a las Guerras Clon que había robado de un museo, escaló hasta la cima del edificio de administración principal de la universidad y se encaramó allí, amenazando con saltar para morir a menos que fuera admitido en la orden Jedi. Jacen, Nelani y Ben fueron a tratar con la situación. Jacen subió hasta la cima para hablar con el hombre mientras que los otros dos permanecieron a nivel del suelo.

Como resultó, el desesperado aspirante a Jedi no tenía ninguna sensibilidad a la Fuerza y no podía obligarse a pensar que la sensibilidad a la Fuerza no se pudiera enseñar. Consciente del deseo de Nelani de que él hablara más las cosas con la gente desesperada que provocaba tales encuentros, Jacen discutió educada pero infructuosamente con el hombre durante más de una hora.

—Dígame —dijo el hombre finalmente— cómo hace sus trucos Jedi, *un* truco Jedi, o saltaré de este tejado.

—Estoy cansado de hablar y no tengo la energía para mentir convincentemente justo ahora —dijo Jacen—. Siga adelante y salte.

El hombre lo hizo.

Nelani, ayudada por Ben, le cogió, ralentizando su descenso con la Fuerza, y lo peor que sufrió por su caída a plomo de veinte pisos fue un tobillo roto. Los agentes de seguridad se lo llevaron a toda prisa para la evaluación médica y sin embargo él gritaba que los Jedi le habían traicionado.

Pero Nelani abrazó a Jacen, cuando él llegó otra vez al nivel del suelo, por hacer todo lo que pudo para disuadir al hombre de una mala decisión.

Mientras estaban allí, con los agentes de seguridad manteniendo a la multitud y a la prensa bajo control, un comunicador pitó. Jacen y Nelani suspiraron y alargaron las manos hacia sus respectivos aparatos de comunicación… pero era

el de Ben el que había sonado. Él lo sacó de su bolsillo.

—Aquí Ben Skywalker… ¿De verdad? ¿Se resistió? De acuerdo, estaremos allí en media hora o así. —Buscó la cara de Jacen para obtener una confirmación, consiguió un asentimiento y concluyó—: Corto.

—¿Sabes? —dijo Jacen—, mientras más actúas como un Caballero Jedi, más probable es que tu padre te envíe lejos para acabar con una insurrección planetaria o explorar el misterio de un Holocrón Sith.

Ben enrojeció.

—Esto era la cosa por la que me he estado comunicando con él.

—¿Él?

—El teniente Samran. Esa mujer apareció. Brisha Syo.

—¿La piloto de la lanzadera?

—Sí. Está bajo custodia.

—Vamos.

Jacen lideró la carrera hacia el deslizador.

La mujer humana sentada sola en la sala de interrogatorios de seguridad no parecía una criminal, al menos en la superficie. Vestida con un mono púrpura que sugería dinero y una preferencia por la simplicidad, tenía más o menos la misma edad de los padres de Ben, en el punto álgido de una mediana edad vigorosa. Era esbelta, con músculos bien definidos que sugerían una vida activa, y tenía el pelo oscuro, ligeramente rizado y cortado corto en un estilo fácil de mantener.

Sus rasgos eran finos y era atractiva. Su belleza era muy afable. Parecía como la clase de mujer que había sido una recepcionista en una tienda o en un hotel en su juventud y todavía llevaba los manierismos de esa profesión. Sola en la sala de interrogatorios, no parecía aburrida, pero parecía estar esperando impacientemente el momento en el que pudiera empezar a interactuar con otros de nuevo.

La sala en la que esperaba mostraba un panel reflectante por un lado que le mostraba a ella una superficie de espejo, mientras que los Jedi, en el otro lado, podrían mirar a través de él como por un ventanal. Ben tenía la inquietante sensación de que ella se estaba conteniendo para no mirar a los Jedi, de que en cualquier momento ella levantaría la vista y cruzaría su mirada con uno de ellos, a pesar de la imposibilidad física de que ella les viera. Ben

sabía que era mejor no asumir que su buena imagen y su apariencia amistosa significaban que ella era una buena persona. Su educación le había cimentado en principios de lógica y de la Fuerza y ambas disciplinas sabían que una apariencia atractiva podría ocultar malevolencia. Sin embargo, él no detectaba ninguna en ella.

—Quizás simplemente no se está sintiendo como si estuviera perdiendo los nervios justo ahora —dijo Jacen.

Ben levantó la vista hacia él.

—¿Huh?

—Tus pensamientos están muy en la superficie. Sin embargo, son buenos pensamientos. Te mantienes concentrado. —Se encogió de hombros—. Entremos.

Un guardia de Seguridad de Lorrd les dejó entrar en la sala de interrogatorios. Jacen esperó hasta que el guardia hubiese salido, entonces se sentó e hizo un gesto para Nelani y Ben hicieran lo mismo. Ocuparon las sillas en el lado opuesto de la mujer en la mesa.

—Hola —dijo ella con voz cálida—. Jedi Solo, Jedi Dinn, joven Skywalker.

—Nos conoce —dijo Jacen.

—Desde luego. He estado entrometiéndome en sus asuntos durante algún tiempo.

—Lo admite.

—Admito eso, sí.

—Admite incitar a la gente a actos de violencia y terrorismo.

—Ciertamente no.

—Entonces está negando que tiene algo que ver con las acciones de Ordith Huarr, Movac Arisster, la Liga de Liberación Logística de Lorrd y… —Jacen frunció el ceño tratando de recordar.

—Borth Pazz, candidato Jedi —dijo Ben.

—No, admito eso. Ciertamente.

Jacen le dirigió una mirada exasperada.

—Su confesión y su negación son mutuamente exclusivas.

El humor de la mujer comenzó a alterarse de alegre a irritado.

—Desde luego que no lo son. Estar involucrada no es lo mismo que ser culpable. ¿Quién te enseñó a pensar, chico? Ciertamente que no fue tu madre. Ella es más brillante que eso.

—Deje a mi madre fuera de esto. —Entonces se entregó a la curiosidad—. ¿La conoce?

—Nos hemos encontrado.

—¿Entonces cuál es su historia? Una historia que mágicamente la involucra en todas las tragedias que he mencionado y sin embargo la deja sin culpa.

—Soy sensible a la Fuerza.

—Estoy sorprendido.

Finalmente las maneras de la mujer se volvieron frías, hostiles.

—El sarcasmo es inapropiado. Eso son malos modales. Si quieres que continúe, te disculparás por tu rudeza.

—Estás loca.

—Entonces puedes irte al infierno.

Ella se calló.

Jacen dejó que el silencio creciera entre ellos.

—Me refrenaré para no interrumpirte con el propósito de mantener los puntos conversacionales —dijo él finalmente.

—Bien por ti.

Ella volvió a callarse y esperó.

Jacen suspiró.

—Me disculpo por mis modales. Por favor continúa.

—Soy sensible a la Fuerza y en mis sueños oigo a la gente planear acciones malvadas. “Mataré a esa mujer”. “Les haré entender y si no lo hacen, los mataré a todos”. Pero son *sueños*. Sé que están anclados en la realidad, pero cuando despierto, no todos los detalles están disponibles para mí. Así que en mis sueños, les he estado diciendo “Trae a los Jedi. Tu victoria será mayor si derrotas a los Jedi. Nunca serás famoso si no puedes ser más listo que los Jedi”. Esa clase de cosas.

Ben miraba como Jacen se callaba, considerando las palabras de la mujer durante un largo momento. Ben sabía que cada Jedi experimentaba la Fuerza, incluyendo los posibles eventos futuros que la Fuerza les había mostrado, de manera diferente. Supuso que alguien podía experimentarlos como sueños.

—¿Cómo estás involucrada en los sucesos en la Estación Toryaz? —preguntó Jacen.

—Estaba allí para observarte. Utilicé mis artes para mantenerme fuera de la vista de los Jedi y las fuerzas de seguridad de la estación y espiarte. Entonces, cuando todo fue mal, decidí que necesitaba salir de en medio hasta que ese lío se aplacara por el momento. Dejé algo para que te llevara hasta mí…

—Las borlas.

—Sí, desde luego.

—Tenías mucha confianza en que me llevarían hasta ti.

Ella asintió.

—Sabía que una te hablaría a ti y sólo a ti. Y por mis propias investigaciones ya sabía que esta colección de borlas inevitablemente apuntaría hacia la doctora Rotham en Lorrd para ser descifradas. Cualquiera de los otros llamados expertos en la materia eventualmente te enviaría a ella. Así que estarías aquí, antes o después.

—Mataste al capitán de seguridad, Tawaler.

Ella negó con la cabeza.

—Vi cómo le mataban, desde cierta distancia. Una figura encapuchada le envió al espacio a través de una escotilla. Sabiendo que las investigaciones Jedi llevarían a esa escotilla, elegí dejar las borlas allí. Entonces salí caminando del Hábitat Narsacc antes de que las medidas de seguridad cerraran el corredor con la estación principal.

—Y por casualidad terminaste en la misma lanzadera en la que los soldados llegaron a la estación.

—No fue una coincidencia. Utilicé mis propias fuentes para seguirla. Para nada fue muy difícil, dado que asumí que iría al sistema de Corellia. Y ahí estaba, aparcada en el espaciopuerto principal de Ciudad Coronita. Confronté a su piloto, pero él me atacó más que responder a mis preguntas, y me vi forzada a matarle. Lo que me dejó en posesión de la lanzadera. Cuando repasé sus números de identificación, encontré que había sido robada en Commenor hacía unos cuantos días y el título había sido conferido a su aseguradores después de que hubiesen pagados su valor a la compañía a la que le había sido robada. Yo se la compre a ellos, limpia y legal.

—¿Cómo mataste al piloto? —preguntó Jacen.

—Con mis manos desnudas. Y le enterré. No tenía sentido involucrar a las autoridades de Corellia… cuando las autoridades de Corellia eran las que enviaron esos asesinos para arruinar la reunión en la Estación Toryaz en primer lugar.

—Lo estás asumiendo.

—Lo estoy concluyendo, basada en las evidencias.

—Y entonces viniste aquí, porque sabías que las borlas llevarían al Jedi que las encontró hasta aquí a Lorrd.

Ella negó con la cabeza.

—No *al Jedi que las encontró*. A ti.

—Casi terminas con mi hermana investigando su origen.

—No lo creo. En toda la galaxia, sólo tú, Jacen Solo, estarías lo suficientemente intrigado para seguirlas todo el camino hasta aquí y más allá.

—¿Por qué yo?

—Porque sólo tú podías leer y entender una de las borlas. Sólo tú podías detectar su significado. Y de ese modo demandarías ser el que las investigase.

Ben estudió la cara de Jacen. Su mentor no revelaba nada con su expresión. Pero Ben recordó que había una borla que Jacen había sido capaz de traducir cuando incluso la doctora Rotham no había podido, la del mundo Sith. Sintió un pequeño escalofrío de incomodidad.

—De acuerdo —dijo Jacen—, pongamos esto en alguna clase de contexto. Oigamos tu historia desde el comienzo.

—¿Desde el comienzo? ¿Desde cuando era una niña pequeña?

—Claro.

—No, aquí no. Te la contaré en mi casa.

—¿En Commenor?

—No. En mi auténtica casa, en un planetoide en un sistema estelar cerca de Bimmiel. No está lejos de aquí, en cuanto a distancias galácticas se refiere. Podemos coger tu lanzadera o la mía.

—No, gracias.

—Entonces no vas a conseguir más respuestas.

—Y tú te pudrirás bajo custodia aquí durante bastante tiempo.

Brisha Syo le ofreció una sonrisa fría.

—No lo creo. ¿Por qué cargo sería detenida? Lo mejor que podrías conseguir sería sospechosa de complicidad en el incidente de la Estación Toryaz. Hay suficientes evidencias ahí para empezar a reunir un caso… pero no suficientes para negarme la libertad mientras la maquinaria del sistema de justicia rechina todo el tiempo. Pasaré un día en la cárcel, entonces seré liberada y se me ordenará permanecer en Lorrd mientras las cosas se investigan. Tener que quedarme en este planeta educacional y adorable no es exactamente lo que yo llamaría pudrirme. Y mientras tanto, tú no consigues más información.

—Podría decidir simplemente que eres culpable de conspiración para cometer asesinato y luego matarte.

La sonrisa de la mujer no vaciló.

—No, no podrías.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Primero, la Fuerza no te está diciendo que soy culpable. Lo sé porque no lo soy. Dudo que asesines cuando ni siquiera la Fuerza me está definiendo como malvada o como una amenaza. Segundo, para matarme primero tendrías que matar a Nelani aquí. ¿Verdad?

Jacen y Nelani intercambiaron una mirada. La cara de Jacen estaba tan libre de emoción como lo había estado durante la mayor parte de la entrevista. La expresión de Nelani, difícil de leer, tenía elementos de determinación y tristeza en ella. Sin embargo, Ben pudo sentir sus emociones, desnudas y al descubierto: una esperanza de que Jacen tomara "la decisión correcta", una sombría determinación de enfrentarse a él si no lo hacía, una subyacente atracción por Jacen que era crecientemente triste.

Ben se retiró de esa subida de sentimientos. Eran demasiado complicados, demasiado entremezclados. Le perturbaban.

Jacen se puso en pie.

—Hablemos fuera —le dijo a Nelani y Ben y se fue.

Ellos le siguieron.

—Voy a visitar su casa —dijo él, una vez que estuvieron en el corredor.

Nelani negó con la cabeza sin apartar los ojos de Jacen.

—¿Por qué?

—Tengo que saber cómo me habló a través de las borlas —dijo él—. ¿Sabe algo acerca de mí que yo mismo no sé? ¿O es un método que podría utilizar en otros Jedi, tal vez para atraerlos a trampas? Simplemente no puedo ignorar esto, o asumir que el encarcelarla eliminaría el riesgo que puede representar.

—Pero es una trampa —protestó Ben.

Jacen le dirigió una mirada desdeñosa.

—¿Una trampa para hacer qué?

—Bueno… matarte, creo.

—Ben, ella ha sido capaz de arrastrarme a varias escenas diferentes de violencia en los últimos días y sabe mucho acerca de los Jedi y la Fuerza. Si fuera a matarme, ¿no habría sido suficiente una de esas situaciones? Coloca suficientes explosivos en el acuario y estaríamos todos muertos. Encuentra un droide de combate francotirador para dispararme desde medio kilómetro… yo no sentiría ningún intento emocional. Había buenas

oportunidades de que tal plan tuviese éxito. ¿Por qué arrastrarme hasta algún planetoide?

—No lo sé. —Algo acerca de la certidumbre de Jacen enfadó repentinamente a Ben—. Y tú tampoco. Sólo porque no puedas figurarte en qué está metida no significa que no sea malo.

—Ben tiene razón —dijo Nelani—. La historia de la mujer es demasiado extraña y complicada, de manera que tiene que haber importantes mentiras, o al menos omisiones, en ella. Ir adonde ella está al mando del medio es simplemente una mala idea.

—De todas maneras, voy a hacer justo eso.

Nelani pareció incluso más descontenta.

—Entonces yo voy contigo.

Jacen negó con la cabeza.

—Eso está fuera de tu jurisdicción.

—Yo no tengo una jurisdicción. Simplemente estoy asignada para vivir en Lorrd. Está bien para mí investigar algo tan cercano como Bimmiel. Especialmente si involucra la seguridad de otro Jedi y un misterio que involucra el mundo Sith de Ziost. ¿Crees que el Maestro Skywalker pondría objeciones a que yo fuera? Sospecho que él insistiría en que fuera.

—De acuerdo. —Jacen se encogió de hombros—. Sólo pensé que es una mala idea que tú fueras.

—¿Eso es la Fuerza hablándote o tus entrañas?

Finalmente él sonrió.

—Mis entrañas.

SISTEMA CORELLIANO, SOBRE TRALUS

Leia, llevada al puente del *Dodonna*, se maravilló como siempre lo hacía de los extravagantes espacios abiertos del área de mando del estilo de un destructor estelar. Aunque los transportes de batalla clase *Galáctica* habían sido diseñados después del declive del Imperio, de hecho después de la caída de la Nueva República, preservaban el diseño básico de los puentes de los destructores estelares de la era imperial, con la pasarela principal alargándose desde la entrada principal hasta los gigantescos ventanales delanteros, con los puestos de los oficiales y de datos en el nivel inferior a la derecha y a la izquierda de la pasarela elevada.

La almirante Tarla Limpan, flanqueada por los omnipresentes ayudantes y consejeros que estaban garantizados junto a cualquier oficial naval de rango superior, caminó hacia delante

enérgicamente mientras Leia se movía por la pasarela del puente. Una mujer de la especie duros, tenía la piel gris verdosa y los rasgos faciales que parecían como una simplificación de dibujos animados de los de un humano: grandes ojos rojos sin iris o pupilas visibles, una boca casi sin rasgos y un espacio ancho y vacío donde debería haber habido una nariz entre ellos. Ella sonrió y extendió sus largos brazos para tomar la mano de Leia entre las suyas, estrechándola entusiastamente.

—Señora Organa Solo —dijo—. ¿Cómo debería dirigirme a usted? ¿Princesa, senadora, jefa de estado? Debe dejarla muy cansada, llevar tantos títulos y honores.

Leia sonrió, desarmada por la manera informal y la energía de la almirante.

—Bueno, todos esos títulos deberían empezar con *antigua*. Ahora soy sólo una Caballero Jedi y a veces una consejera diplomática. Llámeme Leia.

—Yo soy Tarla. Excepto por esos raros momentos cuando debo ser almirante. Se me informó que estaba usted en el sistema corelliano, manteniendo las líneas de comunicación abiertas con el nuevo Primer Ministro. Y eso es algo bueno. —Tardíamente ella soltó la mano de Leia—. ¿A qué debo el placer de este encuentro? Y debo añadir que sentí una cierta tristeza al verla llegar sola, en una lanzadera. ¿Algún día podría hacerme la gracia de presentarme a su marido y a su famoso transporte?

—Desde luego. Pero Han, en este momento, está fuera visitando a una vieja guarida de contrabandistas, intentando tener una idea del tráfico del mercado negro y lo que significa en la crisis actual. —Eso era una flagrante mentira, pero era una que alguien de cualquier lado encontraría difícil de refutar. Nadie conocía qué contactos podría o no podría estar consultando Han, y nunca lo harían, tan aislada y secreta como la sociedad informal de los contrabandistas tendía a ser—. Estoy aquí sólo de visita, en cualquier momento que le venga bien, y tal vez conseguir una visita a su nave. No había visto uno de los nuevos transportes de batalla tan de cerca.

Era otra mentira. Estaba aquí arriba con la esperanza de que al estar en el lugar correcto en el momento adecuado podría, aunque ligeramente, ser capaz de mejorar las oportunidades de que su marido sobreviviría a las próximas pocas horas.

—Estaré encantada de complacerla. Permítame presentarle a mi ayudante. Le ofreceré voluntario para que la acompañe en la

visita y luego usted y yo podemos charlar…

CORONITA, CORELLIA

—¿Circuitos de trazados de rutas?

La voz femenina sonaba igualmente fuerte en ambos oídos de Han y tenía un tono puro y verdadero. Han negó con la cabeza. Debía ser agradable tener un vehículo donde cada componente era nuevo y perfecto, como el bombardero YT-5100 clase *Grito* cuya cabina ocupaba.

Por otra parte, algo así de nuevo y brillante carecía de espíritu. El *Halcón Milenario* tenía espíritu en abundancia y recuerdos anclados en cada superficie. En comparación, este Grito era una… máquina.

—¿Circuitos de trazados de rutas? —dijo la voz otra vez.

Su persistencia sacó a Han de golpe de su ensoñación. Escaneó los paneles de control delante de él.

—Noventa y nueve punto siete tres dos —dijo él.

—¿Producción de energía?

—Ciento dos punto tres por ciento de la clase estándar, noventa y cuatro punto ocho por ciento de registro, noventa y nueve punto nueve por ciento de estándar individual.

Lista de comprobaciones. ¿Cuánto había pasado desde que había tenido que hacer una lista de comprobaciones para una autoridad militar?

—¿Asistencia táctica droide?

—Tres nodos de inteligencia artificial funcionando óptimamente, pero todos están hablando dosh.

—Está bromeando.

Han hizo una mueca de dolor.

—Lo siento. Pensé que estaba hablando con un droide.

—Me lo dicen muy a menudo. ¿Presión atmosférica?

—Nivel del mar estándar en Corellia uno punto cero cero cero tres, y cero variación de la lectura de la presión cuando empezamos esa lista de comprobación.

—Completado. Está listo para el lanzamiento. Rehabilitando líneas de comunicación con Pantera Uno.

Hubo el más débil de los clicks y entonces Han oyó la voz de Wedge.

—He oído que finalmente estás listo para unirte a la operación.

—Las malditas listas de comprobación duran una eternidad. En un vehículo real, puedes *sentir* qué está bien y qué está mal.

—No te sientas culpable. Me diste tiempo para echarme una siesta.

—Sospecho que la necesitabas.

—¿Listo para el lanzamiento?

—Listo.

En realidad, Han no se sentía enteramente listo. Por lo menos, estaba empezando a cuestionarse su papel en esta operación. Leia se lo había cuestionado hacía días, se había resignado a ello y había apoyado a Han con su decisión desde entonces. Ahora las dudas de ella finalmente vagaban por su cerebro: ¿era la mejor idea para él unirse a esta misión, teniendo que entrenar para ella en secreto?

Por otra parte, ¿cuándo se había él decidido en contra de algo sólo porque fuera una mala idea? No en cuarenta años o así y rara vez antes de eso. Hacer las cosas incluso aunque fueran malas ideas le habían dado una amistad de por vida con un wookiee noble, le habían conseguido una esposa con la que ninguna otra mujer en la galaxia podría compararse…

…habían hecho que le apaleasen mucho…

—Lanzamiento —dijo Wedge.

Han conectó los impulsores y puso al Grito en un paso tan ascendente como era posible, yendo en un auténtico ascenso vertical en dos segundos. A través de su ventanal delantero, los cielos azules de Corellia dieron paso en un sorprendente breve momento al espacio negro decorado con estrellas que no parpadeaban.

Miró a su panel sensor. El Grito de Wedge estaba justo a su lado. Era imposible decir cual de ellos iba delante. A una altitud de cuatrocientos kilómetros por encima del suelo, medir la diferencia de un metro o menos era ligeramente problemático.

Mientras la gravedad se convertía en microgravedad, Han sacó la primera etapa de su viaje y envió ese curso a su ordenador de navegación. Sin esperar a la confirmación de Wedge, pasó la lista de comprobación del prehiperespacio del Grito y, tan pronto como estuvo lo bastante lejos de Corellia, saltó.

El Grito de Wedge entró en el hiperespacio en el mismo momento.

Han retorció su boca en una mueca de dolor de desaprobación. Wedge era *tan* competitivo. Su misión iba a ser

complicada por Wedge intentando estar delante y Wedge intentando ser el que disparara mejor y Wedge intentando trazar la ruta más eficiente.

Bueno, Han simplemente tendría que mostrarle quién era mejor.

capítulo veintinueve

SISTEMA ESTELAR MZX32905, CERCA DE BIMMIEL

En la pantalla a máxima magnificación, el hogar de Brisha era una protuberancia hemisférica gris claro, una mancha en una superficie irregular gris oscuro. Cuando Jacen bajó la pantalla a una magnificación media, pudo ver la totalidad del asteroide como una sombra oscura en medio de un mar de estrellas y, más allá de él, el pequeño brillo sucio anaranjado del sol del sistema estelar, no lejos del sistema Bimmiel, cuyo quinto planeta era notorio por su población de slahrats y por ser el lugar en una antigua expedición de reconocimiento yuuzhan vong.

Nelani, revoloteando alrededor del hombro de Jacen, miró al asteroide de Brisha.

—Encantador —dijo. Se volvió de nuevo hacia Brisha, que se reclinaba en el asiento detrás de la posición del copiloto. Ben era el copiloto en este viaje—. Puedo imaginarte disfrutando día tras día aquí, sentada en la orilla del lago, viendo los gloriosos amaneceres y puestas de sol…

La cara de Brisha estaba reflejada en el transpariacero del ventanal delantero y Jacen la vio ofrecerle a Nelani una sonrisa que estaba sólo un paso por debajo de la condescendencia.

—Es privado —dijo ella—. Me gusta la privacidad.

Jacen las ignoró e ignoró las lecturas del sensor ante él. En su lugar, se concentró en sentir la Fuerza.

En ese planetoide, había algo activo dentro de la Fuerza, algo

fuerte y vibrante… pero no vivo. Jacen había sentido una vez algo como eso cuando, en una hora de descanso en una visita a un arrecife de coral muerto, había intentado sentir la Fuerza y había tenido éxito. Ese arrecife había contenido débiles sentimientos, como recuerdos débiles y borrosos de la acumulación de vida que lo había creado. Lo que ahora estaba ante él era más fuerte, más complicado, con más personalidad… y había mucha energía del lado oscuro en su vigor.

—Es un gran asteroide de acero —anunció Ben—. Tiene una pequeña gravedad, pero no lo suficiente para una atmósfera. Vamos a estar flotando mucho por ahí.

Brisha negó con la cabeza.

—El hábitat tiene gravedad artificial. Los generadores se conectarán una vez que tu lanzadera esté atracada.

—Auug.

El de Ben era un ruido de exasperación. Jacen sonrió. Imaginaba que el chico había estado esperando con impaciencia un medio de baja gravedad.

La bahía de atraque era lo bastante grande para contener cuatro lanzaderas, o el *Halcón Milenario* y una o dos naves más pequeñas. La entrada estaba en la base de un hábitat de diez pisos de altura. Dentro, la bahía era diáfana, con la pared exterior curvada y las paredes interiores angulosas, dándole una forma casi trapezoidal. Las paredes estaban ribeteadas de metal pintado de un tranquilizante azul cielo y todo estaba remarcablemente limpio.

Mientras la lanzadera de Jacen se posaba en su lugar en el amarradero más cercano a las puertas del hábitat propiamente dicho, las grandes puertas de la bahía se deslizaron lateralmente hasta su lugar tras ellos. Jacen se sintió a sí mismo hundirse más en su asiento mientras la gravedad artificial se ajustaba. Sin que se lo pidieran, Ben ajustó la propia gravedad correspondiente de la lanzadera, como un ejercicio, e hizo un buen trabajo al mantener la gravedad cerca del estándar de Coruscant. Jacen le dirigió un asentimiento de cabeza aprobador.

Pero la mente de Jacen estaba en otro lugar, con parte de él todavía buscando la fuente de la energía de la Fuerza que sentía.

Él vio a Brisha sonreírle en la reflexión del ventanal.

—Todas las respuestas que estáis buscando están dentro —dijo ella.

Jacen asintió.

—Lo que no es lo mismo que decir que todo lo que *queremos* está dentro… o que nosotros estamos a salvo dentro.

—Correcto —dijo Brisha.

Ella se levantó.

Un corredor flexible se unió a la escotilla exterior. Dentro, el aire estaba frío, pero pequeños remolinos de aire cálido se movían a través de él, una evidencia de que los calentadores del hábitat comenzaban su trabajo.

El pasillo, de un blanco crema y sin rasgos en el interior, les llevó hasta un corredor del mismo azul cielo que el interior de la bahía. Jacen sospechaba por la curvatura del corredor que era un círculo completo alrededor del hábitat, dando acceso a las habitaciones por encima que daban a la pared exterior.

Ben miró a su alrededor, parpadeando.

—Está realmente limpio. Pensé que esto era un puesto minero.

Brisha negó con la cabeza.

—No, era el hábitat de administración para la compañía minera. Los administradores y sus familias vivían aquí, como lo hacían las familias de varios de los oficiales más importantes de la compañía. Y cuando los representantes de los dueños de la compañía venían de visita, había grandes salas donde podían tener fastuosas cenas y entretenimientos. Este lugar era más como un hotel que un campamento minero.

—En términos de diseño, es como un antiguo modelo de Puesto de Mando Móvil Sienar —dijo Jacen—, pero más antiguo. Tal vez siglos más viejo. —Ante el asentimiento de Brisha, él continuó—: Habría sido montado en el espacio, cerca de dónde iba a ser instalado originariamente. Los remolcadores lo habrían colocado sobre columnas de los cimientos construidos en su zona de aterrizaje. Pero era una pieza valiosa de equipamiento. Cuando la operación terminase, sus agarres de los cimientos habrían sido liberados y habría sido arrastrado hasta su próximo puesto. No dejado aquí.

Brisha le lanzó una sonrisa de ánimos y luego se volvió y abrió el camino a lo largo del corredor.

—Es muy cierto. No, el último administrador aquí lo arregló para que el hábitat fuera abandonado cuando la operación de minería dejó este campo de asteroides. Para que fuera dejado

atrás… y olvidado.

En el primer corredor que atravesaba, ella giró a la izquierda, hacia el centro del hábitat, y los otros la siguieron. Las paredes azules continuaron, interrumpidas por puertas adecuadas para habitaciones privadas o pequeñas oficinas. Las puertas eran curvadas en la parte alta, un elemento de diseño anticuado.

Jacen aligeró su paso para alcanzar a Brisha.

—Eso es mucho que arreglar. Esto habría sido mucho dinero para que una compañía simplemente lo olvidara.

—Sí, lo es. —Brisha parecía estar de acuerdo—. Pero el administrador que lo arregló fue capaza de dar con los sobornos adecuados y de persuadir a la gente para que mirase a otro lado. Era, después de todo, un Sith.

Brisha ignoró cualquier otra pregunta hasta que llegaron a un turboascensor cerca del centro del hábitat y subieron cuatro pisos. Este se abrió a una sala circular de veinte metros de diámetro. El techo estaba a quince metros por encima, una superficie curva hecha de una ancha capa de transpariacero. Arañada a lo largo de los siglos por los impactos menores de meteoritos que parecían congelados en su lugar, todavía estaba lo bastante clara para mostrar un glorioso campo de estrellas más allá.

La propia sala podría haber sido una extensión de las habitaciones de la doctora Rotham. Sus paredes estaba llenas de estanterías y había pequeñas pasarelas a lo lardo de las estanterías a intervalos de tres metros de altura, con escaleras de metal negro que proveían acceso entre las pasarelas. Las estanterías estaban llenas de libros, rollos de plastifino, hologramas parpadeantes, estatuas, arte cinético, e incluso, según vio Jacen, la cabeza de un rodiano metida en un bote, con su hocico parecido a un embudo apuntando directo hacia las puertas del turboascensor por las que habían entrado. Había muebles en el nivel del suelo, principalmente largos sofás oscuros. Parecían duros y poco acogedores, pero Jacen los reconoció como nuevos de esos cuyas superficies se inflaban y desinflaban de acuerdo con los movimientos y posturas de aquellos que se sentaban en ellos.

La habitación simplemente apestaba a energía de la Fuerza, energía del lado oscuro. Pero tan fuerte como era, esta no era la fuente de todo el poder, toda la influencia oscura que Jacen había estado detectando desde que llegaron. Esa descansaba bajo ellos, a una gran distancia.

¿Por qué el poder del lado oscuro siempre parece provenir de las profundidades?, se preguntó. *¿Hay algo intrínseco que lo asocia con los lugares profundos, los barrancos y las rendijas?* Incluso después de décadas de estudio, nunca lo había descubierto.

Mientras Jacen estaba en pie en la puerta del turboascensor, recogiendo las sensaciones del poder de la Fuerza como un hombre hambriento catalogando los olores de un restaurante, Nelani se movió hasta el centro de la habitación, con su mano en la empuñadura de su sable láser en su cinturón. Ella habló con voz artificial y burlescamente ligera.

—Así que eres alguna clase de Sith.

Brisha negó con la cabeza y se movió para dejarse caer en el cercano sofá, con su espalda apoyada en un lado. El sofá gruñó bajo su peso. Ella se inclinó hacia atrás, con una postura negligente, y estiró los brazos por encima de su cabeza.

—No. Si prestas atención a lo que estás sintiendo, puedes detectar el lado luminoso aquí, al igual que el lado oscuro. En esas reliquias y en mí.

Jacen no podía estar seguro de si la última aseveración era verdad. Brisha no había manifestado ninguna clase de energía de la Fuerza más allá de la energía con la que todos los seres vivos, aparte de los yuuzhan vong, resonaban. Pero él podía detectar pequeñas olas de energía del lado luminoso aquí, entremezcladas con el lado oscuro.

—¿Entonces cómo te defines a ti misma? —preguntó él.

Él se movió hacia delante, dividido entre la curiosidad, parte de él quería correr entre las estanterías mirando cada objeto por turnos, y la precaución.

—Una estudiante —dijo Brisha—. Una estudiante de la Fuerza en todos sus aspectos. Y sí, me he concentrado en el conocimiento de los Sith… en utilizar sus técnicas sin avaricia, sin autointerés, para hacer que las cosas sean mejores, del mismo modo que los mejores Jedi utilizan las técnicas del lado luminoso.

—Entonces has sido corrompida —dijo Nelani.

Brisha le dirigió una mirada compasiva.

—Eres tan joven. Nelani, de los que empuñan la Fuerza *todos* se enfrentan a una posible corrupción y muchos de ellos se entregan a ella. Es sólo la forma que toma la corrupción del lado oscuro y la del lado luminoso lo que difiere. El seguidor del lado luminoso corrupto se vuelve inflexible, tan gobernado por las

reglas y las costumbres que ya no pueden pensar, ya no puede sentir, ya no puede adaptarse. Fue eso lo que destruyó a los Jedi al final de la Antigua República.

—Hay algo de eso —admitió Jacen—. No eres la primera persona a la que he oído sugerir esa clase de osificación. Pero eso no prueba que el uso prolongado del lado oscuro no lleve inevitablemente a la corrupción.

Brisha suspiró, exasperada, y cruzó sus brazos ante ella.

—¿Qué es la corrupción, Jacen? Un seguidor de la línea dura del lado luminoso dirá que cualquier uso de la Fuerza para obtener algo personal es "corrupto". Pero alguien que mezcla el altruismo con el autointerés en una medida muy humana, a lo largo de un periodo de décadas, no es corrupto. Él o ella sólo se está comportando de acuerdo con la naturaleza de la especie.

Ahora ella, más que los objetos en las estanterías, tenía la atención de Jacen. Él se movió para colocarse ante ella.

—Explica eso.

—Me encantaría. Pero primero, algo de contexto.

Jacen oyó suspirar a Ben. Jacen sonrió y la sonrisa de Brisha igualó la suya. Ben se comportaba tan bien como cualquiera podía esperar, pero su impaciencia con las preocupaciones de los adultos tales como proveer un contexto para un asunto complicado igualaba la de cualquier adolescente.

—Este planetoide —dijo Brisha— fue poblado mucho antes de que vinieran los mineros. Una especie de criaturas se instaló aquí. Los cuerpos disecados que he encontrado en las profundidades y señales que he visto a través de la Fuerza, indican que eran semejantes a los mynocks: basados en el silicio, invertebrados, subsistiendo de la radiación estelar y de los materiales de silicatos. Los de aquí evolucionaron o mutaron a una especie inteligente, durante cuántos milenios no puedo especularlo, y desarrollaron una sociedad que involucraba herencias culturales y estratificación como la que vemos en las culturas humanas.

Jacen asintió.

—¿Y los restos de energía de la Fuerza que estoy sintiendo se originó con ellos?

—Sí. Sus grabaciones, porque inventaron una forma de mantener las grabaciones, una clase de escultura con información imbuida, algunas formas de las cuales he aprendido a traducir…

—¿Una de las borlas?

—Sí, una que tus expertos probablemente no pudieron leer. Las grabaciones de estas criaturas indican que en un punto una clase gobernante exilió a toda una subsociedad, encerrándoles dentro de las cuevas y las cavernas de este asteroide, cortándoles el acceso a las energías estelares que les mantenían. Ellos vivieron aquí, muriendo lentamente de hambre, manteniéndose a sí mismos pobremente con el mineral contenido en las piedras dentro del asteroide. Y fue entonces cuando uno de ellos aprendió a detectar, y luego a manipular, la Fuerza. Ese eventualmente se convirtió en el líder de los otros exiliados, y luego les guió para liberarse del interior del asteroide y conquistar a los otros.

—¿Entonces por qué no son todos los mynocks ahora seres que empuñan la Fuerza y viajeros espaciales que gobiernan la galaxia? —preguntó Nelani.

Brisha se encogió de hombros.

—Sólo puedo adivinarlo. En sus escritos, hay una referencia al Hogar, este asteroide, más menciones del Regreso, sugiriendo que no pudieron engendrar, o dividirse como hacen los mynocks, en ningún lugar excepto aquí. Si eso es verdad, entonces no pudieron alejarse demasiado a través de la galaxia, y un contagio fatal o un desastre similar aquí pudo exterminar con la especie entera en cuestión de años. Sin embargo, el caso es que durante un tiempo fueron una especie liderada por una casta de usuarios de la Fuerza, que eventualmente se convirtieron en una casta de usuarios del lado oscuro de la Fuerza. Aprendieron técnicas relacionadas con su naturaleza de mynocks, tales como la habilidad de proyectar energía de los seres vivos, incluyendo los de su propia clase, a grandes distancias y habilidades asociadas con comunicarse instantáneamente a esas distancias, un fenómeno que los Jedi a veces experimentan. Manejaban tremendas cantidades de energía del lado oscuro y montones de energía fueron radiados eventualmente al sistema de cavernas que había sido su hogar durante el exilio y que subsecuentemente se convirtió en un lugar sagrado para ellos.

»Así que murieron —continuó ella— y siglos o milenios más tarde, una operación se instaló aquí para extraer los minerales de este cinturón de asteroides. Y no habrían empezado a extraer mineral de debajo del hábitat del director, excepto que alguien descubrió las cavernas y todas las vetas que llevaban menas metálicas que habían sido desnudadas al comerse los mynocks todas las piedras basadas en el silicio a su alrededor.

—Puedo adivinar parte del resto —dijo Jacen.

—Adelante.

—La prolongada exposición de los mineros a un pozo de energía del lado oscuro dio lugar a extraños incidentes. La gente veía cosas, los sensibles a la Fuerza manifestaban extrañas habilidades. Quizás canalizando tus mynocks, comportándose como ellos y siendo considerados locos.

—Muy bien —Brisha asintió—. El director de esa época acalló los informes, cerró esa mina (el resto de la operación en estos asteroides no fue afectado) y mantuvo las cosas firmemente en secreto. Él también era un sensible a la Fuerza y había estado experimentando cosas, teniendo experiencias, consiguiendo y probando nuevos poderes. Cuando este cinturón de asteroides eventualmente se volvió menos rentable como operación minera, lo cerró, gestionando las cosas cuidadosamente mal de manera que el hábitat se quedara aquí y fuera olvidado… y entonces, dejándolo atrás, salió a la galaxia, encontrando a los Sith, aprendiendo por sí mismo y convirtiéndose eventualmente en el Maestro Sith Darth Vectivus.

—Nunca oí hablar de él —dijo Jacen.

La expresión de Brisha mostró una pequeña impaciencia.

—Eso es porque no hizo maldades. No intentó conquistar la galaxia, no intentó exterminar la población de un sistema estelar ni empezó una guerra a gran escala contra los Jedi. Él simplemente existió, aprendió. Murió de viejo, rodeado por su familia y amigos.

Nelani le lanzó una mirada escéptica.

—Un mecenas de las artes, benefactor de causas caritativas e inventor del whiskey con agua ciclónico, bebida alcohólica favorita de los turistas de las islas de todas partes.

—Te burlas —dijo Brisha—, lo que está bien, pero te burlas por ignorancia, lo que no lo está. No sabes nada de Darth Vectivus.

Nelani le dirigió una sonrisa helada.

—Incluyendo si él jamás existió o si era el hombre bueno y alegre que tú describes.

—Y sólo puedes descubrir la verdad aprendiendo.

—¿Cómo evitó ser gobernado, y arruinarse, por la avaricia? —preguntó Jacen.

—Ah. Eso es fácil. Desarrolló un fuerte código ético antes incluso de sentir ningún impulso hacia el lado oscuro. Era un

adulto, un hombre de negocios testarudo con un sentido muy equilibrado de la ganancia y lo que era justo, y cuando la tentación le susurraba al oído él podía ignorarla tan fácilmente como podía ignorar las importunas igualmente destructivas de la blandura de corazón. —Miró a Nelani mientras decía estas últimas palabras y luego devolvió su atención a Jacen—. Los Sith que son famosos por ser malos, Jacen, eran como eran porque eran hombres y mujeres muy dañados desde el principio. No porque fueran Sith. Normalmente, eran débiles, o se engañaban, o eran avariciosos desde el principio. Como tu abuelo. Yo le conocí, ¿sabes?

Jacen negó con la cabeza.

—¿Cómo podría saberlo? No sé nada de ti.

—Concedido. No he estado utilizando mi auténtico nombre. Es inconveniente.

—Así que estás diciendo que no nos atrajiste hasta aquí para matarnos.

—Correcto.

—Y no era porque estuvieras sola o sólo porque quisieras mostrar el lugar.

La sonrisa de Brisha se volvió genuina otra vez.

—No.

—¿Entonces por qué?

—Porque, abajo en las cavernas, donde el poder del lado oscuro es más grande, hay un Lord Sith y no creía que debiera enfrentarme a él sola.

ESPACIO CORELLIANO, SOBRE TRALUS

Leia estaba sentada en el comedor de oficiales con la almirante Limpan, con tazas de caf humeante sobre la brillante mesa entre ellas.

—La AG tiende a caer en la vieja trampa de pensar en los corellianos como en niños traviesos —dijo ella—. No lo son. Son gente que nunca ha perdido su espíritu pionero, incluso aunque su sistema ha estado bien establecido durante milenios. El espíritu pionero, el desprecio pionero por la autoridad y el desdén pionero por las complicaciones o por analizar las cosas demasiado. Piense en ellos como niños e inevitablemente olvidará lo peligrosos que pueden ser.

—Eso es sorprendentemente cándido viniendo de alguien que

está casada con un corelliano.

—Han es una de las personas más peligrosas de la galaxia. —Leia no parecía para nada avergonzada por esta admisión—. Y he estado orgullosa durante más de treinta años del modo en el que usa su peligrosidad…

Una alarma chillona cortó sus palabras. Oficiales uniformados en las mesas de alrededor se pusieron en pie, como hicieron Limpan y Leia.

—Alerta de intrusión —dijo la almirante—. Se me necesita…

—Me quedaré con usted, si puedo —dijo Leia.

El puente estaba sólo a unas docenas de metros de distancia y cuando Limpan y Leia cargaron a través de las puertas blindadas hasta la pasarela elevada, este estaba zumbando de actividad. Los oficiales se gritaban informes unos a otros y un holograma del espacio cercano colgaba sobre la pasarela. Mostraba la línea de la órbita curvada de las naves de la Alianza Galáctica distantemente espaciadas y una formación de naves que se acercaban en tres grupos, con la imprecisión y la naturaleza parecida a una burbuja de la formación informando a Leia de que su composición exacta no había sido todavía determinada por los sensores.

—Todas la naves y control de tierra, vayan a sus puestos de combate, lance todos los escuadrones que estén listos —gritó Limpan—. Despliegue todos los escuadrones. Recoja a todos los vehículos de reconocimiento que puedan llegar aquí antes o durante tres minutos después de la llegada de esa formación. Todos los otros de reconocimiento, que inicien los patrones de reconocimiento de la red de pesca en un lento cruce de vuelta hacia Tralus. Navegación, ¿cuál es su curso?

Un oficial hombre, también un duros, en uno de los agujeros de abajo, habló hacia arriba.

—Sesenta y cuatro por ciento de posibilidades de que sea Rellidir o el *Buzo Azul*.

—Control de cazas, envíe un escuadrón en cuatro hacia Rellidir, dos en cuatro hacia el *Buzo Azul* y uno en cuatro que permanezca con cada nave lanzada.

La cabeza de la almirante se movió a su alrededor como si estudiara cada puesto bajo la pasarela.

—Almirante —dijo Leia—, tengo algo de experiencia con la coordinación de cazas, si puedo ser de ayuda…

Limpan asintió ausentemente.

—Vuelva por las puertas blindadas por las que vinimos e

inmediatamente a la derecha, esto es, a babor de la nave, en la primera puerta, dígale al coronel Moyan que confirme su participación con mi ayudante. Y gracias.

—No hay de qué.

Leia se volvió para ir corriendo hacia la salida del puente. Sus palabras se atascaron un poco en su garganta. La almirante acababa de darle las gracias por ofrecerse voluntaria para cometer lo que podría terminar siendo un acto de traición. Porque si Leia podía ayudar a Han a sobrevivir en la batalla que se aproximaba, lo haría, incluso si tenía que actuar directamente contra los intereses de la Alianza Galáctica.

Syal maldijo mientras su Twee atravesaba las puertas de salida del hangar del *Buzo Azul* y lentamente empezaba a acelerar. Todavía parecía tan lento… Ella y sus compañeros de escuadrón, cinco de ellos, se alinearon en una formación de V. Su comandante, quien había sido el piloto del Ala-X que la asediaba durante sus pases de prueba, estaba en la punta.

Gris Uno giró para liderar al resto del escuadrón hacia la atmósfera. Syal comprobó su panel de navegación y vio que su destino era un punto al sur de la ciudad de Rellidir. Asintió. Los corellianos estaban viniendo para recuperar su ciudad. Ella no sabía si, en su corazón, desearles suerte o no.

El Grupo Pantera, Han y Wedge, se quedaron muy hacia la parte trasera de la formación corelliana.

Han se exasperó. No estaba bien estar en la parte trasera de ninguna formación. Cuando estabas atrás, los rencorosos artilleros enemigos concentraban su fuego en ti y tú tenías el trasero lleno de disparos. Cuando estabas atrás, tu localización te marcaba como un piloto lento o indiferente. Incluso las naves de lanzamientos de misiles estaban delante de ellos. Tenían que estar en un lugar de los cielos al este de Rellidir antes de que Han y Wedge hicieran su aproximación.

Para hacer las cosas más irritantes, Han todavía no había oído noticias de Leia. Había que reconocerlo, las comunicaciones entre ellos iban a ser arriesgadas y ocasionales. Él miró al cuaderno de datos equipado con comunicaciones que había conectado cuidadosamente al panel de control del Grito una vez que había estado sellado dentro del vehículo. Su pantalla encendida permanecía irritantemente en blanco.

Todavía peor, Wedge parecía estar leyendo su mente.

—No te vuelvas impaciente —dijo, con voz tan clara en los oídos de Han que podía haber estado sentado en el asiento del copiloto ahora vacío—. Llegaremos allí bastante pronto.

—¿Impaciente? —Han añadió un poco de incredulidad a su voz—. Hijito, sólo estoy sentado aquí jugando al sabacc con los cerebros droides.

—Bien. Estar pelado te hará tener un propósito.

Han sonrió. Aumentó un poco los impulsores, colocándose ligeramente delante del Grito de Wedge.

—Y hacer que alguien te explote las escotillas te hará tener un propósito *a ti*.

La voz de Wedge se volvió menos cordial, más militar.

—Los cazas delanteros de los bordes encontrando unidades enemigas ahora.

—Qué suerte la suya —dijo Han.

RELLIDIR, TRALUS

Esta vez, Jaina pronunció cada palabra con una claridad brillante e individual, haciendo imposible que la malinterpretaran.

—He. Dicho. Que. Bajen. Los. Escudos. Cambio.

—Negativo a eso, negativo. —La voz del oficial de tierra sonó joven y un poco llena de pánico—. El enemigo está a menos de tres minutos de aquí y descendiendo rápidamente.

—Caray —dijo Jaina—. Con dos segundos para bajar los escudos y dos para levantarlos de nuevo después de que estemos fuera, eso le deja, ¿qué? ¿Más de dos minutos y medio para dudar y todavía estar a salvo? *¡Baje los karking escudos y déjenos salir!*

Ella golpeó una porción de sus paneles de control, que no estaba ocupada por botones o lecturas, con su puño.

Su escuadrón daba vueltas sobre el centro de la ciudad de Rellidir, confinado por los escudos de energía que defendían esa parte de la ciudad. Otros cazas estaban zumbando cerca de ella, pero ninguno de los otros escuadrones parecía tan ansioso por dejar el área del escudo.

—Las órdenes son que todos los escuadrones se queden cerca y disponibles y defiendan en centro —dijo el anónimo oficial—. Así que se queda ahí.

—Este es el Escuadrón Punto de Carga, la unidad Jedi. —La voz de Jaina era un siseo de furia—. No somos parte de su

estructura de mando inmediata. Déjenos salir y haremos un trabajo mucho mejor defendiéndoles.

—Eso es una negativa, Punto de Carga. Mis órdenes son específicas y no voy a preocupar al comandante justo ahora con su petición. Corto.

—Idiota cobarde, llorón y chillón —dijo Jaina—. He visto a droides ratón con más agallas y a insectos chasqueadores con más cerebro.

—Dudo que pueda oírte, Uno. —Esa era la voz de Zekk.

—Lo sé. —Jaina suspiró—. Creo que estamos atrapados aquí. Puntos de Carga, mantened vuestros patrones de vuelos y avisad cuando las oportunidades empiecen a caer sobre nosotros.

Ella recibió un coro de afirmaciones pero estaba demasiado desanimada para prestarle mucha atención.

SISTEMA ESTELAR MZX32905, CERCA DE BIMMIEL

Los tres Jedi y Brisha montaron en el turboascensor para bajar hasta el nivel inferior del hábitat.

—Eso es algo que podrías haber mencionado desde el principio —dijo Nelani—. *Hay un Sith en los cimientos*. De haber sido este cualquier otro hogar en la galaxia, eso sería la primera cosa en salir de la boca de alguien.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Ben.

Brisha se encogió de hombros.

—No se ha revelado a mí y por lo tanto seguro que no me ha dicho su nombre. —Entonces ella sonrió, repentinamente juguetona—. *Darth* algo, espero.

—No ha habido ningún Sith en la galaxia desde… ¿qué? ¿La muerte del último clon del emperador? —preguntó Jacen.

—Es verdad y no lo es —dijo Brisha—. En términos de la estructura clásica de los Sith de Maestro y aprendiz, "sólo puede haber dos", tienes razón. No estoy segura de incluso contar los clones del emperador como Sith. Después de todo, ellos no se ganaron su conocimiento Sith, no lo adquirieron a través del sudor y el sacrificio. Ellos lo heredaron como un paquete de programación descargada de un ordenador. Creo que los último Sith desaparecieron cuando el emperador y tu abuelo murieron en el mismo día.

»Pero —continuó ella— mucho legado Sith sobrevivió. Individuos que eran candidatos a convertirse en Sith y fallaron

por alguna razón en conseguir completamente su estatus como aprendices. Sabían lo suficiente para sobrevivir y sabían lo suficiente para continuar aprendiendo. Uno podía haber aprendido lo suficiente para convertirse en un Maestro.

El turboascensor hizo un ruido seco al detenerse en el nivel inferior del hábitat, el nivel en el que habían entrado originariamente en la estructura. Brisha les llevó desde allí a través de una puerta lateral hasta una habitación hexagonal dominada por un tubo. Inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, había un cilindro de transpariacero marcado por un par de raíles de metal. El tubo estaba por debajo de los dos metros de diámetro y suspendido por encima sobre él en un brazo de metal había una especie de vagoneta de ruedas de metal. La vagoneta tenía seis asientos al frente y un área de carga copiosa en el medio y un grupo de seis asientos que miraban hacia atrás en la parte trasera. Su morro estaba parcialmente dentro del cilindro, apuntando hacia abajo, con el grupo de ruedas delanteras sobre los raíles.

Ben se inclinó sobre el tubo. Llevaba hacia abajo más allá del suelo hasta la oscuridad, pero mientras miraba, la superficie inferior del tubo comenzó a brillar. Metros más abajo, pudo ver la superficie rocosa del asteroide y el tubo continuaba adentrándose en el suelo.

—Esto va a ser divertido —dijo él como algo cierto.

—El chico no debería ir —dijo Brisha—. Todavía no es lo bastante fuerte para enfrentarse a un Sith.

Ben sintió un centelleo de resentimiento pero lo mantuvo lejos de su cara.

—Te diré qué, simplemente resistiré la tentación —dijo él.

Brisha le lanzó una mirada severa.

—La última vez que me encontré con tu padre, nuestra separación no fue muy agradable. Puede que él haya tenido tiempo para perdonarme… pero con toda certeza no me perdonaría una segunda vez si me las arreglo para hacer que maten a su único hijo.

—Entonces tampoco haré eso.

Jacen subió las escaleras de la estructura de metal hacia el vagón minero y saltó hacia el asiento delantero.

—Él viene con nosotros. De ese modo nadie puede asaltarlo mientras se queda atrás.

—Si tú lo dices.

Brisha le siguió y se colocó en el asiento al lado de él.

En unos momentos Nelani y Ben estaban en el asiento trasero.

Brisha pulsó un botón. Palancas y controles se encendieron de repente en el panel de control del vagón minero.

—La presión atmosférica en las cavernas está a punto nueve cinco del estándar del hábitat —dijo ella—. Vuestros oídos pueden taponarse.

Ella pulsó un botón. La vagoneta rodó dentro del tubo, alcanzando cierta velocidad y se zambulló hacia la superficie del asteroide.

Y a través del él, en la negrura.

capítulo treinta

SISTEMA CORELLIANO, SOBRE TRALUS

Los escuadrones de cazas que lideraban los bordes de los corellianos alcanzaron la pantalla defensiva de cazas de la Alianza Galáctica y entablaron combate. Subsecuentes oleadas de corellianos surcaron rápidamente los escuadrones de cazas de la AG que llegaban.

El Grupo Pantera, Han y Wedge, acompañados por dos escuadrones de cazas de ataque corellianos, simplemente rodearon la zona de enfrentamiento y bajaron gritando hacia la atmósfera.

—El viaje es demasiado tranquilo—dijo Han.

—¿Has perdido la cabeza —preguntó Wedge—. ¿El viaje es demasiado *tranquilo*?

—Exacto. Debería haber algunas vibraciones, algunas advertencias de calor de apariencia peligrosa para indicar que estás entrando en la atmósfera. Estos Gritos, ellos no le ofrecen a la atmósfera ningún *respeto*.

—Lo que estás diciendo es que, a menos que un transporte esté dejando un fino río de piezas detrás, como un rastro de migas de pan, durante la entrada atmosférica, no alcanza los estándares del *Halcón Milenario*.

—Bueno… exacto.

—Podrías dispararle unos cuantos disparos láser a tu panel de control y tratar con los fallos de funcionamiento resultantes si

simplemente quisieras sentirte como en casa.

—Oh, ¿sí? Bueno, podría emborracharme durante un permiso y causar un enorme incidente interplanetario y luego pedirte que lo arregles, dado que eres mi oficial al mando.

—Podrías hacer eso. O yo podría hacer que los mecánicos saboteasen tu hipermotor de manera que cuando se caiga puedas decirle a todo el mundo que no es culpa tuya.

—Ouuug. Yo podría arreglarlo para que recibieras órdenes de conquistar Coruscant, pero tus únicos recursos serian doce ewoks borrachos, cuatro deslizadores que funcionan mal y cuarenta kilos de arena de playa.

—Eso llevará al menos dos semanas, señor.

Han sonrió.

RELLIDIR, TRALUS

—Se acercan cazas —advirtió Gris Uno—. Viniendo desde la órbita, norte-noroeste.

Syal pudo verlos en sus sensores, grandes puntos borrosos que se resolvían en dos o tres escuadrones de cazas y al menos dos objetivos más grandes.

—Haremos esto como un simple bombardeo —continuó Gris Uno—. Esperen hasta que ejecuten un curso y luego síganme. Abran un gran agujero en todo lo que vean.

En la pantalla del sensor de Syal aparecieron líneas naranjas, extrapolaciones del curso de los intrusos transmitidas por Gris Uno, apuntando hacia el este de la ciudad, bien lejos de los escudos por capas que protegían la cabeza de puente de la AG. Tan pronto como llegó la transmisión, Gris Uno rodó hacia un descenso vertical, un curso que iba paralelo al de los escuadrones corellianos pero que estaba por delante. Los otros Alephs le siguieron.

SISTEMA ESTELAR MZX32905, CERCA DE BIMMIEL

El vagón se zambulló a través de la negrura y Ben sintió su estómago subir hasta su garganta y luego liberarse y flotar, como un fantasma, lejos de su cuerpo. Casi envió su almuerzo tras él en una escolta, pero se las arregló, a través de su fuerza de voluntad, para evitarse esa vergüenza. Una mera caída vertical no era suficiente para hacerle vomitar. El vagón debía haber dejado

también la región de la gravedad artificial.

En los primeros momentos casi no hubo viento contra su cara y luego de repente las corrientes de aire crecieron y se volvieron frías. Imaginó que ahora estaban fuera del tubo y lanzados hacia abajo a través de las cavernas de las que había hablado Brisha.

El entrechocar de las ruedas de metal contra los raíles se volvió más alto, más resonante, un signo de que se estaban moviendo a través de un agujero estrecho y de pronto estaban bajo la luz otra vez: una caverna ancha iluminada a intervalos por barras luminosas fijadas a las superficies del techo y las paredes.

No es que estuviera bien iluminada o con efectividad. La caverna, en el breve destello que Ben tuvo de ella, era enorme, con sus paredes desiguales y llenas de hoyos, y a través del vasto espacio vacío se alargaban curiosas columnas de material marrón rojizo. Parecían tan pesadas y masivas como la piedra, y sin embargo fluían y se alargaban como ríos de agua oxidada congelada de pronto en la quietud. Las barras luminosas que iluminaban el terreno estaban situadas a intervalos, a veces en la superficie de la roca, a veces en los agujeros de las paredes, a veces tras las columnas de material fluido para siluetearlas. El efecto era más artístico que útil.

Como si sintiera su pregunta, Brisha apuntó hacia una de las columnas, que fluía lateralmente en una ola curva y lo explicó.

—Mena férrica. Desnudado por los mynocks al comer a su alrededor.

Entonces el vagón, continuando su descenso, cayó hacia otra grieta estrecha y oscura y se hundió de nuevo en la oscuridad.

Ahora Ben pudo sentir la energía del lado oscuro concentrada que esperaba más abajo. No se sentía tan maliciosa como meramente siniestra. Menos un enemigo que le amenazaba con la muerte que un realismo sombrío que le recordaba que la muerte era a lo que ultimadamente se enfrentaría.

El ruido de los raíles, repentinamente cerca y retumbante y luego distante y más bajo, le dijo a Ben que habían pasado a través de una región estrecha y salido a otra caverna, esta sin iluminar.

Fue agarrado por el cuello de su traje desde atrás y sacado de su asiento con un tirón. Se encontró a sí mismo flotando, girando a través de la oscuridad, quizás lanzándose a velocidades peligrosas hacia formaciones de rocas afiladas, y se sobresaltó tanto por la repentina transición que ni siquiera gritó.

RELLIDIR, TRALUS

—Se acercan cazas. —La voz del líder de uno de los dos escuadrones que escoltaban ahora a los bombarderos Grito crujió en los oídos de Han—. Ustedes dos quédense ahí, nosotros trataremos con ellos.

Uno de los escuadrones de cazas se separó de la formación. El otro se quedó colocado alrededor de los bombarderos Grito.

Han no replicó. Su panel de comunicaciones estaba fijado para emitir en una frecuencia y código de encriptación que sólo permitiría que le oyeran Wedge y el control de la misión. No haría que alguien conociera su voz demasiado distintiva. Pero Wedge dijo lo que Han estaba pensando con tono irónico.

—Gracias, hijito. Estaba bastante asustado hasta que hablaste.

En la pantalla del sensor, Han pudo ver la docena de cazas de ataque dirigirse hacia el sudeste contra la media docena de cazas, de clase desconocida, que se acercaban.

La parte exterior de la formación de cazas de ataque se acercó a la formación enemiga y sus líneas se emborronaron durante un momento y entonces de repente había nueve cazas en lugar de doce, volviéndose frenéticamente hacia las colas de los enemigos desconocidos. Los enemigos todavía eran seis.

—Esto no es bueno —dijo Han.

—Energía a los láseres —dijo Wedge.

Han comprobó su panel de armas. Los láseres de su torreta superior estaban cargados y listos para ponerse en marcha.

La mitad del resto de la escolta de cazas de ataque se separó de los Gritos y se volvió hacia los cazas que se acercaban, formando una pantalla defensiva. Centelleos de láseres rojos, disparos fallados por el enemigo que se acercaba, pasaron centelleando lateralmente por delante del ventanal de Han.

De repente los seis cazas de ataques que acababan de alejarse se convirtieron en cuatro en los sensores y la alarma de objetivos fijados de Han chilló con las noticias de que un enemigo le tenía fijado en el punto de mira de sus armas. Han aumentó la potencia de sus impulsores y luego disparó sus repulsores, como tácticas para variar su velocidad y salir de la mira de sus enemigos. Giró de manera que su Grito presentara sólo un borde al enemigo, y disparó. El panel del sensor demasiado informativo respondió casi con un cómico *ding* indicando que había alcanzado a su

objetivo.

Seis cazas enemigos, enormes bolas plateadas seguidas por dos vainas gemelas de impulsores que se estrechaban, pasaron centelleando de derecha a izquierda, perseguidos por un grupo de cazas de ataque corellianos. En la distancia hacia la izquierda, las naves enemigas comenzaron un lento giro de vuelta hacia la lucha.

Han parpadeó.

—¿Qué fierfek son esos?

—Cazas Sienar clase *Aleph* —dijo Wedge—. Originalmente llamados con el apodo de Coricharcas porque iban a ser las contramedidas para los coralitas. El apodo actual es Twees. Acaban de superar la fase de prototipos y están en una producción limitada.

—Genial. Le dí un buen puñetazo cuádruple unido y ni siquiera se estremeció.

—Sí, se suponen que son como soportes de bolas de metal sólido disparado. —Wedge cambió a la frecuencia del escuadrón—. Grupo Nébula, los Panteras nos vamos a separar. Buena suerte.

—Pantera Uno, aquí Líder Nébula. Haced estallar algo por nosotros.

Han se anticipó a Wedge y se separó primero de la formación, un giro que le llevó hacia abajo, todavía hacia el este, hacia el comienzo de su aproximación al distrito del centro de Rellidir. Wedge se deslizó pulcramente tras su cola.

TRANSPORTE DE BATALLA, *DODONNA*, SOBRE TRALUS

La sala de control de cazas era un ejercicio en el caos controlado, una vista familiar para Leia, que había ayudado a coordinar muchas escaramuzas de cazas, empezando con la Batalla de Yavin.

A bordo del *Dodonna*, tenían campanas y pitidos que ella nunca había disfrutado en la sala de control de Yavin. Toda la batalla estaba siendo reproducida vía hologramas sobre sus cabezas, con las escaramuzas no exactamente a escala pero con cada caza o nave individual mostrados en una forma delineada con el código de colores del lado al que representaba el vehículo que luchaba. Las fuerzas de la AG eran azules. Las fuerzas corellianas, rojas. Los desconocidos, incluyendo varios vehículos,

probablemente civiles, sobre Rellidir y que se alejaban de aquella ciudad en peligro, amarillos. Mientras se movían, disparando, soportando el daño, desapareciendo, con la desconcertante combinación de iconos de colores y los ruidosos eventos hicieron que toda la representación pareciera como una enorme consola de juegos experimentando un delírium trémens.

Equipada con un cuaderno de datos especializado que le había dado el coordinador de la sala, un coronel bothan de pelo negro llamado Moyan, Leia pudo reunir toda clase de datos de las diferentes fuerzas. Al apuntar el cuaderno de datos hacia cualquier nave o vehículo y marcándolo con un rayo de luz proveniente del aparato, podía desplegar la informaciones sobre el objetivo en la pantalla del cuaderno de datos.

Por ejemplo, el caza que acababa de desaparecer parpadeando de la lucha sobre Rellidir estaba designado como Nébula Once, y su piloto era Gorvan Pell. Las naves corellianas estaban equipadas con eyectores y un momento después de que el caza desapareciera, la pantalla de Leia se actualizó: EYECCIÓN EXITOSA, SIGNOS VITALES ÓPTIMOS, RESCATE EN COLA #37.

Como estaban haciendo varios de los coordinadores de la sala, ella apuntó a uno de los “misteriosos bombarderos” que descendían sobre Rellidir y probó su información:

A/E: ENEMIGO
CLASE: CEC VARIANTE YT (DESCONOCIDO), EST. BOMBARDERO
PILOTO: DESCONOCIDO

La información del otro Grito era idéntica.

Leia habló tranquilamente a su cuaderno de datos, permitiendo que su traductor de discurso a texto añadiera una notación a los datos de bombarderos.

—Se cree dañado, dado que se está alejando de los objetivos de la AG. Se recomienda concentrarse en la escolta de cazas.

Le dio un golpecito a la pantalla para que enviara ese dato a la base de datos del *Dodonna*.

Un centelleo de culpabilidad la atravesó. Estaba pretendiendo ayudar a las fuerzas de la AG y en su lugar estaba protegiendo a su marido mientras él las bombardeaba. Ella negó con la cabeza, intentando forzar a la emoción a que desapareciera. No importaba

lo que ella hiciera durante esta lucha, estaría lidiando con la culpabilidad, y no echarle un ojo a la espalda de Han sería lo peor de todo… especialmente si le herían.

Ella volvió su atención a los Alephs que estaban en la escaramuza con la escolta de cazas de Han.

CORUSCANT

Con su cabeza llena con una desconcertante mezcla de emociones e imágenes, Luke se sentó en la cama. Le dirigió una mirada a Mara, vio que ella todavía estaba dormida y se levantó.

Estaba tan apaleado por las sensaciones que le llegaban a través de la Fuerza que realmente era difícil pensar. Cuidadosamente, se abrió a ellas, intentando comprenderlas.

traicionar la confianza, actuar es traicionar, no actuar es traicionar

Un mynock, con ojos brillantes con una inteligencia poco usual, le miraba desde la distancia de los siglos.

los Sith no son lo que crees

Leia, con sus rasgos alisados por una pena tan grande que no podía ser expresada, cayó hacia delante, cruzando sus brazos mientras lo hacía.

oscuridad oscuridad no tendré miedo de la oscuridad

Han, con el arrepentimiento en su cara y una vibroespada en su mano, se lanzó hacia delante y clavó la hoja entre las costillas de una guapa mujer joven de pelo negro.

te quise a mi propio modo, te habría pagado el daño que te hice

Instintivamente, Luke se abrió a la Fuerza para ofrecer apoyo y fortaleza a Leia. No estaba seguro de los otros, si eran realmente los individuos que las visiones representaban, pero pudo sentir a la auténtica Leia dentro de la visión de ella. Simplemente no estaba seguro de si estaba extendiendo su gesto hacia la Leia del aquí y el ahora, la Leia de algún tiempo futuro o la Leia de un futuro que realmente nunca ocurriría.

Su atención fue arrastrada de vuelta hacia Mara. Ahora sus ojos estaban abiertos, mirando sin ver nada hacia arriba, con su cuerpo cortado y asesinado, con los bordes todavía negros y humeantes, por la hoja de un sable láser.

Luke negó la cabeza y se esforzó a través de la Fuerza, apartando las visiones y las voces. Estas se desvanecieron,

dejándole en la oscuridad con su esposa dormida e ilesa.

Él cogió el sable láser de la mesilla de noche y salió al pasillo. No quería que su perturbación despertara a Mara.

Algo estaba ocurriendo. Eventos en puntos distantes de la galaxia e incluso del tiempo se estaban concentrando hacia él y aquellos a quienes amaba. La confusión, la turbulencia de aquellos pensamientos y emociones le presionaban y le agriaba el estómago.

En el frío suelo de piedra fuera de su habitación, se sentó con las piernas cruzadas e intentó hundirse en un estado meditativo, un estado que le diera un conocimiento real, un estado que le garantizara paz.

SISTEMA ESTELAR MZX32905, CERCA DE BIMMIEL

Ben cogió su sable láser en su mano y lo conectó. Su *chasquido-siseo* fue menos bienvenido que la luz que emitió. De repente podía ver a su alrededor, incluso aunque fuera débilmente.

Flotó a través del espacio abierto, pero delante de él, a treinta o cuarenta metros, había una pared de roca rota y flotó hacia ella a una velocidad de varios metros por segundo. También estaba perdiendo altitud, frenando. Aunque la gravedad aquí era débil, no estaba enteramente ausente.

—Una forma a dos manos —dijo Nelani tras él— hace más difícil sujetarse a las paredes de piedra.

Ben se volvió para mirar detrás de él. Nelani flotaba allí, siguiendo su camino aéreo y al menos tan cómoda en la gravedad mínima como lo estaba Ben.

Él se volvió para mirar a la pared que se acercaba.

—¿Me sacaste tú del vagón?

—No seas estúpido.

—No soy estúpido. No me trates con desprecio.

—Perdona, estoy enfadada. —Su tono cambió—. Nelani a Jacen, vamos.

Mientras la pared de piedra se acercaba, Ben vio un rasgo en ella que él pensó que podía agarrar, una proyección rocosa que se estrechaba en un punto como una aguja. Mantuvo su sable láser hacia atrás y hacia un lado con su mano derecha, extendió su izquierda y, mientras alcanzaba la proyección la cogió, girando sus pies delante de él para sufrir el mínimo choque del impacto.

Un momento después Nelani tocó la pared unos cuantos

metros más abajo, con sus dedos deslizándose hasta una grieta en la piedra, con sus caderas y hombros recibiendo el impacto.

—¿Entonces quién lo hizo? —persistió Ben—. ¿El Sith?

—Tenemos compañía.

Ben miró hacia abajo en dirección a ella, luego a su alrededor y luego hacia arriba.

Por encima, diez metros más arriba, un par de ojos miraron hacia abajo en dirección a él. Brillaban azules en el reflejo de la luz de la hoja del sable láser de él. No eran ojos humanos, sino rajados y triangulares.

Más allá de ellos había más, cientos de pares de ojos, fríos y sin parpadear.

Ben negó con la cabeza. Había tenido esa porción de la pared de piedra a la vista mientras se había aproximado a la pared. No había habido criaturas allí en aquel momento. Se abrió hacia ellos con la Fuerza y pudo sentirlos allí, cientos de ellos, fuertes en la energía del lado oscuro.

—Esto no es bueno —dijo él.

—Déjate caer —dijo Nelani.

—Sí.

Ben soltó su asidero de la proyección y se lanzó hacia abajo. Le dio a la superficie de la roca un pequeño empujón para conseguirse unos cuantos centímetros de sitio entre él y la superficie rocosa.

Por encima, los ojos empezaron a descender, quedándose a una distancia relativa del brillo de su sable láser, pero definitivamente siguiéndole.

El vagón frenó hasta detenerse, curvándose en un círculo. Brisha y Jacen estaban en una sala bien iluminada, lo bastante grande para albergar un transporte de buen tamaño, pero la única cosa presente era el final de la línea de los raíles. La pista aquí se curvaba alrededor en la forma de una lágrima y se volvía a unir a sí misma hacia arriba, permitiendo que el vagón se dirigiera de nuevo hacia arriba por la pista por la que acababa de descender.

Jacen no se preocupó con el escenario. Miró a Brisha.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó él.

Ella le dirigió una mirada inocente.

—¿Hacer qué?

—Lanzar a Ben y a Nelani fuera del vagón. ¿Creías que no podría sentir tu pulso en la energía de la Fuerza?

—Sospecho que podrías. —Ella se puso en pie y salió del vagón. Flotó durante un momento al lado de él y entonces bajó hacia la superficie rocosa del suelo—. Les separé de nosotros por su propio bien. Aquello a lo que se enfrentarán será peligroso, pero no tan peligroso como lo que nos vamos a encontrar. Si nos acompañaran aquí, probablemente morirían.

—Tu Sith. —Jacen se empujó fuera de su asiento y subió una docena de metros. Desde esta altitud pudo ver las esquinas de esta sala, con sus paredes de piedra natural y sus barras luminosas por todas ellas—. ¿Qué puedes decirme de él?

—Su conocimiento es del linaje de Palpatine, pero es más amplio que el del emperador. Es joven. Todavía no había nacido cuando el emperador murió.

—¿Cómo le fue transmitido el conocimiento Sith? —Jacen comenzó a flotar de nuevo hacia el vagón—. ¿A través de un Holocrón Sith? ¿A través de criados leales?

—A través de criados desleales. A través de aspirantes Sith que nunca se convirtieron en Maestros por sí mismos… y que rechazaron a Palpatine y sus enseñanzas como demasiado egoístas, demasiado controladoras y demasiado destructivas.

Jacen le lanzó una mirada curiosa.

—Haces que suenen benignos. Si es que eran benignos, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros. Mantuvo una mano en el vagón de manera que los movimientos casuales no la impulsaran a través de la sala.

—Da igual, debe ser encontrado y controlado. Ah.

Ella se volvió hacia una esquina oscura de la sala, un lugar donde un afloramiento enorme y redondo salía hasta unos metros de la sección curvada de los raíles.

De alrededor de ese afloramiento caminó un hombre. Era alto, esbelto, vestido con una capa de viajero negra y dorada oscuro. Tenía el estilo de la de un Jedi pero hecha de sedas caras. Un sable láser, con su empuñadura también negra y dorada, colgaba de su cinturón. Sus manos estaban enguantadas y su cara estaba en las profundas sombras que proyectaban la capucha de su capa, aunque sus ojos, de un naranja dorado líquido y luminoso, brillaban dentro de esa oscuridad.

Se detuvo justo al borde de aquel afloramiento, a varios metros de Jacen y Brisha.

—Así que tú eres el Sith —dijo Jacen.

La figura oscura inclinó la cabeza.

Jacen le dirigió una mirada desdeñosa.

—¿Cómo se supone que te tome en serio? Ni siquiera estás aquí.

La voz del hombre con la capucha volvió como un susurro.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tú *caminaste*. Como si estuvieras en la gravedad estándar de Coruscant en lugar de en una pequeña fracción de ella. Eres una ilusión.

—Sí, soy una ilusión. Pero también estoy aquí. Justo aquí.

—¿Te importaría explicar eso?

—No.

—Ah. —Jacen encendió su sable láser a la vida—. Bueno, se supone que debería estar cortándote en dos justo ahora.

—Yo soy un Maestro. Tú eres un Caballero Jedi. ¿Sabes qué significa eso?

—¿Qué no puedo ganar? —Jacen puntuó su pregunta con una risa burlona.

—No. Que debes pasar a través de mis subordinados para llegar hasta mí. Permíteme probarte, evaluarte. Eso es una tradición, ya sabes.

—Si tú lo dices.

Entonces la reflexión de los ojos naranja dorado del Sith desapareció… y entonces el propio Sith se desvaneció, como un fantasma.

Pero hubo un sonido desde más allá de donde él había estado, un ligero roce, y otra figura se movió hacia delante hasta colocarse a la vista. Este caminó, como había hecho el Sith, de un modo apropiado para un medio de gravedad estándar y salió para quedarse en pie donde había estado el Sith.

No era alto, pero estaba bien musculado y era ágil. Llevaba unos pantalones, una túnica, botas y guantes negros y sostenía un sable láser apagado.

Sus rasgos eran los de Luke Skywalker, pero con una barba elegante y retorcidos con una sonrisa que era toda malicia y desdén.

—Esto no es agradable —dijo Jacen.

Nelani llegó al fondo de la caverna primero, recibiendo el impacto menor con las piernas flexionadas y siendo impulsada unos cuantos metros de vuelta hacia el aire. En su camino hacia

abajo, Ben se cruzó con ella en su rebote hacia arriba, pero él sólo tenía ojos para las criaturas reunidas en la pared de piedra por encima. Golpeó el suelo rocoso, rebotó unos cuantos metros y volvió a cruzarse con Nelani otra vez mientras ella descendía. Bastante pronto, los dos tenían sus pies no demasiado firmemente en la superficie bajo ellos.

Ahora Ben podía oír susurros y siseos que sonaban como discursos acallados y sibilantes desde por encima, desde cientos de orígenes por encima.

—Van a rodearnos —dijo Nelani. Sonaba afectada.

Como si sus palabras fueran una pista, una forma de permiso, los ojos de por encima descendieron repentinamente en masa, se vertieron hacia abajo como si fueran llevados por una cascada. El sable láser de Nelani se encendió a la vida, añadiendo un brillo blanco amarillento al proceso. Ben levantó su propia espada en una pose defensiva alta.

La primera oleada de criaturas que descendían se separó antes de alcanzar a los Jedi, separándose en dos corrientes, cada una dirigiéndose en una dirección diferente y paralela a la pared de la piedra. Pero dos de las criaturas no se apartaron. Uno vino hacia Ben y uno hacia Nelani.

Ben se lanzó hacia un lado… o lo intentó. A pesar de tener alguna experiencia en medios de baja gravedad, no estaba lo bastante acostumbrado a ellos para que las tácticas y los movimientos apropiados fueran instintivos. Él se impulsó pero flotó principalmente hacia arriba, directo hacia su atacante.

No importó. La criatura, que se revelaba a la luz del sable láser de Ben como unas alas carnosas abiertas con ojos en un lado, una cola en el otro y una boca húmeda hacia el centro de su parte inferior, algo parecido a un mynock, voló directo hacia él. Ben giró, sintió su espada cortar a través de la piel y la carne y fue impulsado hacia abajo por el impacto mientras las dos mitades de la bestia cayeron sin vida más allá de él, una a cada lado.

Las puntas de sus pies volvieron a tocar el suelo. Absorbió el impacto como podía con sus rodillas y esta vez no rebotó hasta muy lejos.

Las dos mitades del mynock fueron parcialmente embebidas en la piedra y, mientras él las miraba, se deslizaron bajo la superficie de piedra como dos mitades de una barca hundiéndose. No dejaron nada detrás. Ni sangre, ni nada.

—No son reales —dijo Ben.

—Proyecciones de la Fuerza —respondió Nelani desde detrás.

—Entonces realmente no pueden herirnos, ¿correcto?

—Equivocado. —Su tono hizo que él se estremeciera—. Tú lo sabes bien. Es como decir *Un disparo láser no puede herirme… sólo es energía, ¿correcto?*

—Sólo lo esperaba.

—Uuf.

Nelani sonó como si hubiese recibido un disparo en el vientre y su sable láser se apagó instantáneamente.

Sin prestar atención a los enjambres de mynocks sobre su cabeza, Ben giró, con el movimiento impulsándole hacia arriba un par de metros.

Nelani había desaparecido. En su lugar estaba Mara Skywalker. Sus ojos brillaban con furia y su lenguaje corporal sugería el castigo que estaba por venir. Su sable láser, en su mano, estaba apagado.

Ben flotó de vuelta hacia el suelo.

—Tú no eres mi madre —dijo él.

—Bien —dijo ella—. Entonces no será un crimen familiar hacerte pedazos.

Ella encendió el sable láser y su hoja brilló roja.

RELLIDIR, TRALUS

Han y Wedge se alinearon con el bulevar que les llevaría directos al Complejo de Apartamentos Terkury. Muy adelante, Han pudo ver las formas pequeñas e indistintas de los bombarderos volando sobre el escudo de la cúpula por encima de la cabeza de puente, dejando caer sus cargas explosivas. Otras naves estaban en pleno enfrentamiento con los cazas mejores y más nuevos de la Alianza Galáctica.

Han, al frente por un puñado de metros, bajó su Grito casi hasta el suelo. Dejó sitio suficiente para que los deslizadores que volaban a altitudes legales pasaran por debajo de él e ignoró el hecho de que muchos corellianos, como él mismo, hacían caso omiso de lo que era legal cuando pasaban a toda velocidad en sus vehículos personales.

El panel sensor de Han pitó inseguramente unas cuantas veces, diciéndole que estaba siendo fijado durante fracciones de

segundos cada vez por el radar de objetivos de alguien. No le prestó atención. Sólo cuando la señal se fortaleciera y se volviera constante constituiría…

Se fortaleció y se volvió constante. Arriba y por delante, un par de cazas subieron por la parte superior de los rascacielos y empezaron a caer en picado hacia el nivel del suelo, volviéndose hacia los Gritos. Aunque eran puntos pequeños en la distancia, Han adivinó por el modo en el que se movían que eran Alas-E. Naves duras, rápidas y con las alas fijas con un morro similar al del Ala-X, los Alas-E tenía sólo tres láseres unidos pero llevaban una carga tremenda de dieciséis torpedos de protones, uno de los cuales podía incapacitar o destruir una nave capital bajo las circunstancias adecuadas.

Todavía peor, un nuevo trino en la alarma de sensor indicaba la presencia de un enemigo o enemigos viniendo desde atrás. Han miró al panel de nuevo. El nuevo oponente era uno de los Alephs, volando, como los Gritos, casi a nivel de calle y rugiendo en sus colas.

Han llevó su torreta láser para apuntarla contra los Alas-E. Un buen disparo láser podría dañarlos o eliminarlos, mientras que un misil de impacto podría causar que los escombros de los edificios que les rodeaban cayeran en el camino de los Gritos. Su cuadrícula de objetivos tembló alrededor del Ala-E más adelantado y él disparó. El disparo falló. A kilómetros de distancia, el disparo láser verde alcanzó la cara de un edificio adyacente al complejo Terkury. El fuego láser que llegaba, lanzas rojas, centellearon bajo el morro de Han.

Entonces el cuaderno de datos conectado a su panel de control pitó. Han se mordió la lengua para no soltar una maldición por el momento de esta distracción y miró a la pantalla.

EL ALEPH PERSEGUIDOR ES LA HIJA DE WEDGE

Una corriente fría pareció cortar a través del estómago de Han mientras leía las palabras.

Ellos no tenían manera de comunicarse con la chica, para advertirle que se fuera. Bueno, tal vez Wedge lo tenía. ¿Pero tenía tiempo suficiente para sacarlo, conectarlo y ponerse en contacto con ella antes de que estuvieran sobre su objetivo? Han pensaba que no.

Han no quería matar a la hija de Wedge o incluso disparar

sobre ella. Pero sería peor si Wedge lo hacía. Peor todavía si ella mataba a Wedge, peor para Corellia y su misión.

Casi tan pronto como registró las palabras de Leia, Han conectó sus repulsores, haciendo rebotar su Grito hasta varios metros más arriba y encendió sus impulsores inversos. El Grito de Wedge centelleó al pasar bajo él y de repente estaba al frente.

—Tú tienes más experiencia con los cazas diminutos —dijo Han—. Trata tú con ellos. Yo me encargaré del remolcador de nuestra cola.

—Gracias, abuelito.

El panel sensor de Han aulló mientras las armas del perseguidor se fijaban en él. Él añadió un pequeño tambaleo a su camino de vuelo y los láseres fallaron, disparando inofensivamente al aire sobre los rascacielos de delante.

Han le dio la vuelta a su torreta láser y devolvió el fuego. Mientras apretaba el gatillo, el Aleph de apariencia desgarbada se sacudió hacia babor, evitando sus disparos, y se acercó arrastrándose, cayendo hasta más abajo, haciendo que el siguiente disparo de Han fuera incluso más difícil.

Maldita sea. Ella *tenía* que ser una buena piloto.

capítulo treinta y uno

CORUSCANT

Luke sintió la presencia, la llegada de alguien fuerte en la Fuerza. Abrió sus ojos.

Colgando sobre el suelo delante de él, a metros de él, estaba su sobrino y una vez su pupilo predilecto, Jacen, con el sable láser encendido en su mano. Excepto que no era el auténtico Jacen. Quien quiera que fuera apestaba a energía del lado oscuro y su mirada prometía sólo malevolencia.

—Esto no es agradable —dijo el falso Jacen.

Luke se levantó.

—¿Quién eres tú en realidad?

El no-Jacen resopló.

—Tú apenas existes. No necesitas saberlo.

Él dio un paso extraño y planeó hacia delante. Fue sólo el más ligero de los esfuerzos, pero flotó durante metros hacia Luke.

Luke encendió su sable láser.

El no-Jacen golpeó, un golpe rápido y poderoso que Luke interceptó con poco esfuerzo, sin un pensamiento consciente. La espada de no-Jacen estaba inmediatamente en posición de guardia para un contraataque anticipado, pero Luke retrocedió. Extrañamente, la fuerza del impacto envió a su oponente flotando hacia atrás. No-Jacen se movió hasta que golpeó la pared del corredor, que detuvo su movimiento, y flotó suavemente hasta el suelo.

Entonces Luke oyó el siseo y el cuchicheo de los sables láser en conflicto. El ruido acallado venía de su propia habitación.

Mara se levantó, lanzando hacia fuera sus mantas en un movimiento diseñado para lanzarlas sobre los atacantes y que le diera un momento para prepararse. Mientras se ponía en pie, alargó la mano y tiró a través de la Fuerza, y fue recompensada con el consolador peso de la empuñadura de su sable láser al llegar a su mano.

La habitación estaba encendida con matices rojos por la hoja del sable láser que colgaba en mitad de la habitación. Este estaba sostenido por una forma pequeña y deforme cuyos pies estaban bien separados del suelo. La figura estaba vuelta de espaldas a ella mientras ella se levantaba, pero ahora, impulsada por un pequeño empujón en la Fuerza que Mara pudo detectar, se volvió en mitad del aire y le presentó unos brillantes ojos rojos.

Era un chico, de tal vez unos trece años de edad. Sus rasgos resemblaban los de Ben pero estaban retorcidos por la furia, una furia que parecía como si tuviera años de abuso, celos y rabia tras ella. El pelo del chico, a diferencia del de Ben, era rubio, cortado en un estilo a capa con flequillo y Mara se dio cuenta con sorpresa de que era el estilo del corte de Luke Skywalker en su juventud. Había visto los holos de él en su adolescencia. Peor, porque también había visto aquellos holos, era el peinado del juvenil Anakin Skywalker.

El chico se movió suavemente hasta el suelo.

—Tú no eres mi madre —dijo él.

Su voz era un siseo de serpiente, lleno de odio.

—Bien —respondió Mara—. Entonces no será un crimen familiar hacerte pedazos.

Ella encendió su sable láser y su brillo azul chocó con el rojo que ya llenaba la sala.

El chico rubio saltó hacia ella, con el sable láser extendido en un impulso como una lanza, pero mientras entraba en el radio de alcance él giró la hoja alrededor y hacia abajo en un corte de barrido.

Mara bailó hacia atrás y hacia un lado, fuera del alcance del ataque y negligentemente movió una mano en dirección al chico. Los ojos de él se abrieron mucho como si el empujón de energía de la Fuerza de ella le cogiera y le lanzara contra la pared.

Contra… y *a través* de la pared. Él desapareció y el brillo de

su sable láser se desvaneció con él.

Mara todavía pudo sentir su presencia, su proximidad, incluso si ella ya no pudo decir en qué dirección se encontraba él. Ella levantó su sable láser en una postura defensiva y esperó.

Entonces oyó el entrechocar de las hojas de sables láser que venía de fuera de su habitación, en el corredor.

SISTEMA ESTELAR MZX32905, CERCA DE BIMMIEL

Nelani alargó la mano y golpeó, con su hoja blanco amarillenta cortando a través de los densos músculos y otros tejidos. Hubo un chillido de dolor y su captor, un mynock, pero uno con manos prensiles y flexibles al final de sus alas, la soltó y se movió en dos direcciones diferentes, con sus mitades cortadas por el golpe de ella.

A todo su alrededor, volaban más mynocks. Ellos se lanzaban hacia ella, alargando aquellas manos demasiado fuertes y azotándola con sus apéndices parecidos a colas. Ella daba mandobles a cualquier cosa que se acercara, cortando miembros y utilizando la Fuerza para girarse en el aire.

También estaba cayendo, pero el suelo rocoso de la caverna estaba bien lejos de la vista bajo ella. Eso era un dilema. La gravedad aquí no era fuerte, pero si empezaba a caer desde una altura suficiente, todavía podía coger una velocidad considerable, una velocidad mortal, para cuando alcanzase el suelo de piedra más abajo.

¿Por qué no había reaccionado Ben cuando la agarraron y la arrastraron lejos de él? ¿Por qué no había respondido él a su repentino grito?

La parte de su cerebro que todavía funcionaba con los problemas y la logística llegó a la respuesta del problema de la caída. Un factor que la ponía en peligro también sería su salvación.

La siguiente vez que un mynock se movió hacia ella e intentó agarrarla con sus garras, ella agarró su muñeca carnosa y tiró, lo que le permitió rodar por encima de la espalda de la criatura. Esta se escoró, intentando librarse de ella, pero ella saltó alejándose de él, lo que la envió lejos del suelo una vez más.

Ahora ella podía moverse hacia donde elegía. Se impulsó hacia un mynock, eludió su asquerosa boca central y le dio una patada en la parte inferior, lanzándose casi horizontalmente. El

siguiente que se encontró lo utilizó para impulsarse hacia abajo, hacia la espalda de uno a docenas de metros más abajo. Cada uno intentó cogerla, darle un latigazo con la cola o golpearla mientras se aproximaba, pero ella siempre era más ágil.

En uno de sus descensos vio el suelo de piedra de la caverna. Calculó que la velocidad no era demasiado grande para un impacto seguro. En lugar de rebotar contra el siguiente mynock de la línea, ella rodó por encima de su espalda y se permitió caer. Alcanzó el suelo sobre sus pies, bajando hasta agacharse para absolver el impacto, rebotando hacia arriba una docena de metros justo por la flexión de sus músculos. Pero flotó hacia abajo otra vez y ahora los mynocks giraron sobre su cabeza, sin atacar.

—Bien hecho.

Esta era una suave voz masculina que venía de detrás de ella.

Ella se volvió, con el movimiento levantándola un metro en el aire.

Tras ella un hombre humano estaba de pie, de porte digno, con su barba oscura cortada corta en un estilo elegante. Era alto y un poco pasado de peso, pero sus ropajes negros y ajustados sugerían que tenía tanto músculo como grasa. La empuñadura plateada de un sable láser, incrustada con piedras negras pulidas en forma de diamantes, colgaba de su cinturón.

Nelani se desplazó hacia el suelo otra vez y mantuvo su propia hoja encendida entre ellos.

—¿Quién eres tú?

Él se encogió de hombros.

—Dudo que conocieras mi nombre de nacimiento, pero el otro puedes reconocerlo. Soy Darth Vectivus.

Nelani hizo un gesto con una mano hacia las cavernas alrededor de ellos y le dirigió una sonrisa afectada.

—El Señor de todo esto.

—Una vez, quizás. Ahora soy meramente un fantasma. O tal vez menos.

—¿Qué sería menos?

—Un remanente. Un trocito de un fantasma. —Él pareció sólo un poco alterado—. Incluso mientras hablo, no soy consciente de mí mismo. De pensar, de tomar decisiones. ¿Podría, de hecho, no ser nada?

—No, puedo sentirte. Brillando en la Fuerza. Brillando con el lado oscuro.

Él negó con la cabeza.

—Ese no soy yo. Es quién quiera a quién estoy conectado.

—¿Conectado?

Ahora era el turno de él de hacer un gesto a su alrededor.

—Cada fantasma que ves aquí, cada uno con el que te encuentres, está conectado a algo que es distintivamente real, distintivamente vivo, aunque posiblemente muy, muy lejos. Cada vez que golpeaste a un mynock, un ser vivo en algún lugar sufrió el dolor y la herida que tú inflingiste.

Con esta aseveración, un nudo de nausea se formó en el estómago de Nelani.

—Estás mintiendo.

—No, no lo estoy haciendo. Tú golpeaste y en algún lugar, alguna criatura, tal vez un bebé bantha, chilló de dolor y fue cortado, asesinado ante los incrédulos ojos de su madre…

—Para.

—¿Por qué? Es la verdad. Los bebés banthas son bastante bonitos, ya sabes. Sería una pena terrible ver a uno cortado por la mitad.

—Estás enfermo.

—Pero quizá no era un bonito bebé bantha. Quizá era un escarabajo-piraña. No te importaría partir por la mitad a un escarabajo-piraña, ¿verdad? O tal vez a un mono-lagarto kawakiano. —Él negó con la cabeza—. Dicen que cada criatura es bonita cuando es un bebé. Un mecanismo de la naturaleza para ayudar a las criaturas a alcanzar la edad de reproducción. Pero no es verdad para todas las especies. ¿Has visto a los monos-lagartos inmaduros? Las larvas pequeñas más feas de la galaxia.

Él se estremeció.

—¿Qué tengo que hacer para que te calles?

—Oh, eso es simple. Mátame. —Él dio un paso que le hizo botar y planear hacia delante—. Haz un barrido con la hoja de tu sable láser a través de mi cuello, haz caer mi cabeza de mis hombros. Los mynocks se irán y podrás encontrar tu camino de vuelta hasta tus amigos. —Él aterrizó sólo a dos metros de distancia y se arrodilló ante ella—. Adelante.

—No puedes estar tan ansioso por morir.

—Yo morí hace siglos. —Darth Vectivus inclinó su cabeza—. Así que no sentiré nada. Sigue adelante y golpéame.

—¿Y qué hay de la vida a la dices que estás conectado?

Vectivus levantó la vista de nuevo y le sonrió.

—Él o ella se convertirá en una cabeza flotando libre, me

temo, ante la sorpresa de todos los que estén en las cercanías. “Vaya, mira, padre, madre está haciendo un nuevo truco. ¿Mami? ¿Mami?”

Nelani bajó la mirada hacia él.

—¿Esta burla es necesaria?

—Sí, lo es. Para incitarte a la acción que necesitas representar. —Vectivus desnudó de nuevo su cuello para ella—. Al matar a uno, a quien quiera que yo esté unido en este momento, salvarás a otros. Cientos. Miles. Aquello en lo que tú piensas como las maldades de mis enseñanzas del lado oscuro no se esparcirán mucho. Así que mátame.

—No.

—¿Ayudaría si asumo una forma más odiosa? ¿Un escarabajo-piraña con un traje humano?

Las ropas de Vectivus brillaron y flotaron. De repente llevaba una capa que lo cubría todo y una capucha, con su cara oculta en profundas sombras. Alargó las manos repentinamente blancas y arrugadas para quitarse la capucha y revelar los rasgos pálidos y casi reptilianos del emperador Palpatine, Darth Sidious, muerto hacía ahora más de treinta y cinco años.

Su voz también era la de Palpatine, malintencionada y nauseabunda.

—¿Qué hay de este? ¿Podrías golpear a este?

—No mientras estés conectado a una vida inocente.

Palpatine se levantó y, brillando mientras lo hacía, volvió a ser Vectivus para cuando se puso en pie. Su expresión era comprensiva, pero un poco compasiva.

—Niña Jedi, no eres lo bastante fuerte para salvar vidas. No eres lo bastante fuerte para sacrificar a uno para salvar a muchos.

—Podría sacrificarme a mí misma para salvar a muchos.

—Sí. Pero entonces no tendrías que enfrentarte a los acusadores ojos de los supervivientes de aquellos que sacrificaste. No tienes esa clase de fortaleza.

—Eso es crueldad. No fortaleza.

Vectivus se rió de ella.

—La fortaleza que jamás es afectada por la crueldad es conmovedoramente irresponsable. Tal vez serás afortunada y nunca tendrás que decidir el destino de una vida inocente.

Él hizo un gesto hacia Nelani… no, más allá de ella, y ella sintió un pulso en la energía de la Fuerza en la distancia más allá de ella.

Ella se movió, un bote flotante que le permitió girar para mantener a Vectivus en su visión periférica. En la distancia, hacia donde Vectivus hizo un gesto, los raíles que habían sostenido el vagón de Brisha hasta estas profundidades se iluminó brevemente. Incluso cuando la luz se desvaneció, ella todavía pudo sentirlos, podía marcar su presencia en la Fuerza como si fueran cosas vivas.

—Ve hacia allí —dijo Vectivus—. Y escala por aquellos raíles hasta un lugar seguro. Espera a que los otros se reúnan contigo una vez que hayan tomado sus decisiones sobre sus propios destinos. —Su voz tenía un tono amable—. No quiero que mueras innecesariamente… y tan débil como eres, si te entrometes en los asuntos de otros, eso es precisamente lo que te ocurrirá.

—Vete al infierno —dijo Nelani.

Vectivus se encogió de hombros.

—Quizás lo hice. No sabría decir.

Entonces se desvaneció de la vista, y mientras desaparecía, el ruido susurrante de los mynocks girando por encima de su cabeza también se desvaneció.

Nelani lanzó una mirada hacia arriba. Se habían ido, sin dejar ni siquiera un rastro en la Fuerza.

La ansiedad creció dentro de ella, un miedo concerniente al destino de sus amigos, y comenzó a rebotar hacia el lugar distante e invisible donde los raíles alcanzaban el suelo de esta caverna. Ellos eran su camino hacia la superficie, era verdad, pero también era su camino hacia los límites inferiores donde Jacen y Brisha esperaban.

RELLIDIR, TRALUS

Han hizo una mueca de dolor mientras los láseres de su perseguidora golpeaban su popa. Él redirigió energía extra del escudo de su morro para reforzar el de popa, una jugada peligrosa. Si el fuego láser de los Alas-E que se acercaban fallaba en alcanzar a Wedge, podría accidentalmente estrellarse en el morro de Han y arruinarle el día. Arruinar el resto de su vida, de hecho.

Pero Wedge se las había arreglado para vaporizar por sí solo a uno de los Alas-E con fuego láser y el otro se había alejado. Ahora estaba dando la vuelta para colocarse tras el Aleph y

reforzarlo.

No es que el Aleph necesitara muchos refuerzos. La niña pequeña de Wedge era buena en su trabajo. Había caído tan bajo y se había acercado tanto al Grito que la torreta láser de Han no podía girar lo suficiente para atacarla y, mientras tanto, ella podía morderle los impulsores con impunidad. Si él tan sólo tuviera un arma montada en su popa…

Espera un minuto, el la *tenía*. Tenía un tubo de bombas lleno de droides marcadores.

Sus dedos volaron sobre su consola de armas, pulsando un grupo de órdenes inusuales. Pulsó el botón EJECUTAR. Dos de sus droides marcadores se estarían deslizando ahora hacia los tubos de lanzamiento de las bombas…

—Control informa del lanzamiento de misiles —dijo Wedge—. Aparecerán en nuestros sensores en cualquier momento.

—Bien —dijo Han.

Apretó sus dientes para evitar continuar: *Espero que tu niñita, a la que he mecido en mis rodillas, no me arranque la cola antes de verles. Espero que ella corra de ellos cuando les vea. Espero no tener que matarla.*

La luz de LISTO brilló en verde en su consola de armas. Pulsó el botón de ejecución de la orden temporal que acababa de programar.

—Le tengo, le tengo, le tengo —dijo Zueb, regocijándose con malicia, mientras sus láseres mordían la cola del misterioso bombardero hasta hacerla pedazos

—Algo está pasando en la parte de abajo —dijo Syal. Ella quería dejarse caer otro metro, pero sospechaba que chocaría con el fondo de la calle. Incluso así, ya podía ver algo cambiando en la parte inferior del bombardero, paneles deslizándose hacia los lado, algo moviéndose hasta su posición a cada lado de la línea central del bombardero—. Eso parece como… ¿a ti te parecen *pies*?

Zueb agachó su enorme cabeza de sullustano hasta donde pudo.

—Sí. Pies. Pies plateados. Un par a cada lado.

—¿Qué diablos…?

Aquellos pies, y los cuerpos humanoides a los que estaban unidos, de repente se desplomaron desde el bombardero. Syal vio

un destello de dos cuerpos que caían, como droides de protocolo de un plateado apagado con rifles de forma extraña, mientras caían en su camino y se lanzaban hacia su morro.

Syal no pudo evitarlo. Su mano tembló en la palanca de control, un intento instintivo de evitar la colisión. Entonces llegó el impacto, con un droide golpeando cada uno de los ventanales delanteros del Aleph.

El que golpeó el ventanal de estribor se rompió. En su visión periférica, Syal tuvo la impresión momentánea de brazos y piernas volando en todas direcciones.

El que golpeó el ventanal de babor, directamente en frente de ella, no se rompió. Aguantó, con su cara justo allí en el centro del transpariacero y le ofreció a Syal lo que le pareció como una expresión reprobadora. En ese momento ella lo reconoció como un tipo de droide fijador.

Entonces el deslizamiento lateral involuntario de Syal llevó al Aleph lo bastante lejos para que su torreta láser de estribor comenzara a arañar el frontal del edificio, arrancando marquesinas y señales del edificio. Ella tiró de la palanca de control hacia babor, intentando liberarse de la fricción mortal antes de que la hiciera girar directa hacia el edificio y sintió aquella parte estremecerse mientras se liberaba.

No había tiempo para pensar, ahora ella estaba cruzando hacia el edificio a babor y el droide todavía le estaba mirando. Corrigió suavemente su curso, notando ausentemente que el bombardero había ganado algunos metros sobre ella.

—Gran vuelo, Gris Cuatro.

La voz era masculina, desconocida para ella y con el acento coruscanti.

Syal no podía arriesgarse a apartar su atención de la avenida delante lo suficiente para consultar su panel de comunicación.

—¿Quién es?

—Tiene a Hacha Tres como su ala.

—Hacha, hágale pedazos mientras yo pongo mi vida en orden aquí.

—Lo haré. Tenga cuidado, estoy recibiendo un enorme escuadrón perseguidor en nuestra cola, y no es de los nuestros.

Zueb se desabrochó el cinturón y se inclinó hacia delante. Con su puño, le dio un golpe al interior del ventanal de Syal. El droide de fuera volvió la cabeza para mirarle y este cambio en su aerodinámica fue aparentemente suficiente. El Aleph se sacudió y

el droide se había ido repentinamente, arrancado por la corriente de aire alterada a través de su superficie.

—Gracias —dijo Syal.

—No hay problema. —El sullustano se inclinó hacia atrás en su asiento del artillero y se volvió a abrochar el cinturón—. La torreta derecha está fijada. Hacha Tres tiene razón, hay una enorme nube de vehículos que se acercan en nuestra cola.

Syal le dio a la palanca de control un intento de ajuste. El Aleph se movió de nuevo hacia el centro de la avenida, respondiendo correctamente. Sólo entonces ella comprobó su pantalla sensora.

Mostraba el Ala-E por encima y en su visión periférica, pudo ver los láseres rojos del caza que se movía rápidamente golpeando al bombardero delante de ella. Mucho más atrás había una inmensa nube de naves moviéndose hacia arriba a una velocidad tremenda. Estarían sobre ella en treinta segundos o menos y la pantalla del sensor todavía no podía decirle qué eran los vehículos individuales en ella.

Y delante y por encima, más allá de primer bombardero pero demasiado cerca, estaba el final de la avenida, un enorme edificio de apartamentos de nueva construcción.

Syal levantó la vista y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Si ella comenzaba a subir justo ahora podría, *podría*, ser capaz de superar los edificios que la rodeaban. Pero el bombardero que iba delante estaba tan cerca del edificio que no había manera de que pudiera evitar la colisión…

Vio a ese bombardero disparar los misiles hacia delante y hacia abajo. La calle, justo delante del gran edificio, estalló en humo y polvo. En la décima de segundo antes de que fuera tragado por la nube de polvo, ella habría jurado que vio al bombardero lanzarse hacia la calle.

El segundo bombardero, el que ella había estado hostigando, perdió altitud. Su piloto no tenía distracciones. Hacha Tres estaba subiendo para alejarse del enfrentamiento, ascendiendo hasta la seguridad.

Syal fue consciente de que Zueb estaba gritándole, algo sobre escalar, sobre continuar viviendo. Ella le ignoró y miró a sus sensores. La zona donde los misiles habían impactado estaba quieta sólo parcialmente materializada en la pantalla, pero era un gran agujero, y el primer bombardero había desaparecido. No estaba golpeando el edificio, no estaba girando a derecha o

izquierda en un intento fútil de liberarse de la construcción que le rodeaba… simplemente se había ido.

A través del agujero.

Syal apuntó su Aleph a lo largo del paso del segundo bombardero.

Zueb estaba gritando algo sobre la locura y la destrucción. Ella le ignoró. Cogió la palanca de control con ambas manos.

El segundo bombardero desapareció en la nube de humo. En la pantalla del sensor, este cayó a través del agujero en la calle.

Cuando Syal alcanzó ese punto, empujó hacia abajo la palanca de control, comprimiéndola durante una fracción de segundo. Sus válvulas montadas en la parte alta se conectaron, lanzando al Aleph hacia abajo.

No golpeó nada. A través de los ventanales sólo había humo y oscuridad. En la pantalla del sensor estaba la cola de ese bombardero mordido lanzado hacia delante entre grupos de columnas de apariencia pesada. Había escombros, polvo pesado y partículas de materia delante de él. Este se elevó hacia los escombros.

Mientras su Aleph alcanzó el punto en el que el bombardero comenzó a elevarse, ella empujó hacia delante su palanca de control y las válvulas montadas en la parte inferior se conectaron. Añadió un poco de impulso de los repulsores. El Aleph saltó hacia arriba, comprimiendo su columna vertebral y cortando los gritos de Zueb, y de repente estaban de nuevo bajo la luz del sol.

Líneas de aparcamiento verdes y la brillante cúpula de un escudo de energía militar estaban delante. El primer bombardero estaba circulando hacia babor alrededor del escudo, el segundo bombardero iba hacia estribor. Ambos estaban dejando caer sus cargas de bombas: droides marcadores que flotaban hacia el suelo, con sus descensos ralentizados por la clase de placas repulsoras utilizadas para un uso corto por tropas de comandos aerodesplegadas. Por encima circulaban escuadrones de Alas-X, interceptores Eta-5, Alas-E… el complemento completo de tierra de la guarnición de Rellidir.

Zueb estaba gritando algo sobre un vuelo genial y tener niños y holodramas. Syal le ignoró. Algo se estaba sumando en su cabeza, números fríos y hechos.

Ella conectó los impulsores inversos para frenar al Aleph, lanzando a Zueb hacia delante en su asiento, y cambió su panel de comunicaciones a la frecuencia general de la flota.

—Aquí Gris Cuatro a todas las fuerzas de la AG —dijo ella. Se sentía curiosamente sin emoción, pero sabía que meramente contenía su emoción, que no la había eliminado—. Escuadrones enemigos acercándose viajan hacia el oeste, hacia el área central de misiles de Rellidir y tienen un camino sin obstrucción hacia el interior del escudo. Preparaos. —Volvió a cambiar hacia la frecuencia del escuadrón. Mientras la parte frontal del Aleph giraba y el edificio bajo el que acababan de volar llenó sus ventanales, ella detuvo el Aleph completamente en el aire—. Zueb, dispara los misiles. Haz caer ese edificio. Golpea primero la base.

—¿Qué?

—Eso es una orden. Haz caer ese edificio, desde el suelo para arriba.

Las manos de Zueb se alargaron hacia los controles de armas.

CORUSCANT

No-Jacen vino de nuevo hacia Luke una y otra vez, haciendo saltos prodigiosos, rebotando de pared a pared, del techo al suelo, como si fuera inmune a la gravedad. Con cada pasada lanzaba uno, dos, tres golpes con el sable láser en dirección a Luke, golpeando una y otra vez hasta que, alejado por los impactos, estaba demasiado lejos para luchar.

Luke contrarrestó cada impacto y cada golpe lanzado. Sintió la piel de su antebrazo izquierdo fruncirse un poco por del calor de un golpe cercano y vio las ropas de no-Jacen prenderse fuego justo debajo de la axila derecha por un impulso especialmente cercano de los de Luke… pero no-Jacen se apagó las llamas con palmaditas y meramente le sonrió.

No-Jacen agarró una barra luminosa del techo y se quedó colgando allí como si su peso no fuera nada.

—Eres más o menos tan bueno como mi *auténtico* Maestro —dijo no-Jacen.

Luke le dirigió una mirada burlona.

—¿Y quién es ese?

—*Tú* lo sabes —dijo no-Jacen—. A propósito, tienes buen aspecto con la barba.

—¿Eso crees? —Luke se pasó su mano libre por su barbilla limpiamente afeitada—. Bueno, no estoy seguro de cuál es nuestro desacuerdo, pero quizás podamos resolverlo hablando.

—Intento no negociar con fantasmas, con cosas que no existen. Es mejor simplemente cortarlos por la mitad y verlos desaparecer.

No-Jacen se impulsó en la pared y voló hacia delante otra vez.

SISTEMA ESTELAR MZX32905, CERCA DE BIMMIEL

Mientras el ataque de la Fuerza de Mara la Sith le apartó de ella, Ben apagó su sable láser. Girando dentro del poder del ataque de ella, en lugar de luchar contra el impulso, él añadió algo de energía de la Fuerza por sí mismo, empujándose lateralmente a lo largo de la dirección del ataque de ella, y de repente estaba siendo empujado casi en un ángulo recto de la dirección en la que ella le había enviado. Durante la mitad de la duración de cada giro que hacía, podía verla, iluminada por su sable láser, y ahora ella estaba mirando en la dirección equivocada. La maniobra de él había funcionado.

Se estrelló contra una pared de piedra y se las arregló para no gruñir de dolor. Rebotó contra la superficie y comenzó a caer hacia el suelo más abajo. Calculó que estaba sólo a diez metros más abajo, una caída fácil con esta gravedad. Cuando golpeó el suelo, lo hizo con un silencio que probablemente complacería a su auténtica madre.

En la distancia, Mara la Sith estaba en pie preparada, con su cabeza volviéndose hacia este lado y aquel, buscándole con sus sentidos de la Fuerza al igual que con sus ojos. Ben intentó dejar su mente en blanco, borrar sus pensamientos, para no darle a ella nada que buscar. Y no estaba utilizando la Fuerza. Eso ayudaría.

Pero él era la única persona en cientos de metros a la redonda de Mara la Sith. Eso debía convertir el encontrarlo en un juego de niños… y sin embargo, no lo fue y ella siguió buscándolo.

Ben hizo un largo salto lateral, circulando la posición de Mara la Sith. En ese tiempo, Mara la Sith dejó de moverse. Se quedó completamente inmóvil, con su sable láser bajado en un ángulo que servía para levantarlo en un golpe o en una postura defensiva de paraguas, y Ben sospechaba que sus ojos estaban cerrados.

Silenciosamente, él se lanzó hacia delante. Llevó su sable láser apagado de nuevo hasta una posición de ángulo listo para golpear y mantuvo su pulgar sobre el botón de encendido.

Su salto fue preciso. No necesitó corregirlo con pequeños

ajustes de la Fuerza. Voló directamente hacia ella, cruzando el espacio entre ellos como un pase de bolazona.

Entonces estuvo lo bastante cerca para ver la cara de ella, sus rasgos. Ella estaba descansando, con los ojos cerrados.

En paz. Esta no era su madre, pero era la cara de su madre y no había maldad en ella, ninguna malevolencia Sith.

Él no pudo encender su sable láser y matarla. Simplemente no podía.

Ella se volvió hacia él y sus ojos se abrieron, de un rojo brillante igual que antes. Ella continuó su giro hasta convertirlo en una vuelta. Un estremecimiento de miedo pasó por la zona media de él y supo que la hoja del sable láser de ella seguiría por donde había estado el estremecimiento.

Pero fue su pie lo que subió, golpeando sus entrañas con el poder del brazo de pistón de un droide de combate.

En un lento movimiento, él sintió el aire dejar sus pulmones, se sintió envolverse sobre el pie de ella y sintió sus órganos internos comprimirse y amoratarse. Entonces estaba volando de nuevo, con la negrura pasando ante sus ojos donde la imagen de su madre había estado.

capítulo treinta y dos

Jacen alcanzó un afloramiento de roca y se agarró, evitando caer una vez más hacia el hombre con la cara de Luke Skywalker.

—Eres más o menos tan bueno como mi *auténtico* Maestro —dijo Jacen.

Y era verdad. El fantasma con el que luchaba tenía la velocidad y los movimientos de un Maestro Jedi. Sería un digno adversario para Luke.

El hombre con barba le dirigió una mirada burlona.

—¿Y quién es ese?

—*Tú* lo sabes —dijo Jacen—. A propósito, tienes buen aspecto con la barba.

—¿Eso crees? —Su oponente se acarició el vello facial—. Bueno, no estoy seguro de cuál es nuestro desacuerdo, pero quizás podamos resolverlo hablando.

Jacen consideró eso. Este combate no sólo carecía de sentido, siendo llevado a delante por los deseos de algún otro para los fines de algún otro, sino que también era peligroso. El falso Luke era potencialmente lo bastante bueno para matar a Jacen.

Sin embargo, el falso Luke apestaba al lado oscuro de la Fuerza. No podía haber un beneficio duradero en cooperar con él. ¿Verdad? Durante un momento Jacen estuvo confuso, sopesando la preponderancia de la historia Jedi y las aseveraciones sobre los seguidores del lado oscuro contra su propia experiencia limitada.

Pero decidió a favor de la historia y la tradición.

—Intento no negociar con fantasmas, con cosas que no

existen. Es mejor simplemente cortarlos por la mitad y verlos desaparecer.

Jacen se impulsó en la pared y flotó hacia delante de nuevo.

Sabía que este Luke solidamente plantado y gravitacionalmente con ventaja se había adaptado a las tácticas de baja gravedad de Jacen, de manera que las alteró. En el instante en que toco el suelo ante el falso Luke, plantó sus pies y utilizó la Fuerza para anclarse allí y luego lanzó un frenesí de golpes duros.

No sirvió de nada. El falso Luke se adaptó instantáneamente a su cambio de tácticas, volviendo a un estilo defensivo y más suave, apartando cada uno de los ataques completos de Jacen. Y lo hizo sonriendo, burlándose silenciosamente

El falso Luke, en lugar de contrarrestar el quinto golpe de Jacen en la secuencia, dio un paso al lado, atrayendo a Jacen hacia delante y desequilibrándolo. El contragolpe de Luke giró alrededor y hacia la desprotegida espalda de Jacen…

—Es suficiente —dijo Brisha y el falso Luke se desvaneció.

Jacen, enderezándose, todavía sintió un pequeño temblor de dolor en el área donde el golpe habría aterrizado y bajó la vista para ver una porción de su capa, una gran marca negra, en llamas. Le dio unas palmaditas para apagarla y levantó la vista hacia Brisha.

—¿Quién era ese en realidad?

Ella se encogió de hombros.

—Una combinación del auténtico Luke Skywalker y la energía del lado oscuro de este lugar. Una combinación que te habría vencido, dado que no estabas utilizando la misma energía y los recursos disponibles para ti.

Ella todavía sostenía uno de los raíles, doblándose contra él, en realidad. Estaba sudando.

—Tú misma has estado utilizando mucha energía —dijo Jacen.

Él apagó su sable láser.

Ella asintió.

—¿Coordinar las acciones de varios fantasmas de la Fuerza? Muy agotador. Inténtalo alguna vez.

—Así que admites que estás tras este asalto contra mí.

—Oh, no fue un asalto. Sólo una prueba. Si hubiese sido un asalto, habría dejado que el Luke fantasma te matase. ¿No crees?

Jacen frunció el ceño. Sus palabras tenían el resonar de la verdad.

—Creo que es hora de que me cuentes toda tu historia.

—Desde luego. —Ella se dejó caer desde los raíles y flotó hacia la piedra que afloraba de donde el falso Luke había llegado originalmente. Rebotó ligeramente hasta más allá de Jacen y le hizo señas para que él la siguiera—. Todas las respuestas están por aquí.

Él la siguió.

RELLIDIR, TRALUS

Han sonrió mientras completaba su circuito alrededor del Centro de Artes Escénicas protegido por los escudos. Sus droides marcadores estaban cayendo hacia el suelo, recibiendo pero ignorando el fuego de pequeñas armas de las tripulaciones de tierra y de infantería de la AG y su panel ya se estaba iluminando con los datos que los droides estaban enviando al cuartel general de operaciones corelliano. En la representación lineal del área local, la parte superior del escudo era un punto caliente donde numerosos droides tenían las miras láser de sus rifles de entrenamiento. Por encima, muchos de los cazas atrapados dentro del alcance exterior de los escudos también estaban siendo fijados como objetivos.

Los Gritos de Han y Wedge estaban también en la matriz de los droides marcadores… como no objetivos. Los misiles que detectaran y se volvieran hacia los Gritos se suponía que se apartarían para encontrar nuevos objetivos. Los misiles que vinieran demasiado rápido para apartarse de sus caminos de vuelo se suponía que detonarían prematuramente. En teoría, los Gritos estaban a salvo de la andanada de misiles.

En teoría.

Han no confiaba demasiado en la teoría. Preferiría tener algunos edificios entre él y los misiles que se acercaban…

Algo iba mal. Delante, cuando completó su circuito, había un Aleph donde no debería haber Aleph alguno. Este estaba marcado por la batalla, con su fuselaje abollado, sus ventanas arañadas y melladas.

Las cejas de Han subieron. Este tenía que ser el Aleph que les había perseguido en el bulevar de aproximación, la nave de Syal Antilles. Inexplicablemente, se las había arreglado para seguirles hasta dentro. Y ahora estaba frenando y girando hacia el edificio Terkury.

Los timbres de las alarmas se dispararon en la cabeza de Han. Si él estuviera en la posición de Syal, sabría que los misiles estarían rugiendo detrás. Se estaría figurando cómo detenerlos antes de que ellos llegasen aquí. Y eso significaba dejar caer un grupo completo de misiles en el edificio Terkury, derrumbándolo de manera que los misiles impactaran con los escombros que caían, sin conseguir pasar nunca de la zona del escudo exterior.

Esto era lo que Syal estaba haciendo y él tenía que detenerla. Cambió su panel de armas a fuego de misiles y dejó caer su retícula de objetivos sobre el Aleph.

Y dudó.

Esta era la niña pequeña de Wedge. No podía matarla.

Si no lo hacía, la misión sería un fallo y la AG no se iría, y la guerra podría estallar.

Oyó un aullido y se dio cuenta, como si su mente estuviera funcionando a distancia, de que no era una alarma de la cabina, sino su propia voz, un rugido inarticulado de furia y frustración, lo que llenaba sus oídos.

No había tiempo para encontrar la solución perfecta. Su pulgar descansó en el botón de fuego.

No había una solución *perfecta*… pero la fracción de segundo de retraso le dejó encontrar una *posible* respuesta. Empujó hacia delante el control de armas. La retícula de objetivos abandonó al Aleph y cayó hacia el suelo a varios metros por debajo del caza que colgaba allí. La cuadrícula dio saltos alrededor, intentando identificar cualquier cosa en el suelo que pudiera constituir un objetivo.

Han disparó. Su misil de impacto centelleó hacia delante para golpear el duracreto bajo el Aleph.

Syal vio impasiblemente como Zueb fijaba como objetivo el edificio justo por encima del enorme agujero en el suelo por el que el Aleph y los dos bombarderos habían salido. Él parecía estar moviéndose con movimientos lentos. Todo pareció estar moviéndose a cámara lenta.

El astromecánico pitó una alarma: una fijación de objetivo sobre el Aleph. Syal frunció el ceño. Mantuvo sus manos calmadas en los controles. Un empujón lateral podía causar que Zueb fallase su objetivo y ella no podía permitirse que eso ocurriera. Además, el fuego que le llegaba era probablemente una andanada láser de un oportunista piloto de Ala-X y ella podía

sobrevivir a unos cuantos segundos de eso…

El mundo explotó alrededor de ella. El Aleph fue empujado como si un rancor del tamaño de un rascacielos le hubiese dado una patada. Sintió comprimirse lo huesos de su espalda, como uno de los saltos hacia arriba basados en las válvulas del Aleph pero peor, como saltar de un caza condenado pero peor. El rojo llenó su visión y vio claramente la palanca de control de su caza. Su mano no estaba sobre ella. Intentó cogerla pero parecía no poder hacer que su cuerpo se moviera.

Fuera de las ventanas, grupos de edificios giraban, a veces por encima, a veces por abajo, mezclándose con cazas enemigos y el cielo y el suelo.

El Aleph desapareció en la nube de polvo y escombros del misil de impacto de Han y durante un momento Han pensó que el caza se había convertido en confeti por la fuerza del impacto. Pero el Aleph saltó fuera de la nube, girando, fuera de control, en un arco balístico que le llevaría en segundos de vuelta hasta el suelo y su destrucción final.

El camino de vuelo curvado de Han le llevó más allá de la nube de polvo. Su Grito y el de Wedge se cruzaron, dirigiéndose en direcciones opuestas. Podía oír la voz de Wedge, reprendiéndole.

—Han, *fallaste*.

Las palabras no tenían sentido. Él las ignoró.

Toda su atención estaba en el Aleph que caía. *Vuela, maldita sea, vuela*, le dijo él, abriéndose hacia la nave y su piloto como si tuviera poderes de la Fuerza, como si pudiese ayudar a Syal…

No podía, desde luego. Miró al condenado Aleph alcanzar la parte alta de su arco y comenzar a descender hacia el suelo.

Su giro de caída… ¿estaba cambiando? Mientras giraba, ¿parecía retardarse durante un momento con su morro apuntado hacia el cielo?

En su siguiente giro estaba seguro. La piloto estaba intentando recuperar el control. Los impulsores, mientras empezaban a apuntar hacia el suelo, se dispararon y continuaron disparándose hasta que estuvieron horizontales. Se apagaron de nuevo. Pero el giro era lento y la siguiente vez que los impulsores se orientaron hacia abajo se dispararon otra vez y se mantuvieron, lanzando al Aleph hacia arriba. El caza ennegrecido por la explosión se bamboleó mientras reasumía su vuelo propulsado,

pero estaba bajo control.

Y se volvió otra vez hacia el edificio Terkury, con su misión todavía sin completar.

Han miró con incredulidad. ¿Iba a tener que hacerla estallar otra vez?

No. Una nube de lo que parecía como insectos flameantes se agitaron al subir desde el cráter al pie del edificio Terkury: misiles, cientos de ellos.

La mayoría se dirigieron hacia el cielo. Su plan de vuelo les haría girar justo bajo la cúpula del escudo exterior y lanzarse hacia el interior, alcanzándolo en dos o tres lugares, sobrecargándolos con poder explosivo, permitiendo a los subsecuentes misiles caer sobre el Centro de las Artes Escénicas. Otros fijaron sus objetivos en los cazas que había por encima y las naves más grandes todavía en el suelo.

Han vio a dos volverse hacia el Aleph. El Aleph, en respuesta, se escoró directamente hacia el Grito de Han, volando por debajo y más allá de él. Tan pronto como el Aleph y el Grito estuvieron tan cerca el uno del otro que sus señales estarían mezcladas en los sensores de los misiles, los misiles se volvieron, persiguiendo nuevos objetivos. El Aleph cayó hasta el nivel del suelo y se deslizó hasta detenerse sobre varios deslizadores aparcados, convirtiéndose en un objetivo poco probable para la adquisición de objetivos continuada de los misiles.

Han sonrió. La chica estaba en bastante buena forma para intentar matarle de nuevo. La táctica de ella, liderar a los misiles perseguidores a lo largo del camino de él, habría funcionado si él no hubiese sido designado como un no objetivo por los droides. Todo estaba bien con el mundo. Él podría haber aplaudido.

Al menos, todo estaba bien hasta que su cuaderno de datos le pitó de nuevo. En su pantalla se leía:

EL TRANSPONDEDOR FOTTRA1103 EN LA FRECUENCIA 22NF07 ES JAINA

La mayoría de los misiles alcanzaron la parte alta de sus arcos y volvieron de nuevo hacia el suelo.

Algunos no lo hicieron. Unos cuantos impactaron en sus objetivos en el aire: cazas circulando sobre la cabeza de puente de la Alianza Galáctica, pilotos que esperaban entrar en la lucha, pilotos que no eran lo bastante rápidos para eludir el fuego de los

misiles o para eyectar con anticipación del impacto.

Los otros misiles completaron sus giros y rugieron hacia abajo, concentrándose en tres corrientes.

Los misiles que iban al frente de esas corrientes alcanzaron la brillante cúpula del escudo de la AG, compitiendo con su energía explosiva contra la fuerza coherente.

Los primeros perdieron esa competición. Los escudos eran demasiado fuertes. Pero los misiles siguieron viniendo, cada uno añadiendo nuevo poder explosivo a la ecuación.

Los escudos temblaron. Complicadas matrices de energía comenzaron a perder su coherencia. Dentro del Centro de Artes Escénicas, luces de alerta, fallo y sobrecarga comenzaron a brillar en la maquinaria del generador del escudo. Los operadores comenzaron a mirarse los unos a los otros inseguramente y el más temeroso de ellos buscó a su alrededor un lugar en el que escudarse, una dirección para correr.

Entonces, en una milésima de segundo, ocurrió: el complejo tejido del escudo se desenredó en un punto y el siguiente misil entró en el espacio vacío donde había estado. Este no detonó. El ordenador en el corazón de su sistema de guía reguló su nueva posición, metros más allá de lo que había sido designado como los límites del escudo, con respecto a los otros misiles en el grupo y aquellos que todavía podían maniobrar para posicionarse a lo largo de su camino comenzaron a hacerlo.

Ese misil estaba a medio camino de la parte superior en forma de corona del Centro de Artes Escénicas cuando el siguiente punto encima de la superficie curvada del escudo cedió. Más misiles centellearon a través del agujero que se ensanchaba.

Los misiles delanteros rugieron hacia abajo a través del tejado que había más abajo, calculando en cada inapreciable fracción de segundo su posición actual, alcance estimado hasta el objetivo, reservas de combustible estimado…

* * *

Los observadores no eran conscientes de lo que ocurría en milésimas de segundo, desde luego.

Cuando los primeros misiles golpearon el escudo, los que miraban vieron un brillo comenzar allí, acompañado por el distante *whumpf* de la detonación de los misiles. El brillo se hizo más grande y brillante. El ruido de las detonaciones se hizo más

alto.

Entonces una lanza de fuego se abatió desde la posición de los escudos e impactó contra el tejado del Centro de Artes Escénicas.

El centro pareció abombarse, con las paredes hinchándose hacia fuera con llamaradas tras ellas. Entonces todo el inmenso edificio explotó como un pastel hecho de combustible sólido. Irónicamente, aunque los proyectores de los escudos estaban en proceso de fundirse, desintegrándose, los escudos que creaban no habían tenido tiempo suficiente para fallar completamente y los bordes exteriores de la explosión que los alcanzaron fueron contenidos por ellos.

Entonces los escudos cedieron y las llamas y los escombros bajo ellos se esparcieron en todas direcciones.

Los misiles continuaron cayendo, muchos de ellos derramándose sobre el agujero crecientemente cavernoso que había sido el centro. Otros se lanzaron sobre los cascos de las pequeñas naves capitales que habían aterrizado alrededor del centro. Sus escudos estaban levantados. Sus escudos cayeron, derrumbándose bajo el incansable bombardeo explosivo, y aquellas naves de lucha comenzaron a erupcionar con explosiones propias.

CORUSCANT

—Estaba luchando con un simulacro de Jacen —dijo Luke.

Paseó por el dormitorio, mirando en el armario y luego bajo la cama, como si más enemigos pudieran encontrarse allí.

—El mío fue una forma retorcida de Ben —dijo Mara—. Más cruel que un enemigo que intenta matarte es que sea la imagen de tu propio hijo.

Luke, de rodillas en la cama, levantó la vista hacia ella.

—¿Por qué no enviaron a un Ben contra cada uno de nosotros? ¿No mejoraría eso las probabilidades de que uno de nosotros dudase, al menos en teoría?

Mara se encogió de hombros.

—¿Qué fue eso?

Luke se levantó.

—Un usuario del lado oscuro de la Fuerza de alguna clase. O un grupo de ellos. ¿Algo nuevo? No lo sé. —Él se movió de nuevo hacia el armario y sacó los pantalones color crema y la

túnica—. Algo está ocurriendo ahí fuera, donde está Leia, quizás donde están Jacen y Ben. Voy a ir al comunicador y ver que puedo descubrir.

—Dame mi bata. Me uniré a ti.

Mara intentó apartar su sensación de incomodidad. Esta la había agarrado en el momento en que le había dado una patada a la imagen mutada de su hijo y no la había abandonado desde entonces.

SISTEMA ESTELAR MZX32905, CERCA DE BIMMIEL

Alrededor de la roca que afloraba, Jacen se encontró cara a cara con otra roca: una piedra redondeada de roca negra con una superficie brillante y suave. Era diferente de cualquier otra superficie que hubiese visto mientras estaba en estas cavernas.

Y apestaba a energía del lado oscuro.

—Una puerta —dijo él.

A su lado, Brisha asintió.

Jacen se abrió para explorar la barrera con sus sentidos afinados por la Fuerza. La piedra parecía estar descansando en un pivote de energía pura. El más ligero esfuerzo la giraría hacia un lado… pero el esfuerzo tenía que hacerse a través de la Fuerza. A través del lado oscuro de la Fuerza. Tal vez un esfuerzo del lado luminoso también la abriría, pero él sintió que tal esfuerzo tendría que ser mucho más grande.

Él se encogió de hombros, hizo un gesto y se esforzó mínimamente a lo largo de oscuros caminos. La piedra giró obedientemente hacia un lado. Había oscuridad más allá.

Brisha entró en la oscuridad y Jacen la siguió. Justo más allá de la entrada de la piedra, un grupo de recias palancas de metal y controles se revelaron y ella movió varios de aquellos interruptores desde abajo hasta la posición superior.

En la distancia una luz se encendió: brillante, dorada clara, alegre y cálida en su matiz, revelando que Jacen y Brisha estaban en un corredor de piedra irregular, triangular, ancho en su base, uniéndose en un punto a un par de metros por encima de sus cabezas. El corredor se ensanchaba a unos cuantos metros delante de ellos y la caverna de más allá estaba siendo iluminada por la nueva luz.

La gravedad también se estaba asegurando. El segundo paso de Jacen le hizo rebotar y flotar la mitad de la distancia que el

primero y el siguiente fue casi correcto para los estándares de gravedad de Coruscant. Después de eso, sintió que podía haber estado en Coruscant, excepto por la frialdad del aire.

—Los calentadores están ahora conectados —dijo Brisha, como si leyera su mente—. Pero se necesita un tiempo para calentar un espacio tan grande como este.

—Desde luego —dijo Jacen.

Salieron del corredor y entraron en una caverna abierta, y Jacen parpadeó ante lo que vio.

La caverna estaba abierta, con sus paredes ligeramente irregulares pero todavía del mismo material oscuro y suave que la puerta de piedra. El techo de la caverna estaba quizá a 50 metros de altura en su punto más bajo y 60 en el más alto, y el lugar era más largo que alto, de alrededor de 200 metros de largo en una dimensión y 150 en la otra.

Pero nada de eso se registró al principio. Los ojos de Jacen fueron atraídos hacia el edificio que ocupaba el centro de la caverna.

Era una mansión, una construcción de piedra de cinco pisos y no parecía siniestra en lo más mínimo. Las superficies exteriores del edificio eran de roca, pero revestida de tiras de mármol blanco y verde más que de la masiva roca oscura de este asteroide. Sus ventanas eran anchas, sin cerrar, invitadoras.

En cada esquina del edificio había una torre, con la sala superior techada pero abierta por los lados, y había figuras moviéndose allí y en varias ventanas del edificio. En la ventana de una torre, una figura pintaba. En otra, alguien tocaba un arpa enorme y notas distantes, suaves y verdaderas, llegaban hasta los oídos de Jacen. En una de las ventanas inferiores, una figura hacía juegos de malabares con tres brillantes pelotas amarillas. En el centro del quinto piso un mecanismo enorme, lleno de piñones y palancas, operaba, siendo aparentemente todo su propósito mover un único dial en la cara del edificio. Giraba a intervalos de dos o tres veces por minuto, vigilado cuidadosamente por una figura que estaba en pie en el borde del quinto piso delante de él.

Las figuras que se movían eran todos droides de protocolo y estaban alegremente pintados, uno en rojo, otro en verde bosque, uno dorado. El que atendía a la máquina era azul pastel.

Y todo estaba lleno con la energía del lado oscuro.

—Esto —dijo Jacen— es una locura.

—En realidad no. —Brisha caminó hacia el edificio con él—.

Darth Vectivus disfrutaba de la arquitectura de Naboo e incorporó algunos materiales de sus edificios a su hogar lejos del hogar. Otros elementos arquitectónicos son de otros mundos.

—Pero no es muy sithiano. La ciudadela Sith en Ziost…

—He estado allí. Un lugar muy sombrío. Innecesariamente sombrío.

Llegaron a los escalones de las puertas principales y, mientras empezaron a subir, aquellas puertas se abrieron para ellos. Más allá había un pasillo revestido de mármol. Columnas a la altura de la cintura a lo largo de las paredes soportaban bustos de hombres y mujeres, principalmente humanos y algunos de otras especies.

—De acuerdo —dijo Jacen—, no más retrasos. La verdad.

Él llegó a lo alto de las escaleras y entró en el pasillo. Sintió un pequeño desequilibrio. La disonancia entre las energías que sentía y la alegría de lo que le rodeaba le preocupaba.

—La verdad es que entrené para ser una Sith. Fui entrenada por tu abuelo, Darth Vader.

Ella no parecía en lo más mínimo avergonzada por esta revelación.

Jacen se detuvo en el primero de los bustos. Mostraba a una mujer de apariencia serena, con su pelo peinado en un estilo de capas que subía hacia arriba.

—Pero tú no hablas como una psicópata conquistadora de la galaxia.

—Vader no era un psicópata conquistador de la galaxia. Era un hombre triste cuyo único amor en la vida había muerto y cuyo único anclaje al mundo de los vivos era, sí, un loco conquistador de la galaxia. Palpatine. Por cierto, el busto es de la madre de Vectivus. Ella no era una Sith y no era una Jedi.

Jacen le lanzó una mirada irritable e hizo un gesto para que ella continuara.

—De acuerdo. Mi auténtico nombre es Shira Brie.

Jacen parpadeó en dirección a ella.

—Pero eres más conocida como Lumiya.

En su mente, él recordó las imágenes holográficas que le habían mostrado de la famosa monstruo, la mujer que llevaba un arma única: un látigo láser, tan destructivo como un sable láser pero flexible y con un alcance mayor. No había lugar para que esta mujer llevase uno en el mono que llevaba ahora, pero no él no se engañó a sí mismo pensando que estaba desarmada.

—Sí.

—Bajo cuyo nombre intentaste matar a varios miembros de mi familia.

—Hace décadas. Sí. —Ahora parecía avergonzada, arrepentida—. No me juzgues demasiado pronto, Jacen. Mi historia se parece mucho a la de tu tía Mara… excepto que ella recibió algunos respiros afortunados que yo no recibí. A mí me llevó más tiempo enderezar mi vida.

—Háblame de ello.

—Fui criada en Coruscant, conseguí una posición en el servicio imperial y, cuando Luke Skywalker se convirtió en un héroe de los rebeldes, yo me uní a ellos.

—Para matarle.

—No, para hacer algo peor: desacreditarle. Un héroe arruinado es mucho más devastador que uno muerto. —Su mirada se deslizó hacia un lado y Jacen sintió que ella estaba reviviendo los eventos que habían ocurrido antes de que él naciera—. En realidad desarrollé un gran apego por tu tío. Una vez que estuviera arruinado como rebelde, yo planeaba arrastrarle al lado imperial. Pero durante una batalla de cazas, él dependió de la Fuerza en lugar de los datos del transpondedor para diferenciar a los amigos de los enemigos y me derribó.

—He oído eso.

—Sobreviví, pero me costó. Me costó más de la mitad de mi cuerpo, de hecho. Mis miembros, algunos de mis órganos… —Ella bajo la mirada hacia sí misma—. Repuestos cibernéticos. —Cuando Jacen no respondió, ella continuó—: Y fue entonces cuando Darth Vader tomo especial interés en mí. Quizás a causa de nuestras similitudes. Él pudo sentir el potencial de la Fuerza en mí y no hacía falta un maestro en psicología para descubrir mi deseo de venganza.

—Lo cual intentaste.

—Una y otra vez, después de mi entrenamiento Sith en Ziost. Sí.

—Pareces singularmente poco dispuesta a disculparte.

—No tengo nada de lo que disculparme *contigo*. Llévame ante la presencia de Luke Skywalker o Leia Organa y, bueno, las cosas serán diferentes. ¿Te gustaría ver el resto de la casa?

—¿Hay algo en ella excepto colores brillante y alegres, dormitorios, baños, y eso?

—Ya no. Había montones de artefactos en su biblioteca, pero los llevé a la biblioteca que viste en el hábitat. Están todos los

droides de protocolo alegremente pintados.

Jacen se encogió de hombros.

—Hasta ahora, la única señal irrefutable de que Vectivus era malvado… No, podemos hacer la gira por la casa después de tu explicación, después de que yo recoja a Ben y a Nelani. Así que… Palpatine y Vader murieron y tú no tuviste la oportunidad de ser educada lo suficiente para convertirte en la Señora de los Sith.

—Oh, ahí estás equivocado, Jacen. —Lumiya negó con la cabeza como si le reprendiera por su ignorancia—. Yo nunca tuve *ninguna* posibilidad de convertirme en la Señora de los Sith. No importa cuanto más aprendiera.

Jacen se movió hacia el siguiente busto de la línea. Este era la cara de un bothan, alerta e inteligente.

—¿Por qué no?

—La Fuerza es la energía de los vivos. Interactúas con ella, con sus remolinos y sus corrientes, con tu propio cuerpo viviente. Está bien tener una parte mecánica o dos, un implante, un reemplazo para el pie. Pero para la auténtica Maestría en la Fuerza, del lado luminoso o del lado oscuro, tienes que ser principalmente orgánico. Yo no lo soy y de ese modo los poderes más grandes y significativos no podré aprenderlos nunca.

Jacen frunció el ceño.

—Espera. Eso significa que Darth Vader nunca podría haberse convertido en el Señor de los Sith… un auténtico Maestro.

—Es correcto. No estoy segura de que él jamás entendiera esto. Podría no haberle importado. Estaba insensibilizado por la tragedia. A propósito, el bothan al que estás mirando era un viejo amigo de la familia de Darth Vectivus. Le enseñó a Vectivus los principios básicos de la negociación.

—¿Estás diciendo que ninguno de estos bustos es un Sith?

—Es correcto. Esto no es un museo para las cosas Sith. Es una celebración de la juventud y la vida de Vectivus. Su *vida*, Jacen. Sus alegrías y triunfos.

Jacen apoyó su codo encima de la cabeza del bothan.

—Así que esto es lo que es la trampa.

—¿Eh?

Lumiya parecía sorprendida.

—Tú no me arrastraste hasta aquí para matarme. Me arrastraste hasta aquí para persuadirme de que tome el camino de

los Sith.

—Sí.

—Porque tengo todas las partes de mi cuerpo.

Ella le sonrió.

—No exactamente. Porque eres *tú*. Todos los portentos, todas las convergencias que fluyen hacia el futuro así lo dicen, particularmente dado que ya has recibido una gran cantidad de entrenamiento Sith.

—Explícame eso.

—En un minuto. ¿Qué estaba diciendo? Oh, sí. No estoy intentando convertirte en un Palpatine. Él era, como sabes, un psicópata. Destructivo, despreocupado, manipulador. Eligió el lado oscuro para alcanzar sus fines, pero era lo bastante débil y estaba lo bastante confundido para ser retorcido por el lado oscuro. A diferencia de tu tío Luke, tú no has sido retorcido por el lado *luminoso*, de manera que estoy segura de que puedes resistir las tentaciones de la oscuridad.

—He oído suficiente. —La voz era la de Nelani, y allí estaba ella, entrando a grandes zancadas por las puertas principales, con su sable láser sin encender en su mano—. Como estoy segura de que has oído tú, Jacen.

—¿Dónde está Ben? —preguntó Jacen.

Nelani negó con la cabeza.

—Nos separamos.

—Nunca estuvisteis juntos —dijo Lumiya—. Cuando estuviste hablando con Ben y él contigo, en realidad estabais separados cientos de metros, hablando con fantasmas de la Fuerza del otro. Algo trivial para arreglar en este lugar, donde hay tanta energía para manipular. —Ella devolvió su atención a Jacen—. Energía que *tú* podrías utilizar, en el nombre de mejorar las vidas de la gente, si eliges hacerlo.

—Quieta —dijo Nelani.

Jacen se volvió hacia Lumiya.

—¿Dónde está Ben? —repitió él.

—Inconsciente. No está herido. Despertará un poco magullado. —Lumiya se encogió de hombros—. Si yo fuera el monstruo que tú pensabas que era, él estaría muerto, Jacen. ¿El hijo del hombre que me abatió y destruyó mi cuerpo? Piensa en eso.

—Piensa en esto —dijo Jacen—. Brisha, Shira, Lumiya, como quieras que escojas llamarte a ti misma, todavía hay cargos

en pie contra ti por crímenes cometidos cuando eras una imperial. Sea lo que sea que eres ahora, tienes que enfrentarte a ellos.

—Tal vez. —Lumiya de repente parecía cansada, desalentada—. Ojalá no me estuvieses tomando bajo custodia por tu propio miedo. Eso es triste.

—¿Miedo? —Jacen le frunció el ceño—. No tengo nada que temer.

—Tienes miedo de que mis palabras puedan ser verdad —dijo Lumiya—. De que el lado oscuro no corrompa por y en sí mismo. Que estés destinado a convertirte en el próximo Lord Sith, el primer Lord Sith en estar activo en décadas, el primero en siglos con la fortaleza para utilizar las técnicas Sith para ayudar a otros. Porque si es verdad, tienes que tomar una decisión, elegir entre tu vida como es, cómoda, pero casi carente de propósito, y tu vida como sabes que debería ser.

El sable láser de Nelani *chasqueó-siseó* al encenderse a la vida.

—Creo que necesitas callarte —dijo ella.

—No hay necesidad para eso —dijo Jacen.

Había un pinchazo en las palabras de Lumiya. La pulla de su vida careciendo de propósito estaba demasiado cerca de la diana para ser ignorada completamente. Luke habría dicho que la obediencia a la guía de la Fuerza le daría dirección y propósito, pero desde el final de la Guerra Yuuzhan Vong, excepto por aquellas veces en que se enfrentaba a enemigos cuyo comportamiento encendía a la Fuerza como una señal de MÁTAME PRONTO, la vida de Jedi no le había dado la sensación de propósito que parecía haberle proporcionado a su tío.

—No hay necesidad a menos que se resista.

Lumiya sonrió.

—No hay prisa. Nelani nunca me atacaría *a menos que* yo me resistiera. Ella es una buena chica. Una dulce Jedi adoctrinada.

—Esta dulce Jedi adoctrinada está a punto de darte una patada en los dientes —dijo Nelani—. Jacen, puedo sentirte titubeando.

—No estoy titubeando. Sólo siento curiosidad por sus argumentos. Hay mérito en algunos de ellos.

—Como cualquier seguidor del lado oscuro, ella mezcla verdades y mentiras hasta que no puedas separarlas.

Jacen la ignoró. Hizo un gesto a los bustos y las paredes a su

alrededor.

—Lumiya, me presentas esta casa como si constituyera una prueba de que Darth Vectivus era un hombre agradable a pesar de su entrenamiento en el lado oscuro. Bueno, eso no lo aclara. Cualquiera puede ordenar la construcción de una casa bonita. Palpatine era un mecenas de las artes. En cuanto al propio Vectivus, no sólo no puedes probar que él fue incorrupto. No has ofrecido ninguna prueba de él realmente *existiera*. —Fijó en ella una mirada que pretendía que fuera de divertida condescendencia—. El lado oscuro corrompe. Los Sith son arrastrados inevitablemente a la maldad.

—Puedo darte pruebas de una que no lo fue —dijo Lumiya.

Nelani miró a Jacen.

—No la escuches.

Jacen se encogió de hombros.

—Adelante.

Lumiya pareció desalentada.

—¿Debería? ¿Por qué preocuparme? Con la dulce Nelani susurrándote en el oído, con toda certeza, automáticamente no creerás en ninguna palabra que yo diga. —Entonces la apariencia desamparada dejó su rostro, reemplazada por una ligera sonrisa—. Después de todo, todo lo que te digo es una mentira.

Jacen miró a Lumiya, pero ella no continuó. Nelani miró entre ellos, confundida, sintiendo que algo había cambiado en la conversación, algo que ella se había perdido.

Jacen se aclaró la garganta.

—Un giro interesante de la frase —dijo él.

—No es accidental —Lumiya se volvió a mirar a Nelani—. Apaga esa cosa, querida. Le gastarás la batería.

Nelani no se movió. Su espada permaneció encendida y brillante.

—Jacen, algo va mal. ¿Qué está diciendo ella?

—No está diciendo nada.

—Entonces te daré un nombre —dijo Lumiya—. Vergere. Ella decía eso, ¿verdad? ¿Cuando te estaba entrenando para ser un Sith?

—Me estaba entrenando para *sobrevivir* —dijo Jacen.

Él pensó en la que una vez fue su mentora, la diminuta alienígena parecida a un pájaro que había nacido en esta galaxia pero que había vivido durante años entre los yuuzhan vong, acompañándolos de vuelta cuando ellos se lanzaron a la galaxia

en su misión de conquista y destrucción.

—Sí —dijo Lumiya—. Para sobrevivir. La supervivencia es un atributo Sith. Los Jedi se entrenan para el autosacrificio, para la unión con la Fuerza y pueden permitirse ser suicidas, porque hay muchos. Los Sith entrenan para sobrevivir.

—Ahora estás maquillando las cosas —dijo Jacen—. Nelani, mantenla aquí mientras yo voy a encontrar a Ben.

Lumiya negó con la cabeza.

—Tú no quieres que Ben esté aquí. Alguien está a punto de morir. Podrías ser tú, podría ser Nelani o podría ser yo. Trae a Ben aquí y podría ser él. La muerte está aquí entre nosotros y esta será una muy perturbadora.

Frunciendo el ceño, Jacen proyectó sus sentidos como una red, degustando el presente y el futuro. Los caminos llevaban en todas direcciones, pero en cada uno de ellos una de las tres personas presentes caía muerta. Jacen, con la cabeza cercenada por un flexible látigo de luz. Lumiya, con el sable láser de Nelani cortándola por la mitad, longitudinalmente, de manera de que no hubiese oportunidad de fallar partes orgánicas. Nelani, con su corazón atravesado por el sable láser de Jacen. Jacen, siendo apuñalado por detrás por Ben, con los rasgos incomprensibles del chico dejando claro que estaba viendo algo muy diferente de la realidad ante él. Lumiya, lanzada contra una pared de mármol por el control de la Fuerza de Jacen, con su cráneo roto…

Jacen cerró sus ojos contra el desfile de tragedias. Los abrió para ver la realidad.

—Tienes razón. No puedo ver un camino que no lleve a la muerte. Revisemos nuestras circunstancias y veamos si algunas opciones más se abren a nosotros en un minuto o dos.

—Bien —dijo Lumiya—. Entonces. Vergere. Una Jedi, pero que estaba bastante resentida por las maneras rígidas del antiguo Consejo Jedi, por su resistencia a aprender fuera de los procedimientos mecánicos que habían sido parte de la orden durante tanto tiempo. Ella era una estudiante rebelde de la Fuerza, de técnicas y caminos que no son todos parte de la escuela Jedi. ¿Estás de acuerdo?

Jacen asintió.

—En sus investigaciones, estudia al conde Dooku y su rastro la lleva hasta Darth Sidious, que acaba de tomar a Dooku como su aprendiz. Darth Sidious, que, según descubre la galaxia décadas más tarde, es Palpatine. Sidious la acepta como una

estudiante y candidata. Sólo puede haber dos Sith en cada momento, el Maestro y el aprendiz, pero puede haber muchos candidatos y ella es una.

—Pruébalo —dijo Jacen.

—Encontrarás la prueba en tus sentimientos. —Lumiya dirigió una mirada hacia Nelani—. Asumiendo que la buena chica Jedi no me mate por decir cosas que no le gustan.

—No lo hará —dijo Jacen.

—Vergere aprende de Palpatine… y aprende *acerca* de él. Observa. Ve la debilidad de él, su avaricia, su compulsión por gobernar y manipular. Se da cuenta de que él podría ser la fuerza viva más destructiva de la galaxia. Y decide matarlo.

Jacen no respondió. Le preocupaba que no hubiera nada en las palabras de Lumiya inconsistente con la Vergere que él conocía. De haber sido Vergere una estudiante de la Fuerza en aquel periodo de tiempo, y él sabía que lo había sido, estaba seguro de que ella habría estudiado cada faceta de la Fuerza que pudiera encontrar. Y si ella se aseguraba de que su profesor era una fuerza para la destrucción, habría intentado encontrar alguna manera de condenarle.

—Pero Vergere ataca demasiado pronto —continuó Lumiya—. Palpatine sobrevive y envía a asesinos tras su pista. Ella utiliza los recursos de la orden Jedi para mantenerse un paso por delante de sus perseguidores y pronto acepta una misión Jedi que puede librarla de sus enemigos. Esta la lleva hasta el mundo de Zonama Sekot y desde allí elige irse con la misión que eventualmente alcanza la galaxia de los yuuzhan vong.

—Eso no la convierte en Sith —dijo Jacen.

Él mantuvo su voz tranquila, pero puso sentir la duda creciendo en su interior. Las palabras de Lumiya tenían mucho más sentido, mostrando a Vergere dentro de un contexto que finalmente la hacía comprensible para él…

…pero sólo si las afirmaciones de Lumiya sobre la base indestructiva e incorruptiva de los Sith eran realmente verdad.

El tono de Lumiya se volvió reprendedor.

—Piensa en ello, Jacen. Ella se preocupaba por ti, se preocupaba por el destino de la galaxia, se preocupaba por todos. Ella le dio a Mara Jade el tratamiento curativo que le permitió llevar a ese chico. *Ella era una Sith y sin embargo ayudó a darle un hijo a Luke Skywalker*. Podía ser cruelmente brutal, ¿verdad? Y sin embargo cada acto de brutalidad mejoraba las cosas.

Mejoraba lo que la rodeaba. Te mejoró a ti.

Nelani le dirigió a Jacen una mirada más y en su mirada había preocupación y angustia.

—Ahí lo tienes —dijo ella.

Ella golpeó a Lumiya.

capítulo treinta y tres

El golpe del sable láser de Nelani fue rápido como el relámpago, pero para cuando aterrizó la mujer más mayor se había girado hacia un lado, posicionándose tras un busto. La brillante espada cortó la parte superior de la cabeza de mármol de algún erudito rodiano muerto hacía mucho.

Nelani avanzó. Lumiya retirándose, se dio unos golpecitos en su muslo… metiendo sus dedos a través de la ropa y *dentro* de su muslo. Tiró hacia atrás y de repente en sus manos había un látigo. Ella lo hizo crujir hacia atrás, preparándose para golpear con él. Sus puntitas, porque había varias en lugar de sólo una, se esparcieron en algo que se movió como una nube convertida en arma, con algunas de ellas brillando como el acero y afiladas y algunas brillando como la hoja de un sable láser. Lumiya hizo chasquear el arma hacia delante. Nelani, con su lenguaje corporal sugiriendo confusión mientras se enfrentaba a este arma inusual, giró hacia un lado, pero una de las puntas, una de metal, rozó su cara, haciendo brotar sangre a lo largo de su mejilla izquierda. Nelani dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza.

—Yo no solo hablo, chica Jedi —dijo Lumiya—. Y, te darás cuenta, que a diferencia de *ti*, yo no golpeo a un objetivo que no tiene un arma a mano.

—Deja hablar a Lumiya —dijo Jacen.

—¿No puedes sentirte a ti mismo vacilando? —Había un tono chillón de desesperación en la voz de Nelani—. Está retorciendo tu mente, retorciendo tu voluntad.

Jacen negó la cabeza.

—No, no lo está haciendo. Si estoy vacilando, es ante la presentación de hechos, no de trucos mentales. Vamos, Nelani. Si hubiera trucos envueltos en esto, ¿no crees que tú los sentirías?

—Aquí está la auténtica diferencia entre los Jedi y los Sith —dijo Lumiya.

—Cállate.

Nelani lanzó otra vez una estocada hacia delante, girando su sable láser en un escudo defensivo.

El látigo láser de Lumiya centelleó alrededor de los bordes del escudo. Los finales de varias puntitas alcanzaron el pecho y el bíceps derecho de Nelani, creando pequeños puntos de sangre y quemaduras. Nelani gritó y bailó de vuelta hacia atrás, desconcertada por la técnica superior de la mujer más mayor.

—Los Jedi y los Sith gravitan hacia el gobernar —Lumiya continuó—. Pero los Jedi creen que es contrario a su naturaleza, de manera que crean líneas de guía que se supone que sólo gobiernan sus propias acciones… hasta el día inevitable en que los gobiernos seculares están tan cortos de ideales Jedi que sienten que tienen que imponer sus propias reglas sobre los otros, para salvarles. Eso fue lo que ocurrió al final de la Antigua República. Pero las reglas que reúnen son extrañas, ascéticas, no están diseñadas para la gente ordinaria y no se pueden sustentar como una forma de gobierno.

»Los Sith reconocen desde el principio que pueden elegir imponer su gobierno sobre otros… o no hacerlo. Si la sociedad está funcionando bien, un Sith no tiene que actuar. Vectivus no lo hizo. Si no está funcionando bien, él debe actuar. Y dado que sabe que arreglar un gobierno roto es su misión, puede diseñar un sistema de gobierno que funciona, que es justo, ordenadamente.

Nelani hizo un gesto con su mano libre. El busto de la madre de Darth Vectivus voló hacia delante, lanzado hacia Lumiya como un misil de mármol. Lumiya chasqueó su látigo en dirección a él y nueve o diez puntas convergieron en él. El busto explotó en incontables fragmentos de mármol, que cayeron sobre el suelo.

—La galaxia se está disolviendo en el caos —dijo Lumiya—. Sus líderes no pueden salvarla. Ellos son los restos de lo que falló hace quince años durante la Guerra Yuuzhan Vong. Los Jedi no pueden dar un paso al frente y arreglar las cosas. Tú conoces sus métodos, el modo en el que piensan. ¿Qué te ha dicho Luke

Skywalker? ¿Han arreglado algo sus tácticas, sus recomendaciones? No. Siendo tan buen hombre como es, él y su orden son sólo herramientas para la Alianza Galáctica.

Nelani lo intentó otra vez, esta vez con el busto del bothan. Este alcanzó el punto medio entre Lumiya y ella, pero la mujer más mayor alargó su propia mano libre y el busto se detuvo en mitad del aire. Ahora fue directo hacia ella. Un momento después, se arrastró de vuelta a través del aire hacia Nelani. Era una pieza en un juego de empujar entre las mujeres y ninguna estaba ganando.

La tensión se mostró en la voz de Lumiya, causando que se enronqueciera.

—Vergere se sacrificó para que tú pudieras asumir la posición de Sith que ella quería para ti. Esa es la clase de autosacrificio que ningún Jedi admitiría que es posible para un Sith, pero es la verdad. Acepta lo que tengo que enseñarte, Jacen. Acepta este lugar y el poder del lado oscuro que contiene. Acepta el conocimiento que descansa en sus tumbas en el mundo de Ziost. Y utilízalos contra las fuerzas que están intentando hacer pedazos esta galaxia. Restaura el orden. Dale a tu primo, dale a los niños de tu familia y a tu vida la oportunidad de crecer en una galaxia sin guerra.

—Todavía estás ocultando la verdad —dijo Jacen. Su voz era ahora dura, con sus maneras sin comprometerse y sin confusión—. Tú mataste al jefe de seguridad de la Estación Toryaz, ¿verdad?

—Sí —dijo ella—. Desde luego. Le alcancé demasiado tarde para evitar el ataque contra vosotros. Ya estaba en marcha. Pero pude forzarle a que confesara para quién estaba trabajando, y vengue la muerte.

—¿Para quién estaba trabajando?

—Thrackan Sal-Solo. ¿Quién más?

—Y todas esas situaciones en Lorrd… tú no las “soñaste”, ¿verdad? Tuviste acceso directo a los perpetradores.

Lumiya lanzó una mirada de lado al busto colgando entre ella y Nelani. Estaba empezando a arrastrarse de vuelta hacia ella y la tensión de mantenerlo bajo control estaba mostrándose en su cara.

—Sí. Mis visiones eran visiones de cuando estaba despierta. Pude haber interferido directamente con sus planes… probablemente con exactamente el mismo resultado que tú experimentaste.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Los utilicé como una prueba para ti. —Lumiya cerró sus ojos y se tensó, pero el busto todavía se movía hacia ella—. Los Sith, como los Jedi, tienen que determinar los destinos de otros. A diferencia de los Jedi, ellos saben que a veces esto significa sacrificar uno para que veinte pueda vivir. Tenía que descubrir si entendías esto. *Y tú lo entiendes*.

—¿Qué hay de tu confederado? —preguntó Jacen—. ¿El hombre del que el Maestro Skywalker sigue viendo destellos pero que no puede ver bien? ¿El hombre que él dice que no existe?

Lumiya se las arregló para soltar una risa que era un jadeo medio exhausto.

—Jacen, ese eres *tú*, visiones de ti. El Sith en el que te convertirás. Luke no puede ver sus rasgos porque no está dispuesto a aceptar lo que ve a través de la Fuerza: tu cara donde está el siguiente Señor de los Sith.

Sus últimas palabras eran poco más que un jadeo y su control se le escapó en ese momento. El busto del bothan se lanzó hacia ella. Ella hizo crujir su látigo, un golpe reducido que podría haber fallado de todas maneras, pero la trayectoria del busto cambió, enviando a la estatua bajo las puntitas. En lugar de golpear la cabeza o el pecho de Lumiya, el busto chocó contra su mano derecha, enviando al látigo girando lejos de su mano. Sus puntitas giraron a través del suelo como cosas vivas, arañándolo mientras pasaban.

Nelani saltó hacia delante, para cortar a su enemiga. Su hoja bajó…

Sobre la de Jacen. La espada de él sostuvo la de ella y los ojos de él sostuvieron la mirada de los de ella.

—No he terminado aquí —dijo él.

Había desesperación en la voz de Nelani.

—No sé cómo, pero ella te está volviendo. ¿No puedes verlo?

—Deja de escuchar sólo con tus oídos —dijo Jacen—. Mira en la Fuerza. ¿Realmente ves algún flujo de ella hasta mí, de mí hasta ella, algo que pudiera alterar mi mente o mis percepciones?

Nelani le sostuvo la mirada durante un momento más y luego cerró los ojos.

Durante ese momento, ella fue vulnerable a un contraataque. Pero Jacen meramente mantuvo su hoja ante la de ella. Lumiya no atacó, ni siquiera invocó su látigo de vuelta hacia ella. Meramente sostuvo su antebrazo y su mano donde el busto la

había alcanzado. Finalmente los ojos de Nelani se abrieron de nuevo y ella pareció más calmada.

—No —admitió ella—. Lumiya no está utilizando ninguna técnica de la Fuerza contra ti. No estás siendo influenciado por las energías del lado oscuro de aquí. No entiendo lo que está pasando.

—Apaga tu sable láser —dijo Jacen.

Ella lo hizo.

Él apagó el suyo propio. Ahora el único sonido amenazante venía del látigo láser de Lumiya. La mujer más mayor miró el arma y las puntitas brillantes se desvanecieron hasta la oscuridad, hasta amenazas casi invisibles.

—Ahí está —dijo Jacen—. Ahora podemos arreglar las cosas.

—Sí. —Nelani se volvió hacia Lumiya—. Shira Brie, te arresto en nombre de la Alianza Galáctica. Serás juzgada por…

—No —dijo Jacen—. He decidido aprender lo que ella tiene que enseñarme. Eso significa que ella necesita permanecer libre. Permanecer aquí.

Nelani le miró incrédula.

—Jacen, la ley…

—La ley es lo que nosotros hagamos de ella. —Él se encogió de hombros—. Ella ha dicho que es Lumiya, Nelani, pero no lo ha demostrado. Todo lo que tenemos que hacer es no creerla, dejar esa afirmación fuera de nuestros informes, y habremos seguido la ley al pie de la letra.

Nelani se movió ligeramente, dando un paso atrás, levantando la empuñadura de su sable láser unos cuantos centímetros.

—La voy a arrestar.

Lumiya les interrumpió.

—Consentiré en ser arrestada.

Ambos Jedi la miraron.

—¿Lo harás? —preguntó Jacen.

—Desde luego. —Lumiya parecía sobria, descontenta—. Sé que mi destino ya no es mío. Quiero ver a los Sith elevarse de nuevo contigo como cabeza de la orden, Jacen, y por esa razón prometo estar a tu servicio. —Ella se arrodilló mientras hablaba, bajando la cabeza: una invitación a una bendición o a un golpe mortal—. Pero cualquiera de vosotros que esté ahora al cargo aquí escogerá mi destino, mi futuro.

—Pon las manos detrás de la espalda —dijo Nelani en voz baja.

Mientras Lumiya obedecía, Nelani sacó un par de esposas aturdidoras del bolsillo de su cinturón.

Jacen frunció el ceño. Había algo equivocado acerca de esta situación y durante un momento él sospechó de una traición por parte de Lumiya, pero una ojeada al posible futuro inmediato disipó esa idea. Vio a Lumiya obediente, sin resistirse, siendo conducida de vuelta a la lanzadera.

Su mente parpadeó hacia delante a través de las posibles corrientes del tiempo. El futuro, como Yoda había dicho tan frecuente y famosamente que la frase llenaba los archivos Jedi, siempre estaba en movimiento y muchos futuros potenciales salían de este evento.

Pero empezaron a congregarse en ciertas áreas. Nelani testificando contra Shira Brie, también conocida como Lumiya, también conocida como Lumiya Syo. Lumiya convicta, siendo ejecutada, siendo encerrada en soledad, siendo encerrada en una prisión de masas y siendo asesinada por alguien a cuyo padre ella había matado hacía décadas. Todo lo que ella sabía se desvanecía, muriendo con ella.

A lo largo de esos caminos, la galaxia continuaba volviéndose desquiciada, la rebelión encendiéndose en todas sus esquinas y la Alianza Galáctica derrumbándose, como un cuerpo en el que el cáncer había hecho estragos, comiéndose a sí mismo de dentro a fuera, con poblaciones enteras muriendo.

Detonadores destruyendo este lugar, haciendo estallar el asteroide en millones de pedazos, esparciendo el conocimiento oculto aquí. Un antiguo destructor estelar descargando destrucción de turboláser sobre la superficie de Ziost, purgando el conocimiento que había perdurado allí.

Las líneas del tiempo se congregaron en Jacen Solo y Luke Skywalker, reuniéndolos. Los dos se enfrentaron el uno al otro, con sus alrededores cambiando a cada segundo mientras la escena se deslizaba de una línea del tiempo a otra, y sin embargo sus poses y los sables láser encendidos en sus manos permanecían iguales, como permanecían la furia y la perdida trágica girando en sus caras.

Giraron, golpearon, con los impactos de sus sables láser causando centelleos de luz que eran lanzados contra las paredes y suelos tras ellos hacia una mayor oscuridad. Una y otra vez ellos luchaban, con sus pérdidas dándoles fortaleza, hasta…

Jacen hacía pedazos a Luke. A veces era un golpe a través de

los hombros, bajando hasta el pecho. A veces un corte, demasiado rápido para verlo, a través de la garganta que separaba la cabeza del hombre más mayor de sus hombros. A veces era una cuchillada en el estómago, seguida por minutos de agonía, Luke retorciéndose en una lucha fútil por su vida mientras Jacen, con las lágrimas rodándole por las mejillas, se arrodillaba a su lado.

Luke moría.

Luke moría.

—No —susurró Jacen.

Se invocó a sí mismo de vuelta al aquí y el ahora.

Nelani y Lumiya se alejaban caminando. La mujer más joven sostenía a la más mayor por los hombros, guiándola.

Jacen encendió su sable láser y golpeó. Nelani saltó para apartarse, pero la brillante hoja meramente separó las esposas que mantenían unidas las manos de Lumiya tras su espalda.

Ambas mujeres le miraron.

—Ella permanece libre —le dijo Jacen a Nelani—. Si la coges…

No pudo decir el resto de las palabras. *Luke muere. Y yo le mato.*

Había más en ello que eso. Durante un momento, fue arrastrado de vuelta hacia las corrientes de probabilidades que le llevaban hacia el futuro.

Nelani podía irse sin su prisionera. Volvería a su casa a Lorrd y se lo diría todo a sus superiores. A Luke.

Jacen hacía pedazos a Luke. Luke moría.

Nelani podía ser persuadida de que no lo dijera. Se volvería a pensar su promesa más tarde y la rompería, diciéndoselo todo a Luke.

Jacen hacía pedazos a Luke. Luke moría.

Sólo en las corrientes del tiempo en las que Nelani caía, para no levantarse jamás, Luke permanecía en pie, al mando, vivo. Otras tragedias, oscurecidas e indistintivas, giraban a su alrededor, pero él vivía.

Jacen volvió de nuevo al presente. La verdad de lo que acababa de experimentar a través de la Fuerza le entumecía.

Pero era la verdad y él tenía que ser lo bastante fuerte para enfrentarse a ella.

Lumiya lo sabía o tenía alguna sensación de ello. Había lágrimas en sus mejillas que igualaban las que él sentía en las suyas propias.

—Esto es lo que es ser un Sith —le dijo ella a él—. Nos fortalecemos a nosotros mismos a través del sacrificio.

Jacen asintió, con reticente aceptación del hecho.

—Sí.

Nelani le miró a él y más allá de él, al interior de su intención.

Con un ruido que era un medio gemido, ella se volvió y huyó.

Jacen corrió tras ella.

RELLIDIR, TRALUS

Más misiles llovieron sobre el área del centro de la ciudad que había rodeado al Centro de Artes Escénicas. Los droides marcadores en el suelo no los dirigían hacia el cráter que había sido la cabeza de puente de la Alianza Galáctica. En su lugar, enviaban los misiles hacia los enemigos en los cielos: los cazas de la Alianza Galáctica.

Han se elevó hacia uno de ellos, el Ala-X cuyo transpondedor señalaba FOTTRA1103, Fuerzas de Ocupación Terrestre de Tralus Número 1103, en la frecuencia 22NF07.

Su progreso no era fácil, rápido o seguro. Los cielos todavía estaban llenos con los cazas de la Alianza Galáctica y un sorprendente número de ellos parecían intentar derribarlo. Se hundían hacia él y se elevaban hacia él, disparando los láseres. Un piloto de interceptor vengativo incluso intentó embestirle, una táctica que se habría constituido en suicida si Han no se hubiese echado a un lado y permitido que el pequeño caza de alta velocidad pasara rugiendo por el espacio que él acababa de ocupar.

El intento de Han era simple: acercarse lo suficiente a su hija para que los misiles que la perseguían abortaran y se volvieran a buscar nuevos objetivos.

En los pocos momentos que tuvo para mirarla, momentos en los que no estaba eludiendo el fuego láser que se acercaba, vio que ella lo estaba haciendo bastante bien por sí sola. Su Ala-X, moviéndose más y más alto en el cielo, se dejaba caer y revoloteaba, disparando sus propios láseres a los cazas de ataque corellianos y los Interceptores de Vigilancia. Aquellos cazas tendían a alejarse, humeantes, o a detonar, dejando extrañas nubes pacíficas y llenas de color en el cielo.

Los misiles rugieron hacia ella desde el frente. Ella se movió de un lado a otro y ellos fallaron, o disparó sus láseres y ellos

detonaron, eliminando los misiles alrededor en un explosivo acto fraticida. Los misiles rugieron hacia ella desde el lado y la parte de atrás. Ella los eludió, ahora elevándose, ahora dejándose caer, como una hoja indestructible atrapada en un viento a la velocidad del sonido, y los misiles pasaron de largo.

A veces otro Ala-X volaba a su lado, apoyando sus tácticas con movimientos que eran escalofriantes en sus ajustes instantáneamente, en sus complementariedades perfectas.

Una vez un trío de misiles rugió hacia ella desde el lado de estribor y detonaron a doscientos metros de su Ala-X sin ninguna razón que Han pudiera ver. ¿Habían chocado con metralla? ¿Los había destruido Jaina con un golpecito de su mano y una técnica de la Fuerza? Han no lo sabía.

Se dio cuenta de dos cosas. La primera era que tan rápido como él escalaba, tan rápido como podía permitirse escalar mientras era acosado por pilotos enemigos, ella se estaba elevando más rápido. La segunda era una comprensión más dolorosa, que se había posado en su interior como una pesada red envolviéndose a sí misma alrededor de un nadador cansado:

Ella no le necesitaba.

Era una piloto brillante con un compañero de ala brillante. Era mayor de lo que había sido Han cuando había enfrentado al *Halcón Milenario* contra los pilotos de la primera Estrella de la Muerte y tenía más experiencia. Parte Han, parte Leia y toda ella misma, dominaba el aire a su alrededor.

Mezclado en su corazón estaba el orgullo y el dolor de descubrir que ella le había rebasado.

Fuego láser verde centelleó desde la cercanía de su casco de estribor y un Mensajero de Aullidos que se acercaba explotó. Traído de vuelta al aquí y el ahora, Han miró a estribor y a babor, dándose cuenta de que estaba flanqueado por dos cazas de ataque a cada lado, y casi saltó fuera de su silla.

Pero eran verdes en su panel sensor: amistosos.

La voz de Wedge estaba en sus oídos y Han se dio cuenta de que había estado allí desde hacía algún tiempo.

—¿Qué fue eso, uh, Uno?

—Tenemos escoltas para salir de la zona de combate —dijo Wedge—. Deberías estar alcanzando a la tuya ahora.

—Están aquí.

—Tenemos que dejar la zona, Dos. El enemigo todavía tiene superioridad numérica y no estamos en unos cazas. También

piensa que el Ala-X realmente ágil de encima es tu hija. Sería una karking vergüenza ser derribado por tu propia hija, ¿verdad?

Han se rió. Era un sonido frágil.

—Seguro que lo sería. De acuerdo, sácame de aquí. Hablando de hijas, necesito hablar contigo.

—Adelante.

—Después, de vuelta en la base.

—Lo que tú digas.

Durante largos minutos, la batalla sobre Rellidir se alejó más y más del centro de la ciudad. Los misiles que llegaban se gastaban contra el Centro de Artes Escénicas, contra los cazas demasiado lentos o sin suerte para eludirlos y unos contra otros cuando una detonación aleatoria reclamara todo un grupo de ellos.

Syal mantuvo su atención en los cielos más allá de su ventanal. Estaba completamente dolorida y podía saborear la sangre en su boca.

—¿Qué pinta tiene? —preguntó ella.

Zueb, arrodillado en su silla, mirando hacia atrás, sacó sus manos y su cara del lío de circuitos y cables sueltos con los que había estado trabajando. Le dirigió una mirada sin comentarios.

—No es bueno.

—¿Alcanzaremos la órbita?

—La órbita, sí. —El sullustano se encogió de hombros—. Pero no tenemos integridad del casco. ¿Has pinchado un balón y has dejado que se vaya volando, perdiendo aire? Eso somos nosotros.

—Conecta nuestros trajes para la atmósfera directa y a la energía para el calor. Soportaremos unos cuantos minutos de frío.

—Sí, jefa. —Zueb estaba remoloneado tras sus asientos, conectando sus dos trajes a las fuentes de energía y aire y luego se volvió y se sentó en su silla. Profirió un alarido de dolor—. Augg. Creo que no me queda espina dorsal.

—¿Tenías una para empezar?

—No tiene gracia.

Zueb se abrochó el cinturón.

Syal conectó los motores. Ellos lloriquearon, innaturalmente en alto, con el ruido deformado y malo, pero el panel de diagnósticos indicaba que estaban proveyendo de energía a los impulsores. Suave y lentamente, Syal despegó, apuntó el morro apaleado del Aleph lejos de las partes del cielo donde el combate

todavía era grueso, y aceleró.

—Perdimos este —dijo ella.

—Lo hiciste genial.

—Soy una gran perdedora.

—Vuelo con una perdedora cualquier día. También el teniente Baradis cree que eres realmente bonita.

—¿Qué?

—Lo dijo ayer en el comedor.

—Estás intentando apartar mi mente de todo esto.

—Sí. ¿Estoy haciendo un buen trabajo?

—No. —Ella frunció el ceño—. ¿Baradis, huh?

—Yo mismo no lo veo. Las cabezas humanas son demasiado diminutas para ser bonitas.

Ella sonrió.

—Cállate.

SISTEMA ESTELAR MZX32905, CERCA DE BIMMIEL

Nelani corrió con la velocidad de una atleta entrenada, pero tan pronto como ella pasó más allá de la caverna donde estaba la casa de Darth Vectivus y donde los generadores de gravedad artificial operaban, sus andares se volvieron ineficientes, sus saltos demasiado largos. No tenía la experiencia de Jacen con la baja gravedad.

Él empezó a alcanzarla.

Ella saltó hacia arriba a lo largo de los raíles, hacia el hábitat de la superficie, con su sable láser dándole suficiente luz para ver los peldaños que atravesaban donde necesitaba colocar sus pies.

Jacen vio puntos de sangre en algunos de aquellos peldaños, evidencia de la herida que el látigo de Lumiya le había inflingido.

Los raíles se elevaban a través de un agujero en el techo de la caverna y más allá de ese punto Jacen ya no pudo ver a Nelani. Él dejó su propio sable láser encendido pero cerró sus ojos, buscándola con sus sentidos de la Fuerza…

Y allí estaba ella, lanzándose hacia él en la postura de las piernas por delante de una viciosa patada lateral.

Sin mirar en dirección a ella, giró hacia un lado y le dio un golpe con su sable láser. No puso ninguna fuerza tras su golpe. No necesitaba hacerlo. La hoja la alcanzó en el interior del muslo, cortando a través de la ropa y la piel y el músculo. Ella gritó, voló más allá de él, golpeó la pétrea superficie de esta caverna y rodó,

en el modo curioso en que mandaba la baja gravedad, hasta detenerse.

Él saltó hacia ella, lento, seguro y como un depredador.

Cuando la alcanzó, ella estaba sentada, incapaz de mantenerse en pie, con su sable láser ahora encendido en su mano derecha y su pierna derecha, ahora inútil, bajo ella. Él pudo ver parte de la herida, negra con carne y sangre cauterizada. Ella levantó la vista, con el dolor de su cara siendo más lúgubre por el centelleante brillo de las dos espadas.

—Jacen, no hagas esto —dijo ella.

—No entiendes lo que está en juego.

—No me preocupa vivir o morir —le dijo ella—. Rendí mi destino a la Fuerza cuando me uní a la orden. Eres *tú*. Si haces esto, te convertirás en algo malo. Algo destructivo.

—Un Sith.

—No. Llámalo como quieras. ¿Cómo llamas a alguien que mata sin necesitarlo? ¿Alguien que se une a la maldad porque es un argumento bien razonado?

Él se quedó allí y la miró y se sintió abatido por las emociones: las suyas, las de ella, las energías del lado oscuro que perduraban desde miles de años antes. La salud de ella y su belleza, que habían sido dañadas y que él las dañaría más. Su desesperación y desilusión, que eran casi energías palpables, arañando los nervios de él como superficies arenosas.

Una profunda tristeza se instaló en él, una tristeza por la tragedia que estaba siendo perpetrada. En la miríada de futuros que él podía vislumbrar débilmente había actos buenos y amables, amor, tal vez una familia y niños. Él estaba a punto de cortar los tejidos que conectaban a Nelani con esos futuros y podía sentir el dolor de ese corte. En cierto modo, la sensación era casi tranquilizadora, recordándole que todavía poseía emociones humanas, valores humanos.

—Nelani —dijo él—, lo siento. Eres… un deflector que enviaría el futuro girando hacia la tragedia. Y eres demasiado joven, demasiado débil para entenderlo, para corregirlo.

—Jacen…

Él golpeó, un corté que se convirtió en un giro que ligó su espada. La maniobra la desarmó, dejando su brazo sin tocar pero enviando su sable láser girando hacia la oscuridad.

Él golpeó de nuevo, un golpe quirúrgico que entró en el centro preciso de su esternón y salió por su espina dorsal.

Jacen liberó su sable láser. Nelani se derrumbó hacia un lado y él la sintió empezar a desvanecerse en la Fuerza.

Hasta que ella terminó su lenta caída y su cabeza descansó sobre la piedra, sus ojos no dejaron los de él.

capítulo treinta y cuatro

ESPACIO CORELLIANO, SOBRE TRALUS

Leia miró los paneles de estado mientras proporcionaban actualizaciones de la situación en Rellidir.

Los escudos del cuartel general caídos. El cuartel general destruido. Los ciudadanos de Tralus esparcidos por las calles, disparando a las fuerzas de ocupación de tierra de la AG con pistolas láser de mano y rifles láser de caza.

Las naves capitales corellianas y los cazas equipados con hipermotores salían del hiperespacio en el lado más alejado de Tralus, uniéndose a la bola de la confrontación en los cielos sobre Rellidir, cambiando sus números incluso mientras la AG se vengaba con más y más lanzamientos de escuadrones de cazas.

Mensajes encubiertos de Han llegaban en pequeños estallido de paquetes de datos. Llegaban desde el cuaderno de datos de él a través de un sofisticado comunicador unido a la parte de debajo de un droide ratón escurriéndose por ahí en algún lugar en las cercanías del puente. Esos mensajes informaban que Han estaba vivo, Jaina estaba viva, Wedge estaba vivo y la chica Antilles estaba viva.

La orden de retirada salió del *Dodonna*. Los escuadrones de la AG obedecieron, separándose del enemigo donde y cuando pudieron y algunos de ellos se quedaron detrás para intercambios de último minuto con los corellianos que se regocijaban malignamente.

Leia volvió a ser llamada al puente, donde se reunió con la almirante Limpan en el pasillo. Juntas vieron al complemento de cazas supervivientes del *Dodonna* alinearse para aterrizar en los hangares de la nave.

—Podríamos haber aguantado allí —dijo la almirante Limpan—. Al llevar más y más fuerzas a la mezcla. Y sin embargo eso habría sido contraproducente. Haría más difícil alcanzar la paz. No lo hicimos, no lo haremos… pero eso convierte esta conclusión en programada. Los hombres y mujeres que murieron, jóvenes y valientes, lo hicieron para una conclusión predestinada.

Leia asintió en silencioso acuerdo.

—No se siente como una victoria, o incluso como una perdida. Se siente como bailar al ritmo de algún otro.

—La AG no lo está tocando —dijo Leia.

—Ni tampoco los corellianos. —La almirante se encogió de hombros—. Tal vez es una elección aleatoria. Creo en la aleatoriedad. La veo demasiado a menudo. Pero una nunca puede pensar en ella como en una amiga. Nunca tiene nuestro mejor interés de corazón. —Devolvió su atención a Leia—. El coronel Moyan dice que sus recomendaciones tácticas estuvieron muy bien razonadas y fueron muy útiles. Aunque estaba sorprendido de encontrarlas un poco conservadores, considerando su reputación.

Leia se encogió de hombros.

—Nos hacemos viejas, quizás nos volvemos más protectoras con aquellos a los que lideramos. Si soy más conservadora, ese es el porqué.

—Desde luego. ¿Volverá a Coruscant o a Corellia?

—A Corellia, por ahora. Donde puedo discutir conservadoramente en favor de la paz mientras los que hacen la guerra se pavonean por ahí, alardeando de su victoria.

—Lo prepararé para que un caza escolte su lanzadera.

Leia negó con la cabeza.

—Nadie va a disparar contra una lanzadera desarmada. Esto no es como la Guerra Yuuzhan Vong, luchada con un salvajismo ciego. Los dos lados… son nuestros.

—Por ahora. —Incluso en los rasgos de duros de la almirante, considerados inexpresivos por los estándares humanos, Leia pudo detectar pena y pesimismo—. En mi experiencia, no lleva mucho que "nosotros" se convierta en "ellos". Y entonces eso ocurre y

todo salvajismo se hace posible.

—Es verdad.

La almirante devolvió su atención a los ventanales.

—Que la Fuerza le acompañe, princesa.

—Y a usted también, almirante.

En la lanzadera que volaba de vuelta hacia Corellia, Leia estaba sentada envuelta en algo parecido pena y durante los primeros pocos minutos de vuelo no podía entender de dónde venía y lo que significaba. Su familia había sobrevivido.

Entonces le llegó la respuesta. Su familia había sobrevivido… pero ella no, en cierto sentido. Se había convertido en algo diferente durante un tiempo. Al proteger a su marido y su hija, había mentido y engañado, ni siquiera como cualquier político debía hacerlo, sino como una manipuladora de otros sin consciencia. Cualquiera que descubriera la verdad sobre sus actividades podría utilizarlas como influencia sobre ella, debilitándola, quizás desilusionando a otros con respecto a ella.

Intentó pensar en lo que no habría hecho para proteger a Han y a Jaina. Si hubiese tenido acceso a un código de autodestrucción que aniquilara a cualquier piloto que se acercara demasiado a ellos, ¿lo habría utilizado? Si hubiese sido capaz de cambiar los códigos de los transpondedores para que los amigos parecieran enemigos, causando que las fuerzas de la AG se dispararan los unos a los otros hasta hacerse desaparecer completamente del cielo, ¿habría hecho eso? ¿Habría sacrificado la paz que estaban buscando tan desesperadamente, enviaría a poblaciones enteras a la guerra unas contra otras para mantener a salvo a sus seres queridos?

No lo sabía, porque la respuesta estaba mezclada dentro de ella y no era exactamente la misma persona que había sido media hora antes. Pero había suficientes *sí* en eso para preocuparle, causando que imaginara en lo que se convertiría si todas sus respuestas fueran afirmativas.

Eso era lo que significaba el apego, decidió ella, la clase de apego que los Jedi habían trabajado para evitar tradicionalmente. Era sacrificar vidas que no eran suyas para preservar su propia felicidad.

En el futuro, entregaría gustosa su vida para preservar la de Han, o la de sus hijos, o la de Luke y su familia… pero no entregaría una vida que no tenía el derecho a sacrificar.

No podía mantener a Han con vida para siempre, ni tampoco a sí misma. Algún día él moriría, o lo haría ella. Eso era la vida. Haría todo lo que pudiera para evitar que ocurriera… cualquier cosa carente de maldad.

Tomar esta decisión fue como hundir una hoja de transpariacero en su corazón, rompiéndola de manera que la punta quedase dentro de ella.

Pero era la elección correcta.

Cuando el piloto finalmente anunció “Entrando en la atmósfera de Corellia” por los altavoces de la lanzadera, Leia estaba en paz. No estaba contenta, casi podía sentir la sangre de su corazón goteando de ella en cualquier sitio al que caminaba, formando charcos bajo ella en cualquier lugar en que se sentaba, pero estaba serena.

SISTEMA ESTELAR MZX32905, CERCA DE BIMMIEL

—¿Le darás los ritos apropiados? —preguntó Jacen.

Lumiya asintió.

—Era una guerrera noble. La trataré como tal.

Estaban en pie juntos en la gran escotilla adyacente al hangar donde esperaba la lanzadera de Jacen. El tubo de abordaje estaba presurizado y unido al lado de la lanzadera. Ben, inconsciente, estaba a bordo, con el cinturón abrochado en un asiento con su sable láser de nuevo colgado de su cinturón.

—Sé que esto fue doloroso —dijo Lumiya—. Pero ya has sido fortalecido por ello.

Jacen, dolorido, la miró.

—Las palabras, Lumiya. *Él se fortalecerá a sí mismo a través del dolor*. Ellas no disminuyen la tragedia de lo que acaba de ocurrir, para nada.

—No es un cliché, Jacen. Es un componente necesario de la asunción ética de nuestros poderes. —Ella hizo un gesto más allá de la lanzadera y las puertas del hangar, hacia las estrellas que no se veían—. Los Jedi encuentran su equilibrio a través del abandono del apego. Los Sith celebramos el apego… pero encontramos nuestro equilibrio en el sacrificio deliberado y agonizante de algunas de las cosas que más amamos. Sólo por esos medios podemos retener la apreciación por la pérdida, el dolor, la mortalidad… esas cosas que la gente ordinaria experimenta.

Jacen lo consideró. Sus palabras tenían sentidos. Tal filosofía le permitiría a los Sith retener su pasión… pero el dolor mantendría a esas pasiones bajo control. Los Sith como Palpatine no habían seguido este principio, habían seguido las filosofías de ganar sin perder y su avaricia les había condenado a ellos y a todos a su alrededor.

Incluyendo al abuelo de Jacen, Darth Vader.

—Serás el hombre que tu abuelo no pudo ser —dijo Lumiya—. Vete a casa, haz lo que puedas para detener la guerra y encuentra tiempo para estudiar. Eventualmente necesitarás encontrarte un aprendiz. Ben puede ser digno, pero creo que ya está demasiado iniciado en los caminos de los Jedi de suavidad y serenidad, así que mira en otro lugar, al igual que hacia él. Necesitarás entrenar para abrir tu mente a facetas de la Fuerza que has sido instruido para ignorar o despreciar. Y tu mayor logro de conocimiento llegará al mismo tiempo que tu mayor acto de sacrificio, cuando abandones algo que te es tan querido como tu vida… haciendo tu amor inmortal a través del sacrificio.

—Ya lo veremos —dijo.

—Vuelve y te ayudaré a ver.

Ella se quedó en pie mirando a través de la pared de transpariacero de la escotilla mientras él subía a bordo, sellaba su lanzadera y soltaba el tubo de abordaje. La lanzadera se elevó sobre sus repulsores, se volvió suavemente hacia las puertas abiertas y partió.

Cansada, exhausta, alegre, Lumiya volvió hacia el salón en la parte alta de su hábitat. Se tendió allí en un sillón y miró a través del transpariacero arañado de la cúpula hacia las estrellas.

—He ganado —dijo.

Jacen, vestido de negro, con una empuñadura de sable láser dorada y negra en su cinturón y las pupilas de sus ojos de un naranja dorado, salió de un rincón sombrío y se volvió para enfrentarse a ella. Su boca no se movió, pero sus palabras llegaron hasta la mente de Lumiya: *Y así que debo irme. Convertirme en nada.*

—Tú siempre fuiste nada. Eres una proyección: energía del lado oscuro de las cavernas, formada por mi imaginación y la forma de Jacen Solo. Pero volverás. Poco a poco, Jacen Solo se convertirá en ti.

Y al fin tendré un nombre. Un nombre Sith.

—Sí.

El fantasma Sith se movió hacia delante para estar en pie junto a ella. *Él descubrirá que el ataque a la Estación Toryaz lo hiciste tú. Que esos buenos hombres fueron arruinados por los fantasmas de tu mente, fantasmas tomando las formas de aquellos que amaban. Que esta guerra que está por venir podría haberse evitado de no ser por tu interferencia.*

—Sí, algún día, quizás. Mientras tanto, su furia, la furia de su familia, será dirigida contra Thrackan Sal-Solo, a quien se le puede culpar más que a mí por ese ataque, dado que él hizo lo que hizo por autointerés. Y para cuando Jacen descubra toda la verdad, entenderá lo importante que es él, cómo no podía llegar a *ser* sin esos eventos que ocurren y me perdonará.

Siento sus emociones. Te odiará por estos eventos.

—Pero también me querrá por ellos.

Sí.

Lumiya sonrió.

—Entonces conozco el equilibrio. El equilibrio de los Sith.

El falso Jacen asintió y entonces despacio, y sin evidente angustia, se desvaneció en la nada.

Con ojos legañosos, frotándose suavemente su estómago, Ben se movió hasta la cabina de la lanzadera y se dejó caer en el asiento del copiloto.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Horas —dijo Jacen.

—¿Dónde está Nelani?

Jacen hizo una pausa, buscando las palabras correctas. Pero las suaves, a largo plazo, harían más daño que las frías, cortas y verdaderas.

—Ben, está muerta.

Ben se sentó recto. La expresión que volvió hacia Jacen era dolorida, incrédula.

—¿Cómo? ¿El Sith?

—Sí y no. —Jacen consideró su respuesta, consideró la mezcla de verdad y mentiras que algún día tendría que desenmarañar—. Había una persona en las cavernas inferiores que se llamaba a sí mismo un Sith. Pero no lo era. Sólo era un usuario del lado oscuro de la Fuerza que aprendió a utilizar los poderes imbuidos en el lugar. Ellos le hicieron muy fuerte… pero sólo allí, en ese asteroide. Envió ilusiones mortales contra nosotros.

—Lo recuerdo. Luché con mamá. Me dio una patada que me sacó el relleno.

—Justo como haría en la vida real. Nelani luchó contra los fantasmas de su propia incapacidad, fantasmas con los que pensé que le había ayudado a tratar cuando sólo era una aprendiz y era demasiado débil para ellos. Ellos la mataron.

—Oh… Engendro de Sith —se desplomó Ben—. ¿Qué pasa con… con… Bisha? ¿Birsha?

El chico parecía confuso.

—Brisha —ofreció Jacen.

Sabía muy bien porqué Ben parecía confundido, porqué titubeaba con el nombre de Brisha. Jacen había interferido con la memoria de Ben mientras el chico dormía, emborronando los recuerdos de Ben de la mujer que conocía como Brisha casi tan artísticamente como un pintor podía restaurar un retrato clásico. Indudablemente Ben estaba confuso por su repentina inhabilidad para recordar sus rasgos. Jacen lo atribuiría a las muchas patadas y golpes que Ben había recibido.

—Ella también murió. Sucumbió a sus heridas. —Dejó escapar un falso suspiro—. He preparado una tremenda cantidad de explosivos para volar el asteroide.

Era verdad que cualquiera que siguiera ahora las coordenadas en la memoria de la lanzadera hasta la localización indicada del hábitat de ella sólo encontraría escombros de piedra del tamaño de guijarros. Jacen había falsificado los detalles en la memoria de la lanzadera, trazando una ruta desde Lorrd hasta un sistema estelar inhabitado diferente, otro campo de asteroides. Lumiya estaba a salvo de que la descubrieran, por ahora.

—Bien. —Ben se quedó sentado, sin hablar, durante unos cuantos minutos, tamborileando con sus dedos incansablemente en el brazo de la silla del copiloto—. No es justo. Que murieran.

—No lo es. Pero eso ocurre. Es la vida. Sólo tenemos que encontrar un modo de… volvernos más fuerte a causa de ello.

Ben asintió.

—Creo que tienes razón.

CORUSCANT

—Él existe. —Luke levantó la mirada de su terminal. En su pantalla se deslizaron informes actualizados del enfrentamiento en Tralus, pero Mara pudo sentir que la preocupación de su cara

estaba causada por algo más—. Él finalmente existe, de verdad.

—Tu enemigo fantasma.

—Sí. —Luke se levantó—. Eso debe haber sido por lo que fuimos atacados anoche. El falso Jacen, el falso Ben. Ocuparon nuestras emociones tan completamente que no vimos la creación de… lo que sea que es él, quién quiera que sea él. Tal vez ocurrió cerca, o no habría habido razón para distraernos.

Él miró en todas direcciones, como si las suaves paredes de piedra del enclave interior de la habitación se volvieran transparentes y revelaran al enemigo, pero permanecieron testarudamente opacas.

—Le encontraremos —dijo Mara—. Y le venceremos. —Su atención volvió a su propia terminal y una sonrisa cruzó sus rasgos—. Mensaje de Jacen y Ben. Vuelven a casa.